



Celeste 65

José C. Vales



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Cita

Una polilla en St Christopher

1. Lepidópteros
2. Hey, hey Paula
3. Influencia atmosférica
4. Mr. Moth
5. Fertilizantes Blint
6. Douglas Cmikiewicz, Doug
7. Digestión externa
8. Invenciones del borracho residente
9. Una fiesta en casa de Mr. Moth
10. Una visita nocturna a...
11. Solo los buenos amigos...
12. Mount Venus
13. Itsy Bitsy Teenie Weenie...
14. Swinging London

Negresco

15. Pánicos troposféricos y...
16. Las habitaciones de los hoteles...
17. Violette llama a la puerta
18. Un nuevo trabajo muy bien pagado
19. Poetry in Motion
20. Desayuno para dos
21. Dix-huitième y yo
22. El coronel Du Picq y...
23. Bougain Ville
24. Ø
25. Deline et les cerises
26. Tobias Smollett
27. Ángeles lisérgicos
28. Una cena en la Vieille Ville
29. Uranographia Britannica
30. «Je veux mourir pour toi»
31. Nadie puede huir eternamente

32. Citroën DS azul cobalto
33. Astronómica
34. Jem'appelle Miranda y Le Jasmin
35. La condesa de Polignac
36. Helados de vainilla y...
37. Tirpitz el Asqueroso
38. Insectos vietnamitas y...
39. Nadie va a ir a la Luna jamás
40. Atmósfera ionizada
41. Ríos helados
42. Queso, amor y astronomía
43. Kodachrome
44. Oxidación e ionización
45. El batín japonés
46. Óscar II de Suecia y Noruega
47. Nigel gana las 2.500 coronas del...
48. El doctor Greenson mató a...
49. Persecuciones, asechanzas y temores
50. Hablemos de Matt Mattison
51. Confirmación de la existencia de Dios
52. Te llevaré a Samarkanda
53. Encuentro en Le Chantecler
54. Langley, Virginia
55. Amanecer 2
56. Las horas contadas
57. My fair lady
58. Podría haber estado bailando...
59. El fabuloso sonido de The Shadows...
60. Le Negresco
61. Kira
62. Benéfica química
63. Cerebros y esponjas
64. El milagro de Ensisheim
65. Èze. Las desventuras del...
66. Nuevos huéspedes en el Negresco
67. Preparativos
68. Artjoms Levv y la historia de...
69. «Rencontre à Valensole»
70. Amor lepidóptero
71. Boumedah el Argelino
72. Whisky old fashioned

73. Placeres alsacianos
74. Il mondo
75. Un mapa japonés
76. Grandes interpretaciones épicas de...
77. La involuntaria revelación de...
78. Veinte mil renos
79. El triste destino de...
80. Los nombres
81. Una cena (casi) solitaria
82. Juegos de espías en Ostberlin
83. ¡Pareces una espía rusa!
84. Avispas y tartas de chocolate
85. Beatrix Villequeau
86. La muerte de Tirpitz el Asqueroso
87. Los días inexistentes
88. El cumpleaños de...
89. «Laiss'z vivre la cavalletta!»
90. Son asuntos del hotel
91. Sexualidad prêt-à-porter
92. Los pecados de Violette
93. La historia de Martin...
94. Pirámides y estrellas
95. Dudas sobre la procedencia de...
96. La perspectiva de un viaje...
97. Francia nunca abandona
98. Los Brainbridge
99. Espionaje catatónico
100. Llamadas secretas
101. La influencia de la Luna y...
102. El infame Armand
103. Angustias y fertilizantes
104. Intrigas monegascas. Una historia de...
105. El coronel Du Picq y los monolitos
106. Inocencia
107. El señor Vrillotte-Grandcroix viene con...
108. Entrevaux
109. El regreso de Patrick
110. Confesiones, preocupaciones...
111. Experiencias deportivas matutinas
112. Modus operandi
113. El fin del universo

114. Shoah
115. Happy Families
116. Meditaciones sombrías en torno a...
117. Perspicacia oriental
118. Help me, Rhonda
119. Incertidumbres
120. ¿Qué hacen las hadas por la noche?
121. Conectamos con Berlín
122. Oreste Opilion...
123. El detective discreto
124. Paperclip!
125. Alguien baila sobre...
126. Nudos gordianos
127. Elegancias negrescas
128. Una acción heroica y desesperada
129. Reflexiones particulares con...
130. En la cárcel siempre hace frío
131. Tragedias inesperadas
132. Todos estuvimos enamorados de...
133. Imitación de la vida
134. Esticomancia

Regreso a Vinegary House

135. La tienda de antigüedades de...
136. Insectos y notificaciones judiciales
137. Última sesión con la doctora...
138. Extracción

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En los años 60, Linton Blint, un hombre con una vida gris, amargado por su falta de carácter y maltratado por su familia, se ve obligado a huir de Inglaterra.

Aunque siente terror por un mundo del que desconfía y que desconoce (el mundo pop y rebelde de los años 60), llega a la ciudad de Niza, en la Riviera francesa, donde asiste con asombro a todo el brillo y el fulgor del verano en una de las ciudades más glamurosas del mundo, rodeado de música pop, rabiosísima moda y estrellas de cine.

Se hospeda en el lujoso hotel Negresco, y sin saber muy bien cómo acaba envuelto en una intriga delirante donde se mezclan las locuras de los años 60 con los conflictos políticos a gran escala que también caracterizaron esa época.

Enredado en una cruel tela de araña criminal, Linton tendrá que superar sus miedos y su apocamiento para convertirse en un héroe, tanto en el amor, como en la brillante sociedad nizarda.

«The big hotel de luxe is a very serious organisation; it is in my opinion a unique subject for a serious novel».

Arnold Bennett, *Diaries*, 1929

Una polilla en St Christopher

1. Lepidópteros

Es cómodo —pero injusto— culpar de todos mis problemas a las polillas. Laurine decía que mis nervios y mis angustias vacías tenían su origen en «esos bichos asquerosos», que era su modo amable de describir a los lepidópteros, los pirálidos, los geléquidos, los tineidos y los tortricidos. Laurine despreciaba lo que desconocía y, en muchos casos, también lo que conocía. No creo que un profundo estudio entomológico de la *Tineola bisselliella* hubiera despertado en ella la admiración que este insecto merece: para Laurine siempre había sido, y siempre fue, «esa maldita larva» que se comía las camisas y los manteles de tela. «Y a ti te están comiendo el cerebro igual que a mí me comen las servilletas de la tía Mildred que...». A Laurine no le gustaban las polillas ni los insectos en general.

2. *Hey, hey Paula*

Por su parte, la doctora Simonette Val, adepta a la secta de los psicoanalistas, siempre había sospechado que todas las quiebras de mi espíritu se debían a lo que ella denominaba «un trauma infantil». Decía que haber tenido que meter en el cesto de la ropa sucia los restos despedazados de mi madre y mi hermana Rita después de que una *zumbadora* barrera del mapa nuestra casa de Wrangham, cuando solo tenía once años, me había destrozado los nervios para siempre. La doctora Simonette Val tenía una manera encantadora de describir las afecciones nerviosas, y sus labios freudianos se ajustaban muy bien a aquella labor. «Las V2 destrozaron los nervios de muchos británicos, señor Blint», me dijo la doctora Val en una de las primeras sesiones, «no se sienta único en su desgracia».

A mí tanto me daba estar solo o acompañado en la desgracia. Y esta es otra de las consecuencias de mi debilidad nerviosa: que en ocasiones me abismo en lo que la doctora Simonette Val denominaba «hibernación emocional», y entonces mi espíritu se asemeja a las vastas llanuras antárticas, yermas y desoladas, como dijo el capitán Scott. (Laurine no era tan generosa como la doctora, y con frecuencia comparaba mi corazón con una ciénaga pestilente, llena de lodo y barro, donde no hubiera más que gusanos e insectos... Hay mucha diferencia higiénica, me parece a mí, entre las llanuras antárticas y las ciénagas pestilentes).

«Y no piense más en Paula, señor Blint», añadió en otra ocasión mi psiquiatra de freudianos labios; «si entra en una espiral de amor y rencor hacia esa mujer, nunca se curará». Aunque no creo que haya muchas cosas en el mundo que me asombren, reconozco que la doctora me sorprendió un tanto con aquella referencia a Paula Henrikson.

Las técnicas modernas de la psiquiatría y el psicoanálisis obligan a contar detalles de la vida privada que los doctores utilizan maliciosamente para eternizar el tratamiento y las sesiones.

«Hábleme de esa joven», me había dicho la doctora en cierta ocasión. «¿Quiere que le cuente lo de Paula Henrikson?», le pregunté. «Creo que podría ser interesante». «Bueno. No sé. A mí me da igual. Si quiere se lo cuento. Y si no, no».

A mediados de los años cincuenta, cuando cumplí con mis estudios de biología —«siempre rodeado de esos *piojos* repugnantes», en opinión de Laurine—, me percaté de que todos mis compañeros experimentaban una indescriptible tensión entre su deseo de prosperar en la vida y una imperiosa necesidad de arruinársela con el amor. Debo decir que la mayoría cedió a las debilidades sentimentales y destrozó su futuro embarcándose en proyectos de familias prósperas y abundantes. Incluso los cantantes de moda parecían empeñados en que me abonara a la comedia de un noviazgo y a la tragedia de un matrimonio feliz. Pensé que no perdería nada por imitar a mis compañeros del *college* y me entregué con aire de inocente escolar a sucesivas debilidades sentimentales. Mi debilidad sentimental definitiva tenía veintiún años, una coleta rubia, unos ojos azules y gélidos como el Ártico, una blusa blanca y una falda de vuelo, y unos padres que trabajaban en la embajada americana. Me enamoré perdidamente de aquella jovencita, y lo sé porque le compraba flores los martes y la invitaba al cine los domingos. (Entre otras muchas razones que no vienen al caso). Llegué a consultar con un camarero de Covent Garden si sería aconsejable casarme con Paula. Al camarero, como a mí, le daba igual. En aquella época había una canción en la que un melifluo Paul le pedía a una meliflua Paula que se casara con él, y Paula, con voz de alumna de colegio religioso, le contestaba que también deseaba casarse con él... ¡y hacer planes para toda la vida!

Como es habitual siempre que alguien se deja llevar por sus debilidades sentimentales, el objeto de sus favores percibe dicha flaqueza, y se niega a continuar una relación raquílica que se quiebra y desfallece por momentos. Así que cuando la familia Henrikson decidió regresar a América, Paula prefirió volar con ellos a Florida o a Georgia o a Luisiana o a alguno de esos lugares espantosos llenos de caimanes y pantanos, donde seguramente estaría

esperándola un muchacho con camisa de cuadros decidido a explicarle mil veces las incomprensibles reglas del béisbol y a atiborrarse de pavo en una de esas escandalosas celebraciones de los americanos.

De aquella despedida en el aeropuerto de Londres no recuerdo más que el delicioso sabor del helado de vainilla que compré en un puesto ambulante llamado Day's Cream. Todos los recuerdos de Paula Henrikson me parecen ahora animales disecados, polvorientos, llenos de chinches y pulgas que van devorando una piel muerta y agrietada.

Pero a la doctora Simonette Val le parecía que Paula era también un «trauma». (En aquellos días estaban muy de moda los traumas). Por mi parte, como no tenía intención de disgustar a la doctora, porque siempre había sido muy amable conmigo, no la saqué de su error y dejé que se entretuviera con sus tiernas fantasías románticas. A cambio, ella me daba las pastillas de la felicidad.

3. Influencia atmosférica

La doctora Val, como antes otros especialistas psiquiatras a los que solía llevarme Laurine, creía que mis vacíos y sumideros emocionales se debían a traumas y frustraciones. Yo tengo otra teoría, relacionada con las ciencias atmosféricas. Creo que mis abismos racionales, mi incapacidad para percibir el transcurso del tiempo, mi dificultad para contar, el morboso placer en el abandono y la desidia, la indiferencia y el asco general, los terrores repentinos, los encogimientos nerviosos, la abrumadora desolación o el abatimiento y el vacío guardan relación con el barómetro, la presión atmosférica, los índices de humedad y otras cuestiones vinculadas a la meteorología. Estoy muy seguro de ello, pero en aquel entonces era demasiado tímido como para debatir estas cuestiones con la doctora Val, de freudianos labios.

4. Mr. Moth

El profesor Wedell, que tenía su propio salón en las aulas de Ciencias Naturales, fue quien me propuso como «colaborador asistente» en el St Christopher College: el profesor conocía sin duda mi buena disposición entomológica y mis dificultades en otros planos de la actividad social e intelectual, me parece. El St Christopher estaba en St Giles con Banbury Rd. Aunque no era el mejor *college*, tampoco era el peor. Y olía a repollo cocido, que es a lo que huelen todos los *colleges* de Inglaterra. (Se decía que la reina Victoria también olía a repollo cocido y, en esta línea argumental, se dejaban caer ofensas gravísimas contra nuestra ilustre monarca). St Christopher era famoso porque allí tuvo su despacho el profesor Fen, aunque yo no llegué a conocerlo. Era el titular de Literatura Inglesa y —eso decía— disfrutaba con los ripios de Edward Lear, la poesía filosófica del siglo XVIII y los fragmentos más groseros de Shakespeare. Su famoso coche, el *Lily Christine III*, estuvo durante muchos años acumulando polvo en las caballerizas, hasta que el principal llamó al chatarrero de la ciudad y lo llevaron a desguazar.

A pesar de mi confirmación como colaborador asistente de entomología —para mi querida Laurine, «recadero oficial de moscas y polillas»—, no esperaba que las cosas me fueran bien. Era previsible que acabara siendo Mr. Moth entre los alumnos. Y entre los profesores. No es que me afectara en exceso, pero —en opinión de la doctora Val— no hizo mucho bien a mi autoestima.

A mediados de los años cincuenta, quizá en 1956 o 1957, me casé con Laurine, bibliotecaria del Newham de Cambridge. Y eso tampoco contribuyó a mejorar mi autoestima. Creo que en alguna ocasión incluso mi propia esposa se refirió a mí como Mr. Moth cuando hablaba con sus amigas. En fin, para decirlo de una vez, creo que toda su inquina contra mí y contra mis polillas tenía su raíz en la indiferencia con que acepté su proposición de

matrimonio. Como si yo tuviera la culpa de esta indiferencia mía por todo lo que me rodea. «Tienes el alma de una de esas polillas», solía decirme. Asistía por aquel entonces como espectador a este teatro del mundo y, que yo recuerde, jamás me había interesado especialmente nada de lo que se representaba en la escena. La temperatura de mi alma jamás alcanzaba el punto de descongelación, y en aquel invierno perpetuo en el que vivía apenas quedaba sitio para más emociones que la desidia y una cierta lástima más bien raquíta...

Hasta el curso de 1963-1964 conseguí que mi oscura presencia pasara desapercibida en el St Christopher. Pero aquella primavera olvidé cerrar convenientemente las colmenas de larvas de los isópteros llamados *Cryptotermes brevis*.

En una de las antiguas bodegas del *college* se me había ordenado vigilar los insectarios vivos del profesor Wedell, y allí pasaba yo buena parte de mi tiempo, entregado a los estudios entomológicos y felizmente alejado del mundo. Pero aquel descuido primaveral, y la dramática coincidencia con la eclosión de las larvas de los isópteros, llenó en cuestión de horas las ancianas vigas del St Christopher de termitas voraces y ávidas de madera antigua. Hubo que enviar a los estudiantes a sus casas y dar por concluido el curso, y los alaridos del presidente hicieron retumbar las vetustas paredes del *college*. Por mucho que se intentó encubrir la plaga, al final, desde la Magdalena hasta Jesus Christ, todo el mundo supo que las termitas se estaban comiendo nuestra institución, y Balliol nos denunció, porque algunas de las termitas habían volado hasta su columbario y lo habían perforado desde los cimientos...

Durante el claustro excepcional que se celebró un mes después de la desinsectación, no negué que yo hubiera tenido alguna participación en aquel desastre. Y aunque no fui yo quien devoró la madera, sino las termitas, yo cargué con toda la culpa. Por fortuna, a mí no me condenaron a la misma pena que a las termitas: ellas abandonaron este triste mundo merced a una ejecución masiva con ácido bórico; a mí solo me condenaron a no volver a pisar las instalaciones del St Christopher en lo que me quedara de vida. (El único que votó en contra de semejante condena fue mi amigo Douglas *Doug* Cmikiewicz, el libertario profesor polaco de Literatura y Estilística del

college, con el que había trabado amistad en el Laeti Mustelae). El claustro excepcional que juzgó mi descuido se cerró con unas enigmáticas palabras del principal, el señor Richmond, que se dirigió a mí afirmando que la vida racional desaparecería de la faz de la Tierra por culpa de «lo invisible»: los virus y la estupidez humana. «Lárguese de aquí, señor Blint, y no vuelva jamás».

El episodio de las termitas impidió que mi popularidad mejorara los meses posteriores, ni en los establecimientos de la ciudad, donde me amenazaban con ácido bórico, ni en el seno de la comunidad educativa, donde ya se me podía considerar un exiliado, ni en mi propia casa, donde me había convertido en una polilla molesta de un tamaño descomunal. Pero aunque nadie ocultaba ya su desprecio y todos se dirigían a mí con los modales más desagradables, aún no caí en las garras del existencialismo.

5. Fertilizantes Blint

Cuando nací, mi padre —como todos los padres del mundo, supongo— habría querido ahogarme en un arroyo como a una inoportuna camada de gatos, pero las convenciones sociales lo obligaron a darme cobijo, alimento y educación.

Recuerdo perfectamente la cara de asco que puso cuando le comuniqué que quería dedicarme al estudio de los insectos. «¡Maldito retrasado!», gritó, «¿has estado alimentándote toda tu asquerosa vida gracias a los pesticidas de Fertilizantes Blint y ahora te vas a dedicar a estudiar a esas repugnantes larvas?».

Fertilizantes Blint solía cambiar de nombre de tanto en tanto, sobre todo durante los conflictos bélicos. Un tatarabuelo con bigote blanco y gesto altivo —al que mi padre veneraba, y del que tenía un retrato enmarcado en madera dorada— había fundado la empresa a mediados del siglo pasado. Al principio se dedicaba a facilitar los trabajos campesinos con los primeros fertilizantes y pesticidas industriales, pero en cuanto comenzó la guerra de Crimea, modificó sus presupuestos y se concentró en la fabricación de sofisticadas armas venenosas (Pesticidas de Guerra Blint). Años después, la empresa volvió a tomarla con los pulgones y las langostas, hasta que estalló la Gran Guerra, y mi abuelo se ajustó entonces a la tradición de sus mayores, modificando la infraestructura de la fábrica para producir los gases letales que se iban a utilizar en el frente (Gases Antiprusianos Blint). Finalizado el conflicto, la empresa regresó a los fertilizantes, hasta que Adolf Hitler empezó a lanzar bombas sobre Londres. Mi padre fue el encargado de transformar de nuevo la fábrica, convirtiendo la factoría en una de las empresas más importantes del «esfuerzo bélico británico». Cuando aquella maldita *zumbadora* hizo volar por los aires nuestra casa de Wrangham, mi padre me encontró entre los escombros con el cesto de la ropa sucia en una

mano y recogiendo los harapos sanguinolentos y chamuscados de mi hermana Rita y de mi madre: mientras se mesaba los cabellos se preguntó a voz en grito por qué Satanás había tenido la maligna idea de dejarme a mí con vida mientras se llevaba al otro mundo a su esposa y a su adorada Rita. Mi padre se tomó el ataque a su casa como un asunto personal entre Adolf Hitler y él, y transformó la fábrica de fertilizantes en una factoría de las bombas incendiarias que algún tiempo después nuestros aviones iban a lanzar cada noche sobre las ciudades alemanas. Cuando se supo lo que había ocurrido en Dresde, mi padre compró una página impar en el *Daily Express*, en la que celebró que el armamento Blint hubiera servido para «freír nazis» y para «purificar con fuego británico» el Continente. El anuncio terminaba con un rencoroso y vengativo recuerdo que la mayoría de los lectores no entendería: «Los habitantes de Dresde recordarán siempre a Rita Blint».

Tras la guerra, Fertilizantes Blint proporcionó a mi padre tanta riqueza como tumores a las naciones a las que exportábamos nuestros venenos y pesticidas. En los últimos años cincuenta, mientras yo me dedicaba a liberar termitas (involuntariamente), mi padre se empeñaba en expandir su negocio de pesticidas y fertilizantes a los países «en vías de desarrollo». (En su opinión, siempre resultaba más fácil vender veneno a los países subdesarrollados; por alguna razón, los países «en vías de desarrollo» empezaban a desconfiar de los productos Blint). En 1959 mi padre tuvo que hacer frente a la demanda de una asociación agropecuaria india que acusaba a Fertilizantes Blint de haber envenenado sus plantaciones de cacahuets con DDT y de haber causado enfermedades terribles en los campos de Hyderabad o algún lugar parecido, con nombre exótico y mendigos. Por fortuna para la empresa familiar, los abogados demostraron en Londres y en Bombay que el DDT es un producto perfectamente fiable y saludable, como todo el mundo sabe.

Aunque no me hubiera importado en exceso, no pude cumplir el deseo de mi padre de morir antes que él. Falleció, curiosamente, cuando concluyó la fumigación del St Christopher, y ascendió al Cielo junto a todas las termitas madereras. Algunas semanas después mi esposa Laurine y yo acudimos a la oficina del notario londinense (Pelton, Pelton & Solomon Kippendell), dispuestos a averiguar qué me correspondía como heredero único y universal

de... Y lo que me correspondía como heredero único y universal era el imperio de los Fertilizantes Blint. Abracé mi herencia con la misma pasión que abrazaría el cadáver de un leproso. Mi esposa Laurine, que siempre tuvo más presencia de ánimo, afirmó en el mismísimo despacho del señor Solomon Kippendell que definitivamente debería abandonar mi manía entomológica («la asquerosa manía de criar piojos», lo llamaba ella) para dedicarme a exterminarlos con los pesticidas Blint. Murmuré que abandonar mi pasión entomológica sería muy doloroso. «No hay dolor que no curen los fertilizantes», dijo Laurine.

Desde que fui investido director general de Fertilizantes Blint solo tuve tres propósitos esenciales: organizar la empresa de tal modo que mi presencia en las oficinas fuera completamente innecesaria, que no se me vinculara con ninguna de las actividades pestíferas de la industria paterna (empresa de responsabilidad limitada) y, al mismo tiempo, que me reportara las suficientes ganancias como para que pudiera olvidarme por completo de su existencia y de la de su fundador.

Los tres propósitos se cumplieron con precisión científica pocos meses después, porque mi esposa decidió hacerse con las riendas del negocio. «Querido Linton», me dijo mi cuñado Dick en cierta ocasión, «tienes que reconocer que tú no sirves para los negocios: las cuestiones prácticas no son tu fuerte». Y Laurine era de la misma opinión: decía que los números, las gestiones, el dinero, las facturas, los bancos, los seguros, la compañía del gas y de la luz y del teléfono, las solicitudes, los ingresos, los recargos, el correo postal y otras tantas burocracias de la vida me hacían mucho daño y perjudicaban mi salud nerviosa. Así que pocos meses después mi esposa me aconsejó, por el bien de mi salud, desvincular para siempre mi nombre de la empresa; y firmé la cesión de todos mis derechos a favor de Laurine y de la tía Mildred. Fue una suerte, porque Dick —el hermano mayor de Laurine— y todos nuestros conocidos aprobaron aquella operación; y, aunque a mí me desposeía temporalmente de todo, aseguraba la continuidad de la fábrica de fertilizantes y pesticidas, que, según la tía Mildred, «era lo importante».

6. Douglas Cmikiewicz, *Doug*

Mi amigo Douglas Cmikiewicz, *Doug*, profesor de Literatura y Estilística en el St Christopher, tenía ideas particulares —y no muy agradables— sobre mi esposa Laurine, sobre la tía Mildred y sobre el mundo en general, y como su lenguaje —a pesar de las disciplinas que impartía en la universidad— no era precisamente refinado, solíamos evitar los temas particulares de mi vida, por considerarlos especialmente conflictivos. «Querido amigo Linton: esas dos zorras te están arrebatando la vida», solía decirme Doug con su ternura característica. «Tienes que huir cuanto antes: ve a Londres. No, a Londres no. Más lejos. A París. A Roma. A El Cairo. A Adís Abeba».

«¿Qué lengua se habla en Adís Abeba?».

«El amárico. Pero en Etiopía hay trescientas lenguas. Puedes aprender la que te resulte más sencilla».

A pesar de su inquietante y nada apropiada pasión por las estudiantes asiáticas, árabes, laponas, amerindias, indostaníes o de cualquier etnia minoritaria, Doug siempre me había parecido una de las mentes más preclaras del *college*. Era el único que comprendía mi pasión entomológica; no es que se refiriera a los insectos con cariño, porque él también los llamaba «bichos asquerosos», pero al menos entendía que hay personas que pueden apasionarse por lo que otras consideran repugnante. «Yo tengo que leer novelas. ¿Cómo no voy a comprender que te interesen los gusanos y los insectos...?». Decía cosas horribles —e irreproducibles— de los escritores, sobre todo de aquellos que conformaban «la secta de los bloomsburianos», a quienes acusaba de los peores vicios literarios y carnales que uno pueda imaginar, ignoro si con razón o no. En cambio le gustaba mucho Thompson, porque, en su apreciación personal, era «un poeta científico». Siempre era un placer oírlo hablar de arquitectura, de música, de geografía, de numismática y de indumentarias exóticas... Había escrito tres novelas experimentales, tan

ofensivas que nunca se llegaron a publicar en Inglaterra y solo encontraron cierta aceptación en círculos anarquistas belgas y holandeses, y una colección de relatos (*Pudridero*, 1958) que había tenido cierto éxito. Su obra más importante fue una versión anotada del *Grandison*, en la que había empleado los últimos quince años de su vida. Llegó a presentarla en un programa nocturno de la BBC a las 4:50 de la madrugada.

Creo que fue en 1961 o 1962 cuando Douglas Cmikiewicz anunció con toda solemnidad en el pub Laeti Mustelae de Oxford, ante la atenta mirada del propietario del establecimiento, del borracho local John Krauzmiller y de un servidor, que no volvería a escribir novelas, aunque no se sabía que jamás hubiera escrito una que pudiera merecer ese nombre. Él, sus enemigos y yo estábamos convencidos de que la Historia de la Literatura agradecería semejante decisión. Entre los pocos que habíamos leído sus ofensivos textos (el relato «Mahoma lisérgico» era particularmente despectivo con la religión musulmana) no hubo intención ninguna de quitarle esa idea de la cabeza. Cuando se difundió tan irrelevante noticia, uno de los compañeros de la universidad tuvo la poca delicadeza de preguntarle a Doug si era cierto que había decidido dejar de escribir novelas... «por fin». Douglas Cmikiewicz aseguraba que su decisión no solo sería saludable para aquellos a quienes su sintaxis o sus imaginaciones molestaban sobremanera: también permitiría que los críticos no pudieran redactar reseñas y opiniones, «por lo cual los lectores siempre estarán en deuda conmigo». En la ciudad universitaria, como en la mayoría de los lugares civilizados del mundo, siempre se ha considerado que fustigar a los críticos no solo es elogiable y digno de encomio, sino que puede estimarse como una actividad caritativa y filantrópica.

«Ahora no tienes trabajo en el St Christopher y te has dejado robar la fábrica de pesticidas, Linton», me decía Douglas Cmikiewicz. «¿Qué va a ser de ti? ¿Vas a escribir novelas, como toda esa gente que no tiene un oficio digno?».

«Bueno, Doug», solía contestarle, «jamás se me ocurriría dedicarme a esas invenciones impropias de personas...». Desde luego, siempre tuve el íntimo convencimiento de que las novelas y las ficciones imaginativas carecen de verdadera sustancia intelectual, son extraordinariamente aburridas

y no sirven sino para aturdir cerebros juveniles que podrían ocuparse con más provecho en los ensayos científicos y otras disciplinas de investigación técnica y humana.

Hubo un tiempo en que pensé redactar una gran obra sobre los insectos: *Entomología general práctica*. Abandoné el proyecto porque mi Laurine decía que no tenía «suficiente espíritu» para concluir un trabajo tan importante.

7. Digestión externa

Las arañas no son insectos. Desde el punto de vista taxonómico, pertenecen a la clase de los artrópodos, como los insectos o los crustáceos, pero su relación morfológica se pierde en las brumas de los eones. Los arácnidos, podría decirse, evolucionaron para convertirse en predadores, mientras que los insectos ocuparon en general la posición de presas.

A continuación se explicará brevemente el procedimiento de deglución de las arañas.

Aunque existen miles de variedades de arañas y, por lo tanto, se da también una cierta variedad en los procesos de caza y predación, la mayoría de los arácnidos se ciñe a un cierto patrón alimenticio. Son insectos, en general, las víctimas de las arañas; comúnmente caen en las redes que tejen estos industriosos artrópodos, cuyos filamentos radiales tienen una sustancia pegajosa (solo los radiales, o de lo contrario la misma araña quedaría enredada en su trampa) que impide el vuelo de las presas. Podría pensarse que las arañas devoran a sus víctimas vivas, o cuando mueren, agotadas tras una lucha inútil por liberarse del proteínico hilado. Pero, en realidad, el procedimiento es un tanto más complejo: la araña inyecta en su víctima una serie de jugos gástricos (enzimas) que van disolviendo el interior del insecto durante horas. Se trata de una digestión externa: cuando el cuerpo del insecto está completamente licuado por sus jugos gástricos, la araña se lo bebe, y todo lo que queda del insecto es una suerte de exoesqueleto crujiente que se desecha.

8. Invenciones del borracho residente

La doctora Simonette Val, la de los freudianos labios, quería saber si aquellas repentinas dolencias óseas que me pudrían por dentro estaban perturbando mi mente, si la falta de trabajo estaba afectando a la idea de masculinidad que tenía de mí mismo (tal vez en el id, en el ego o en el superego, o en otras partes desconocidas de mi subconsciente), y si pensaba que me estaba ciñendo a los complejos descritos en la literatura psicoanalítica que...

De la doctora Simonette Val se decían extraordinarias mentiras en los bares de Oxford. Como era francesa y había estudiado en Viena, todas las perversiones que anidan en las cabezas británicas se arremolinaban en torno a su esbelta figura. Vivía a las afueras de la ciudad, en The Rosehip, una bonita casa Tudor con un abeto azul, donde también tenía su consulta.

El viejo John Krauzmiller, que había sido conserje en la Bodleian hacía tres o cuatro mil años, y que había pasado un par de eternidades en la cárcel por haber abusado de una joven estudiante del St Anne, era el borracho residente del Laeti Mustelae, y allí se dedicaba a difundir los mayores embustes sobre la doctora Val. ¿Por qué lo hacía? Porque tenía la orden judicial de acudir a la consulta de la doctora todos los lunes, con el fin de recibir medicación y aplacar, en lo posible, sus vicios psicológicos. Sin embargo, en el caso del conserje violador, la esbelta y curvilínea figura de la doctora Val parecía estar actuando en contra de las supuestas propiedades benéficas del psicoanálisis. Krauzmiller tenía la habilidad de mezclar detalles reales de la vida de la doctora con ese *tipo* de perversiones que siempre han sido del agrado de los ingleses. Aferrado a su pinta y casi oculto en un rincón de la taberna, aseguraba que la doctora practicaba sus repugnantes teorías psiquiátricas con algunos pacientes, a los que torturaba en el sótano para cumplir con los desatinados preceptos sexuales de Sigmund Freud. Yo prefería no creer aquellos embustes, y tenía razones para ello, porque a mí la

doctora nunca me llevó al lúgubre e inquisitorial sótano donde, según Krauzmiller, se entregaba a toda suerte de bajezas morales y sexuales con sus pacientes. (Aunque es cierto que la doctora Val tenía mucho interés en mis costumbres masturbatorias, curiosamente). En una ocasión —tal vez después de haber escuchado algún radioteatro de la BBC—, el eterno alcohólico del Laeti Mustelae llegó a decir que la doctora era conocida por practicar los mismos rituales que la condesa Báthory y... bueno, eso bah, no importa.

En más de una ocasión pensé que Sigmund Freud y el viejo John Krauzmiller tenían ideas muy parecidas. Y comportamientos parecidos también, para ser precisos. A la doctora Val no le agradaba mucho que llamara Krauzmiller al *inventor* del psicoanálisis.

La doctora me reprochaba aquellas desconsideraciones para con ella, su disciplina y el viejo Sigmund. Pero me disculpaba porque decía que la enfermedad que estaba debilitando mis huesos y disolviendo sin remedio mi columna vertebral también me irritaba los nervios.

«Está usted enfermo, señor Blint. Pero el doctor Sigmund Freud no tiene la culpa de su cáncer de huesos».

Yo me tumbaba dolorido en el sofá e imaginaba algún momento feliz de mi infancia, como cuando mi padre casi se queda ciego al manipular ácido clorhídrico en la fábrica de pesticidas, donde elaboraban sulfumán.

«¿Ha visitado al analista que le recomendé, señor Blint?».

«¿Qué? Oh, sí... El doctor Hartmann. Dijo que me enviaría una carta con los resultados. A juzgar por la cantidad de sangre que me extrajo y la cantidad de orina que dejé en su laboratorio, supongo que podrá precisar incluso la fecha de mi fallecimiento».

«Hábleme de lo que siente cuando imagina su muerte, señor Blint...».

9. Una fiesta en casa de Mr. Moth

La tía Mildred apestaba a muerto. Es cierto que todo el mundo comienza a oler a muerto a partir de los cuarenta o cincuenta años, pero la tía Mildred había empezado a descomponerse en vida. La tortuosa y alcohólica existencia de su hermana Amanda era la razón por la que se había tenido que ocupar de su sobrina Laurine desde que esta tenía apenas dos años; incapaz de ejercer como una verdadera madre, la tía Mildred había adoptado el papel —más ajustado a su carácter— de vieja tía cizañera. Cuando, lógicamente, enviudó, decidió abandonar su casa en un pueblo de Cherwell, donde con toda probabilidad había sembrado la discordia hasta tal extremo que era comprensible que no quisiera vivir allí sin la protección de otra persona. Así que Laurine y ella habían decidido que vendría a vivir a Vinegary House. Vinegary House había sido antaño la residencia campestre de un famoso relojero londinense, conocido por su mal humor, pero mi Laurine siempre defendió el nombre de la casa con toda solvencia, y la tía Mildred aportó en adelante nuevos y más sólidos argumentos. Cuando mi Laurine adquirió Vinegary House, la casa ya formaba parte del barrio de Cowley, a las afueras de la ciudad, aunque aún conservaba un jardín mediano, con dos tejos grandes, un rosal silvestre, hiedra, medio acebo y bastantes hierbas ponzoñosas. En muchos sentidos podía considerarse una casa de campo, con varias granjas alrededor. La más cercana era la explotación porcina de los Grant, que solía causarnos graves molestias cuando había viento sureste.

Laurine y la tía Mildred tenían sendas habitaciones en la planta de arriba, donde también guardaban los muebles familiares y otras pertenencias. Yo las oía hablar durante horas, cada noche, y a veces discutían acaloradamente, aunque no sé qué tramaban o en qué se ocupaban. En cuanto a mí, prefería quedarme en la planta de abajo, en una alcoba sin ventanas — un detalle que me protegía de los efluvios porcinos de los Grant— que había

dispuesto junto a mi biblioteca y unos pequeños insectarios que ocultaba tras una cortina, donde atendía a mis polillas, mis moscas, mis mariposas nocturnas, mis piojos y mis pulgas, mis grillos y mis escarabajos y mis cucarachas.

A principios de abril de aquel año de 1965 Laurine quiso dar una fiesta en casa con motivo de la *adquisición* de Fertilizantes Blint. A mí me parecía que aquel acontecimiento era una ocasión en la que se iba a celebrar la muerte de mi padre y —también— mi inminente fallecimiento. No es que me importara ninguna de ambas cosas —sobre todo, la muerte de mi padre—; era ese aire triunfal de la vieja pestilente y su sobrina lo que me irritaba sobremanera, aunque puede que aquella tensión nerviosa se debiera a los medicamentos que estaba tomando para paliar mis dolores de huesos.

«¿Cómo te encuentras hoy, Linton?», preguntó Dick, el hermano mayor de Laurine, desde un extremo de la mesa, mientras engullía un fabuloso pedazo de *rostbeef*. (Dick era doctor de enfermedades venéreas, una profesión a la que se dedicó sin vocación pero con evidente perspicacia comercial, porque «esos majaderos universitarios siempre me darán de comer», decía). Me encogí de hombros y, como siempre, Laurine contestó por mí: «Se encontraría mucho mejor si se ocupara en algo. Pero, desde que lo despidieron, no hace nada de provecho, más que leer esos libros polvorientos de su biblioteca y buscar bichos asquerosos en el jardín». Pude oír a la tía Mildred murmurando a una amiga de la familia que seguramente «el pobre Linton» no vería caer las hojas del otoño. Aunque no protesté, no me gustó mucho que Laurine me pintara delante de los invitados como «un bobo que pasa las horas mirando las moscas en los arbustos», porque eso fue lo que dijo.

Debido a mi crítico estado de salud, los médicos me habían prohibido beber, pero Lucy Wanton, la abrumadora mujer del gerente de Fertilizantes Blint, se empeñó en llenar mi copa continuamente, asegurándome que «solo se vive una vez», como si fuera una sentencia originalísima que tal vez no habría escuchado nunca, o quizá como un brindis de *despedida*.

«Cuéntanos otra vez lo de las termitas, Linton, jo jo jo...», se carcajeaba Edward Siele, antiguo compañero bibliotecario de Laurine.

«Bueno... no es muy gracioso».

«Será idiota...», murmuraba la tía Mildred al oído de su amiga, la señora Cleot. Y volvía a insistir en que, por fortuna, no me quedaba mucho tiempo en este mundo, así que probablemente ya no podría cometer muchas más insensateces.

También acudió a la fiesta el reverendo Nikolaus, que había sido buen amigo de mi padre; a mí nunca me toleró, sin embargo, apreciaba mucho a mi esposa Laurine. Además, estaban John Williamson, Matthew Bergson, Lucy Cormac, Vincent Ed Mossley, Patty Drummond y otras tres personas a las que no conocía. Desde luego, ya que se trataba de una fiesta sufragada por Fertilizantes Blint, me habría gustado invitar a mi amigo Doug (y a su amante exótica de ocasión), y tal vez a algún otro conocido —aunque me costaba imaginar que alguien quisiera venir a mi casa—, pero Laurine dijo que Doug era un hombre espantoso, que acabaría llevando la conversación a cuestiones literarias, y que no había un tema más aburrido en el mundo que los libros, salvo los insectos.

Después de los brindis con champán y de una amena charla en el salón —en la que no tuve la fortuna de intervenir—, mientras los caballeros fumaban soñolientos y las damas se entregaban al consumo disparatado de alcohol y chismorreos, se disolvió la reunión pacíficamente. «¡Cuídate, Linton! ¡Tienes muy mala cara!», me dijo Richard *The Louse* Dick desde la puerta.

Con todo su cariño marital y habitual, mi querida Laurine me preparó un vaso de aquella leche que sabía tan rara, y seguramente ella y la tía Mildred me dieron las buenas noches antes de subir a sus habitaciones, aunque —por alguna razón— no recuerdo haber oído su despedida.

Aunque los médicos me habían aconsejado que no probara el alcohol y que me alejara del tabaco como de Satanás, aproveché el silencio del salón para servirme una copa de armañac ardiente y encender un cigarrillo. Por primera vez, después de varias semanas, no tomé aquel vaso de leche. A continuación me encerré en mi biblioteca-insectario y releí una y otra vez los resultados de la analítica que me había enviado el doctor Hartmann. Pensé que la palabra «hexaclorobenceno» era hermosa, a pesar de todo: a pesar de los dolores de cabeza que me causaba, de las náuseas y los vómitos, de los vértigos, de los temblores, de las angustias, los nervios y las convulsiones que

me provocaba; el hexaclorobenceno era hermoso, aunque se hubiera estado adhiriendo a mis huesos durante los últimos meses, lenta, casi imperceptiblemente.

10. Una visita nocturna a la explotación porcina de los Grant

Desde mi casa hasta la explotación porcina de los Grant apenas había seiscientos pasos. El jardín de Vinegary House daba a la carretera principal, pero si uno quería visitar la granja de los Grant, podía salir por una pequeña cancela, siempre abierta, que había a la izquierda de la casa y seguir un pequeño sendero que conducía directamente hasta la nave de los cerdos.

El camino con frecuencia estaba embarrado, porque la ciudad se levantó en una vega pantanosa y en esa parte de Inglaterra llueve con pertinacia, y serpenteaba comido por la maleza, las ramas de los tejos, los abedules y los zarzales... Ese sendero no se utilizaba casi nunca, porque los antiguos dueños de Vinegary House —al igual que mi Laurine y yo— tenían graves diferencias con los Grant, debido a las pestilencias propias de la explotación agrícola. (Yo odiaba a los Grant por convención, y porque eso era lo que deseaba mi Laurine, pero en el diminuto reducto de mi conciencia pensaba que los Grant llevaban habitando esa parcela desde varias generaciones atrás, que habíamos sido nosotros los que voluntariamente nos habíamos trasladado allí y que no podíamos esperar que los cerdos cambiaran su olor y su comportamiento solo por nuestra presencia).

Las ramas duras de los tejos impedían un paso cómodo hasta la granja de los Grant. También teníamos nosotros tejos en Vinegary House; los tejos se acomodaban bien a mi carácter: son árboles poco sociales, y no les gusta formar bosques; suelen crecer solos y aislados, y algunas partes de su anatomía son venenosas. Por eso muchas veces los tejos, aunque fuertes y duros en su constitución, se quedan raquíuticos. Los tejos crecen muy lentamente y hay que podarlos mucho si se quiere que tengan una hermosa apariencia, porque suelen ser caóticos en sus ramificaciones. En nuestro país era abundante el *Taxus recurvata*, pero cuando se puso de moda el arco largo

inglés, durante la Guerra de los Cien Años, los artesanos talaron tantos tejos que a punto estuvieron de eliminarlos por completo de bosques y montañas... pero, bueno, eso bah.

El caso es que el camino hasta la granja de los Grant es sumamente incómodo, sobre todo cuando uno se ve obligado a recorrerlo en plena oscuridad nocturna. Si se ve en la necesidad, además, de llevar consigo una carga pesada, el trabajo es realmente enojoso. Las raíces de los tejos son muy duras y con frecuencia se levantan de la tierra calcárea y margal, convirtiéndose de este modo en verdaderos cepos, porque resulta difícil verlas.

En la oscuridad, la pestilencia de los purines porcinos aumenta su característico picor penetrante y obliga a la garganta y al esófago a hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar. Los Grant tenían una gran piscina de purines. Las autoridades obligaban a recoger los excrementos porcinos porque su concentración de fósforo, potasio y nitrógeno podía resultar venenosa si se filtraba a las aguas subterráneas y contaminaba los acuíferos y... bueno, eso bah. Varias veces al año venía un enorme camión cisterna de la empresa CompostIng y desde Vinegary House se podía oír el ronroneo de la bomba succionando toda aquella ingente cantidad de estiércol y asquerosidad putrefacta. Las succiones no eran regulares, y eso me parecía a mí que guardaba relación con las necesidades de la empresa de compostaje. A veces, cuando CompostIng tardaba varios meses en recoger los purines, estos comenzaban a rebosar la piscina, y se derramaban por una huerta cercana, con los consiguientes pleitos de unos y otros.

Aquella noche la piscina estaba prácticamente vacía, así que los Grant tardarían varios meses en volver a llamar a los de CompostIng. Y ese era el tiempo de vida de que disponía.

11. Solo los buenos amigos prestan sus maletas

Nunca dejaron de asombrarme los conocimientos mundanos de Doug. Aquella noche primaveral, después de desnudarme, meterme en la bañera y quemar mi ropa en la estufa de su estudio, mi amigo me sirvió el segundo brandy de la velada y se sentó junto a mí en el porche de su casa. Con la llegada del buen tiempo, casi se percibía la excitación nocturna de las plantas, que exhalaban sus intensos y dulzones perfumes por la vega del Cherwell.

Seguramente mi amigo era uno de los últimos usuarios de los cuadernos de horarios de los ferrocarriles británicos, pero esa extravagancia nos permitió saber que a las 6:44 pasaría el primer tren del día con dirección a Londres.

Solo los buenos amigos prestan sus maletas. Doug no solo me prestó su maleta: también me proporcionó dos trajes, tres camisas, dos pares de zapatos, una gabardina, 129 libras y 50 chelines, una libreta y una pluma, y una primera edición de *Las estaciones* de Thompson (por si necesitaba empeñarla), entre otras cosas. Me prometió que se ocuparía de visitar el despacho de Pelton, Pelton & Solomon Kippendell, que intentaría resolver la cuestión a mi favor —si es que eso era posible, dadas las circunstancias— y que procuraría ingresar dinero suficiente en la cuenta bancaria que yo le indicara, cuando me pusiera en contacto con él. Desde luego, no podía llamar ni a su casa ni al despacho del St Christopher, en ningún caso. Debía telefonar a casa de una joven estudiante vietnamita, los martes a las doce de la noche, de momento.

A juzgar por la frenética actividad de Doug y su nerviosismo, creí que nunca podría dar por concluidas las enojosas complicaciones prácticas del caso. «Falta solo media hora para que salga el tren de Londres. Escúchame bien, Linton, por Dios. Ponte esta venda en la cara, así, como si te hubieras herido en el ojo. De este modo no te reconocerán. Muy bien. Ahora te voy a

llevar a la estación. Te bajas en Victoria, ¿de acuerdo? Antes de bajar, vas al baño y te quitas la venda, pero te la guardas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Linton? Cuando llegues a Victoria, compras un billete para Brighton, pero no subas al tren. Sales a la calle y coges un taxi. Te tiene que llevar a esta dirección: *Mount Venus*, Margay Sq 3, y preguntas por Lulu o por Marigold. ¿Lo recordarás? Lulu o Marigold. Les dices que vas de mi parte. Les dices que has perdido tu pasaporte, ¿me entiendes? *Has perdido tu pasaporte*. Y después te vas a Heathrow y coges el primer avión que te saque de aquí. No se te ocurra ir a la India, a Sudáfrica o a Gibraltar. Vete a cualquier otro sitio. Escoge un sitio que te guste. Un sitio bonito y agradable...».

«¿Un sitio bonito y agradable? ¿Niza?».

«El hexaclorobenceno te ha afectado al cerebro. Vete donde quieras, pero lárgate de Inglaterra. ¿Me has entendido?».

Media hora después, cuando detuvo su automóvil frente a la estación del ferrocarril de Oxford, me observó durante unos segundos y me colocó mejor la venda con mercromina que me cubría parte de la cabeza, el ojo izquierdo y casi toda la mejilla del mismo lado. «Supongo que esto es todo, Linton. Seguramente no nos volveremos a ver. Vas a tener una segunda vida: no seas como en la primera». Nos dimos un fuerte abrazo, por encima de la palanca de cambios y el freno de mano. «¿En serio... las arrojaste a...?».

El bufido de una locomotora anunció que llegaba el tren que me llevaría a Londres.

«¡Lárgate ya!», me gritó Doug.

12. *Mount Venus*

La modista Lulu Marshall (LMTM) y su modelo favorita, la famosísima y espléndida singapurense Marigold Yyd, habían decidido invertir sus ganancias millonarias (derivadas de la comercialización de ropa, calzado, complementos, maquillaje, perfumes, etcétera) en distintos proyectos artísticos y culturales. Mi amigo Doug, que había tenido como alumna y como amante a la fabulosa singapurense (pues claro), las convenció para que invirtieran en un interesantísimo proyecto cultural —en el que mi amigo, *desde luego*, no tenía ninguna participación—, previsiblemente dedicado a la cultura grecolatina, a juzgar por el nombre de la revista: *Mount Venus*. En dicha publicación se darían cita —según se anunció a bombo y platillo en un programa de la BBC— la belleza, el arte, las letras y las «nuevas ideas del siglo». En los años sesenta, las nuevas ideas del siglo surgían cada trimestre. En los ambientes universitarios se habló algo de aquella revista, aunque los estirados oxonienses jamás pagarían ni un penique por una publicación que saliera de las frívolas prensas de Londres, por muy cultural que fuera.

Salvo a mi amigo Doug —que *desde luego* no participaba en semejante publicación, aunque seguramente colaboraba con relatos subidos de tono, artículos y comentarios en casi todos los números—, a todo el mundo le sorprendió que finalmente *Mount Venus* fuera una revista pornográfica. Y algunas personas de calidad que se habían suscrito por un año pensando que recibirían una publicación de antigüedades grecolatinas tuvieron que hacer verdaderos equilibrios para que sus vecinos no vieran en el buzón las rotundas formas cárnicas de las modelos que solían ilustrar la portada de la publicación. Fue un escándalo, pero, «bien pensado», le dije a Doug cuando tuve el primer número en mis manos, «no sé qué otra cosa podía esperar de un escritor, sino vicios onanistas». Sin embargo, no me quedó más remedio que felicitarlo por la elección de la joven voluptuosa que aparecía en la

portada, adoptando una postura acrobática y de todo punto inverosímil. La perseverancia de mi amigo Doug, explicándome una y otra vez que él no tenía ninguna participación en aquella revista, más allá de ciertos consejos y revisiones, resultaba conmovedora. Aquel primer número, junto a la rotunda figura de una tal Lydia Bennet, muy poco austeniana, también traía un poema erótico de John Donne, así que no se puede decir que estuviera exento de sustancia cultural. «Ven, dama mía, ven...».

Dada la popularidad de Lulu Marshall (LMTM) y Marigold Yyd, era previsible que el escándalo concluyera en una rescisión de los contratos y las inversiones. Pero *Mount Venus* les reportaba unas ganancias tan fáciles y unos ingresos tan cómodos que el mismo día que anunciaron en la radio su desvinculación de la industria pornográfica aportaron varios cientos de miles de libras a la administración de la publicación por persona interpuesta.

Doug me había contado todas estas aventuras cárnico-financieras mientras se envanecía de su «proyecto cultural», en el que *desde luego* no había tenido ni tenía participación alguna. Desde su gloriosa fundación en 1962, y durante los tres años que llevaba ocupando lugares preeminentes en los quioscos, las tiendas de discos, los pubs de Covent Garden, los cabarets, los clubes y las comunas del Soho, habían pasado por la portada de *Mount Venus* grandes personalidades, como Melissa Wiss —que provocó uno de los divorcios más sonados del Parlamento—, las hermanas Flaxx —de gratísimo recuerdo en la residencia real de Balmoral—, Peggy Omdee —cuyo parecido con la joven Esther Williams era verdaderamente asombroso, aunque solo fuera del agua, porque la pobre Peggy nunca había aprendido a nadar—, la ebúrnea canadiense Zika Grant —cuyas acrobacias asombraron al mundo—, Patt Gensen —una de las mil amantes imaginarias de Elvis Presley— y Ray Lynn —que no era famosa en absoluto, pero que lo fue, por razones más que comprensibles, después de convertirse en la portada de mayo de 1963—.

Las oficinas de *Mount Venus* estaban, tal y como me había asegurado Doug aquella noche, en Margay Sq 3. El joven que se escondía tras el mostrador de recepción me dijo que la noche anterior se había celebrado la fiesta primaveral de la señorita Lulu Marshall (LMTM) y que, por tanto, no había en las oficinas nadie que pudiera atenderme. Según el joven, era casi

tradicional que Lulu Marshall (LM™) organizara por esas fechas, cuando comienza a hervir la pasión juvenil, una fiesta en la terraza de su fabuloso estudio del Soho y...

«He perdido mi pasaporte», le dije.

«Oh».

13. *Itsy Bitsy Teenie Weenie Yellow Polka Dot Bikini*

En el sótano de las oficinas de *Mount Venus*, después de hacerme varias docenas de fotografías, y mientras trabajaba minuciosa y muy profesionalmente con diversos materiales, documentos pseudoficiales y pasaportes, el joven Jeremiah —así se llamaba, o eso dijo— me describió, con entusiasmo y precisión, las fiestas que organizaba Lulu Marshall (LM™) en su ático del Soho.

En su opinión, allí se congregaban los jóvenes más brillantes y algunos de los rostros, traseros y piernas más deslumbrantes de Londres. Jeremiah, mientras ajustaba mi fotografía en el documento, me aseguraba que la mayoría de las maniqués de Lulu Marshall (LM™) deambulaban semidesnudas (*We wear short shorts!*) por la casa marmórea, entre las palmeras maceteras, o se refrescaban los tobillos sentadas en el borde de la piscina mientras bebían cócteles de variados y vivos colores, o remoloneaban perezosas en las tumbonas y en las toallas al sol. Era fácil imaginar a aquellos grupos de jóvenes parloteando sobre el último *hit* de moda o balanceándose sensualmente junto a la balastrada de la terraza; algunos comentarían entre risas las fotografías de ciertas revistas; y otros, en fin, se concentrarían en sus experiencias espirituales gracias a la dexedrina u otras sustancias que consiguen modificar la materia y las características sensitivas de las cosas.

«El año pasado llevaron a la fiesta a la baronesa Elke von Schletz». Yo no tenía la fortuna de conocer a la baronesa Von Schletz, pero Jeremiah me dijo que si era capaz de imaginar una joven alemana que estuviera a medio camino entre Françoise Hardy, Patty Boyd y Sharon Tate, no andaría muy desencaminado. La idea de imaginar una mujer así me produjo un leve desvanecimiento que preferí atribuir al desagradable hecho de llevar toda la noche sin dormir.

«La señorita Lulu Marshall (LM™) y la señorita Marigold se empeñaron en que la baronesa tenía que probarse toda la colección de *bikinis* de su marca, ya sabe... *Itsy Bitsy Teenie Weenie Yellow Polka Dot Bikini*».

Yo no sabía qué era lo que tenía que saber... aunque creí recordar haber escuchado en la radio una canción que decía algo así y promocionaba las escasísimas prendas indumentarias de LM™. Al parecer, las anfitrionas habían quedado tan satisfechas con la actitud curvilínea y desenfadada de la baronesa Von Schletz que consideraron oportuno aportar alguna idea a la incipiente carrera de la joven: le propusieron que añadiera a su bonito nombre alemán, Elke, el apellido Summer, que resulta brillante, amarillo, sensual y estival, o Sommer, si lo prefería en alemán.

No me resultó muy difícil imaginar a la misteriosa baronesa, ya convertida en Elke Sommer, luciendo sucesivos modelos acuáticos que seguramente desequilibrarían para siempre los espíritus más tiernos y juveniles de la fiesta.

Jeremiah escrutaba con su lupa hasta el más mínimo detalle de mi nuevo pasaporte.

«¿Tiene algún inconveniente en llamarse Nigel Balquhiddel-Kinloch?».

«¿Soy escocés?».

«De Aberdeen, si no le importa».

«Me parece bien».

Jeremiah me aseguró que Nigel Balquhiddel-Kinloch era un nombre tan extraño que ningún policía del mundo imaginaría que podía ser falso.

Y luego volvió a lo que más le interesaba contarme: «Las fiestas de la señorita Lulu Marshall (LM™) y la señorita Marigold son famosas por los atardeceres y por la música: Perkins, Berry, Richard, Cochran..., ya sabe».

Tampoco en este caso sabía qué tenía que saber al respecto, pero no me resultaba muy complicado imaginar aquellos cuerpos jóvenes balanceándose con las últimas luces doradas de la tarde londinense, mientras la baronesa Von Schletz se entretenía yendo de grupo en grupo, charlando con unos y otros, o bailando y destrozando para siempre las vidas de varios muchachos y algunas muchachas presentes...

«La reina de la fiesta de ayer fue una chica americana: BettyBetty». Por lo que me contó Jeremiah, cuando Lulu Marshall (LM™) la vio nadar en la piscina con su bikini LM™ rojo, dijo con emoción contenida que le resultaba irresistible. A Marigold, a dos jóvenes cantantes gemelos, a uno de los fotógrafos ocasionales de *Mount Venus*, a la representante de la agencia Ipsy Models y a la cantante de Sylvia And The MopTops también les resultó irresistible. A la mañana siguiente todos los presentes prefirieron no recordar lo que había ocurrido a partir de ese momento.

14. *Swinging London*

Había un establecimiento en Piccadilly regentado por una joven holandesa llamada Doutzen. Cuando le pregunté a Jeremiah dónde podía comer algo, me dijo que fuera al Da Doo Run Run de Doutzen, un pub donde él y sus amigos se reunían antes de ir al famosísimo 2i's, al Ronnie Scott's, al Whisky a Go Go, o a cualquiera de los clubes de Carnaby Street o King's Road o... El establecimiento, uno de aquellos *coffee bars* que surgían de la noche a la mañana, lucía una enorme Union Jack en la entrada, y solía llenarse de jóvenes elegantes y muchachas que imitaban el maquillaje aterrador de Peggy Moffitt, con pestañas postizas, y con el pelo extravagante *five point* de Vidal Sassoon. Una elegante *jukebox* hacía retumbar las paredes con una canción en la que unos chicos gritaban desesperados porque se sentían atrapados en las redes de una jovencita... ¡y no podían dormir!

«Hola, soy Doutzen. ¿Qué vas a tomar, cariño?», me preguntó. Le dije que tomaría un vaso de soda.

Algunas horas antes, en la oficina de la BEA, en el Strand, una joven con un gorrito azul me aseguró que mi avión a Niza no despegaría hasta las nueve de la noche, así que me dispuse a aprender todo lo necesario para poder habitar en un mundo donde no solo había lepidópteros.

Cuando llegué al Da Doo Run Run, a primeras horas de la tarde, apenas había cuatro o cinco jóvenes engullendo esos productos que los americanos llaman comida. (Los americanos siempre han sido muy optimistas, incluso a la hora de decidir qué es comida). A media tarde comenzaron a aparecer grupos de chicos y chicas, que acabaron atestando el lugar con sus voces juveniles, sus risas, el humo de sus cigarrillos y el perfume ácido de las pintas que despachaban sin cesar el camarero *mod* y la holandesa Doutzen.

Yo había procurado sentarme en la mesa del fondo, con la maleta de Doug a mis pies, junto a la ventana, donde podría estudiar con precisión científica cómo era aquel mundo de estridencias y colores chillones al que me iba a enfrentar.

Hasta ese momento había vivido cómodamente en la oscuridad de la ciudad universitaria y de St Christopher, con su olor a repollo cocido, con su eterna cortina de lluvia o sus nieblas invernales, con sus paredes revestidas de madera ahumada y ennegrecida, sus calles plateadas y sus soñolientos campanarios. La pobre Laurine y la tía Mildred me habían convencido satisfactoriamente de que mi personalidad se ajustaba con precisión científica a la de las polillas. A ambas les gustaba recordarme que era un cobarde — cuando algún pequeño inconveniente universitario me angustiaba— o un inútil —cuando se hacía evidente que no podía afrontar situaciones relativas a las costumbres sociales—, o ambas cosas a la vez. La doctora Val, de freudianos labios, tampoco se reprimía al evaluar mis características defectuosas, y el dinero que abonaba para que mitigara mis angustias y mis temores no servía para atenuar sus juicios. («Es usted un parapléjico social, Linton», me había dicho en más de una ocasión). Por lo demás, ni los profesores universitarios ni los alumnos, ni los panaderos ni los camareros, para ser justos, me tuvieron nunca en mayor consideración. Si alguien estuviera dispuesto a perder el tiempo analizando mi personalidad, debería abordarlo también desde una perspectiva histórica: desde muy niño, gracias a Dios, se me dijo la verdad, tanto en el seno de mi familia como en los pequeños círculos sociales que frecuentaba, y aprendí las lecciones que se me daban con modestia pero con perdurable consistencia. Así pues, tal y como se me aseguró, nunca podría llegar a ser «nada en la vida» por culpa de mi incompetencia intrínseca, mi debilidad mental, mi incapacidad intelectual y mi inoperancia social. Y nadie sensato podía estar en desacuerdo con esta evaluación. De ahí que pensara que los insectos eran unos seres que se ajustaban bien a mi personalidad: me asombraban desde el punto de vista científico, pero desde luego no eran prodigios de inteligencia, así que podía entenderme bien con ellos.

«¿No te parece que seis vasos de soda son suficientes?», preguntó una voz germánica mientras su propietaria se apoyaba en mi hombro para dejar pasar por detrás a un grupo de chicos serios y elegantes. «Cariño, ¿te encuentras bien?», insistió Doutzen, dejando pulcramente el sexto vaso de soda delante de mis narices.

Supongo que aquel torbellino de música, humo, risas, juventud y alcohol había provocado una palidez aterradora en mi rostro, y quizá cierto temblor en mis manos. Observando a través del cristal la frenética actividad de Piccadilly Circus, con aquellos neones y luces fluorescentes lanzando destellos en las alturas, con una infinidad de hombres y mujeres cruzando la calle apresuradamente, conversando, intercambiando gestos y besos, levantando el brazo para llamar a los taxis, subiéndose peligrosamente al quicio de los autobuses, sumergiéndose en el metro con prisa, o entrando y saliendo de los establecimientos de moda con rigor profesional, me preguntaba cómo iba a poder afrontar una vida en semejante jungla. ¿Acaso un hombre como yo podría enfrentarse a un mundo así con alguna garantía de supervivencia?

Doutzen seguía apoyada en mi hombro —sentía su calor— mientras charlaba animadamente con un grupo de muchachas que —claramente— habían empezado a fumar aquella misma tarde, o quizá la semana anterior. Una de ellas —una réplica casi perfecta de Brigitte Bardot cuando era Juliette— apartó mi vaso de soda y se sentó en la mesa, empujando mi brazo con su trasero.

Y fue entonces cuando los treinta y dos años de mi vida se desplomaron sin piedad sobre mis hombros: mi ancianidad se hizo evidente y sentí la necesidad y la obligación de huir de aquel lugar si quería conservar un mínimo de dignidad. La germánica Doutzen seguía apoyada en mí, la réplica juvenil de Brigitte Bardot comenzó a mover sus caderas al ritmo de la música, las risas de las discípulas de Peggy Moffitt revoloteaban por el establecimiento, los amigos *mod* del camarero fumaban sin piedad y desde las profundidades del Da Doo Run Run estallaron los acordes eléctricos y desesperados de alguien que aseguraba que Beethoven estaba en su

buhardilla componiendo rock and roll en 2 x 2. La adolescente BB se levantó como movida por un resorte, dio un grito, y me agasajó con una sesión de actividad cárnica abrumadora.

No es necesario insistir en lo que vi durante mi odisea por el océano de juventud y alegría que se agitaba en el Da Doo Run Run. Me pareció que yo también tardaba diez años en cruzar de parte a parte el piélago de la modernidad en Piccadilly Circus.

Negresco

15. Pánicos troposféricos y una misteriosa dama

«¡Adiós, querido! ¡Venga a visitarme algún día!».

Al bajar las escalerillas del avión en el aeropuerto Côte d'Azur, el aire matutino de Niza, perfumado de flores y sal, nos dio la bienvenida junto a un sol cálido y amarillo. El cielo lucía un milagroso azul olímpico, bien distinto del que habíamos dejado atrás, en un Londres tormentoso y gris.

Mi maleta y yo habíamos pasado la noche en el aeropuerto Great West, del pueblo de Heathrow, y entretuve aquellas horas con un manual de arquitectura medieval que algún estudiante había olvidado en la sala de espera. (El autor describía con bastante habilidad literaria la invención del arbotante o *arc-boutant*).

A las siete de la mañana aparecieron las azafatas robotizadas de la British European Airways, corriendo con pasitos cortos y, apresuradamente, lo dispusieron todo con eficacia mecánica para que bajáramos a la pista y nos acomodáramos en el aterrador Trident de la compañía.

Dispuesto a morir sin remedio, encogido de hombros y con las manos sudorosas, me hundí en mi asiento y procuré ponerme a bien con Dios, aunque es dudoso que después de tantos años de desavenencias e indiferencia mutua Dios quisiera dispensarme algún beneficio. El resto del pasaje —tal vez porque en su mayoría eran ingleses dispuestos a secar meses de humedad permanente en la costa francesa— no parecía especialmente preocupado por las misteriosas leyes físicas que consiguen que un aparato metálico de casi 100.000 libras pueda mantenerse en el aire a una velocidad de 350 o 370 nudos. Mientras los pasajeros acomodaban sus bolsos y sus pamelas, y se preguntaban unos a otros qué tiempo haría en Niza, yo saqué mi libreta y empecé a hacer cálculos matemáticos para confirmar que con un empuje de 50,5 kN podríamos mantenernos en el aire. También me preocupaba la cantidad de combustible, y si el alcance sería suficiente para... «Oh, no debe

preocuparse por eso, señor», me dijo una amable azafata. «Hasta Niza hay poco más de 640 millas, y este avión tiene un alcance de 1.800 millas, señor». Sin embargo, yo no estaba tan seguro, y quise saber si... «¿Quiere una tila, señor?».

Todo parecía dispuesto, y sin embargo era evidente que algo impedía el despegue inmediato. «¿Ocurre algo, señorita? ¿Puede decirle al piloto que, durante el despegue, los *flaps* de las alas deben estar desplegados en posición...?». «Esta gragea de valeriana le sentará maravillosamente, señor».

Resultó que el retraso en la partida se lo debíamos a un grupo de pasajeros que había llegado a última hora. Se trataba de una mujer de aspecto nórdico, elegantemente vestida, acompañada por tres hombres de colosales proporciones, quizá de origen griego o turco o egipcio o armenio... Aquella réplica de Vikki Dougan entregó a uno de sus acompañantes mediterráneos una pequeña sombrerera y, dedicándome una sonrisa fabulosa, se sentó a mi lado. Los hombres me observaron con gesto desconfiado y en la mirada de uno de ellos vi claramente reflejada su intención de rebanarme el cuello a la menor ocasión. Vikki Dougan llamó a una de las azafatas, le dijo algo al oído, y la empleada de la BEA corrió apresuradamente por el pasillo y se perdió en la cabina.

Se me ocurrió pensar —mientras realizaba más cálculos matemáticos, relativos a la presión y la altura— que, en realidad, la hora de la partida la habían decidido la mujer que estaba sentada a mi lado y sus acompañantes, y emprenderíamos el vuelo cuando a ellos más les conviniera. Bien pensado, ¿qué puede impedir que un Trident, que se ajusta con voluntad sagrada a la segunda ley de Newton, se eleve en el cielo, gracias a la sustentación de unos potentes motores que...?

Del Trident se decía que le costaba despegar y que se «aferraba a la pista como un gusano». Mientras el aparato comenzaba a vibrar, recorriendo el asfalto del aeropuerto, y los motores a reacción lanzaban alaridos desesperados, yo me aferré a los reposabrazos y cerré los ojos, con la conciencia segura de que aquellos serían los últimos instantes de mi vida. (Había tenido la desgracia de subirme a un avión en dos ocasiones con anterioridad; la primera, en un viaje a París, con motivo de un congreso

entomológico; y la segunda, a Bruselas, por el fallecimiento de un familiar. Y en ambos casos sufrí las mismas congojas y tuve la misma conciencia de estar asistiendo al final de mi existencia).

«Tranquilícese, querido», dijo mi Vikki Dougan particular, y cuando cruzó las piernas y su fabuloso tacón de aguja casi me perforó el tobillo, pensé que aquella mujer tenía razón: si ella estaba en el avión, seguramente nadie correría ningún peligro; me pareció que era de esas personas cuya voluntad podría afectar incluso a la teoría de sustentación de los cuerpos en el aire.

Su rotunda anatomía se coronaba con un rostro nórdico y amable, ahora casi oculto por unas gafas de sol negras que protegían sus ojos grises del incómodo resplandor que ilumina la estratosfera. Algunos complementos metálicos tintinearón en la muñeca de la mano que se tendió hacia mí. La elegancia de aquella mano suave, aterciopelada y perfumada contrastaba con la mía, torpe y áspera.

«Me llamo Lucille Øorund», dijo, mientras encendía un cigarrillo.

El intenso perfume que emanaba su piel y la obligación de concentrarme en sus labios me nublaron el conocimiento y estuve a punto de presentarme como Linton Blint; tardé unos segundos, que se me hicieron eternos, en recordar cuál era ahora mi nombre.

«Nigel. Nigel Balquhiddier-Kinloch. Voy a Niza».

La mujer se volvió, expulsó el humo del cigarrillo hacia la punta de su nariz, y sonrió de buena gana.

«Sí: es lo que esperamos todos los que vamos aquí, querido». Abrió con desinterés uno de los periódicos que ofrecía la azafata de la BEA. «Oh. Esos chicos de Liverpool actúan en Niza... ¿A qué se dedica, Nigel?».

Como parecía desinteresadamente ocupada leyendo los titulares del periódico, creí que podría mentirle con bastante solvencia y sin correr riesgos.

«Soy profesor de arquitectura antigua: estudio las columnas, los frisos, los pináculos, los arbotantes... *arcboutants*».

«Oh, vaya», dijo sencillamente, y se volvió hacia mí; intuí tras sus gafas oscuras una mirada penetrante y sospeché que ya había descubierto que era un farsante: que ni me llamaba Nigel, ni ejercía como profesor ni tenía

conocimientos especializados sobre arquitectura.

«Voy a Niza por el sol. Tengo hexaclorobenceno en los huesos. Mi médico me ha recomendado tomar el sol. El doctor Cmikiewicz. Douglas Cmikiewicz. Un especialista en huesos y hexaclorobenceno. El sol de Niza es muy bueno para eliminar hexaclorobenceno, al parecer», añadió.

«Oh, vaya», repitió Lucille Øorund.

Estuvo leyendo las noticias de la sección internacional con mucha atención, y luego sacó del bolso un *Cosmopolitan*. A juzgar por lo que decía su portada, en páginas interiores explicaban pormenorizadamente por qué los hombres italianos adoran a las chicas americanas («pero no se casan con ellas»). Lucille Øorund pasaba las páginas de la revista con furia, haciéndolas restallar en el aire, como si le molestara lo que había en ellas, y de vez en cuando murmuraba alguna palabra en un idioma que yo desconocía (seguramente danés, o noruego, o finlandés, o estonio, o...). Solo se detuvo a leer atentamente un vistoso reportaje fotográfico sobre la princesa Grace de Mónaco. Si hubiera sido menos tímido y no hubiera estado tan aterrorizado por encontrarme a diez mil metros sobre la Tierra, seguramente habría disfrutado más del perfume de mi compañera de vuelo, de la suavidad de sus curvas, de sus discretos pero sensualísimos movimientos, o de sus furtivas miradas; e incluso me habría atrevido a preguntarle cuál era su ocupación, o por qué viajaba a Niza, y quiénes eran aquellos tres hombres que iban con ella, y tal vez otras cuestiones más personales.

Por fin, Lucille Øorund abandonó la revista, se recostó cómodamente en su asiento e intuí que cerraba los ojos con un delicado suspiro felino.

«Estaré en Niza algunos días», murmuró casi medio dormida. «Tengo una villa en Cimiez. Con piscina. Podrá tomar el sol y librarse del hexaclor... bueno, de eso que tiene en los huesos».

Iba a decirle que era muy amable por su parte, claro, y también le iba a dar más información sobre el hexaclorobenceno, y cómo me había afectado en otros muchos sentidos y en distintos órganos internos, y todas las indicaciones que me había dado el doctor Douglas Cmikiewicz... pero me pareció que la señorita Lucille Øorund había caído en un dulce duermevela, sus labios se habían quedado suspendidos en un beso perdido y su mano derecha descansaba en mi reposabrazos con una languidez morbosa. Así que

murmuré un torpe agradecimiento, observé su rostro durante unos instantes —seguro de que tenía los ojos cerrados tras las gafas de sol—, y luego me dispuse a sufrir otra hora de calvario troposférico.

Cuando creía que la tensión de mis músculos iba a provocarme algún esguince cervical, las amables azafatas robóticas de la BEA anunciaron que comenzábamos las maniobras de aterrizaje. Me pareció muy propio el uso de la primera persona del plural, porque —aunque no me prestaron mucha atención— tuve que hacerles algunas indicaciones técnicas sobre cómo creía yo que debía abordarse la peligrosísima aproximación.

Al final, con el concurso de todos, conseguimos tomar tierra en el aeropuerto Côte d'Azur, y al bajar las escalerillas del avión, el aire matutino de Niza, perfumado de flores y sal, nos dio la bienvenida junto a un sol cálido y amarillo. Todos los pasajeros fuimos desfilando por la aduana, uno tras otro, ordenadamente. (Lucille Øorund, por alguna razón, pasó por otras dependencias). Los gendarmes franceses se miraron un poco extrañados cuando vieron mi pasaporte, y tuve que advertirles que era abogado y que iba a reunirme en Mónaco con la baronesa Elke von Schletz (de soltera Elke Sommer), muy amiga de la princesa Grace. Murmuraron algunas palabras en francés, que no comprendí, anotaron mi nombre en un papel y, con un indiferente movimiento de cabeza, me indicaron que tenía permiso para entrar en Francia.

Mientras buscaba la salida del aeropuerto vi acercarse a la señorita Øorund, seguida —o más bien rodeada— de aquellos tres hombres imponentes de aspecto turco o libanés o armenio. Lucille me lanzó una sonrisa de fuego carmesí, me hizo unas mariposas blancas con los dedos de la mano y me dijo:

«¡Adiós, querido! ¡Venga a visitarme algún día!».

16. Las habitaciones de los hoteles viejos inspiran pensamientos sombríos

Es propio de los locos negar su locura. Pero por lo que a mí respecta, estoy perfectamente seguro —siempre lo he estado— de que no estoy en mis cabales. De todos modos, no voy a presumir de haber hecho semejante descubrimiento por mí mismo: mis padres, mis sucesivos psiquiatras y, sobre todo, mi pobre Laurine y mis amigos siempre me hicieron patente esa debilidad. La falta de carácter, mi apocamiento general, mis dudas interminables, mi inacción o mi pasmo se debían —no necesito erudiciones para llegar a esa conclusión— a mi torpeza mental.

Por eso cuando aquel hombre que olía a puerros se acercó a mí en el aeropuerto y empezó a hacer aspavientos gritando que conocía un hotel magnífico en la ciudad, no pude sino seguirlo hasta un taxi. El hombre que olía a puerros le indicó al taxista que me trasladara al hotel Soleil Méditerranéen, que estaba en el *boulevard* Gambetta, cerca de la estación de ferrocarril.

Aunque habrá opiniones para todos los gustos, yo no creo que el Soleil Méditerranéen fuera un hotel. Tras pasar el portazgo de una recepción estrecha y mugrienta, me topé milagrosamente de nuevo con el hombre que olía a puerros: tal vez había utilizado algún sistema modernísimo de teletransportación para llegar antes que yo al hotel. Aunque también era posible que el taxista hubiera decidido que sería interesante que viera una panorámica general de Niza antes de trasladarme definitivamente al Soleil Méditerranéen. En la recepción había una mujer en cuyo pelo podría haberse frito un grueso bistec irlandés.

Aunque no tenía esperanzas de que aquella mujer o el hombre de los puerros conociera el significado de la palabra «telegrama», pregunté si podrían enviar uno a la dirección de la amante vietnamita de mi amigo

Douglas Cmikiewicz en Oxford: «Hôtel Soleil Méditerranéen de Niza. Nigel Balquhíder-Kinloch», simplemente. Tuve que deletrear tres veces mi apellido. Pensé que tal vez sería aconsejable enviar otro al *college* St Christopher, pero la tarea me pareció agotadora y, sobre todo, imprudente.

Tras las formalidades necesarias —y abonar por adelantado una semana—, subí con mi maleta por un empinado pasadizo que seguramente sus propietarios llamaban escaleras. La habitación 21 ocupaba un recodo oscuro del segundo piso; la puerta de al lado tenía una chapa metálica con el número 22, pero en mi habitación debía de haberse extraviado la placa, y sospeché que el hombre de los puerros habría sido el encargado de pintar con tiza el número 21 en la puerta. En ningún caso consideré higiénico aquel lugar.

La habitación era espaciosa, pero eso no iba en su auxilio, porque los cuatro o cinco muebles que ocupaban la estancia parecían abandonados y solitarios, acobardados en las esquinas y apoyados contra las paredes descascarilladas, que antaño tal vez habían lucido una pintura ligeramente verdosa, y hoy solo amenazaban con un dudoso tono grisáceo. Desde la ventana se veía el ajetreo característico de las calles que circundan las estaciones ferroviarias: muchos aldeanos con cestas, cajas y maletas; pícaros dispuestos a trabajar el descuido en los incautos; vendedores de tabaco, charlatanes de rifas falsas y tahúres de distintas graduaciones. También había mendigos, holgazanes, mozos maleteros ocasionales, viejas que alquilaban habitaciones por poco precio y alguna prostituta expulsada por la edad y las arrugas de las calles más elegantes de Niza o de los clubes más refinados de la ciudad.

Sentado en aquella cama mugrienta, observando las paredes deslustradas y combadas de la alcoba y el amarillento lavabo empotrado en una esquina, sin saber en qué emplear mi tiempo ni mi vida en general, eché de menos aquellas píldoras de la felicidad que tan generosamente me proporcionaba la doctora Simonette Val, la de los freudianos labios. Aquellas grageas conseguían que tuviera la tranquilizadora sensación de que el mundo se apiadaba de mí, lo cual era un incentivo maravilloso para mi propia conmisericordia.

¿Quién sabe qué perturbación sería la responsable de mi descabalamiento? ¿Quién podría decir si mis delirios eran de este tipo o de aquel otro, y si mi enajenación merecía tal o cual tratamiento, y si aquello que me ocurría se debía a una manía o a una demencia, y si era un lunático o un psicótico o...? Aunque nunca me lo dijo, seguramente la doctora Val tenía una buena palabra para mis delirios, mis manías, mis terrores, mis vacíos... y mis enajenaciones en general. Seguro que la doctora tenía una buena palabra: una palabra larga y compuesta de varios vocablos de raíz griega.

La doctora, cuya voz casi podía imaginar a mi lado, me hablaba con frecuencia del poco valor que me concedía a mí mismo, de mi incompetencia general en todos los ámbitos sociales (e incluso profesionales), mi carácter dubitativo o mi incapacidad para sobrevivir por mí mismo, y añadía que esa era la consideración que tenía el mundo de mí, de lo cual no se podía esperar nada bueno en el futuro. Era sorprendente lo que aquellas pastillas podían hacer por mí.

Pero no era la voz de la doctora Val la que oía, sino la de una mujer que parecía furiosa en la habitación 22. Apenas podían distinguirse algunas palabras en francés, y como mi conocimiento del idioma se reducía a poder leer los magníficos libros de Jean-Henri Fabre, sobre todo sus *Souvenirs entomologiques* y la *Scène de la vie des insectes*, no puede decirse que entendiera con precisión todo lo que decía. La mujer, con una elegante pronunciación de la delicada lengua francesa, que contrastaba singularmente en aquella suerte de cobertizos denominados en conjunto hotel Soleil Méditerranéen, llamaba *dégoûtant salop* a alguien que apenas se atrevía a decir nada. De vez en cuando se oía el murmullo de la voz de un hombre, pero la mujer del francés señorial interrumpía sus quejicosas disculpas y volvía a insistir en que aquel hombre era un miserable cobarde, un cobarde miserable y un miserable cobarde. El hombre lloriqueaba diciendo: «Estoy a su servicio, estoy a su servicio». La mujer de acento señorial insistía en que la vida del hombre no valía más que la de una cucaracha, y él suplicaba: «*Je suis à votre service, madame! À votre service, madame, à votre service...!*».

Me dejé caer de espaldas en la cama, y sentí todos los abultamientos de un colchón que seguramente había conocido épocas gloriosas en la corte de Pipino el Breve. Creo que si me hubieran asegurado que en el transcurso de

las dos horas siguientes el mundo se iba a desintegrar en medio de grandes horrores —por ejemplo, por un capricho repentino de Brézhnev—, habría pedido que me trajeran un helado de vainilla.

17. Violette llama a la puerta

Pasé seis días en aquella habitación, sentado a los pies de la cama o tumbado en ella mirando el techo descascarillado y una bombilla polvorienta que no obedecía las órdenes de ningún interruptor. Ni abrí la maleta, ni me desvestí, ni salí a comer ni me acerqué a mirar por la ventana. Simplemente me quedé sentado allí, echando de menos a mis larvas y mis insectos, los únicos seres de este mundo a los que casi podía entender. Otros organismos, como los peces, las aves, los gatos, los perros y los que tienen mi misma apariencia recurren a una cantidad tal de mecanismos complejos para establecer comunicación que la relación con ellos siempre se me ha hecho prácticamente imposible...

Lo único que rompía la amarga monotonía de mi vida eran las ocasionales visitas de la dama iracunda a la habitación 22; entonces se oían sus gritos, amortiguados como si estuviera hablando con un cubo en la cabeza, dedicando toda suerte de desprecios y ofensas al hombre o a los hombres que, de tanto en tanto, murmuraban algún lamento incomprensible.

Y seis días después de haber llegado al hotel Soleil Méditerranéen —sin que en la habitación hubiera podido entrar ni un triste rayo del sol que proclamaba su nombre—, alguien llamó a la puerta. Mi mayor temor, un terror que me ha acompañado siempre, desde que era adolescente, se hizo realidad: llamaban a la puerta y tenía que abrir. Nunca he entendido qué necesidad tiene la gente de ir a llamar a la puerta de los demás. ¿Qué quieren? ¿Qué buscan? ¿Qué pretenden? ¿Qué esconden? ¿Qué...?

Haciendo de tripas corazón, como siempre en estas desagradables ocasiones, me acerqué cauteloso a la entrada y pregunté al intruso si tendría la amabilidad de decirme quién era y qué quería.

«Hotel Negresco, señor Balkiddeur-Quenloach», dijo una voz femenina.

Entreabrí la puerta y por la rendija escasa de dos dedos vi a una joven ataviada con una elegante librea azul, con galones dorados, cordones de edecán, botones brillantes y otros distintivos militares. No tenía conciencia de que los hoteles contrataran a altos oficiales del ejército como recaderos.

«Señor Quibalder-Beninloch», dijo la joven, «tengo un coche esperando abajo, debemos irnos».

Abrí la puerta lentamente, con la conciencia de que todo había acabado para mí. No había llegado muy lejos, como bien habían pronosticado mi padre y la pobre Laurine (y el mundo en general), ni mi aventura había durado mucho. La maquinaria policial y judicial se había puesto en marcha, y me había atrapado en sus redes como a un vulgar díptero braquícero.

La joven me miraba parapetada en su impecable indumentaria castrense, aunque con un gesto un tanto demasiado risueño para una representante de la milicia. Bajo la visera de su gorra de plato había dos témpanos de hielo que brillaban como dicen que brillan los glaciares de Chamonix, con diminutos diamantes que titilan temblorosos con la luz del sol. Durante aproximadamente diez segundos estuve enamorado perdidamente de aquella bella representante del ejército hostelero, aunque enseguida comprendí lo inapropiado de mis *sentimientos*. La joven me tendió dos cartas, una con el membrete de Pelton, Pelton & Solomon Kippendell, y otra con la incomprensible caligrafía de mi amigo Doug.

Allí mismo tuve conciencia de que no tenía mucho sentido abrir la carta de Pelton, Pelton & Solomon Kippendell, porque con toda probabilidad sería incapaz de entender lo que pudieran decirme con su jerga de abogados y notarios. Jamás he sabido qué quieren decir las personas en general, y desde luego nunca he comprendido nada de lo que esa gente escribe en los contratos, autorizaciones, certificaciones, licencias, credenciales, expedientes y documentos oficiales. Por eso preferí abrir la carta de Douglas *Doug* Cmikiewicz. Leí aquella breve misiva con tanto detenimiento y atención como pude, y luego cogí la maleta y seguí a la bella oficial hasta el vehículo que nos esperaba en la puerta.

«Me llamo Violette», dijo con una deliciosa sonrisa meridional al abrirme la puerta de la limusina.

18. Un nuevo trabajo muy bien pagado

Doug comenzaba su misiva con un «Querido Nigel» que estuvo a punto de conmovirme.

Esperaba que al recibo de su carta me encontrara bien de salud y, a continuación, confirmaba que *todos* estaban bien y que no había apenas nada que contar «salvo la extraña y singular desaparición de mi amigo Linton Blint y su familia». Aquel giro en la explicación me pareció sorprendente y, desde luego, muy perspicaz y propio de una persona muy instruida en los asuntos novelescos.

«La repentina ausencia de Linton Blint», decía, avanzando en su particular narración, «no ha hecho sino causarme molestias y engorros: dado que yo era su mejor amigo (y único, según parece), dejó en su despacho una carta señalándome como depositario de todos sus bienes, hasta orden en contrario; así que la Justicia ha provisionado que sea albacea y garante de sus propiedades (particularmente, su fábrica de fertilizantes) hasta que aparezca el propio Linton Blint o algún documento legal que permita conocer qué ha de hacerse con todas sus pertenencias».

Añadía que la gestión de la fábrica estaba siendo un quebradero de cabeza. «Y he aquí el motivo principal de mi carta: dado que tú eres químico y yo lo ignoro todo en lo que a fertilizantes se refiere, te pido que me envíes un informe anual en el que se describan las plagas que amenazan la agricultura en nuestro Imperio y cuáles son los mejores métodos para acabar con semejantes peligros. Tus informes serán de una gran ayuda y nos señalarán qué productos debemos fabricar, y cuándo, y dónde habrá más necesidad de ellos... Este es el único medio que he creído útil para poder mantener en pie la fábrica y no arruinarla, hasta el momento en el que mi amigo Linton pueda o quiera regresar, si es que aún sigue con vida».

Aquel «si es que aún sigue con vida» me pareció excesivamente teatral, pero confería verosimilitud a aquella carta, tan falsa como mi nombre escocés.

El nuevo albacea de mis propiedades sugería abonar a Nigel Balquhiddie-Kinloch 75.000 libras anuales, por los informes y por algunos otros trabajos que «se determinarán cuando convenga». No obstante, Doug apuntaba que si yo consideraba escasos estos honorarios, la empresa podría aumentar la cantidad «hasta lo que entiendas necesario». Luego, con una vocación práctica admirable, certificaba que esas abrumadoras cifras se ingresarían en la Société Générale, «a tu nombre». Durante unos segundos llegué a tener serias dudas respecto a mi verdadero nombre. «De momento», concluía mi albacea, «he dispuesto que, para tus investigaciones preliminares, cuentes con 250.000 libras iniciales. También he ordenado que se te asigne indefinidamente una *suite* en el hotel Negresco: su cercanía al Centro de Estudios Agrícolas de Niza te permitirá un acceso inmediato a todas las fuentes, bibliografías y documentación que precisas para la redacción de los informes químico-biológicos...». (En adelante, Doug se enredaba en cuestiones relacionadas con la metodología de la investigación; desde luego, toda aquella decoración iba encaminada a favorecer el engaño, pero creo que se dejó llevar por el entusiasmo narrativo).

«Sin más, y confiando en tu profesionalidad y *buen juicio*, se despide de ti, etcétera, tu amigo, Douglas Cmikiewicz». Y esta era su despedida.

En el *post scriptum* decía que me enviaría mensualmente, si lo tenía a bien, los ejemplares correspondientes de *Mount Venus*. «El número de julio», decía, «incluye un amplio reportaje sobre las vestales romanas y una selección de poesía ovidiana que...».

19. *Poetry in Motion*

Quienes consideramos que la vida es un engorroso inconveniente o un mal menor —y una experiencia peligrosa en cualquier caso—, solemos sufrir reveses desconcertantes cuando el mundo se empeña en agasajarnos con lo mejor de su producción. Y, por razones que uno no acierta a comprender, el Sistema Solar se complace en ofrecerle al desesperado los atardeceres más asombrosos, la atmósfera le regala al melancólico una hermosa tarde de lluvia y la biología le concede al corazón dolorido una nueva, reconfortante y sorprendente sonrisa.

Algo parecido me aconteció a mí, que estaba condenado a vagar por el mundo como un pordiosero y, de pronto, me vi entrando en el lujoso hotel Negresco de Niza tras las animadas caderas de Violette.

Mientras observaba con modélico asombro británico los lujos meridionales de aquel establecimiento, mi cicerone me señaló el camino de los ascensores, aunque cualquiera podría haber pensado que estaba haciéndome notar las mullidas alfombras, los marmóreos suelos, las brillantes lámparas, las exuberancias florales y los pulidos bronce del *lobby*. «Le hemos asignado la *suite* 503, señor Bilquadder-Lochking», me dijo Violette con su adorable sonrisa nizarda, y otra vez estuve a pique de caer en las garras del amor. «Esperamos que la encuentre a su gusto».

«Sí. No se preocupe, Violette».

«¿Le gusta el queso, señor Belkadder-Kenloach?».

«Sí».

«En Francia tenemos muchos quesos, señor Balkideur-Konlich».

«Oh».

Pensé que desde luego era una información sobresaliente y que seguramente me sería de gran utilidad en el futuro.

La *suite* 503 era una vivienda espaciosísima, con un salón repleto de muebles versallescos y varios jarrones llenos de flores mediterráneas; en la habitación se veía a lo lejos una amplísima cama que solo etimológicamente podía recordarme a aquella en la que había pasado las últimas cinco noches, y una puerta que seguramente daba a un baño que avergonzaría a las termas de Caracalla. Había unas puertas correderas en el salón que, según Violette, comunicaban mi estancia con otra *suite*, que ocupaba otro cliente; me aseguré que esas puertas estaban cerradas. En cambio, las puertas de la terraza estaban abiertas a la Promenade des Anglais y a un Mediterráneo de un azul imposible: la mañana estival de Niza me pareció suave, sensual y perezosa como la curva praxitélica del primer amor, pero preferí no comentar esos detalles con Violette. Había una mesa junto a la terraza, dispuesta con un desayuno maravilloso que me recordó inmediatamente la patética hambruna de los últimos días.

«Esperamos que disfrute de su estancia, señor Bilquhadder-Lincoln», dijo Violette con una amabilidad muy poco castrense, y al marcharse añadió que estaba a mi servicio, para cualquier cosa que necesitara. Aunque eso son cosas que se dicen, en términos generales, y que no hay que dar por hechas.

Aquella mañana de mediados de abril de 1965, en la *suite* 503 del Negresco, dejé que la deliciosa brisa me arrastrara a mi vicio más íntimo y personal: el vacío absoluto. Sentir cómo el espíritu se abismaba en la nada era mi placer más intelectual, y percibir el calor del sol matutino en el rostro y en las manos, ensimismarme en los destellos y fulgores del mar azul turquesa, detenerme en los brillos irisados que la mañana formaba en las copas del desayuno, comprobar cómo se deshacía lentamente la mantequilla y cómo el zumo anaranjado trasladaba toda su alegría a la mesa, rozar suavemente con los dedos el papel del *Nouveautés de Nice*, doblado en cuatro partes junto a la taza de té y apoyado con leve elegancia en el plato del *croissant*... Podrían transcurrir siglos y revoluciones, grandes matanzas y catástrofes, caídas de naciones e imperios, y nada me conmovió más que aquellas cortinas sedosas jugueteando entre la terraza y mi habitación.

Me sorprendió entonces oír el gorjeo del agua de la ducha en mi habitación. La puerta del baño estaba cerrada, y aunque era posible que el sonido de aquella refrescante cascada pudiera proceder de otra *suite*, me

parecía muy improbable. Me quedé inmóvil y el terror empezó a recorrer mis arterias y mis venas hasta concentrarse en una angustia punzante en el pericardio.

Cuando oí cómo se cerraba el agua en el baño, decidí probar el té con leche, por si eso reanimaba mi valor. Se hizo el silencio y, culpándome por mi poco espíritu, procuré concentrarme en el diario. El periódico me permitió comprobar que no había prácticamente nada en el mundo que me pudiera concernir, a pesar de aquella sucesión de «noticias trascendentales», «acontecimientos históricos» y «espectáculos imprescindibles» de los que podría prescindir sin ningún remordimiento.

El *Nouveautés* del día recordaba que los Four Fabs visitarían la ciudad a finales de junio, que se hospedarían en el Negresco —¡ellos también!—, que actuarían en el Palais des Expositions, que los precios de las entradas alcanzarían los cuarenta o cincuenta francos, que asistirían unas ocho mil adolescentes enloquecidas y que... algo más sobre Antibes, creo. El diario publicaba también una fotografía de una joven que había ganado un concurso de belleza local, la crónica de un accidente ferroviario, nuevos elogios al fallecido Churchill, las vacaciones de la princesa Grace de Mónaco y sus pequeños, una fotografía negruzca y emborronada que —eso se decía— había enviado la sonda Mariner 4 de su apasionante viaje a Marte, un macilento reportaje sobre el violentísimo asesinato a puñaladas de una mujer y sus dos jóvenes hijas en la cercana localidad costera de Fréjus, un informe sobre la detención de un grupo de muchachos demasiado alegres que habían derribado un tramo de la balaustrada del paseo marítimo, el supuesto hallazgo de un tesoro merovingio en una cueva del interior y el resumen de las ordenanzas municipales y provinciales.

La puerta del baño se abrió de pronto y apareció una muchacha envuelta en una toalla blanca, luciendo en el pecho el anagrama con la N coronada del hotel Negresco. Se había anudado también una toalla pequeña en la cabeza, a modo de turbante; y traía los pies vendados.

Por alguna razón que seguramente guardaba relación con mi apocamiento o con mis debilidades nerviosas, continué con mi lectura del *Nouveautés* mientras ella caminaba de puntillas a mis espaldas. Oí cómo se acercaba al *pickup* y colocaba un disco en el plato. Un delicioso y delicado

chisporroteo del vinilo anunció la inminente explosión de la música. La alegre cancioncilla que comenzó a sonar le convenía muy bien a la soleada mañana de Niza. *When I see my baby...* Mientras el joven Johnny Tillotson cantaba entusiasmado que no había olas en el mar que se movieran como su chica, me giré en la silla, y vi a aquella joven moviendo sus deliciosas caderas al ritmo de la música, levantando las manos por encima del turbante toallero, con los ojos cerrados y una indescriptible sonrisa en los labios. (Nunca he sabido cómo las mujeres son capaces de anudar las toallas en torno a su cuerpo de ese modo tan preciso y seguro; no importa lo que hagan: la toalla superará todos los peligrosos movimientos y no se deslizará a no ser que la dueña del secreto lo desee expresamente). Johnny, desesperado de amor, declaraba su pasión desatada un surco tras otro y («*Poetry in motion, dancing close to me*») aposté media vida con los seres elementales a que en las esferas feéricas jamás habían visto nada tan encantador: aquella joven se movía con una sensualidad prodigiosa, y sus brazos se balanceaban perezosamente al tiempo que el bueno de Tillotson gemía su *whoa whoa whoa* desde el altavoz del tocadiscos. Consciente de los encantos de su anatomía, la muchacha se volvió y movió su trasero de un modo que ponía en peligro los pilares morales de la civilización occidental. Los peligros toalleros de la canción del pobre Tillotson llegaron a su cénit cuando ambos confesamos —Johnny entre lamentos y yo, espiritualmente— que «*no number-nine love potion could make us love her more*». Como era previsible, la toalla permaneció en su lugar, dejando volar los brazos y las deliciosas piernas de la joven libremente, sin ningún peligro para su pudor.

Cuando la cancioncilla de Tillotson concluyó, mi inesperada huésped se acercó a la mesa y me robó el trozo de *croissant* que aún me quedaba.

«¿Algo interesante en el periódico?», preguntó al tiempo que se sentaba frente a mí, haciendo gala de esas misteriosas habilidades que permiten que una mujer envuelta en una mínima toalla se siente cómoda y sensualmente frente a un hombre sin desvelar más encantos de los que son estrictamente necesarios para volverlo loco.

«La sonda Mariner 5 ha empezado a enviar fotografías de Marte», dije sin mucha convicción.

Dependiendo de la intensidad de la brisa que movía las sedas de la terraza, de los destellos de luz que consiguieran abrirse paso, de los reflejos marinos que se intercalaran en el aire o de los propios gestos de la muchacha, su rostro y su figura podían recordar a Jean Shrimpton o a Britt Ekland, aunque otras partes de su estructura biológica me recordaban a Marianne Faithfull, a Ann Margret, a Patty Boyd o Anna Karina. Supongo que cualquier persona normal habría entablado una conversación a propósito de la poesía en movimiento, de sus pies vendados, de su nombre y su profesión, o de las razones por las que había estado utilizando mi baño. Pero yo sabía —y sé— muy bien que la conversación rara vez sirve para que dos personas se comuniquen, y, por otro lado, siempre tuve cierta incapacidad para entender lo que se me decía si me encontraba en una situación extraordinaria.

«Había una araña con unas patas larguísimas en mi bañera».

Seguramente sería una *Pholcus phalangioides*.

20. Desayuno para dos

A lo largo de la semana siguiente pude comprobar que aquella joven no tenía una concepción clara de lo que significa la palabra «privacidad». En efecto, tal y como dijo Violette, las puertas correderas que separaban mi habitación de la adyacente estaban cerradas... siempre que la huésped de la *suite* contigua lo deseara, pues la llave estaba de su lado.

La *Pholcus phalangioides* debía de haber establecido su residencia permanente en la bañera de la joven, porque todas las mañanas se abrían aquellas puertas y aparecía ella, cruzaba de parte a parte la estancia, por delante de mis narices —estuviera en la cama o desayunando—, y se colaba en mi baño sin la menor consideración. Eso no impedía que todos los días intercambiáramos un educado saludo de buenos días, e incluso alguna pequeña conversación, si decidía asaltar mi mesa de desayuno y dejarme sin té ni *croissant*. A veces ponía un disco y bailaba. (Unos jóvenes tan rubios como californianos exigían océanos para que toda la población americana pudiera practicar el surf). El tercer día llamé a Violette y le rogué que, a partir de entonces, tuvieran la amabilidad de subir un desayuno para dos personas. Bueno, aquella manera de abalanzarse sobre todo lo que pudiera considerarse comestible me parecía sorprendente, porque siempre que yo le ofrecía compartir mi desayuno —más por gentileza que por deseo de compañía, por supuesto—, me aseguraba que por las mañanas no tenía mucha hambre.

«¿Le molesta que venga...?».

Yo aún no había llegado al extremo de despreciar por completo los elementos más relevantes del universo físico, así que contar todas las mañanas con la presencia de aquella preciosidad en mi habitación —por mucha incomodidad y angustia que me causara— era un regalo al que no iba a renunciar.

«No. Claro que no. Puedes... En fin... No me importa, de verdad».

El cuarto día, después de comerse su *croissant* y el mío, la joven, envuelta en la minúscula toalla de costumbre, vació su copa de zumo de naranja de un trago y, relamiéndose casi agotada tras semejante heroicidad, me dedicó una sonrisa que sin ninguna duda pertenecía a otra esfera de la existencia.

«Soy Celeste Levv», dijo.

21. *Dix-huitième* y yo

Al día siguiente estuve esperando pacientemente delante de las puertas correderas, hasta las once de la mañana, pero las puertas no se abrieron y ella no apareció.

Una de las dificultades de mi carácter afecta a lo que debo o no debo hacer, e incluso a lo que quiero o no quiero hacer. En aquel momento, desde luego, no había nadie que me dijera qué tenía que hacer, así que bajé al vestíbulo y me senté a esperar.

A la una de la tarde *Dix-huitième* y yo aún estábamos esperando pacientemente en el vestíbulo del hotel, sentados en un extraordinario sofá de capitoné de seda turquesa. El hotel siempre tuvo un *chat résident*, y en aquella época el gato del hotel se llamaba *Dix-huitième*. Al principio se llamaba *Ronron*, pero su estrafalaria manía de pasarse las horas frente a la puerta del salón Versailles como si en su interior hubiera una camada de succulentos ratones con pelucas borbónicas obligó a cambiarle el nombre. Violette estaba convencida de que *Dix-huitième* había vivido una de sus múltiples existencias en el siglo XVIII y que esa era la razón por la que se sentía llamado a visitar los objetos y la decoración de aquella sala; según Violette, el gato se sentía como en casa en aquel salón atestado de obras de arte dieciochescas, aunque yo siempre pensé que, en su caso, más bien me sentiría abrumado y aterrorizado ante la idea de reconocer los objetos de una existencia previa. En fin: uno nunca sabe a qué atenerse con un gato, y es imposible averiguar qué están pensando o cuáles son sus intenciones.

Dix-huitième y yo ni nos mirábamos ni teníamos intención de conversar o mantener la más mínima relación. Yo estaba allí (simplemente) y él — supongo— estaría cumpliendo con su labor de gato hotelero: comprobando que todo estaba como se suponía que debía estar, según su propio criterio y su infalible decisión felina.

Otras personas y otros gatos seguramente habrían pasado aquellos minutos meditando en la existencia y el destino del hombre, pero, por mi parte, siempre consideré una frivolidad intolerable dedicar un minuto de mi tiempo a semejantes intrascendencias, superficiales y vanas; y, a juzgar por la seriedad de *Dix-huitième*, supongo que sería de mi misma opinión, y seguramente añadiría que esas filosofías no son más que una sucesión de ataques de vanidad antropocéntrica.

El vestíbulo de Le Negresco, a principios de junio, era un abigarrado ir y venir de turistas pálidos que llegaban y viajeros enrojecidos que se marchaban. Seguramente *Dix-huitième* no se percató de las curiosidades que a mí me llamaron la atención: por ejemplo, había una excitación comprensible en aquellos viajeros que se acercaban al mostrador de recepción, como si quisieran ocupar enseguida su habitación y bajar a comer al restaurante, ¿o tal vez podrían darse un baño antes?, ¿y si en vez de comer en el restaurante del hotel iban a aquella taberna tan típica y pintoresca en la que estuvimos el año pasado? Por su parte, los que se despedían de Le Negresco llevaban en su rostro la satisfacción morena de quien ya ha disfrutado de sus vacaciones, y va preparando las excusas correspondientes, como que la mejor época para estar en Niza es sin ninguna duda junio, porque más adelante hace un calor espantoso y... Los que llegaban, cargados con maletas y sombrereras, traían todo perfectamente embalado, y venían pertrechados a conciencia, con sus cámaras fotográficas recién compradas, sus sombreros impolutos, sus pañuelos aún con las etiquetas de las tiendas de París o de Londres, y toda su indumentaria gritando que iban a pasar varios días disfrutando del sol de Niza y de la elegancia del Negresco. Los que abandonaban el hotel llevaban las maletas abultadas, claramente desordenadas, sus sombreros estaban doblados y deformes, los pañuelos de las señoras ya llevaban mucho sufrido, y toda la indumentaria precisaba la amabilidad de una buena lavandería.

Entre la ropa colorida de los turistas, los ancianos clientes de Le Negresco, siempre dubitativos a la hora de ir hacia aquí o hacia allá, los atareados botones del establecimiento y los camareros que tenían que salir a la terraza o a la playa con las comandas, vislumbré unas siniestras figuras que no me resultaban desconocidas. Eran aquellos aterradores hombres que

acompañaban a Lucille Øorund, la amable réplica de Vikki Dougan que me perforó el tobillo con su zapato en el avión. Allí estaban aquellos hombres (¿turcos?, ¿sirios?, ¿azerbaiyanos?), con sus imponentes trajes oscuros y sus espaldas de campeones mundiales de natación: los tres individuos se dispersaron por el vestíbulo del hotel y por la coctelería, como si su presencia pudiera pasar desapercibida. Era de suponer que la señorita Øorund no tardaría en aparecer, pero lo cierto es que no apareció.

A cambio, pude presenciar uno de esos pequeños espectáculos que suelen darse en los lujosos hoteles de la Côte d'Azur: una señora de unos cuarenta y cinco años de edad, con un espléndido peinado rubio lacado, abundantes perlas y un vestido estival matutino; a su lado, al final de una correa tachonada con cristales azules, venía dando saltitos un escandaloso bichón frisé que pareció volverse loco al descubrir a *Dix-huitième* sentado a mi lado y mostrando hacia el mundo una ofensiva indiferencia; tras la dama y el perro venía un pequeño séquito, con dos señoras de cierta edad —una de ellas probablemente sería peluquera, porque con toda seguridad el peinado de la dama precisaba atenciones constantes para mantener aquel volumen y aquella altura singulares—, y dos o tres hombres, tal vez lacayos o criados. La Gran Dama miró de reojo a *Dix-huitième*, y quizá a mí también, con el desprecio propio de la nobleza, y se adentró en el hotel, aunque no supe si ella y su séquito se dirigieron a la coctelería, al restaurante, a uno de los salones o a las habitaciones... Oí que alguien de su séquito se quejaba —*mon dieu, mon dieu*— de que Le Negresco admitiera a indigentes... como el que estaba «junto al gato».

22. El coronel Du Picq y los *feu fighters*

Uno de los clientes del hotel se sentó frente a mí en la terraza del Negresco, al atardecer. Probablemente se fijó en mi semblante macilento y apolillado mientras daba sorbos breves a ese zumo de madera que llaman whisky en Francia, amargado tras sufrir la ausencia de mi invasora matutina durante tres días seguidos.

El hombre levantó su campari a modo de saludo y, como todos los viejos del mundo, proclamó su sabiduría meteorológica, así como un resumen de los días pasados y su predicción para el futuro. Aquel caballero tenía un bigote excesivamente prusiano.

«Una tarde magnífica, amigo», sentenció con una firmeza castrense que me estremeció. «Aunque en Niza todas las tardes son magníficas, naturalmente. Junio es el mejor mes: una temperatura excelente y lluvias escasas. Julio es abrasador. Agosto no es malo, pero llueve más. Hace unos días, ¿lleva usted mucho aquí?, hace unos días cayeron cuatro gotas, cosa de nada. Pero en la televisión, ¿tiene usted televisión en la habitación?, han dicho que los próximos días serán excelentes. ¿Qué sabrá esa gente de la televisión? No hace falta ser adivino para saber que en Niza hará buen tiempo, vaya. En mis tiempos...».

En sus tiempos la meteorología era seguramente una ciencia practicada por zahoríes y astrólogos, pensé, consciente de mi mal humor.

Sin embargo, le tendí amablemente la mano cuando Violette me trajo el tercer whisky y dijo, con una sonrisa pícara: «Vaya, señor Baddilquer-Heinloch, veo que ya conoce a nuestro coronel Du Picq».

El coronel le explicó a Violette —y a mí, de paso, obligadamente— que estaba esperando a su esposa, Angélique, con quien pensaba ir a los cines Ambassador, donde proyectaban una película titulada *Embrasse-moi, idiot...* Se decía que en América se había considerado «una completa indecencia».

Sin embargo, había que señalar, para que quedara testimonio de todos los detalles importantes del caso, que el coronel Du Picq había cedido a las terribles presiones de su esposa Angélique, porque su gusto natural lógicamente tendía a producciones más intelectuales y filosóficas, como *Planète interdite*, *La guerre des mondes* o *L'invasion des profanateurs de sépultures*.

El viejo coronel Du Picq —un pariente lejano del famoso militar Ardant du Picq, al parecer— y su esposa, Angélique du Picq, eran clientes habituales del Negresco; tan habituales que formaban parte de su paisaje, y —según Violette— el Negresco sería menos Negresco si no contara con la presencia del coronel Du Picq y su esposa todos los veranos, y muchos inviernos.

El coronel —por su cultura, por su edad o por su bigote— parecía saberlo todo acerca de todo, desde los más leves detalles de la batalla de Stalingrado hasta lo ocurrido con los misiles rusos en Cuba un par de años antes, y desde las pruebas eugenésicas de los nazis suecos hasta las ideas tácticas del Zorro del Desierto. Pero lo que verdaderamente le interesaba era la presencia de los *feu fighters* en los cielos terráqueos. («*Foo fighters*», decían los americanos, incapaces de aprender francés...).

El coronel y su bigote prusiano habían pilotado un avión durante la Primera Guerra Mundial —si es que aquellas latas de sardinas con hélices podían llamarse aviones—, y ya entonces los pilotos habían visto esferas azuladas y verdosas, de luz muy intensa, que acompañaban a los cazas durante las incursiones aéreas. Luego, estando ya en la reserva —el coronel Du Picq llevaba siendo viejo decenas de años—, supo que las patrullas de Northrop P-61, y otros muchos escuadrones aéreos de las flotas americana e inglesa, habían avistado también aquellas luces, y que los habían llamado «cazas de fuego», aunque el coronel daba por seguro que no eran aviones ni nada que se le pareciera, sino como esferas con conocimiento, que iban de un lado a otro, y de arriba abajo, como mejor les convenía.

«Mucho tendría yo que decir sobre los *feu fighters*...», dijo el coronel media hora después, cuando se alejaba por la Promenade, con su esposa Angélique del brazo, dispuesto a ver las aventuras musicales y amorosas de Dean Martin y Kim Novak en un pueblo llamado Climax.

23. Bougain Ville

«Tiene usted una casa formidable, señorita Øorund», le dije mientras me anudaba el albornoz.

Lucille Øorund me había recibido en Bougain Ville, junto a la piscina, tumbada al sol y con una copa de algo dulzón y rojo en la mano, rodeada de aquellos formidables hombres que la acompañaban, vigilaban o protegían. Se daba un desagradable contraste entre la invitación al placer que proponía Lucille y las feroces presencias de aquellos hombres —los Gloriosos Soldados de Goristsikhe, así los llamaba— cuyos abultamientos en los costados resultaban estremecedores.

Procuré ignorar la presencia sobrecogedora de los Soldados de Goristsikhe e intenté distinguir en la lejanía algunos edificios conocidos de Niza. Desde la piscina de Bougain Ville se podía contemplar el hermoso paisaje que se extendía a nuestros pies: la colina se dejaba caer lentamente hacia Niza y el mar, sembrando de buganvillas, pinos y cipreses las elegantes mansiones y los lujosos *hoteles* provenzales. Como en las postales más cursis, en la lejanía marítima se veían varios veleros que hacían su ruta estival y resplandeciente, de Cannes a Montecarlo o de Saint-Tropez a Antibes.

Los Gloriosos Soldados de Goristsikhe debieron de convencerse de que mi presencia era por completo inofensiva y se apartaron prudentemente, ocupando posiciones estratégicas, como si la casa estuviera a punto de ser asaltada por un comando perdido de la Wehrmacht y necesitáramos protección inmediata.

«¿Estás disfrutando de Niza, querido?», dijo, y me tendió la crema solar. Luego se dio la vuelta en la tumbona, deshaciéndose de su bikini rojo con dos movimientos asombrosamente flexibles y hábiles.

«¿Eh? ¿Qué? Oh, sí... claro, claro».

Procuré que no me temblaran mucho las manos mientras le aseguraba que Niza me parecía una ciudad maravillosa, y que había tenido mucha suerte, porque había hecho amigos con una rapidez inusitada. Por ejemplo, tenía una amiga llamada Violette con la que había compartido muchísimos secretos y vivencias; era asombroso, en mi opinión, cuán estrechas pueden ser las relaciones entre las personas que... También había conocido al coronel Du Picq y a su esposa, con los que había departido en numerosas ocasiones; el coronel Du Picq —le dije a Lucille— era un experto en meteorología y en platillos volantes; su esposa era una gran aficionada al cine. Y, bueno, por otra parte... no me gusta presumir de mis conquistas, pero había comenzado una bonita relación sentimental con una joven llamada Celeste. Celeste Levv, de una familia conocidísima en Londres. Los Levv. Tenían... tiendas de discos. Varias tiendas de discos. Aún es pronto para decir nada —y le pedí discreción a Lucille—, pero yo diría que... Bueno, estamos muy ilusionados y... También me gustaba mezclarme con los aldeanos, le dije, y había conocido a un hombre que vendía puerros —seguramente los mejores de Francia—, y a su esposa, que tenía una explotación de olivos para la elaboración de aceites y...

«¿Estás bien en Le Negresco, querido? ¿No te gustaba el Hôtel Soleil Méditerranéen, Nigel?».

Me sorprendió que supiera que había pasado en aquel triste lugar los primeros días de mi estancia en Niza, y comencé a sospechar lo peor. Aunque lo peor era tan malo que ni siquiera me atreví a imaginarlo. Ya había dado por hecho que mi verdadera vocación era extender crema solar en la espalda de mujeres como Lucille y aquella pregunta paralizó mi mano entre la decimocuarta y la decimoquinta vértebra.

«Oh, sí... El hotel... El hotel... El dueño del hotel Soleil Méditerranéen... se llama Marco Vitruvio... Está escribiendo unos trabajos sobre arquitectura... No quise desanimarlo, pero la parte de la gnomónica ha quedado un poco floja; quizá podría...».

Lucille giró la cabeza para poder mirarme bien. Bajo los cristales azules de sus gafas de sol adiviné una mirada aterradora.

«No me estarás mintiendo, ¿verdad, Nigel?».

Le prometí que no y volvió a acomodarse boca abajo con un sensual ronroneo. Abusando tal vez de la crema corporal, decidí ampliar mi radio de acción a otras secciones de la anatomía de Lucille que probablemente precisaban también cuidados y dedicación. Y mientras me ocupaba de que ni el más mínimo resquicio de la succulenta Lucille pudiera sufrir las quemaduras del sol, noté que ahogaba una risilla.

«Hace calor, Nigel».

24. Ø

Después de aquella noche, la señorita Øorund se convirtió en Lucille o en Ø, que era como me gustaba llamarla. Antes de que esa metamorfosis nominal pudiera producirse —en virtud de ciertos procesos biológicos en los que no cabe detenerse—, Lucille me llevó al otro lado del Mont Boron en su deslumbrante Thunderbird rojo. En el puerto de Villefranche-sur-Mer nos recibió Leno, un hombre alto y curtido, que había sido marinero y aseguraba que había pescado todo lo que se podía pescar entre Niza y Córcega. Cuando se casó con la encantadora Marie-Marie, abandonó las redes y abrió una taberna en el puerto, donde agasajaba a los turistas de la Costa Azul durante el verano y... Pero eso bah.

La taberna lucía el nombre de La Crevette, y era un nombre muy adecuado, y su razón de ser se advertía desde lejos, porque Marie-Marie iba derrochando alegría con los crustáceos a la parrilla, en la que chisporroteaban con sal marina y limón y adquirían el tono tostado que conseguía enloquecer a los turistas adinerados que recalaban en Niza y la costa meridional.

Después de repetirnos que ya había pescado todo lo que se podía pescar entre Niza y Córcega, Leno nos sugirió un pescado fresquísimo de roca.

Y aquella fue la primera vez que percibí con sensible claridad la diferencia entre el gozo culinario y la simple nutrición. Recordé —aunque muy brevemente y de mala gana— mi lluviosa vida británica y lamenté haber perdido tantos años de mi vida con...

La conversación de aquella noche —esto le habría resultado instructivo a la doctora Simonette Val, siempre tan interesada en las conversaciones privadas— giró en torno a distintos asuntos de los que yo lo ignoraba casi todo: las actividades eróticas y las perversiones de la zarina Alejandra Romanova, la belleza de Cracovia, con su gran Siderurgia Lenin, los lujos y placeres de Odesa (la Perla del Mar Negro) antes de las guerras, las

persecuciones de los judíos de Niza, y del pintor Marc Chagall, que escapó milagrosamente, y los hermosos paisajes y las discretas costumbres de los finlandeses...

«¿Has estado en Finlandia?».

«Sí».

«¿Pero eres finlandesa?».

«A veces».

Cuando me correspondió dar cuenta de las maravillas que yo conocía, hablé de la Bodleian Library, de la National Gallery y de la abadía de Westminster, pero no pude despertar en Ø ninguna sorpresa, porque conocía bien esos lugares, incluso mejor que yo.

Entre las maravillas que probablemente Ø no conocía estaba la sonrisa de Celeste. En ese punto, Lucille me advirtió con mirada maliciosa que en las relaciones humanas también podía aplicarse la tercera ley de Newton.

«¿La tercera ley de Newton?», pregunté.

«Cuando un enamorado ejerce una fuerza sobre su enamorada, esta ejerce una fuerza de igual magnitud y dirección pero en sentido opuesto. *Actioni contrariam semper et æqualem esse reactionem*».

«Bueno...».

Lucille me hizo entonces dos recomendaciones: la primera, no hablar de otra mujer con la mujer con la que vas a pasar la noche, y la segunda, desprenderme de mi alianza matrimonial o ponerla a buen recaudo. Bueno, pensé, no se puede decir que Lucille no tenga perspicacia y visión de futuro, porque ya sabía lo que iba a ocurrir aquella noche sin que se hubieran manifestado presagios de ningún tipo al respecto.

Antes de coger de nuevo el Thunderbird rojo para regresar a Niza, Lucille se vio casi en la obligación sentimental de hablarme de sus ocupaciones, pero solo me advirtió que «se encontraba en Niza para encargarse de que todo estuviera en su lugar».

De regreso en Bougain Ville, mi amiga Ø me demostró que tenía habilidades que jamás hubiera imaginado.

25. *Deline et les cerises*

Estuve hablando con las mujeres del mercado. Aquellas alegres y descaradas *niçoises* movían las rotundas caderas mediterráneas en sus tenderetes de flores, en los puestos del mercado y en las tiendas de quesos, frutas y verduras, y aún tenían tiempo para ordenar su mercancía, para recriminar su soberbia a la orgullosa parisina, para lanzar una mirada pícara al joven repartidor o para declarar abiertamente su amor por el último galán del cine americano. La florista, en cambio, proclamó y defendió que no había en el mundo un hombre más guapo que Alain Delon (*le Tulipe noire*), y —por lo que pude observar— estaba dispuesta a mantener semejante opinión a fuerza de golpes de caléndulas, dalias y hortensias si fuera necesario. La enfurruñada vendedora de vísceras y casquería dijo que antes escogería a un actor español que a un francés, y que era una vergüenza que los nizardos, italianos de corazón «desde hace mil siglos», se estuvieran plegando a las lindezas de Francia. No sé dónde habría leído aquella mujer de los hígados y los riñones la historia de Niza ni cómo habría llegado a averiguar que los nizardos habían sido italianos desde tanto tiempo atrás.

Menos reivindicativa y más dulce era Deline (o Adeline, no recuerdo bien), que ofrecía sus frutas con una sonrisa encantadora y una mirada luminosa. A ella le compré las cerezas. Estuve perdidamente enamorado de Deline durante unos cinco minutos, el tiempo que tardó en coger las cerezas, meterlas en un cono de papel gris, pesarlas, quitar unas cuantas que sobraban de los 250 gramos requeridos, cobrarme, darme las vueltas en infinidad de monedas distintas y despedirse con una deliciosa sonrisa.

«*Merci, monsieur; bonjour, monsieur; au revoir, monsieur*».

26. Tobias Smollett

Y esto es lo que decía, aproximadamente, un folleto turístico que había en la recepción del hotel Negresco: que Tobias Smollett era escocés, de un pueblo llamado Dalquhurn, en West Dunbartonshire. Era médico, o eso creía él, pero su pasión era la literatura. Cuando presentó un libro de poemas en Londres y nadie le prestó la menor atención, se alistó en la marina de guerra con la intención de morir heroicamente en algún combate exótico, frente a indios o negros de tribus ignotas y lejanísimas. (En este deseo de ser poeta y buscar con ansia la muerte siempre me pareció Smollett un hombre cabal). Después de recorrer el mundo, Smollett —como todos los literatos— insistió en su pertinacia creadora, y escribió una novela sobre *Las aventuras de Roderick Random*, que tuvo algún éxito. Publicó luego muchos libros y novelas, historias de Inglaterra y universales, y traducciones de Cervantes y Voltaire. Siendo ya rico y famoso, fue uno de sus placeres viajar por Europa, donde creía poder curar sus dolencias estomacales. Tras perder a su hija Elizabeth, de quince años, viajó al sur de Francia y a Italia. Y no se sabe si fue por las desdichas de la vida o del estómago, lo cierto es que se le agrió el carácter, y siempre andaba protestando contra la suciedad, los olores nauseabundos y las enfermedades. Decía el folleto que durante los pocos meses de invierno que pasó en Niza, asombró a los nizardos con su costumbre de bañarse todos los días en las aguas mediterráneas; aseguraba a los paisanos que se arracimaban en la playa para ver semejante espectáculo que no se conocía hábito más saludable y benéfico.

En aquella época, a mediados del siglo XVIII, era extraño ver a un inglés bañándose en las aguas invernales de Niza. Tampoco había jóvenes en bikini en las tumbonas de Le Negresco y otros hoteles, ni las camareras repartían refrescos, helados y granizados entre los clientes, ni había grupos de jóvenes riendo en los pantalanes...

27. Ángeles lisérgicos

Cuando llegó Violette con la bandeja de cerezas lavadas, Celeste estaba sonriendo a costa de Tobias Smollett, a quien Sterne llamaba Smellfungus, al parecer.

Estaba en una de las tumbonas matutinas de Le Negresco, con su bikini amarillo de puntos blancos, los pies y los tobillos perfectamente vendados, su enorme pamelita amarilla y sus ajedrezadas gafas de sol. Disfrutaba leyendo en aquel panfleto la historia turística de Niza y, particularmente, la historia de Smellfungus y sus baños invernales. Su rostro reflejaba toda la alegría de la mañana estival.

Cuando regresé al hotel, después de mi paseo por el mercado, le pregunté a Violette si había visto a Celeste. Sí. Y si estaba sola. Sí. Y si estaba en la playa. Sí. Y si podía lavarme aquellas cerezas. Sí. Y si podría después llevarlas a la playa. Sí.

«La historia de Tobias Smollett tiene algo de... ¡qué buenas!, ¿dónde las has comprado?, algo de trágico: era un médico que siempre estaba enfermo o creía que estaba enfermo, acosado por las infecciones y las pestilencias...».

Los chicos del pantalán, que seguramente no sabían quién era Tobias Smollett y, además, les importaba muy poco no saberlo, comenzaron a cantar y a llamar a gritos a una joven que no se atrevía a nadar hasta ellos. La muchacha se quitó el pañuelo de colores que llevaba anudado a la cintura y saludó a sus amigos como si el pantalán fuera un barco a punto de partir hacia las colonias. En sus cuerpos jóvenes, el reflejo de los resplandores del sol formaba espejismos, y parecían ángeles lisérgicos revoloteando entre espumas y brillante mercurio.

«He conocido a una persona», le dije, con el misterio con el que se decían esas cosas en 1965.

«¿Ah, sí?», preguntó Celeste, bajando el puente de sus gafas de sol hasta la punta de su nariz austrohúngara.

«Sí. Es una princesa polaca. Se llama Deline».

«¡Vaya! ¡Una princesa polaca...!».

«Bueno, ahora como Polonia es de los rusos... casi ni es princesa ni nada. Tiene unas fincas enormes en Italia. Cultiva cerezos».

«¿Estas cerezas te las ha dado ella?».

«Sí. Es muy generosa, ¿verdad?».

«Ya lo creo».

28. Una cena en la *Vieille Ville*

Había un sol púrpura que formaba espejismos en el horizonte. Los últimos bañistas, cansados de no hacer nada durante toda la tarde en la playa y en las tumbonas del hotel, recogían con desgana las toallas y los albornoces, y regresaban con el pelo y la piel llenos de salitre al Negresco o a otros hoteles de la ciudad amarilla.

Las puertas correderas de nuestras habitaciones estaban abiertas de par en par y Celeste había vuelto a utilizar mi baño a su antojo, gracias a todos los santos y la corte divina, en general. Yo esperaba sentado en una butaca de la *suite*, mientras ella iba y venía —con su diminuta toalla de rigor, con un vestido blanco largo, con un vestido rojo diminuto, con un vestido de flores ancho o con un vestido de rombos estrecho—, sin parar de hablar, feliz, enfurruñada, contenta, indiferente o reflexiva, dependiendo de las circunstancias a las que se refiriera.

«¿Este vestido naranja será demasiado corto?», preguntó sin salir del baño.

«Seguro que será demasiado corto», pensé.

En un arranque de valor, insólito en mí, la había invitado a cenar en uno de aquellos restaurantes encantadores de la ciudad vieja. «Podrías invitarme a cenar esta noche en La Belle-Hélène, Nigel», me había sugerido en la playa. «Oh, naturalmente, Celeste. Por supuesto».

Celeste Levv, sobrina de Artjoms Levv, el famoso anticuario judío de King's Rd, se encontraba comisionada en Niza por su tío para adquirir varios objetos que se iban a subastar en una sesión especial que la casa Babylone Enchères celebraría el Catorce de Julio en el Excelsior Hôtel Regina —el hotel en el que se hospedó la reina Victoria cuando visitó Niza, miles de años atrás; un palacio alejado de la ciudad y convertido en un complejo residencial de apartamentos de lujo—. Celeste tenía que comprar, por orden de su tío, un

camafeo ruso, un tratado de geometría antigua, una diadema otomana de esmeraldas, unos bocetos de un artista italiano de nombre largo e impronunciable, una mano helénica (tal vez de alguna victoria o alguna venus) y un mapa astronómico llamado *Uranographia*. Celeste se encargaba de llevar a cabo los procedimientos burocráticos previos que requería Babylone Enchères; en el momento decisivo tal vez se presentaría en Niza el propio Artjoms Levv. Celeste estaba molesta con la casa de subastas porque todos los lotes se adjudicarían conforme al modo de subasta inglesa, salvo la *Uranographia*: en este caso —y de un modo «*incro-ya-ble*» y arbitrario, en opinión de Celeste— la casa de subastas había decidido que celebraría «una sesión americana». Eso significaba que todos los subasteros podían pujar, pero no recuperaban el dinero si un competidor aportaba una suma mayor y definitiva. Celeste trabajaba para el próspero negocio de su tío, Levv Antiques, pero su verdadera pasión —oh, la vergüenza de la familia— era redactar horóscopos para un periódico sensacionalista y dos revistas quincenales.

«¿Qué signo del zodiaco es usted, señor Balquhiddler-Kinloch?», me había dicho apenas conocernos.

«No sé. Libra, o Acuario, o Tauro... alguno de esos».

Para trabajar en el delicadísimo negocio de Artjoms Levv, Celeste había tenido que ceder a la voluntad del viejo tío judío y había obtenido el grado de doctora en Historia. Seguramente los miembros más ortodoxos de la comunidad judía de Londres habían mantenido serias conversaciones a propósito de la conveniencia de que una joven «como Celeste» desempeñara determinadas labores. Probablemente habían hablado de las dificultades del oficio de anticuario, cuando lo que temían eran las caderas de Celeste Levv. Nada era excesivo ni vulgar en Celeste, pero su manera de moverse, como acertadamente señalara Johnny Tillotson en su momento, era todo un desafío a la dignidad ortodoxa hebrea y a la polvorienta severidad anticuaria. Por fortuna para Celeste, en Inglaterra nunca se promulgaron leyes contra los riesgos de las curvas praxitélicas, los hechiceros movimientos de las pestañas o las sonrisas adorables. Y aunque no creo que se celebrara su voluptuosa presencia en Bevis Marks, el gremio tampoco podía negar el talento profesional de Celeste basándose en sus encantos. Gracias a Dios, Celeste no

se había dejado enmohecer ni por la universidad británica ni por la religión, y conservaba una risueña frivolidad que se ajustaba a los tiempos que corrían con una exactitud histórica.

Algún día antes, durante uno de aquellos desayunos que compartía conmigo, me había dado una lección magistral a propósito de las manías, los augurios, las predicciones y las profecías... Yo nunca supe nada de nada, salvo de insectos tal vez, pero fui capaz de adivinar inmediatamente que Celeste se había apropiado de mi baño y de mi espíritu al mismo tiempo. Supongo que esos son los misterios de las ciencias ocultas: nunca se sabe cuándo los «poderes psíquicos» se apoderan de uno; el caso es que, por esos designios del «sistema universal», en ocasiones una persona incapaz de ver nada en la palma de su mano puede vislumbrar el futuro con la perspicacia de Alberto Magno, Hermes Trismegisto o el mismísimo Nostradamus. Y eso fue lo que ocurrió, porque yo acerté con mi pronóstico en todos sus extremos.

Frente a la sonrisa de Celeste Levv, ya había aprendido más de lo que jamás había soñado con aprender. Una tarde, y en el curso de un helado de vainilla, me había instruido en una infinidad de disciplinas y de asuntos notables: por ejemplo, quién era Pithókritos, dónde se encuentran los hoyuelos de Venus, que la *Historia Natural* de Plinio o los siete libros de *Historia* de Herodoto eran más divertidos —«¡definitivamente!»— que la mayoría de las novelas, que me sentaría mejor el pelo un poco más corto, que se tardaba casi una hora en llegar a Mónaco por Bellavista y que la princesa Grace venía mucho a Niza, que Schliemann era un aficionado y que ningún arqueólogo de verdad habría vestido a su mujer con las joyas troyanas, que Levv era un apellido judío originario de Letonia, que el pescado no necesita salsas, que la canción *Can't Help Falling in Love* era una versión de una canción francesa de no sé quién, y que —en virtud de la fecha de mi nacimiento— me correspondía en el plano místico la piedra llamada «crisolita».

«... mmm ... blblblb ...».

Probablemente se estaba cepillando los dientes mientras me hablaba de las urnas etruscas o se quejaba de los cambios intolerables en la subasta de la *Uranographia*, eso era imposible saberlo. Cuando terminó, apareció en

medio de la habitación con todo el aspecto de un melocotón: anaranjado, aterciopelado, fresco, brillante, sano y precioso. Me pareció —sobre todo en aquel momento— que no había hombre en el mundo más afortunado que yo.

Al atardecer, con la humedad y la pereza de los días estivales, Niza adquiría la melancólica luz que despierta los recuerdos de la juventud perdida. Entonces la vieja ciudad amarilla se desperezaba recostada en la colina del castillo. Durante todo el día, y durante siglos, había estado allí tumbada, con los pies jugando en el mar turquesa, dormitando a la sombra de los pinos y los cipreses de la colina. Los viejos habían espantado de mala gana las moscas y solo algunos nórdicos imprudentes se habían atrevido a recorrer las calles recalentadas por el implacable sol estival. Los tenderos se ocupaban todos los días de procurar que sus frutas brillaran a la sombra de los toldos de colores, las voces de los cocineros exigían tomates, cebollas y olivas en los patios interiores, los mozos que habían despachado los puerros, los repollos, las patatas y las zanahorias regresaban alegres con sus carritos vacíos al mercado, y silbaban con alegría las piernas blanquecinas de alguna americana que posaba coqueta en un rincón pintoresco para su nuevo novio francés (convertido en fotógrafo, guía y amante), y los repartidores de pescado volvían con sus motocarros llenos de cajas de madera vacías a la carretera, para rodear el castillo y regresar al puerto de Villefranche. La mañana y la mayor parte de la tarde transcurría así en la *vieille ville* de Niza, entre el ajeteo necesario y la pereza obligada.

Pero al atardecer, cuando la brisa del Mediterráneo recorría las callejas retorcidas de la ciudad vieja, Niza se transformaba en un lugar mágico. Se oían acordeones y guitarras en los restaurantes, algún camarero operístico se animaba en un callejón con un aria popular y las parejas deambulaban entre las diminutas terrazas buscando un escenario perfecto, con velas y flores, donde declarar lo que sea que se declaren los enamorados. Desde las cocinas llegaban a la calle los tostados aromas del *magret* y la *porchetta*, la *daube niçoise* o las *poutines* asadas; mil verduras chisporroteaban en las parrillas, los panes (*fougasses*) salían de los hornos y a cada paso se percibía el inconfundible aroma de las *pichades* de tomates y cebollas, la celestial mezcla de pan tostado con *tapenade* y los mil tipos de encurtidos...

Celeste iba colgada de mi brazo y, en todos los sentidos, me pareció fabuloso no tener que entregarme a esa repugnante ceremonia del cortejo: yo nunca me atrevería a pedirle nada a una mujer como Celeste, y a Celeste jamás se le pasaría por la cabeza mantener más que una relación superficial con un hombre como yo; de modo que todo resultaba amable y encantador. Y, respecto a las relaciones con el sexo femenino, podía presumir de que ninguna mujer me había negado nunca nada. Aunque tal vez semejante éxito guardaba relación con el hecho de que jamás les hubiera pedido nada.

«Así nunca tendrás novia ni podrás casarte, Nigel, por muy favorable que sea tu conjunción astral», me decía Celeste, dándome cariñosos manotazos en el hombro, como si estuviera sacudiéndome el polvo de mi dudosa concepción del mundo.

Y desde una perspectiva mundial, lo único que justificaba mi buen humor era precisamente Celeste. Vestida como un deslumbrante atardecer, mi amiga y yo nos abríamos paso por las estrechas calles de Niza, pobladas de turistas adinerados y parisinos malhumorados, vendedores de carne fiambre, de porciones de *pichades* de tomate y de sardinas asadas.

Dos muchachas americanas, seguramente californianas y universitarias, que jugaban al nomadismo y al vagabundeo —con una chequera paterna que respaldara su vocación peregrina, puede que fueran las primeras *hippies* en llegar al corazón de Europa—, vendían pequeños arreglos florales en la plaza Rosetti, debajo de la estatua del mendigo que ocupa la hornacina izquierda en la fachada de la catedral de Santa Reparata y que, según los folletos del hotel, fue uno de los fundadores de la iglesia, de la ciudad, de la plaza o... bueno, no lo sé, no soy guía turístico.

Aunque Celeste protestó, aduciendo que se vería obligada a estar toda la noche con el *bouquet* de flores y advirtiéndome que cuando fuéramos a bailar yo me tendría que ocupar del ramo, al final cedió a mis argumentos y tuvo que admitir que aquel pequeño ramo de rosas blancas diminutas combinaba extraordinariamente bien con su vestido naranja. Estaba resplandeciente, y eso era todo lo que me importaba.

En el restaurante La Belle-Hélène, un trío de dos hombres y una mujer, con toda seguridad procedentes de Ohio o Idaho, o de algún lugar lejano con hache intercalada, intentaban imitar con cierto sentimentalismo a Peter, Paul

and Mary, interpretando desde el minúsculo escenario algunas canciones de su repertorio, y esforzándose en aquella balada del judío de Minnesota, según el cual todas las respuestas a sus comprometidas preguntas...

«Dime, Nigel, ¿tú también crees que las respuestas están en el viento?», preguntó mientras mordisqueaba las deliciosas hojas de una alcachofa frita al estilo judío.

Nunca estuve seguro de comprender bien la lírica. Y nunca vi la necesidad de comunicarse con ritmos, rimas y retruécanos, cuando puede hacerse de un modo más sencillo y utilizando un lenguaje preciso y conciso.

«Yo diría... yo diría...», tartamudeé ante la sonrisa encantadora de Celeste, que ya había empezado a descubrir que ese era otro de mis terribles defectos. «La respuesta a la pregunta de cuánto tiempo tardará en desaparecer una montaña no solo reside en la acción erosiva del viento, sino en la composición geológica de la montaña en sí: no se erosiona al mismo ritmo una montaña de caliza que una de granito o de materiales basálticos; también habría que tener en cuenta los movimientos del terreno, los corrimientos, la pluviosidad, el efecto del hielo, la posible influencia del hombre en los terrenos, la flora, los cambios estacionales y, en general, la evolución del clima a lo largo de cientos de miles de años...».

«¿Estás siendo metafórico?».

Celeste sonrió y me aseguró que eran las mejores alcachofas fritas que había comido en su vida; y me preguntó también si la invitación a comer alcachofas fritas era un método habitual en mis procedimientos de conquista.

«Gracias a Dios no tengo esas malas costumbres», le dije. Y mientras le servía una copa más de aquel delicioso vino, blanco, helado y burbujeante, le rogué que me diera —si podía— algunos detalles sobre los objetos que pretendía adquirir; ella, a su vez, me preguntó por la composición del hexaclorobenceno, y cómo había llegado a mis huesos y a mi hígado. Si hubiera tenido un espíritu humano, y no el propio de un lepidóptero, como bien decía la pobre Laurine, habría querido preguntarle tantísimas cosas importantes y decisivas en la vida de cualquier persona: ¿cómo elegía su esmalte de uñas? ¿Cuándo consideraba que tenía la melena demasiado larga? ¿Le molestaba llevar calderilla en el monedero? ¿Había alguna posibilidad de que me enseñara sus hoyuelos de Venus? ¿Por qué razón siempre llevaba los

pies vendados? ¿Qué pensaba de los insectos? ¿Había algún sabor de helado que le resultara especialmente delicioso? ¿Sabía que había hombres, y probablemente mujeres también, a los que les sonaban violines parisinos en los oídos cuando ella pasaba cerca? ¿Qué se sentía al ser perfecta?

Pero comprendí que —tal y como cantaba el trío de Oklahoma o Utah— todas las respuestas a mis preguntas, amigo mío, estaban en el viento, y me conformé, de buena gana, con los silencios, las sonrisas, los gestos, las alabanzas al menú, los sorbos de vino y otros detalles singulares que me brindó Celeste.

De regreso al hotel, mientras avanzábamos cogidos de la mano por la Promenade des Anglais, deteniéndonos frente al océano y escuchando el inconfundible crepitar de la playa pedregosa al ser invadida por las olas, mi acompañante seguramente me contó todo lo relacionado con aquel libro titulado *Uranographia*. Me invadía un profundo arrepentimiento, porque en vez de escuchar atentamente la peripecia histórica de aquella antigualla, me concentré en sentir el calor de su mano, la suavidad de su piel y las leves y delicadas variaciones en la presión de sus dedos. «Gracias a Dios, no puedo enamorarme», me repetí seis o siete veces, en el camino desde la *vieille ville* al hotel.

El Negresco solía instalar en aquellos años una especie de quiosco al final de un pequeño *pier* que se adentraba en el mar, en la playa Neptuno. (Por supuesto, no se podía comparar de ningún modo con el fabuloso Palais de la Jetée de estilo inglés que había asombrado al mundo con su casino y sus lujos Belle Époque, y que los nazis ordenaron dismantelar en tiempos de la ocupación). En el modesto *pier* del Negresco, las guirnaldas de luces colgaban y se enredaban en mástiles blancos, rojos y azules, y dirigían a los huéspedes hasta el final, donde una mujer, acompañada por una pequeña orquesta, estaba interpretando melancólicas canciones de amor.

Por un momento temí que Celeste hiciera aquella mueca de alegre desaprobación —que ya había conocido— ante semejantes sentimientos melódicos y melifluos; por mi parte, comprendería que su juventud exigiera uno de los inevitables *twist* del año. Sin embargo, no pareció importarle mucho que la orquesta prefiriera otros géneros. Algunas parejas se retiraron a las mesas circundantes cuando la cantante expresó su gratitud a los asistentes

con un estrafalario *merci beaucoup* típico de Luisiana. Celeste dejó escapar un ay cuando entendió que la cantante y su orquesta de dentaduras refulgentes se disponían a interpretar una canción sobre «prodigios sentimentales». El centro del quiosco había quedado vacío y a su alrededor se balanceaban acurrucadas las parejas con los primeros compases de la enamoradiza canción. Celeste caminó hacia atrás con el ramito de rosas blancas en la mano y se plantó en la mitad; y luego, con aquella sonrisa que había fulminado de amor a dos parejas de gendarmes en la ciudad vieja, al florista, a un heladero, al camarero, al cocinero y al propietario de La Belle-Hélène, a un grupo de oficiales del ejército que paseaban por la Promenade, a un galerista parisino —muy posiblemente— que no recordaba haberse fijado en una mujer desde hacía siglos y a un acordeonista callejero, me invitó a unirme a ella.

Estoy seguro (porque es fácil estar seguro de estas cosas) de que algunas mujeres se enojaron al ver a Celeste en medio del quiosco, resplandeciente como un atardecer y ejecutando aquellos movimientos elegantes y pícaros que me invitaban a bailar; tampoco me cuesta mucho imaginar el gesto de los caballeros —un ademán que oscilaría entre el amíesonomeafecta y el perodiosmíoqué mujer— mientras deseaban que yo sufriera un colapso inmediato para ocupar mi puesto. Los únicos que parecíamos disfrutar del espectáculo de Celeste éramos los miembros de la orquesta —con sus blanquísimas sonrisas— y yo. En un arrebató de inconsciente locura, decidí avanzar unos pasos, coger la mano derecha de Celeste y sujetarla por la cintura. Apoyó su frente en mi barbilla y, mientras bailábamos lentamente, murmuró las palabras que la cantante iba susurrando al micrófono. La cantante y yo teníamos ideas parecidas: como ella respecto a su amante, a mí me parecía que Celeste era un prodigio inexplicable en mi vida. Por fortuna, ninguno de los dos éramos tan sentimentales como para que aquella cancioncilla nos hiciera un nudo en la garganta. Para que no se sintiera sola en la interpretación, yo también me animé a susurrar que cuando ella sonreía, el mundo parecía más luminoso y brillante.

En fin, son cosas que dicen las canciones.

29. *Uranographia Britannica*

«Es un caso raro», dijo Celeste, tumbada en *mi* cama y curioseando el Thompson de Doug que me acompañaba en la mesita de noche. «John Bevis... sabes quién es John Bevis, ¿verdad?».

Estaba intentando explicarme de nuevo las dificultades que planteaba la compra de aquel ejemplar de la *Uranographia Britannica*.

«Naturalmente», contesté.

Tratándose de un atlas astronómico, podría haberme arriesgado a decir que era un científico, pero también podía tratarse del impresor, o el librero, o el conde o duque que encargó el trabajo, o el ministro que lo favoreció o el erudito escocés o australiano que supo de su existencia. Más difícil era aún saber el siglo al que pertenecería el tal Bevis, aunque seguramente oscilaría entre el siglo xv y el siglo xix, y el país del que era natural: el Imperio británico había tenido la deplorable manía de conquistar todo lo conquistable en los últimos cuatro siglos, de modo que entre Alaska y Nueva Zelanda... prácticamente podía ser cualquier lugar.

«Ya. Resulta que...».

«Estás en *mi* cama, Celeste», murmuré.

«Calla. Hasta mediados del siglo xviii las cartas astronómicas eran unos libros enormes, y muy lujosos, con dibujos y explicaciones...». Celeste tenía la amabilidad de narrar los asuntos históricos y científicos con un espíritu didáctico digno de una maestra vocacional. Además, tenía el encanto de mover así la cabeza cuando se encontraba con una contradicción o una incongruencia, de las muchas que han cometido los hombres a lo largo de... «Así que como todas las cartas astronómicas eran mamotretos imposibles, a un astrónomo llamado John Bevis se le ocurrió hacia 1745 componer uno distinto: la *Uranographia Britannica*... Ay, ¡tienes cerezas! ¿Me das una? Gracias. Hizo muy bien su trabajo, y desde el punto de vista astronómico, la

Uranographia es mucho mejor que todos los atlas anteriores; también es más pequeño y manejable, y, sobre todo, los dibujos mitológicos que componen las constelaciones son mucho más interesantes: seguramente son obra de especialistas grabadores holandeses. Mmm. Me encantan las cerezas, Nigel. Te voy a querer siempre por esto. En fin, Bevis acordó con el impresor los términos de la edición y todo iba maravillosamente bien... hasta que empezó a ir espantosamente mal. Los costes de las planchas al parecer se dispararon y el editor, un tal John Neale, relojero y fabricante de globos terráqueos, se declaró en quiebra. ¡Plaf! ¡Se acabó la *Uranographia*! ¡Al infierno el atlas astronómico más importante y más bello de la época! Al parecer ya se habían hecho unos pliegos del atlas, tal vez algunas pruebas... Solo tenemos ciertas noticias en diarios y escritos técnicos, y poco más. A lo largo de los años se han ido descubriendo algunos ejemplares más o menos compuestos y más o menos íntegros. En Londres piensan que puede haber quince o veinte ejemplares, con suerte, pero hoy solo contamos con la seguridad de la existencia de ocho... ¡Mmm, qué delicia de cerezas, por Dios...! Y solo dos tienen la portada completa, uno de ellos está en la British Library. Es decir, si lo que nos ofrecen esos marchantes es una verdadera *Uranographia Britannica*, puede ser una cuestión de muchos ceros. Y si, además, tiene la primera página completa...».

Me gustaría ser fabricante de globos terráqueos, como el señor Neale, pensé, mientras mi bella invasora parloteaba y comía cerezas en mi cama.

30. «*Je veux mourir pour toi*»

Aquel verano tuvimos que sufrir a un hombre empeñado en lloriquear sus amores en la calle: solía sentarse en una banqueta, con su acordeón, en la esquina de la Promenade des Anglais con la rue Meyerbeer. Resultaba irritante oírle mendigar el amor de una mujer y, al cabo, afirmar con el corazón encogido que «*je veux mourir pour toi*». Esas humillaciones voluntarias me resultan tan vulgares..., aunque... ¿qué expresión de los sentimientos no es vulgar? Siempre me han inspirado vergüenza ajena los poetas que resumen en unas cuantas palabras y unos cuantos versos el amor o alguna de esas emociones lacrimógenas. Gracias a Dios, jamás he sentido nada parecido al amor y, salvo en el caso de Celeste, nadie ha despertado en mí un sentimiento que fuera más allá de lo que me inspiran los coleópteros más curculiónidos.

31. Nadie puede huir eternamente

El mismo día que el *Nouveautés* hablaba largo y tendido de un brote de tifus en una población de los Alpes vi por primera vez a la mujer del reloj. Su aire tranquilo y despreocupado, aunque seguro y firme, me habría pasado desapercibido si al poco de estarla observando en el vestíbulo del hotel no hubieran aparecido un hombre —de envergadura descomunal y aspecto funcional— y dos gendarmes, y ella, tras murmurar un par de órdenes brevísimas, no los hubiera despachado en distintas direcciones, con misiones tan claras y tan estrictas que me parecía imposible que no las pudieran cumplir, porque seguramente matarían antes de fracasar.

Desde donde yo estaba sentado, tras unas palmeras maceteras de la terraza, podía verla con la seguridad casi completa de que ella no había reparado en mi presencia. No llamaba la atención desde luego aquel traje azul oscuro, aunque su esbelta figura realzaba la pobreza del tejido ministerial con el que habían confeccionado aquella indumentaria. Era morena y tenía el pelo muy corto, y jugueteaba con un diminuto reloj de bolsillo, unido a una cadenilla que le permitía hacerlo balancear, o saltar, o girar constantemente.

Los ojos árticos de Violette me observaron por encima de su naricilla esclava y su sonrisa mediterránea. Aquel rostro tan geográfico me saludó y depositó con elegancia negra el *rosso* delante del periódico. (En la página par concluía el exhaustivo informe sobre la epidemia de tifus, y en la página impar se cantaban las hazañas infantiles de los hijos de Grace de Mónaco).

«Buenas tardes, señor Beauquidder-Kennauch».

«Buenas tardes, Violette», dije, casi sin apartar la mirada de la mujer del reloj. Parecía entretenida curioseando una de las vitrinas del vestíbulo, repletas de *souvenirs* inútiles. Cuando se volvió repentinamente, levanté el

periódico —no sé si fui lo bastante hábil— y tuve frente a mí la belleza madura de Grace de Mónaco, sonriente y encantadora princesa de la Côte d'Azur.

Oculto tras la protección principesca, las ansias y las angustias comenzaron a hacer presa en mi esternón y mi esófago, o en esa parte de mi anatomía, en fin, y ni siquiera el *rosso* conseguía devolverme el ánimo y la compostura: estaba seguro de que aquella mujer era una agente de la policía británica (solo los ingleses están tan obsesionados con los relojes), tal vez de Scotland Yard, y que mis *horas* en Francia, en el Negresco y en la vida estaban contadas.

Si hubiera tenido la costumbre de maldecir o blasfemar, seguramente esa habría sido una buena ocasión para ejercitarse en semejante deporte. Y debido a mis cortas entendederas no se me ocurría cómo habían podido saber las autoridades británicas dónde me encontraba: probablemente habían investigado los movimientos bancarios, y habían deducido que las transferencias que Fertilizantes Blint despachaba hacia Niza tenían algo que ver con el *asunto*. Tal vez la mujer del reloj lo había averiguado todo a fuerza de examinar horarios y cotejar días, horas, minutos y segundos. Aunque podía confiar plenamente en Doug, no cabía decir lo mismo del notario Solomon Kippendell; los notarios, a pesar de sus atribuciones, nunca me han parecido unos personajes especialmente discretos ni fiables. Y puede que, ante una visita de la autoridad, aquel Kippendell hubiera decidido que el encargo de «secreto absoluto» en las transacciones financieras de Fertilizantes Blint no afectaba a las relaciones con la policía.

Un buen trago de *rosso* me proporcionó la confianza suficiente para repetirme tres veces que no tenía de qué preocuparme. «Linton Blint no existe», dije en voz alta sin darme cuenta.

«¿Me decía algo, señor Besquinnauch?».

«¿Eh? No, Violette, no... Estaba recitando un poema...».

«Linton Blint no existe», repetí esta vez solo para mí, «y, si existiera, podría estar viviendo aquí en Niza, sí, pero también en Mónaco, en Génova, en Roma, en El Cairo o en Singapur». Con la intención de darme todas las explicaciones posibles, añadí: «¿Quién dice que no decidiste emprender un

viaje alrededor del mundo con tu querida esposa y la tía Mildred? ¿Acaso tenías que dar explicaciones a alguien? ¿O es que no es sabido que la gente se esfuma así, sin más, y no se vuelve a saber nunca de ella?».

Pero al levantar la mirada y ver a aquella mujer en la puerta, jugueteando con su diminuto reloj de cadena y observando con ojos escrutadores a todos los clientes del hotel, volví a sentir el pánico de un futuro en los calabozos dickensianos de Londres o en una breve y pendular estancia en el patio de una prisión.

La organización social había sido implacable y había hecho girar sus engranajes hasta dar con el malvado criminal, sin detenerse a considerar otras circunstancias o atenuantes. Toda aquella jauría de detectives, sabuesos, especialistas en documentos falsos, agentes, aduaneros, fiscales, inspectores y policías había acabado por dar con mi paradero...

Aunque, por otro lado... decía el demonio *rosso* para mi sosiego momentáneo, «todos esos podencos no tienen nada contra ti: solo la ridícula sospecha de tu cuñado Richard. No tienen a Linton Blint, no tienen a Laurine y no tienen a la tía Mildred, no tienen nada que buscar, ni nada que preguntar, no tienen por dónde empezar ni por dónde acabar... Ojalá no se les ocurra mirar... Pero... no, nadie puede tener la ridícula idea de ir a mirar en...».

El *rosso* se esforzaba en serenar mi espíritu con las palabras más sensatas y razonables, pero a continuación me recomendaba, con los adjetivos más aterradores, que no acudiera siempre a la misma sucursal de la Societé Générale, o que enviara a alguien, si necesitaba dinero, y que hiciera los trámites para tener una cuenta privada, o una dirección postal discreta, o que alquilara un apartamento en alguna población cercana... Y luego, tras asegurarme de que todo iría probablemente bien, remataba diciéndome que sería difícil que todo fuera bien, dado que las autoridades británicas habían decidido enviar a Niza a una de sus agentes más competentes —y seguramente más estrictas y meticulosas, a juzgar por aquella obsesión relojera—. Aplicando el método deductivo que estaba a mi alcance, era incapaz de saber por qué habían enviado a aquella mujer con la orden expresa de apresarme... porque no tenían nada contra mí... Aunque si la habían enviado, tal vez tuvieran alguna pista... El aterrador tiovivo al que me sometía el *rosso* no parecía tener fin. En cualquier caso, dado el estado de las arcas de

nuestro querido gobierno, era improbable que aquella mujer se hospedara en el mismo hotel que yo; y por la misma razón económica, era dudoso que nos encontráramos en los mismos lugares y a las mismas horas. No obstante, tal vez debería ir pensando en comprarme un sombrero y unas gafas de sol, o...

Por alguna razón, siempre había imaginado que sería el teniente Samuel Buckheader quien viniera a prenderme. Buckheader era el policía local y, como ocurre en todas las ciudades pequeñas, los oficiales encargados de acabar con el crimen en la ciudad universitaria (generalmente, altercados étlicos estudiantiles) eran bien conocidos. En su momento pude tener alguna relación con el teniente Buckheader, a cuenta de las larvas de termitas que se comieron St Christopher desde los cimientos, porque se me citó a declarar en la comisaría de policía a instancias del claustro, aunque finalmente la aparición de un cisne degollado en el río me liberó de semejante angustia. (Los cisnes siempre han sido más importantes que las polillas). En fin, Samuel Buckheader también era famoso por su colosal miopía y por su ínfima estatura: se decía que había accedido al cargo porque —la guerra había sido tan cruel— no había otro hombre disponible con la altura necesaria y la visión precisa. Además, Buckheader ya había ejercido de *vigilante* para varios *colleges* de la ciudad, recorriendo los pubs y los bares para anotar el nombre de los estudiantes y profesores que bebían a horas prohibidas. Yo no tenía constancia de que Buckheader hubiera resuelto jamás ningún caso, pero eso no me tranquilizaba mucho: todos los policías acaban resolviendo algún caso, tarde o temprano. La sola idea de que apareciera por casualidad en el *lobby* del Negresco, o me lo cruzara en la Prom cuando diera un paseo con Celeste, o que me lo topara en una de aquellas calles solitarias por las que se llegaba a Bougain Ville, o que... La sola idea de ver sus espantosas gafas y su ridícula estatura conseguía que se me revolviara el estómago. Aunque...

Aunque finalmente —y para mi desgracia— las autoridades no habían enviado a aquel policía torpe y desastrado, del que tal vez podría haber escapado, sino a una verdadera ave de presa, meticulosa, precisa, minuciosa, metódica... Por alguna razón, mi cerebro se empeñó en que se presentaría ante mí mostrándome el reloj y me diría: «Linton Blint: ha llegado tu hora». Hermosa, de firme y serena belleza, esbelta y de movimientos elegantes, la

mujer del reloj seguramente esperaría el momento adecuado para lanzarse sobre mí, clavarme sus garras y llevarme en volandas a los patíbulos londinenses sin remedio.

«Violette...», dije en voz baja, cuando mi amiga pasaba con una bandeja cargada de bebidas aperitivas. «¿Quién es la mujer que juega con su reloj de...?».

Violette clavó su mirada esclava en la mía, con una severidad muy profesional, y siguió repartiendo las bebidas entre los clientes de la terraza. Pensé que tal vez no me había oído o que, de repente, había decidido ser discreta. Pero en una de sus innumerables idas y venidas, recogió mi copa vacía de *rosso* y murmuró sin mirar:

«Mejor que no lo sepa».

32. Citroën DS azul cobalto

Aprovechando su estancia en Niza, Celeste recibió un encargo particular de su tío. Le encomendaba visitar los archivos municipales de Grasse, donde según todos los indicios se custodiaban algunas fotografías de un artista llamado Charles Nègre, que había retratado la vida común en la Riviera en el siglo XIX. (Cierta institución canadiense también estaba interesada en esas fotografías). Por lo que la propia Celeste me dijo, debía examinar aquellas instantáneas que tenían como protagonistas a los nobles y potentados británicos que pasaban los inviernos en Niza, y otras que tomó en el Louvre y cuyos motivos eran ciertas obras de arte. No se esperaba que Celeste consiguiera llegar a un preacuerdo de compra, porque los franceses difícilmente consentirían algo así —por muy desconocido y olvidado que fuera el señor Nègre—, pero al menos la casa del anticuario Levv podría tener referencias de los documentos y, si se daba el caso, pedir copias o catálogos informativos.

Me pareció que aquella era una gran oportunidad para abandonar Niza —siquiera por unas horas— y librarme del acoso de las autoridades británicas, si es que era verdad que me estaban persiguiendo.

Grasse es una curiosa ciudad que se encuentra a unas 28 millas de Niza (o a 45 kilómetros, en la contabilidad continental). Gallimard, Molinard y Fragonard son las tres musas de la ciudad de Grasse. Muchos turistas visitaban la población para comprar perfumes y llevar las fragancias de la Provenza a Londres y a otros lugares pestilentes.

Según Violette, Grasse estaba tan perfumada que era muy común la tentación de desvanecerse en medio de los campos de jazmines, y rosas, mirto o flor de azahar... «Todo en Grasse resulta embriagador y arrebatador...», me dijo mientras observaba de reojo el caminar ondulante de una Demongeot. Violette también me ayudó a alquilar un vehículo para poder

ir a Grasse: «Desde luego, señor Benquilder-Lockout: llamaremos a la agencia Grand Prix y en un... en un...», tartamudeó cuando volvió a pasar la Demongeot, «en un minuto tendrá un coche en la puerta del hotel».

«Vamos a Grasse. Celeste y yo...», empecé a decir, pero Violette ya se había ido a cumplir sus obligaciones, especialmente la de atender en todas sus necesidades a aquella deslumbrante mujer a la que se me había ocurrido llamar Demongeot y que, tal y como supe después, efectivamente, era Mylène Demongeot.

Pocos minutos después, un hombre vestido como un piloto de carreras aparcaba un Citroën DS azul cobalto frente al Negresco. Los resplandores del mar matutino se reflejaban en su lustrosa carrocería, y los paseantes y curiosos no podían dejar de admirar aquella maravilla. Cuando lo vi, digno, resplandeciente e imperial, ante la puerta del Negresco no pude sino sentir un cierto orgullo automovilista.

Cualquiera que me hubiera conocido años atrás habría creído imposible que un hombre como yo se hubiera atrevido a proponer a una mujer como Celeste una excursión semejante... «Tal vez podríamos alquilar un coche y hacer de este engorro de mi tío una bonita excursión», había dicho Celeste. Como me vio tartamudear, creyó que no era un plan que me hiciera mucha ilusión... Con un gesto que ya me resultaba conocido —y siempre adorable—, Celeste chasqueó la lengua y lamentó que me viera envuelto en sus aburridas burocracias y, sobre todo, no le gustaba que todos los gastos corrieran de mi cuenta.

«Oh, no importa: seguro que los administradores de la fábrica de fertilizantes...».

Desde luego, a Celeste no había podido ocultarle que el dinero que me permitía derrochar salía de los informes técnicos que elaboraba para una fábrica de fertilizantes, etcétera.

«No deberías trabajar para esa fábrica de pesticidas, Nigel», me dijo, mientras se acomodaba a mi lado en el Citroën azul cobalto y se ajustaba las gafas de sol Tea Shades de cristales naranjas. «Tus palabras revelan tu mala conciencia».

La doctora Val habría dicho que —desafortunadamente— yo no tenía mala conciencia. Ni buena.

Salimos bien pronto de Niza con nuestro flamante Citroën DS azul cobalto y enfilamos la carretera de Grasse, que serpentea entre onduladas colinas rebosantes de maravillas estivales: campos de trigo salpicados de amapolas, huertos de flores para las fábricas de perfumes, villas de parisinos, londinenses y neoyorquinos, con sus portalones rústicos y sus cipreses, un bosque de pinos mediterráneos, pueblos pintorescos que pretendían esconderse en una quebrada o ascendían altaneros por las laderas de una loma y coronaban el otero con un viejo campanario... El frescor matutino se mezclaba con todos los perfumes estivales de la Provenza, y...

«Tienes que dejar de ser existencialista, Nigel», dijo Celeste, apoyando los pies descalzos y vendados en el salpicadero, con las uñas pintadas de un rojo sanguinario. Me giré para mirarla, porque perder el tiempo sin mirar a Celeste, pudiendo hacerlo, probablemente se consideraba delito. Se había hecho una pequeña coleta, anudada con un pañuelo amarillo.

«Yo no soy existencialista», protesté, volviendo a mi gratificante tarea de chófer. «¿Acaso me has visto lloriquear porque el mundo no tenga sentido? ¡Pues claro que tiene sentido! Las gambas, por ejemplo... ¿no te parece que las gambas le dan sentido al mundo? O tu curva praxitélica. ¡Si eso no le da sentido al mundo... no sé qué puede dárselo...!».

«No sé si debo considerar un halago que pongas mis caderas y las gambas en la misma categoría».

Cuando llegamos a Grasse, no me opuse a que Celeste se dirigiera sola a los archivos municipales en busca de su misterioso Charles Nègre. Una cosa era viajar con ella y, otra bien distinta, inmiscuirme en su trabajo o someterme a varias horas de cotejo de fotografías, catálogos, documentos y certificados de autenticidad. Así que aparqué el coche frente a la elegante villa provenzal del santo patrón de la ciudad, Jean-Honoré Fragonard, y Celeste se encaminó, con su maletín de instrumental anticuario, al ayuntamiento, rodeando obligatoriamente por la catedral.

Prometí esperarla, a la una, en un restaurante de la Place aux Herbes que me había recomendado Violette. Hasta entonces, debía ocuparme de hacer unos recados...

33. Astronómica

La librería Zadig estaba en una callejuela del barrio viejo: los habitantes de Grasse seguramente la conocían bien, pero si algún turista acertaba a pasar por allí, jamás adivinaría que en el recodo se escondía el depósito cultural más importante de la ciudad. (Aunque, para ser justos, es poco probable que a los turistas les importen mucho los depósitos culturales).

El señor librero se presentó como Léonard Villerosse-Re y debía de tener tan pocos clientes que estuvo a punto de abrazarme. Personalmente nunca he sido partidario del contacto físico, si no es por razones extraordinarias —como mi amiga Ø, cuyos talentos eran a todas luces extraordinarios—, y siempre me han parecido excesivas todas las efusiones sentimentales.

Léonard era el propietario de la librería, que había heredado de su padre, igual que este la había heredado de su abuelo, y así sucesivamente hasta 1799, año de la fundación revolucionaria de Zadig, tal y como anunciaba orgullosamente un cartel apenas visible y medio carcomido entre un montón de libros viejos. (Hay personas con vocación narrativa, aun cuando nadie les pregunta la historia de sus negocios o de su familia). El negocio había sido rentable durante ciento cincuenta años, hasta que cayó en manos de Léonard; entonces, la aseada y coqueta librería empezó a acumular volúmenes sin fin —«no sé cómo sucedió», decía el pobre librero—, el orden se desbarató, entraron las polillas y las carcomas, todo se llenó de polvo y se fueron acumulando periódicos, revistas y papeles amarillentos hasta que el establecimiento se convirtió en «una completa ruina». Según el librero, las pulcras damas de Grasse, tan elegantemente perfumadas, se negaron a entrar en un lugar tan polvoriento, y renunciaron a sus novelas pornográficas revestidas de amor limpio y puro. Los caballeros también dejaron de buscar en las estanterías grandes volúmenes donde esconder otras lecturas más

cárnicas. Por lo que toca a los verdaderos lectores... Bueno, Léonard aseguraba —y uno diría que tenía experiencia para saberlo, desde luego— que los lectores nunca han sido gente muy limpia —porque para sujetar un libro basta una mano—, y a ellos no les importaba demasiado que los libros se apilaran en las mesas o en las estanterías sin ningún criterio...

Por increíble que parezca, Léonard Villerosse-Re sabía exactamente dónde se encontraban los libros que buscaban sus clientes, e incluso los que no buscaban, y apenas tardaba dos o tres horas en dar con el volumen requerido. Los grandes lectores son personas muy molestas —era cosa sabida, según el librero—, porque tienen manías, prejuicios, obsesiones y chifladuras relacionadas con el papel, el tipo de letra, las ilustraciones, las erratas o la encuadernación. Son complicaciones intelectuales que afectan a todos los aficionados a los libros, por lo que dicen; mi amigo Doug, que había pasado su vida entre libros y mujeres exóticas, siempre me aseguró que todos los grandes lectores suelen sufrir alguna perturbación más o menos dañina...

Le expliqué al librero Léonard Villerosse-Re que había venido a acompañar a dos amigos que tenían asuntos que despachar en... bueno, eso bah, y le pedí que me asesorara en una cuestión que me parecía de vital importancia en aquel momento. Aunque, por justificar mi interés, aludí a la aventura de la Mariner IV, que estaba enviando a la Tierra unos papeles emborronados que solo con mucho optimismo se podían llamar «fotografías» de Marte, lo cierto es que me preocupaba no contar con los mínimos conocimientos necesarios para mantener una conversación con Celeste en lo que tocaba a asuntos astronómicos.

«Tal vez pueda usted ayudarme», le dije. «Me gustaría saber algo de... bueno... de los planetas, las estrellas, las constelaciones... Los cúmulos estelares. Los quásares. El cinturón de Kuiper».

El librero me miró como si tuviera una enfermedad rara. Se quitó las lentes redondas y se frotó los ojos, farfulló algo sobre la divulgación científica y se dirigió a una parte de la librería que... bueno, no se distinguía del resto en nada, aunque probablemente allí se encontraría el libro que andaba buscando.

Entretanto, no tardé en descubrir algunas obras que conocía y otras de las que había oído hablar, como un manual famosísimo de coleópteros, un Kirby y un estudio sobresaliente sobre los insectos gigantes del Carbonífero Superior...

«¿Podría enviarme este ejemplar de las *Transactions of the Entomological Society* al hotel Negresco de Niza?».

«¿Entonces ya no le interesa la astronomía?», dijo desde lo alto de una escalera.

«Sí, claro...», murmuré. «Algo sobre astronomía... algo sencillo... Asteroides y eso...».

Léonard me observó por encima de sus lentes, y sopló el polvo del volumen que tenía en las manos.

«Tengo aquí el *Epítome de la astronomía copernicana*. ¿Quiere este?».

Me encogí de hombros, deseando que el dicho *Epítome* pudiera leerse en un par de horas.

«Ah. *El mensajero sideral*. No, este no».

«Parece muy didáctico. Tal vez me sirva...».

«Es el *Sidereus Nuncius* de Galileo. Se habrá quedado antiguo. Y aquí están el *Cosmotheoros* y el *Misterio cosmográfico*... No, mejor no».

Cuando me senté en el jardín de la librería Zadig, bajo la celosía de hojas, ramas y racimos de uvas diminutas que cubrían el emparrado, pensé que solo los placeres del Negresco podían compararse con el patio de aquella librería en Grasse. Al final, el volumen que Léonard había escogido tan diligentemente para mí se titulaba *Guía Astronómica y Celeste*, y su autor era un maestro de Lyon cuyo fabuloso nombre ocupaba dos líneas completas en la cubierta: Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque.

Debo decir que, aunque siempre he sido partidario de los hombres de ciencia, por su mentalidad razonable y moderada, la *Guía Astronómica y Celeste* me pareció

una inagotable sucesión de maravillas y asombros increíbles y, a veces, enloquecidos. Por ejemplo, me conmovió saber que en el núcleo del Sol la temperatura es de 15.000.000 °C. ¡Quince millones de grados! Y siempre me he preguntado cómo habrán podido averiguarlo... (Aunque, razonablemente,

si alguien ha pasado toda su vida estudiando el Sol para llegar a semejante conclusión, no se puede esperar que un aficionado lo entienda en dos horas leyendo un libro divulgativo bajo un emparrado en la Provenza. No es lo mismo estudiar moscas que estudiar el universo: esto cae por su propio peso). Me aterró que, mientras yo disfrutaba de una encantadora mañana en el jardín de aquella librería, la Tierra estuviera girando como una peonza a más de 100.000 kilómetros por hora alrededor del Sol, y que, desde el punto de vista astronómico —según el rimbombante Bénédicte-Antoine Moullet de Riveranque—, nuestro planeta se moviera en un absoluto descontrol, con la elíptica variando cada cien mil años, la precesión volviendo loco al eje cada 26.000 años, la inclinación del eje variando cada 42.000, con un movimiento constante de las placas tectónicas, algo llamado «dorsales» estallando bajo el océano y unos campos magnéticos o cinturones de radiación Van Allen de duración ¡*variable!* que se deben a una enorme bola de hierro fundido y a las corrientes de convección del núcleo externo que... bueno, un horror. A decir verdad, no me sorprendió que en Marte, en aquellos momentos sometido a una sesión fotográfica por una sonda americana, no hubiera marcianos. Las películas baratas y las revistas para desocupados insistían en que aquellos hombrecillos verdes procedían de Marte, pero mi maestro Bénédicte-Antoine Moullet de Riveranque aseguraba que la temperatura media en la superficie de ese planeta es de $-60\text{ }^{\circ}\text{C}$, una temperatura gélida que de ningún modo se puede comparar con la de Niza, donde hace un tiempo fenomenal. De Júpiter me asombró que hubiera una tormenta que no cesaba desde hacía más de trescientos años. Mi maestro explicaba en la página 66 de la *Astronómica* — con cierto sentido del humor, muy apreciable en un científico— que en Júpiter «hace mal tiempo», debido a sus vientos huracanados de helio e hidrógeno que soplan a quinientos kilómetros por hora y a una temperatura de cien grados bajo cero. A pesar de una bonita ilustración en colores que mostraba a Saturno con sus característicos anillos y a pesar de las indicaciones científicamente precisas de mi instructor, no me pareció que ese planeta tuviera nada de particular; todo lo contrario que Urano, que tarda ochenta y cuatro años terrestres en dar la vuelta al Sol. Tal y como apuntaba Bénédicte-Antoine Moullet de Riveranque, «la mayoría de los humanos, si pudiéramos vivir en ese planeta, no cumpliríamos un año uranio». No sé

por qué iba a querer nadie vivir en Urano: una atmósfera de metano helado no parece muy prometedora. Había algo especialmente conmovedor en la decisión de los astrónomos de bautizar a los satélites de Urano con los nombres de personajes de William Shakespeare y Alexander Pope. Respecto a Plutón, mi maestro admitía saber muy poco, aunque me asombró su precisión al advertirme que «en su afelio, Plutón se encuentra a 7.380.000.000 kilómetros del Sol». Una distancia... considerable. Por otro lado, me sorprendió desagradablemente que el «cinturón de asteroides» que hay entre Marte y Júpiter no fuera más que una abrumadora escombrera, con cientos de millones de rocas pétreas o metálicas, y con órbitas caóticas, algunas de las cuales ¡se cruzan! con nuestra Tierra y con otros planetas. El caos no terminaba ahí, según mi maestro: los cometas son rocas repletas de hielo sucio (¿por qué sucio?) que navegan perdidas por el espacio durante años y que, por razones que causan estupefacción, vienen de vez en cuando a dar la vuelta al Sol y se lanzan de nuevo a las gélidas profundidades del universo. Por ejemplo, el cometa Halley («por el señor Edmond Halley», decía mi maestro en el libro) se registró por primera vez en el año 240 a.C. y gira en torno al Sol en una elipse monstruosa en la que invierte más de setenta y cinco años. Los astrónomos lo fotografiaron entre abril y junio de 1910, y, según mi instructor astronómico, es previsible que vuelva al interior del Sistema Solar dentro de veinte años, en 1985 o 1986. Se calcula que el Gran Cometa de 1680, avistado por un astrónomo alemán llamado Kirch, tarda ¡casi diez mil años en recorrer su órbita! Pero según Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque hay astrónomos que piensan que puede haber cometas con períodos orbitales de 50.000, 100.000 e incluso 300.000 años. Eso significa que puede haber enormes cometas viajando por el espacio de los que no tengamos la menor noticia...

Abrumado por las nubes de hidrógeno, los asteroides carbonosos, la escombrera de Edgeworth y Kuyper, los satélites con nombres de mitos griegos y romanos, los afelios y los perihelios, las tormentas monstruosas de metano helado, los cráteres espantosos producidos por violentísimos impactos de meteoritos, las fuerzas magnéticas, las partículas, las rotaciones,

los silicatos, las líneas de Fraunhofer, las fulguraciones y las nebulosas, me sobresalté cuando la esfera de mi reloj me indicó que ya llegaba tarde a mi cita con Celeste.

34. Jem'appelleMiranda y Le Jasmin

En el restaurante del Hôtel Le Jasmin, la oronda camarera Jem'appelleMiranda («¡Ah, mira, como el satélite de Urano que descubrió el señor Kuyper») dispuso para nosotros una mesa pequeña, adornada con flores, y nos sirvió agua antes de recomendarnos una fabulosa ensalada que viene muy bien para estos días tan calurosos. Celeste se secó con el pañuelo una gota de sudor que estaba a punto de suicidarse despeñada por su ceja, y admitió que, ciertamente, hacía muchísimo calor. «Bueno», advertí, «no podemos quejarnos: en Venus la temperatura es de 460 grados centígrados». Celeste me miró por encima de la carta con gesto perplejo, pero supe que estaba sonriendo.

A lo largo de la comida hice alguna que otra precisión respecto a las composiciones atmosféricas de los distintos planetas, mientras Celeste insistía en lo pintoresco que era el pueblo de Grasse y cuánto le gustaría tener una casita en la Provenza... Por mi parte, admití que siempre sería mejor tener una casa en la Provenza que en Titán, donde la atmósfera es de hidrógeno helado a 180 grados bajo cero.

Jem'appelleMiranda nos trajo sandía para completar una comida frugal, pero fresca y bien aliñada, y nos recomendó que subiéramos a una habitación y descansáramos hasta que pasaran las horas de más calor.

Las propietarias de Le Jasmin, Rose-Marie y Marie-Rose, dos gemelas cuya belleza y amabilidad eran también dignas de contarse entre las grandes delicias de Francia, nos recibieron con el escote y los brazos abiertos: nos ofrecieron una encantadora habitación, fresca y perfumada, que daba a un coqueto jardín con árboles frutales.

Tumbados en la cama, boca arriba, casi desnudos después de una ducha reparadora, observando las ennegrecidas vigas de madera de la habitación, Celeste admitió sin mucha pesadumbre que no había posibilidades de hacerse

con las «fotografías inglesas» del señor Nègre y que su tío tendría que conformarse con copias o con algún catálogo, si es que decidía pagar su edición, naturalmente. Creo que me quedé dormido en algún momento, pero puede que solo estuviera reflexionando sobre la inmensidad del universo de *monsieur* Moullet de Riveranque. Celeste expresó con una mueca su deseo de que, al menos, la *Uranographia* no fuera un fraude y se pudiera completar la operación sin demasiadas incomodidades.

«No sé cómo hemos tenido el valor de llamar cosmos a algo que claramente es un caos», le dije. Celeste me aseguró que el hombre era especialista en equivocarse con las palabras y en tergiversar el nombre de las cosas. Y, como siempre, supongo que Celeste tenía razón.

Regresamos a Niza a última hora de la tarde. Nos detuvimos en una curva que hay cerca de Villeneuve-Loubet: era un risco automovilístico desde donde se podía disfrutar una singular panorámica de la costa, con una abrumadora gradación de azules y malvas. Lo más notable del regreso fue que Celeste interpretó a voz en grito y de un modo intolerable —y por lo demás, adorable— una cancioncilla que hablaba con mucha emoción de *shooby doobie doobie bam bam* y cosas así. Me encantaba cuando Celeste se ponía filosófica.

35. La condesa de Polignac

La terraza del Negresco, a esa hora del atardecer, estaba poblada por clientes del hotel y por visitantes que naturalmente querían dejarse ver en el centro de la elegancia y la distinción nicense. Mientras me acercaba a una pequeña barra que el hotel había dispuesto entre dos suntuosas palmeras maceteras, pude distinguir a algunos de los habituales del establecimiento, como la señora Berg —famosa en el Negresco por su repertorio de amantes estivales—, el coronel Du Picq y su esposa Angélique —comentando con un matrimonio imprudente los problemas que causaban los *feu fighters* en la aviación militar y comercial—, Tirpitz *el Asqueroso*, los jóvenes herederos austríacos Wuppertal —siempre tan educados y siempre oliendo a anticongelante Wuppertal, por lo que se decía—, el gerente de la Société Courrèges —que había revolucionado la moda aquel invierno con su colección de Mode Spatial—, la deslumbrante Mylène Demongeot —que lucía con descaro mediterráneo su ingenua belleza nizarda y se hacía acompañar de amigas y amigos a los que uno podía imaginar sin mucha dificultad interpretando papeles en el cine— y, naturalmente, otras decenas de personas a las que...

«Vaya, señor Quibildder-Keauloch», dijo Violette, que preparaba con singular delicadeza un *sloe gin fizz*; no era difícil averiguar quién era la destinataria de aquella maravilla refrescante y divertida. «¿No viene la señorita Levv con usted?».

Y, sin esperar la respuesta, salió de su despacho y, cogiendo al vuelo el vaso anaranjado con abundantes decoraciones y aderezos limoneros, se encaminó hacia la mesa donde departían amigablemente Mylène Demongeot y sus amigos. Me pareció que Violette ondulaba más de lo necesario su indumentaria castrense, pero nadie podía culparla por intentarlo. Aún se entretuvo varios minutos más con su actriz favorita. Como manteníamos una

larga y sólida amistad, forjada en cuatro o incluso cinco conversaciones, me resultó fácil saber que se habría mostrado igual de servicial si la actriz se hubiera llamado Sophia, Catherine o Françoise, Brigitte, Jacqueline, Claudia o...

Se hizo entonces uno de esos breves silencios incómodos que dejan a una persona hablando en un tono demasiado elevado. En este caso, la voz elegante de una dama francesa se pudo oír en toda la terraza y, al tiempo que la escena recuperaba su habitual alegría y confusión, me volví aterrado hacia aquella mujer.

«¡Yo conozco esa voz!», exclamé, aunque apenas fue un gritillo ahogado.

Violette cerró los ojos y arqueó las cejas, dándome a entender que seguramente todo el público de la terraza del Negresco conocía *aquella* voz. Y era muy probable, pero yo había llegado a Niza adoleciendo de una ignorancia mundana que solo a duras penas estaba remediando, gracias a la radio, la televisión, los discos de Celeste, las revistas del *lobby* y las atrocidades con que cada mañana nos saludaba el *Nouveautés*. Apenas me atrevía a dirigir la mirada hacia el extremo de la terraza donde se encontraba sentada la dama que había conseguido que me temblaran las rodillas con aquellas violentísimas discusiones en el mugriento hotel de...

Violette se cruzó de brazos tras su imperio coctelero y me dedicó una sonrisa de condescendiente alegría. Luego se inclinó hacia mí y me habló entre susurros.

«Señor Balquiderkinloch... Es la condesa de Polignac».

«¿Quién?».

«La condesa de Polignac, *mon cher ami*», dijo una encantadora Mylène, presentándose a mi lado con la agilidad y la discreción de un gato, y con aquella sonrisa pícara que combinaba de un modo extraordinario con su mirada mediterránea.

Mylène Demongeot resopló e hizo ondear su asombrosa *frange* rubia. Luego le pidió un par de hielos más a Violette —¡pobre Violette, derretida como un helado!— y me miró con aquellos ojazos meridionales.

«Sssssh. ¡Condesa de Polignac y baronesa de Massy!».

Luego dijo «soy Mylène», como si hubiera alguien en este mundo que no la conociera, y me contó que Antoinette Grimaldi, la hermana mayor del príncipe Rainiero de Mónaco, era una de las mujeres más peculiares de la Côte d'Azur. Según Mylène —y según Violette, que asentía con fervor a todo lo que decía su amada secreta—, la condesa tenía un espíritu «principesco», y con ello quería decir que se ajustaba a las costumbres nobiliarias de acabar con sus enemigos de un modo expeditivo. Tenía un «carácter singular» y se aseguraba que unos años atrás había intentado destronar a su propio hermano, Rainiero III, a quien acusaba de ser incapaz de procrear... Al parecer fue ella quien difundió la especie —en Mónaco, en Niza, en Saint-Tropez, en París, en Londres y en Nueva York— de que la pobre Gisèle Pascal, que por aquel entonces era la joven amiga de Rainiero, jamás podría tener hijos.

«¿Y cómo podía saberlo la condesa?», pregunté.

«*Monsieur...!*», exclamó Mylène en un susurro, como solo pueden exclamar las mujeres susurrando. «Eran rumores, nada es cierto: ¡todo lo que ocurre en el sur de Francia es un romance de verano!».

Y añadió que aunque Rainiero efectivamente amaba a Gisèle Pascal, con la que vivía en Saint-Jean-Cap-Ferrat —o en un lugar de nombre parecido—, la condesa consiguió que el príncipe comenzara a dudar y a temer por su trono. Se aseguraba que Gisèle tuvo que pasar la humillación de que un equipo médico la examinara. «Después de algo así, *mon Dieu*, ninguna mujer puede amar a...», dijo Mylène, negando brevemente con su flequillo. Los médicos, en todo caso, confirmaron los rumores que había difundido la condesa: Gisèle era estéril.

«El año pasado», dijo Violette, «Gisèle y su marido, el señor Pellegrin, pasaron una semana en nuestro hotel. Y trajeron a su hija de dos años: Pascale. Una preciosidad».

«Es decir... los médicos y la condesa...».

«*Oe, mon cher*, escriba un guion para una película y envíesela a *mon manager*», dijo Mylène ahogando una risilla.

Después —nadie necesitaba contar lo que todo el mundo sabía—, Rainiero conoció a la actriz americana Grace Kelly en un festival de cine y se casó con ella en 1956; la princesa había dado al trono de los Grimaldi tres

hijos, Caroline, Albert y la pequeña Stéphanie Marie, que apenas tenía unos meses, porque había nacido en febrero.

Por lo que contaba Mylène, tampoco Grace Kelly se libró de la persecución de la condesa. Según las constituciones monegascas, era imprescindible que la esposa del príncipe llegara virgen al matrimonio y la condesa de Polignac había oído algunas historias a propósito de la actriz. De nuevo llamó a su equipo de médicos y consiguió que examinaran a Grace Kelly.

Se hizo un silencio incómodo.

«Oh, Grace Kelly era virgen, por supuesto», dijo Mylène, cogiendo el *sloe gin fizz* repleto de hielos y girándose para volver con sus amigos. «Pero había perdido la virginidad montando a caballo. ¿Cómo se llama usted, *mon cher?*».

«Nigel Balquhiddier-Kinloch».

«Ah, *très bon*, Nigel. *Au revoir*».

Violette y yo nos quedamos observando, embelesados, el ondulante caminar de Mylène, que regresó a su mesa en la terraza del Negresco, donde fue recibida con singular alegría por sus devotos. Violette suspiró, enamorada.

Por mi parte, no pude sino admirar el asombroso peinado de la condesa de Polignac, fantástico, ciclópeo, rubio, cardado y lacado hasta la desesperación: un escalofrío recorrió mi espalda cuando su mirada se cruzó con la mía, y me volví temiendo convertirme en estatua de sal.

36. Helados de vainilla y Newton el usurpador

Esa noche estábamos Celeste y yo sentados en el pretil de una fuente que por aquel entonces adornaba una pequeña plaza de la vieja Niza. En la *gelateria italiana* de Simonetta habíamos comprado dos colosales helados de vainilla. Los vecinos del barrio estaban celebrando la fiesta de un santo —o de alguien divino, en cualquier caso— y habían colgado banderines y guirnaldas con luces de colores de un lado a otro de la plaza. También había un hombre tocando un acordeón en una esquina y una mujer despachando canciones marineras italianas.

«Ayer leí una cosa, Nigel», me dijo Celeste, colgándose de mi brazo.

Muchas de nuestras conversaciones comenzaban así. Celeste había leído algo, me lo contaba y así yo aprendía algo.

«Resulta que a finales del siglo xvii vivió en Inglaterra un astrónomo muy importante llamado John..., ay, que se me derrite el helado por aquí..., un astrónomo muy importante llamado John Flamsteed, que compuso un fabuloso atlas astronómico, el *Atlas Coelestis*. El caso es que este Flamsteed preparó su *Atlas* con la ayuda de un tal Sharp o Sharpen o algo así, que hizo los planisferios, y de un tal Thornhill, que compuso unos veinticinco mapas ilustrados, con sus dibujos mitológicos y todo eso. Bueno, da igual. La cuestión es que el *Atlas* resultó un mamotreto imposible: para empezar, debía de ser carísimo ya en su época, y recibió muchísimas críticas, sobre todo por los dibujos de Thornhill, no muy artísticos, desde luego. El atlas celeste se llama a veces Atlas de Flamsteed y Thornhill por eso. ¡Qué bonita es esa canción!, ¿verdad, Nigel? Por aquella época Isaac Newton era presidente de la Royal Society. Y resulta que Newton tenía acceso a todas las investigaciones de la sociedad, así que se apropió de los documentos del pobre Flamsteed, y los publicó sin citar al verdadero autor de los descubrimientos astronómicos... que a ciencia cierta no sé si era la

catalogación de una estrella de Casiopea o de Orión. Así que Flamsteed se puso furioso, compró todos los libros que había publicado Newton con sus hallazgos, y los quemó delante del Observatorio Real. ¿Qué te parece? ¡Menudo sinvergüenza, Isaac Newton! Me encanta el helado de vainilla, Nigel. ¡Mmm...!».

37. Tirpitz *el Asqueroso*

Hay personas que tienen una innata habilidad para inspirar asco. Pues bien, Tirpitz inspiraba asco a raudales. Era el representante del asco en la Tierra. La personificación del asco. Del asco la viva imagen. La asquerosidad rampante era y el mismísimo asco redivivo. Asquerosidad íntegra y esencial, asquerosidad fundamental, decisiva, vinculante, concluyente y categórica. Asquerosidad física, biológica y natural tenía, y asquerosidad moral.

Lo nimbaba un halo de humo apestoso, y era imposible saber qué tipo de tabaco fumaba, pues no se conocía a nadie que consumiera semejante pestilencia. Con su escasa estatura y el encorvamiento de su columna vertebral, y aquellos ademanes esquivos y aviesos, su mediana edad parecía vejez podrida. De su rostro conejil, adornado con dos lentes redondas, gruesas y empañadas, no podía deducirse sino un espíritu atestado de vicios y vilezas.

Tirpitz era uno de esos periodistas que husmea en las vidas ajenas. Según Patrick, el elegante y discretísimo camarero de Le Chantecler, «el hambre y la malicia eran los abrevaderos de su miseria». Y añadía Patrick que «por la pura podredumbre de su cerebro», Tirpitz se dedicaba a derramar toda su hiel intelectual contra los actores, escritores, pintores o cineastas que se hospedaban en el Negresco, o los que visitaban la Costa Azul, o los que acudían a Cannes por haber filmado una película, o los que veraneaban en Saint-Tropez o en Antibes, o los que tenían una pequeña villa en la Provenza. Algún periódico de tercera contrató sus servicios por si la repugnante estrategia de airear las vidas ajenas podía proporcionar a la empresa editora algunos francos en los quioscos.

«Ese hombre, señor Balquhiddler-Kinloch», solía decirme Patrick, «ha dicho cosas de la princesa que merecerían un severo castigo».

Patrick era natural de Filadelfia y su discreción era tal que cuando hablaba de «la princesa», hablaba de la princesa Grace de Mónaco, cuando hablaba de «ese hombre» se refería a Tirpitz, y cuando hablaba de un «severo castigo» se refería como mínimo a un ahorcamiento.

Cuando bajé al restaurante aquella mañana —era con seguridad el segundo domingo de junio—, casi me topé con Tirpitz en la *rotonde* del hotel, aunque tuve la suficiente agilidad como para poder apartarme a tiempo y no tocarlo. Siempre andaba encizañando por el *lobby* del Negresco, murmurando y babeando por las esquinas, haciendo fotografías a escondidas y ocultándose neciamente tras los setos de la Promenade, desde donde podía ver si sus presas entraban o salían del Negresco o de otros hoteles de importancia.

«¿Nunca os vais a librar de Tirpitz, Violette?».

«Está empeñado en que David Bailey y la señorita Deneuve se hospedan aquí», dijo Violette, encogiéndose de hombros y arrugando la nariz, como si el solo nombre de Tirpitz ya oliera mal. Según mi amiga, Tirpitz *el Asqueroso* estaba empecinado en hozar en la vida de la bella Dorléac, una joven que había tenido cierto éxito un par de años atrás y... bueno, eso bah.

En fin, no es que esa comadreja maloliente tenga mucha parte en mi historia, pero la tiene y no me queda más remedio que citarlo; desde luego, no lo hago con gusto: lo único que comentaré con alegría de ese individuo será su espantosa muerte.

38. Insectos vietnamitas y peritos caligráficos

No sé si fue el sol de Niza, o los perfumes de la Provenza, o el salitre mediterráneo, o tal vez la benéfica influencia de las libras en cantidades sobresalientes. El caso es que empezaba a notar que mi invalidez social —e incluso mi torpeza mental— comenzaba a remitir. Había hecho cientos de amigos en Niza, más que durante toda mi vida en Inglaterra: Violette, Ø, el coronel Du Picq y su esposa, Patrick, Mylène Demongeot, Deline, Léonard... y Celeste, por supuesto. Mi vida social estaba empezando a abrumarme, pero notaba ya cierta desenvoltura en mi proceder: en los restaurantes los camareros me atendían casi siempre, me había atrevido a comprar dos helados, para Celeste y para mí, estuve al lado de la famosa actriz Mylène Demongeot sin que se me cayera el vaso de las manos, y ya conversaba con Violette con toda la naturalidad del mundo (siempre que fuera ella la que tuviera la amabilidad de dirigirme la palabra, claro). Estos progresos milagrosos me animaron a acompañar a Celeste aquella mañana en su visita al palacio donde la casa de subastas Babylone Enchères exponía al público la famosa *Uranographia*.

El señor Vrilllette-Grandcroix, director de Babylone Enchères, lo había dispuesto todo, con suma elegancia y delicadeza, en el enorme salón del apartamento 314 del Excelsior Hôtel Regina, convertido entonces en un caldero de brujas, donde bullían compradores, curiosos, periodistas y subasteros ocasionales. Tanto los interesados en la adquisición de la *Uranographia* como los visitantes ocasionales y los acompañantes deambulaban por la estancia murmurando, mirando de reojo la mesa con pastas y frutas, y gesticulando mientras señalaban la urna de cristal que vigilaban dos azafatas ataviadas con discretos trajes azul marino y unos pañuelitos rojos muy sencillos al cuello.

Celeste se ocupaba de resolver lo que tuviera que resolver con los organizadores de Babylone Enchères o con los hermanos Weerden, representantes de MBW Antiques y dueños de la sede de... bueno, eso no es muy importante. Aquella «sesión preliminar», en fin, servía para que los subasteros pudieran examinar y comprobar toda la documentación relativa a la *Uranographia* y el resto de las piezas, para que pudieran incluso revisar los documentos y consultar a especialistas o eruditos, con el fin de evaluar el estado de conservación y el tipo de obra ante la que se encontraban. Respecto al atlas, tal y como dijo Celeste, el deterioro de una parte del libro, o de alguna de las láminas, o de algún folio en particular podía rebajar el precio sustancialmente, aunque mi amiga no esperaba que esto ocurriera, porque una obra tan rara y con tan pocos ejemplares en circulación podía permitirse ciertos lujos, incluido algún leve deterioro.

Yo había preferido quedarme en un extremo de la sala —mis progresos sociales no daban para aventurarme a hablar con cualquier desconocido—, leyendo mi *Nouveautés*. Los americanos habían vuelto a hacer estallar otra bomba atómica, a pesar de las firmas y los tratados, promoviendo la psicosis generalizada en la que se encontraba el mundo. El diario ofrecía también un interesante reportaje sobre el peritaje caligráfico: una disciplina que se había puesto de moda y con la que las autoridades esperaban cortar de raíz las abundantes falsificaciones que... bueno, eso bah. «Ap... Ap... Apsara Hongsa... kula», tartamudeé casi en voz alta. Era el nombre de la chica tailandesa en bañador por la que el *Nouveautés* apostaba como gran triunfadora en un concurso de belleza, pero... El periódico también se hacía eco de «*la tuerie à Grasse*», un suceso espantoso que había acontecido unos días antes en la capital perfumera del mundo —el mismo día, curiosamente, en el que Celeste y yo habíamos pasado allí una agradable jornada vacacional, de donde se deduce que lo más hermoso y lo más espantoso pueden convivir en un mismo y reducido espacio—; el diario aseguraba que alguien había degollado de un modo salvaje a una anciana, a sus dos hijas, a un niño de pocos años y a dos miembros del servicio doméstico. El *Nouveautés* decía que las autoridades estaban seguras de que el responsable era Boumedah *el Argelino*, un perturbado que seguía en guerra con Francia aunque a Argelia ya se le hubiera concedido la independencia y... Sin

embargo, el periodista no veía la relación entre la guerra de la independencia de Argelia y el asesinato a sangre fría de seis personas inocentes, así que lo atribuía al calor. (Desde que Meursault matara a un hombre solo porque hacía calor, a los franceses les había dado por convertir aquello en verdad científica). Mucho más interesante, desde mi punto de vista, era un reportaje sobre los insectos a los que estaba haciendo frente el ejército americano en Vietnam, y las numerosas enfermedades que contraían por culpa de las pulgas. Me interesó mucho lo que decía de la *Glipa nigronotata* y del *Aegus chelififer chelifife*, aunque el verdadero asombro era el de los mantodeos vietnamitas. Uno, la verdad, no da crédito: es tal la variedad entomológica que ofrece la naturaleza (solo en el orden de los lepidópteros hay más de cien mil especies, y los coleópteros suman muchas más de trescientas mil) que ni siquiera el ácido nafténico y palmítico de los americanos podría acabar jamás con ese paraíso de pantanos, selvas y aguas podridas donde pululan, felices y zumbadores, miles y millones de insectos.

Cuando levanté la mirada, atraído por el perfume de un *lucky*, me topé con el rostro de un joven de aspecto tristón y americano, ataviado con un traje negro muy funcionarial, que se encogió de hombros con gesto de resignación. Tímido y asustado, como yo, me pareció que quería que fuéramos cómplices en una situación en la que supuestamente ambos estábamos de más.

—Soy Matt Mattison... —dijo a modo de presentación y de disculpa. A la vista de aquello, Linton Blint tampoco estaba tan mal.

—Ah, bueno. Linton... no, Nigel Balquhidder-Kinloch. He venido con una amiga. Yo no estoy muy interesado en las antigüedades. Soy perito calígrafo, ¿sabe? Trabajo para un banco de... de lejos; me ocupo de que los clientes no nos engañen con sus firmas. Hay tanto sinvergüenza...

—Desde luego —dijo, un poco desconcertado.

Separé la página donde se había publicado el fabuloso reportaje «Vietnam: insectos y napalm», la guardé en el bolsillo, y luego, aprovechando que los visitantes se habían dispersado momentáneamente y buscaban el resto de objetos de la subasta, y no había nadie admirando su precioso contenido, me acerqué a la urna de cristal donde se exponía la *Uranographia*. No es que dudara de Celeste: solo quería comprobar por mí mismo si aquellas cartas astronómicas eran tan extraordinarias como me

había asegurado mi amiga. Había una especie de león dibujado en aquella hoja amarillenta; una infinidad de diminutas estrellitas se dispersaban casi inapreciablemente por toda la lámina, ocupando de un modo (caótico, a mi entender) toda la figura del feroz león... Sin embargo, a juzgar por lo que yo vi en aquella vitrina, apostaría que el artista jamás había visto un león de cerca. Justo debajo del león aparecía esbozado el sextante y un poco a la derecha, la hidra.

39. Nadie va a ir a la Luna jamás

«¿Está usted interesado en la astronomía clásica, caballero?».

Era un hombre de unos sesenta y cinco años, quizá algunos más, tal vez algunos menos, alto y bien parecido; su acento septentrional (¿danés? ¿sueco? ¿polaco? ¿alemán?) procuraba disfrazarse en aquel traje elegante de lino claro. Llevaba en la mano un sombrero de panamá y un bastón con empuñadura de marfil, pero no creo que lo utilizara para ayudarse al caminar. Aquel hombre esbelto y robusto aún tardaría años en necesitar la complicidad de un bastón.

Me sobresaltó su pregunta y miré hacia un lado, sospechando que era improbable que nadie se dirigiera a mí.

«Bevis no sabía que Regulus era un sistema triple. Una gran estrella blanca, con otras dos que giran en torno a ella», añadió, como si yo estuviera en condiciones de entender lo que decía.

«No, señor...», contesté a la pregunta casi olvidada del caballero. «Solo acompaño a una amiga. Nigel Balquhider-Kinloch».

«Oh, qué nombre tan estupendo: soy John Brainbridge. Yo también estoy curioseando. He trabajado algún tiempo en este campo... Oh, esta es mi esposa, Helen».

La señora Helen Brainbridge aún conservaba rasgos de una poderosa belleza wagneriana. Solo la edad madura había conseguido doblegar sus heroicas facciones, aunque había conservado toda la inteligencia de su mirada y la sobriedad de sus ademanes. La señora Brainbridge se ajustaba tan bien a su marido que cualquiera diría que un comité de expertos fisiólogos los había escogido para que formaran una pareja perfecta. (Más adelante supe que así había sido efectivamente).

Según el profesor John Brainbridge no había una disciplina más filosófica que la astronomía. Cuando enlazó su brazo con el mío, me propuse fingir durante unos minutos cierta sociabilidad con aquel hombre encantador y su sonriente esposa. «Señor Balqu..., Nigel, querido, no permita que mi marido le llene la cabeza de cúmulos estelares y nebulosas. Fui yo quien se casó con él: es mi condena y lo sobrellevo lo mejor que puedo». Oí al profesor Brainbridge ronronear una risilla de placer: creo que le encantaba que su esposa Helen protestara contra su profesión astronómica.

«La astronomía es una disciplina casi espiritual», dijo el profesor Brainbridge mientras salíamos a la terraza. «Deberíamos acostumbrarnos a pensar que somos materia, tiempo y espacio...». Tuve que admitir que aquello era enormemente filosófico, desde luego mucho más que el peritaje caligráfico. Y siento no poder reproducir aquí todos los conceptos de los que me habló, aunque desde aquel momento fui consciente de mi ser como organismo compuesto por partículas elementales que se desintegrarán en cualquier momento, bien por una acción gravitatoria insólita o por las reacciones descompensadas de electrones, protones y neutrones...

«Compré una guía astronómica para aprender algo», dije para disculpar mi ignorancia y mostrar al mismo tiempo mi predisposición al conocimiento...

«Ah. ¡Por fin te encuentro, Nigel! ¡Pensaba que te habías aburrido y me habías abandonado!», exclamó Celeste, saliendo por una ventana francesa del palacio, cruzando la terraza y acercándose al grupo con su maravillosa sonrisa.

«Ah, Celeste. Permíteme que te presente a...».

«Oh... ¡El profesor John Brainbridge!», exclamó Celeste, dejándome con la mano extendida en el aire, como un mendigo que pide una caridad temblorosa. «¡Nigel, por Dios! ¿Quién no conoce al profesor Brainbridge? Es un placer, profesor Brainbridge. Y supongo que usted es su esposa. Encantada».

Al parecer, había pocas personas en el mundo que no conocieran al profesor. Y yo era una de ellas, naturalmente. El profesor John Brainbridge había sido uno de los miembros destacados del SCST (Special Committee on Space Technology, en Estados Unidos), y había estado a las órdenes de Hugh

Dryden o Dyden o Daden o algo así. Celeste informó a los reunidos, y especialmente a mí: el profesor John Brainbridge había sido uno de los científicos más importantes del comité Stever. La señora Brainbridge — supongo que más diestra en captar expresiones de estupefacción— me advirtió que el director del comité se llamaba Guyford Stever, y de ahí que... bueno, no importa. Brainbridge había estado a las órdenes del famosísimo Wernher von Braun en Fort Bliss, según su esposa, «resolviendo fórmulas que nunca tendrán la menor utilidad». Con una paciencia amablemente marital, el científico le recordó a su mujer que antes de ir a la Luna había que «resolver algunas fórmulas».

«Jamás iréis a la Luna, querido».

«El presidente dijo que iríamos, e iremos».

Se refería a Su Majestad John F. Kennedy, al que le habían volado la cabeza en Dallas un par de años antes. Por lo visto, Su Majestad había dicho que los americanos llegarían a la Luna antes de que acabara la década. El profesor Brainbridge se sabía de memoria el discurso.

«Jamás iréis a la Luna», insistió con una pícara sonrisa la señora Helen Brainbridge, utilizando la segunda persona como si no se sintiera en absoluto concernida por las locuras astronómicas de su marido y del presidente Kennedy.

«Bueno...», apunté, por no parecer en exceso ignorante y fracasando absolutamente, «la Luna parece que está cerca, pero tengo entendido que se encuentra a unos 400.000 kilómetros de la Tierra. Es bastante... lejos».

Todos se rieron de mí a carcajadas.

«Sí, querido», dijo Celeste. «La Luna está lejos. Como tú».

40. Atmósfera ionizada

Resultaba extraño y casi repugnante que las actividades de una fábrica de pesticidas me estuvieran proporcionando tanta felicidad. Aunque empezaba a tener dificultades para recordar quién era en cada momento, me parecía asombroso que las personas me hablaran como si yo fuera normal. Violette era servicial y encantadora; el coronel Du Picq y su mujer me daban conversación; Ø era amable y generosa en muchos y variados sentidos; el joven Matt Mattison, al que últimamente veía mucho por Le Negresco, me saludaba afablemente; el profesor Brainbridge me tenía en consideración y se dirigía a mí como si yo tuviera conocimientos sobre alguna cosa interesante, y toda su familia era encantadora; y Celeste... bueno, Celeste seguía viniendo a ducharse en mi bañera y a devorar mis desayunos.

Todo era fabulosamente natural y amable —como podía esperarse de la vida en una ciudad estival como Niza—, y sin embargo... había una electricidad inquietante en la atmósfera: me parecía que toda la región se hubiera cargado de iones y estuviera a punto de producirse una violenta descarga eléctrica... Tenía una sensación extraña entre el esternón y la columna vertebral, como cuando uno asiste a la escena de una serpiente acechando a un ratón o como cuando una araña se repliega a sus mansiones esperando que una mosca incauta o una polilla caiga en la red...

¡Qué ingenuo sería pensar que el mundo —ni siquiera en la hermosa ciudad de Niza— podría seguir girando sin sobresaltos ni angustias! Nuestras vidas se parecen demasiado a los astros del cielo, sometidos a la furia devastadora de rayos cósmicos, de meteoritos ardientes y explosivos, de cometas y asteroides que dejan profundas huellas y cicatrices en la piel. Recorreremos alegres y descuidados nuestra elipse cuando, de repente, una roca de hielo y fuego nos golpea con violencia, y quiebra nuestro núcleo y lo derrite hasta... bueno, bah, no importa. En el caótico mundo —lo que está

abajo es como lo que está arriba, solía decir Celeste cuando se ponía astróloga— no cabía más que esperar la desgracia y la tragedia, o al menos el sobresalto y la aprensión. Y, por otra parte, a qué iba a venir tanto parloteo si no fuera a ocurrir nada en esta historia.

41. Ríos helados

«¿Un error?», murmuré mientras observaba a Celeste, que intentaba coleccionar conchas marinas junto a las olas.

«Nuestra idea del tiempo es un completo error», decía mi gurú astronómico, Bénédicct-Antoine Moullet de Riveranque, aunque no me pareció detectar en sus palabras ni un atisbo de prepotencia, displicencia, superioridad o paternalismo, que son los vicios de los ignorantes.

Habíamos estado comiendo en un restaurante llamado La Paillotte — pintoresco, familiar y con un servicio de cocina francamente mejorable—; tenía fama por sus ensaladas de perdices escabechadas con olivas y otras delicias estivales, según Celeste. Sobre todo, tenía fama porque desde su terraza se divisaba el fabuloso espectáculo de una espléndida Niza soleada, bañada por las aguas turquesas del Mediterráneo. Estaba a unos cinco kilómetros de la ciudad, por una de las carreteras que suben hacia las colinas, entre las villas, las residencias señoriales, los cipreses, los pinos, las buganvillas, los rosales y todo tipo de lujos arquitectónicos y naturales.

Después de comer y de disfrutar una refrescante sandía, Celeste se había descalzado y había estado mirando las musarañas tumbada en una especie de diván que había bajo el emparrado. A su lado, y jugueteando con los flecos de su vestido blanco, yo me entretenía con las enseñanzas de Moullet de Riveranque.

«No se trata ya de que el tiempo no pueda considerarse un absoluto», había escrito mi astrónomo, seguramente con la intención de tener lectores más inteligentes que yo y, por tanto, lectores que pudieran entenderlo. «Pero al mundo le conviene pensarlo: al mundo le conviene el sentido común, y el sentido común nos dice que el tiempo transcurre igual en cualquier punto del

universo. Bueno, dejemos que lo piensen. Al fin y al cabo, por saberlo o por ignorarlo no van a vivir más o menos, ni mejor ni peor». A veces Moullet de Riveranque era asombroso.

Celeste, con los pies vendados sobre mi regazo, parecía estar a punto de quedarse dormida, aunque dos mariposas blancas se empeñaban en revolotear alrededor de su nariz, y ella soplaba sin mucho tino, agitando su flequillo.

«Celeste, ¿sabías que el tiempo no es igual en todas las partes del universo?».

«Mmm... sí», ronroneó, y luego añadió: «*Pour ainsi dire*».

Me habría gustado saber exactamente dónde y cómo ocurre ese prodigio. Pero sospeché que mi querido profesor no me lo estaba contando todo y que en esos espacios siderales el tiempo y el espacio se comportaban de un modo estrafalario.

«Nigel, ya deberías saberlo: el tiempo... ¡*no pasa!*!».

Miré mi reloj instintivamente, y no puedo negar que fue un indicio evidente de la torpeza intelectual que me impedía concentrarme lo suficiente como para entender que el tiempo pudiera ser elástico o...

«Los que *pasamos*... somos nosotros», dijo Celeste.

Desde luego, por muy torpe y estúpido que sea uno —y mi querida Laurine me lo había dicho lo suficientemente a menudo como para que yo estuviera seguro de ello—, resultaba muy obvio que había una gran diferencia entre el hecho de que el tiempo pasara por nosotros o que nosotros pasáramos por el tiempo.

El profesor Moullet de Riveranque decía que a los hombres nos gusta entender la Historia como un río, y que de esa falsa percepción naturalista y bucólica tenían la culpa los poetas, a los cuales atribuía un exceso de gorgoritos (en una nota al pie). En la simulación del tiempo, la prehistoria y los hombres de las cavernas estarían en los primeros arroyos de la montaña, y así se iba ensanchando la historia de la Humanidad —a nuestro juicio—, adquiriendo cauce y velocidad, hasta convertirse en un río fastuoso como el Ródano o el Volga. En realidad —o eso era lo que decía el profesor—, el tiempo es un glaciar, o un río helado. Todo cuanto hacemos, todo cuanto decimos, cuanto somos y cuanto vemos queda congelado en el tiempo, en el hielo, y seguimos avanzando lentamente dejando nuestros actos, nuestras

palabras y cada instante de nuestras vidas petrificados en el hielo, para siempre. Esto tenía que ver con una relatividad especial, o eso decía mi guía universal, dictada por el matemático Albert Einstein en Estados Unidos. El profesor Moullet de Riveranque estaba seguro de que en el futuro podrían inventarse artefactos para visitar esos fragmentos congelados en el tiempo. También decía algo que a mí me pareció asombroso y discutible, y es que a determinada velocidad el tiempo se ralentiza, y que... bueno, yo no sé. Mi maestro, Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque, famoso autor de la *Astronómica*, a veces me desconcertaba.

«Entonces, Celeste, ¿todo es un eterno presente?», dije para mí, y rocé con el dedo sus pies vendados, desde el tobillo hasta el empeine.

El bueno del profesor Moullet de Riveranque, seguramente acostumbrado a las pizarras móviles, a sus cálculos imposibles, a sus teorías descabelladas sobre objetos que se estiran y se deforman en el tiempo y en el espacio, y sobre astronautas que ven envejecer a sus hijos al doble de la velocidad a la que ellos cumplen años, parecía también abrumado y remataba el capítulo diciendo que, de momento, todo aquello no eran más que «teorías».

Mientras observaba a Celeste, mi amiga me deleitó con una de sus encantadoras sonrisas y puso cara de tener que anunciarme algo extraordinario. Carraspeó sensualmente y dijo:

«Nigel, creo que podremos comprar la *Uranographia* de Bevis».

«Oh, Celeste», dije, y por la manera de expresarme cualquiera que no me conociera podría sospechar que estaba perdidamente enamorado de mi amiga. «¡Es una excelente noticia!».

«Sí, ¿verdad?», dijo Celeste sin abrir los ojos. Si aquel atlas astronómico merecía estar en manos de alguien, mejor Celeste que nadie. Y brindé por el bueno de John Bevis y por su *Uranographia*, por la difusión de la astronomía, por la ley de la relatividad, por la elasticidad del tiempo, por el eterno presente, por la expansión del Universo, por el señor Einstein y por los fabulosos y soleados días que nos estaba deparando el Mediterráneo.

42. Queso, amor y astronomía

La mayoría de los seres humanos —de algún modo hemos de llamarlos— ignora que uno de los grandes placeres de este mundo consiste en comer queso en la cama.

A pesar de mi vida entomológica y británica, el sol de Niza comenzaba a despertar mi deseo de vivir, una sensación que yo siempre atribuí a los poetas y a otros animales demasiado apegados al instinto de supervivencia. Quienes no tengan una conciencia clara de la existencia y del gozo de vivir ignorarán por completo cuáles eran mis intenciones a la hora de presentarme en la habitación de Celeste con un plato de queso. Pero no se puede culpar a nadie por esto, porque la mayor parte de la gente se fía de los placeres de otros, y no de los placeres objetivamente placenteros, como el agua potable a su temperatura idónea, la idea perfecta durante un paseo, el deslizamiento de un lápiz, el gesto pensativo de una mujer, un olor recuperado de la infancia, la lectura de la Biblia, el mar a las nueve y cuarto de la mañana, el crujir de la nieve bajo los pies... Y el queso. No hay muchos placeres comparables al diabólico vicio de comer queso en la cama.

Celeste y yo —que gracias a Dios aún no habíamos incurrido en la gimnástica costumbre de fornicar— tuvimos la oportunidad de disfrutar ese singular placer en algunas ocasiones. Era una costumbre matinal excepcional y, sin duda, el mundo iría mucho mejor si la gente comiera queso en la cama.

El sol ya estaba despertando los imposibles colores de las petunias en la terraza. Sin embargo, Celeste protestó desde el caótico calor de la cama diciendo que su piel y sus ojos necesitaban ocho horas de sueño, o de lo contrario una-teoría-que-nadie-podría-creerse. Se cubrió la cabeza con una de las seis o siete almohadas que tenía a su alrededor y siguió protestando y refunfuñando contra la espantosa costumbre de los días, «empeñados en colocar las mañanas a primera hora». Tenía una pierna desnuda colgando

fuera de la cama, con su enigmático pie vendado, como si con aquella dulce perversión quisiera pescar a los incautos que se atrevieran a entrar en la habitación. Descorrí las cortinas y abrí las ventanas francesas para que la brisa salada y turquesa del mar inundara la estancia. Al sentir la humedad matinal enredándose en su tobillo, Celeste escondió la pierna y su tobillo vendado.

Le pregunté si creía que las autoridades francesas me condecorarían o me encarcelarían cuando decidiera acabar con la vida de Tirpitz.

«Tú no vas a acabar con la vida de nadie, Nigel. Eres demasiado perezoso. ¿Has traído queso?». «Claro, querida. Emmental».

Se desperezó púdicamente, envolviéndose en la sábana, y le pedí que se apartara un poco para poder sentarme junto a ella.

«¡No soy perezoso! Si no me dedico al crimen es porque siempre me surgen otros trabajos intelectuales...».

«Está delicioso este queso, Nigel».

«Sí».

Esparcidos por la cama y por el suelo había varios catálogos, libros y álbumes que Celeste había trasladado a la *suite* para estudiar antes de enfrentarse definitivamente a la compra del atlas celeste de Bevis.

43. Kodachrome

Se acercaba a nosotros y, por desgracia, en aquel preciso instante no conseguía recordar su estrafalario nombre... ¿Walt? ¿Pat? ¿Dan?

Celeste estaba preciosa, apoyada en la barandilla de la Prom, haciendo fotografías con su nueva Nikon Nikomat y asegurándome que cuando las revelara «mi cerebro iba a estallar» —vaya— al ver los verdes y azules del Mediterráneo con aquella película asombrosa. En opinión de Celeste —que tenía opiniones para casi todo, y para casi todo eran extravagantes y encantadoras—, no había verano si no había Kodachrome.

¿Zach? ¿Lamb? ¿Watt?

«Cuando las revelemos, vas a querer bañarte en ellas», decía Celeste, enfocando a un lado y a otro con su réflex nueva. Mientras escuchaba su parloteo sin fin, intenté recordar a toda prisa el nombre de aquel joven, triston y americano, aunque esbelto y atractivo, que se acercaba con una media sonrisa. También me percaté de que la posición de Celeste, inclinada sobre la baranda del paseo, intentando captar para la posteridad los bellos colores de la bahía de Niza, tenía efectos lisérgicos en las personas que paseaban por la Prom, con miradas que clamaban al cielo, susurros lascivos, palpitaciones, resoplidos y toda la suerte de gestos tímidos y angustiosos que provocaban unos *shorts* amarillos en una mujer como Celeste.

Matt.

Había visto a Matt Mattison bastante a menudo últimamente en el Negresco o en sus alrededores, aunque aquel traje deslustrado y polvoriento no sugería en absoluto que fuera cliente del hotel, así que seguramente tenía otras razones para rondar por allí. Nos habíamos saludado dos o tres veces, tal vez cuatro o cinco —depende de lo que se entienda por «saludar»—, e incluso habíamos tenido alguna conversación sobre cuestiones atmosféricas, aunque sin entrar en detalles.

«¿Cómo va todo, Matt?».

«Bien, señor...».

En principio, me pareció increíble que no recordara un apellido tan tonto como Blint, pero de inmediato recordé que Balquhidder-Kinloch no era un apellido del que pudiera acordarse cualquiera. Aunque siempre cabía elaborar variantes imaginativas. Violette, por ejemplo, no lo recordaba nunca, pero cada vez que tenía que dirigirse a mí se inventaba uno que sonara de un modo aproximado. Y a mí me parecía bien.

«Oh. ¿Sabe qué voy a hacer?», dijo Matt con un tono extraño cuando le repetí varias veces mi apellido. «Voy a escribir su nombre en mi libreta y así no lo olvidaré: Balquhidder-Kinloch».

Mientras Matt se esforzaba en colocar adecuadamente todas las letras de mi apellido ficticio, le dije que la joven que estaba a mi lado haciendo fotos era Celeste Levv. Celeste levantó una mano e hizo unas mariposas, pero ni siquiera se dignó volverse, tan ocupada estaba con su Nikon Nikomat y su reportaje estival en Kodachrome. Supongo que a Matt no le importó lo más mínimo que Celeste no se volviera.

«Otro día fabuloso en Niza, ¿verdad, señor Balquhidder-Kinloch? ¿Piensa quedarse mucho tiempo?».

Nunca me había dado la impresión de que tuviera tanta confianza con Matt Mattison como para que se atreviera a preguntarme si pensaba quedarme poco, mucho o demasiado. Y, por otra parte, ¿cómo quería que lo supiera? Si uno supiera lo que va a suceder al día siguiente, o dos días después, o la semana que viene, el mes próximo o el año venidero, ¿estaríamos vagando por el mundo desesperados y solos? Nadie puede saber qué ocurrirá en el futuro y, por consiguiente, es estúpido hacer planes; de modo que ¿cómo quería Matt Mattison que yo supiera si me iba a quedar poco o mucho tiempo en Niza?

«Nunca se sabe, Matt... Nunca se sabe...».

«Oh, claro... Desde luego, desde luego», dijo con cierto aire de resentimiento, como si mi filosófica respuesta no le hubiera convencido en absoluto.

Celeste, que estaba plenamente persuadida de haber conseguido capturar la imagen del siglo —¡el mar con un velero al fondo!, una panorámica originalísima, según me dijo después—, se volvió para saludar a Matt.

«¿Y se hospeda también en Le Negresco, Matt?», preguntó ingenuamente Celeste.

Matt pareció incómodo ante semejante pregunta.

«Oh, no... Yo me hospedo... en otro hotel. Pero una persona... me ha pedido que... bueno, unas personas... y bueno... tengo que preparar...».

«No se preocupe, Matt», dijo Celeste con una sonrisa. «No tiene que disculparse ni avergonzarse de nada, Matt. Nos veremos pronto, espero».

No niego que Matt era un joven agraciado, pero la sonrisa que le dedicó Celeste me pareció de todo punto excesiva.

«Sí. Yo también lo espero», dijo Matt.

44. Oxidación e ionización

Aquel lunes de julio amaneció con el señor Fahrenheit sudando a unos 90 grados. El insoportable calor amenazaba con convertirse en tormenta. Mis dolencias óseas habían conseguido que el calor y el frío, el sol, la lluvia, el viento o la nieve tuvieran efectos determinantes en mi salud, y afectaban sobremanera a mis nervios, o eso repetía la doctora Val una y otra vez. Desde luego, las mañanas luminosas de Niza, con sus fragancias marinas y florales, me producían un placer singular; y por supuesto, como la mayoría de las personas decentes, no soporto el viento de Brighton o de Dublín, aunque el sonido de la nieve al crujir bajo mis botas me produce un agradable bienestar. En cierta ocasión soñé con el asfixiante calor de las islas griegas. Aunque, si tuviera que ser sincero —que no es el caso—, yo diría que la lluvia se ajusta bien a la tensión de mis nódulos y a mi estructura nerviosa, en general. (Celeste siempre decía que mi estado de ánimo era *lluvioso*. Tal vez quería decir «tormentoso»). Siempre me ha parecido que la lluvia despierta en mí algo parecido a una apacible lucidez. Sin embargo, y por fortuna, la lluvia jamás ha conseguido que experimente esas viscosas sensaciones relacionadas con la melancolía: nunca he confundido emoción con oxidación, y la lluvia puede provocar en mí oxidación, pero no me rebaja hasta el punto de sufrir esas emociones vulgares que...

Celeste decía que los impulsos eléctricos de las tormentas excitaban el sistema nervioso de algunas personas: «Es evidente que te ionizas con las tormentas, Nigel», me aseguró en cierta ocasión, mientras observábamos desde la terraza del Negresco una tormenta eléctrica que se estaba desatando a muchas millas en el interior del mar. «En el siglo XIX, los románticos que se ionizaban acababan suicidándose», me dijo. «Y debes tener cuidado, Nigel, porque la ionización eléctrica es un vicio peligrosísimo: peor que cualquier

otro. Los románticos subían a las montañas a buscar tormentas y a ionizarse, y bajaban electrificados de las cumbres, y con ganas de morir. Por eso se llaman románticos». «¿Por las ganas de morir?». «Sí».

A Celeste no le gustaba el frío ni la lluvia. Me confesó que se sentía insegura en la nieve, con una preocupante «tendencia a caerse» y a hacerse daño en los tobillos. No dejaba de ser extraño y singular: habiendo nacido en un país —ya inexistente, porque había sido engullido por las repúblicas soviéticas— donde seguramente el Sol es un astro mítico del que se habla pero nadie ha visto jamás, resultaba raro que Celeste Levv, natural de Riga, sintiera cierto pavor ante una sospecha de frío, se le nublara la frente con la lluvia y solo renaciera cuando el sol volvía a abrirse paso entre las nubes. Por eso era feliz en Niza, naturalmente.

Me gustaba que Celeste me hablara de la ionización, ya que se trata de un asunto de la mayor importancia.

45. El batín japonés

A través del enorme cristal de la ventana, sin persianas ni cortinas, se veían los tejados de la vieja Niza y el intenso verde del Parque del Castillo, que parecía estar anhelando la inminente tormenta. Había dos villas cercanas, y me pregunté cómo no había tenido la prudencia de observar ese detalle la noche anterior. Supongo que a Lucille jamás le importó lo más mínimo que los vecinos la vieran ejecutar sus ejercicios gimnásticos, pero mi vocación deportiva no era en absoluto profesional, y —en caso de que fuera estrictamente necesario— prefería dedicarme al contorsionismo sexual en condiciones más discretas.

Cuando por fin comenzó a llover, las gotas de agua trazaron en el cristal sus caminos tortuosos, veloces o lentos, dubitativos y suicidas, o se quedaban suspendidas en la superficie traslúcida, esperando a alguna compañera con la que arrojarle a la terraza.

Bougain Ville tenía todos los lujos propios de una vivienda que, con seguridad, había sido con frecuencia el escenario de producciones de la industria cárnica: suelos de mármol, muchos adornos dorados, varios individuos sobriamente vestidos dispersos por distintas estancias, jarrones chinos de imitación, mantas falsas de piel de leopardo, alfombras de piel de tigre simulada, grandes colmillos de elefante (de escayola), un Monet pequeño (perfectamente falso) y una copia de un Renoir, un armario lleno de ropa extravagante y de muchos colores, una cantidad astronómica de zapatos, botas y calzado en general, sombreros, muebles inútiles y de dudoso gusto antiguo, varios sillones de estilo luisalgo, una gran mesa de comedor donde nadie había comido jamás —aunque seguramente había tenido usos parecidos—, pelucas, revistas de moda, varios libros completamente nuevos, una cristalería modernísima, y cosas así, como batas japonesas. Me enfundé en

una bata japonesa roja, con dibujos de almendros en flor, completamente impropia de un caballero y de un entomólogo, y me dirigí al colosal baño de la habitación, donde Ø canturreaba, bastante feliz, a juzgar por su entonación.

Estaba metida en una bañera exenta —se sostenía sobre cuatro garras doradas— y rebosaba espuma por los bordes. Allí estaba Lucille, con la cabeza apoyada en un extremo, con el pelo recogido, los ojos cerrados, y los pies apoyados en el otro extremo, jugueteando con el agua y las pompas de jabón.

Me senté en una de las infinitas sillas luisalgo que había dispersas por la casa —también en el baño—, y me entretuve observando y escuchando la alegre voz de mi amiga. La canción contaba una de aquellas melancólicas historias en las que un jovenzuelo se arrepiente de sus errores mientras diluvia al otro lado del cristal. Había estado muy de moda un par de años antes y bueno, bah.

«Qué elegante estás con ese batín japonés, Nigel».

46. Óscar II de Suecia y Noruega

En el baño se respiraba una penetrante fragancia de rosas, que también me pareció muy propia de la industria cárnica. «Tengo un amigo que se llama Bénédicct-Antoine Moullet de Riveranque», le dije a mi amiga Ø, colocando sus tobillos sobre mis hombros. El agua de la bañera ya se estaba quedando fría, pero enseguida vino una mujer de aspecto eslavo y solucionó el problema añadiendo más sales de rosas, jabones con fragancias diversas y agua caliente, que desbordó muy elegantemente la bañera en virtud de las leyes de Arquímedes.

«Creía que tu misantrópica timidez te impedía tener amigos».

«Está muerto, se puede confiar en él. Es un científico. Astronomía. Galaxias, planetas, meteoritos. Ya sabes. Cuenta una historia entretenida del rey Óscar II de Suecia y Noruega. Un hombre muy culto, dicen. Música, teatro, poesía... en fin. Y dice mi amigo Moullet de Riveranque que este rey tenía una curiosa preocupación. Dice que envió cartas a los científicos más importantes de Europa haciéndoles preguntas extravagantes sobre las elípticas de los planetas, sobre las leyes de la atracción universal, sobre la formación de los sistemas planetarios y, bueno, cosas así. Al final, desesperado ante las respuestas evasivas y dubitativas de los astrónomos y los físicos, promulgó un edicto ofreciendo un premio de 2.500 coronas a aquel que pudiera confirmar que el Sistema Solar era estable».

«¿Estable?».

«Sí: quería saber si el Sistema Solar era estable».

Las piernas de Ø eran largas y suaves.

47. Nigel gana las 2.500 coronas del rey Óscar II

Ø se había empeñado en ir a comer a Antibes y, dada mi indiferencia habitual por una cosa o por otra, decidió que el pescado de Le Vieil Antibes siempre era una buena idea.

Mi amiga Ø conducía su Thunderbird rojo con una elegancia singular y en menos de media hora estábamos subiendo por Masséna en dirección a la catedral.

Como el día había amanecido lluvioso, los turistas visitaban la ciudad en vez de arracimarse en las playas, lo cual permitía a los jóvenes guías de Antibes demostrar sus habilidades memorísticas. Cuando nos dirigíamos a pie al restaurante, nos detuvimos junto a un grupo de veraneantes repentinamente interesados en una estela funeraria fenicia. Una inglesa con el rostro agostado por varias semanas de sol implacable nos informó sobradamente: «Los *tours* no comienzan aquí, queridos: tenéis que ir al ayuntamiento, allí abonáis tres francos y una joven estudiante os llevará a visitar los lugares más representativos y monumentales de la ciudad».

A Lucille le traían al fresco los *tours*, el ayuntamiento, las inglesas con rostros agostados, las estelas fenicias y los prodigios memorísticos. Solo nos habíamos detenido momentáneamente junto a aquel grupo porque a Lucille le parecía que la joven guía era una preciosidad y porque... bueno, bah.

Marcos, un español sonriente y amable, poco representativo de su polvoriento país, nos preparó una mesa en el interior de Le Vieil Antibes, decorado como una vieja taberna pesqu... Los vi a través de las redes que decoraban las ventanas: se detuvieron frente a una galería que vendía pequeños cuadros que ilustraban los rincones más pintorescos de Antibes, y seguramente de Niza también, y de Saint-Tropez, y todo eso. Celeste iba colgada de su brazo, con una blusa blanca y unos pantalones *capri* azules, y

él sujetaba un enorme paraguas de Le Negresco. Permanecieron durante unos minutos frente al escaparate de la galería, y me pareció que Celeste se reía. Luego avanzaron calle arriba, y desaparecieron de mi vista.

«Pareces un poco callado, Nigel», dijo Ø con una elegantísima sonrisa tras su copa de vino. «Dime: ¿consiguió el rey Óscar saber si el Sistema Solar es estable?».

Digamos que hablamos de sistemas físicos, no conceptuales o mentales, sino orgánicos, químicos, sociales, humanos... A veces un sistema nace de la inestabilidad, pero acaba siendo estable y duradero. Sin embargo, en mi opinión —y en la de mi maestro Bénédicte-Antoine Moullet de Riveranque—, ningún sistema es estable eternamente. En una escala atómica, digamos, hay sistemas más estables, pero la interferencia de otros elementos puede desestabilizarlos: la crisis puede producirse también por la presión, la temperatura, la gravedad, varios tipos de ondas, el paso del tiempo, etcétera. *Para que los sistemas no se alteren, lo mejor es que no haya interferencias;* los sistemas permanecen estables si no hay combinación, interferencia o acción sobre ellos. Los sistemas son a veces neutros. En otros casos, los grupos de sistemas evolucionan y se convierten en sistemas nuevos, como cuando una molécula de hidrógeno se mezcla con dos de oxígeno. Por ejemplo. O cuando se mezclan tres moléculas de carbono con cinco de hidrógeno con tres de nitrógeno y nueve de oxígeno. En ese caso, el sistema es sumamente inestable. En fin, son cosas que decía Moullet de Riveranque: tampoco hay que darles mayor importancia.

«Me pregunto, Lucille, cómo es posible que el rey Óscar hiciera esa pregunta. Yo diría que todo el mundo sabe por experiencia que el universo es inestable, variable y caótico».

«Tal vez tenía miedo de que se cayera la Luna o de que se apagara el Sol...».

«Pierre-Simon de Laplace aseguraba que el Sistema Solar era intrínsecamente estable, eso dice mi amigo Moullet de Riveranque. Sin embargo, fue él quien anunció que todo había partido de una nebulosa de helio, hidrógeno, amoníaco y metano. Y mi libro asegura que todo acabará

cuando el Sol se hinche como un enfermo, se congestione y se trague a varios planetas antes de convertirse en un escorial estelar. ¿Dirías que eso es estabilidad?».

«A muchos nos basta con que el Sistema Solar sea estable durante algunos años».

«Celeste tenía una cita», dije, abrumado por la pena.

«¿En qué vas a gastar las 2.500 coronas del rey Óscar, Nigel?».

48. El doctor Greenson mató a Marilyn Monroe

Salvo Celeste, que no temía nada en esta vida salvo a los malos músicos, en 1965 todo el mundo tenía miedo a los comunistas, a los rusos, a los húngaros, a los berlineses, a los nazis, a las bombas nucleares, a los japoneses, a los marcianos, a los argelinos —y en concreto a Boumedah *el Argelino*—, al FLN, a la KGB, a la CIA, al Mossad, a la Stasi, a la StB, a las minas olvidadas, a Fidel Castro y, sobre todo, a nuestros propios cerebros.

Para defendernos de nosotros mismos, el siglo xx inventó el psicoanálisis, y así fue como todos supimos que teníamos vicios repugnantes, trastornos irreparables o debilidades mentales irresolubles. Mi pobre Laurine, que también estaba convencida de esto —sobre todo por lo que a mí se refería—, me llevó a la consulta de la doctora Simonette Val, la de los freudianos labios, que pertenecía a la secta de los psicoanalistas. Sin embargo, Celeste decía que aquella falsa ciencia solo se ocupaba de aterrorizar y arruinar a los espíritus débiles, haciéndoles creer que están locos o que son perturbados, o que tienen problemas mentales irreparables y vergonzantes, empujándolos a la desesperación y la locura.

«Y eso fue lo que ocurrió con Marilyn Monroe», me dijo Celeste un día, mientras se pintaba las uñas de los pies, que aquel indeseable Ralph Greenson había conseguido convencer a la actriz de sus desequilibrios y defectos, hasta el punto de destruirla con sus entelequias ponzoñosas. Luego dijo que alguien debería haber colgado a aquel charlatán, por ser el inductor de la muerte de Marilyn Monroe...

«Así que no me vuelvas a hablar de esa doctora Val».

«Bueno, pero hay unas pastillas que...».

49. Persecuciones, asechanzas y temores

Por las leyes del presentimiento, a las cuales se ajustan con infinita precisión las entrañas humanas, me dio un vuelco el estómago.

Al regresar aquella mañana del mercado, donde había tenido mi cuarto o quinto encuentro con la bella princesa Deline en sus latifundios de cerezos, vi cerca de la puerta del hotel a la mujer del reloj, con su traje azul marino ministerial y su aire confiado e implacable; a unos pasos, detrás, estaban aquel Hércules nubio imponente y los dos gendarmes de rigor.

Con su aspecto distinguido y con el reloj jugueteando entre los dedos, me parecía que aquella mujer estaba esperando el momento justo para acercarse a mí y declararme reo sin remisión. Su mando sobre los gendarmes me obligó a deducir que era francesa, y entonces me percaté de su aire decididamente parisino y *garçonne*, que la hacía, seguramente a su pesar, aún más femenina. Con la bolsa de cerezas en la mano, pensé que aquella mujer actuaba como la persona que sabe que la dignidad, el bien, la ley y los horarios están de su parte.

La estuve observando durante algunos minutos: a veces se acercaba a algún cliente del hotel, soñoliento aún en la fresca mañana estival, y le decía algo. Luego bajaba a la acera y llegaba hasta la esquina, y entonces miraba a uno y otro lado, o conversaba con alguno de los gendarmes que estaban a sus órdenes. En alguna ocasión incluso cruzó la doble carretera y llegó hasta el paseo de la Prom, para hablar con algún grupo de ancianos o interrogar a un viandante curioso.

Al ver a Tirpitz *el Asqueroso* medio escondido tras unas macetas del paseo, la mujer se acercó y le exigió que se levantara. Sin embargo, se mantuvo a cierta distancia, como si la pestilencia de aquel ser le resultara insoportable. En presencia de la mujer que tenía el tiempo en sus manos y frente a sus preguntas, Tirpitz se humillaba con su característica vileza y

contestaba con afán nervioso, como quien se siente moral e higiénicamente inferior. De los gestos del asqueroso Tirpitz deduje que no sabía nada de lo que la mujer le preguntaba, aunque a veces señalaba el hotel, y luego la playa, y luego el ir y venir de la gente por la Prom, como si quisiera contentar u ofrecer, a toda costa, una información que desde luego no poseía.

Puede que aquella mujer estuviera buscando a Linton Blint, el Linton Blint que había dejado escapar polillas en St Christopher y había desaparecido misteriosamente junto con su esposa y la tía Mildred. Pero aquel hombre gris, humillado y acabado ya no existía: aquel Linton Blint se había consumido en la humedad musgosa de la vieja ciudad universitaria; se lo habían comido el moho y la niebla aguanosa de Oxfordshire. Gracias al mágico influjo del sol de Niza, la mirada de Celeste y el dinero de la fábrica de tumores, aquel hombre-polilla se había convertido en un hombre moderno de los años sesenta, de nombre escocés: Nigel Balquhidder-Kinloch. ¿Quién podría reconocerme con aquellas fabulosas gafas de sol y ese nombre impronunciable?

Y, por otra parte, nada había que temer: nadie podía culparme de haber abandonado Inglaterra, donde la lluvia y la humedad pudren las piedras y los corazones de sus hijos. Sin embargo, si los Grant habían decidido vaciar la piscina de purines de su granja porcina...

50. Hablemos de Matt Mattison

Le dije a Celeste, mientras se duchaba en mi baño, que los escritores dan mucha importancia al sexo y, sin embargo, apenas comentan en sus novelas otras funciones biológicas de gran relevancia, como la circulación de la sangre o la digestión.

«¿Por qué te interesa tanto lo que digan los escritores, si nunca lees novelas, Nigel?», me gritó desde la ducha.

«Una vez leí una novela de una señora», le dije; «una historia incomprensible sobre una mujer que apagaba las luces durante el *blitz*».

«¿Tú vivías en Londres durante el *blitz*?».

«No. Yo soy escocés. Vivía en... otro lugar».

Celeste había estado todo el día fuera, seguramente visitando a algún anticuario o...

«No», me gritó desde la ducha, «he estado con Matt».

Otra vez.

Había dejado de correr el agua y era evidente que en aquel momento Celeste estaba procediendo a vendarse los pies. No es que no tuviera curiosidad por saber cuál era la razón de aquella extraña costumbre, pero mis habilidades sociales no habían alcanzado el punto de descongelación que se precisa para plantear semejantes preguntas. Y apreciaba demasiado a Celeste como para inmiscuirme en su vida y en su cuerpo.

«Ah, me pareció que me habías dicho que habías nacido en Londres...».

Pude oír el viperino sonido de las tijeras al cortar las vendas y creí imaginar a Celeste con aquella deliciosa sonrisa en los labios, burlándose amablemente de mí al tiempo que pensaba en su nuevo amigo.

«Matt es un joven muy interesante, ¿verdad?», murmuré.

51. Confirmación de la existencia de Dios

Creo que aquella conversación tuvo lugar poco antes del Catorce de Julio, quizá dos o tres días antes, pero la avanzo aquí porque acabo de recordarlo. Celeste estaba tumbada en su cama examinando unos catálogos en los que había descripciones muy interesantes del Bevis, lo cual podría proporcionarle información decisiva para ajustar el precio que su tío estaría dispuesto a desembolsar por aquella joya. El estudio de la astronomía antigua despertaba en ella el deseo extravagante de querer ser la astróloga de algún príncipe o de algún emir oriental. Mientras tanto, se ejercitaba conmigo: «Según tu horóscopo, eres demasiado propenso a soñar despierto, Nigel». Aunque yo no creía ni una palabra de aquellos divertidos embustes, reconozco que me apasionaba que me hiciera horóscopos, augurios y cartas astrales. «Tu casa duodécima hace referencia a tu destino...».

Yo estaba a su lado, deteniéndome en un fragmento particularmente curioso de mi *Astronómica*. Mi admirado Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque, después de dar abundantes y prolijas razones por las que no era *partidario* de los equinoccios —aunque le tenía singular aprecio a los solsticios, mucho más razonables y precisos desde cualquier punto de vista—, se adentraba en un lodazal teológico del que parecía imposible que pudiera salir con bien.

Decía que —tras haber examinado cuidadosamente los aspectos científicos y religiosos del caso— le parecía que el relato bíblico del Génesis se ajustaba con increíble exactitud al relato de los orígenes del mundo que proponían los científicos. Y luego describía versículo a versículo el primer relato de la Creación —no el segundo, que a mi guía universal le parecía «menos científico»—, ajustándolo a lo que él entendía que había sido el proceso de generación universal, tal y como se explicaba en las aulas de las mejores universidades. «Haya luz», decía mi heterodoxo Moullet de

Riveranque, «es tanto como decir: “Big Bang”». En esto se hacía eco de una teoría (de la nucleosíntesis primordial o algo semejante) descrita por un ucraniano o un esloveno (de esto no estaba seguro mi guía astronómico) llamado George Gamow. Moullet de Riveranque se ceñía luego estratégicamente a los «versículos 9 y ss.» del Génesis, en los que se describe la aparición de las aguas y la tierra, la vegetación, los árboles con semillas, el «hervidero de seres vivientes», con los «grandes cetáceos», y luego los reptiles, y luego las aves, y luego los ganados, los animales salvajes, etcétera; y, por fin, el hombre y la mujer. «Es asombroso», concluía el guía astronómico, «que la descripción bíblica se ajuste con tal precisión a los tiempos cosmogónicos y terráqueos: especialmente llamativo es que cuadre su descripción con la sucesión evolutiva que hoy conocemos». Por esto y por otras razones más especiosas, Moullet de Riveranque declaraba en el libro (pág. 256) que *daba por confirmada* la existencia de Dios.

Mientras Celeste comenzaba a dormitar apoyada en mi hombro, después de dejar caer al suelo un lujosísimo catálogo de Christie's, le susurré que la teoría de Moullet de Riveranque me parecía un tanto arriesgada e imprecisa.

«Mmm... Por supuesto que Dios existe, Nigel. Si no existiera Dios, los ingleses no habríais construido San Pablo. Sois demasiado prácticos como para hacer nada sin un objetivo interesado».

Desde luego, resultaba difícil explicar que la sociedad occidental hubiera construido catedrales, desatado guerras, levantado imperios, arrasado ciudades, asesinado y coronado monarcas y emperadores, escrito grandes libros, compuesto bellísimas pinturas o elaborado toda suerte de artefactos y objetos solo en virtud de una fantasía o una imaginación. Aunque, por otro lado, también era muy cierto que los hombres con frecuencia hacían todo tipo de esfuerzos inimaginables por cualquier fantasmagoría.

Mientras Celeste ronroneaba a mi lado, cerré el libro y los ojos, considerando cuánto esfuerzo habían dedicado los grandes ingenios del mundo a un asunto tan poco importante como la existencia de Dios. Celeste lo había resuelto con una facilidad asombrosa poco antes de quedarse dormida.

52. Te llevaré a Samarkanda

Celeste también tenía ensoñaciones exóticas: «Un día te llevaré a ver las pirámides de Egipto. Y luego iremos a Damasco, a Bagdad y a Samarkanda. Si no has estado en Samarkanda, no puedes decir que has vivido».

«¿Tú has estado en Samarkanda, Celeste?».

«No. Iré contigo».

53. Encuentro en Le Chantecler

Patrick, el camarero más diligente y servicial de Le Negresco, se plantó como un edecán del siglo XVIII ante la mesa de Le Chantecler y me presentó, como si fuera su propio hijo, un plato sobrenatural con distintas verduras y hortalizas que él denominó «fantasía» y yo llamaré «ensalada» por ceñirme a la realidad, junto a ligerísimas piezas de pescado y la proverbial *tapenade* nicense.

Apenas había acercado el tenedor a aquel tomate milagroso —aún tenía flor de sal en sus lujuriosos recodos—, cuando levanté la mirada y vi a Matt Mattison, delante de mí, callado y escrutando cada uno de mis movimientos. Ya sabía que había vuelto a citarse con Celeste y que probablemente estaba haciendo tiempo hasta que mi amiga acabara de vendarse los pies o cualquier otro... bueno, no importa.

Matt me miraba desde el otro lado de la mesa, de pie, jugueteando con un pequeño librito gris. Con un leve gesto le indiqué que se sentara a la mesa.

«Estoy esperando a...».

«¿Celeste? Ya. Lo sé. Debería probar la comida de Le Chantecler, créame. Es probable que esté ocupada: la llamó su tío desde Londres y... ¿Qué es eso que tiene en la mano?».

«Es un libro. Una novela. A un hombre se le muere la madre».

«Un tema brillante, sin duda».

«Luego mata a un hombre porque tiene calor», añadió.

Matt evidentemente quería largarse de allí cuanto antes, pero yo tenía otras intenciones. Tampoco quería que Celeste me acusara en ningún caso de haber despachado a su amigo sin darle un poco de conversación.

«¿Le gusta la literatura?».

«¿Le gusta la literatura?» era la pregunta n.º 16 de mi Catálogo General de Temas Propicios para una Conversación Intrascendente, y en esta ocasión no la había planteado de un modo tan circunstancial como en otras ocasiones, cuando ni siquiera había un libro de por medio.

Dada mi incompetencia para las relaciones sociales —una discapacidad que me había acarreado gravísimos perjuicios durante mi vida anterior en Inglaterra—, la doctora Val, de freudianos labios y rodillas francesas, me había aconsejado elaborar un Catálogo General de Temas Propicios para una Conversación Intrascendente. El catálogo se elaboraba en la paz y tranquilidad del domicilio particular, y se memorizaba cuidadosamente, de modo que cuando tuviera que ponerse en práctica no hubiera lugar a la duda o el titubeo. Al igual que los tartamudos no tartamudean cuando cantan o recitan un poema, así los incapacitados para la vida común podemos memorizar los Temas Propicios para una Conversación Intrascendente sin que se note que los tenemos aprendidos de memoria. El catálogo comenzaba con la imperial sugerencia, siempre eficaz, «Diría que estamos teniendo unos días excepcionales» (o sus variantes «unos días espantosos», «unos días muy variables», «unos días muy apacibles», etcétera); la segunda hacía referencia siempre a una característica del lugar donde me encontrara, y siempre en términos elogiosos («Pocas veces he estado en un restaurante donde el servicio sea, precisamente, tan servicial» o «No cabe duda de que este es un selectísimo club» o «Estas ruinas medievales no tienen nada que envidiar a las de Chesterfield»). El Catálogo de Temas Propicios para una Conversación Intrascendente recogía 63 sugerencias conversacionales, y lo elaboré a lo largo de los seis meses de invierno inglés de 1963.

«Bueno, me entretiene...», había empezado a decir Matt.

«¿Qué?».

«Que no me interesa especialmente la literatura. Solo me entretiene».

«Tengo un amigo que piensa lo mismo que usted: que las novelas son para señoras con gato».

«Yo no pienso eso, señor Balquhiddel-Kinloch. Solo digo que me ayudan a pasar el tiempo».

Las anchoas con aceite de Grecia y atún estaban deliciosas. Vaya, así que al joven Matt las novelas le «ayudaban a pasar el tiempo». Yo diría, aunque obviamente no lo comenté en voz alta, que uno tiene que ser muy existencialista para buscar entretenimientos que le «ayuden a pasar el tiempo»... siempre que no fuera el tiempo el que pasa por uno, claro está.

«¿Tiene mucho tiempo libre, Matt? ¿A qué se dedica?».

Entonces, para mi asombro, Matt dejó el libro sobre la mesa e inclinó un poco la cabeza. Por vez primera me miraba con una dureza insolente y feroz, un gesto que no creía posible en aquel joven tan polvoriento y funcionarial.

Permaneció en silencio un buen rato, el tiempo necesario para que yo pudiera acabar con el tomate glorioso que me había aliñado Patrick. Pero al fin, con un tono que se alejaba mucho de aquella timidez que había dejado entrever en otras ocasiones, se inclinó hacia delante y me preguntó con voz siniestra: «¿A qué cree que me dedico, señor Balquhiddler-Kinloch?».

54. Langley, Virginia

«¿A qué cree que me dedico, señor Balquhidder-Kinloch?», me había preguntado Matt con cierta aversión en Le Chantecler.

«¿A leer libros aburridos en los que los personajes lloriquean porque el mundo no tiene propósito ni sentido?», me aventuré a pensar, aunque no me atreví a despegar los labios, naturalmente. Demasiado bien he sabido siempre que me conviene estar callado siempre que sea posible.

Cuando Patrick vino a llevarse mi ensalada, Matt le entregó el libro de Meursault. El camarero lo miró con gesto despectivo y depositó cuidadosamente el libro en un plato con raspas de pescado que traía de otra mesa. No tenía la menor importancia: seguro que a Meursault le habría traído sin cuidado el destino del relato de su vida. Ese es el resultado de la indiferencia: los demás suelen estar de acuerdo.

A Matt no le hizo ninguna gracia mi silencio.

«Me ocupo de que no se apaguen *las estrellas*, señor Balquhidder-Kinloch».

«Oh, claro...», admití, sin tener ni la más remota idea del asunto al que podía estar refiriéndose el joven Matt.

«Desde luego», dijo entre dientes.

Supongo que mi habitual gesto de estolidez se vio acrecentado por el temor y por la seguridad de estar asistiendo a una escena de la que no comprendía ni una palabra, como en aquella ocasión en la que mi Laurine quiso asistir a una representación en un teatro chino en la que los... bueno, eso bah.

Entonces, cuando nos quedamos solos, Matt se llevó la mano derecha al bolsillo interior de su americana y sacó una especie de cartera, negra, levemente abultada. (Reconozco que pensé que tal vez se había sentido ofendido y quería demostrarme que tenía dinero suficiente y que podría

pagarse un almuerzo en Le Chantecler o en cualquier otro restaurante de Niza, e incluso de Montecarlo). Sin embargo, cuando decidió abrirla brevemente, pude ver su nombre en un papel azul, su permiso de conducir americano, y un carné de biblioteca, de la ciudad de Langley, Virginia.

«Vaya... Langley, Virginia», murmuré.

«Sí».

55. Amanecer 2

¿Dónde estaría Celeste?

Aquella mañana, en el periódico, hablaban de una ceremonia que se había celebrado en una de las muchas e imponentes salas zaristas del Kremlin, donde Leónidas Brézhnev había saludado, abrazado y besado a un hombre llamado Alexéi Leónov y —un poco menos efusivamente— al camarada Pável Belyayev. A ambos les había impuesto varias medallas; además, se les había concedido el título de Héroe de la Unión Soviética.

Pocos meses antes, en marzo, aquellos rusos de aspecto amigable habían sido lanzados a la estratosfera en una especie de lata de sardinas que apestaba a queroseno con la idea de que uno de ellos experimentara la extravagancia de dar «un paseo entre las estrellas». La simple idea de estar encerrado en aquella claustrofóbica nave me resultaba más aterradora que la inconsciencia de querer flotar en el espacio.

El periodista —un vanidoso Kristoff Scyzny— decía estar «jugándose la vida» por contar aquella historia: firmaba su crónica en Praga y aseguraba que los soviéticos no querían que se conocieran los extraordinarios detalles de aquella misión, precisamente porque no había sido tan heroica como aseguraban los medios rusos. El cronista incluía una fotografía del gran héroe, Alexéi Leónov. Si no fuera por aquella inmensa gorra de plato y su atuendo militar, con la pechera repleta de medallas y condecoraciones, cualquiera podría haber confundido a aquel hombre tan afable y tan poco soviético con un amable propietario de una tienda de ultramarinos o, quizá, con un cajero de banco en una sucursal de provincias (rusas).

Según el periodista, que confería a su narración un cierto tono homérico, la Vosjod 2 (que significa «amanecer», precisaba el cronista) despegó del cosmódromo soviético de Baikonur quemando queroseno y lox en cantidades fabulosas hasta alcanzar el espacio sideral, y entonces comenzó a orbitar la

Tierra, una vez tras otra, cada noventa minutos. «Era el momento de cumplir la misión encomendada», decía el periodista, y a los jefes del programa espacial ruso no se les había ocurrido otra idea que señalar como objetivo ineludible estar diez minutos fuera de la nave. ¿Para qué? Para nada: bastaba con estar diez minutos fuera de la cápsula espacial, simplemente porque eso era algo que aún no habían hecho los americanos. El cronista citaba a un tal Serguéi Koroliov sin mucha simpatía.

La nave era muy pequeña para poder incluir en ella la imprescindible cámara de despresurización, así que los ingenieros habían añadido en un lateral una especie de cilindro de lona que se desplegaba ya en el espacio exterior, para que el astronauta pudiera eliminar todo el nitrógeno de su sangre y llevar a cabo los preparativos del paseo espacial.

El astronauta Leónov, con su cara de dependiente de ultramarinos, estuvo algo más de diez minutos flotando como un globo en el espacio, girando vertiginosamente alrededor de la Tierra, unido a aquella especie de lata con remaches por un frágil par de correas.

Semejante locura apenas había durado diez o doce minutos y, por razones que el periodista no explicaba, su traje de astronauta había empezado a hincharse de un modo tal que al pobre Leónov casi le resultaba imposible moverse en su interior; cuando, aterrado, oyó la impertérrita voz metálica de su compañero, advirtiéndole que si no entraba de inmediato, tendría que abandonarlo en el espacio, intentó por todos los medios meterse en la esclusa de despresurización, pero el traje se había inflado tanto que ya no podía entrar por la escotilla. Desesperado y con la sangre a punto de hervir, consiguió meter las piernas, pero se quedó atascado. Su compañero —eso decía el cronista— comenzó el procedimiento para desprenderse de Leónov, que, aterrorizado ante la perspectiva de una lentísima muerte flotando entre las estrellas, había empezado a recalentarse; su sangre habría comenzado a hervir si no hubiera tenido la habilidad de abrir una válvula que le permitió deshincharse lo suficiente como para poder entrar en la cámara de despresurización: todo, a cambio de quedarse sin oxígeno para respirar. En un último y desesperado intento, Leónov metió la cabeza en la escotilla y, con mucho esfuerzo, consiguió entrar y girarse lo suficiente para cerrarla.

El periodista dijo que la transmisión de televisión se había interrumpido en aquel momento y que en la radio empezaron a programar ininterrumpidamente el *Réquiem* de Mozart.

«El terror de los espacios siderales aún no había concluido», apuntaba el cronista, recreándose en la mala suerte del tendero ruso y su cruel ayudante. Se acercaba el momento de regresar, pero el sistema automático de reentrada no respondía y los niveles de oxígeno casi puro se dispararon hasta el cincuenta por ciento: ¡una mínima chispa o una luz demasiado caliente y toda la nave volaría por los aires! Se desprendieron de la esclusa hinchable y el impulso provocó que la nave empezara a girar descontroladamente: entraron como una bola de fuego en la atmósfera, y entonces se percataron de que el módulo orbital tampoco se había desconectado. Cuando, casi milagrosamente, consiguieron estabilizarse en una zona segura, dispararon los paracaídas y los retrocohetes... ¡Por fin en casa! Sin embargo, al haber tenido que reingresar de modo manual, con giros incontrolables y con el lastre del módulo orbital, el lugar del aterrizaje ya no iba a ser el previsto: Perm, cerca de los Urales. La nave se desvió quinientos kilómetros y se estrelló en los bosques de Siberia, a cierta distancia de un lugar llamado Solikamsk. Apenas pudieron abrir la escotilla, descubrieron que la nieve les llegaba hasta el pecho y que las temperaturas rondaban los 30 grados bajo cero. Tuvieron que desnudarse para que el sudor no se congelara, y se abrigaron con las lonas de los paracaídas. Nadie en el cosmódromo ni en Moscú sabía dónde habían caído; sin embargo, la señal de radio sí llegó a Berlín y a otros lugares. Al poco, «mientras aullaban los lobos de Siberia a su alrededor», llegaron equipos de rescate con esquís y trineos...

¿Dónde estaría Celeste?

Sin Celeste, mi vida era como la de Leónov: solo, aterrorizado en el espacio exterior, sometido a todos los imponderables, abandonado en el bosque helado y rodeado de lobos.

56. Las horas contadas

Tal y como ya he advertido, nunca fui lo suficientemente despierto como para percatarme de lo que ocurre en realidad a mi alrededor. No niego —aunque esto no rebaja ni disculpa mi estupidez— que había percibido algunos indicios extraños, como la extravagante vida de mi amiga Ø y sus aterradores sirvientes, las singulares desapariciones de Celeste, la persistente presencia de Matt Mattison (Langley, Virginia) en el hotel, la devastadora criminalidad atribuida a Boumedah *el Argelino*, las inquietantes apariciones de la hermana loca del príncipe de Mónaco, o la simpatía del coronel Du Picq y su tendencia a ver platillos volantes en contextos bélicos...

Aquella mañana me sobresaltaron unos fuertes golpes en la puerta de la habitación. De repente creí estar en mi biblioteca de Inglaterra, con mis insectos y mis larvas, y que los golpes se debían al amable modo como me despertaba siempre mi Laurine... Aún aterrorizado, sonó el teléfono de la mesita de noche, y cuando con dificultad pude aplicar mi oído al auricular, oí a Violette, que me decía con voz aterrorizada que había alguien... que había subido alguien... porque alguien quería... Alguien seguía aporreando la puerta de un modo inmisericorde, y al levantarme cayó al suelo mi *Astronómica*, que —eso parecía— había pasado la noche conmigo abierta por la página 322.

«*Monsieur Balquhiddler-Kinloch, ouvrez la porte, s'il vous plaît. Vous avez deux minutes, monsieur Balquhiddler-Kinloch...*», exclamó una implacable voz de hombre.

A duras penas conseguí ponerme el albornoz de la playa, al revés, y corrí a abrir la puerta antes de que la derribaran. Naturalmente, esperaba encontrarme de frente a Samuel Buckheader, el sabueso miope de Oxford, rodeado de agentes de la gendarmería, de los suspicaces oficiales de aduanas o de...

«*Bonjour, monsieur*», dijo el hombre de traje funcional que tenía delante y cuya fenomenal envergadura africana ocupaba prácticamente todo el vano de la puerta, impidiéndome ver de quién se hacía acompañar.

Me apartó con suavidad pero con firmeza y se adentró con cautela en la habitación. Descorrió las cortinas y tras él entraron dos miembros de la gendarmería y un camarero con mi desayuno doble de todos los días. Finalmente, tranquila y serena, entró la mujer del reloj, jugueteando con su amenazador cronógrafo, ataviada con su preceptivo traje azul, tan masculinamente femenino, pero tan funcional y tan ministerial como el de su compañero. El grupo ocupó el centro de la *suite*; unos y otros, salvo el camarero, que dejó la bandeja y salió con muda discreción francesa de la estancia, observaron cuidadosamente todos los rincones de la habitación, aunque a distancia.

«¿Qué tal lo está pasando en Niza, señor Balquhiddler-Kinloch?», dijo la mujer, con un levísimo acento francés.

Tenía aproximadamente mi edad, quizá un año más o dos menos, y, observada más de cerca, una belleza parisina fascinante. Sus ademanes eran elegantes y tranquilos, pero el reloj que hacía oscilar lentamente junto a su cadera anunciaba que el tiempo estaba en sus manos, que podía dominarlo a su gusto, y que los segundos, los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses, incluso los años y los siglos se plegarían a sus designios.

«Bueno, yo...».

El hombre que la acompañaba hizo una indicación a los dos gendarmes y los tres comenzaron a registrar a fondo mi habitación, rebuscando entre los discos de Celeste, entre las revistas, en mi ejemplar de Thompson, en los cajones, en el armario, en los bolsillos de mis trajes, en mi cartera... El hombre dobló su poderosa columna vertebral y se inclinó para recoger del suelo mi *Astronómica*; pareció detenerse en alguno de los muchos párrafos que yo había subrayado.

«*La mort des étoiles...*», dijo mirando a la que obviamente era su superior, y los dos gendarmes se volvieron como si aquel epígrafe de mi *Astronomía* tuviera la virtud de aterrorizar a quien pudiera oírlo.

«¿Le interesa la astronomía, señor Balquhiddler-Kinloch?», dijo la mujer del reloj, sentándose a la mesa y comenzando a untar mantequilla en una tostada.

«No, bueno, yo...».

El hombre se acercó a su jefa con mi manual de astronomía en la mano, y le mostró claramente el epígrafe donde se explicaba cómo las estrellas colapsan sobre sí mismas, convirtiéndose en estrellas de neutrones, en enanas blancas con nebulosas planetarias, en supernovas, en estallidos de rayos gamma, en agujeros negros, en enanas marrones, en estrellas negras...

«¿No le gustaba el Hôtel Soleil Méditerranéen, señor Balquhiddler-Kinloch?».

«No, sí, bueno... yo...».

No podía dejar de observar la cadena dorada que había quedado pendiente del bolsillo de su falda cuando guardó el reloj.

Aquella mujer se giró para verme aterrorizado en mitad de la habitación, con el albornoz al revés, y dejó la tostada con mantequilla y mermelada de fresa a dos centímetros de sus labios mientras me observaba con una mirada azul que podría perforar cualquier vehículo acorazado.

«¿Sabe hablar usted, señor Balquhiddler-Kinloch?», dijo, y mordió la tostada con pulcritud versallesca. Luego dejó el resto sobre el plato y se acercó para colocar su nariz a escasos centímetros de la mía. Su perfume de violetas y moras me resultó cautivador y temí no ser capaz de concentrar mi débil cerebro hasta el punto de poder contestar a sus preguntas.

«¿A qué se dedica, señor Balquhiddler-Kinloch?».

«Yo... soy... trabajo para una empresa que fabrica cápsulas de despresurización».

«Oh, ¿para submarinistas?».

«La presurización es muy import...».

«¿De qué conoce a Matt Mattison?».

«Lo conocí en...».

«¿Y a Kira Kerashimova?».

«No sé quién...».

«¿Y a John Brainbridge?».

«Es un...».

«¿Qué fue a hacer a Grasse?».

«Fui con Celeste...».

«¿Quién es Celeste?».

«Celeste Levv... es... tiene los pies vendados...».

La mujer hizo un gesto con la mano, como si intentara librarse de algunas telarañas, y se dio por vencida.

«Tómese el té ya, o se le quedará frío, señor Balquhidder-Kinloch», dijo. Volvió a sacar el diminuto reloj de su bolsillo y, con un gesto, indicó a sus colaboradores que salieran de la habitación. Finalmente, ella misma avanzó en dirección a la puerta. Pero, antes de salir, dio media vuelta y de nuevo perforó mi cráneo con su mirada azul. El reloj parecía disfrutar jugueteando y saltando entre sus dedos, más amenazador que nunca. «Me llamo Agnes Du y trabajo para una pequeña empresa llamada SDECE, señor. Permítame decirle que tiene usted amistades muy curiosas, *monsieur* Balquhidder-Kinloch. Y que no me gusta *n a d a* que se interese por la muerte de las estrellas, *monsieur* Balquhidder-Kinloch».

57. *My fair lady*

Celeste parloteaba a mi lado, en la penumbra, y en voz baja me aseguró que había pasado buena parte de la tarde haciendo cálculos matemáticos y realizando las deducciones oportunas. Me dijo que había comprado un libro de numerología —para progresar en su ciencia astrológica— y había descubierto que su número era el 24 y el mío el 29. Esa exactitud se debía a una misteriosa relación entre letras y números. Al llevar a cabo con minuciosa minuciosidad las operaciones correspondientes (que no eran más que simples sumas, en realidad) a ella le correspondía el número 6. «Soy la personalidad dual, la tentación y el exceso», dijo.

«Eso podría habértelo dicho yo».

«Mmm... Dice el libro que tengo un “carácter raro”».

«Tienes un carácter perfecto, Celeste».

Según sus cálculos, yo era el número 2, que resultaba de la simpleza de sumar $2+9 = 11$, y de aquí $1+1 = 2$. Francamente, aunque Celeste le daba al asunto una pátina de misterio, a mí me parecía una niñería.

«Tu número es el de la belleza, la percepción y el conocimiento».

«¿Estás segura?».

Cuando se apagaron las luces, me di cuenta de que Celeste seguramente había hecho los cálculos con el nombre «Nigel», cuando en realidad mi nombre era Linton. No sé si la ciencia de la numerología tendrá en cuenta estos detalles.

Entonces, confiados en el silencio y la oscuridad que nos rodeaba, asistimos al comienzo de una encantadora melodía que invadió la sala de cine. Como por arte de magia, casi con un arrebató de perfumes, la pantalla se llenó de rosas, dalias, margaritas, claveles, crisantemos, anémonas, hortensias, peonías, jacintos, lirios... Celeste y yo nos vimos envueltos de nuevo en las fragancias de Grasse. Casi de inmediato, me sobresalté al

encontrarme de repente en Covent Garden: esos aburridos señores de los palacios y las universidades salían de la ópera y se burlaban del modo de hablar de los recaderos del mercado, de los hortelanos que ofrecían sus mercancías y de la pobre florista... «¡Oh, ese profesor Higgins!», pensé. Luego, la florista y sus amigos del mercado interpretaban una divertida canción, en la que imaginaban que viajaban a Capri o a Biarritz; la muchacha decía que solo quería tener un gran sillón donde no hacer nada, carbón para no pasar frío y mucho chocolate. ¡Decía que no haría nada en absoluto hasta que viera por la ventana cómo llegaba la primavera! ¡Eso sí que era divertido! Y luego se preguntaba, con una espantosa pronunciación, si eso no sería maravilloso. Sus amigos la despedían como a una princesa, mientras ella se alejaba melancólicamente en el carro de la basura...

Era una película deliciosa... Sin embargo, en mi cabeza solo borboteaba la imagen de una mina a punto de estallar. Todo lo que me estaba ocurriendo amenazaba con derrumbarse sobre mi cabeza y —eso sí que me estremecía— sobre la de mi querida Celeste. Sin embargo, por mi estupidez intrínseca, era incapaz de averiguar qué estaba sucediendo: si confiaba mis temores a Celeste, ella sabría qué hacer...

«Algo no va bien, Celeste», le dije un poco después, mientras la florista imaginaba que podría llegar a tener tanto poder que estaría en disposición de ordenar el fusilamiento del arrogante profesor Higgins.

«No te preocupes, Nigel. Es un musical: seguro que acaba bien».

58. Podría haber estado bailando toda la noche

Como los escenarios de la película me obligaban a recordar el mundo que había dejado al otro lado del Canal, mis pensamientos con frecuencia se tornaban oscuros y melancólicos. Sin embargo, Celeste se había divertido mucho y salió del cine tarareando las canciones más pegadizas.

Las tabernas de la vieja Niza, además, rebosaban alegría aquella noche, o eso nos parecía. Celeste y yo nos miramos sin decir nada, aunque los dos pensamos que seguramente los mesoneros de Niza habían estado aderezando sus bodegas con sustancias propicias para que todos sus clientes se entregaran a semejante algarabía.

Después de cenar, Celeste quiso ver Niza desde las terrazas de la Colline du Château, donde antaño hubo una fabulosa fortaleza, cuyas ruinas tienen hoy el sencillo nombre de Ancien Château, y donde crecen los pinos y las flores en parterres, refrescando las calurosas tardes estivales de la ciudad. La subida es incómoda, y en aquella época no había mucha iluminación en el parque, pero dejamos que los ojos se acostumbraran a la sepulcral luz de una luna grande —y más propia de un decorado cinematográfico que de una verdadera noche de verano—, y así pudimos subir hasta uno de los miradores del parque. Desde allí, en el silencio, aún se podía oír el bullicio de la *vieille ville*, y entre las luces amarillas se adivinaba el humo de las parrillas de pescado y verduras; más allá estaba el pequeño puerto, y luego comenzaba la fabulosa Prom des Anglais, con su interminable guirnalda de luces amarillas: el paseo estaba poblado por mil hormigas que deambulaban sin más oficio que disfrutar del murmullo del mar nocturno, de la alegre brisa salada y tal vez de algún helado italiano. Destacaba en el *boulevard* el magnífico Negresco, con su especialísima cúpula rosada, iluminando con su elegancia la Promenade.

Celeste y yo nos apoyamos en uno de los miradores y observamos con placer —como se supone que hacen los dioses— el mundo a nuestros pies. De repente, como si una ráfaga de brisa fría hubiera conspirado a mi favor, mi amiga se enlazó a mi brazo y empezó a tararear a medias una de las canciones que la florista Lizzie Doolittle interpretaba para aprender a pronunciar correctamente... ¡Era difícil cantar semejante retahíla de trabalenguas! Celeste se reía a hurtadillas cada vez que cantaba aquel absurdo galimatías geográfico atmosférico. ¿A quién se le puede ocurrir que en España llueva con preferencia en la llanura? ¿Y por qué? Y después intentaba pronunciar Hartford, Hereford y Hampshire, «donde apenas hay huracanes...». La risa de Celeste era maravillosa: por alguna razón, le encantaba aquel humor basado en la pronunciación de palabras sin coherencia lógica. El único que no sabía que en España debe de hacer un calor abrasador y que suelen sufrir espantosas sequías era el profesor Higgins.

Pero luego interpretaba muy bien aquella parte de la película en la que la joven florista amenazaba con una terrible venganza al profesor ‘enry ‘iggins: ¡ja!, entonces pediría perdón, pero sería demasiado tarde...

Me resultaba asombroso comprobar que Celeste era capaz de recordar músicas y canciones tras haberlas escuchado solo una vez, y en esta ocasión, de tararear, como una duquesa, el vals de la fiesta de la embajada. Con sus suaves y provocadores invitaciones con la cadera, mi adorada Celeste consiguió su propósito y comenzamos a bailar lentamente.

«Esta mañana te vi hablando con el profesor John Brainbridge», dijo de repente, sin dejar de bailar.

Celeste no se había equivocado: efectivamente me topé con el profesor Brainbridge y su esposa cuando iba a mi cita matutina con la princesa Deline y las cerezas. Me saludó muy amablemente, y me presentó a sus dos hijas, a su yerno y a sus dos nietos y...

«¿Qué? ¿El profesor Brainbridge?», pregunté, sorprendido por el giro en la conversación. «¡Ah, sí...! Es muy amab...».

«Nigel, ¿tú sabes quién es John Brainbridge?».

«Bueno, Celeste... Tú misma me lo presentaste... Es un científico americano muy importante de... de... ¿no trabajaba con el señor Von Braun o...?».

Celeste me observó con gesto severo —o debería decir ártico—, pero enseguida comenzaron a brillar en sus ojos los fulgores de la luna llena estival y me dedicó una de aquellas sonrisas que me habrían vuelto loco de amor... si yo hubiera tenido tal disposición o mi alma no fuera un páramo yermo y seco.

Mientras canturreaba, Celeste me aseguró que, al igual que la joven Doolittle, ella podría haber estado bailando toda la noche y no habría tenido bastante... Pero eso son exageraciones líricas, así que me dio un beso y emprendimos el camino de regreso al hotel.

Por el camino, siguió insistiendo en las efusiones líricas de la película, y me aseguró con aire dramático que podría haber extendido sus alas y haber hecho mil cosas que nunca había imaginado; me dijo que no sabía qué le había resultado tan emocionante y por qué su corazón había emprendido el vuelo cuando yo empecé a bailar con ella, y que podría haber estado bailando, bailando, bailando toda la noche...

Al menos, eso era lo que decía la canción.

59. El fabuloso sonido de The Shadows: *Chattanooga Choo Choo*

El sábado 26 de junio de 1965 pasará a los anales de la Historia como el día en que Celeste bailó aquella canción de The Shadows en la *rotonde* del hotel Negresco de Niza. Es probable que otras personas, al recordar aquellos años, se acuerden de las tensiones nucleares entre Estados Unidos y la Unión Soviética, o de las revoluciones chinas, o de las masacres de Vietnam, o de Cassius Clay, o de Julie Andrews haciendo de mágica niñera, pero las personas cultivadas y con sentido del arte solo tendrán en mente a Celeste bailando aquella canción de The Shadows.

«Su novia es muy atractiva, señor Baquhinloch», me dijo Violette, ofreciéndome un elegantísimo martini con vodka perfumado con naranja.

«No es mi novia».

«Por supuesto, señor Balkenloch», dijo la camarera con los ojos grises más hermosos del hemisferio boreal mientras se alejaba sonriendo y haciendo gala de su habilidad para avanzar entre los invitados con una bandeja y, sin embargo, enamorar a buena parte de las damas que se habían dado cita en el Negresco.

Aquel día se celebraba, como cualquiera que haya conocido un poco de mundo habrá imaginado, la tradicional fiesta estival, y el hotel Le Negresco de Niza ofrecía a sus clientes e invitados una velada singular y especialísima. Muchos políticos de la Santa Asamblea de París habían abandonado la capital en cuanto empezaron los primeros calores y habían llegado como bandadas de cuervos a la Riviera. Se les reconocía por su alegre envaramiento, y porque continuamente decían: «Esto no lo hay en París», y se referían al clima, a la comida, a los hoteles y, sobre todo, a las jóvenes veraneantes que imitaban y en ocasiones superaban sin mucha dificultad la belleza *chic* y *ye-ye* de Françoise Hardy o de BB. Las chicas se habían empeñado en ser

modelos de Courrèges y Quant, y en Niza la *miniskirt* era tan común como en el Soho de Londres o París. En las fiestas del Negresco se reunían los jóvenes *it-boys* que habían conseguido hacerse ricos con el rock'n'roll, el twist, el beat, el surf, el blues, el motown y la industria de los discos: todos eran guapos, lucían peinados *mop-top*, corbatas negras estrechas, trajes Douglas Millings y botas Chelsea, y sentían la emoción consciente de estar cambiando el mundo para siempre. Lo que más me agradaba de aquellos jóvenes era que encarnaban la pasión por la vida de la que hablaba mi amigo Doug; mi amigo decía que esos jóvenes eran la respuesta a «los cenizos existencialistas, deprimentes representantes de una amargura vieja, polvorienta y reaccionaria, enterradores de la alegría y plañideras de un mundo agostado, etcétera». Desde el norte de Italia solían llegar los acaudalados empresarios de Milán, con sus amantes y los novios de sus amantes, disfrutando de una colaboración sexual que a todo el mundo le resultaba apasionante. Por lo que yo vi, solían viajar de ciudad en ciudad y de hotel en hotel, desde San Remo, y luego visitaban Roquebrune, Montecarlo, Niza, Antibes, Cannes, Saint-Raphaël, Sainte-Maxime y Saint-Tropez, gastando mucho dinero y gritando por las calles: a los franceses les parecía que los italianos estaban siempre enfadados, pero ellos son así y, por su parte, piensan que los franceses son tan callados porque nunca tienen nada importante que decir. El lujo del hotel echaba de menos a los grandes nobles de Rusia y del Imperio austrohúngaro, a las damiselas de rostros marmóreos y ojos mortecinos, y a los grandes bigotes de otra época, pero en aquellos años todo lo que guardara alguna relación con las desconocidas tundras que se extendían más allá de Berlín y Viena resultaba aterrador. Los rojos estaban empeñados en hacernos saber cuánto trabajaban y cómo la solidaridad del comunismo obrero se expandía por el mundo al tiempo que proporcionaba felicidad y enormes dosis de grandilocuencia militar a sus ciudadanos. En los periódicos franceses decían que «la colorida alegría de estos años sesenta es un truco capitalista para mostrar a los comunistas lo que se están perdiendo por su afición a las aburridas canciones de Alexéi Stajánov».

El reparto de aquella escena se completaba con varias escandinavas acaudaladas de pelo pajizo que miraban de reojo a los muchachos provincianos y morenos de Niza, ingleses de cuello de pavo enrojecidos

como gambas tras una jornada completa tomando el sol en las tumbonas de los hoteles de lujo, americanos a los que se les caían los dólares cuando salían del taxi y de las *boîtes de nuit*, autoridades nicenses orgullosas de su brillante y deslumbrante Côte d'Azur... También había algún pueblerino español, seguramente de los que habían conseguido ahorrar algún dinero al calor de las pequeñas corruptelas africanas que se daban en ese país polvoriento y ajado al que nadie quería ir y por el que nadie sentía la menor conmiseración ni el menor interés.

Los establecimientos hoteleros de Niza se esforzaban en proporcionar a los veraneantes las mayores satisfacciones y, desde luego, la señora Augier nunca se quedó atrás. Había contratado a una orquesta de seis jóvenes entregados a la interpretación de canciones modernas, con guitarras eléctricas, que conseguían una notable reverberación en la caja torácica de los asistentes; de pronto, uno de ellos anunció el *Chattanooga Choo Choo* «al estilo de los Shadows». La *rotonde* se quedó medio paralizada porque nadie sabía exactamente cómo bailar aquella canción, y poco a poco se fueron dispersando hasta que quedó sola, en medio de la *rotonde*, una joven preciosa, ataviada con un vestido blanco vertiginosamente corto y vaporoso, que estaba lanzando dardos envenenados de amor a todos los presentes. Celeste, con sus «gafas de sol de noche» —una costumbre estafalaria de aquella época—, se mecía en mitad de la sala con una elegante sensualidad, evitando las convulsiones típicas de aquellos años, y concentrándose en los suaves movimientos de sus caderas y sus manos. Levanté mi cóctel hacia ella, consciente de que me observaba tras aquellos cristales oscuros, y brindé por mi amiga, por su belleza y por su eterna felicidad.

El susurrante acento nórdico de Lucille Øorund serpenteó entonces en mi oído, al tiempo que su cálido antebrazo se enlazaba en la manga derecha de mi chaqué estival, asegurándose de que mi brazo sentía la cárnica calidez de su pecho. Un paso por detrás se encontraba uno de los Gloriosos Soldados de Goristsikhe, que fue despedido sin contemplaciones. Y, francamente, no me pareció que se sintiera humillado: es posible que se sintiera más cómodo e importante vigilando el despampanante Thunderbird rojo de Lucille. Una vez que el turco (o quizá armenio o georgiano) fue reducido a su misión biológica de chófer, mi amiga consiguió milagrosamente acercarse aún más a mí.

«No puedes negar que estás perdidamente enamorado», me dijo, sin apartar la mirada de Celeste.

«El amor es una opinión personal, querida».

«Oh, naturalmente. Pero en mi opinión personal, estás perdidamente enamorado de esa joven».

Cuando el fabuloso sonido de *The Shadows* concluyó, sus reverberaciones quedaron flotando en la *rotonde* del Negresco, y los jóvenes más audaces se acercaron a Celeste. Un enjambre de variaciones físicas de Paul McCartney rodeó a mi amiga y, tras ellos, se desató la furia de un avispero de muchachas *twiggy*.

Una joven se unió entonces a los músicos y se empeñó en cantar *Sealed with a kiss*. Le prometía a su novio que, cuando acabara el verano, le enviaría su amor ¡todos los días! en una carta sellada con un beso. Lucille y yo apostamos que, a juzgar por sus exagerados lamentos, aquel amor de verano no resistiría los fríos de diciembre, y decidimos salir a la terraza y disfrutar de la perfumada noche nicense.

«En realidad, querido Nigel, siempre he creído que es un error enamorarse en verano. Aunque, en este caso, te comprendo: esa joven es una preciosidad. Me gusta que mis amantes tengan buen gusto».

A pesar de lo que decía mi amiga Lucille, creo que Celeste estaba muy lejos de tenerme en consideración amorosa. Por fortuna, y a pesar de haber mantenido algunas relaciones formalmente serias, como la que me vinculó a «la chica de las colonias» (antes de que decidiera volver a su país de pantanos, caimanes y búfalos), y a mi pobre Laurine, yo nunca fui capaz de amar a nadie realmente, lo cual me proporcionaba una gran tranquilidad: ver las angustias que sufrían los enamorados en los poemas, en las canciones o en el cine me causaba espanto. Y Lucille me gustaba porque tenía una percepción del amor parecida a la mía: solía decir que el amor era como los unicornios, las hadas y las auroras boreales; y aunque yo no estaba muy seguro de cuáles eran las relaciones metafóricas que debía establecer al respecto, me parecía evidente que no consideraba la pasión amorosa como un hecho científicamente objetivo, sino un trastorno químico pasajero.

«Celeste jamás se enamoraría de un hombre como yo, afortunadamente», le dije a mi amiga Ø, y, al volverme, vi que una bandada de jóvenes se desplumaba bailando un furioso *twist* alrededor de Celeste.

Ver a los jóvenes disfrutar así de la vida resultaba muy emocionante. Mi amigo Doug, que tantas cosas me enseñó en el *Laeti Mustelae*, decía que en los últimos años —«y para alivio de la civilización occidental»— se empezaba a desmoronar el gran caserón familiar levantado tras la guerra con la bendición de las mitologías clericales; y lo mejor era que las grietas de sus muros eran la consecuencia de la acción de flores rebeldes, hiedras verdes, musgos frescos y otras malas hierbas. Era de esperar otra reacción «desde los cuarteles, los púlpitos, los colegios privados, las sacristías con olor a orines y esperma agrio, los periódicos moralistas, los novelistas deprimidos y otras instituciones armadas», me explicaba Doug con su habitual sensibilidad lírica, pero mientras aquella algarabía de minifaldas y guitarras eléctricas no se detuviera, la Humanidad podría al menos respirar un poco de aire fresco.

«¿Qué defecto tienes tú para que esa muchacha no pueda quererte, Nigel?».

«Me pregunto dónde se esconderá *Dix-huitième* cuando se organizan estas fiestas», murmuré.

60. Le Negresco

Las perversiones, las amantes, las deudas y el detestable clima que tenemos en Inglaterra eran las razones por las que muchos británicos en el siglo XIX decidían pasar el invierno en las villas y palacetes que fueron construyendo frente a la bahía. Los nizardos, siempre burlones y mediterráneos, empezaron a utilizar el nombre de «*promenade des anglais*» para referirse a aquel lugar alejado del pueblo por el que solo paseaban los estrafalarios ingleses. Pero el caso es que fueron los ingleses quienes construyeron muchas de las hermosas villas de estilo italiano y provenzal que hay en esa parte de la bahía (la mayoría con la entrada por la calle interior, como era preceptivo), y los alcaldes de Niza se vieron obligados a regular la construcción de las edificaciones. De aquellas villas queda poco o nada: se levantaron *palais* y *hôtels* de lujo al comenzar el siglo, cuando se empezó a considerar que el mar era un lugar amable, y no un abismo aterrador poblado de monstruos. A uno y otro lado del fabuloso Negresco estaban el Palais de la Méditerranée, la Mascotte, el novedoso Savoy de Aubert, el Palais Fiora, Le Royal y otros muchos edificios elegantes y sofisticados, tanto modernos como antiguos. También había algunos abandonados, recuerdos marchitos de la Belle Époque y los alegres años veinte. La Prom (como decían los jóvenes) no solo había conseguido desterrar las maliciosas bromas de las pescaderas de Niza, sino que se había convertido en el orgullo de los nizardos: un lugar donde se concentraban todos los entretenimientos y diversiones del mundo moderno. La Prom era elegante como una ópera, panorámica como una película en Technicolor, picante como un cabaret, chismosa como un café, refrescante como un baño matinal, deportiva y sensual como una camarera con patines, nerviosa como la risa de una novia y alegremente ingenua como una cita adolescente.

Y entre todos los edificios de la Niza elegante, Le Negresco se llevaba todas las admiraciones y los elogios veraniegos. Los jóvenes —jóvenes como Celeste, no viejos como yo— resplandecían en el lujo aristocrático del establecimiento del matrimonio Augier. El Negresco —«el de las rosadas cúpulas», según un poeta local— parecía haberse cansado de su galería de antigüedades clasicistas y barrocas, y los dueños insistían en que se compraran obras de arte moderno para la colección permanente. Al parecer, también tenían intención de reformar algunas habitaciones para darle un aire más contemporáneo, si es que no lo habían hecho ya. (De todos modos, Celeste decía que el Negresco siempre tendría ese aire de antigualla decimonónica que atraía sin remedio a todas las polillas polvorientas). Henri Negrescu, el *maître* de hotel más famoso de la época, contrató al arquitecto Niermans para que levantara frente al mar de Niza su propio templo de lujo y distinción. Édouard-Jean Niermans lo sabía todo acerca del esplendor, la elegancia y el vicio: había construido el Hôtel du Palais de Biarritz («un día llevaré a Celeste a Biarritz», pensó) y el Moulin-Rouge de París, el Royal-Palace de Ostende, el Hôtel Savoy en Fontainebleau, el Casino de París, el Folies Bergère y otros templos de *les doux plaisirs*. (La suposición de que la cúpula rosa fuera una réplica del pecho de la amante del primer propietario no hacía sino estimular las lujuriosas fantasías de los clientes). Los reyes, princesas, duques, condesas, políticos, industriales y prostitutas del mundo jamás serían capaces de imaginar los refinados placeres que Niermans, Paul Dumas y otros artistas habían preparado para ellos en las habitaciones y *suites* del hotel... digamos, ¡colchas de visón en invierno!

En aquel preciso instante Celeste bailaba sobre un gélido y suave mármol de Carrara y brillaba bajo la *verrière* y la sobrenatural lámpara de 16.800 cristales de Baccarat del *salon royal* del Negresco. No todos los clientes eran partidarios de acomodar el hotel a los nuevos tiempos: las fiestas con *mods* y *beatniks*, la presencia habitual de actores y actrices de la *nouvelle vague*, la recurrente y ceniza visita de existencialistas de cartón piedra, las obras del llamado *pop art* y el sonido de las Fender con Echomatic y del *surf* no eran del gusto de los visitantes más atildados, y muchos de ellos prefirieron cambiar de establecimiento e instalarse en hoteles que

verdaderamente olieran a viejo. Pero a la señora Jeanne Augier —de soltera Mesnage y una mujer extraordinariamente artística— no le importaba cambiar a un duque achacoso por una «estrella del vinilo».

61. Kira

«Nigel, te estoy hablando. Dime: ¿qué defecto tienes tú para que esa muchacha no pueda quererte?».

Si creyera que soy capaz de emocionarme, aquella ingenua pregunta de mi amiga Ø casi me habría emocionado. La cuestión no era si yo tenía más o menos defectos, sino la imposibilidad de que una mujer tan hermosa, tan inteligente, tan vital y tan alegre como Celeste pudiera jamás fijarse en un hombre que ha pasado toda su vida entre larvas, polillas, piojos y burlas.

Además, hasta que el miope Samuel Buckheader decidiera meter el hocico en la piscina de excrementos y purines de la granja porcina de los Grant, yo era a todos los efectos un hombre casado. Y cuando eso ocurriera —y era evidente que acabaría ocurriendo—, sería improbable que Celeste quisiera vincular su existencia —no digo ya contraer matrimonio— con un convicto que iba a pasar el resto de su vida en un calabozo mohoso de los suburbios de Londres... Eso si la justicia no decidía ahorcarme, aunque por aquella época había un laborista samaritano llamado Silverman que estaba empeñado en abolir la pena de muerte. (Era una suerte, porque de lo contrario Celeste tendría que compartir su vida con un cadáver). Pero suponiendo que nada de eso ocurriera —lo cual sería milagroso, ciertamente—, tendría que volver al principio de mis conversaciones con Celeste, y declarar que era un completo embustero, y que no trabajaba como asesor de una fábrica de pesticidas, sino que era el propietario, y que todos los lujos de los que disponía nacían de las enfermedades y las miserias que mi fábrica causaba en lugares remotos del mundo, donde hay palmeras y los muertos no se cuentan. Entre la barahúnda de embustes que le había contado, el menor era que mantenía una relación con una princesa polaca que poseía una plantación de cerezos en Italia. Tendría que decirle que era inglés, y no escocés —con las desgracias que resultan de esas mentiras—, que me había pasado media vida

cultivando larvas de insectos y que ese fue el principio de mi desdicha, porque mi estupidez y mi negligencia provocaron la casi total destrucción del *college* St Christopher, donde trabajaba como siervo. Tendría que decirle, además, que mi querida esposa Laurine, con la idea de que pudiera desenvolverme mejor en la vida y llegara a ser con el tiempo un hombre normal, me había obligado a acudir a la consulta de una psiquiatra, que no hizo sino confirmar lo que todo el mundo sabía a mi alrededor: que tengo algunas taras en la cabeza que no me permiten establecer con el mundo y sus personas una relación convencional. También tendría que hablarle de mi amigo Doug, que me invitaba a emborracharme en el pub Laeti Mustelae siempre que le permitiera narrar sus aventuras con sus alumnas bálticas, yorubas, túrquicas, siberianas, anatolias, norcoreanas, somalíes, malayas, albanesas o chinas *zhuang*; además, a él y a sus socias en una revista pornográfica les debía mi huida de Inglaterra, cuya razón principal se escondía, precisamente, en los purines de la granja porcina de los Grant. Y cuando mi querida Celeste, encantadora e ingenua como era, me preguntara: «Pero, Nigel, ¿por qué me has mentado?», tendría que decirle que no me llamaba Nigel, sino Linton, y que mi apellido no era aquel estrafalario Balquhiddier-Kinloch, sino un vulgar y ridículo Blint.

«Celeste jamás se enamoraría de un hombre como yo», repetí.

En aquel momento Violette se acercó a la mesa de la terraza donde nos encontrábamos, y nos sirvió dos martinis con vodka perfumados con naranja «cortesía de la casa». Al escuchar de mis labios aquellas palabras («Oh, vamos, señor Kinbalquider...»), se detuvo frente a nosotros y dirigió su mirada al interior del hotel, donde Celeste se encontraba alegre y feliz conversando y bailando con un grupo de jóvenes artistas parisinos.

Violette, sin duda, había aprovechado bien las enseñanzas sibilinas con las que adiestran a las jóvenes hosteleras en las escuelas profesionales: había hecho sus cálculos y estimaciones oportunas y había deducido, con habilidad camarera, el tipo de relación existente entre Ø y yo. Así que regresó al interior lanzando una lujuriosa mirada a mi tentadora amiga.

«Creo que hoy me quedaré a dormir en el Negresco», dijo Lucille, levantándose para ir tras Violette. Pero cuando creí que iba a rodear mi silla para entrar en el hotel, se detuvo a mi espalda y puso las manos en mis

hombros, como si quisiera que yo le sirviera de escudo o, tal vez, como si estuviera dispuesta a protegerme.

Frente a nosotros estaba Matt Mattison, vestido con un vulgar esmoquin con el que tal vez intentaría acceder al Negresco y, probablemente, proseguir su idilio con Celeste. (Aunque no podía odiar a Matt, me resultaba casi insufrible su presencia: uno puede admitir que no es digno de una mujer, pero eso no significa que considere que cualquier otro pueda serlo).

«Buenas noches, Matt», le dije, aunque curiosamente Matt no parecía estar mirándome a mí, sino a la mujer que tenía detrás, apoyada en mis hombros.

Matt no me contestó y se hizo un silencio enojoso; la algarabía de la fiesta no hacía sino acentuar el abismo mudo que se había abierto en la terraza.

«Vaya, Kira... He estado a punto de decir “¡Qué sorpresa!”, pero lo cierto es que no me sorprende nada verte aquí».

Lucille, Ø, Øorund o... Kira permaneció en silencio durante unos segundos, luego se inclinó a mi espalda y me dio un beso en la mejilla.

«Adiós, querido», me dijo, y se perdió entre la música, el humo y la oscuridad del Negresco.

Seguramente Violette pasó la mejor noche de su vida.

62. Benéfica química

Aquella noche estuve vomitando, como era mi costumbre en los tiempos de angustia y desesperación.

Cuando subí a mi habitación, oí al otro lado de la puerta corredera unas voces que no me costó identificar. Pero no quería saber nada de lo que ocurría allí, y me encerré en el baño, me desnudé y abrí el agua caliente. El ruido del agua al llenar la bañera, la puerta cerrada, el vapor y el alcohol que había ingerido fueron suficientes para amortiguar cualquier sonido que partiera de la habitación de al lado. Cuando el agua llegaba al límite de la bañera, levantaba el tapón, y así podía seguir saliendo agua y haciendo ese ruido particular que consigue confundir voces y risas. Y cuando las náuseas me revolvían el estómago, salía de la bañera, iba tambaleando hasta la puerta, me encerraba en el retrete —una pieza aislada, diminuta y vergonzante, como es costumbre entre los franceses— y, tras haber vaciado por quinta o sexta vez mis entrañas, con la sensación de estar vomitando ya el hígado o el páncreas, regresaba al baño y a la calma de mi bañera rebosante.

Hacía mucho tiempo que esas angustias no me atenazaban, y cuando comprendí que no me abandonarían, volví a salir de la bañera y, desesperado, me dirigí a la terraza, desde donde un pequeño acto de pura voluntad acabaría con mi sufrimiento. Desnudo y aterido por el rocío marino en la noche de Niza, aún pude ver a los últimos invitados de Le Negresco, abandonando la fiesta del hotel con copas de champán en la mano, e incluso con botellas enteras, cantando baladas italianas y avergonzando a Pascal, el portero de noche, que jamás olvidaría sus rostros y jamás volvería a dejarlos entrar en un lugar donde se entiende que las intoxicaciones deben mantenerse en privado.

En el impoluto cielo de Niza podían verse centenares de estrellas... (Bueno, los poetas siempre hablan de los miles y millones de estrellas que ven en el cielo, pero a simple vista —esto sí lo había aprendido— apenas se pueden contar doscientas o trescientas estrellas... Pero ¿a quién le importa lo que digan esos necios sentimentales?). Mi guía espiritual en el mundo de la astronomía, Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque, había conseguido inculcarme el vértigo de los espacios siderales. Era una lástima ser tan estúpido y no poder entender la verdadera dimensión de los acontecimientos planetarios y galácticos. La idea de que buena parte de las estrellas que titilaban en el cielo ya estuvieran muertas me aterraba, y al imperceptible movimiento de la cúpula celeste tenía que añadir las estupefacientes fragancias de las petunias, que en ese momento estaban exhalando todos sus intensos y embriagadores perfumes nocturnos... «Las estrellas muertas...», murmuré mientras asistía al fabuloso espectáculo.

Miles, millones, miles de millones, millones de millones de objetos celestes poblaban aquel cielo azul eléctrico, y giraban en completo caos por los espacios infinitos. Estrellas, planetas, satélites, cometas, asteroides... Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque citaba a un hombre que había descubierto 66 asteroides. Puede que se llamara Desportes o Delporte o Polderte, ¿quién podría recordarlo? El caso es que en los años treinta aquel astrónomo —puede que fuera luxemburgués o belga— descubrió un asteroide al que finalmente se le impuso el nombre de Amor. Debía de ser un asteroide pequeño, de un kilómetro de diámetro, aproximadamente, y tardaba en dar la vuelta al sol un año y medio terrestre. Moullet de Riveranque, que rara vez tenía en consideración los aspectos artísticos o románticos de la ciencia astronómica, había tenido un momento de debilidad y concluía la explicación de los hallazgos de aquel astrónomo afirmando, con cierta melancolía involuntaria, que «Amor nunca se cruzaría con la Tierra». Aquello era tan sentimental que me vi obligado a volver al retrete y vomitar las partes de mi hígado que aún conservaba.

«Las estrellas muertas...», repetí cuando acabé de quedarme sin hígado. En medio del tumulto de náuseas y el repugnante sabor de mi propia bilis, recordé que en algún lugar guardaba la benéfica química que me recetaba la doctora Simonette Val, y procuré buscar las grageas en la maleta, en las

mesitas de noche, junto al teléfono, en la repisa de la falsa chimenea, en el baño... «las estrellas muertas...», hasta que al final las encontré en un cajón del escritorio, donde había escondido también la Biblia. Regresé al baño con seis o siete pastillas y volví a meterme en el agua caliente; para tragar las pastillas tuve que sumergirme varias veces y ayudarme con el agua jabonosa, que tuvo efectos sedantes en mi estómago maltrecho. «Las estrellas muertas...», murmuré mientras hacía pompas de jabón en mi boca y las siete u ocho pastillas de Luminal comenzaban a hacer su efecto; el fenobarbital consiguió calmar mi ritmo cardíaco, y empecé a sentirme muy muy muy cansado, al tiempo que las paredes del baño se combaban en siniestras ondulaciones y el agua de la bañera comenzaba a teñirse de rosa y amarillo... «Las estrellas muertas...», repetí por enésima vez, y pude recordar casi literalmente las enseñanzas de Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque, en aquel párrafo en el que advertía que hay estrellas que agotan su hidrógeno y se van muriendo lentamente hasta convertirse en estrellas negras; otras, en cambio, estallan en combustión de helio, forman una gigante roja y al consumir el helio se convierten en enanas blancas; finalmente, las estrellas de gran masa se hinchan hasta alcanzar el grado de estrellas supergigantes, y cuando explotan se convierten en estrellas de neutrones o en un agujero negro. «Sí, eso es...», dije, hundiéndome en el agua, «las estrellas muertas...». La asfixia consiguió sacarme del trance y tuve aún las fuerzas suficientes para arrastrarme fuera de la bañera —aunque el agua seguía corriendo—, y alcanzar la cama.

Giraban en mi cabeza los rostros de Matt, de Celeste, de Brainbridge, de Agnes Du, de Ø o de Kira, o comoquiera que se llamara, y se mezclaban con los dibujos del atlas de Bevis, y en ocasiones se combinaban de maneras estafalarias, y al cuerpo de Ø le correspondía el rostro del coronel Du Picq, y Eliza Doolittle hablaba como mi amigo Doug, Violette bailaba desnuda con Britt Ekland en una piscina llena de polillas... Conocía bien los efectos de los barbitúricos ansiolíticos y no me asustaban sus engaños y sus locuras: solo quería que la fabulosa química mitigara la angustia de no ser capaz de saber qué era lo que estaba ocurriendo a mi alrededor y, sobre todo, lo que estaba ocurriendo en la habitación contigua.

¿Por qué todos teníamos dos o tres nombres distintos? ¿Por qué presentía que todos mentíamos respecto a nuestros intereses y nuestras ocupaciones? ¿Por qué me daba la impresión de que todos ocultábamos nuestras vidas pasadas? ¿Por qué tenía la sospecha de que todos los demás tenían respuestas que a mí se me ocultaban? ¿Por qué amábamos y fornicábamos con quien no debíamos? ¿Quiénes éramos y qué estábamos haciendo en Niza?

¿Y por qué todos me hablaban de estrellas muertas?

63. Cerebros y esponjas

Mi cabeza tenía la textura del corcho y en mi cráneo esponjoso y horadado se amortiguaban las dulces palabras de Celeste, que no dejaba de parlotear, protestando porque había olvidado cerrar el grifo del baño, porque había gastado su gel de rosas, porque el suelo del baño era un desastre y por no sé cuántas razones más, seguramente todas muy razonables.

Cuando conseguí abrir los ojos, pude distinguir en primer lugar miles de puntos rojos y verdes que parpadeaban y evolucionaban como plancton en medio de una masa informe de luz blanca y lechosa; y alcancé a entrever la silueta del cuerpo desnudo de Celeste, que entraba en el baño, mientras se recogía el pelo en una coleta y cerraba la puerta...

«Eres un perezoso, Nigel», decía. «Ya no bajas a buscar queso para comerlo en la cama conmigo. ¿Esa es tu idea del amor? Te odio y voy a comerme tu *croissant*».

64. El milagro de Ensisheim

Celeste estaba leyendo un catálogo con grabados. En las ilustraciones aparecían hombres aterrorizados ante algo que daba la impresión de ser una especie de fuego celestial que se abría paso entre las nubes. En un bonito grabado —antiquísimo, del siglo XVI tal vez, según mi amiga— se veía un pueblo amurallado, con su iglesia y sus casas de tejados rojos; extramuros había campos de cultivos y bosques; pero lo más llamativo era una nube azul que se desgarraba con una explosión de rayos rojos y con... «Escucha esto, Nigel», me dijo, arrebatándome sin ninguna consideración mi *bloody mary* matinal.

Estábamos en un pequeño hotel de Saint-Tropez, donde habíamos ido a pasar dos días de vacaciones, antes de que llegara su tío de Londres y comenzaran los verdaderos preparativos para la subasta. Nuestra habitación tenía un gran ventanal que se llenaba con el magnífico azul del mar, así que pasamos esos dos días tumbados en una espléndida cama, sin hacer otra cosa más que nada.

«Es de un periódico de 1803: “Sucesos curiosos relativos a las piedras y otros objetos que caen de vez en cuando y en distintos lugares de las nubes”. Y dice: “El miércoles 7 de noviembre, la noche anterior al día de San Martín, del año de Nuestro Señor de 1492, aconteció un milagro singular: porque entre las once horas y las doce se oyó un gran ruido como de truenos, con un zumbido continuado, que se pudo sentir a mucha gran distancia; entonces una piedra cayó de los cielos en las afueras de la ciudad de Ensisheim, y pesaba 260 libras; y el ruido fue incluso mucho más fuerte en otros lugares. Un muchacho vio que la piedra fue a caer en un campo que había en la parte alta de la mancomunidad, hacia la parte del Rin y del In, cerca del cantón de Gisgane, que son tierras de trigo. No causó daños, salvo el gran agujero que hizo. Se transportó luego la piedra al pueblo, y se repartieron grandes

pedazos de ella, aunque el señor del feudo lo había prohibido. Luego llevaron la piedra a la iglesia, con la intención de venerarla como milagro, y se vieron grandes multitudes que se acercaban para ver la piedra, y se hicieron singulares discursos y se formularon extraordinarias teorías al respecto. Pero los más sabios dijeron que no podía saberse qué cosa era aquella, porque era ciertamente maravilloso y sobrenatural que una piedra tan grande cayera del cielo; así que tenía que ser un milagro de Dios, porque antes de aquello no se había visto ni oído nada semejante, ni se había escrito en parte ninguna. Cuando se encontró la piedra, se vio que se había metido en la tierra hasta la altura de un hombre crecido. Lo que todo el mundo decía era que había sido voluntad de Dios que aquella piedra cayera y se encontrara. Y el ruido que se escuchó en Lucerna, en Villing y en otros muchos lugares fue tan fuerte que se creyó que las casas saldrían volando. Y cuando el rey Maximiliano fue a ver qué ocurría, el lunes después de Santa Catalina, aquel mismo año, Su Majestad dijo que había que llevar la piedra al castillo, y después de mucha conversación con sus consejeros, se decidió que la piedra se quedara en Ensisheim, y dio la orden de que se presentara en la iglesia y que nadie cogiera trozos de ella. Su Majestad, sin embargo, cogió dos fragmentos: uno de ellos se lo guardó para sí, y el otro se lo envió al duque Segismundo de Austria. La gente habló mucho y mucho tiempo de aquella piedra, que se colgó en el coro de la iglesia, donde está todavía, y mucha gente va a verla».

Luego Celeste me miró como si quisiera preguntarme algo, pero al final decidió seguir con la lectura de su catálogo. Por un momento temí que también ella me preguntara por las estrellas muertas, pero no lo hizo: simplemente me miraba de reojo de vez en cuando, mientras daba buena cuenta de mi querido *bloody mary*.

«Ocurren cosas extraordinarias en el cielo, Celeste».

«Sí, Nigel».

Y puso su pierna sobre la mía, como era su costumbre.

65. Èze. Las desventuras del joven Winter

Mylène había aparcado su divertida *berlinette* amarilla en el arcén de una curva peligrosísima de la Moyenne Corniche. Había cogido unos prismáticos y se había apoyado en el *capot* del coche, tal vez con la intención de observar de cerca alguna casa, o algún establecimiento, o algún barco en el mar.

Apenas media hora antes, su Renault Alpine 110 había frenado violentamente a la altura del Casino del Mediterráneo, por donde yo iba caminando, sumido en mis preocupaciones estelares; y sin encomendarse a la prudencia, había dado marcha atrás, con grave peligro para un peatón y dos hermanas de la congregación de las Adoratrices del Sagrado Corazón de Jesús (Montmartre), que profirieron insultos e imprecaciones que no estaban muy en consonancia con los hábitos que vestían.

«¡Nigel!», me gritó cuando estuvo a mi altura, y siendo tan baja la carrocería de su vehículo, tuve que inclinarme para descubrir al fondo y al volante a la joven actriz. «*Allez, allez! Voy a Montecarlo a comprar une chose dont j'ai besoin! Allez! Je veux vous montrer quelque chose!*».

A veces era difícil entender a Mylène, pero durante la siguiente media hora acabé averiguando que iba de camino a Montecarlo para comprar unas prendas de ropa y que, al verme en la Prom, había decidido que podría enseñarme algo *interesante* que había por el camino. Y así fue como llegamos, en su veloz *berlinette* amarilla, al mirador desde el cual se gozaba de una bonita perspectiva de los acantilados, el mar y el pintoresco pueblo de Èze.

Èze (o Esa, como dicen los habitantes de esa parte de Francia) está a medio camino entre Niza y Mónaco. Si uno se esforzara un poco, podría contar las casas de la población sin mucha dificultad, y seguramente tampoco necesitaría saber contar más de dos mil para hacer el censo. Cuelga el pueblo sobre un precipicio que mira al mar, y por sus calles estrechas y perfumadas

suelen deambular turistas que probablemente aún recuerdan aquel encantador tranvía de la TLN que hacía la ruta entre Niza, Èze, Montecarlo y otras poblaciones, recorriendo los vertiginosos acantilados de la Cornisa. Pero eso ocurrió antes de las guerras: ahora ya no existen las elegantes comodidades de la Belle Époque, y los turistas se desplazan en sus vehículos particulares y se hacen fotografías con sus Kodachromes para inmortalizar en vistosos colores aquel verano en la Riviera, cuando fuimos tan felices y aún nos queríamos, etcétera.

La encantadora Mylène, con sus *capri* azul marino, su blusa blanca, su pañuelo de tonos oceánicos y sus gafas de sol, encarnaba el modelo de las actrices que trabajaban por aquel entonces en los estudios de cine de La Victorine, en Niza.

«¿Conocías Èze, Nigel?», me preguntó con una deliciosa sonrisa. Habíamos recorrido a velocidad de vértigo un tramo de la Moyenne (la *moyenne corniche*, se entiende), que es la carretera panorámica que zigzaguea por los acantilados de la costa, entre olivos, cipreses y pinares, hasta acabar en el mirador de Èze.

Mylène seguía mirando de vez en cuando por los prismáticos y balanceaba levemente los hombros al ritmo de la canción que sonaba en el autorradio: aquellas chicas decían saber algo del amor y le recomendaban a su amiga que, sin más rodeos, le declarara su pasión al joven de su vida; bueno, no era un tipo de relación tradicional, pero los tiempos estaban cambiando, indudablemente. Aquellas alegres jóvenes, haciendo de una reflexión antropológica un motivo lírico, se preguntaban didácticamente que si la mujer y el hombre fueron creados para el amor, por qué esta pasión resultaba tan compleja y contradictoria. La solución era, al parecer, que la joven dubitativa comunicara inmediatamente y sin dilación sus sentimientos al amor de su vida. Son cosas que dicen las canciones. A juzgar por sus movimientos, Mylène podría haber sido *twister* en The Peppermint Lounge de Nueva York o...

«¿Ves aquella casa?», y señaló una mansión de aspecto palaciego que se colgaba sobre el abismo marino, rodeada de cipreses, y donde se presentía un lujoso jardín repleto de flores y aromáticos arbustos mediterráneos, en la mejor tradición de las villas de la Côte d'Azur. «Aquella. ¿La ves?».

«¿Cuál? ¿Aquella?».

«No. La otra».

«Ah. Sí. Ya la veo».

Mylène me ofreció los prismáticos para que pudiera observar de cerca la mansión, o al menos la parte que se vislumbraba desde nuestro privilegiado mirador. A través de las distorsiones ópticas pude adivinar, más que ver, la lujosa casona y su exuberante jardín, donde correteaban varios perros y gatos, y algunos patos, me pareció distinguir también, y quizá una especie de cabra o... Los temblores ópticos —por culpa de la distancia— impedían una visión nítida del objetivo, aunque aparté de mis ojos inmediatamente los prismáticos cuando creí ver cierta figura caminando por el patio de aquel caserón palaciego y recorriendo el borde de la piscina... Era imposible que *ella* pudiera haberme visto, pero cuando giró la cabeza en mi dirección tuve la impresión de que me había descubierto fisgando en su palacio.

«¿Qué ocurre, Nigel? ¿Qué has visto?», me preguntó Mylène con una maliciosa sonrisa en los labios.

«Nada».

Por razones que no alcanzaba a comprender, mi vida estaba deslizándose por toboganes vertiginosos y adentrándose por pasadizos desconocidos, recorriendo laberintos peligrosos y sumiéndose en lodazales mortales. Los nefastos augurios y los malos presagios me paralizaban, y la amenaza de un estallido, de un golpe mortal o de un zarpazo criminal me impedía acudir a alguno de mis amigos para preguntar claramente qué estaba ocurriendo. Todos entraban y salían de mi vida, e incluso de mi habitación, y me miraban como si yo tuviera la culpa o estuviera en conocimiento de alguna conspiración malvada, y me preguntaban si conocía a esta o a aquella persona, y por qué había ido a tal o cual lugar, como si aquellas ingenuas acciones fueran en realidad pasos deliberados para cumplir una misión trascendental, como la derrota de la tiranía soviética o el final del imperio capitalista. Me veía obligado a reconocer que no conocía verdaderamente a ninguna de aquellas personas —ni siquiera a mi adorada Celeste, la de los pies vendados—, y que por azar o por mi propia estupidez me había

adentrado en un laberinto fangoso en el que nadie podría socorrerme. Y resultaba terrible y angustioso intuir que todos —salvo este pobre idiota— sabían qué estaba ocurriendo con...

«Ya que estás tan interesado en la vida de la condesa de Polignac, te contaré una historia graciosa», dijo Mylène, interrumpiendo bruscamente mis amargos pensamientos. Efectivamente, era la condesa de Polignac la persona que había entrevistado con los prismáticos en aquel palacio de Èze, con su monumental cardado rubio, petrificado en laca, y sus perlas, y su rostro avinagrado y granítico, y sus perrillos falderos, y... pero, en realidad, ¿por qué iba a estar yo *interesado* en aquella mujer? La había visto dos o tres veces, en Le Negresco, y Violette y la propia Mylène Demongeot me habían contado algunos cotilleos palaciegos, y quizá algo había hablado con Lucille o... pero eso era todo... ¡Yo no estaba *interesado* en la vida de aquella mujer! ¡Era aquella mujer la que parecía cruzarse en mi camino continuamente, primero en el mugriento hotel de la estación y luego en el Negresco...! ¡Y su mirada feroz y su pelo cardado me irritaban y me aturdían! ¡Aquella mujer me producía la misma sensación que una mala noticia, la angustia de un mal presagio o el rostro de un enfermo! ¿Por qué iba a querer saber nada de ella? Y, desde luego, yo no estaba *interesado* en...

«Antoinette Louise Alberte Suzanne Grimaldi, princesa de Mónaco, condesa de Polignac y baronesa de Massy...», dijo Mylène, como si empezara a recitar la entrada biográfica de una enciclopedia.

Mylène encendió un cigarrillo, volvió a mirar durante unos segundos a través de los prismáticos, y, desde luego, decidió por su cuenta que aquella soleada mañana era un momento perfecto para contarme una «curiosa historia» sobre aquella Antoinette Eloise Albertine Eugénie Grimaldi, o como se llamara.

Mi amiga, orgullosa de su perfumada tierra meridional, ejercía de muy buen grado como guía cinematográfica, histórica y espiritual. Me daba todo tipo de explicaciones —a veces me temía que inventadas o adornadas— sobre las últimas estrellas que habían ido a Cannes, dónde tenían villas espectaculares estas actrices y aquellos actores o dónde se habían rodado aquellas escenas de tal o cual película. Como suele ocurrir con las hospitalarias gentes del sur, Mylène se sentía en la obligación de informar al

despistado turista de todos los hechos notables y gestas heroicas de su pueblo y alrededores. «En el castillo de Niza murió el poeta español más importante». «¿Ah, sí? ¿Cómo se llamaba?». «*Je ne sais pas*».

Por lo que toca al plano espiritual, bastará decir que su sola presencia resultaba revitalizante y rejuvenecedora, y que...

«Durante la guerra, sería en 1943, *je pense*, cuando los alemanes andaban por aquí, Antoinette *est tombée amoureuse* de un soldado de la guarnición de Le Rocher, *appelé Winter*».

Por lo que pude entender de la políglota historia de Mylène, el teniente Winter no era más que un pobre desgraciado, hijo de un ferroviario alemán, que seguramente acabaría muriendo en cualquier refriega con los americanos o con la resistencia francesa en alguna batalla a lo largo de los meses siguientes, y al que se le rendirían *todos los honores* que corresponden a un teniente. Fuera por las fanfarronadas de Winter o por la poca discreción de Antoinette, no tardaron en conocerse los tristes efectos de aquella historia de amor. Supongo que, con veintidós o veintitrés años, el aspecto imponente de un soldado nazi podía causar estragos en una *tête fêlée*, como dijo Mylène. Y por lo que se comentaba en Niza, los Grimaldi, como la mayoría de los miembros de las realezas, nunca habían sido muy avispados. Los nazis, tal vez por reírse de los príncipes de Mónaco o por juzgar en serio que aquella podía ser una relación que les rindiera algunos frutos, inventaron un pasado para el joven Winter, y decidieron presentarlo como un político importante del Tercer Reich. Mylène me aseguró que lo vistieron como si fuera uno de los principales consejeros de Hitler. (Mylène contaba muy bien las historias, y la descripción indumentaria es muy importante en estos casos). El príncipe Louis II de Mónaco, un hombre de *moustache et cœur prussiens*, con tendencia a enamorarse de mujeres con poca ropa, se negó sin embargo a autorizar el matrimonio de su nieta con el alemán... hasta que no acabara la guerra. (Mylène narraba con mucho dramatismo esta parte político-familiar del caso). Pero con el final de la contienda, en 1945, acabaron también las venturas y desventuras del joven Winter: desapareció de la faz de la Tierra y no volvió a saberse de él. «*Voilà! Évaporé!*», añadió mi bella amiga, imitando el gesto de un mago en el escenario.

Mylène se volvió hacia mí con su encantadora sonrisa.

«*Las desventuras del joven Winter*», murmuré.

Mi amiga se empezó a reír a carcajadas, como si yo fuera un tipo ingenioso y hubiera acabado de contar el chiste más divertido del mundo.

«*Oui, mon cher... Les souffrances du jeune Winter! ¡Ja, ja, ja...!*», dijo entre lágrimas de risa, y volvimos a la *berlinette*.

Mylène subió el volumen de la música y nos encaminamos hacia Mónaco a una velocidad endemoniada, por la zigzagueante carretera de La Colle: el Renault Alpine amarillo surcaba como un brillante relámpago los paisajes estivales de la Costa Azul, y todos aquellos con los que nos cruzábamos nos saludaban alegremente, porque sabían que, con seguridad, al volante de la *berlinette* amarilla iba una estrella de cine.

En Montecarlo fuimos a un establecimiento donde Mylène adquirió varios conjuntos de... Pero, en fin, ese es un asunto que no guarda relación con la historia que se está contando, es privado y muy particular, y no es necesario comentarlo aquí.

66. Nuevos huéspedes en el Negresco

Al día siguiente, cuando Celeste y yo bajábamos a la playa, mi amiga me dio dos fuertes codazos en el brazo. Me volví hacia ella sorprendido y, con un gesto de la barbilla, me sugirió que dirigiese la mirada hacia el mostrador de recepción. Protegida tras unas gafas de sol colosales, con un vestido blanco largo y una enorme pamea, BB estaba registrándose en el hotel.

Babeando a cuenta de la arrebatadora belleza de Brigitte Bardot, y escondido tras unas macetas, estaba Tirpitz *el Asqueroso*, garabateando algo en su mugrienta libreta, con un lápiz viejo y carcomido.

Cuando la actriz cumplimentó las formalidades del registro, se dirigió hacia los ascensores y cruzó por delante del periodista apostado tras la maceta. Fue como ver pasar a una princesa por delante de un cubo de basura.

Tirpitz: más asco no me podía dar.

67. Preparativos

La última semana de junio, me parece, cerraron el Salón Versailles. La dirección del hotel hizo enmarcar un lujosísimo cartel en el que se advertía de la circunstancia, explicando, además, que el motivo de semejante clausura era la celebración de la fiesta que iba a tener lugar allí con motivo del Catorce de Julio, por supuesto. Los datos que se ofrecían eran obligadamente escasos, así que a lo largo de los días siguientes todos los clientes del hotel estuvimos indagando en qué consistiría exactamente la fiesta, y qué personalidades acudirían, y si se trataría de un *cocktail* o un banquete, y cuál sería la indumentaria apropiada...

A juzgar por los colores de las telas que fueron llegando al hotel, era previsible que el Gran Salón Versailles acabara adornado con bastantes banderas francesas. Los operarios del hotel y *Dix-huitième* eran los únicos que podían acceder al salón, aunque Celeste y yo conseguimos atisbar, gracias a algún descuido que dejó entreabierta la puerta, que se estaba disponiendo una especie de tribuna, donde seguramente se acomodarían los invitados más importantes, y una suerte de estrado donde —según Celeste— tendríamos la desgracia de escuchar a algún cuarteto, quinteto o sexteto de música de cámara en vez de a una *surfer band* —«con el calor que está haciendo y lo refrescante que sería un poco de música con oleaje oceánico»—. En mi opinión —y este asunto lo estuvimos discutiendo buena parte de la mañana en la playa—, era razonable que la señora Augier hubiera optado por un quinteto de cuerda, porque era improbable que los cónsules, los presidentes de los bancos, la nobleza republicana, los diputados estivales, los millonarios estadounidenses y otras personalidades pudieran comprender en qué consistían los movimientos tribales de una banda moderna o aceptar la sugerencia de un *bushy bushy blonde hairdo*. Por otro lado, Celeste estaba intrigada con las dos larguísimas mesas que se habían colocado en el salón y

que, desde luego, no prometían un banquete formal, sino más bien un *cocktail* matinal... «Sin duda, matinal», dijo Celeste, convencida de que un quinteto de cámara no conviene nada a una *soirée*, sino a una *matinée*. Aunque, ¿quién sabe qué se le habría ocurrido a la modernísima *madame* Augier?

Violette, que estuvo conversando con nosotros aquella misma mañana, dijo no estar al tanto de la fiesta que se preparaba para el Catorce de Julio, aunque nos confirmó que todos los años —por lo que ella sabía— era distinta. No obstante, podíamos contar con que asistiría la flor y nata de la Côte d'Azur, que era tanto como decir del mundo, ya que en Niza, en Antibes, en Saint-Tropez y en Montecarlo se reunía lo más granado de la elegancia, el dinero, el arte, la diplomacia y la perversión del mundo occidental durante el verano. Cuando nuestra Violette, aferrada a su bandeja, miró a un lado y a otro con aire misterioso, supimos que estaba a punto de hacernos una importante revelación. Estaba casi segura de que las hermanas Dorléac iban a asistir, y la sola mención de Françoise Dorléac le causaba un «mortal desasosiego». En recepción se hablaba de Olivia de Havilland, que había visitado Niza —con motivo de su paso por Cannes— unos meses antes y las revistas de París aseguraban que volvería. Por alguna razón, Violette recordaba solo nombres femeninos, como Honor Blackman, Tuesday Weld, Uschi Glas, Carroll Baker o Julie Christie (sin duda, a Violette le gustaba el cine), aunque Celeste y yo estábamos convencidos de que también acudirían hombres y profesionales de otros ámbitos.

A la hora del campari, aquel mismo día, Celeste y yo ocupamos una mesa en la terraza, y vinieron a saludarnos el coronel Du Picq, su bigote prusiano y su esposa; el coronel y su bigote solo esperaban que el alcalde de la ciudad, o el prefecto, o la autoridad que presidiera el acto del Catorce de Julio, hiciera referencia y honrara a las fuerzas armadas con algunas palabras honrosas, pero temiendo que eso no ocurriera, el coronel y su bigote comenzaron a ofenderse por adelantado. «Violette nos ha dicho que vendrán algunas actrices...». «Oh, Violette: una joven encantadora, aunque no podemos aprobar sus *inclinaciones*». Y supuse que se refería a sí mismo y a su bigote, porque la señora Angélique du Picq lo observó como si a ella las *inclinaciones* de la joven Violette no le causaran ningún problema moral. La señora Du Picq, por su parte, aportó información fidedigna: *le roi* Jean, a

pesar de no encontrarse especialmente bien de salud, presidiría el acto; la señora Du Picq se refería al alcalde de Niza, el señor Jean Médécin: todo el mundo lo llamaba *le roi Jean* porque desde la Gran Guerra, y a pesar de innumerables vicisitudes y de algunas acusaciones de colaboracionismo con Vichy, había ejercido de gran patriarca de Niza durante casi cuarenta años. Añadió que, según tenía entendido, también asistiría a la fiesta el señor Charles Bohlen, que era embajador americano en Francia —«por si ustedes no lo saben»— y dos jóvenes diplomáticas siamesas que dirigían la agencia consular de Bangkok en Mónaco.

Como Celeste no tenía hambre, nos quedamos a comer en Le Chantecler, que era el restaurante del hotel, donde pidió una ensalada con granadas y naranjas, un plato de pasta al pesto, un pescado de nombre impronunciable, otra ensalada de frutas, quesos y, si me parecía bien, vino blanco muy frío. En otra mesa, al fondo, se encontraban los miembros de la familia Brainbridge: ocupaban una gran mesa redonda, con las dos hijas, el yerno y los dos niños. Tal vez la señora Brainbridge podría habernos dado alguna información, pues su amabilidad seguramente habría abierto los corazones de algunos miembros de la industria hotelera, pero parecían tan animados en su feliz reunión familiar que no quisimos interrumpirlos. Celeste tenía una sonrisa extraña cuando dijo que eran «una familia modélica».

Ni la señora Berg, que se encontraba también en el restaurante, acompañada por dos jóvenes nubios, ni los rubicundos Wuppertal eran personajes con los que pudiéramos ampliar nuestras indagaciones, al menos en lo que al Catorce de Julio se refería. Ni Celeste ni yo habíamos establecido con ell...

«*Mon cher Nigel!*», dijo una voz encantadora que alegró de pronto el restaurante. Era mi amiga Mylène Demongeot, sonriendo con aquella arrebatadora sensualidad nicense. Venía resoplando, sofocada, con un abanico español, y ataviada con un sombrero de flores, una mínima blusa de rayas y unos imposibles *shorts* blancos que habrían enloquecido a nuestra querida Violette. (Es más: probablemente ya la había visto y en esos momentos se encontraba en un baño refrescándose la nuca). Suspiró con fingido agotamiento, al tiempo que daba buen uso a su abanico español, y su flequillo rubio se agitó nervioso: tenía el pelo un poco más corto de lo

habitual, después de rodar su último *Fantômas*. Mientras se servía vino helado en mi copa de agua, nos aseguró que el director la había tenido secuestrada y que ni siquiera había podido ver a su amiga Brigitte, aunque sabía que había llegado ya. Celeste le confirmó que la habíamos visto en recepción y Mylène nos dijo que ella misma la había invitado a pasar unos días en Le Negresco. «Creía que eran ustedes enemigas», dijo Celeste. «Oh, claro. En la prensa, naturalmente. Pero en la vida real somos francesas: nos llevamos maravillosamente bien», dijo Mylène con aquella risilla ahogada que enamoraba a sus compatriotas y al mundo en general. Pensé en Tirpitz *el Asqueroso* y no me resultó difícil imaginarlo como una alimaña carroñera esperando los despojos del Catorce de Julio. Mylène decía que no había otra fiesta en Niza como la del hotel Le Negresco el Catorce de Julio. Estaba casi segura de que Cynthia y John acudirían, porque «los chicos» acababan la gira en España y viajarían a Estados Unidos en agosto. También citó a Michèle, a Jean, a Gina, a France, a Jean Marais, y una retahíla de nombres a los que solo pudimos imaginarles los apellidos Seberg, Lollobrigida, Gall y otros pocos que conocíamos.

«¿Lo estáis pasando bien en Niza, queridos?», dijo finalmente Mylène, haciéndome un guiño pícaro y asegurándose de que Celeste no la viera. Mi amiga Mylène encarnaba, desde luego, el espíritu hospitalario mediterráneo, que siente como una obligación ofrecer a los visitantes todo el esplendor de la Côte d'Azur. Es un rasgo que los nizardos no comparten con todos sus compatriotas. Después de asegurarse de que, efectivamente, Celeste y yo estábamos disfrutando del verano en su ciudad, Mylène consiguió enderezarse sobre aquellas dos fabulosas piernas y, tras los seis besos preceptivos, nos confesó que se iba a dar un baño en su habitación y otras cosas en francés.

Pero cuando estaba a punto de salir del restaurante dejó escapar un «¡Ah!», y dio media vuelta, como si hubiera olvidado algo: corrió con pasitos cortos sobre sus enormes tacones y sus prodigiosas piernas y, apoyándose en la mesa, dijo:

«¿Y sabéis quién estará aquí el día catorce?».

En mi ignorancia, yo creía que, en aquellos momentos, no podía haber nadie más importante en Europa que France Gall, que había ganado aquel año el Festival de Eurovisión diciendo que veía la vida «*en rose bonbon*». Celeste y yo nos quedamos prendidos de los deliciosos labios de Mylène, que inmediatamente susurró:

«*La princesse, mes chers, LA PRINCESSE!*».

Y se despidió de nosotros haciendo mariposas con los dedos.

68. Artjoms Levv y la historia de la pequeña Celeste

«Eres una joven descarada, Celeste», decía el señor Levv con hebraica resignación. «Aunque no puedo decir que me sorprenda: había tantas minifaldas en el avión que en dos horas he visto más carne femenina que en toda mi vida, y eso que ya nunca voy a cumplir los sesenta años».

Por la mañana fuimos a buscar al señor Levv, que llegaba al aeropuerto de Niza directamente desde Londres.

Celeste saludó desde lejos a su tío y luego corrió para abrazarlo y besarlo. Se preguntaron todo lo que las personas que se quieren se preguntan en los aeropuertos y se hicieron varias presentaciones: el señor Levv, con su refunfuñona severidad de anticuario judío en King's Rd, permitió una levísima conversación entre su sobrina y las dos personas que lo acompañaban (una mujer de nombre Sarah o Judith, y un joven que con toda probabilidad se llamaba Ismail), que pertenecían a un bufete de abogados o al comité crediticio de un banco o a alguna institución hebrea semejante. Venían cargados de burocracia.

«Este es mi amigo Nigel», dijo Celeste. «Es cazador de pulgas».

Sonreí tímidamente mientras le tendía la mano al señor Levv, que solo murmuró: «Oh, excelente».

Ante la inminencia de la subasta era preceptivo que Celeste pusiera al tanto de todo a su tío y a los abogados (o banqueros). Era obvio que tenían un declarado interés por la *Uranographia* y creí entender «veinticinco mil libras» en la conversación privada que mantenían dos pasos detrás de nosotros Sarah e Ismail. Puede que se estuvieran refiriendo a otros asuntos, y no al maravilloso atlas astronómico, porque antes de subir a los taxis, Judith le dijo a Samuel que «en ningún caso se alcanzarían las cuarenta mil libras» y que «era importante llamar a ... antes de hacer nada».

Después del registro y las formalidades comunes en el hotel, no volví a ver a Miriam y Eliazer, que desaparecieron en los ascensores diciendo que tenían mucho trabajo y que iban a permanecer en su *suite* trabajando en los contratos que habría que firmar con la agencia de subastas, si es que conseguían el Bevis, tal y como estaba previsto. Celeste parecía muy segura en ese punto, y afirmaba que había completado todos los requisitos necesarios para que incluso los propios subastadores de Babylone Enchères contaran con la certeza de que Levv Antiques de King's Rd de Londres iba a hacerse con el atlas astronómico de Bevis en la puja extraordinaria que tendría lugar el día Catorce de Julio por la mañana en el Excelsior Hôtel Regina de Niza, solo unas horas antes de la Gran Recepción del Negresco.

El señor Levv protestó porque Celeste prácticamente había ignorado un grabado renacentista que representaba a Cloris, la ninfa que se casó con Céfiro y que recibió del ventoso dios el imperio de las flores, o eso decían los libros de mitología. Celeste protestó y dijo que era dudoso incluso que aquel grabado fuera renacentista, y sobrina y tío estuvieron discutiendo el asunto hasta que Patrick, el camarero de Le Chantecler, sirvió el vino.

«Créame, amigo Nigel», dijo el señor Levv dándome unas amables palmaditas en el brazo: «Estos años pasarán a la historia como la época en la que las jovencitas empezaron a hacer lo que les daba la gana». A pesar de mi estupor habitual, yo ya me había dado cuenta de ese detalle antropológico. El señor Levv miró el vino blanco y helado al trasluz y añadió: «Y eso no puede acarrear más que desgracias».

Al observar la encantadora e ingenua sonrisa de Celeste, burlándose amablemente de su tío, reparé en la extraordinaria personalidad de mi amiga, capaz de elaborar complejos pronósticos numéricos y cartas astrales prodigiosas, preguntar a los especialistas de París por una tabla flamenca de un discípulo de Hans Holbein, cantar el *Please Mister Postman* a voz en grito, comer dos helados de vainilla a una velocidad desconcertante, bailar el *twist dance craze* de Chubby Checker con unos movimientos que enloquecerían a divisiones enteras del ejército de Su Majestad, estudiar la astronomía ilustrada con la misma dedicación que Caroline Herschel, nadar en las deslumbrantes playas de Niza con la elegancia de Esther Williams, comerse mis *croissants* sin dejar traslucir ni una pizca de remordimiento,

calibrar con una simple mirada la década en la que se fabricó una pieza de orfebrería alemana, levantarse emocionada de la mesa en un restaurante y obligarme a bailar canciones napolitanas, hablar de sir David Eccles como si lo conociera desde tiempos inmemoriales, leer catálogos de antigüedades en lenguas eslavas o...

«Fíjese», me estaba diciendo en ese momento el señor Levv, con una rodaja de tomate ensartada en su tenedor, como un dignísimo Neptuno tomatero, «que cuando llegamos a Londres en 1947...».

Celeste dijo que la tía Aileen siempre estuvo convencida de que su tío y ella habían llegado en 1946 o en 1948, pero en ningún caso en 1947. Por lo que pude deducir, era una discusión tradicional en la familia de Artjoms Levv. «Bueno», sentenció el viejo anticuario, «digamos que en términos generales llegamos a Londres en 1947», y se dispuso a contar pormenorizadamente las aventuras bálticas de la familia. Celeste, que no parecía demasiado interesada en una historia que seguramente había oído mil veces, resopló aburrida ya antes de que su tío comenzara a narrar la extraordinaria peripecia que los había llevado a Londres tras la guerra.

«Buf..., tío... ¿Vas a contar otra vez la historia de la sinagoga y “el infierno blanco”?», protestó al tiempo que se servía más vino helado para aliviar lo que se adivinaba como una historia de épica bíblica.

«Lo contaré una y otra vez: para que no se te olvide, descarada», anunció el señor Artjoms Levv con aire sacerdotal. «Los judíos siempre hemos contado nuestras epopeyas y, quieras o no, tendrás que oírla. A tu amigo seguro que le interesa».

«Bueno, señor Levv... yo...».

Para no alargar innecesariamente esta historia particular, bastará decir que la familia Levv, como la mayoría de las familias judías de la Letonia ocupada, sufrió la persecución alemana; poco después de que los judíos de Riga fueran hacinados en el gueto de la ciudad, Levv consiguió huir con su sobrina de seis o siete años hacia los bosques del norte. (Ni el señor Levv ni Celeste mencionaron en ese momento qué había sido de los padres de la niña). Como quien narra acontecimientos bíblicos, el señor Artjoms Levv dijo que él y su sobrina consiguieron eludir la vigilancia militar en caminos y estaciones ferroviarias, y llegaron a una vieja escuela abandonada, cerca de

Wolmar, y allí, en los sótanos o en las buhardillas de aquel caserón, pasaron varias semanas. «Celeste estaba aterrorizada en aquel lugar...», dijo el señor Levv para picar la independencia de su sobrina. «Había fantasmas», murmuró Celeste, e hizo pucheros bardotianos. Después pasaron a Finlandia, abriéndose paso a través de «un infierno de hielo y nieve». (Repitió en varias ocasiones la expresión, que Celeste acompañó con pacientes miradas y resoplidos al techo del restaurante). El señor Levv ponía mucho énfasis en las penalidades que había tenido que sobrellevar con el único fin de salvar la vida de su pequeña sobrina «que solo tenía seis años». (En otras ocasiones tenía siete, e incluso nueve en algún caso). Narraba con mucha emoción el lento avance por los caminos nevados de Letonia y Estonia, y cómo habían permanecido seis días sin agua en una carbonera de Tallin, y cómo tuvo que darle de comer periódicos a la pequeña Celeste («Por favor, tío, no es necesario que...») y cómo había tenido que vender tres anillos de oro para conseguir que un ruso tuberculoso los trasladara —a través del aterrador y helado mar Báltico— en un pequeño barco de pesca hasta una isla pantanosa finlandesa, donde los abandonó a su suerte...

«Y después embarcamos en el carguero, tío, y ya...», protestaba Celeste mientras pasaba distraídamente las numerosas páginas del menú de postres.

El prófugo y la niña se establecieron en una población cercana a Helsinki, cuyo nombre no recuerdo y tampoco importa demasiado, y tras la rendición de Alemania, consiguieron embarcar en un carguero que los llevó primero a Copenhague y luego a Liverpool...

«Por Dios, tío, no cuentes lo del carguero...».

En este punto, harto de las interrupciones de su sobrina, el señor Levv se negó a continuar con una historia que evidentemente le resultaba apasionante y muy bíblica. «Bah, bah, bah... ¡Ya no hay hebraísmo en el mundo!».

De la señora Aileen Levv solo se comentó en la mesa su origen galés y su tendencia irreprimible a preguntar a los amigos de Celeste cuáles eran sus intenciones para con su sobrina.

«¿Cuáles son tus intenciones para conmigo, Nigel?», me preguntó Celeste entre risas.

A pesar de la tensión narrativa que Celeste mantenía con su tío, era evidente que los consejos del señor Levv habían tenido su parte en las decisiones de mi amiga, y vivir durante años rodeada de objetos avejentados había favorecido su deseo de estudiar Historia y otras disciplinas polvorientas. La tienda de antigüedades del señor Levv —«el despacho», como solía llamar a su establecimiento— estaba dedicada sobre todo a las *antiques* en papel, siempre que no fueran libros comunes: tenía cientos de grabados («tal vez miles», aseguró frente a una delicada *tarte tatin*), postales, carteles, billetes, vales, manuscritos, resguardos, cromos, afiches, impresos, invitaciones, esquelas, cédulas, cupones, bonos, boletines, circulares, fichas, bulas, certificados, cartillas, diplomas... y toda suerte de *ephemera* imaginable.

Pero lo máspreciado de su despacho eran los mapas: incluso su sobrina estaba dispuesta a admitir que había algunos verdaderamente notables, como una copia de un Joan Blaeu de 1664 y una proyección cordiforme al estilo de Werner que le encantaba a la señora Levv, porque tenía forma de corazón. También atesoraba «varias publicaciones muy interesantes de la RGS», según Celeste. (El mapamundi de Sawley que engalanaba una pared de su despacho no era más que un facsímil, según confirmó el propio Artjoms Levv con un gesto de resignación).

Y esta era la razón por la que Artjoms Levv, de Levv Antiques, estaba tan interesado en conseguir la *Uranographia* de Bevis.

69. «*Rencontre à Valensole*»

En ese momento estábamos *Dix-huitième* y yo pensando en las abejas.

Una de esas laboriosas antófilas se esforzaba por entrar en la campánula ultravioleta de una petunia, que a esas horas de la tarde estaba, junto con abundantes hermanas, desprendiendo su imposible fragancia en la terraza del hotel. Nuestra melífera había rondado la puntera de mi zapato, se había asomado a mi martini y luego había sobrevolado peligrosamente la nariz de *Dix-huitième*, que estaba sentado en la silla de al lado sin hacer nada en particular. Luego había regresado a la jardinera rebosante de petunias infrarrojas con la decidida voluntad de poliniz...

«La cosa se está poniendo muy fea», dijo el coronel Du Picq, sentándose frente a mí y observando la gélida pasividad de *Dix-huitième* con cierta desconfianza. El coronel y su bigote me impedían ver las evoluciones de la abeja, así que me quedé sin disfrutar del prodigioso arte de la libación apícola.

Me plantó el *Nouveautés* justo delante de las narices, abierto por la página 16, y por supuesto no fui capaz de enfocar la vista con la suficiente precisión como para adivinar qué demonios decía.

«¡Ja! ¿No se lo había dicho yo?», preguntaron el coronel y su bigote con una especie de grito susurrado, como si no quisiera alarmar al resto de la selecta clientela del Negresco.

Cuando pude apartar el diario, comprendí a qué se refería. La crónica se titulaba «*Rencontre à Valensole*», y venía ilustrada con una fotografía de un hombre sonriente, de mediana edad, que lucía una boina y parecía satisfecho y alegre en un campo de lavanda. «Maurice Masse en su campo de lavanda», decía efectivamente el pie de foto.

«¡Ja!», murmuró de nuevo el coronel, pero esta vez no añadió nada.

El cronista decía que el día 1 de julio, aproximadamente a las cinco de la mañana, Maurice Masse, un agricultor de cuarenta y un años, había salido de su casa para ir a trabajar, como todos los días, a su explotación agropecuaria situada en los alrededores de Valensole, que es un pueblo de la Provenza, quizá a tres o cuatro horas de Niza en automóvil, y por carreteras no muy buenas. El hombre, con las primeras luces del verano, se disponía a montar en su tractor y comenzar la jornada laboral cuando, de repente, oyó un gran estruendo, como una especie de silbido «ronco y motorizado» (tales eran las palabras que utilizaba el periodista, o las que yo pude entender con mi escaso francés). Sorprendido por semejante ruido a esas horas intempestivas, Maurice rodea su cobertizo dispuesto a averiguar qué demonios es lo que... Entonces, para su sorpresa, ve delante de sus narices un objeto metálico, con forma de balón de rugby, en medio de su campo de lavanda. El hombre daba después algunas explicaciones descriptivas, sobre la cúpula de cristal, los pies del aparato, la escalerilla de acceso, etcétera, con una valoración aproximada de la distancia a la que se hallaba y las posibles medidas del artefacto. Sin duda, Maurice era un hombre osado y curioso, porque se acercó al objeto lo suficiente... como para poder ver en las inmediaciones a dos humanoides, bajitos (de unos noventa centímetros de altura) y —eso lo decía bien claro el periódico— con una piel cuyo tono variaba entre el gris verdoso y el verde grisáceo. Al verse descubiertos, los pequeños humanoides apuntan a nuestro Maurice con una especie de tubo transparente, y Maurice queda paralizado, incapaz de moverse, incapaz de avanzar o retroceder... Los humanoides conversan o discuten y, rápidamente, suben la escalera, retraen la rampa de acceso y, en un abrir y cerrar de ojos, el objeto sale disparado en dirección oeste y desaparece en el horizonte. Algunos minutos después, Maurice comienza a recobrar la movilidad. Observa que la zona en la que ha aterrizado la nave está como agostada, y el labriego atribuye a los extraterrestres el mismo poder devastador que a Atila, advirtiéndole que teme que la lavanda no volverá a crecer en esa zona. Finalmente, Maurice asegura que últimamente está muy nervioso y que las crisis que sufre son, sin duda, secuelas psicológicas de aquel encuentro con los humanoides de color verde grisáceo o gris verdoso. (Sin embargo, parecía sonriente y feliz en la fotografía del diario).

«Vaya... Es asombroso», dije con absoluta sinceridad.

«¡Ja!», murmuró de nuevo el coronel y, arrebatándome el periódico, señaló varias veces la noticia con el dedo: «¡La cosa se está poniendo muy fea, querido Nigel!».

Cuando el coronel y su bigote regresaron al interior del hotel, *Dix-huitième* bajó lentamente de la silla, se acercó a la jardinera de las petunias y le dio un zarpazo feroz a una de ellas, que salió volando hasta las escaleras; la abeja que había en su interior pareció un tanto desorientada y mareada, pero logró recomponerse lo suficiente como para iniciar un zigzagueante viaje por la Promenade des Anglais con destino incierto. *Dix-huitième* la observó durante unos segundos, se lamió la zarpa y se escabulló entre las mesas y las sillas de la terraza con la elegante serenidad de quien se sabe rey del mundo.

70. Amor lepidóptero

Por supuesto —y por si no lo he advertido ya—, yo no estaba enamorado de Celeste ni albergaba hacia ella ninguno de esos sentimientos ofensivos. Para mí era la mujer más encantadora y deliciosa del mundo, y no iba a pervertir aquella relación con el amor y ese tipo de afectos sucios y vulgares. No puede valer mucho el amor si anda siempre en boca de los poetas y otras gentes de dudosa condición. Preferiría hablar de emociones lepidópteras.

«Bueno, Nigel», me dijo una noche mientras paseábamos buscando una heladería por la Liberté. «Yo te lo agradezco, pero no estoy segura de que me gusten mucho esas emociones lepidópteras. Si puedo elegir, elijo el amor, aunque sea un asunto manido y los poetas se excedan con él. Además, tonto, ¿los lepidópteros no son polillas? ¿Te gustaría tener un amor apolillado?».

«No me parece tan malo, Celeste», le contesté. «Deberías saber que las polillas tienen una vida apasionante...».

Y habría podido continuar con algunos detalles lepidópteros si Celeste no se hubiera echado a reír y la deslumbrante luz de la heladería Venezia no se hubiera interpuesto en nuestro camino. Matilda —«*Ciao, cara mía! Sono Matilda di Venezia, che gusto di gelato ti piace?*»—, la heladera, hizo sonreír a Celeste, que se relamía ante el inminente sabor de la vainilla en sus labios.

Nuestra conversación, mientras regresábamos a la Prom, no tuvo mucho interés, salvo los sensuales gemidos de Celeste y mis ocasionales comentarios sobre el arte de la heladería italiana y la astronomía. Por alguna razón que no estoy seguro de poder explicar, mi maestro astrónomo Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque, al comentar las lunas heladas del Sistema Solar, dedicaba un largo párrafo a la invención del helado y al famoso heladero italiano que fue felicitado por el rey de Francia...

«Creo que mañana iré con Matt a Mónaco, si mi tío no me necesita», dijo Celeste, interrumpiendo mi narración de la historia de la heladería mundial y deteniéndose en un *tabac* para comprar cigarrillos. El estancoero, con su bigote francés quemado por la nicotina, le dio las gracias con un incomprensible acento *niçard*, y mi amiga me entregó el paquete de *luckies* para que se lo guardara, porque no llevaba bolso y su vestido no tenía bolsillos.

«Ah. Muy bien», dije, tirando a una papelera lo que me quedaba de helado.

«Así podrás ir a visitar a tu amiga de Cimiez», añadió con un tono gélido que atribuí al helado que estaba degustando.

«Sí, claro».

«¿Cómo se llama? ¿Ludmille o...?», preguntó distraída.

«Lucille. Lucille Øorund».

«Matt dice que se llama Kira Kerashimova».

«Sí: la llamó Kira en la fiesta del Negresco. Al parecer se conocen o...».

«Sí. En Berlín. Ya sabes, Matt...».

«Ya. Langley, Virginia».

«Sí».

«¿Y qué hace aquí?».

«No lo sé», contestó Celeste, con la seguridad que da conocer la respuesta a la perfección.

71. Boumedah *el Argelino*

Desde que aconteciera la carnicería de Grasse, unos días atrás, el periódico, la radio y la ORTF habían estado elaborando hipótesis sobre el criminal sanguinario que había degollado de un modo inconcebible a una venerable anciana, a sus dos hijas, a un niño de pocos años y a dos miembros del servicio doméstico (un jardinero y una cocinera, según todos los indicios). Los periodistas insistían en denominarlo «*la tuerie à Grasse*», lo cual, a juzgar por sus declaraciones, irritaba sobremanera al alcalde y a los empresarios de la capital perfumera del mundo, poco partidarios de vincular su ciudad con ese tipo de acontecimientos luctuosos.

El *Nouveautés* decía que las autoridades estaban seguras de que el responsable era Boumedah *el Argelino*, un perturbado que seguía en guerra con Francia aunque a Argelia ya se le había concedido la independencia unos años atrás y... Me dio la impresión de que los periodistas se esforzaban en demostrar su inquina hacia aquellos desagradecidos argelinos, y recordaban que —aunque el gobierno de París había cedido *vergonzosamente* a las pretensiones del FLN—, aún quedaban grupúsculos terroristas capaces de cometer barbaridades como la de Grasse.

Al parecer —eso es lo que decía el periódico, y no hago más que repetir sus palabras, pues yo no estaba al tanto de la cuestión—, había argelinos resentidos y rencorosos que no olvidaban «lo de París». Por lo que uno podía deducir, «lo de París» hacía referencia a una espantosa masacre que llenó el Sena de cadáveres africanos; los periodistas más arriesgados decían que el responsable fue un prefecto de policía llamado Maurice Papon, al que muchos acusaban de haber acabado con la vida de trescientos argelinos en la capital. La prensa citaba constantemente las palabras del general De Gaulle, que decía que aquello había sido «un asunto secundario». A muchos argelinos, sin embargo, no les parecía tan secundario, y organizaron partidas

terroristas dispuestas a vengarse de la *liberté*, la *égalité* y la *fraternité* francesas. Para acabar de confundirme y desconcertarme, la prensa hablaba de una siniestra Organisation de l'Armée Secrète, que había luchado denodadamente contra las pretensiones independentistas del FLN argelino y que había cometido innumerables asesinatos y secuestros, tanto en Argelia como en Francia. Los políticos más complacientes decían que hacía varios años que la OAS ya no era «una organización operativa». Pero también se rumoreaba que no todos los miembros de este grupo se habían rendido tras la independencia: algunos se habían refugiado en España, que es donde siempre encuentran refugio y acomodo todos los criminales de Europa, y según todos los indicios seguían cometiendo espantosas carnicerías de tanto en tanto.

En fin, aquel asunto polvoriento y desértico de Argelia había alimentado a tantos criminales y se había derramado tanta sangre que ahora resultaba imposible detenerse. No cabía descartar, entonces, que alguno de aquellos proscritos fuera «el perturbado de Grasse» y, por tanto, se valoraban distintas candidaturas; aparte de las teorías oficiales de las autoridades (convencidas de que el responsable de la *tuerie* era el implacable Boumedah *el Argelino*), había otras hipótesis llamativas. El *Nouveautés*, por ejemplo, era proclive a considerar la teoría del loco perturbado —incluso lo habían identificado con un prófugo llamado Aube—, lo cual les permitía elaborar una narración criminal sin los engorros de las cuestiones políticas. La radio había investigado más, o eso decían, y se decantaba por algún tipo de venganza personal, quizá familiar, y habló del oscuro pasado de la anciana en Struthof-Natzweiler, aunque no daban muchos más detalles al respecto. En la televisión seguían al pie de la letra lo que decían las autoridades: hablaban del sanguinario Boumedah *el Argelino* y a veces lo llamaban Boumedah *el Carnicero*, indistintamente, y en ambas denominaciones tenían razón, porque Boumedah había sido carnicero en Argel, según los informantes, y tenía un asombroso dominio del acero, tal y como había demostrado indudablemente en Grasse. Y para Patrick, el solícito camarero de Le Chantecler, era evidente que el autor de aquella sangría había sido uno de aquellos colaboracionistas nazis de la OAS, y siempre había que fiarse de Patrick. El coronel Du Picq, por su parte, tenía una teoría peculiar y galáctica sobre... bueno, eso bah.

El fabuloso crimen de Grasse habría cautivado las mentes febriles de los ingleses, siempre dispuestos a disfrutar durante días y semanas de acontecimientos horribles y su dilucidación en los medios populares, sobre todo si había algún inspector heroico o especialmente sagaz.

72. *Whisky old fashioned*

Nadie podía reprocharle a Matt Mattison que se hubiera enamorado de Celeste Levv. Y, por mi parte, jamás le reprocharía nada a Celeste, se hubiera enamorado o no de aquel joven americano, apuesto y encantador —aunque un poco deslustrado, para mi nuevo gusto nicense y anegrescado—.

Aquella noche cada cual tenía sus ocupaciones e intereses; yo había pensado que tal vez podría..., aunque, por supuesto, no es que yo quisiera o tuviera la intención de nada, desde luego; en fin, eso es algo en lo que no cabe discusión.

El caso es que Matt y Celeste habían acordado ir a cenar a Mónaco. Yo aquella noche prefería estar solo, y no porque no tuviera compromisos: la princesa Deline me había invitado a comer pastel de cerezas en su villa de Montecarlo —eso le había dicho a Celeste cuando me aseguró que cancelaría su cita con Matt si yo me iba a quedar solo—, pero el hotel Le Negresco era tan cómodo que ni siquiera una velada con la princesa Deline conseguiría sacarme aquella noche de allí. Y para asegurarme de que nada impidiera mi sosiego, había decidido ilustrar a Patrick en la preparación del *old fashioned*. Como americano que era —de Filadelfia—, Patrick creía que no tenía mucha importancia si el *old fashioned* se elaboraba con *rye* o *bourbon*, lo cual en opinión del borracho residente del Laeti Mustelae constituía un error descomunal... «Tengo un amigo especialista en el *old fashioned*», le dije al bueno de Patrick. «Se llama John Krauzmiller y estuvo muchos años en... bueno, estudiando la composición del *old fashioned* en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Y, créeme, Patrick: el *old fashioned* siempre se elabora con *rye*».

Ya había tomado tres *old fashioned* (de *rye*, *bourbon* y *blended*, con el fin de establecer correctamente las diferencias) cuando vi a Matt Mattison en el vestíbulo del hotel. Desde luego, era un joven impaciente y muy

caballeroso. Aún no eran las siete de la tarde y en Niza nadie sale a cenar antes de las nueve de la noche, salvo los alemanes. (Los alemanes, en todo caso, no cuentan, porque su menú habitual de codillo y café con leche no se puede considerar una cena civilizada).

«¡Eh! ¡Matt!», le grité, envalentonado por mis tres *old fashioned*. «Venga a tomar un...». No me importó que mirara a un lado y a otro como si buscara una excusa para no acercarse a la barra del bar. «Patrick, por favor, ponle algo americano a mi amigo...».

«Nuestro Saratoga Club-House Sandwich es bastante americano a mi juicio, señor Balquhiddel-Kinloch», dijo Patrick, con una discreta consideración por la delgadez y el aspecto macilento de Matt. Pero el joven se negó a comer nada, ni el Saratogaetcétera ni ningún otro sándwich, y solo tras mucha insistencia aceptó acompañarme con un *old fashioned* «estilo Kentucky» muy rebajado con soda, lo cual dio para varios minutos de filosófica y agria conversación con Patrick, que ahora —aprovechando la presencia de un compatriota— parecía dispuesto a defender el *bourbon* americano frente a la sobria entereza y dignidad del *rye*.

Fuera por su trabajo o por su carácter, Matt tenía tendencia a expresarse con esa deplorable Retórica del Fracaso y la Desesperación que confiere a ciertos individuos un aura de hombres doloridos y derrotados que suele interesar a las mujeres religiosas y maternas. (No me parecía que ninguna de las mujeres que había conocido en Niza —Celeste, Ø, Violette, Deline o Mylène— tuviera semejante defecto, gracias al Cielo). Por lo que a mí concernía, siempre consideré una vanidad insufrible el vicio de mostrarse al mundo como un hombre acabado y hundido, como esos poetas indignos y cobardes, entregados siempre a la nocturnidad lacrimosa.

«Señor Balquhiddel-Kinloch», dijo, aprovechando que Patrick había ido a atender a la generosa y alsaciana esposa de un senador que creía fervientemente en la altura política de Georges Pompidou y que estaba empeñado en difundir sus bienaventuranzas... bueno, eso bah. «Señor Balquhiddel-Kinloch, mi relación con Celeste... En fin, puede que usted tal vez esté preocupado... o tal vez su tío... pero no querría que Celeste...».

Matt Mattison quería preservar la pureza, la ingenuidad y la alegría de Celeste, así que probablemente sería yo el que cargara con el barro, el lodazal y el fango de su historia. A Celeste le había dicho que se encontraba en Niza con la idea de preparar la llegada del señor Charles Bohlen, su esposa, la señora Avis Bohlen, quizá alguno de sus hijos —tal vez Jr o Celestine—, y otros miembros de la delegación diplomática americana en París. No era seguro que fueran a asistir a la fiesta del Catorce de Julio: Matt admitía que desde la embajada solían encomendarse distintos preparativos, en distintas ciudades y con distintos motivos, pero la decisión de acudir a un lugar u otro se tomaba a última hora y por razones que guardaban relación sobre todo con las conversaciones y las tensiones ocasionales entre Washington y Moscú. *The Wise Man* no vendría a Niza si no hubiera una razón importante, pero...

«Desde luego antes hay que resolver...», murmuró, dejando colgada la frase de su vaso de *bourbon*.

«Patrick, por favor: otro *old*... de los de verdad. ¿Qué hay que resolver, Matt?», dije alegremente.

Matt volvió a observarme con aquel gesto duro e implacable que ya se había dibujado en otras ocasiones en su rostro. Como en una deslumbrante y luminosa epifanía, me percaté del abultamiento que tenía en un costado y recordé aquel carné que revelaba su relación profesional con la institución «diplomática» de Langley, Virginia.

«¿Cree que nos tomamos las cosas a broma, señor Balquhidder-Kinloch?», dijo, acercándose lo suficiente como para que me temblara un poco la mano. «Nosotros también sabemos lo de *la estrella muerta*, y nos preocupan las relaciones que tiene usted con Kira Kerashimova, y lo que le haya podido contar a Agnes Du, y lo que pudiera haber oído de Boumedah *el Argelino* en el Soleil Méditerranéen, y su interés por los Brainbridge, y su interés por la señora condesa de Polignac...».

Dio un último trago a su *bourbon* y, acercándose a mi nariz, me susurró: «Me cae usted bien, señor Balquhidder-Kinloch, o como quiera que se llame en realidad. Si pretende divertirse jugando con nosotros, adelante, nosotros estamos dispuestos a jugar, pero deje a Celeste al margen... Ella no tiene nada que ver en esto. Gracias por el *bourbon*».

Lo vi alejarse con aquel aire dubitativo y derrotado que desmentía la ferocidad injustificada con la que me trataba.

«Patrick...».

«¿Otro *old fashioned*, señor Balquhiddel-Kinloch?».

«No. Dime, Patrick: ¿qué hay en Langley, Virginia?».

«La Agencia, señor».

73. Placeres alsacianos

Puede que los empleados de Le Negresco estuvieran arrastrando un piano, pero me pareció que aquel ruido no se correspondía con esa circunstancia, sino más bien con el motor de un vehículo en el que probablemente Celeste y Matt enfilaban la Prom para coger luego la carretera de la Moyenne o la que bordea el mar y disfrutar del atardecer durante un corto viaje hasta Mónaco.

En cuanto a mí, aquella conversación con el joven americano me había dejado pesaroso y melancólico como una canción de gitanos yugoslavos, preguntándome...

«*Vive l'Elsàss!*», dijo una mujer en un extremo de la barra, tendiendo su copa hacia el sorprendido Patrick.

Era la generosa alsaciana, cuyo marido era senador y...

«*Salü!*», repitió al comprobar que me había quedado observándola con el vaso de *old fashioned* al borde de los labios. La mujer, de una edad aproximada, lucía un singular tocado rubio *buffant*, llevaba un elegante vestido negro y unos zapatos con incrustaciones brillantes; el collar de perlas que jugueteaba sobre su pecho se ajustaba perfectamente a la distinción del Negresco y, por otra parte, revelaba con bastante precisión que la República recompensaba con mucha generosidad a sus representantes en el Senado.

Levanté tímidamente mi *old fashioned* hacia aquel rostro alsaciano, que sonrió con el encanto de una feliz soledad. Abandonada probablemente por su marido senatorial y por un par de hijos en edad de vestir cuero negro y romperse la columna vertebral al estilo de Gene Vincent y Eddie Cochran, la encantadora alsaciana de las perlas parecía dispuesta a disfrutar de sí misma sin el continuo engorro de tener que soportar a los miembros de su querida familia.

«*Salü!*», repitió en una lengua desconocida; rindiéndose a mis tácticas de dominación mental, se levantó de su taburete y, apoyándose a duras penas en otros asientos y en la barra del bar, se fue acercando poco a poco. (Yo había aprendido esa técnica de control de la voluntad ajena siendo muy joven, cuando me vi en la necesidad de contrarrestar de algún modo el vacío humano que se generaba naturalmente a mi alrededor. Mi maestro fue un gurú africano de Camden Town llamado Mbeb Syrup, que tenía un despacho... Aunque eso, bueno, bah... eso no tiene mucha importancia ahora).

«*Salü! Je vou' ai vu... ¿Dónde está su novia, mon lieblich?*».

Al parecer, todo el mundo había estado pendiente de las andanzas de Celeste y el extraño escocés de apellido irreproducible.

«Oh, no... no...», tartamudeé antes de asegurarle que yo era un hombre casado y estaba solo de paso en Niza, buscando villas para vender a los americanos ricos de mi ciudad: «Soy de Langley, Virginia», añadí con un acento americano muy poco convincente.

«*Salü! J'ai été aux États Unis l'année dernière!*».

Patrick, que se había acercado solícito, por si necesitábamos algo, principalmente alguna bebida alcohólica, me observó levantando las cejas con gesto desconcertado, aunque yo confiaba absolutamente en su discreción negresca, y sabía que no me traicionaría.

La alegre alsaciana me dio unas palmaditas en la rodilla y no tardó en pedir otro de aquellos cócteles —sin duda achampanados— que ingería con una elaborada elegancia y otro *old fashioned* para mí.

«*Salü!*», volvió a decir, levantando su copa y derramando algunas gotas en mi brazo, acompañada de varios *desolées* que prometían otra suerte de ideas. «*Salü! Wo sie sind alle tout le monde, mon lieblich?*»

Había alguna razón en su pregunta. El bar Le Relais parecía desierto, como si el alcalde hubiera programado fuegos artificiales y todo el mundo hubiera decidido apiñarse en la Prom para disfrutarlos. Era difícil saberlo. Patrick se encogió de hombros y no quiso entrar en la discusión. Por mi parte, podía asegurar que Matt y Celeste habían ido a Mónaco; que mi amiga Ø (o Kira Kerashimova, como se empeñaba en llamarla el hombre de la Agencia en Niza) probablemente estaba con sus Soldados de Goristsikhe, ocupándose de que las cosas estuvieran «donde tienen que estar»; que Mylène Demongeot

estaría rodando una película vestida de griega o romana en los estudios de La Victorine; que la princesa Deline estaría cuidando sus huertos de cerezos; que el coronel Du Picq estaría escrutando los cielos buscando «esferas de fuego», que Boumedah *el Argelino* estaría degollando a familias enteras e indefensas por los alrededores; que Tirpitz *el Asqueroso* estaría pergeñando nuevos embustes y vicios que plasmar en el periódico de la mañana; que el profesor Brainbridge seguiría soñando con pisar la Luna ante la incrédula (y benévola) mirada de su esposa y su encantadora familia; que Agnes Du, la mujer del reloj, continuaría indagando y husmeando en la vida de los demás para informar a su pequeña empresa —la SDECE—; que Violette estaría disfrutando de sus pequeñas perversiones en la habitación de Mylène, o de BB, o de cualquier otra actriz que se hospedara en el hotel; que *Dix-huitième* seguiría dormitando en uno de los lujosos sofás del *lobby*, y que...

«Patrick, *wenn's beliebt...* ¿Qué demonios está bebiendo?», dijo la alsaciana, separándose las rodillas para adentrar en semejante espacio sus generosas caderas. De ningún modo permitió que mis francos sufragaran nuestra intoxicación, y añadió algo sobre un senador rico.

Y salvo por el hecho de que jamás había hecho el amor con una mujer alsaciana, ni la conversación ni lo que ocurrió posteriormente en una habitación del Negresco tuvo la más mínima importancia. A veces me gustaría recordar el nombre de aquella alsaciana. Y seguramente lo recordaría si me hubiera decidido a preguntárselo.

74. *Il mondo*

A la mañana siguiente, cuando entré en mi *suite*, Celeste ya estaba sentada a nuestra mesa de desayuno. Parecía un poco taciturna y apenas levantó la mirada del *croissant* cuando abrí la puerta. No llevaba su habitual toalla matutina, sino un precioso vestido azul marino con pequeñas florecillas blancas.

Afortunadamente, Celeste y yo no manteníamos una relación amorosa de tipo sudorífico y sentimental, así que ni nos exigíamos explicaciones ni necesitábamos justificaciones.

Me senté frente a ella y, mientras me servía el té, le pregunté si lo había pasado bien en Mónaco con Matt Mattison.

«Sí, claro», dijo con una mueca que no cuadraba exactamente con aquella afirmación tan rotunda. «¿Y tú con Kira?».

«¿Con quién?».

«Con Kira Kerashimova... o Lucille Øorund».

«¿Eh? Ah..., sí. No. No podía... Lucille tenía una cita muy importante con un senador alsaciano que...».

«Ya».

Celeste me observó durante unos segundos, entre dos parpadeos, con aquella mirada gélida que me sorprendía de tanto en tanto. Pero enseguida su rostro se iluminó con su deliciosa sonrisa habitual.

«Tengo una sorpresa para ti», dijo.

Al parecer, la televisión italiana había celebrado en junio un concurso en Saint Vincent donde, según Celeste, había destacado una «canción científica» que en su opinión seguramente me encantaría. El cantante, que en la portada del *single* de la RCA tenía aspecto de profesor de álgebra o geometría, había interpretado una composición que —a juzgar por las explicaciones de mi amiga— era todo un tratado de astronomía. Mientras ella colocaba el vinilo

en el *pickup*, dejó la pequeña carpeta junto a mi *croissant*: la canción había alcanzado el quinto puesto en el concurso «Un disco per l'estate 1965», y no pude sino considerar muy razonable que una canción sobre teoría astronómica interpretada por un profesor de aritmética no hubiera conseguido alzarse como el gran éxito estival del año.

La canción comenzaba con una inquietante sección de violines y, a continuación, el profesor de trigonometría le decía a su amada que aquella noche no había podido pensar en ella porque había estado calibrando los grandes espacios infinitos y se había percatado de que el mundo giraba en torno a él «como siempre». (Aquella perspicacia no parecía muy reveladora, aunque el acompañamiento musical, un poco dramático, resultaba bastante conmovedor). Celeste bailaba con los ojos cerrados y la mano izquierda levantada, como si la tuviera entrelazada con un compañero imaginario... «*Gira, il mondo gira... nello spazio senza fine*», decía el profesor de matemáticas, y poco después, entre melancólicos alardes de «*la, la, la, la, lalala...*», aseguraba con copernicana fiabilidad que «*la notte insegue sempre il giorno, ed il giorno verrà*». Al ver a Celeste, bailando en medio de mi habitación con su *partenaire* fantasmagórico, me asaltó un febril deseo de levantarme, bailar con ella y abrazarla, mientras el mundo giraba «*con gli amori appena nati, con gli amore già finiti*», pero me pareció inimaginable someter a Celeste a esos arrebatos de vil sentimentalismo. Aquella mujer que giraba *nello spazio senza fine*, al ritmo de semejante teoría astronómica, estaba muy lejos de caer en nada que pudiera asemejarse a los vulgares afectos del amor.

«Esta canción complementa a la perfección mis estudios de astronomía», le dije.

Y Celeste vino a abrazarme muerta de risa.

75. Un mapa japonés

Celeste había tirado a una papelera de la Promenade su ejemplar de Elizabeth Bowen a medio leer, así que no tenía nada con lo que entretenerse aquella mañana de playa. La insoportable historia de aquella mujer en el Londres de los bombardeos alemanes era, en opinión de mi amiga, la peor novela que había caído en sus manos y su desdichado final estaba perfectamente justificado. A mí también me parecía que la pobreza de aquel relato cuadraba muy mal con la alegría y la vitalidad de Celeste. Así que, a falta de nada mejor, mi amiga bajó a las tumbonas del Negresco con un compendio histórico de mapas astronómicos...

Mientras yo dedicaba aquellas horas matutinas a seguir instruyéndome en las profundidades intelectuales de los espacios siderales, de la mano de mi profesor Bénédicct-Antoine Moullet de Riveranque, Celeste había preferido ocultar su mirada tras sus espléndidas gafas de sol ajedrezadas; el compendio histórico de mapas astronómicos reposaba abierto sobre su bañador blanco, apoyado en el peligroso acantilado que había entre sus costillas y su ombligo. La umbría de la sombrilla le alcanzaba solo hasta las rodillas, de modo que las vendas de sus pies refulgían blancas e impolutas.

Yo creía que estaba dormitando, pero de repente dijo: «Me preocupa tu concepción del universo, Nigel».

Sus labios me parecieron maravillosos.

«Que yo sepa», le dije al fin, «no tengo nada que pueda parecerse a una concepción del universo, cariño».

«Hum. Sí que la tienes», protestó, como si quisiera reprocharme un pecado venial, pero molesto a largo plazo.

Cerré mi *Astronómica* —en ese momento Moullet de Riveranque intentaba explicarme, una vez más, que, a pesar de lo que indicaba mi reloj, el presente, el pasado y el futuro son solo ilusiones—, pero dejé el dedo índice

como marcapáginas, esperando la inminente perorata de mi amiga.

«Tú crees que todo lo que ocurre, ocurre porque sí, sin más razón ni causa que la simple arbitrariedad del caos», dijo Celeste, concentrando en un par de frases lo que yo habría tardado varios siglos en explicar.

«Bueno... sí... Pero eso es porque no soy muy listo y no entiendo las cosas, y por eso todo me parece caótico».

Celeste sonrió de buena gana, me dio un manotazo en la rodilla, y creo que no prestó mucha atención a una confesión que yo había proferido con la máxima seriedad. Sentado en mi tumbona, tenía delante a aquella mujer, con sus gafas de sol ajedrezadas, su bañador blanco, su catálogo de mapas estelares en el estómago, sus largas piernas recogidas en una A perfecta y sus pies vendados.

«No sé, Ny: perdóname, cariño, pero esa idea me parece muy superficial. Crees que el universo es caótico porque, después de diez o doce mil años, hemos sido incapaces de ordenar la física que rige todos los acontecimientos del mundo. Sin embargo, Nigel, los pueblos antiguos estaban convencidos de que las estrellas y los planetas se ajustaban a un Plan Universal... No es que yo crea en ese Plan Universal, Nigel, aunque finjo que lo creo para escribir horóscopos, ni se puede admitir que tener una teoría que se ajuste a la realidad parcial observable deba significar que la teoría es cierta... En realidad, ni siquiera la realidad observable es cierta, como sabes. Lo que quiero decir...».

Ojalá pudiera repetir yo *lo que quería decir* Celeste cuando me hablaba y lo que quiso decirme aquella mañana a propósito de la «dicotomía esencial» entre orden y caos. Para mí todo era un caos porque a mi mente limitada le resultaba imposible ordenar los acontecimientos de la existencia, mientras que para Celeste había un resquicio de duda: el que abrían los grandes sabios de la Historia al repetir una y otra vez que el Destino está escrito en las estrellas y en las circunvoluciones de los astros. También habló de la fe que su tío tenía en la Tanaj y en el Destino implacable. «Bueno», me dijo, «es la tragedia de ser judía: los sabios hacen tambalear mi completo rechazo al determinismo y...».

Si supiera qué había querido decirme, lo explicaría aquí, porque seguramente eran ideas extraordinarias. Pero debo reconocer que apenas entendí nada de lo referido al *fatum*, los oráculos, «la trama del universo», «la conformidad universal», la predestinación, la voluntad...

Celeste me dijo que el libro que tenía abierto sobre su estómago venía con una reproducción del Tenmon Bun'ya No Zu, de Harumi Shibukawa: un mapa de estrellas dibujado en 1677 en el que se detallaba el destino de las regiones y las ciudades de Japón de acuerdo con el devenir y las conjunciones planetarias, y que...

«Entiendes ahora lo que te quería decir, Nigel?».

Hice todos los esfuerzos que pude por ajustar el asunto del mapa de Harumi Shibukawa a nuestras respectivas teorías del destino y el caos, pero al final no me quedó más remedio que admitir, con un mohín lastimero, que no había entendido mucho.

Celeste me miró con gesto serio.

«No te estarás haciendo existencialista, ¿verdad, Nigel?».

«No, Celeste. Te lo prometo».

«Ven, siéntate conmigo, que te enseñe el mapa japonés...».

76. Grandes interpretaciones épicas de Celeste

«¡Júpiter es quien me inspira este poema: con el amparo de Júpiter abandono esta Tierra, la inspiración de Júpiter me abre los altos espacios universales, volaremos hasta las estrellas con el consejo de Júpiter, porque bajo el auspicio de Júpiter se hallan los cielos, y por mandato de Júpiter desvelaré los espacios siderales a los mortales!».

Celeste había conseguido un ejemplar de los *Fenómenos* de Avieno en la biblioteca del Negresco —un lugar fabuloso en el que, curiosamente, jamás se adentraban los escritores de fama que solían hospedarse en el lujoso hotel—. Y aquella noche, antes de dormir, ataviada únicamente con un levísimo camisón de enloquecedoras y vertiginosas transparencias, había decidido recitar a Avieno de pie sobre la cama de su habitación, haciendo aspavientos como si fuera un actor de la antigua Grecia o, aún peor, del período isabelino o de los dramas históricos franceses y alemanes del siglo XIX.

«¡Allí, oh, en los infinitos espacios siderales, está la morada del padre primigenio: el principio del movimiento generador, la energía del rayo fulgurante...!», declamaba con un gesto épico y burlón, abriendo mucho el brazo izquierdo, como si blandiera una espada flamígera, y sosteniendo con la mano derecha, a cierta distancia, el ajado ejemplar de Avieno.

Celeste apenas hacía nada por evitar que su minúsculo y gaseoso camisón cubriera... Bueno, y a veces, cuando el relato se ponía melodramático —«¡Oh, divinidades del santuario del Parnaso!»—, se aferraba con violencia a las sedosas telas, excitando mi temor de que fuera a desgarrarlas... aunque eso no llegó a ocurrir.

Yo la veía desde la distancia, tumbado en mi cama. Y el amplio vano de las puertas correderas enmarcaban la actuación de Celeste de un modo maravilloso, porque las luces de su *suite* iluminaban dulcemente su piel aterciopelada y conseguían arrancar fulgores divinos de su cabellera rubia;

por lo demás, sus miradas y sus labios, su pecho, sus caderas, sus brazos, sus piernas y sus pies vendados eran la viva pintura de la alegría y el gozo de vivir.

Muerta de risa con sus propias burlas, se derrumbó en la cama entre carcajadas.

«Deberías probar con Esquilo, cariño», le dije, oculto pudorosamente tras las abigarradas páginas de *Le Niçois Universel*.

Con las mejillas sonrosadas por el esfuerzo del drama épico de los espacios universales, Celeste no podía contener la risa, y me aseguró que había pocas ideas tan descabelladas y tan divertidas como la de interpretar los textos con una dicción distinta de aquella para la que habían sido creados. Tuve la tentación de leer en clave lírica una noticia sobre los últimos rumores de desavenencias entre el antiguo presidente del KGB y el nuevo presidente Brézhnev, o de imitar a Hitler o a Mussolini leyendo una noticia sobre la producción lechera de la región. Afortunadamente no cometí ninguna de esas necedades y me mantuve en mi aseada vulgaridad y en la simpleza imaginativa que siempre me ha caracterizado.

«¿No me escuchas, Nigel?».

Los pensamientos de aquella broma improbable y las extrañas sugerencias de una noticia en el diario estorbaron mis oídos, y por eso las palabras de Celeste me habían pasado desapercibidas. Ahora estaba cerrando las puertas correderas, y solo dejaba ver su cara en la pequeña abertura que había entre las dos hojas.

«Te estoy diciendo buenas noches, Nigel».

«Oh, claro, querida, buenas noches».

«¿Me traerás mañana queso a la cama, Ny?».

«Naturalmente».

Permaneció unos instantes allí, con la cara asomada en el palmo abierto entre las dos hojas de la puerta corredera.

«¿A quién quieres más: a la princesa Deline, a Mylène, a tu amiga Lucille, a Violette o a la alsaciana?».

«A ti».

Celeste gorjeó con la risa de su ingenua alegría, y cerró las puertas con un divertido: «¡Serás embustero!».

77. La involuntaria revelación de Tirpitz *el Asqueroso*

Aún me temblaban las manos: aquella declaración de amor había sido una insensatez. Era ridículo que un espíritu decrepito como el mío se hubiera atrevido a... Con seguridad, Celeste no quiso decir «embustero», sino «majadero», y yo estaba perfectamente de acuerdo con ella. Si hubiera tenido que apostar mi fortuna pestífera, habría dicho que los extraterrestres con rayos paralizantes del coronel Du Picq eran más factibles que una relación amorosa entre Celeste y yo. Digamos que había acontecimientos y sucesos que estaban más allá de mis posibilidades, como vencer a Abebe Bikila en un maratón, ser el primer británico en dar un paseo espacial, cruzar a nado el Canal de la Mancha, noquear a Cassius Clay (ahora se hace llamar Mohamed Ali, creo), cantar en la Scala de Milán, ganar el Festival de Eurovisión o conseguir que Celeste... Mis treinta y dos años debían de parecerle un panteón o un cargamento de existencias podridas; a esa edad ya no se puede esperar nada de la vida, salvo un declive piadoso hacia la tumba.

Para acabar de llenar el vaso de mi mal humor, delante de mi nariz tenía uno de aquellos repulsivos artículos de Tirpitz *el Asqueroso*. Como siempre, sembraba dudas y discordias en todo aquello que tocaba, y la referencia a un presumible fiasco festivo en el Negresco era todo cuanto parecía necesitar. «UN DECEPCIONANTE CATORCE DE JULIO EN LE NEGRESKO», decía el titular, y en la entradilla daba a entender que la Fiesta Nacional en el gran hotel se vería oscurecida por la ausencia de las grandes estrellas del cine, las artes y la política.

En un turbio párrafo, malicioso y mal escrito, como todo lo que hacía aquel indeseable, añadía que «los rumores habían espantado a las estrellas». No me quedó más remedio que relacionar esos supuestos rumores con las pertinaces referencias a «las estrellas» que todo el mundo en Niza estaba empeñado en recordarme. Por mi parte, las únicas estrellas que conocía eran

las que me mostraba Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque en su *Guía astronómica*, pero Tirpitz *el Asqueroso* aseguraba que «nuestras fuentes» hablaban de «peligros indefinidos e inminentes» y «gravísimas amenazas», y esas eran las razones por las que «las estrellas» seguramente no se presentarían en la gran fiesta del Negresco el Catorce de Julio. En el penúltimo párrafo aludía a la princesa Grace de Mónaco, «embrutecida y gorda como una cabrera alpina tras su último parto conejero», y solo deseé que mi buen amigo Patrick no hubiera tenido acceso a semejante artículo, o su respetable serenidad seguramente se habría visto conmocionada.

En el último párrafo, Tirpitz *el Asqueroso* concluía vanagloriándose de su relación con «las agencias»; dejaba entrever que habían sido esas misteriosas «agencias» las que le habían dado a entender que existían «peligros indefinidos e inminentes» que acabarían arruinando la gran fiesta estival del Negresco.

Cuando apagué la luz, creí ver en la oscuridad todas las piezas del puzle, aunque abandoné cualquier pretensión de componerlo. No creía que mi cerebro estuviera capacitado para ordenar semejante caos, aunque seguramente Celeste o Lucille podrían ayudarme, si me atreviera a contarles lo que había averiguado.

78. Veinte mil renos

Por fin llegó un paquete de Grasse, en el que Léonard había metido descuidadamente un ejemplar de las *Transactions of the Entomological Society*. Dado que Celeste había tenido que viajar con su tío a una localidad cercana para examinar un huevo Fabergé que cierta familia noble, arruinada y desesperada ponía a la venta, me ocupé aquella mañana en el estudio que más convenía a mi estado nervioso y a mi salud intelectual: la entomología. Y aunque es cierto que durante toda la jornada estuvieron reconcomiéndome las revelaciones de Tirpitz *el Asqueroso*, el estudio de mis queridos insectos consiguió ponerme de buen humor, al tiempo que logró situarme con precisión en el lugar que me correspondía en este mundo.

Un famoso entomólogo escocés —se decía en una nota marginal— había calculado que un fabuloso enjambre de insectos, en un número que rondaba al menos los 3.500.000.000.000 insectos, alzaba el vuelo al llegar el otoño en las Tierras Altas y, con gran decisión y tenacidad, emprendía una migración hacia el sur, en busca de mejores condiciones climatológicas «y mejores pastos». El especialista había empeñado más de dos años en calcular que semejante cantidad de insectos pesaban en total más de 3.000 toneladas, lo cual era equivalente a 20.000 renos. Aunque no suelo hacerme preguntas muy interesantes a mí mismo, me intrigó que el entomólogo escocés hubiera decidido comparar a los insectos con renos y se hubiera comprometido en cálculos que no guardaban ninguna relación, pues el lector podía hacerse perfectamente a la idea de lo que representaban 3.000 toneladas sin tener que hacer el esfuerzo de imaginarse 20.000 renos, una cantidad de renos tan enorme, tan desproporcionada y tan inimaginable como los 3.500.000.000.000 insectos, a todos los efectos.

79. El triste destino de Kristoff Scyzny

No recuerdo si fue ese día u otro cuando me topé en el *Nouveautés* con un reportaje de Kristoff Scyzny, el periodista que me había informado de la odisea de aquellos dos astronautas rusos que se habían estrellado en los bosques de Siberia. El nuevo reportaje se titulaba «Cooperación y espíritu comunista en el campo de trabajo 26 de Vladivostok». En su reportaje explicaba cómo era el paisaje del Krai de Primorie y la importancia de los trabajos de minería y extracción de roca que se realizaban en el campo número 26; a continuación sintetizaba con elegante precisión las bondades del sistema soviético y lo importante que era para el mundo la preeminencia del pensamiento comunista porque...

Qué lejos está Vladivostok.

80. Los nombres

«Ah», dijo Ø, cuando me atreví a preguntarle si prefería que la llamara Ø, Lucille o Kira. Desde luego, no me habría atrevido a plantearle semejante cuestión si no hubiera estado animado por los múltiples «vinos hipocráticos» que refrescaron aquel mediodía amarillo y caluroso, y que descabalaron mi idea de la prudencia y mi consciente cobardía.

«Ah», repitió Ø, sin prestarme mucha atención. Durante buena parte de la mañana había estado meditando cuál sería el mejor modo de provocar una confesión voluntaria de Lucille sin que mis palabras pudieran parecer indiscretas o curiosas en exceso. Era dudoso que Ø acabara contándome por qué había personas que la conocían por otro nombre, cuál era el motivo de su estancia en Niza, por qué tenía que ocuparse de que las cosas estuvieran en su lugar, cuál era su relación con Matt Mattison, por qué se hacía acompañar por aquellos tres individuos peligrosos con aspecto criminal, por qué conocía mis movimientos mejor que yo mismo o por qué... «Ah».

Uno de los Soldados de Goristsikhe me había abierto la puerta de Bougain Ville con una mano oculta en el interior de la americana, y hasta que no me reuní con Lucille en la piscina no estuve seguro de poder vivir para gozar de un nuevo amanecer. De vez en cuando me asaltaba la convicción de que aquellos hombres, cuyas siniestras armas había entrevisto alguna vez, acabarían conmigo a la menor ocasión y que ni siquiera Lucille, que parecía dominarlos como marionetas, podría impedir que me descerrajaran cuarenta o cincuenta tiros en la cabeza hasta conseguir que ni siquiera el mejor médico forense pudiera identificar mi rostro.

«Ooh», murmuró a mi oído Lucille, y añadió: «Ah... Mmm». Resultaba difícil averiguar si estaba dudando o si sus expresiones se debían a la actividad que estábamos practicando, y aunque nunca he sido tan vanidoso como para pensar que alguien pudiera querer confiarme secretos de cierta

importancia, me parecía que tampoco merecía el desprecio de una contestación sincera a una pregunta como aquella. Por otra parte, y dada la relación esencialmente gimnástica que nos unía, era razonable que uno quisiera saber cuál era el nombre que prefería escuchar en tales circunstancias, aunque solo fuera por favorecer de algún modo la conversación.

«Aaah», insistió Ø, sin revelarme sus preferencias y sin proporcionarme ningún indicio respecto a las numerosas preguntas que me acuciaban. Su relación con Matt Mattison me resultaba preocupante, desde luego, y no me cabía ninguna duda de que Matt había hablado de Lucille con Celeste, y que Celeste había pronunciado el nombre de Kira con sobrada intención, aunque mi cerebro no fuera lo suficientemente avisado como para descubrir cuál era; y no se me olvidaba que la hermosa mujer del reloj, la parisina Agnes Du, había citado su nombre completo, Kira Kerashimova, y que había pasado una o varias noches en una habitación del Negresco con Violette, y aunque sospechaba en qué había consistido aquella relación, no podía descartar que hubiera alguna conspiración que... «Mmm... Ah», murmuró.

Y cuando ya no esperaba que contestara a mis preguntas, murmuró mi verdadero nombre —«Ooooh, Linton», dijo—, y todo el andamiaje de dudas, reticencias, interrogaciones, sospechas y temores se vio coronado con un clímax de angustia que estuvo a punto de paralizar mi corazón. «Ooooooh», dijo, a modo de conclusión.

Lucille se derrumbó a mi lado, jadeando, y aunque cualquiera habría querido profundizar en las dudas que me asaltaban, me pareció más oportuno —y sensato y razonable, también— cambiar de tema y...

«El rojo de tu carmín es muy llamativo».

«Ay».

«Y combina muy bien con tu esmalte de uñas...».

Ø resopló varias veces —sin prestarme mucha atención, eso hay que admitirlo— y luego se lanzó a la piscina con un salto olímpico, seguro y decidido. Buceó hasta el otro extremo y allí emergió, para volverse a sumergir y regresar hasta el lugar donde me encontraba yo. Apoyados los brazos en el borde y dedicándome su deliciosa sonrisa nórdica, me advirtió: «En estos tiempos, Nigel, todos utilizamos varios nombres. Pero tú puedes

llamarme como quieras». Como por arte telepático, al cabo vino la criada eslava con un albornoz y Lucille salió de la piscina como si lo hubiera ensayado para una pudorosa película americana. «¿Te preocupa mucho mi nombre, Nigel?».

«Los nombres son importantes. Lo dice la Biblia», se me ocurrió contestar.

«¿Eso es lo que te enseña tu amiga judía? ¿Lecciones bíblicas? Vaya. Creía que Celeste era más divertida».

Tenía la idea de que Ø solo conocía a Celeste de haberla visto de lejos en la fiesta estival en el Negresco...

«¿Conoces a Celeste?», le pregunté, casi aterrado.

«Yo, sí. ¿Y tú?».

Se inclinó para darme un beso en los labios y sonreírme con un gesto que me pareció tan hermoso como maléfico. Luego se acercó a un aparador cubierto de buganvillas y sirvió dos copas más de Noilly Prat, a las que añadió abundante hielo y limón.

Tenía la seguridad de que si me atrevía a contestarle que efectivamente *conocía* a Celeste, tal vez acabaría poniéndome en ridículo sin remedio. Al fin y al cabo, lo único que yo *sabía* de mi adorada amiga era que quería comprar un mapa astronómico, que trabajaba para su tío en Londres y que tenía los pies vendados. Todo lo demás no eran más que suposiciones.

«Nunca se acaba de conocer bien a las personas», dije con tono pesaroso, aunque en aquel momento me pareció una respuesta adecuadamente vaga y poco comprometida.

Mi amiga sonrió, dio un sorbo a su Noilly Prat y se puso las gafas de sol de lentes azules.

«Yo conozco bastante bien a todos tus amigos, Linton», dijo, volviendo a pronunciar mi *verdadero* nombre.

Seguramente no volvería a tener una oportunidad como aquella para ocuparme de quien más me interesaba.

«¿Corre peligro Celeste estando con Matt?».

«Mi querido Nigel...», dijo Ø, «es Matt quien corre peligro».

81. Una cena (casi) solitaria

Le Chantecler tenía aquella noche un aire de siniestra pesadumbre: las mesas vacías, las molduras de madera, e incluso las plantas y las luces, parecían haber perdido un poco de aquel lustre que encandilaba a todos los clientes del Negresco. Era uno de esos días —comunes en todos los hoteles del mundo— en los que los invitados prefieren disfrutar de la cena en sus habitaciones o, simplemente, deciden ir a cenar fuera, no tanto por estar hartos de la comida reiterativa del restaurante como de los reiterativos rostros de la clientela. Ni siquiera los hermanos Wuppertal, con su característico olor a anticongelante, habían ocupado su mesa: era común verlos degustar varios platos de pescado cada noche antes de coger el taxi que los llevaba a una villa de... bueno, bah, eso no tiene importancia. Solo dos ancianos británicos —demasiado viejos como para caminar hasta la ciudad vieja y demasiado avaros como para gastar su dinero en un taxi— ocupaban una mesa central, en la que daban cuenta, silenciosamente, de algunas verduras hervidas. (Me pregunté por qué habrían decidido ir a morir al Negresco de Niza). Al fondo, casi en la oscuridad, había dos hombres cuyos rostros eran indistinguibles y cuya conversación apenas podía diferenciarse de un lejano siseo.

Como no podía contar con Celeste, me dispuse a cenar solo. Aunque prefería su compañía a la de cualquier otra persona de este mundo, tampoco me habría importado que frente a mí se sentara la generosa alsaciana, o Mylène Demongeot, o Lucille, o la princesa Deline, o incluso el coronel Du Picq, su bigote y su esposa. Pero todos debían de tener ocupaciones importantes... o el sentido común necesario para no pasar demasiado tiempo conmigo. Celeste no había regresado de su expedición en busca del huevo Fabergé, Lucille me había dejado solo en la piscina de Bougain Ville, diciendo que tenía que hacer llamadas importantes, y se fue rodeada de sus Soldados de Goristsikhe, Mylène seguramente estaría encadenada en los

estudios de cine, sufriendo terribles torturas a manos de un perverso guionista, la princesa Deline estaría vigilando sus cerezos a la luz de la luna y el coronel Du Picq y su bigote estarían en la terraza de su habitación escrutando el cielo con unos viejos prismáticos de la Primera Guerra Mundial.

Me sorprendió ver aquella noche en el servicio a Jean-Pierre, porque en el Negresco se consideraba extraordinario que Patrick abandonara sus obligaciones como jefe de camareros ante la clientela más distinguida del mundo.

Seguramente ahora recordaría qué pedí para cenar si no me hubiera quedado petrificado al comprobar que los dos hombres que bisbiseaban en la oscuridad del restaurante eran el profesor Brainbridge y Matt.

Aunque mi cerebro procuraba establecer relaciones, conexiones y conclusiones a la mayor velocidad posible, me resultaba imposible desentrañar qué vinculaciones podía tener Matt con el profesor Brainbridge, y si aquello guardaba relación con Celeste, o incluso con Lucille Øorund o con la condesa de Polignac o con Mylène o con la astronomía, o con la princesa Grace de Mónaco... ¡o con los huevos Fabergé!

Al cabo de unos minutos, el profesor Brainbridge se levantó y, apoyado en su elegante bastón, salió del restaurante en dirección a los ascensores. Me saludó con un amable y cordial gesto al pasar, me deseó *bon appétit* en un correctísimo francés y me preguntó por Celeste. No quise darle muchas explicaciones, porque enseguida empezó a decir «bien, bien» y «excelente, excelente», y me pareció evidente que estaba deseando marcharse a descansar.

Matt permaneció en la oscuridad, y solo el ocasional brillo incandescente de sus *luckies*, que iluminaba las perezosas volutas de humo azul, revelaba su amenazante presencia. Creo que esperó a que los dos ancianos se levantaran reumáticamente de la mesa y emprendieran un pesaroso camino hacia sus aposentos para abandonar su siniestra oscuridad y acercarse a mi mesa.

En tales circunstancias, uno espera que le den educadamente las buenas noches, pero eso no siempre ocurre. En este caso, Matt encendió su enésimo *lucky* y esperó callado hasta que Jean-Pierre vino y se llevó mi plato. Le

Chantecler me pareció entonces más melancólico y peligroso que nunca. Seguramente aquel hombre de la Agencia acabaría sacando su arma y descerrajándome varios tiros, aunque desde luego no tenía ni la más remota idea de cuáles podrían ser los motivos. Pero eso es algo que también ocurre habitualmente: nadie sabe a ciencia cierta por qué suceden esos acontecimientos terribles, pero suceden, y las agónicas víctimas de tales ejecuciones sumarias mueren con los ojos desorbitados, como desconcertadas, asombradas y estupefactas, preguntándose la razón de semejante violencia, y sin llegar a conocerla jamás.

Ojalá hubiera tenido valor para levantarme de la mesa y abandonar el restaurante. Eso era lo que deseaba.

82. Juegos de espías en Ostberlin

«No sé si alguna vez Berlín fue un lugar donde la gente quisiera vivir», dijo Matt, apurando su *lucky*. «Hace cuatro años, cuando crucé Point Charlie para entrar en Berlín Oriental, aquella ciudad parecía la residencia abandonada de Belcebú. No era una ciudad sucia, porque nadie tenía nada que tirar. Los edificios ruinosos y oxidados se iluminaban (cuando había luz) con unas bombillas mortecinas y amargadas que inspiraban terror; los edificios temblaban cuando uno abría el grifo y el agua sucia del señor Ulbricht ascendía a regañadientes por las cañerías hasta los fregaderos y los baños». (El señor Ulbricht era el alcalde de Berlín o el gobernador o... En fin, no recuerdo si Matt lo precisó).

Cuando los jefes de Matt en Langley oyeron a las autoridades alemanas decir que *nadie tenía intención de construir un muro en Berlín*, y de eso hacía cuatro años, tardaron apenas un par de horas en comunicarle que tenía que volar a Europa urgentemente: al menos en Langley, estaban seguros de que no tardarían en construirlo.

«Llegué a Berlín en 1961. Todavía había nieve en las calles», murmuró Matt, como si Berlín hubiera tenido nieve en las calles desde tiempos inmemoriales y solo en los últimos años se estuviera derritiendo. «Aunque el señor Murphy», ¿o dijo Marty?, «y algunos compañeros sabían de mi llegada, no me presenté en la Base de Operaciones de Berlín. La Base era lo más parecido a un burdel en aquella época y me ordenaron que ni siquiera pasara por allí».

Esto es curioso: a Matt le habían reservado una habitación interior de un hotel (no recuerdo el nombre, pero seguramente tenía muchas consonantes), donde le habían dejado una maleta con un muestrario de telas; según el espía más famoso de la radio, la tapadera del vendedor de telas «siempre daba

resultado». Por lo que decía, Matt visitaba un día tras otro todas las sastrerías y pañerías de Berlín Occidental, recogiendo pedidos que jamás se formalizaban y que jamás llegarían a su destino.

Recostado en la silla de Le Chantecler y aferrado a uno de sus *luckies* sin filtro, Matt dijo que poco tiempo después habían destituido al tal Murphy y que habían propuesto como director de la Base a un idiota llamado Graver, a quien apodaban *El Supremo*. Matt decía que los agentes de la Base de Berlín estaban ocupados en «otros asuntos» y que no se enteraban de nada, y que con Graver la cosa iba a ser peor. Todo el mundo temía una acción ofensiva de los comunistas, excepto los idiotas de la Base.

«El 1 de agosto, en una tienda de tejidos de Klimmenstraße, me atendió una joven llamada June». Matt dijo que aquella June era efectivamente la famosa June Sworobuck, de la que se contaban asombrosas hazañas en los periódicos, aunque tal vez no eran más que embustes y patrañas. Matt dijo que June le había demostrado al idiota de Graver lo flexible que era su pierna y lo dura que era su rodilla, cuando el nuevo director de la Base quiso propasarse con ella. June le encargó a Matt una buena cantidad de tejidos y, al final, mientras le enseñaba un *tweed* barato en la trastienda, le encomendó pasar a Berlín Oriental, le entregó los documentos necesarios, y le ordenó ocupar un apartamento de la calle Middwieckstraße, en Winsviertel. No había más indicaciones ni órdenes: solo observar y esperar. Si los comunistas al final decidían levantar el muro —y eso era lo que creían en Langley—, había que tener «un gusano en la cesta».

«Pasé a Berlín Oriental el 3 de agosto de 1961, y me instalé en el apartamento del número 16 de Middwieckstraße, en Winsviertel, tal y como se me había ordenado». En aquella época, según Matt, nadie podía estar seguro de que los soviéticos no supieran quién era uno y a qué se dedicaba, pero los controles no eran precisamente rigurosos; al menos dos mil o tres mil refugiados pasaban la frontera berlinesa todos los días. Esto también lo dijeron los periódicos en su momento, porque yo recuerdo haberlo leído, y París y Londres se llenaron de alemanes que huían de los comunistas.

La Base contaba con nueve agentes en Berlín Oriental, y los aliados tenían derecho a vigilar y controlar algunas zonas de esa parte de la ciudad, tal y como se había acordado, pero a esas alturas ya todo el mundo hablaba

del *muro* que pensaban levantar los rusos... «Algunos alemanes, los servicios de inteligencia franceses, unos pocos militares y los agentes de Berlín Oriental llevaban días advirtiendo que las autoridades soviéticas estaban pensando en acordonar el sector oriental... pero nadie les prestó la menor atención».

Y de repente, a mediados de agosto de hace cuatro años, en 1961, un tipo siniestro del Comité Central llamado Honecker ordenó finalmente levantar el muro. «Todo se hizo en cosa de horas», me explicaba Matt. «Los obreros trabajaban bajo los fusiles de la Policía Popular y de los soldados soviéticos. Los pasos se bloquearon y los obreros de una y otra parte ya no pudieron acudir a sus trabajos; la gente se subía a los árboles, a las estatuas, a los faroles y a los edificios cercanos para ver a los miembros de sus familias que habían quedado aislados en una u otra parte. Todas las noches había disparos junto al muro: muchos jóvenes —y muchos vigilantes también— intentaron salvar aquel espacio aterrador, minado y vacío, y saltar entre alambradas de espino y balas aquella pared».

En la parte oriental quedaron atrapados seis o siete agentes y Matt. «Todos, salvo Kimballe y yo, fueron expulsados de inmediato. Kimballe y yo éramos los únicos a quienes la policía soviética no tenía en sus archivos. Con la idea de pasar desapercibido, Walterius Kimballe siempre había fingido ser un vagabundo loco —y creo que en los meses siguientes lo acabó siendo de verdad—, así que nunca levantó sospechas, y yo llevaba apenas diez días en el 16 de Middwieckstraße, y había sido lo suficientemente discreto como para que nadie me tomara por nada más que un checoslovaco con mucha afición a la bebida...».

La Base de Berlín Occidental se despejó como un barco a punto de hundirse: todos se largaron a Múnich o a Bonn. Y Matt y su compañero, el vagabundo Walterius Kimballe, se vieron abandonados y solos en Berlín Oriental.

«Yo vivía en el número 16 de Middwieckstraße, en Winsviertel», repitió Matt, como en una amarga letanía—, «uno de los barrios más tristes y sombríos del Ostberlin. Tenía que pagar dos habitaciones del segundo piso, en la puerta número 5. En la puerta número 1 vivía una anciana que siempre estaba a punto de morir, en la puerta número 2 vivía una joven funcionaria

que también ejercía la prostitución ocasional, en la puerta número 3 vivía un matrimonio con un supuesto hijo cuya edad obligaba a pensar que lo habían tenido siendo unos niños, en la puerta número 4 vivían dos hermanos con varios gatos, perros, loros y supongo que chinches y garrapatas, y en la puerta número 5 vivía yo».

Matt Mattison había decidido que yo tenía que conocer su historia en Berlín. Me la iba a contar, quisiera o no, aunque yo no se lo había pedido.

Matt me hablaba de la mujer que vivía en la puerta número 6 de su edificio, entre los escombros del Berlín Oriental. Aquella mujer cuidaba a su hija enferma, quien, según Matt, había luchado «con los últimos de Weidling, como miembro de las Hitlerjugend (HJ)». Matt debía de haber pasado en aquella habitación muchas horas, escuchando las interminables historias de la anciana.

«En abril de 1945, según me contó la señora, su hija Gretta tenía once años y luchó junto a otros seis muchachos de las Juventudes Hitlerianas cerca de un parque que entonces se llamaba de Teuteburg. Cuando se corrió la voz de que el Führer se había quitado la vida, ellos no lo creyeron, y siguieron luchando varios días más, hasta que se vieron obligados a enfrentarse directamente a los blindados soviéticos».

Matt dijo que el obús que destrozó las ruinas en las que se escondían los niños despedazó a tres muchachos e hirió de gravedad a otros dos, que murieron poco después. El otro —que era hijo de un médico famoso de las SS, cuyo nombre he olvidado— se contó entre los prisioneros de guerra, fue enviado a Rusia y jamás se volvió a saber de él. «A Gretta la metralla se le incrustó en el cráneo, pero no la mató, por desgracia», me dijo Matt. Los soviéticos la encontraron deambulando entre los escombros, con su bonito uniforme de las Juventudes Hitlerianas salpicado de sangre, y con un Gewehr 41 en la mano. El comando soviético se burló de ella, y jugaron con la niña a la gallinita ciega, aprovechando que no podía ver por el impacto de la metralla, y luego la violaron hasta que la creyeron muerta. (Lo cuento tal y como me lo contó Matt, y no invento nada). Su madre la encontró días después, cuando los fusilamientos nocturnos, los ahorcamientos y las violaciones de mujeres en los barrios de Berlín. Matt decía que lo que más había lamentado la mujer fue ver cómo había quedado el bonito uniforme de

las Juventudes Hitlerianas: se lo había puesto recién planchadito cuando salió de casa, decía su madre, y ahora... Ahora Gretta había cumplido ya los 28 años y seguía respirando, por desgracia; Matt iba a verla habitualmente y a compartir con su madre un poco de sopa con berzas hervidas, «que era lo único que se podía permitir». A veces le leía libros en inglés o en francés.

Cuando Matt me relató esa escena, en el restaurante, imaginé que Gretta, con los sesos llenos de metralla, seguramente no podría oír nada de lo que se le leía, y si podía oírlo, su cerebro despedazado no podría entenderlo. Matt admitía que aquella situación se había vuelto cada vez más ridícula y, sin embargo, más tranquilizadora, «al menos para mí, que no tenía que justificar mi compasión para con una alemana nazi». Gretta, pese a su edad, estaba esquelética, y llena de llagas y eccemas, aunque su rostro aún conservaba — por algún misterio de la genética— aquellos hermosos rasgos infantiles que seguramente la convirtieron en la capitana del último grupo de desesperados defensores de Berlín. «Por alguna razón, no conseguía ver en Gretta la demoníaca figura de los nazis, tal y como me habían enseñado en Langley».

«Era una niña: era nazi igual que podía haber sido costurera», le dije, sin mucha convicción.

«Cuando su madre me contaba lo guapa que había salido de casa aquella tarde aciaga, con su traje bien planchadito, a combatir contra el Ejército Rojo, no tenía más remedio que admitir que efectivamente la indumentaria de las Juventudes Hitlerianas seguramente le sentaba de maravilla a la niña».

Un día, la mujer confesó que aún guardaba en un armario el trajecito militar de Gretta: lo había lavado, planchado y almidonado, y lo conservaba como la venerada reliquia de «los buenos tiempos», que era el modo como los alemanes se referían al fervor patriótico del Tercer Reich.

Según su propio relato, Matt se veía obligado a pasar días enteros «en el segundo piso, puerta 5, del número 16 de Middwieckstraße, en Berlín Oriental». Esa era la razón por la que se había obsesionado con Gretta y su traje recién planchado de las Juventudes Hitlerianas.

Para intentar que la imagen de la niña con su impecable trajecito nazi violada por una horda de rusos sucios no ocupara su mente hasta hacerlo enfermar, decidió entretenerse en averiguar la vida de sus vecinos y saber en qué ocupaban sus sórdidas existencias alemanas. «Al fin y al cabo, eso era lo

que se suponía que tenía que hacer un agente americano en Berlín Oriental». Había en el edificio varios funcionarios ministeriales, un carnicero que ejercía de comisario, «como era preceptivo», una maestra de violonchelo —a la que nunca se le habían conocido alumnos—, un oficial de un supermercado que traficaba con alimentos, una familia que vivía de una librería que ocupaba la esquina de la calle, donde Matt se surtía de libros de contrabando en inglés... La mayoría de los apartamentos de aquel edificio y de otros colindantes, según el macilento americano, estaban ocupados por obreros: casi todos eran polacos contratados por el nuevo gobierno comunista.

«Transcurrió casi un año antes de que la Agencia consiguiera ponerse en contacto conmigo». Hasta que, por fin, una vieja polaca le había salido al encuentro y le había ofrecido un abrigo a buen precio en la calle y él, aterido de frío, se lo había comprado casi con las últimas monedas que le quedaban. Cuando llegó a casa, y casi por casualidad, se percató de que el dobladillo de la manga izquierda estaba demasiado rígido: al abrirlo, encontró una carta de la Agencia y algunos centenares de francos franceses y rublos que podría cambiar en las oficinas de correos de Berlín Oriental sin muchas dificultades. En la carta se le decía que se pusiera en contacto con un agente que respondía a las iniciales K. K., que estaba organizando la construcción de los túneles que permitirían el paso de decenas, centenares e incluso miles de alemanes de la zona soviética a la zona libre.

K. K. resultó ser, finalmente, una hermosísima mujer finlandesa, o rusa, o ucraniana o danesa —¿quién podía saberlo?—, con la que empezó a colaborar activamente en la construcción de un túnel por el que iban a huir al menos 135 personas. Si el pasadizo no se descubría, puede que acabaran dejando el Ostberlin quizá mil o dos mil personas... «Yo mismo esperaba poder huir de aquella vida miserable», dijo Matt. Y, en sus propias palabras, cometió el error de decírselo a K. K., con la que —aunque no me lo dijo— había mantenido algo más que una colaboración profesional. «Kira Kerashimova... ese era su verdadero nombre... si es que alguna vez tuvo algún nombre verdadero, fijó la fecha de la evasión para un domingo de primavera. Yo le comuniqué mi deseo de huir también y le pedí que me

acompañara». Kira le dijo que no podía hacer semejante cosa, y que creía que su misión era quedarse en Berlín Oriental y ayudar a otros alemanes a sortear el muro.

«El túnel acabó midiendo más de doscientos metros; partía del sótano de una taberna mugrienta de Pankow, desde donde pasaríamos a la zona francesa. Durante más de seis meses, siempre por la noche y bajo la estricta supervisión de Kira, distintas partidas de hombres habían acudido a la taberna de aquel nazi tullido: bajaban discretamente a la bodega y allí, tras un pesado armario, comenzaba el túnel —de apenas medio metro de altura—, por el que nos arrastraríamos hacia la libertad. El propietario de la taberna, nazi convencido, odiaba visceralmente a los aliados, pero aún odiaba más a los comunistas: una de sus piernas había quedado en las heladas llanuras rusas, cerca de Leningrado, en 1943».

Matt dijo que el momento de la huida era especialmente peligroso, porque cuando se abriera el otro lado —se suponía que una partida de obreros franceses y americanos habían empezado a excavar en una fábrica de harinas abandonada de Bomholmer Strasse—, todos los perseguidos por la Stasi de Mielke y por la HVA querían huir de Ostberlin. «Los primeros en pasar al otro lado íbamos a ser dos hermanos noruegos, un francés aparentemente ajeno al conflicto político —pero con influencias decisivas, o eso se decía, para pasar en el primer grupo—, un disidente comunista especialista en equipos eléctricos, un geógrafo alemán y yo mismo; Kira en ningún momento hizo ademán de querer venir conmigo y parecía, desde luego, decidida a quedarse allí y ayudar a otras personas que corrían grave peligro en Alemania Oriental. Su entrega y su valentía resultaban tan conmovedoras...».

Matt encendió otro *lucky* y siguió hablando como si contar aquella historia le diera tanta pereza como vergüenza. Jean-Pierre había apagado casi todas las luces del restaurante y solo la lámpara de tulipa ambarina iluminaba nuestra mesa.

«El día previsto, el nazi tullido nos invitó a un vaso de vino asqueroso y nos deseó buena suerte mientras bajábamos a la bodega. Como no contábamos más que con dos linternas, solo el geógrafo alemán, que iba a encabezar la marcha, y yo, que la iba a cerrar, tendríamos ese privilegio». Kira ni siquiera se presentó para despedirse... y, cuando dijo esto, me pareció

vislumbrar en Matt una mueca de decepción. Pero si era así, Matt era más estúpido de lo que creía, porque nadie que conociera a Lucille Ørund —y tuviera un mínimo de sensatez— podía llegar a la conclusión de que haría algo que no fuera su pura voluntad. Ø era una de esas personas destinadas a organizar el mundo, y era ridículo pretender que actuara conforme a los dictados, los deseos o las decisiones de otros.

Matt me explicó que la Administración 12 era la sección del Ministerium für Staatssicherheit o MIS para el control de las comunicaciones. Por desgracia, eran agentes de la A-12 los que habían conseguido venderle el abrigo con el dinero y unas falsas instrucciones de la Agencia, igual que al francés, a los noruegos y a los compañeros de fuga. Cuando salieron al otro lado del túnel, los esperaban varios miembros armados de la policía, un alto responsable de la Administración Central para la Lucha contra Personas Sospechosas, Kira Kerashimova, con sus siniestros ayudantes, y varios representantes del Partido; quizá, dijo Matt, también había algunos *invitados* de la KGB. «Los noruegos, el francés y los dos alemanes fueron trasladados de inmediato a un furgón, y jamás volví a saber de ellos; respecto a mí... Entonces me pareció evidente que la Agencia no había conseguido ponerse en contacto conmigo... Tal vez ni siquiera lo había intentado. Poco importaba ya: Kira me aseguró que de momento pasaría a las dependencias penitenciarias de la Stasi, donde se me *evaluaría*; dado que era americano, procurarían favorecer un intercambio». En aquella época eran muy habituales los intercambios de espías —no en Charlie, como todo el mundo creía—, sino en París, Oslo o Roma; los americanos solían cazar a varios espías soviéticos todos los años, pero también utilizaban a diplomáticos de Alemania Oriental, Polonia, Hungría o Checoslovaquia si los soviéticos conseguían esconderse bien. «A todos los efectos, en el Mundo Libre los alemanes orientales, los polacos, los húngaros o los checoslovacos son rusos, y se les trata como tales».

Matt no creyó necesario detenerse a explicarme cómo era la penitenciaría particular de la Stasi, aunque era fácil imaginarlo. Solo me dijo que no había visto ni hablado con nadie allí, salvo con los miembros de la policía encargados de interrogarlo. «Les conté todo lo que sabía sobre la estructura en Berlín Occidental, y quiénes eran los jefes de la Base, y cómo

June Sworobuck me había proporcionado las órdenes, y cómo se había sabido que pensaban construir un muro, y cómo se había organizado el despliegue a Bonn, y cómo había muerto Kimballe el invierno pasado, por no tener dónde cobijarse y...». Matt reconocía que no tenía ningún remordimiento por aquello: se había sentido abandonado por la Agencia y creía que no le debía nada ni a la Administración americana, ni al pueblo americano ni al mundo en general. «Por otra parte», me dijo, «no creo que les estuviera descubriendo nada nuevo y nada de lo que les conté podría resultarles de interés».

«Tres semanas después, comenzaron los interrogatorios de la KGB, que tenían delegación y administración propia en Berlín, cerca de Unter den Linden, como todo el mundo sabía. Repetí todo una vez más. Quisieron algunas precisiones respecto a las instalaciones de la Agencia en Langley, y por vez primera creí que debía omitir alguna información de la que efectivamente disponía».

Matt me dijo que ni los alemanes ni los soviéticos lo consideraron un elemento especialmente interesante; el mero hecho de haber sido abandonado ya revelaba la poca importancia del sujeto en cuestión. Intercambiarlo por el famoso espía ucraniano Reginald Larevski —a quien la famosa Y destapó en Washington— estaba fuera de lugar. Se necesitarían unas docenas de Matts para compensar la importancia de Larevski.

Matt daba por seguro que iba a ser enviado a un campo de Polonia o de Siberia, donde moriría olvidado del mundo —eso me dijo, encendiendo otro cigarrillo, pero de los míos, porque su paquete de *luckies* ya estaba vacío—. Pero, para sorpresa suya, lo metieron en un vehículo y lo dejaron en la puerta de su casa, en el número 16 de Middwieckstraße, en Winsviertel.

«Estaba convencido de que la Agencia me había abandonado, y llegué a pensar, en realidad, que yo había formado parte de alguna de aquellas fantasmagorías que organizaban unos y otros, y en las que las vidas de los agentes no contaban nada. Se me acabaría considerando un “quemado” y nadie volvería a ocuparse de mí».

Indudablemente, a Matt Mattison le encantaba la retórica del fracaso, la estética de la frustración, la imagen de la decepción, la poética del desencanto e incluso el relato de la desilusión. Son defectos que se aprenden en las

novelas existencialistas y en las revistas baratas, donde se asegura que el aire macilento de fingida desesperación en los hombres tiene algún interés para las mujeres con poco seso.

«Estuve varios días encerrado en mi casa», dijo Matt, dando fin a su relato, «metido en la cama y procurando curar la terrible pulmonía que las duchas de agua fría me habían provocado en la penitenciaría».

La madre de Gretta se ofreció a hacerle simulacros de sopa con la benéfica intención de sanar aquellas toses y flemas que amenazaban con matarlo. La mujer volvió varias veces, con el mismo ofrecimiento, aunque nunca le llevó sopa ni nada que se pareciera a un caldo, dijo Matt. Comprendía que ocuparse de la pobre Gretta ya era una tarea agotadora, pero la anciana parecía estar perdiendo la cabeza. «Al fin un día me confesó que Gretta ya no estaba en la casa. Lamenté mucho su muerte, y traté de convencer a la mujer de que su fallecimiento tal vez era lo mejor que le podría haber ocurrido... “Pero no son maneras de morir”, me dijo la anciana. El caso era que mi detención había propiciado también un registro exhaustivo de todo el edificio, y habían descubierto el trajecito planchado de Gretta en un armario. Aunque Gretta, desvalida e inerte, ya nada podía contra el nuevo estado comunista alemán, se la llevaron y la ahorcaron desnuda en una plaza cercana, como hicieron los alemanes en Rusia. Su madre decía que la habían tenido tres días allí colgada, a la intemperie... “con el frío que hacía”. También confiscaron el trajecito limpio y planchado de las Juventudes Hitlerianas y le dijeron a la anciana que no saliera jamás de casa». Matt estaba seguro de que no había tardado mucho en morir de inanición.

«Algunos días después», Mattison no era capaz de concretar cuántos y achacaba esa imprecisión a la fiebre, «Kira fue a buscarme con sus hombres y otros miembros de la Stasi y, probablemente, con los invitados de la KGB. Me cubrieron la cabeza con un saco tupido y emprendimos un largo viaje, durante el cual la fiebre me adormecía y me sobresaltaba constantemente».

Aunque tenía algunos motivos para desconfiar de la versión de Matt Mattison, no me extrañó que hiciera referencia a la paliza que le habían propinado en un almacén de Rostock los acompañantes de Kira (los Soldados

de Goristsikhe, aunque él no los llamaba así, desde luego). Luego lo encerraron en un contenedor de pescado y «allí estuve quizá un día o dos, es imposible saberlo».

Kira Kerashimova, acompañada de dos hombres, había abierto en una ocasión el contenedor de pescado, y le había preguntado si se encontraba bien. «Yo estaba seguro de que tenía varias costillas rotas, y probablemente también algunos huesos de la mano. Kira me dijo que estaban esperando un barco islandés en el que se cargaría el contenedor y que me depositaría en Copenhague, donde me estarían esperando “mis amigos”. Todo ello se cumpliría sin falta si “mis amigos” tenían a bien entregar en Oslo a un joven búlgaro *injustamente* acusado de espionaje en Washington».

Mattison estaba casi completamente seguro de que Kira era un cargo importante en la RDA; él creía —estaba dispuesto a apostar un dólar de plata— que pertenecía a la Administración 12 de comunicaciones, pero tal vez dependía de la Administración 2000, del Servicio de Control de Extranjeros (Arbeitsgruppe Auslaender), del Servicio para la Lucha contra Personas Sospechosas o tal vez era una de las temibles IM (Inoffizielle Mitarbeiter) que actuaban por su cuenta en aquel mundo aterrador de estrellas rojas y consignas tan patrióticas como amenazantes, chantajeando, secuestrando y coaccionando a personas e instituciones de todo tipo con el fin de obtener réditos económicos o políticos que...

«Bien», dijo Matt al final. Abrió un poco los brazos, mostrándome las palmas de las manos, como si fuera un sacerdote condescendiente, y concluyó: «Eso es todo, señor Balquhiddel-Kinloch». Luego se levantó, y se fue.

A mí nunca me han interesado las vidas ajenas. La mía tampoco me parece especialmente interesante, aunque —como es mía— la observo con cierta consideración y cariño familiar. Tras escuchar las tristes aventuras de Matt Mattison en Berlín Oriental, no supe decidir si aquello podía considerarse una confesión, una amenaza, una advertencia o una novela sentimental.

Mientras subía en el ascensor, pensé que Matt quería recomendarse a sí mismo en la relación con Celeste, igual que los jóvenes explican a los padres de sus novias lo mucho que han estudiado, cuánto han trabajado, la solidez de

sus convicciones morales y las buenas perspectivas de futuro que tienen. Puede que también —empujado por un arrebatado de piedad hacia el *amigo* de Celeste— quisiera advertirme de las mentiras y crueldades que ocultaba mi amiga Ø, a quien debería temer como a la peste. La historia del espía norteamericano abandonado en Berlín Oriental también explicaba su trabajo como vigilante en la presumible visita del embajador a Niza, con motivo del Catorce de Julio, y la relación amistosa con el señor Brainbridge, desde luego. Tampoco era raro, por tanto, que Agnes Du lo conociera.

Cuando abrí la puerta de la habitación, aunque estaba sumida en una profunda oscuridad, su interior me pareció más acogedor que nunca. Al menos allí sabía dónde estaban las sillas, las mesas, la cama o los espejos. Respecto a mi vida en Niza, todo eran incertidumbres y amenazas, y los personajes se movían como sombras que yo ni podía ver ni podía descubrir.

83. ¡Pareces una espía rusa!

Algo había oído o leído uno de esas farsas, tan populares en las novelas baratas de espías.

Mi amigo Doug y yo habíamos conversado en alguna ocasión —en el *Laeti Mustelae*— sobre aquella mujer que habían detenido tiempo atrás en Londres. Doug me aseguró que unos años antes, en la celebración de Año Nuevo de 1951, había acudido a la casa de su amigo Frank Doel (propietario de la librería anticuaria Marks & Co, del 84 de Charing Cross Road). Nora Doel, su esposa, había preparado una fiesta espléndida, pasando por encima de las graves restricciones de la posguerra. Fueron llegando todos los invitados y, a pesar de la desdichada situación económica, reinaba la alegría y el buen humor, como es natural en los días navideños. Doug me dijo que llamó mucho la atención la llegada de dos amigos de la casa, Peter y Helen Kroger, porque lucían unas indumentarias carísimas, impropias de las dificultades que estaba atravesando el Reino. Al ver aparecer a Helen con aquel vestido negro largo, imponente y sobrecogedor, la buena de Nora Doel le había dicho: «¡Querida Helen! ¡Traes un vestido maravilloso! ¡Si pareces una espía rusa!». Pocos días después, Nora y su marido se llevaron una fabulosa sorpresa cuando vieron en el periódico que habían detenido a su amiga Helen y a su marido Peter, acusados de ser espías soviéticos. Se llamaban en realidad Morris Cohen y Lona T. Cohen (Leontina Cohen, para los soviéticos). Con ellos cayeron otros espías, todos ellos pertenecientes a una confabulación conocida con el nombre de Círculo de Portland.

Más curioso aún fue el caso del «hombre que no venía de ninguna parte». Esto lo leí en un periódico. Los servicios secretos británicos detuvieron a un hombre llamado Gordon Lonsdale, del que no pudieron sacar nada en claro, aunque se sospechaba de sus actividades desde tiempo atrás. (De todos modos, nunca se supo qué hacía en Inglaterra o a qué se dedicaba,

salvo a organizar fiestas elegantes, acostarse con mujeres de diplomáticos y beber más de la cuenta). En el año 64 lo canjearon por un inglés llamado Greville Wynne. Al final los comunistas admitieron que aquel hombre era el famoso Konon Molody; una vez que se quemó, Molody se sumió en una existencia gris y se entregó al vodka, al parecer, vencido por la melancolía de la vida de elegancia y distinción que había tenido en Londres y... pero, bueno, eso bah.

84. Avispas y tartas de chocolate

Un himenóptero se enredó en las cortinas de la habitación, que ondulaban perezosas con la brisa matinal, y luego consiguió acercarse a la copa de zumo de Celeste. Levanté la mirada del periódico —donde se narraba un nuevo crimen de Boumedah *el Argelino*, esta vez en la cercana Vence, donde un pacífico ciudadano holandés había sido degollado junto a su hermana y su cuñado, y dos mujeres del servicio doméstico— y procuré espantar a la avispa, cuyo torpe vuelo la había llevado hasta la botella de agua, desde donde resbaló hasta la tetera solo para espantarse aterrorizada ante el chorro de vapor que... Se habla mucho de la torpeza de las polillas, es cierto, pero en mi opinión las avispas son muchísimo más inhábiles que las polillas.

Celeste salió de mi ducha con su atuendo habitual (una toalla blanca a modo de turbante en la cabeza, otra envolviendo su curvilínea figura, con el anagrama dorado del hotel en el pecho, y los pies vendados con gasas esterilizadas).

«¿Qué dice el periódico? Tienes que escuchar esto», dijo sin esperar contestación a su pregunta; colocó un vinilo en el tocadiscos y añadió: «El “*Zip-A-Dee-Doo-Dah*” con sonido Manchester. *Yeah!*». The Hollies —esta es una información de la que yo no disponía en ese momento, aunque lo supe después, cuando Celeste dejó la carpeta sobre la mesa— interpretaban una canción antigua de un modo trepidante. ¡Aquellos chicos estaban realmente contentos ante la perspectiva de un día soleado! Respecto a los movimientos que Celeste quería hacer pasar por pasos de baile delante de mis narices, casi preferiría no tener que comentarlos. Celeste también parecía embriagada por la posibilidad de un día soleado, y aquel día en Niza era verdaderamente espléndido. Mi preciosa amiga me demostró —por enésima vez aquel verano— que podía llevar a cabo los movimientos y retorcimientos más asombrosos sin que su «honestidad» corriera ningún peligro. El sonido del bajo eléctrico

de The Hollies conseguía acongojarme, pero en Celeste provocaba unos ejercicios cervicales que al fin dieron con la toalla-turbante en la lámpara de la habitación. Aquel día, la torpe avispa tuvo mala suerte: en uno de aquellos arrebatos de éxtasis, el pie vendado de Celeste se levantó violentamente y la golpeó de un modo atroz; el desdichado himenóptero fue a estamparse contra el cristal de la ventana francesa y luego, aturdido y seguramente tullido, consiguió arrastrarse por la moqueta de la habitación hasta encontrar la salida, emprendiendo un vuelo macilento y acobardado hasta su hogar. The Hollies gritaban enloquecidos ante la perspectiva de un día maravilloso, con el concurso altruista de mi adorada Celeste, cuyos saltos y cabriolas conseguían crear un pequeño oleaje en mi té con leche. No podía quererla más, como decía Tillotson.

Por fin se derrumbó en la silla, frente a mí, con una sonrisa por la que cualquiera podría haber vendido su alma al diablo, si es que semejante cosa tiene algún valor para Satanás.

«Prefiero a Haydn, cariño», le dije, ofreciéndole una tostada con mermelada de melocotón.

«Los tiempos están cambiando», dijo.

Aquella mañana Celeste tampoco tenía mucha hambre, así que se lanzó con furia hacia la porción 1/6 de tarta de chocolate que adornaba la mesa, junto con los *croissants*, los zumos, las pastas, las frutas, el té...

«Ayer estuve con Matt».

«Mmm... ¡Qué chocolate, por Dios! Ah, ¿sí? Es un chico estupendo. Es espía: ¿lo sabías? ¿De verdad no quieres probar la tarta de chocolate? Está deliciosa».

«Lo pasó mal en Berlín».

«Pobrecito», dijo Celeste, como si conociera mejor que yo la historia, pero no le concediera mucha verosimilitud o mucha importancia. «Vaya, casi me he comido la tarta yo sola...».

«Creo que le molesta que yo..., que tú y yo...».

En ese momento, llamaron a la puerta. Miré intencionadamente a Celeste, por si quería pasar a su habitación, pero ella seguía disfrutando del sol que entraba por la terraza, del chocolate y de las melodías arrebatadas de The Hollies.

Era Violette.

«Buenos días, señor Quibalder-Locking. Hemos recibido varias quejas de algunos señores clientes. Tal vez si pudieran bajar un poco el volumen de...». Y entonces, poniéndose de puntillas, vio por encima de mi hombro a Celeste, que había salido a la terraza y estaba dedicándole uno de sus sensuales bailes al sol de julio. «Bueno, no importa, señor Baderquid-Kolinch... Creo que podré arreglarlo».

No obstante, antes de cerrar la puerta, le prometí que bajaríamos el volumen del tocadiscos, y eso fue lo que hice antes de salir a la terraza con Celeste.

Era un día espléndido y el azul turquesa de la bahía refulgía con mil brillos dorados.

«Solo quiero desayunar contigo», dijo, con los ojos cerrados, y balanceándose como si la brisa de aquella mañana perfecta fuera suficiente para hacer ondular su fabuloso cuerpo báltico.

85. Beatrix Villequeau

Antes de comer, estábamos el señor Artjoms Levv, Mylène Demongeot, Celeste y yo en la terraza del hotel, y cuando Violette llegaba con los camparis (americanos, con soda) se formó un pequeño revuelo de periodistas y fotógrafos, con sus *flashes*, sus libretas, sus sombreros ladeados y sus preguntas.

Violette, en cuyo cerebro —con bastante probabilidad— había quedado impresa para siempre la sugerente imagen de Celeste bailando en la terraza con una diminuta toalla en torno a su cuerpo, no sabía si dirigir sus cálidas sonrisas a su antiguo amor, Mylène, o a su nueva pasión.

«¡Vaya! ¡Qué revuelo!», dijo el señor Levv, levantando levemente el ala de su canotier. Celeste y Mylène, que habían estado cotilleando en el tono más insolentemente frívolo a propósito de distintos actores con los que había trabajado la bella nizarda, se ajustaron las gafas de sol y observaron con seria curiosidad el «espectáculo».

Violette, que se apartó para dejar paso a las hordas periodísticas que rodeaban a aquellos personajes prominentes, *no tuvo más remedio* que ir a colocarse detrás de Celeste y Mylène, con la mala suerte de que una jardinera atestada de palmeras y plantas exóticas la obligaba a incrustar sus caderas entre las dos jóvenes. Entonces se inclinó y los labios de Celeste y de Mylène se arracimaron a escasísimas pulgadas de su nariz.

«Es la señora Beatrix Villequeau y su marido».

La venerable señora Villequeau, que ya no iba a cumplir jamás los sesenta años, era una famosa novelista de historias policíacas y de misterio. Pero aún era más famosa por lo que se contaba de ella: se decía que era noble, de una antiquísima familia austrohúngara de apellidos larguísimos e impronunciables, que ella misma había sido detective en los años veinte, que había descubierto crímenes espantosos en Biarritz, que había estado a punto

de morir a manos de un lanzador de cuchillos, que había participado en carreras de bóridos, que había abandonado a su marido noble para casarse con un mendigo francés, que había cruzado el Canal en globo aerostático y que... Bueno, esas aventuras estrafalarias de los alegres años veinte. La mayoría de esos rumores seguramente serían embustes, pero a los periodistas y a los lectores de periódicos les encantan los embustes, y, para el Negresco, contar entre su clientela con una personalidad tan singular como la famosa señora Beatrix Villequeau siempre era un agradable acontecimiento. La señora Jeanne Augier, propietaria del Negresco, no negaba que era un honor acoger en su establecimiento a Jerry Lewis, a Sean Connery, a Kim Novak, a Ursula Andress, a John y Cynthia, a BB o a otras «rutilantes estrellas»; pero, como todos los franceses, tenía debilidad por los literatos menores, los artistas extravagantes, los filósofos existencialistas de ocasión y los cineastas sesudos.

Los periodistas permanecieron educadamente fuera del establecimiento cuando la señora Villequeau y su marido entraron en el hotel por la famosa puerta esquinera del Negresco. El señor Artjoms Levv pareció pensativo y meditabundo, y murmuró que no podía estar seguro, aunque tal vez, porque él creía haber oído, lo cual por otro lado podía ser una equivocación, o una coincidencia, y, desde luego, sería muy raro que la señora Villequeau tuviera relación con los Buttgerit-Dientzenhofer, aunque él creía haber oído que...

Por mi parte, lamenté no contar con la misma perspicacia de la señora Villequeau, porque ello me habría permitido desenredar la espantosa madeja que se había formado a mi alrededor.

86. La muerte de Tirpitz *el Asqueroso*

La doctora Simonette Val, de freudianos labios, solía decirme que en ocasiones buscamos inconscientemente el objeto de nuestros más íntimos deseos. A mí esas teorías me parecían psicologías, que es tanto como decir suposiciones, porque los científicos ya han dicho —y esto lo he leído yo en los periódicos, que no son habladurías— que los deseos íntimos, el amor, el resentimiento, el odio, el placer, el gusto, la satisfacción, el asco y otras muchas circunstancias humanas no son más que combinaciones de sustancias viscosas. Por no hablar de los cromosomas, el ácido desoxirribonucleico y otras porquerías que rigen nuestro ser y nuestro destino. La adenina, la citosina, la timina, los fosfatos, los aminoácidos, las proteínas, las vitaminas, los ácidos aspárticos, los neurotransmisores, las adrenalinas, las dopaminas y las histaminas, entre otras mil sustancias y combinaciones gelatinosas, están en los hombres como en las chinches, las pulgas y las polillas (esto lo puedo asegurar, con conocimiento de causa científica). Esta es la razón por la que, salvo en el caso de Celeste (me parecía imposible que Celeste pudiera estar sometida también a los azares de esos caldos químicos), tengo la tentación de observar las conductas humanas (incluida la mía) como el resultado de batidos, purés y sopas de fosfatos y glutamatos, histaminas y acetilcolinas, óxidos nítricos y trifosfatos, aminoácidos y peptídicos... He visto todas esas sustancias asquerosas en el microscopio, en los pliegues y repliegues más repugnantes de los insectos, y sé que las mismas composiciones pueden encontrarse en los hombres.

En cualquier caso, la doctora Simonette Val decía que en ocasiones buscamos inconscientemente el objeto de nuestros más íntimos deseos. Y tal vez el deseo inconsciente de Tirpitz *el Asqueroso* era morir del modo más ridículo y humillante, porque no cabía duda de que se había esforzado hasta la extenuación en provocar un crimen feroz en su propia persona.

Y ahora voy a contar cómo lo supe y los detalles del caso.

Sentado en uno de los espléndidos rincones del *lobby* del Negresco, junto a *Dix-huitième*, mientras esperaba a Celeste para ir a cenar a un restaurante, del que se decía en Niza que tenía el pescado más... bueno, eso ahora no importa. El caso es que estaba sentado en uno de los espléndidos rincones del *lobby*, junto a *Dix-huitième*. Alguien había olvidado un ejemplar del periódico local en el sofá y, como gato cartesiano que era, *Dix-huitième* se había ido a sentar encima. Me pareció entrever en una pequeña fotografía el rostro repulsivo de Tirpitz, pero no podía asegurarlo, porque las zarpas de *Dix-huitième* me impedían leer el titular y el resto de las noticias. Pero... ¿por qué iba a aparecer la cara de Tirpitz en el periódico? Para averiguarlo, bastaría con quitar al gato de allí y coger el diario.

En el botiquín del hotel, donde la encantadora Rhonda me estaba curando los arañazos de la mano, se habían acomodado también dos danesas cuyas quemaduras en la piel necesitaban atención, pero mis heridas naturalmente tenían prioridad.

«¿Cómo se le ocurre quitarle el periódico al gato?», dijo Rhonda, negando condescendentemente con la cabeza.

Rhonda, la enfermera permanente del Negresco, solía atender insolaciones, sarpullidos de medusas, retorcimientos de pie en el pedregal playero, quemaduras cutáneas, ahogamientos leves, indigestiones y diarreas, y algunas veces, arañazos de *Dix-huitième*. Me desinfectó las heridas —una de ellas, bastante profunda, precisó dos puntos de sutura—, aplicó un antiséptico yodado y luego me vendó la mano delicadamente.

De regreso al *lobby*, comprobé que *Dix-huitième* había huido después de la pelea —en la que fui yo quien salió malparado— y había abandonado el diario en el sofá. Con la mano derecha dolorida, me las arreglé para desplegar el periódico hasta tener delante la foto —sin duda era su asqueroso rostro— de Tirpitz.

El titular decía, aproximadamente: «Brutal crimen en Riquier». Riquier es un barrio de Niza. La noticia no ocupaba más que una pequeña columna, pero explicaba, casi de inmediato, que la víctima era el conocido periodista local Fabien Tirpitz, que solía ocuparse de la crónica social y de los pequeños escándalos que adornan las poblaciones turísticas durante los meses estivales.

Se añadía que, según las informaciones policiales, y otras a las que no se quería dar publicidad, el señor Fabien Tirpitz había sido hallado en su domicilio por el cartero que iba a llevarle unas fotografías y que había encontrado la puerta abierta. La noticia concretaba que Tirpitz vivía en un edificio viejo, donde tenía alquiladas dos dependencias; en una de ellas, «extremadamente sucia», según el diario, tenía un hornillo donde tal vez cocinaba en alguna ocasión; y en la otra tenía un colchón en el suelo, y «algunas mantas raídas»; compartía el baño del pasillo con otros inquilinos del inmueble (argelinos, españoles y sicilianos). El cartero había descubierto a Tirpitz medio desnudo —como si hubiera sido sorprendido a la hora de ir a dormir, decía el periódico, con cierto aire de suposición misteriosa—, colgado con una cuerda de una cañería y con unos papeles de periódico en la boca. La policía estaba segura de que Tirpitz no había muerto ahorcado, sino asfixiado previamente, cuando el brutal asesino le había hecho ingerir seis páginas enteras de un periódico grande —dos de ellas a todo color— y no pudo engullir la última: se le obturaron las vías respiratorias y murió amoratado, de una forma agónica, con espasmos y aterrado por la desesperación. No se daban más explicaciones, salvo que las fotografías que llevaba el cartero eran completamente inocentes: pertenecían a Sue Ann Langdom, que había alquilado una casa en Saint-Tropez y había tenido algún descuido con su arriesgadísimo bikini *polka dot* azul.

Sí: Tirpitz había estado esforzándose toda su vida para llegar a ese punto. Él no era consciente de que deseaba morir así, asfixiado por su propia maledicencia, por su propia iniquidad, por su propia bajeza, pero —como diría la doctora Val— eso era exactamente lo que perseguía y lo que necesitaba. En fin: ya fuera su voluntad inconsciente o los caldos de fosfatos y las sopas de aminoácidos, se había puesto fin a una existencia tan innecesaria como nociva, satisfaciendo los anhelos de quienes no soportábamos su presencia y permitiendo que Niza y el Universo en su conjunto lucieran más brillantes y espléndidos que nunca.

Personalmente, creía que el asesino no era ni brutal ni criminal, sino un hombre de bien, generoso y caritativo, que había librado al mundo de un sujeto tan nocivo y perjudicial. En todo caso, estaba seguro de que nuestro buen ciudadano no tardaría en ser apresado: era muy evidente —tan obvio

que no necesita aclaración— que el benéfico asesino había decidido que el periodista «se tragara sus propias palabras». Bastaría con examinar las páginas que Tirpitz tenía en el estómago —si no se habían disuelto—, en el esófago y en la garganta para saber cuál era el motivo de aquel acto.

«Pero... ¡Nigel! ¿Qué te ha pasado en la mano?», preguntó Celeste, que venía con un microscópico vestido azul egipcio capaz de desbaratar la aburrida monserga de cualquier existencialista.

87. Los días inexistentes

¡Eso sí que era curioso!

Una noche, después de una velada especialmente deportiva con mi amiga Ø, me abandonó el sueño. Lucille dormía plácidamente apenas cubierta por una sábana y en la casa no se oía ni el más mínimo movimiento, aunque era indudable que los Soldados de Goristsikhe y la servidumbre eslava ocupaban distintas estancias de Bougain Ville. En el exterior, la leve brisa nocturna conseguía que las estrellas de la piscina se balancearan dulcemente, como acunadas en el agua. Las continuas referencias a las estrellas —mezcladas con amenazas, malos augurios o voluntades criminales— comenzaban a angustiarme, y a veces tenía que ingerir varias píldoras de BZP para poder respirar y para que los nervios de la espalda no me obligaran a torcer la cabeza...

¡Eso sí que era curioso!

Con un poco de suerte, pensé, el maestro Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque dedicaría el siguiente capítulo de su *Astronómica* a la física teórica y la pluralidad de los universos —se ponía especialmente abstracto en estos casos— y el sueño acudiría a mí con su benéfica y salutífera influencia, etcétera. Pero no tuve esa suerte; tuve otra, bien distinta, que consistía en conocer una historia... Bueno, ¡eso sí que era curioso!

Se da por seguro —y en esto me ciño casi literalmente a la *Astronómica* del maestro Moullet de Riveranque— que no hay exactitud o ajuste en el número de giros que da la Tierra sobre sí misma respecto a su periplo alrededor del Sol. Es decir, que el número de días no cuadra exactamente con el año, de modo que un año no tiene 365 días, sino 365 días y un poco menos de un cuarto de día. Además —y esto le parecía muy preocupante a mi maestro astrónomo— los movimientos de rotación y de traslación de nuestro

planeta se están ralentizando, de modo que, según nuestro calendario, vamos a tener que realizar un ajuste de un día cada 3.300 años, lo cual desde luego será un engorro.

Moulet de Riveranque contaba que unos profesores de la Universidad de Salamanca (que está en España) habían descubierto en el siglo XVI que el tiempo estaba «muy mal contado». Enviaron cartas e informes prudentísimos al papa Gregorio, diciéndole que el calendario que se había instituido en el Concilio de Nicea del año 325 había provocado tal descalabro en el cómputo de los días que seguramente estaban viviendo «en el día que no era». (Esta idea me pareció a mí muy interesante, porque con frecuencia yo mismo tenía la impresión de estar viviendo en «el día que no era»). Todo el problema radicaba en el hecho de que en Nicea se había decidido que el día de Pascua fuera el primer plenilunio después del equinoccio de primavera (21 de marzo), pero como estaban mal contados los días, resultaba que ahora el equinoccio caía el 11 de marzo. Se creía que el año tenía 356,25 días, cuando en realidad tiene 365,242189; así que desde el Concilio de Nicea del año 325 hasta el Concilio de Trento se habían perdido ¡once días! Esto era no saber en qué día vive uno. El papa convocó entonces a los astrónomos más sabios de toda la sabiduría astronómica, que se llamaban Aloysius Lilius y Christophorus Clavius, y les encargó que formaran una comisión que estudiara el caso y pusiera los días y los años en orden, conforme a las circunvoluciones de la Tierra y de los astros en general. Los astrónomos comenzaron a estudiar y —después de muchas vueltas y revueltas, según Moulet de Riveranque— en 1580 llegaron a la conclusión de que había que adelantar el calendario once días. La cuestión, decía el maestro, era especialmente peliaguda, porque la decisión del papa de Roma no era una decisión universal, en una época de grandes cismas y enfrentamientos religiosos. El nuevo calendario —tal y como se acordó—, tendría 365 días y cada cuatro años habría uno bisiesto, de 366, salvo cuando el año fuera múltiplo de 100, pero sí lo sería en los múltiplos de 400... Quedó el año fijado en 365'2425 días, que es un cálculo bastante preciso, pero no exacto, porque ello supone que nos adelantamos 26 segundos al año, y por esa razón habría

que atrasar un día cada 3.300 años —decía el maestro Moullet de Riveranque —, siempre que, claro está, los movimientos de traslación y rotación no hubieran variado...

Reunidos astrónomos, matemáticos, ministros, reyes, clérigos y navegantes, en 1580 se decidió que había que poner a la Tierra en hora, y que había que adelantar esos once días en el calendario que se habían perdido por contar mal. Con gran temor de Dios, se acordó que tras el jueves 4 de octubre de 1582 no vendría el 5 de octubre, sino el 15 de octubre. La sola idea de semejante salto en el tiempo causó una gran conmoción, y Moullet de Riveranque decía que algunas monjas en Italia se habían vuelto locas intentando comprender el caso astronómico, sin llegar a entenderlo del todo.

Los países más avanzados de la época, que eran Italia, España y Portugal, hicieron el cambio de acuerdo con la decisión papal, y salvo algunos incidentes comerciales, no hubo ni grandes confusiones ni alborotos. En una corte judicial española, según decían, un asesino quedó libre porque no se pudo decidir qué día había cometido el crimen y, según los recovecos de los leguleyos, se acabó acordando que aunque el asesino había cometido efectivamente el crimen, no se podía decidir qué día lo había cometido, y que si bien en una cuenta normal el asesinato se había cometido el día 9 de octubre, era evidente que el día 9 de octubre había sido un día inexistente, y no se podía condenar a un hombre a galeras por haber cometido un crimen el domingo día 17 de octubre cuando en realidad lo había cometido el día 9, que era un día inexistente, etcétera.

Otros países, como Francia, Lorena, Flandes o los reinos de Alemania, fueron cambiando la fecha en diferentes semanas; hubo grandes alborotos en Flandes, porque el cambio se hizo de manera ruin y tras el 21 de diciembre vino el 1 de enero, con lo cual no hubo Navidad aquel año ni en Bruselas, ni en Brujas, ni en Gante ni en Amberes. Algunos países —decía el autor de la *Astronómica*— tardaron décadas e incluso siglos en cambiar el calendario, de modo que a lo largo de la Historia generalmente cada país, e incluso cada región, ha vivido en días distintos, con las consiguientes molestias e inconvenientes de todo tipo. Inglaterra y sus colonias adoptaron el nuevo

calendario a mediados del siglo XVIII, y hubo países que solo cambiaron sus fechas en nuestros días: los rusos, por ejemplo, hicieron el cambio en 1918, cuando decidieron que al 31 de enero le siguiera el 14 de febrero.

¡Esto sí que era curioso!

88. El cumpleaños de la pequeña Georgina

Y casi sin pretenderlo, se organizó una pequeña fiesta en honor de la pequeña Georgina, que cumplía cinco años, enamoraba a todos con su pícara sonrisa y siempre estaba dispuesta a las zalamerías para conseguir sus objetivos.

Cuando Celeste y yo íbamos a cruzar el vestíbulo para salir por la puerta principal —que no es la que se abre al mar, como pudiera creerse, sino la imponente (y británica) que da a la calle del Commandant Berretta—, vimos en el restaurante pequeño, desde La Rotonde, al profesor Brainbridge y a su familia. De pie, rodeaban una mesa llena de dulces y golosinas, una fabulosa tarta de chocolate y diversas bebidas inocentes y con burbujas. Los caballitos de feria que adornaban el restaurante favorecían el ambiente festivo que alegraba los rostros de los congregados. Mark, que tenía diez años, corrió al ver a Celeste y le informó con toda precisión del gran acontecimiento que se celebraba en aquellos instantes. «¡Georgina cumple cinco años!, ¡Celeste, tienes que venir! ¡Georgina cumple cinco años!». Cogió de la mano a Celeste y, entre risas, se adentraron los dos en el restaurante, uniéndose de este modo a la celebración. Violette, con otros tres camareros y la *nanny* de los niños, se encargaban de mantenerlo todo en la mejor disposición, y de vez en cuando ordenaban la docena de globos de colores que se bamboleaban a distintas alturas, rellenos de helio e inmovilizados gracias a un cordel atado a los respaldos de las sillas.

«¿Qué es ese escándalo?», dijo Mylène Demongeot, que se disponía a pasar todo el día tumbada en la playa, aprovechando que el director de su *peplum* había tenido la noche anterior algunas dificultades para asimilar la notable cantidad de alcohol que había ingerido.

«Un cumpleaños», le dije.

La señora Helen Brainbridge nos vio allí plantados y nos hizo señas para que entráramos y nos uniéramos a la fiesta.

«Bueno», dijo Mylène, «no me importa celebrar cumpleaños, siempre que no sea el mío», y nos adentramos en la colorida reunión.

Por alguna razón, no me extrañó ver a Matt, aunque estaba casi seguro de que Celeste no había concertado ninguna cita con él, porque iba a venir conmigo al banco, a la farmacia y a hacer algunas compras. El agente de Langley me hizo un gesto con la barbilla y fue a sentarse en una mesa cercana, pero ajena a la fiesta. Mark se acercó a él, como si lo conociera desde mucho tiempo atrás —así es el natural comportamiento de los niños—, y le pidió que le inflara un globo amarillo. Matt le revolvió el pelo rubio al crío, y se esforzó en la tarea hasta conseguir un fabuloso globo, grande, redondo y amarillo «como el sol», dijo Mark. Celeste se acercó y estuvo conversando con él unos instantes, pero enseguida volvió con el profesor Brainbridge, feliz y encantador como era habitual. Sujetaba cariñosamente a Georgina, encaramada a una silla y deseando que encendieran las cinco velas de la tarta para completar el ritual.

Alexandra (Wescott) Brainbridge se presentó a Mylène: le dijo que estaba encantada de conocer a una actriz de verdad, aunque debía reconocer que su marido, el bueno de Tom Wescott, era un ferviente admirador «*de su trabajo*». Todos nos reímos de buena gana, incluso Tom, que titubeó al darle la mano a Mylène como si fuera un estudiante impreciso y no uno de los matemáticos más prometedores de la Carnegie Mellon de Pittsburgh.

«Y esta es mi hermana Annemarie», dijo cogiendo del brazo a su hermana, más joven y más asombrada ante la encantadora belleza nizarda de Mylène.

«¡Y yo soy Georgina!», gritó la niña, desesperada ante aquellas ceremonias y presentaciones que estaban retrasando su gran momento.

«Mi tío y los abogados están intentando concertar la compra antes de que salga a la venta el Bevis, pero ya les he dicho que es imposible».

«Sería una gran informalidad que la casa hubiera prometido sacar esa pieza a subasta y, finalmente, llegara a un acuerdo...», dijo el profesor. Celeste añadió que en ocasiones se había llegado a acuerdos de ese tipo ofreciendo condiciones especiales y mediante negociaciones privadas, siempre que no afectara al...

Annemarie, como su hermana, no podía ocultar sus raíces germánicas, heredadas de la perfección marital de sus padres. «Sí, íbamos a la farmacia ahora», le dije a Annemarie, que conocía mis dolencias óseas y cada vez que me veía por el hotel me preguntaba cómo iba mi recuperación. (En realidad, casi recuperado de mi intoxicación de hexaclorobenceno, Celeste y yo íbamos a la farmacia a comprar los barbitúricos que aliviaban mis dolencias nerviosas —remedio seguro, según la doctora Simonette Val, la de freudianos labios— y vendas para los pies de Celeste, que había prometido prestarme algunas para mis curas en la mano).

«¡Vaya! ¿Es que aquí no se avisa nunca a la autoridad?», le dijo el coronel Du Picq a Georgina, que siempre se reía con los refunfuños prusianos del viejo militar y su bigote. La señora Du Picq no tardó en colgarse del brazo de la señora Brainbridge, siempre dispuesta a escuchar amablemente las habladurías *urgentísimas* que corrían por Niza y de las que la señora Angélique du Picq se enteraba siempre.

«¡Me tienes que ayudar a soplar!», le dijo Georgina a Mylène, que acabó siendo la *tía* favorita de la niña en un período de tiempo extraordinariamente corto, aunque eso se debía seguramente al bonito sombrero de paja que llevaba la actriz y que Georgina se empeñó en probarse una y otra vez.

La señora Berg entró en el restaurante también, pero dijo que tenía cita en la peluquería y se limitó a darle dos besos a la señora Brainbridge, con la que había intercambiado algunas palabras, y se fue de inmediato. Se cruzó con el nubio imponente que solía acompañar a Agnes Du, la mujer del reloj; la señora Berg le lanzó una mirada lasciva, pero siguió su camino sin detenerse.

El profesor Brainbridge se percató entonces de la presencia de la señorita Du.

«Oh, mi querida Agnes... Pasa, pasa... Estamos celebrando el cumpleaños de Georgina. Y que pase tu amigo... también».

El imponente ayudante de Agnes Du se llamaba Vincent Warsama y, según el coronel Du Picq, tanto su abrumadora constitución como su nombre tenían origen en la Somalia Francesa, que está... lejos. Los gestos incómodos de algunos de los presentes (sobre todo del rubicundo señor Wescott y su esposa Alexandra) ante la presencia de Vincent Warsama justificaban en mi

opinión una cierta arrogancia orgullosa, y la discreta X que llevaba en la solapa seguramente era un recordatorio de lo que le había ocurrido a Malcolm Little en febrero.

«Siempre les digo a los niños que no jueguen con el gato», explicaba Alexandra Brainbridge, apartándose discretamente de Vincent Warsama y señalando mi mano herida. «Creo que ese *Dix-huitième* tiene muy mal carácter».

«No tiene mal carácter», dijo el joven Mark, «Lo que tiene son zarpas: ¡arañaría a cualquiera aunque solo tuviera intención de acariciar!».

Georgina gorjeó con una risa descarada ante la ocurrencia de su hermano.

89. «*Laiss'z vivre la cavalletta!*»

Una mañana, paseando con Celeste, el señor Levv y Mylène por el parque del castillo, donde acudíamos en ocasiones buscando un frescor que ni siquiera se podía encontrar en la playa, nos detuvimos en un pequeño quiosco que hay casi en la cima, junto a los escasísimos restos ruinosos de la fortaleza donde murió, según Mylène, un insigne poeta español cuyo nombre nadie recuerda en Niza.

Un grupo de muchachos estaba torturando a un pobre ortóptero a quien no le iban a valer sus habilidades saltarinas, a pesar de la piedad y conmiseración que demostraban las dos niñas del corro. «*Laiss'z vivre la cavalletta!*», decían las muchachas, en el incomprensible batiburrillo francés e italiano propio de los nizardos. El señor Levv, con su sobrina y Mylène, se había enredado en una conversación sobre el orden que había que mantener en los parques públicos, y si convenía adornarlos con parterres y flores, o dejarlos más bien al estilo inglés. Mylène defendía un «jardín mediterráneo», aunque no era capaz de definirlo con precisión. Por mi parte, estaba francamente preocupado por el futuro del saltamontes, a quien no le auguraba un final feliz. ¡Sería ridículo que me levantara y me inmiscuyera en las aventuras de unos niños y su *cavalletta!*

Pensé entonces que uno de los grandes favores que debo agradecer a mi familia, a mis amigos y, muy especialmente, a mi pobre Laurine y a la tía Mildred, es que me desanimaran en todos los proyectos que tuve la tentación de emprender. Gracias a Dios, siempre me quitaban de la cabeza esas majaderías que solían enturbiarme la mollera, como completar unos estudios, comprar una enciclopedia científica o hacer un viaje a un paraje insólito. Al final, siempre acababa reconociendo que no eran más que necedades, y que no había necesidad de estudiar más, ni de comprar más libros ni de viajar a países extraños porque ni yo era capaz de apreciar esos lujos ni me iban a

servir para nada en la vida. Yo no era un hombre de aventuras, eso me lo repetía mi Laurine mil veces, y la tía Mildred me prevenía con frecuencia de dejarme llevar por mis impulsos, porque resultaba evidente que la cobardía era mi estado natural; las deficiencias intelectuales que detectaba en mí la doctora Simonette Val ya me advertían contra la idea de inmiscuirme en asuntos ajenos, porque «no estaba capacitado para discernir las numerosas y complejas facetas de las situaciones que se dan en la vida común»; mi amigo Doug, por su parte, solo me recomendaba que me ocupara de mis asuntos si no quería salir malherido...

«*Lais'sz vivre la cavalletta!*», dijo una de las niñas, con abundantes pucheros y dos grandes lagrimones en las mejillas. Los chicos se reían y acosaban al *Stauronotus maroccanus*, que hacía inútiles esfuerzos por abandonar el cerco infantil.

90. Son asuntos del hotel

No sé si fue ese mismo día u otro... Tal vez ocurrió un día antes o quizá dos.

Celeste y yo entrábamos por la puerta principal y en ese momento se desató una tremenda conmoción en el vestíbulo del hotel. La tranquilidad y el necesario sosiego del Negresco se habían perturbado, y era muy llamativo el revuelo que estaba trastornando la pacífica vida del establecimiento, porque no era ni común ni habitual.

El grupo de personas que causaba aquel alboroto —la mayoría, empleados del hotel—, ante el poco edificante espectáculo que estaban dispensando a la clientela, decidió abandonar el *lobby* y retirarse a un despacho, donde podrían resolver en la intimidad el grave problema que había socavado la paz de nuestro elegante Negresco.

El gerente del hotel y la gobernanta le pedían a Violette que dejara de llorar, y Agnes Du, con su implacable nubio Warsama, estaba intentando arrastrarla a una sala particular, ante el escándalo de la jefa de recepción, una mujer que solía sobresaltarse con excesiva frecuencia y en la que cualquier ruido causaba una conmoción similar a la que le habría producido la bomba de 140 kilotonnes que la Unión Soviética había hecho explotar en un lugar remoto de Rusia y que había creado el «lago atómico» de Chagan... Pero, bueno, eso bah. Era difícil saber cuál era la terrible cuestión que se dirimía, pero resultaba evidente que nuestra Violette estaba implicada en el caso y que no parecía estar disfrutando precisamente de la escena. Agnes Du daba la impresión de estar empeñada en llevarse a Violette para «realizar las comprobaciones pertinentes», o eso era lo que decía.

Nos acercamos a la puerta cerrada de la oficina y oímos al otro lado a Violette, que pedía perdón entre sollozos y decía que no lo volvería a hacer. La oficial Agnes Du insistía en que confesara «de una vez por todas» cuáles eran sus «intenciones», y el implacable nubio también aportaba su grano de

arena, aunque la profundidad de su tono de voz nos impedía distinguir sus palabras. La gobernanta, u otra mujer, decía —absolutamente escandalizada— que aquello no podía consentirse, que era intolerable y que Violette tenía media hora para recoger sus cosas y abandonar el hotel; de todos modos, Agnes Du de ninguna manera iba a consentir que Violette abandonara el hotel precipitadamente y sin más, porque, según ella, Violette tenía «muchas cosas que explicar». El gerente, u otro caballero —nos resultaba imposible distinguirlo—, se mostraba intransigente en su opinión, sentenciando que Violette no se movería de allí hasta que no le pidiera perdón a *mademoiselle* Demongeot.

Celeste y yo nos miramos, encogidos de hombros y con los ojos como platos, incapaces de sospechar qué delito podría haber cometido Violette para que estuviera siendo sometida a semejantes vejaciones. No se nos pasaba por la imaginación que Violette pudiera haberle robado algo a Mylène —a quien adoraba, por otra parte— ni que hubiera cometido una descortesía de la que tanto la actriz como el hotel tuvieran que avergonzarse. Ni los insultos, ni las groserías, ni las amenazas o las agresiones cabían en la encantadora personalidad de Violette.

Se oyeron murmullos y sollozos apagados, pero ya no pudimos saber nada más hasta que se abrió la puerta y apareció Agnes Du, con su reloj y su aterrador Warsama. Nos observó detenidamente y puso en marcha los rayos gamma femeninos para analizar a Celeste en una doble secuencia, de arriba abajo y de abajo arriba: un proceso en el que cualquier mujer que no hubiera sido Celeste habría quedado pulverizada. Por fortuna, los rayos gamma de Agnes Du no hicieron mella en mi amiga.

«¿Qué... qué...?», murmuré sin mucho entusiasmo, señalando la puerta cerrada del despacho. A veces se oía a Violette, que gemía entre disculpas y perdones.

«Son asuntos del hotel», dijo destempladamente, sin dejar de observar a Celeste. Luego se volvió hacia mí y añadió: «Visita usted demasiado a menudo Bougain Ville: ándese con cuidado o le reservaremos un vuelo a Varsovia o Budapest la próxima semana».

«¿A Varsovia? Yo no...».

Celeste me rozó con el codo con la suficiente inteligencia como para impedir que siguiera diciendo majaderías que pudieran poner mi vida en peligro y mis maletas en Varsovia... Entonces se abrió la puerta del despacho y salió la gobernanta, una inglesa excepcionalmente laboriosa y limpia, para ser inglesa.

«¿Qué... qué...?», volví a repetir, sin mucha precisión.

«Son asuntos del hotel», contestó, y avanzó con paso de guardia real de Buckingham por uno de los pasillos del hotel hasta perderse en las entrañas del magnífico establecimiento.

A continuación salieron otras tres personas, probablemente relacionadas con el personal del Negresco, o tal vez con la seguridad, o con las oficinas legales de la empresa, pero ante mi balbuceo insistente no obtuve más respuesta que un lacónico «Son asuntos del hotel».

Por fin, tras un dramático silencio, la puerta volvió a abrirse para ofrecernos al gerente, sofocadamente acalorado y sudorosamente congestionado. Cualquiera podría decir que no había pasado por aquel trance en los millones de años que llevaba ocupando puestos de responsabilidad en el mundo del turismo moderno y la hostelería. En su cara se podía leer que, por desgracia, casi lo había visto todo en su vida, y que creía imposible ver nada que le sorprendiera, y, sin embargo —fuera lo que fuera lo que Violette hubiera hecho—, aquello estaba más allá de cualquier consideración y reflexión.

«Son asuntos del hotel», dijo. Y cerró con llave el despacho, dejando en su interior a la pobre Violette, llorosa y compungida —casi pudimos verla, con las mejillas enrojecidas, los cabellos desordenados y su precioso atuendo castrense arrugado—. Prisionera del alcaide del Negresco, sin duda tendría que pasar en aquel calabozo muchas horas, hasta que una corte suprema —y seguramente marcial— decidiera celebrar un juicio —seguramente sumarísimo— en el que sería sentenciada a la peor de las condenas.

Nos acercamos a la puerta del calabozo, donde se leía con letras doradas SERVICE DU PERSONNEL /OFFICE STAFF, y Celeste se apoyó casi en la jamba, como si por aquella inexistente abertura Violette pudiera oírla mejor.

«Violette, Violette», murmuró, ante la incómoda mirada de una de las recepcionistas y un ascensorista demasiado implicado en las virtudes del hotel. «Soy Celeste Levv. Y está conmigo el señor Balquhiddler-Kinloch».

«¡Ay, señorita Levv...! ¡Ay, señor Kinbalquhiddler-Kenloch!».

«No llores, Violette. ¿Qué ha ocurrido?».

«¡Ay, señorita Levv! ¡Acabada, estoy acabada! ¡Ay, señor Quibaldheer-Linken!».

«Pero dínos qué...».

En ese momento volvió a aparecer el carcelero y, con aire inquisitorial, nos amenazó con un furibundo «¡Son asuntos del hotel!».

Abandonamos el lugar con inquietud, pero con distinción, o al menos con toda la elegancia que se le supone a alguien que ha estado intentando liberar a un reo de su prisión.

91. Sexualidad *prêt-à-porter*

En la radio habían estado conversando con un filósofo de París que había publicado recientemente algunos libros sobre las enfermedades de la cabeza. Como la doctora Val siempre procuró que me interesaran las debilidades mentales —porque me convenía estar al tanto de soluciones farmacéuticas y recomendaciones psicológicas—, presté atención a aquel hombre, cuyas palabras me parecieron bastante razonables, teniendo en cuenta que eran el resultado del borboteo intelectual del cerebro de un filósofo.

«¿Qué te parece?», me preguntó Celeste, saliendo del probador de señoras con una *jupette* que seguramente acarrearía excomuni3n. Dio varios giros, con el fin de observar con precisi3n el tipo de curva que su trasero imprimía en la prenda, y murmuró en francés que le parecía *très chic*, o algo parecido. Lo que me pareciera a mí aquella diminuta prenda tenía poca importancia y, además, decirlo aquí me dejaría en muy mal lugar.

El filósofo de París decía que debíamos *penser autrement* respecto al poder, la locura, los castigos o las relaciones humanas. Yo no tenía ningún inconveniente en pensar lo que me dijeran que debía pensar y, corriendo el riesgo de acabar con un peligroso dolor de cabeza si intentaba seguir aquella divagaci3n, escuché atentamente sus palabras. Para empezar, toda su obsesi3n era «alejarse del estructuralismo»; a mí aquel hombre me resultaba simpático y desde ese mismo momento yo también decidí alejarme del estructuralismo como si fuera el mismísimo Belcebú.

El Chelsea era un establecimiento tan británico y tan *mod* que uno tenía la impresi3n de que, al salir, se encontraría a un grupo de chicos haciendo ostentaci3n de sus motos y de sus *little girls* en Carnaby Street. En un rinc3n de la tienda, cerca de los probadores, colgaba un gran retrato de la reina de Inglaterra y junto a la puerta había una enorme escarapela aeronáutica de la RAF. «Entra, que no puedo subirme la cremallera», dijo Celeste desde el

interior del probador. Llevaba un vestido muy colorista de rayas verticales — también con riesgos más que probables de ser condenado por las leyes eclesiásticas— y la cremallera comenzó su deslizante recorrido desde el justo punto medio entre los hoyuelos de Venus hasta su nuca. «¿Qué te parece?», repitió, ejecutando de nuevo ante el espejo ese movimiento que le permitía verse la espalda por el mismo lado del pie que colocaba de puntillas. Me preguntaba por qué estaba Celeste tan interesada en saber cómo le sentaba una prenda, cuando resultaba tan evidente que *todas* mejoraban si ella estaba en su interior.

El filósofo de la radio, después de discutir acaloradamente con el locutor —que se empeñaba en llamarlo «estructuralista»— y repetir varias veces que, aunque no despreciaba el estructuralismo, él no podía considerarse estructuralista, dijo que estaba pensando en redactar una historia de la sexualidad desde sus particulares puntos de vista. Y añadió que tenía en mente un gran proyecto, en el que desarrollaría la historia y la filosofía de la sexualidad en seis o siete volúmenes. Semejante propósito me resultó asombroso: no era capaz de imaginarme cómo podían completarse seis volúmenes con asuntos relacionados con el sexo. Aquel hombre hablaba de *saber* y *verdad* en relación con el sexo, pero yo había estudiado bien la reproducción de los insectos —sobre todo de las polillas— y no era capaz de sospechar por qué derroteros intelectuales podía deambular aquel buen hombre en un tema tan simple y elemental...

La dependienta del Chelsea trajo varias prendas más y, con la mirada arrobada de placer, dijo que a ella —*particulièrement*— le encantaban los vestidos de LM™. También tenían lápiz de ojos, esmalte para las uñas, sombras y maquillajes de LM™. Celeste dijo que conocía la marca y que Lulu Marshall era una de las mujeres más populares de Londres, aunque había tenido algunos problemas por financiar una revista «sucia», o eso era lo que se decía, porque ella no lo sabía a ciencia cierta.

Francamente, me parecía asombroso que alguien pudiera saber tantas cosas del sexo como para completar seis o siete volúmenes. En fin, rellenar una libreta mediana ya me parecía una heroicidad, y con lo que yo sabía de la sexualidad humana apenas completaría unas hojas sueltas con letra amplia y generosa, y eso, añadiendo la sexualidad y los procesos reproductivos de los

insectos, de los que sabía algo más y con los cuales, desde luego, guardan los seres humanos una relación indudable. Con todo, era incapaz de imaginar lo mucho que debía de saber aquel hombre sobre el sexo y la importancia superior que debería tener para él esta actividad recreativa: para la mayoría de las personas —o eso me parece— la actividad sexual no es más que un entretenimiento ocasional que tampoco parece requerir mucha atención.

Me dio un poco de vergüenza estar pensando en semejantes trivialidades mientras Celeste se ocupaba de asuntos más serios, como la decisión entre el azul y el amarillo, las rayas o las flores, los cuadros o los círculos, la geometría o las ondulaciones, la minifalda o el vestido largo, los colores turquesas, blanquecinos o rosa pastel para los ojos, la posibilidad de las pestañas postizas, los carmines casi invisibles, y otras cuestiones de principal importancia. Cuando salimos del Chelsea, íbamos cargados de bolsas y mi labor fundamental era portar una sombrerera con una preciosa pamelita que la dependienta del establecimiento le había regalado a Celeste y que, según pude deducir, combinaba maravillosamente con un bikini que...

Por mi parte, y siguiendo con el hilo de mis frívolos pensamientos sobre la filosofía y el sexo, recordaba haber visto en casa de mi amigo Doug algunos manuales que también dedicaban una gran cantidad de papel a la actividad sexual. (En el caso de mi amigo Doug, supongo, se trataría de una vocación de coleccionista, más que de un entretenimiento común). Recuerdo algunos títulos, como el *Ananga Ranga*, *El jardín perfumado*, el *Son Nu Jing* (o algo parecido), el *Manual de la muchacha cándida*, el *Yu Fang Pi Chye* o cosa semejante, y el famosísimo *Kama Sutra*, entre otras varias docenas. Este tipo de actividades deportivas, tan especializadas, siempre me...

«¿Qué te parece si me pongo esta tarde la *miniminijupette*, Nigel?», me dijo Celeste, enlazando su brazo con el mío.

«Perfecto, querida».

Y se rio a carcajadas porque sabía que aquella falda tenía que ser pecado en todas las confesiones del mundo, incluida la suya.

92. Los pecados de Violette

Aquel día por la mañana hubo tanto revuelo en el hotel que Celeste y yo nos vimos en el centro del *lobby*, con nuestros albornoces blancos del Negresco, con nuestra cesta playera, nuestros sombreros y nuestras gafas de sol, inmersos en una asombrosa barahúnda de gentes que iban y venían apresuradamente, como arrastradas por una confusión arremolinada de gritos, escándalos y conmoción.

La gobernanta del hotel parecía convencida de que el Negresco estaba a punto de perder para siempre su fama, bien ganada durante el último medio siglo, y que acabaría convirtiéndose en una pensión de mala muerte «a este paso». En su opinión, que no dudó en comunicarnos de pasada, mientras agitaba las manos hacia el suntuoso techo del vestíbulo, «el mundo no es más que locura y perversión». (Que el mundo es todo perversión, como solía decir Celeste, es algo que los ingleses sabemos muy bien). El gerente, por su parte, estaba congestionado y sudoroso, y aferrado al mostrador de recepción como un loro aterrorizado ante la presencia de un zopilote, o como quiera que se llame el pájaro que caza loros. En varias ocasiones le habíamos oído decir que vivíamos en un mundo de perdición, donde todo era inmoralidad y desvergüenza; y aunque la *política* del hotel —tal y como la dictaban sus propietarios— era recibir con más alegría las novedades artísticas que los amarillentos cuadros decimonónicos y festejar con más entusiasmo a los jóvenes músicos y actores que a los escritores viejos y filósofos polvorientos, al gerente del Negresco le daba en la nariz que aquellos desvergonzados años sesenta iban a acabar con la decencia y el orden en el mundo.

El despido de Violette ya había causado gran conmoción una semana antes, aunque en aquella ocasión no se había considerado que la catástrofe fuera lo suficientemente importante como para reclamar la presencia de la señora Augier. El caso de Violette, además, había abierto un cisma en la

institución y las posturas habían sido irreconciliables durante dos o tres días. Las «altas instancias» del hotel fueron implacables a la hora de dirimir la cuestión: tanto la jefa de recepción, como la gobernanta, el gerente, el ascensorista principal y el florista habían sido partidarios de un despido humillante, mientras que la «sección común» del establecimiento, incluidos los camareros, las secretarias, algunas limpiadoras y la mayoría de los botones estaban convencidos de que el asunto «no era para tanto» y que se habían visto cosas peores en el Negresco. Respecto a nuestro círculo más cercano, el señor Artjoms Levv prefirió no pronunciarse al respecto y, mientras sofocaba el calor con un pequeño catálogo de cuadros baratos que se subastaban en una galería cercana, aseguró que prefería ignorar el asunto porque no estaba dispuesto a imaginar siquiera la escena que había protagonizado Violette. El coronel Du Picq comentó que las costumbres de aquella joven le resultaban «extraordinariamente curiosas y novedosas», por lo cual había que examinar el caso con detenimiento, a lo que su esposa simplemente apuntó que semejante comentario precisaba una explicación en privado. Alexandra Brainbridge le tapó los oídos a Georgina cuando el imprudente de su marido le contó las causas del despido de Violette, y Annemarie, que estaba empezando a adquirir la molesta costumbre de colgarse de mi brazo cada vez que me veía, negó con la cabeza al tiempo que se mordía el labio inferior; sus padres apenas si prestaron atención al relato, y por sus gestos yo no supe distinguir si la razón estribaba en que ya lo habían visto todo en la vida y no había nada que les causara asombro, o porque los Brainbridge no esperaban mucho más de las jóvenes francesas. Celeste nunca le dio mayor importancia a aquel caso, y solía decir que todos los pecados de la pasión pueden perdonarse; a mí también me parecía que aquel pecado podía perdonarse, aunque no fuera un pecado muy higiénico. De otros clientes, como de los hermanos Wuppertal o de la señora Berg, supimos que estaban en general en contra de Violette. Y esa era, por otra parte, la postura de la mayoría de los huéspedes, a quienes les parecía «un horror, un horror, un horror» la conducta de nuestra amiga. Se hizo famosa la supuesta reacción de BB cuando le contaron la historia: se decía que la mismísima dirección se había sentido en la obligación de confesar lo que había ocurrido y que ella, haciendo descender lentamente sus gafas de sol hasta la punta de la nariz —

de aquel modo tan característico—, había sonreído pícaramente y solo había dicho: «*Quel scandale*». Y después de colocarse de nuevo las gafas, había seguido disfrutando de su *maitai* de naranja como si nada hubiese pasado. Aunque, bien pensado, nadie podía asombrarse de que BB considerara aquella cuestión como un asunto de poca monta y, en fin, casi divertido.

Y respecto a Mylène, que era la más interesada en la cuestión... bueno, Mylène era una joven encantadora a la que ya no le sorprendían las excentricidades del mundo. Así que cuando se reunió la Corte Suprema del Hotel Negresco y se le comunicó —tan privadamente como se pudo— que Violette había estado... digamos, curioseando entre sus prendas íntimas, Mylène sonrió y dijo que todos tenemos «cajones secretos» y que no había necesidad de sacrificar a nadie en el altar de una moralidad que ya no existía. A pesar de la benevolencia de Mylène, nuestra querida Violette fue despedida y abandonó el hotel a la noche siguiente sin que nadie la viera.

Y así fue como se resolvió el asunto, sin recurrir a la policía y sin mayores alborotos para no airear el escándalo. De todos modos, la gobernanta dijo que jamás se le borraría de la cabeza la desvergonzada escena de Violette desnuda y en la cama de la *suite* de *mademoiselle* Demongeot, rodeada de todas las prendas íntimas de la actriz. Para que los clientes estuviéramos seguros de su eficiencia, repetía constantemente que había ordenado lavar seis veces todo el vestuario de la señorita Demongeot, que había cerrado durante seis horas la *suite* para una desinfección completa y que incluso había ordenado sulfatar a conciencia el baño, aunque no se sabía que Violette hubiera hecho nada especialmente... Bueno, eso bah.

Con todo, el asunto de los cajones secretos de Mylène Demongeot fue poca cosa para lo que ocurrió una semana después, cuando tres coches de la gendarmería se presentaron en la puerta del hotel, y otro en la principal. Ataviados con nuestros albornoces blancos, nuestra cesta playera, nuestros sombreros estivales y nuestras gafas de sol, Celeste y yo vimos cómo al menos doce gendarmes entraban en el Negresco para detener al asesino de Tirpitz *el Asqueroso*.

93. La historia de Martin *Marteau* Hooker y Patty

Por experiencia sé que uno nunca puede estar seguro de lo que acontece en el mundo. Las cosas pueden ser así o de otro modo y, aun asistiendo en persona a un acontecimiento, no podemos estar ciertos de que los hechos hayan sucedido tal y como nos parece que han sucedido, y que bien pueden haber acaecido de otra forma, aunque la experiencia lo niegue. En particular, me parecía que aquellos días, y los días posteriores, en el ambiente del Negresco flotaba una calima estival en la que parecían confundirse las falsedades, las mentiras, los embustes, los engaños y los disfraces, y cuando los gendarmes entraron en el hotel para apresar al asesino de Tirpitz *el Asqueroso*, la bruma de los rumores y las habladurías no hizo más que confundirlo todo.

Los clientes del establecimiento, aburridos turistas del verano mediterráneo, se escandalizaban con asuntos como el de Violette o el asesinato de Tirpitz *el Asqueroso* o con las violentísimas masacres de Boumedah *el Argelino* en Grasse o Vence, pero en realidad eran esos acontecimientos sensacionales los que revitalizaban su pereza estival. Así que aprovechaban esos incidentes para debatirlos en el desayuno, en el *noon cocktail*, a la hora de comer, en las calinosas horas de la tarde, con los helados del atardecer, durante los bailes nocturnos y antes de dormir; las habladurías eran tantas y tan diversas que uno llegaba a pensar que nada combinaba mejor con el *croissant*, el *bloody mary* o el *modern jazz* que un buen escándalo sexual o una formidable degollina al estilo del ramadán.

En el caso del asesino de Tirpitz *el Asqueroso*, la noticia de su detención vino adornada con tantos aderezos sensacionales que a veces parecía mentira que pudiera haber algo de verdad en todo lo que se dijo.

Martin *Marteau* Hooker había nacido en Filadelfia en 1929, en uno de los barrios más miserables del condado; conforme a las exageraciones y habladurías estivales, se me aseguró que en aquel barrio nadie sabía quién era

padre ni madre de quién, y en el mercado las cortesanas de la princesa Deline decían que eso era muy común en Estados Unidos, aunque yo no lo creo. El caso es que Martin Hooker empezó a trabajar como chico de los recados en las cocinas de un colegio católico de Ravenhill llamado Academy of the Assumption, donde se ocupaba de las pequeñas labores propias del cargo, como limpiar sartenes, fregar suelos y escaleras, llevar paquetes al correo, cargar con las salchichas y recibir los sopapos correspondientes y los desprecios de las señoritas ricas que aprendían ballet y hacían funciones de teatro por Navidad.

Las personalidades más románticas, como Annemarie Brainbridge, la señora Du Picq o Celeste, decían que en aquel colegio católico de Ravenhill, y «seguramente en alguna de aquellas funciones escolares», Martin se había enamorado perdidamente de aquella niña rubia. Patty veía estrellas a todas horas y al joven Martin el amor le parecía un paseo por la Vía Láctea. La versión shakespeariana del caso era original de Celeste: decía que probablemente ni los profesores ni los padres de Patty veían con buenos ojos la tierna amistad de aquellos niños y era seguro que habrían intentado separarlos por todos los medios... Pero es curioso, añadió Alexandra Brainbridge, con la sonriente Georgina en sus rodillas, que a la tierna edad de catorce años el amor tenga esa fortaleza formidable. Todos estuvimos de acuerdo en esta apreciación.

El caso es que —presa de un *amour fou*—, Martin siguió a Patty a la Stevens School, donde el muchacho continuó ejerciendo las labores más ingratas, trabajando en los establos, solo por amor a su estrella rubia. Una tarde, mientras nos refrescábamos en la terraza con helados, Annemarie me puso la mano en el brazo y dijo: «¡Cuánto tuvieron que sufrir esos dos muchachos!». La cuestión parecía dolorosa a primera vista, pero yo estaba convencido de que todo aquello no era más que un relato sentimental inventado por las jóvenes de nuestro círculo de amistades.

La bellísima Patty, decidida a triunfar en el mundo del espectáculo y segura de que sus sueños galácticos la acabarían convirtiendo en una estrella, convenció a sus padres para ir a estudiar arte dramático a Nueva York, donde seguramente surgirían muchas oportunidades —a poco que su influyente familia pudiera— para una chica encantadora y, en general, muy bien

dispuesta. «¿Y qué fue entonces de nuestro joven Martin?». Era imposible saberlo: unos decían que se había entregado al alcohol, después de una frustrante conversación con Patty, en la que esta le habría confesado que «lo nuestro no puede ser».

«Seguramente le diría: “Vivimos en mundos diferentes”», recitó Celeste, resuelta a prosperar en su nueva vocación de novelista sentimental.

Mylène decía que *nuestro* Martin era muy guapo y que ninguna joven en su sano juicio podría renunciar a...

Otras opiniones, como la del coronel Du Picq y su bigote, se ceñían a imaginaciones más caballerescas, afirmando que seguramente Martin habría comprado un billete de autobús y habría seguido a su adorada Patty hasta Nueva York.

Era fácil saber qué había hecho en Nueva York: había fortalecido sus bíceps y su mandíbula en peleas callejeras hasta que, dada la frecuencia de sus éxitos, alguien le había sugerido que ingresara en un gimnasio, donde el famoso entrenador francés Vincent *Le Ours* Clemenceau, cruel y despiadado, había conseguido endurecerlo hasta convertirlo en todo un *killer* del *ring*. Allí fue donde comenzó a llamársele *Marteau*. No todo fueron golpes, porque, gracias a *Le Ours*, Martin pudo aprender francés, que era la lengua que utilizaban en el cuadrilátero para que los contrincantes americanos no supieran cuáles eran las tácticas y las estrategias pugilísticas.

Patty empezó a compaginar sus clases de actriz con otros pequeños trabajos, como modelo, anunciando cigarrillos, lejía, limpiacristales y... ¡prendas de lencería!

«¡Seguro que eso enfureció a Martin!», dijo Annemarie Brainbridge.

«¿Por qué?», contestaron Celeste y Mylène a un tiempo.

Luego continuó la conversación por esos derroteros, pero aquí no importan.

El caso es que, de acuerdo con las informaciones que fueron apareciendo días después en los periódicos, Martin *Marteau* Hooker «se vio envuelto en un altercado» que acabó instalándolo en un camarote de tercera clase del barco transoceánico *SS Constitution*. La cuestión, en nuestras perezosas reuniones estivales, se limitaba a decidir en qué habría consistido ese altercado del que el periódico se negaba a informarnos como debía.

Celeste, en su adorable ingenuidad, decía que probablemente se habría peleado con algún pretendiente de Patty. A juzgar por cómo se había resuelto todo, Martin había ido más allá de unos bofetones en su pelea, porque nadie embarca en un transatlántico por una simple pelea. En general, y a petición del tío de Celeste, Artjoms Levv, se decidió que Martin había tenido dos opciones: un viaje transatlántico en barco o la silla eléctrica, y que había preferido marearse un poco a desvanecerse en una prisión federal. Y así había sido —en nuestras imaginaciones— como Martin había llegado a Europa.

La historia posterior no había que inventarla, porque era bien conocida. En 1952, Patty consiguió que su nombre apareciera en los carteles de una película titulada *High Noon* en la que participaba el actor Gary Cooper: ¡la historia de un hombre que era demasiado orgulloso para huir! Aunque en letras pequeñas, y tras Katy Jurado, la joven actriz estaba encantada de ver su apellido junto al de todas aquellas estrellas. Ya nada podría impedir que Grace Patricia Kelly fuera a reunirse con los astros de Hollywood, en Nueva York, en Londres o en Roma. ¡Grace Kelly era fenomenal!

¿Y qué habría sido de Martin? Oh, nadie lo sabía: era imposible saberlo. Celeste decía que seguramente Martin compraba revistas para seguir las andanzas de su amada y veía sus películas en el cine una y otra vez, sumido en la desesperación y el desconsuelo y esas cosas que les pasan a los enamorados.

Y, oh —dijo Mylène, como si estuviera interpretando un papel de Esquilo—, qué sobresalto, qué emoción, qué patética conmoción sufriría Martin cuando supiera que su amada se iba a casar con un príncipe europeo y que vendría a vivir... Quién sabe si supo de ese matrimonio principesco por los periódicos o por la radio, y si se encontraba trabajando en un mercado de Bruselas o ejercía de guía montañero en Chamonix o tal vez pescaba ostras en Bretaña... o se había especializado en cócteles exóticos en el Moulin Rouge de Pigalle. Al parecer —y esto tenía visos de ser cierto, porque la señora Brainbridge aseguraba que era información que le había dado la gobernanta del hotel—, el señor Hooker se había postulado como camarero del Negresco en marzo de 1956. Su laboriosidad, elegancia, distinción, rectitud y amabilidad le habían granjeado en pocas jornadas el afecto de toda

la plantilla del hotel, y según la propia gobernanta, era tan cariñoso y tan sencillo en el trato que al cabo de unas semanas ya nadie lo llamaba señor Hooker, sino Patrick.

«¿Patrick?».

A todo el mundo le pareció bastante poético, muy lírico y extraordinariamente metafórico que Martin hubiera decidido honrar a su amada Patricia cambiándose el nombre por Patricius, es decir, Patrick.

Los periódicos de todo el mundo habían dicho que Grace P. Kelly se había embarcado en el *SS Constitution* —en clase *de luxe*, naturalmente— con toda su corte familiar, con sus damas de honor «y su caniche negro». Ella llevaba guantes blancos. Las revistas ilustraban el viaje hasta la Riviera con toda suerte de detalles encantadores, como la cantidad de sirvientes que atendían cualquier detalle y el fabuloso número de baúles destinados a vestir adecuadamente a la rutilante estrella principesca. En el cine se proyectaron las imágenes de las decenas de miles de monegascos que recibieron a Grace en las calles de Mónaco, y era imposible no imaginar que entre aquellos fervientes súbditos se encontrara también el desdichado y enamorado Patrick. Grace se casó con el príncipe Rainiero a mediados de abril de 1956, ajena al amor que su antiguo... Bueno, esto eran cosas que decían Alexandra Brainbridge, Mylène, Brigitte y Celeste: no había nada seguro en aquella historia, salvo lo que la gendarmería había querido decir, que no era mucho. Era probable, por otra parte, que de un modo u otro Martin hubiera conseguido ver a Patty —ay, después de tantos años, ya nadie la llamaba Patty— y que Patty se hubiera sentido estremecer al verlo vestido de camarero, porque la presencia de la familia principesca monegasca era habitual en Niza y habían asistido a numerosas fiestas en el Negresco, que era el lugar donde se reunía la realeza de Europa y del mundo en la época estival. De hecho, estaba prevista la presencia de Grace de Mónaco en la celebración del Catorce de Julio próximo.

¿Se habrían visto a escondidas tal vez? Nadie podía creer que Grace de Mónaco hubiera ofendido de modo tan ruin al príncipe, pero entre las jóvenes hubo algunos gestos y muecas que indicaban que una mujer es capaz de cometer locuras inimaginables por amor. Y del mismo modo que no les resultaba extraño que Grace Kelly hubiera abandonado una fascinante carrera

cinematográfica en Hollywood por subir al trono de un pequeño país europeo, tampoco les parecía raro que hubiera bajado del trono alguna tarde para abrazar al amante de sus años juveniles.

Pero, en fin, parecía improbable que, después de tantos años y tantas vicisitudes, Patty y Martin hubieran arriesgado sus vidas para verse en secreto..., cosa francamente difícil, por otra parte, teniendo en cuenta el amor por el príncipe y, sobre todo, las extraordinarias medidas de seguridad a las que estaba sometida y la amenaza constante de la condesa de Polignac, siempre dispuesta a aprovechar la menor oportunidad para destronar a la pareja monegasca.

¿Se habrían intercambiado mensajes? ¿Llamadas telefónicas? ¿Algún gesto público de la princesa podría ser un guiño particular a su amante? ¿Una copa de champán con un distintivo especial podría haber sido el amoroso regalo de Martin a su antigua amada? ¿Un *merci* principesco podría ser un te-quiero-amor-mío a todos los efectos? ¿Una humilde reverencia del camarero al retirar el pescado podría significar un te-adoro-vidamía? ¿Alguien habría insertado quizá un anuncio críptico en un diario? ¿Se habría colocado tal vez algún pañuelo de seda en cierta ventana del palacio? ¿Cuántos recursos, en fin, podrían haber empleado los viejos amantes para decirse nuevamente, una y mil veces, que su amor imposible aún avivaba sus rescoldos con la brisa marina del luminoso Mediterráneo, etcétera, etcétera?

«Entonces», dijo Celeste, «seguramente Tirpitz *el Asqueroso* descubrió algún detalle comprometido, o supo de esta relación, o estaba chantajeando al pobre Patrick, o amenazaba con...».

«No», murmuré, «no es eso...». La prensa había reproducido cierta información policial, en la que se certificaba que el periódico que le habían hecho tragar a Tirpitz era el ejemplar de *Le Niçois Universel* del 2 de julio, aquel en el que el asqueroso reportero había afirmado que la princesa Grace de Mónaco estaba «embrutecida y gorda como una cabrera alpina tras su último parto conejero».

Tirpitz había pagado con la vida su repugnante malicia y yo ya no podría discutir con Patrick la elaboración del *old fashioned*.

94. Pirámides y estrellas

«Hum», protestó Celeste, haciendo un puchero de enojo al otro lado del periódico.

Aquella mañana, después de desayunar, habíamos cogido *nuestro* Citroën DS azul cobalto y habíamos emprendido el viaje a una *calanque* cercana, la Plage Mala, en Cap d'Ail, que en opinión de Mylène era la playa más bonita de la comarca; en lo que tocaba a playas, bikinis, sombrillas, alegría y encanto, se podía confiar en Mylène ciegamente.

Celeste, con sus gafas ajedrezadas y su nueva pamelita (LM™), se sentó a mi lado y antes de que el Citroën hubiera empezado a ronronear amablemente, ya se había quitado el calzado y había apoyado los pies vendados en el salpicadero del coche. Sus piernas empezaban a tener un bonito color dorado y, dada la turbadora presencia de Celeste a mi derecha, preferí pensar en cuestiones relacionadas con asuntos más serios. Por ejemplo, los faraones de la IV dinastía.

La noche anterior me había vencido el sueño a pesar de tener entre manos una de las historias más interesantes de la *Guía Astronómica* de mi maestro Bénédicte-Antoine Moullet de Riveranque. El capítulo estaba dedicado a los estudios antiguos de la astronomía y a los grandes complejos ceremoniales en los que la astronomía y la religión se confundían. El tema de los grandes complejos ceremoniales de la antigüedad me pareció muy apropiado para evitar la conmoción de tener a Celeste aquella mañana a mi lado...

«Hum», volvió a decir mi amiga, como enfurruñada tras el *Nouveautés*, y cruzando las piernas con una ingenua pero decidida vocación de enloquecerme.

«Pues resulta...», dije, mientras enfilábamos la Prom en dirección Este para coger la carretera de los acantilados, «resulta que el faraón Keops era un verdadero tirano y, haciendo uso de su preceptiva tiranía, prohibió a sus súbditos que se ocuparan de nada salvo de cortar y acarrear piedras para su pirámide, pero la pirámide era tan grande que acabó gastando todo el oro que tenía, que era muchísimo, según Moullet de Riveranque; y viéndose angustiado porque no iba a poder concluir su tumba, desde la que podría dirigirse directamente a Orión, llegó a extremos de avaricia y bajeza inimaginables. ¿Qué te parece, Celeste? ¡Extremos de avaricia y bajeza! Bueno, eso es lo que dice Moullet de Riveranque...».

Celeste ni siquiera pareció darse cuenta, pero en dos ocasiones estuvimos a punto de despeñarnos por los acantilados, aun cuando la culpa la tenían sus piernas. Ella seguía embebida en el periódico y en algo que le interesaba especialmente.

«Hum».

«El caso», le dije, «es que para conseguir el dinero que necesitaba, metió a su hija en un burdel con la idea de que sus servicios carnales le reportaran una notable cantidad de oro que...».

«Sí, todo eso lo cuenta Herodoto», murmuró Celeste, casi sin prestarme atención.

«Y dice Moullet de Riveranque que “la hija cumplió tan bien” el encargo que no solo obtuvo el dinero que permitió completar la gran pirámide de Keops, sino que quiso aprovechar la circunstancia para hacerse su propia pirámide. De modo que a cada cliente le pedía una gran piedra para su monumento, y así fue como la hija de Keops (sobre su nombre hay dudas, y algunos la llaman Meritetes y otros Heteferes) se pudo construir una pirámide particular. El caso, Celeste, es que esa pirámide mide casi cincuenta metros de lado y más de treinta de alto, y cuenta con decenas de miles de piedras... Me pregunto cuántos clientes... Bueno, no importa».

Además, mi guía en los espacios siderales decía que las pirámides habían sido, en realidad, un instrumento de conocimiento astronómico: la leyenda afirmaba que Atón surgió de una pirámide en el Nilo, y que allí se le ocurrió crear el Universo. (Aunque si el Nilo ya fluía y... Bueno, no hay que ponerse puntilloso cuando de dioses se trata). Las pirámides, le dije a Celeste,

eran también el recurso para subir a los cielos: señalaban los gloriosos espacios etéreos y, probablemente, los egipcios creían que, desde las pirámides, los muertos podían emprender su viaje a las estrellas, a Orión o adonde quisieran.

«Como los antiguos tampoco aclararon exactamente para qué construían los egipcios esas monumentales pirámides, siempre se dio por hecho que serían enterramientos. Pero otros decían que eran graneros, u observatorios astronómicos, o templos al dios Ra. Lo más curioso, y esto te interesará, Celeste, porque es astrología, es que algunos decían que Hermes Trismegisto había adivinado por las estrellas que no tardaría en producirse el Diluvio Universal y que había ordenado a los hombres construir unas fortalezas donde preservar los libros sagrados, y los científicos, y otros de artes y poesía. Y también se decía que un rey...».

Celeste apartó el periódico, murmurando palabras letonas —como era habitual cuando estaba enfadada o preocupada—, y miró por la ventana buscando algo. Cuando llegamos a la altura de una villa que lucía en su entrada un cartel destartado con el nombre Le Repos, Celeste hizo ademán de abrir la puerta.

«Para, Nigel. Tengo que telefonar a mi tío», dijo.

Detuve el coche junto a entrada de la villa. Había unas mesas oxidadas en el patio, y cuando una mujer desgañada vio salir del coche a Celeste, intentó atusarse el cabello, aunque con poca fortuna. Celeste dejó abierta la puerta del Citroën y pude oír cómo rogaba que le dejaran utilizar el teléfono.

El periódico había quedado abierto en el asiento de Celeste y, naturalmente, busqué con la mirada la noticia que había provocado aquella impulsiva reacción. Ni el ahogamiento de un borracho en la playa de Niza, ni el escandaloso precio de algunos pescados en la lonja de Villefranche ni la visita de una banda de gaiteros escoceses parecían noticias que merecieran semejante alarde. Al final, en una columna de la página par me sorprendió el ofensivo título de una noticia: «¿MBW Antiques está vendiendo piezas del expolio nazi?». Por lo poco que pude deducir de aquel francés enrevesado y periodístico, la noticia hablaba de la inminente subasta de los hermanos Weerden. En la entrada destacaba una amenazadora frase: «Los turbios orígenes de la *Uranographia Brittanica* de los hermanos Weerden». Tras la

impetuosa huida de Celeste, el periódico había quedado colocado de tal modo que, si quería enterarme de algo, tenía que leerlo al revés, lo cual añadía más complejidad a mi torpe comprensión de la lengua francesa. Por otra parte, tampoco quería coger el periódico y que Celeste pensara que había estado curioseando o indagando en sus asuntos.

Al cabo de unos minutos vi salir a Celeste de la villa: le entregó algunos francos a la macilenta mujer, como era costumbre en Francia cuando se utilizaba un teléfono privado, y se encaminó con gesto sombrío hacia el coche. Recogió el periódico para poder sentarse, miró de nuevo la noticia en la que se dudaba de los orígenes de la *Uranographia* de Bevis y luego lo dobló ruidosamente y con enfado.

«¿Tú has estado en Egipto, Celeste?», le pregunté.

«¿Eh? ¿Qué...? Ah, sí, sí...», contestó, un poco pensativa.

«¿Me llevarás algún día?».

«Claro, querido. Vamos a bañarnos».

95. Dudas sobre la procedencia de la *Uranographia Britannica* de John Bevis

La reunión extraordinaria en la que se iba a tomar la decisión más importante que había tenido que afrontar el despacho de Levv Antiques se iba a celebrar aquella misma noche, en la *suite* 516. Se había convocado —desde luego— a Celeste Levv y a los dos abogados del despacho de antigüedades Levv, y estaba prevista la presencia también de los hermanos Weerden (representantes de MBW Antiques), el organizador de la subasta (el señor Vrilllette-Grandcroix, director de Babylone Enchères) y probablemente habría contactos telefónicos con notarios de Niza, banqueros de la City londinense y de Ginebra, y algunos especialistas holandeses en cartografía astronómica.

Los hermanos Gerhard y Werner Weerden, que se presentaban como especialistas en el arte de la estampación, habían dejado bien sentado en las distintas reuniones que ni ellos ni MBW Antiques eran propietarios de la *Uranographia* de John Bevis que se ofrecía en subasta. El verdadero propietario, decían, permanecía anónimo tras un representante suizo del despacho de Mann-Naumann, radicado en Zúrich.

A Artjoms Levv no le preocupaba en exceso quién fuera el propietario último de la *Uranographia*, siempre que tanto su representante como la casa MBW Antiques y los hermanos Weerden certificaran la legalidad del proceso de adquisición y venta, naturalmente. Al señor Vrilllette-Grandcroix, director de Babylone Enchères, también le interesaba confirmar —aunque en menor medida— que todo estaba en regla. Sin embargo, en esto, los abogados de Levv Antiques eran más intransigentes. La abogada, que debía de tener estrechas relaciones con una asociación dedicada a la recuperación del patrimonio judío expoliado durante la Segunda Guerra Mundial, dijo que antes de dar cualquier paso en la adquisición del Bevis era imprescindible confirmar la legalidad de su procedencia, y aportó algunas referencias legales

según las cuales ni la administración británica ni la francesa (aunque en este caso había algunas dudas) permitirían el tráfico de obras de arte procedentes de los expolios nazis. Artjoms Levv, que había visto casi todo lo que puede verse en el mundo del arte y en el universo de las miserias humanas, dijo que le sorprendía que el Reino Unido tuviera leyes restrictivas en lo que a la adquisición de obras de arte se refería, porque no se sabía que Londres hubiera tenido jamás restricciones al comercio de cualquier cosa, incluidas obras de arte robadas, dinero procedente de los negocios más turbios y criminales, o personas.

Los hermanos Weerden aseguraban que todo el proceso había sido legal y —tal y como ya hicieron en las sucesivas reuniones con Celeste— aportaron numerosos documentos; muchos de ellos no eran originales, sino copias de otros que proporcionaban los representantes del propietario en el despacho de Zúrich. El señor Vrilllette-Grandcroix, director de Babylone Enchères, dijo que él también tenía esos documentos, y que le parecía bien.

Aunque no se podía confirmar documentalmente la procedencia londinense de la *Uranographia*, eso no tenía mucha importancia, porque era obvio que el principio de la historia estaba en la subasta que organizó James Horsfall, el albacea de John Bevis, tras la muerte del astrónomo. El comprador —quienquiera que fuese, pues sobre esto también había muchas dudas— había reunido las láminas del mapa celeste en diversos lotes, y luego las había vendido a distintos individuos e instituciones. Los hermanos Weerden decían que, aunque se hablaba de una cantidad muy restringida de *Uranographias*, lo cierto es que hubo prepublicaciones, y que probablemente se imprimieron algunas láminas más, a pesar de la confiscación legal de las planchas tras la ruina del impresor que...

El semblante de Celeste se petrificó cuando los representantes del propietario, por vía telefónica, quisieron apremiar a Levv Antiques para que se hiciera con el atlas en unas condiciones dudosas: suspenderían la subasta a cambio de una venta inmediata y preferencial. Celeste dijo que eso no podía hacerse y que, además, los expertos deberían valorar el hecho de que faltaran las láminas 32 (la del Sagitario, dedicada al duque de Marlborough) y 34 (la

de los peces, Piscis, dedicada a Charles Carleton). En ese punto, tras una llamada al anónimo propietario, estuvieron a punto de romperse las negociaciones.

Cuando Celeste, para apartar el foco del aspecto comercial más evidente y, de paso, intentar rebajar el precio por vía indirecta, preguntó a los Weerden de dónde sospechaban ellos que había partido la noticia que aparecía en el *Nouveautés*, los representantes de MBW Antiques aseguraron que estaban convencidos de que todo el embrollo derivaba de las maquinaciones del servicio secreto de la RDA. Y creían que podían explicarlo.

Podían confirmar documentalmente que el ejemplar del atlas celeste conocido como *Uranographia Britannica #09* se encontraba en la biblioteca de un profesor de la Universidad de Gante en el año 1834; probablemente era una de las copias incompletas que se pusieron a la venta en 1786, aunque nadie podía asegurarlo; en un almanaque flamenco publicado por una librería de la ciudad, el profesor se refiere en varias ocasiones a la *Uranographia*, aunque no señala si ya le faltaban el Piscis y el Sagitario. Un hijo de ese profesor —eso es lo que creían los Weerden— se encontraba en Viena a mediados del siglo XIX y siempre se ha dado por seguro que la anotación del «atlas celeste del señor Bevis» que aparece en un famoso artículo costumbrista vienés hace referencia precisamente a la *Uranographia*. Siempre según los Weerden, pero con el apoyo de los Mann-Naumann, se suponía que el libro —completo o incompleto— no salió de Viena hasta pasada la Primera Guerra Mundial; se tenía constancia de la donación de la *Uranographia* a una asociación astronómica (*Arbeitsgemeinschaft für Astronomie*) radicada en Salzburgo (y eso debió de ocurrir en 1932 o 1933). En dicha sociedad, que solía reunirse en uno de los salones del hotel Bristol, se registró convenientemente la entrada del atlas. Con la *Anschluss* o anexión alemana del 12 de marzo de 1938 se extinguió la sociedad astronómica, debido a la vinculación judía o comunista de algunos de sus integrantes. Lo último que se sabía era que la *Uranographia* pertenecía a una familia alemana de Berchtesgaden. A pesar de la abrumadora burocracia del Tercer Reich, no hay constancia del destino de algunos de los volúmenes más importantes de la sociedad. Y aquí radicaba todo el problema.

Los hermanos Weerden decían que daban por seguro que algún miembro de la sociedad astronómica se lo había llevado y que, durante los tumultuosos años de la guerra mundial, el libro habría pasado a manos de unos y otros, hasta acabar en la biblioteca de su dueño definitivo (a quien seguían sin nombrar, por razones que no se molestaron en explicar). Celeste, que había creído esta narración desde el principio, sospechaba ahora —tras la información periodística— que podían existir documentos *muy* comprometedores que certificaran que la *Uranographia* había caído en manos del Tercer Reich y que, tras el hundimiento del estado nazi, alguna familia se habría apropiado del atlas, del que ahora pretendían obtener una cuantiosísima suma. En opinión de Celeste, la única explicación para mantener el pertinaz anonimato del propietario era el origen problemático del atlas. El representante de Mann-Naumann dijo que no tenía autorización para dar a conocer el nombre del propietario; estaba en su derecho, y eso era todo. Lo cual —añadieron los hermanos Weerden, al parecer en un tono muy poco conciliador— no significaba que el origen fuera problemático. Esto dejaba la partida en tablas, según dijo Celeste.

Las informaciones publicadas en el diario local no hacían sino replicar una vieja demanda de la RDA, que insistía en el carácter público de la *Uranographia*, por diversas razones, entre ellas, que la Sociedad Astronómica de Salzburgo se registró, antes de su disolución y obligatoriamente, como asociación alemana dependiente del Ministerio para la Ilustración Pública y Propaganda del Tercer Reich, y aunque la disolución del estado nazi se hubiera llevado a cabo hasta el extremo, las instituciones estatales no dependen de las circunstancias ocasionales, sino que pertenecen a un país indefinidamente. Entendían, por tanto, que la *Uranographia*, como otros muchos bienes registrados a título del Tercer Reich, pertenecían al estado alemán y solo cabía la disputa de si debían entregarse a la República Federal o a la República Democrática, ya que el país se encontraba dividido. En principio, la reclamación procedía de la República Democrática, y era evidente que tenían mucho interés en el atlas de Bevis porque se habían molestado en difundir noticias sobre su dudoso origen, impidiendo que cualquier empresa privada pudiera adquirirlo pero permitiendo, a pesar de tan innobles orígenes, que el estado comunista pudiera hacerse con él.

Celeste protestó enérgicamente, diciendo que no estaba muy predispuesta a creer historias de espías y conspiraciones, e instó tanto a los hermanos Weerden como al despacho Mann-Naumann a buscar documentos y certificaciones que avalaran la procedencia legal de la *Uranographia*. De lo contrario, Levv Antiques no podría arriesgarse a una adquisición que uno, dos o cinco años después fuera reclamada por algún particular o alguna asociación haciendo uso de su derecho a recuperar una pieza robada en el expolio nazi.

El despacho Mann-Naumann no quiso comentar la circunstancia y todos entendieron que se plegaba al interés común. MBW Antiques comunicó que tal vez lo mejor sería aplazar la subasta, programada para el día festivo del Catorce de Julio; todas las piezas ofertadas permanecerían en el catálogo para una sesión posterior, digamos, para principios de agosto, cuando llegara el grueso de los turistas ingleses, suecos y alemanes, pero se retiraría la *Uranographia* hasta que se pudiera certificar el origen con todas las garantías.

El señor Artjoms Levv dijo que estaba dispuesto a incrementar un tres por ciento el valor estimado del atlas si en ese momento se firmaba un acuerdo de preventa. MBW Antiques, apremiados por el escándalo, firmaron enseguida el acuerdo y, en la misma *suite*, comenzaron a hacer llamadas en busca de la documentación que avalara una procedencia honesta de la *Uranographia*.

Todo esto me lo contó Celeste aquella misma noche, y lo entendí bastante bien, a pesar de la complejidad del caso. Y ello se debía, en mi opinión, a que el hexaclorobenceno prácticamente había desaparecido de mi cerebro, y ello me permitía pensar con más claridad.

96. La perspectiva de un viaje inesperado a Varsovia

Es imprescindible recordar —y este detalle me parece que está recogido en numerosos manuales de psiquiatría clínica— que no se debe sobresaltar a las personas con debilidades nerviosas, porque semejante violencia no hace sino excitar los nervios y puede llegar a provocar colapsos repentinos o heridas profundas que nunca llegan a curar.

Aquella mañana, cuando me disponía a dar el primer sorbo de té con leche, golpearon con fuerza la puerta de mi habitación. Mi agitación compulsiva me cegó momentáneamente la vista y el té salpicó el periódico, el mantel, mi camisa y mis pantalones. Tras unos segundos, un tanto apaciguado en mi sobresalto, observé la puerta con el gesto estúpido de quienes creen poder adivinar quién se encuentra al otro lado sin abrirla. Convencido de que jamás tendría los poderes de aquellos personajes kriptonianos de los tebeos juveniles, me levanté a abrir.

«*Bon... jour*», dijo Agnes Du, deteniéndose en su saludo al comprobar que mi camisa y mis pantalones lucían unas manchas bastante desalentadoras. Creo que Agnes Du, como la mayoría de las personas a las que he conocido a lo largo de mi vida, no tenía ninguna confianza ni en mis habilidades ni en mi inteligencia.

Me apartó con delicadeza parisina y entró en la habitación seguida de su implacable y aterrador ayudante, Vincent Warsama; imaginé que los dos gendarmes que venían con ella también querrían pasar, pero me hicieron un gesto de disculpa y entendí que preferían quedarse fuera.

Agnes Du se plantó en mitad de la habitación, como si no hubiera visto una *suite* de hotel jamás, y su ayudante comenzó a deambular abriendo cajones y curioseando entre mis cosas con bastante indiferencia, pero seguramente con la intención de encontrar alguna prueba comprometedora.

«*Bon voyage*», dijo, y me tendió un sobre blanco con el símbolo de las líneas aéreas francesas.

No creo que nadie hubiera podido entender exactamente cuál era la situación. Aunque en las últimas semanas ya me había acostumbrado a no entender nada de lo que ocurría a mi alrededor, aún me costaba mantener la calma en semejantes circunstancias; no obstante, solía conservar la suficiente presencia de ánimo como para fingir que todo se estaba desarrollando conforme a lo previsto y que no había razón ninguna para ofuscarse o sorprenderse.

Así que abrí el sobre y comprobé que en su interior había un billete de avión con destino Varsovia.

Por más que lo pensé, no se me ocurría ninguna razón por la que Agnes Du pudiera estar interesada en que yo viajara a Polonia. Por un momento pensé que tal vez tenía alguna relación con ese país y que, debido a mis dificultades intelectuales, las desconociera completamente. Tampoco era capaz de imaginar ninguna razón por la que la pequeña empresa de Agnes Du (la famosa SDECE) quisiera que yo viajara a Polonia. De todos modos, la constante presencia de gendarmes en torno a aquella mujer empezaba a desconcertarme.

«Se lo advertí, señor Blint», dijo, utilizando un apellido que en aquel momento me sonó extraño y casi ajeno. «Le dije que no me gustaba que mantuviera relaciones con Kira Kerashimova. Seguramente en Varsovia le estarán esperando».

«No conozco a nadie en Varsovia», dije.

Entonces se abrió la puerta del baño y, como todas las mañanas, apareció Celeste envuelta en su diminuta toalla blanca y con otra en la cabeza a modo de turbante. Las vendas de sus pies resplandecían. Warsama pareció contrariado y, ciertamente incómodo, retrocedió trastabillándose hasta toparse con la falsa chimenea; Agnes, por su parte, parecía incluso más sorprendida: miró la puerta entreabierta de la *suite* de Celeste y luego se volvió hacia mí como si quisiera pedirme explicaciones.

«*Bonjour!*», exclamó alegremente Celeste, dirigiéndose a la mesa donde la esperaban su zumo cotidiano, su té, su *croissant*, su pedazo de tarta y otras delicias que aplacaban su hoy-no-tengo-hambre cotidiano. De paso, con un

grácil aspaviento, al cruzar por delante del mueble de los electrodomésticos encendió la radio: en ese momento France Gall interpretaba con su inimitable sensualidad francesa la canción vencedora del concurso de Eurovisión de ese año, lo cual aprovechó Celeste para mover sus caderas con un descaro que casi me pareció delictivo. Mi amiga estaba totalmente de acuerdo con France Gall a la hora de considerar que el amor solo existe en las canciones, lo cual no impedía —oh— que ambas pudieran alabar semejante pasión sin razón alguna.

El formidable Warsama se volvió avergonzado, incapaz de mantener la mirada clavada en aquella mujer que se movía alegre y desenfadadamente con todos los pecados imaginables danzando a su alrededor; y a pesar de su tez somalí, brillante y oscura, cualquiera podría haber imaginado que se había sonrojado hasta la congestión. Prefirió concentrarse en un reloj de chimenea francés en el que tres amercillos de bronce jugaban alrededor de la esfera, con una superabundancia de guirnaldas y flores rococós.

Agnes Du también prefirió comprobar la hora de su reloj para evitar mirar a Celeste, que continuaba con su interpretación particular de la canción —en un francés espantoso, claro— mientras se abalanzaba sobre la porción de tarta de chocolate y frambuesas que coronaba nuestra mesa de desayuno. Decía que veía la vida *en rose bonbon*.

Cuando concluyó la canción y Celeste por fin se sentó delante de su taza de té —cruzando las piernas de un modo que provocó la huida definitiva del fabuloso nubio, obligado a salir a la terraza a tomar el aire—, le dije que la señorita Agnes Du me había entregado un sobre con un billete para viajar a Varsovia.

«¿Y qué vas a hacer en Varsovia, Ny?».

(Celeste a veces me llamaba Ny, pero hasta ahora no consideré conveniente comentarlo).

Agnes sujetó con fuerza el reloj y se acercó a Celeste.

«No se llama Nigel, *mademoiselle*. Se llama Linton Blint».

«Linton Nigel Blint Balquhiddier-Kinloch, ya lo sé», dijo Celeste, balanceándose con la siguiente canción de la programación radiofónica.

«Nos dijo que vendía cámaras presurizadas o...».

«¿Qué? Es entomólogo: colecciona pulgas, polillas, grillos y cosas de esas. ¿Por qué mentiste, Ny?».

«Estaba un poco asustado...».

Entonces Celeste hizo algo que no creo que nadie de los presentes esperara. Cogió una cucharilla, se hizo con una buena porción de tarta de chocolate y se la llevó a la boca lentamente. Luego cerró los ojos y saboreó la dulce calidez del bizcocho empapado en cacao. Y así, con los ojos cerrados, dijo con una voz que me aterrorizó:

«No me gusta que asuste a mis amigos, *mademoiselle* Du».

Incluso la radio pareció enmudecer ante aquella espantosa amenaza. Jamás había oído hablar así a Celeste y casi me temblaron las rodillas: era un orgullo que saliera de aquel modo en mi defensa, pero me horrorizaba desconocer hasta tal punto a la mujer con la que tantas veces había comido queso.

Agnes Du retrocedió un par de pasos. Las palabras de Celeste parecieron operar también en ella un efecto paralizador.

«Usted sabe que pertenecemos al Servicio de Documentación Ext...», murmuró Agnes Du.

«Claro, claro. Pero Nigel no tiene nada que ver con eso».

«¿Y Kira Kerashimova tiene que ver con eso, *mademoiselle*?»

«¿No le apetece un poco de tarta, *mademoiselle* Du?», dijo Celeste, llevando la conversación por unos derroteros que yo apenas podía sospechar.

Era evidente que Agnes Du y Celeste sí sabían de qué estaban hablando, y que Celeste había logrado —yo aún no conseguía explicarme cómo— que la señorita Du me creyera *incapaz* de meterme en un embrollo que me obligara a viajar a Varsovia. Por una vez en la vida me alegraba de ser lo suficientemente estúpido como para no entender nada y tuve la tentación de ir al baño sin demora y suministrarme varios comprimidos contra la ansiedad y los nervios.

La representante del Servicio de Documentación Ext... —eso era cuanto había entendido— observó furiosa a Celeste, mientras mi amiga seguía disfrutando alegremente de su desayuno. Después se acercó a mí y, con un manotazo, me arrebató el sobre con el billete de avión a Varsovia.

«Se lo advierto», dijo dirigiéndose obviamente a mí, pero mirando a Celeste, con quien parecía entenderse mejor, «como encuentre la más mínima conexión entre el asunto de *la estrella muerta* y este caballero, lo envío directamente al Kremlin en un ataúd. Ni se le ocurra acercarse al embajador Bohlen. ¡Nos vamos, Vincent!», exclamó. Warsama entró de nuevo en la habitación y, mirando de reojo a Celeste al pasar, se dirigió a la puerta sin detenerse.

Tras él caminó firme y furiosa Agnes Du, con el sobre arrugado en la mano. Antes de salir se detuvo y dio media vuelta para dedicarle una última sonrisa maliciosa a Celeste.

«Por cierto, *mademoiselle* Levy, ¿qué le ocurre en los pies?», dijo.

«Nada. ¿Por qué?».

97. Francia nunca abandona a las jóvenes audaces

En la playa, frente al hotel Le Royal, se había formado un pequeño escándalo de curiosos.

Celeste y yo teníamos intención de ir a comprar BZD, dexedrina, Deanxit y otros medicamentos para mis nervios, últimamente muy quebrantados con las amenazas del servicio secreto francés (¡por fin lo había averiguado!) y su relojera representante. En la playa habían colocado varios focos cinematográficos, y dos pantallas reflectantes; también había un pequeño equipo de maquilladoras y peluqueras, junto a otras personas que daban vueltas y consultaban a unos y a otros, trastabillándose en las piedras de la playa. En el centro del espectáculo, una joven brillante y encantadora se cimbreaba con aire profesional, y lucía su vestido azul con un talento perturbador. Un fotógrafo daba saltitos a su alrededor, apretando indiscriminadamente el obturador de su cámara y exclamando: «*Parfait, ma belle! Parfait!*». Al otro lado, una cámara cinematográfica registraba la sesión. Cuando el fotógrafo consideraba que ya le bastaban las cinco mil instantáneas que le había hecho a la modelo, exigía a una ayudante que acompañara a la joven a una cabina portátil, donde la estrella se cambiaba de vestido y salía con otro parecido, también azul, y también muy elegante y llamativo. Después, el proceso se repetía, pero la modelo salía con un pantalón blanco y un jersey de punto, también de rayas blancas y azules, y luego con...

Una joven y su ayudante procuraban que los desocupados turistas no se acercaran mucho. Al menos cincuenta o sesenta curiosos se agolpaban contra la barandilla de la Prom. Y había otros un poco más allá que consideraban que su punto de vista era privilegiado porque los focos no molestaban la visión del espectáculo. Los miembros del equipo de seguridad comentaban con el público que el fotógrafo quería que la escena tuviera un «aire de

melancólica soledad frente al mar» y que no quería que una multitud apareciera como fondo del reportaje. La muchacha llevaba una carpeta con el nombre del fotógrafo y el título *Le Grand Blue*.

Se levantó un *ohlàlàc'estformidable* de sorpresa y admiración cuando la modelo por fin salió en traje de baño, con unas gafas de sol azules y un pañuelo de seda —¡azul!— con el que comenzó a jugar, para delicia del fotógrafo —«*Parfait, ma belle! Parfait!*»— y de todos los curiosos.

Celeste me miró maliciosamente y esbozó una sonrisa de verdadera satisfacción. Por lo que toca a mi opinión personal, desde el primer momento supe que aquel era el destino inevitable de aquella joven: una joven feliz y satisfecha de mostrarse al mundo como si estuviera a punto de lanzarse al mar en la playa nizarda de Le Royal.

«Una verdadera estrella», dijo una voz conocida a nuestro lado.

Mylène Demongeot venía con BB y el pequeño Nico. La presencia de las famosísimas actrices causó cierta conmoción entre los curiosos, que ya no sabían adónde mirar. Tres jóvenes encantadoras se acercaron con sus libretas y rogaron educadamente a BB que les firmara un autógrafo, y luego le pidieron lo mismo a Mylène. Entonces miraron detenidamente a Celeste y, calibrando que aquella belleza obligatoriamente tenía que ser también una *rutilante* estrella de cine o una modelo, le pidieron una dedicatoria y una firma. Celeste puso gesto de diva y firmó como Celeste Levv, añadiendo tres estrellas bastante mal dibujadas sobre su nombre. Hubo *mercimercimerci* en abundancia y Nico le preguntó a su madre si la chica de la playa era Jean. BB le dijo que no, que aquella joven no era Jean.

«Jean estuvo trabajando aquí en febrero con Mervyn LeRoy», dijo Mylène.

«¿Ah, sí?», preguntó Brigitte.

«Sí», contestó Mylène. «Algo de un psiquiatra, *je pense*. Y la ropa de Saint Laurent».

«*Mon Dieu*», dijo BB sin mucho entusiasmo.

En ese momento, la modelo —que, de acuerdo con el evidente proceso de *striptease* organizado por los productores del vestuario, ahora lucía un bikini azul marino asombrosamente escandaloso— remoloneaba en una

tumbona, y dos jóvenes hercúleos traídos directamente de una película de romanos que se estaba filmando en los estudios de La Victorine la acompañaban haciendo gala de contorsiones fabulosas.

Al inclinar la cabeza hacia atrás, a pesar de tener los ojos medio cerrados, la modelo nos vio y no pudo reprimir un afectuoso saludo y una encantadora sonrisa. Después, reclamada por el fotógrafo, siguió con sus sensuales posados junto a los bronceados atletas de Olimpia, pero aprovechó un momento de pausa para lanzarnos besos y sonrisas.

«Nuestra amiga Violette es toda una estrella», dijo Celeste.

«*Bien sûr*», murmuró BB.

Luego se despidieron de nosotros —Nico corría frenético por la Prom, sorteando a los tranquilos paseantes—, pero antes de alejarse, Mylène se acercó a Celeste y a mí, nos hizo un guiño con gesto cómplice y susurró: «Francia nunca abandona a las jóvenes audaces».

98. Los Brainbridge

Los Brainbridge se habían convertido en un grupo deliciosamente encantador cuya presencia siempre se celebraba. Tanto los empleados del Negresco como sus clientes saludábamos a los Brainbridge como quien saluda a unos amigos imprescindibles. Sus vacaciones en Niza se estaban alargando *más de lo previsto* —o eso decían—, pero a cambio todos disfrutábamos de su compañía, de su conversación y de su amabilidad.

El profesor Brainbridge no faltaba a su costumbre de preguntarme siempre 1) por Celeste y 2) por mis progresos en las ciencias astronómicas. Con su humildad y simpatía características, el profesor reconocía que no había oído hablar jamás de Bénédic-Antoine Moullet de Riveranque ni de su *Guía Astronómica*, lo cual, en sus propias palabras, «no significa mucho, porque hay miles de libros que aún no he leído». Era un hombre admirable en casi todos los sentidos, desde la elegancia a la inteligencia, y siempre parecía interesado en una noticia del periódico, en una película recién estrenada, en una nueva publicación de geología o astronomía o en la adquisición de discos antiguos de la Deutsche Grammophon, anteriores a 1945 («Los aliados se quedaron con todos los derechos de la compañía, y la echaron a perder...», decía). Aunque últimamente parecía un tanto enfurruñado por algún asunto particular, nunca perdía ocasión de acercarse a Celeste y a mí para conversar o, simplemente, para saludar o comentar los pequeños disparates que con frecuencia acontecen en un hotel magnífico como el Negresco. «*Mens cælestis erat, corporis umbra iacet*», solía decirle a Celeste a modo de halago. (Celeste me explicó que aquellas palabras formaban parte del epitafio de Kepler, y parecía que aquella sentencia provocaba en ella un momentáneo abatimiento, aunque no sé por qué). Uno de los episodios más divertidos del verano tuvo lugar cuando el profesor Brainbridge conoció al coronel Du Picq. Apenas transcurrieron cinco minutos cuando el coronel comenzó a hablar de

los *foo fighters* y de otros fenómenos asombrosos que se dan en la estratosfera terráquea. Pese a los manotazos de su esposa, el coronel acabó preguntando al profesor qué se sabía *exactamente* de lo ocurrido en Roswell y si *en América* se consideraba plausible que estuviéramos siendo visitados por seres y artefactos de otros espacios siderales. El profesor Brainbridge dijo que tenía a los extraterrestres por seres inteligentísimos y que entendía que no serían tan imprudentes como para visitar un planeta donde la insensatez parece su principal característica. Y respecto a la ecuación del señor Frank Drake, de la que todo el mundo hablaba últimamente, se hicieron comentarios variopintos y, como era un asunto opinable, todos parecían adecuados y sensatos. Por desgracia, tuve la mala suerte de que se me pidiera la opinión. Y creí oportuno constatar que a la ecuación de Drake le faltaba la variante de la «voluntad». Me parecía que si en $N = R^* \cdot f_p \cdot n_e \cdot f_l \cdot f_i \cdot f_c \cdot L$, la solución N era el número de civilizaciones extraterrestres (solo en nuestra galaxia) que podrían comunicarse con nosotros, resultaría muy sensata la delimitación del número de estrellas óptimas, la fracción de estrellas con planetas, la fracción de planetas con posibilidad de albergar vida, la fracción de planetas con vida real, la fracción de planetas con vida inteligente, la fracción de planetas con vida inteligente que hayan desarrollado tecnología y el tiempo (una suposición) que una civilización podría estar intentando comunicarse con otras... Sin embargo, me parecía que el señor Drake había olvidado calcular la fracción de civilizaciones extraterrestres que tendrían *interés* en comunicarse con otras civilizaciones. «Eso es verdad», dijo Mylène Demongeot, que a veces se unía a las tertulias científicas, si su trabajo en los estudios se lo permitía; «puede que haya civilizaciones extraterrestres con capacidad y posibilidades de comunicarse con nosotros; pero si no les apetece...». La señora Berg, que en aquella ocasión se encontraba con un efebo eritreo de colosales proporciones, dijo que mi opinión era absurda: «¿Cómo no van a querer venir los extraterrestres? ¿Es que hay algún lugar mejor que Niza?».

La señora Helen Brainbridge solía escuchar aquellas conversaciones con una sonrisa de ironía benevolente. Rara vez se separaba de su marido, a quien trataba con un amor indudable y con cierta condescendencia, como ocurre con las mujeres que se saben más jóvenes y más capacitadas para la vida

práctica que sus maridos. En muchas ocasiones la vimos comprando revistas, libros o discos que «seguro que a John le interesan», y siempre estaba pendiente también de sus hijas y sus nietos.

Respecto a esta amable pareja, todo el mundo decía que parecían hechos el uno para el otro. Curiosamente, Annemarie Brainbridge me confirmó que efectivamente «estaban hechos el uno para el otro». Fueron una de las primeras parejas formadas por la Lebensborn. «Mi padre tenía entonces treinta y cinco años, creo yo», me dijo Annemarie en cierta ocasión, colgada como siempre de mi brazo. «Y la Lebensborn se ocupaba de que se formaran verdaderas familias alemanas, porque al señor Himmler le desagradaban mucho los tullidos, los subnormales, los homosexuales y los perturbados...».

«¿Pero el profesor Brainbridge...?».

«Así que le escogieron a una joven de veintidós años en las montañas del Tirol, sana y educada, y *los casaron* en Berlín...».

Annemarie, a la que le encantaba susurrarme confidencias, estaba segura de que la Lebensborn había casado a miles de parejas conforme a las «leyes de la higiene».

Desde luego, tanto la propia Annemarie como Alexandra parecían frutos perfectos de aquella higiene: ambas eran rubias, altas, bien formadas, tenían movimientos elegantes y cualquiera podría decir que eran mujeres «perfectas»; el mismísimo yerno de los señores Brainbridge, el alegre americano Tom Wescott, siempre decía que su esposa Alexandra era «perfecta». Naturalmente, a mí solo se me ocurría pensar que uno de los matemáticos más prometedores de la Carnegie Mellon de Pittsburgh no podía optar a una esposa que estuviera por debajo de la media o que no fuera sobresaliente. Sus hijos también eran encantadores y, en muchos sentidos, «perfectos». Mark y Georgina contribuían con su alegre algarabía a dar un poco de vida al Negresco, cuyas tarifas y empleados dieciochescos solían atraer con más frecuencia a viejos polvorientos y decrépitos. La pequeña Georgina, sobre todo, era el encanto personificado y todos la adoraban, aunque ella prefería a Celeste antes que a nadie, probablemente porque Celeste le había regalado por su cumpleaños una horquilla con una margarita

(una *margrietina*), que es el símbolo floral de Letonia. Celeste también parecía preferir a Georgina antes que a cualquier otro miembro de la familia, e incluso antes que a cualquier otra persona del hotel, para ser justos.

Annemarie, en el curso de una de sus habituales confidencias, me reveló una extraña curiosidad. (En su descargo hay que advertir que nos encontrábamos en el quiosco del Negresco, que la noche era calurosa y que las bebidas alcohólicas venían un poco más cargadas de lo habitual). La conversación comenzó con alguna irrelevancia, y creo que en aquella ocasión se trataba de averiguar la procedencia filológica de los acentos franceses (grave, agudo y circunflejo), con la consiguiente pregunta a Mylène sobre las cualidades del acento de su nombre; los ingleses y los alemanes presentes en la conversación reconocimos que el asunto de las tildes era para nosotros una cuestión insondable, aunque el señor Artjoms Levv advirtió que en su lengua natal había macrones para las vocales, carones para la *c*, la *z* y la *s*, y comas en algunas otras consonantes, como en la *n* o la *g*. La señora Du Picq me preguntó si en mi lengua se daban ese tipo de curiosidades también. Tuve que recordar apresuradamente que mi lengua era el escocés, pero cuando quise comentar algo, Celeste se adelantó diciendo: «¡Nigel es solo escocés de apellido!»; una ocurrencia que fue saludada con risas unánimes. (Me resultaba familiar y casi grato que todos se rieran de mí). Varios de los presentes quisieron saber cómo era exactamente mi apellido, Balquhiddel-Kinloch, y si tenía algún significado concreto, pero por desgracia no podía contestar a preguntas tan especializadas.

«Nuestro *verdadero* apellido también es muy enrevesado», me susurró Annemarie Brainbridge, aprovechando para acercarse un poco más su silla a la mía. Y murmuró su apellido incomprensible, tapándose la boca y aprovechando una perorata del coronel Du Picq a propósito de los nombres de su familia, entre los cuales había un estrafalario Du Picq-Picq que había acabado en la horca en el siglo XIX... En fin, eso tampoco tiene mucha importancia.

«Era el apell... porque cuando la guerra... y entonces...». Por desgracia, la algarabía de la orquesta, las risas y conversaciones de los clientes, el interminable discurso del coronel Du Picq y el crepitar de las olas en la playa pedregosa me impidieron entender claramente qué me quería decir

Annemarie Brainbridge: «...que estaba con el señor Von Braun... y luego los científicos... por eso decidieron que no podía... y eso fue todo, así que por eso nos apellidamos Brainbridge».

«Es una curiosa historia, Annemarie».

«Ya lo creo», me dijo con una luminosa sonrisa germánica.

El clan de los Brainbridge incluía necesariamente a Matt Mattison: desde que lo encontrara por vez primera en el Excelsior Hôtel Regina, rara vez me cruzaba con los Brainbridge sin que la sombría figura de Matt Mattison no se hiciera presente de inmediato. Desde luego, el hombre de la Agencia no podía ocultar que prefería la compañía de Celeste, pero su vinculación con los Brainbridge era evidente. Recordaba haberlo visto cenar privadamente con el profesor Brainbridge, pero Celeste también me había comentado a veces que había dejado a Matt y a Tom Wescott bebiendo y conversando en el bar del Negresco; a Mattison lo habíamos visto en el cumpleaños de Georgina y acompañando al matrimonio Brainbridge al teatro. Celeste estaba convencida de que Mattison tenía nostalgia de su país natal — después de tantos años en Europa— y que tanto el profesor John Brainbridge como el resto de su familia le proporcionaban la *información americana* que estaba deseando escuchar, como ocurre en general con todos los expatriados.

99. Espionaje catatónico

Algunas mañanas Celeste se desperezaba con una belleza báltica.

A mí siempre me pareció angelical, claro, pero cuando salía de mi ducha, envuelta en una toalla del Negresco, me daba un beso en la mejilla y se sentaba frente a mí para devorar su desayuno continental (y el mío, aunque no solía tener mucha hambre), me parecía razonable que su belleza báltica pudiera causar estragos en el mundo occidental.

En otras ocasiones, cuando decidíamos disfrutar del inconmensurable placer de comer queso en la cama, su perezoso remoloneo conseguía ruborizarle las mejillas, y entonces sus ojos soñolientos y su pelo desordenado la hacían aún más adorable.

Aquella mañana Celeste estaba especialmente perezosa y también, por consiguiente, especialmente hermosa. Ni siquiera se dignó mirar mi precioso plato de queso Ossau-Iraty con membrillo y nueces. Semejante desprecio tenía su razón de ser en la noche anterior: Celeste, Matt y Annemarie habían ido a cenar a la ciudad vieja y, probablemente, los distintos entretenimientos de la encantadora Niza habían conseguido que estuvieran despiertos hasta muy adelantada la noche. (Aunque haya personas maliciosas que no lo crean, yo también estaba invitado a participar en esa amigable reunión, pero a media tarde sentí una punzada ácida en un costado, probablemente debido a una infección grave, y me tuve que quedar postrado en la cama, aliviado por los ansiolíticos propios y otros que me proporcionó Rhonda, la enfermera del Negresco, con la que tuve una larga conversación sobre las dolencias gravísimas y mortales que suelen ubicarse en la parte troncal del cuerpo, donde a mi juicio las bacterias se acomodan mejor para provocar infecciones, tumores y otros males irresolubles. Uno, que conoce en alguna medida la biología de los insectos y... pero, bueno, eso bah).

La espalda desnuda de Celeste ofrecía una galaxia de lunares, entre los que creí distinguir la constelación de Casiopea, cerca del omóplato derecho, con sus cinco estrellas en forma de zigzag; a la altura de la séptima vértebra se encontraba bien delimitada la Corona Borealis, tal y como la describió Ptolomeo y, dos mil años después, su discípulo Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque; y entre el riñón izquierdo y su correspondiente hoyuelo de Venus podía verse claramente la Lira, con sus tres estrellas principales, Vega, Deneb y Altair...

«Mmm... qué bien huele ese queso...», dijo, cubriéndose la cabeza con una almohada, mientras yo contaba detenidamente un conglomerado galáctico en su espalda, que comenzaba en la curva de... convencido de que formaba la constelación de Leo... «¿Qué miras?», dijo Celeste, girándose repentinamente.

«Creo que tienes la constelación de Leo justo encima de...».

«¿Ah, sí? Mmm... Tengo sueño, Nigel... ¿Qué tal te encuentras hoy?».

«Bien. Rhonda no sabe aún si son nervios o un tumor maligno en el cerebro o en el bazo».

Celeste se volvió hacia mí, cubriéndose los ojos con el antebrazo para protegerse de la cegadora luz mediterránea.

«¿Por qué estás nervioso, Nigel? No tienes nada que temer. Yo estoy contigo».

Me avergonzaba que Celeste tuviera que protegerme, porque no era más que una muchacha ingenua y cándida, entregada a las antigüedades por profesión, a los horóscopos por distracción y a la música pop por devoción.

«Tú eres el único que me compra cerezas y queso: ya te dije que te voy a querer siempre».

«¡Ossau-Iraty con membrillo y nueces!», dije, exultante de alegría, y engañándome a mí mismo con gran entusiasmo al pensar que aquella declaración de amor eterno podía tener algún viso de realidad.

«La idiota de Agnes Du te asustó... ¡Dios mío, qué maravilla de queso! ¡Qué gloria de membrillo! ¡Déjame que te dé un beso...! La idiota de Agnes Du piensa que puede presentarse aquí con unos billetes de avión y enviarte a Vladivostok... Mmm..., qué bueno. Dame más. Y siempre con ese reloj: ¡si parece el conejo blanco de Alicia...! Debería saber que no puede hacer lo que

le venga en gana, por mucho que pertenezca al Servicio de Información del gobierno francés. ¡Y que se ande con cuidado esa *mademoiselle*! ¡Porque mi tío conoce a un señor en la sección 6 de la Inteligencia Militar de Londres!».

«¿Tu tío conoce a gente del MI6?».

«Date la vuelta, que me voy a poner el albornoz. Bueno, no lo conoce exactamente... Es un primo de mi tía Aileen y hace siglos que no se hablan por un problema de herencias... Bueno, no importa: el caso es que *mademoiselle* Lapin Blanc no tiene ningún derecho a amenazarte, y recurriré a los dos abogados de mi tío si es necesario. Ellos suelen trabajar con antigüedades, pero... ¡Bueno, tú también eres una antigualla! ¡Si ni siquiera te gustan los Beatles!».

Después de dar buena cuenta de todo mi queso y mi membrillo, Celeste salió parloteando a la terraza para comprobar que la espléndida cúpula del cielo mediterráneo seguía en su sitio y que el azul turquesa del mar continuaba desprendiendo fulgores solares con sus ondulaciones matutinas: se desperezó y volvió a entrar para dirigirse a mi baño, como era habitual. Yo iba tras ella, escuchando su interminable perorata —salpicada de burlas encantadoras hacia mí y de amenazas veladas a *mademoiselle* Lapin Blanc—. Dejó la puerta de mi baño entreabierta y, sentado en el borde de la cama con la bandeja de queso vacía en las manos, vi derrumbarse el albornoz blanco en el enlosado, ya huérfano del cuerpo de Celeste. (Ella no sabía hasta qué punto perturbaba mi espíritu con esos gestos).

«¡Están todos catatónicos!», dijo, y su voz encantadora retumbó en el interior de la bañera. Celeste, como la mayoría de los jóvenes en aquella época, utilizaba la palabra «catatónico» para cualquier cosa que se asemejase a nervioso o preocupado o estupefacto. «Matt me confesó que los idiotas del Bundesnachrichtendienst han detectado comunicaciones que hablan de “apagar una estrella” en Niza o de “matar una estrella” o de una “estrella muerta”... ¡Qué estúpidos! Fueron incapaces de averiguar que se iba a construir un muro en Berlín y andan espionando las conversaciones de los turistas de Niza... Huy, qué caliente sale el agua, me quemo... Y por eso están todos catatónicos. ¿Estás ahí, Nigel?».

«Sí».

«Los del BND se lo dijeron a los franceses del SDECE y estos corrieron a decírselo al MI6, que a su vez llamaron vía Tokio a Estados Unidos para decirles que se rumoreaba que iban a matar a una estrella, o algo así, pero la CIA ya lo sabía, porque los alemanes de la BND ya se habían encargado de decírselo... Me queda poco champú. Por otro lado, como la BND está podrida de Stasi, preguntaron a los comunistas alemanes si sabían algo de la estrella moribunda o la estrella muerta, pero los de la Stasi no sabían nada, y dijeron que habían consultado con la KGB y que en Moscú tampoco sabían nada».

«Y entonces, por eso...».

«Matt está convencido de que tú tienes algo que ocultar. Tu relación con esa mujer... con esa mujer... ay, se me ha metido champú en los ojos; tu relación con Kira Kerashimova no te ayuda, Nigel. Te contó su historia para que tuvieras cuidado, para que supieras a qué atenerte».

«Pero Ø es...».

«Tú y yo sabemos que serías incapaz de matar a una polilla... pero será difícil que puedas convencer a Matt y a *mademoiselle* Lapin de que no andas metido en un lío si sigues viéndote con esa Kerashimova...».

En ese momento, o quizá un poco después, tuve que levantarme a abrir la puerta porque un camarero traía nuestro desayuno habitual. Dejé al empleado organizando la mesa, y regresé a la cama, frente a la puerta del baño. Celeste seguía hablando sin percatarse de que yo me había ausentado un par de minutos.

«... porque a mí no me importa, Nigel, te lo aseguro, pero si Matt dice la verdad, esa mujer puede ser peligrosa. Matt me ha dicho que vive con varios hombres armados: ¿eso es cierto?».

«Creo que sí».

«No quiero inmiscuirme en tu vida amorosa, Ny, pero temo que te...».

Vendarse los pies era uno de esos momentos sagrados en los que había que guardar silencio. Yo sabía lo que estaba haciendo, no porque la viera — jamás cometería una grosería semejante—, sino porque oía el suave fluir de las vendas, los cortes de las tijeras y los delicados pliegues que fijaban el vendaje de tal modo que no precisaban ni esparadrapo ni otra sujeción.

Al final, Celeste salía resplandeciente del baño, con su toalla blanca y su anagrama nobiliario del hotel Negresco y su turbante arábigo. Mientras se dirigía al *pickup* y buscaba entre los discos uno que le apeteciera escuchar particularmente, le pregunté si, de algún modo, había conseguido averiguar qué significaba aquel embrollo de la estrella muerta o...

Celeste bailaba imitando a BB (de quien ahora era *amie très proche*, según ella) y cantando espantosamente en francés aquella canción que destilaba sensualidad y perversión en cada nota, *Moi je joue*, y se concentraba en ejecutar unos movimientos que desde luego podrían habernos llevado a la cárcel si alguien nos hubiera visto.

Cuando concluyó la canción y el brazo del tocadiscos volvió a su lugar, Celeste se encogió de hombros y contestó a mi pregunta.

«¡Nadie lo sabe! ¿Me das tu *croissant*?».

100. Llamadas secretas

En la ciudad vieja de Niza, cerca de la Place Centrale, hay una taberna llamada La Tanière donde solo sirven vino malo y aceitunas. La clientela está compuesta por los viejos nizardos que huyen de su casa y los mendigos que no la tienen. Allí, cerca de las doce de la noche, pedí el teléfono y llamé a Ø, o a Kira Kerashimova, como se empeñaban en llamarla todos. Le dije que me era completamente imposible ir a visitarla, pero que tenía que hablar con ella.

«¿Qué demonios te pasa, Nigel?», me preguntó. Y por vez primera en muchos años tuve la habilidad de no contestar a la pregunta que se me hacía: una habilidad que siempre he considerado extraordinariamente útil y propia de las personas que se encuentran en una posición dominante. Le dije simplemente que, si podía, me gustaría encontrarme con ella en el Hôtel Soleil Méditerranéen, en la habitación número...

«¿Por qué quieres llevarme a ese lugar asqueroso, Nigel?», dijo Lucille entre los zumbidos y chisporroteos del teléfono.

Le dije que a mí no me parecía que fuera tan asqueroso y, de todos modos, lo más importante era no levantar sospechas. Sabía que me estaban vigilando y que un mínimo error podría costarme muy caro. Y luego añadí que tenía a todo el servicio secreto de Francia pisándome los talones y que...

«¿Estás jugando a los espías, Nigel?».

Por lo que me concernía, le dije, preferiría no haber conocido la historia de Matt, y cómo engañó al pobre muchacho, y cómo luego lo traicionó, y lo torturó en uno de esos lugares espantosos que hay al otro lado del Telón de Acero, y lo secuestró y lo utilizó como moneda de cambio en esas transacciones infames que...

«¿Ya no me quieres, Nigel?».

Bueno, tampoco había que ponerse melodramático. Uno siempre debe respetar los trabajos ajenos y, sobre todo, no inmiscuirse en asuntos que no son de su incumbencia. Además, y esto se lo aseguré de todo corazón, había que procurar ser consciente de los contextos, porque un crimen en unas circunstancias determinadas podría considerarse de otro modo en un panorama distinto; por ejemplo, no podían equipararse los magnicidios de Abraham Lincoln, el zar Nicolás II o el archiduque de Austria...

«¿Qué tiene que ver aquí el archiduque de Austria, Nigel?».

Me quedé atendiendo al zumbido del auricular y preguntándome por qué nuestra conversación había ido a parar al archiduque de Austria. Aunque, según decían los libros, la muerte de un hombre podía acarrear el sacrificio de otros miles y millones de seres humanos, y tal y como estaba en esos momentos el concierto internacional...

«Pero, Nigel, ¿qué te importa a ti el concierto internacional?».

Entonces me vi obligado a confesar —aunque no era mi intención— que el Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje del gobierno francés me había amenazado con deportarme a Varsovia, a Moscú o incluso a lugares inexistentes, como Kazajistán o Kirguistán, si volvía a verla o volvía a reunirme con ella.

«¿Eso te ha dicho Agnes? ¡Será estúpida!».

Aparté de mí el auricular y lo observé como quien observa una granada a punto de estallar. ¿De qué conocía Lucille a Agnes? ¿Y por qué utilizaba su nombre de pila, como si hubieran ido al *kindergarten* juntas y se conocieran desde entonces y salieran a cenar los sábados con sus maridos en Berlín o París? Le dije que estaban temiendo por la vida del embajador y que tanto Matt Mattison como *Agnes* —así se atrevía a llamarla ella— parecían extraordinariamente nerviosos por unos rumores sobre «estrellas muertas» que...

«¿Aún no saben qué ocurre con la *estrella muerta*, Nigel?».

Dios mío, aquella mujer parecía saberlo *todo*: desde que se sentó a mi lado en aquel Trident horroroso de la British European Airways, seguramente había estado moviendo los hilos de todos los habitantes de Niza sin que nadie lo supiera. Si hacía recuento de sugerencias, insinuaciones y certezas, Lucille Øorund o Kira Kerashimova era una agente de la aterradora Stasi —o quizá

de la KGB, o de alguna agencia aún peor— que había maltratado al pobre Matt, que despreciaba a Agnes Du, que parecía conocer a Celeste mejor que yo mismo y que... Bueno, desde luego, conocía detalles de mi vida que hasta yo mismo ignoraba.

«¿No vas a venir a Bougain Ville esta noche, Nigel?».

«Arriesgo mi vida».

«Anda, ven».

«Bueno. Ahora voy».

101. La influencia de la Luna y Saturno en el carácter de las personas

«... y, por tanto, se puede decir que tú eres lunático saturnino».

Celeste se encontraba tumbada boca abajo en la tumbona de la playa de Neptuno, frente al hotel, con su bikini de rayas azules y blancas, con su nueva pamelita (LM™) y sus gafas de sol, repasando su libro de astrología y tomando notas en una libreta roja con un diminuto lápiz también rojo. Sus pies vendados resplandecían al sol y jugueteaban por su cuenta, cruzándose y descruzándose, elevándose hasta quedar perpendiculares a la rodilla y volviendo a descender perezosos hasta el final de la tumbona, donde ejercitaban los tobillos con encanto báltico.

«No sé si me gusta ser lunático saturnino», le dije, precisamente cuando estaba releendo el capítulo de la *Astronómica* en el que Bénédicct-Antoine Moullet de Riveranque señalaba que, debido a las tormentas de hielo de amoníaco (con vientos de 1.800 kilómetros por hora y a una temperatura de unos -140 °C), «nada que se parezca a la vida puede existir en un lugar tan desolado y hostil». A veces, aunque comprendo que eso no es posible, me gustaría pensar que no tengo un aspecto tan desolador y...

«... porque...», y revisaba sus notas una y otra vez, al tiempo que me daba golpecillos con el lápiz en el brazo, para llamar mi atención, «según tu signo zodiacal, te rigen la Luna y Saturno... que... vaya...».

«¿Qué ocurre, Celeste?».

«Oh, nada. Son tonterías».

«¿...?».

«Lo siento, Ny, pero la influencia de la Luna te ha convertido en un ser frágil y cobarde, y por la parte de Saturno, en una persona infeliz, sombría y desafortunada».

«Bueno, ya lo sabía».

«Seguramente será culpa de tu hígado, que no procesa bien los humores».

Las perezosas olas del Mediterráneo seguían crepitando en la playa pedregosa y los *sun lovers* —así los llamaban los periódicos británicos que se repartían por la Riviera— dormitaban en sus tumbonas hasta que se les ocurriera algún placer mejor.

102. El infame Armand

Recuerdo perfectamente aquella noche calurosa y húmeda: en Niza no son habituales esas jornadas tan incómodas, en las que cuesta dormir y tampoco es de gusto pasear o entretenerse con nada. Así que, precisamente porque Niza tiene un clima tan encantador y amable, bien pudiera ser que la incomodidad se debiera a mi propio malestar físico —por los nervios, las infecciones, los tumores o cualquier otra causa— y no a los aspectos puramente barométricos de la ocasión.

El señor Artjoms Levv me estaba explicando las innumerables dificultades que se estaban encontrando a la hora de adquirir el Bevis; los abogados de las distintas partes —y creo recordar que al menos eran cuatro partes— llevaban varias jornadas discutiendo sin llegar a ningún acuerdo concreto.

«... porque el propietario se niega a especificar la procedencia del atlas, y nosotros no podemos aceptar semejante vacío legal: en cualquier momento una familia judía podría reclamarlo como suyo. Y, créame, Nigel: conozco a los judíos y son muy capaces de recuperar lo que consideran suyo, aunque tarden generaciones en conseguirlo...».

Mis dolencias habituales —agravadas por las tensiones a las que me sometían constantemente los acontecimientos del Negresco, las amenazas y los sobresaltos— me habían impedido ir a cenar con Celeste y Matt Mattison a Villefranche. Es cierto que tampoco me habían invitado a ir con ellos, pero no habría podido ir en ningún caso. Celeste creía que Matt estaba más mustio de lo acostumbrado —«Creo que no le gusta verme contigo, Nigel»— y, como buena chica que era, había decidido *regalarle* una noche al hombre de la Agencia en Niza. «Pero a ti te quiero más», dijo. Por alguna razón

relacionada con mi carácter frágil, cobarde, infeliz, sombrío y desafortunado, no me parecía extraño que Celeste me quisiera más a mí pero fuera a cenar con Matt.

Cuando el señor Levv pidió un nuevo *gin fizz* «sin ginebra» para él y otros cuatro «convencionales» para Mylène, el coronel Du Picq, para la señora Du Picq y para mí, nos atendió el nuevo camarero que había contratado el hotel y que se presentó amablemente como Armand... En ese momento me dio un vuelco el corazón y me convencí de que jamás podría vivir sosegadamente, ni en Niza ni en ningún otro lugar, porque en todas partes me acosarían las conmociones, los sobresaltos y las angustias. A medida que Armand iba colocando las copas de *gin fizz* helado ante nuestras narices, decía con una ruindad extrema: «*Je suis à votre service, madame! À votre service, monsieur, à votre service...!*». Reconocí aquella voz lastimera de inmediato, y no puede decirse que fuera una habilidad extraordinaria: cualquiera que hubiera oído ese quejumbroso servilismo lo habría identificado sin ninguna duda. «*Je suis à votre service, madame! À votre service, madame, à votre service...!*». ¡Por Dios, aquel tono de permanente humillación causaba repugnancia!

Como solía ocurrirme cuando en mi estómago se mezclaban inadecuadamente los tranquilizantes, los antidepresivos, los somníferos, los ansiolíticos, los analgésicos y el alcohol, comencé a entrever cómo se organizaba aquel puzle, pero era incapaz de ordenar las piezas correctamente. Veía con claridad cómo era el laberinto, y era capaz de distinguir la entrada y (a veces) la salida, las revueltas y los recovecos, las rutas despejadas y las vías muertas, pero me resultaba imposible seguir un camino firme y seguro que me condujera hasta el final. En los cristales de hielo de mi *gin fizz*, mientras el señor Levv explicaba con entusiasmo el gran valor de la *Uranographia* de Bevis y cuánto le gustaría lucirla en su despacho londinense, yo era capaz de ver al servil Armand arrodillado ante la condesa de Polignac en el Hôtel Soleil Méditerranéen, lloriqueando aquellas lastimosas súplicas: «*Je suis à votre service, madame! À votre service, madame, à votre service...!*».

¡Era una fatalidad ser tan torpe y tan poco avisado! ¡Si Ø o Celeste tuvieran la información que poseía yo, seguramente ya habrían dado con la solución al embrollo! Desgraciadamente, en ese momento solo contaba con mi propia inteligencia —porque ni el señor Artjoms Levv ni el matrimonio Du Picq me iban a ser de mucha ayuda en este caso—; tal vez unos minutos después, cuando me hicieran efecto la triptamina y la ergolina de mis medicamentos, mi mente fuera capaz de ordenar, recapitular y explicar lo que estaba ocurriendo. Por el momento, lo único que podía hacer era apurar mi ginebra y no perder de vista al infame Armand.

Después de refrescarse con otros *gin fizz*, tanto el matrimonio Du Picq como Mylène y el señor Artjoms Levv se declararon cansados y tomaron la decisión de subir a sus habitaciones. Para entonces, yo ya estaba resuelto a interrogar ladinamente a Armand, con el fin de saber si era exactamente quien yo creía que era y si tenía o no una relación con la condesa de Polignac, y por qué.

Pero mientras redactaba en mi pensamiento las preguntas, y las posibles réplicas a las hipotéticas contestaciones del vil Armand, me percaté de que hacía al menos diez minutos que no lo veía, y que una camarera parecía haberlo sustituido. Corrí entonces a Le Relais y pregunté por él, pero el jefe de camareros me dijo que ya había concluido su turno y se había marchado a casa. Salí a toda prisa por las escaleras de la calle de los jardines de Villa Masséna, pero no lo vi. Bajé entonces hasta la Prom y oteé en dirección Este, pero tampoco pude distinguir su vil figura. Volví entonces a toda prisa por Rivoli; y ya estaba a punto de llegar a la confluencia con la rue de la Buffa cuando vi la infame silueta de Armand. Iba medio encogido y humillado, como corresponde a una personalidad deleznable, por la acera derecha, y me pareció que iba comiendo uvas o algo... seguramente robado de los espléndidos fruteros del Negresco. Siguió caminando directamente por la calle Berlioz, pero se detuvo en un establecimiento donde creí ver que compraba algo. Mientras lo hacía, yo me oculté en un soportal en el que una joven pareja de novios pareció sentirse bastante incómoda ante mi repentina e insólita presencia.

Por fin, sucedió lo que yo intuía que iba a suceder: al doblar la calle, el infame Armand giró, cerca de la estación de ferrocarril, y se dirigió directamente al Hôtel Soleil Méditerranéen. Unos minutos después su silueta desapareció en la mugrienta oscuridad del establecimiento y yo me detuve a pensar qué podría hacer. ¡Si al menos pudiera contar con los consejos de Celeste o de Ø...!

«¡Cómo lloriqueabas delante de tu ama, infame Armand!», me dije mientras encendía un cigarrillo junto a una taberna llena de operarios ferroviarios. «*Je suis à votre service, madame! À votre service, madame, à votre service...!*». Ya lo creo. Desde luego que sí, *à votre service...* ¿para qué?

En mi misión como agente secreto *particulier* —sin vinculación con ningún estado ni organismo oficial—, creí necesario averiguar qué estaban tramando aquellos dos indignos conspiradores. ¿Por qué la condesa de Polignac se reunía con el infame Armand? ¿Y por qué el infame Armand había entrado en el servicio del Negresco? ¿Y cómo lo había conseguido? ¿Había contado con la ayuda de la condesa de Polignac? Y si era así, ¿cuáles eran las razones que movían a la noble monegasca?

Desde la calle se podía ver la luz encendida de la que fuera mi triste morada durante algunos días: las siluetas de dos mujeres —cuya profesión resultaba evidente incluso en la distancia— deambulaban por la estancia, fumando y bebiendo, y de vez en cuando gritaban en una lengua extranjera, probablemente eslovena o eslovaca o estonia, incomprensible para un inglés de apellido escocés. En la habitación de al lado, la tenue luz de una bombilla miserable a veces iluminaba la encogida figura de un hombre... Mientras encendía otro *lucky* intenté hacer acopio de valor y fuerzas para adentrarme en el vestíbulo del hotel, si es que aquel pasillo estrecho y tétrico podía llamarse vestíbulo. La mujer del pelo grasiento había desaparecido, pero tras el mostrador de mármol amarillo y picado se encontraba el hombre que olía a puerros, y el calor de la noche nizarda no hacía sino aumentar aquel hedor. Levantó apenas un segundo la mirada de la novelilla que estaba leyendo y me observó con desprecio entre el humo gris negruzco que salía de su apestoso *gaulois caporal*.

«*Bonsoir, monsieur*», dije, convencido de que aquel hombre no sería capaz de entender mi pobre francés. «¿Se acuerda de mí?».

«No», dijo, sin apartar la mirada de *Lulu: Désirs secrets* (16), una novela a la que nadie podría augurarle una trayectoria literaria especialmente relevante en la historia intelectual europea.

«Quisiera ver a... Armand», murmuré, observando el oscuro callejón de escaleras empinadas por el que se ascendía a las habitaciones.

«À qui?».

«Armand...»

«Le docteur Armand Heelé?».

«¿Eh? ¿Doctor? ¡Ah, sí! *Le docteur, le docteur...*! ¿Puedo subir a...?».

«Desolé. *Ce n'est pas possible, monsieur.* No puede ser. *La Dame est en place...*».

«¿Qué?».

«La Dama, *monsieur*, la Dama. Está arriba. No se puede subir. *Impossible. Interdit*».

«¿La Dama está...?».

«*Oe, oe, oe! T'est sourd?*».

Retrocedí sin perder de vista al hombre de la recepción. Él no hizo ademán de despedirme y siguió concentrado en los deseos secretos de Lulú.

Lamenté mucho no contar con aquellos aparatos de alta tecnología que utilizaban los espías de las novelas y del cine. Un micrófono direccional que capturara y grabara exactamente la conversación que uno deseaba, una cámara que registrara la infame escena del doctor Armand Heelé y la Dama, o un artilugio mecánico que me permitiera descolgarme desde una azotea y observar sin ser visto la escena que tenía lugar en aquella alcoba.

¡Las conversaciones del doctor Armand Heelé y la Dama! ¡Eran las mismas conversaciones que había escuchado cuando ocupaba la desdichada habitación número 21 del Hôtel Soleil Méditerranéen algunas semanas atrás! ¡Conspiración! ¡Confabulación! ¡Maquinación! ¡TRAICIÓN!

Atrapado junto a la verja de un almacén ferroviario, y encogido por el hedor de unas cajas de pescado podrido que había a mi derecha, no pude sino «esperar acontecimientos», como dicen los periodistas que en realidad no esperan más que una tragedia. El corazón me latía con fuerza y sus bombeos llegaban violentos hasta mis sienes, donde enturbiaban y tergiversaban el hilo de mis pensamientos: la idea de que la Dama (¡la condesa de Polignac!)

estuviera en aquel lugar espantoso, dando instrucciones a un médico encubierto que trabajaba como camarero en el hotel Negresco, conseguía que me temblaran las manos. Por desgracia, no llevaba conmigo ninguno de los medicamentos que solían tranquilizarme.

¡Qué malos presagios!

¡Qué nefastos augurios!

Al cabo, giró en la esquina un imponente Rolls-Royce negro, con la lentitud sospechosa de un furgón funerario. Aquello no hacía sino confirmar mis presentimientos más angustiosos. El vehículo se detuvo frente al deslustrado portal del Soleil Méditerranéen. Allí permaneció al menos cinco minutos, hasta que finalmente pude ver una figura *nobiliaria y monegasca* que se apresuró a meterse en el vehículo: el Rolls ronroneó como un viejo cascarrabias y salió disparado en dirección Oeste, para girar luego y perderse en las calles silenciosas de la Niza nocturna.

De regreso al hotel, por las calles vacías y bajo las turbias luces nocturnas, mi imaginación y los ácidos ansiolíticos comenzaron a forjar toda suerte de tramas y argumentos. Algunas farolas parpadeaban y formaban halos siniestros en el aire cargado de partículas acuosas procedentes del mar. Algunas parejas apuraban las últimas horas de la jornada para confirmar sus amores en los portales y en las esquinas, o decidían buscar esos establecimientos que siempre están abiertos a la pasión carnal.

Al llegar a la puerta del hotel (la que fuera puerta principal en los viejos tiempos, en la calle Berretta, con su gran portal inglés), me detuve durante unos instantes para recuperar el aliento. Y pensé que... bueno, nada.

103. Angustias y fertilizantes

Con frecuencia me he visto abrumado por las circunstancias más triviales. Sin embargo, la doctora Val, de freudianos labios, solía decirme que mi capacidad de resistencia ante las adversidades era superior a la media clínica; ello se debe sin duda a la práctica, porque he estado sometido a las calamidades desde muy joven, hasta el punto de conseguir asimilarlas como parte de mi personalidad esencial. Aunque no puedo demostrarlo científicamente, como podría demostrar datos referidos a los insectos, doy por seguro que tengo una especie de magnetismo irresistible para aquellos que buscan a alguien débil a quien maltratar; también, y supongo que por las mismas razones, atraigo a personas que desean protegerme. Es muy probable que todo tenga su raíz en la debilidad mental, en la incapacidad para ordenar el sistema de la vida, en la imposibilidad de entender bien lo que acontece en el mundo o en la pobreza del análisis de las circunstancias en general.

Cuando una preocupación me acosaba —esto me ocurría con frecuencia—, podían transcurrir dos o tres días, a veces hasta cinco, en los que el corazón me palpitaba con tendencia a desbocarse, las sienes y las vértebras cervicales me dolían, se me inflamaba la garganta, me lloraban los ojos, me sangraban las uñas de los pies, oía murmullos imaginarios, me temblaban las manos y sufría esa *anxietas tibiaram* de la que hablaba el profesor Ekborn. Mi Laurine resolvía, en esos casos, que era un idiota, pero esta explicación, aunque sencilla y aparentemente certera, nunca me pareció ni científica ni especialmente afortunada. Decía que no comprendía mis angustias; la doctora Val, sin embargo, sí que las comprendía, sobre todo el día que cobraba sus honorarios, aunque el único remedio que puso a semejante dolencia fue siempre un menú de píldoras ansiolíticas que me dejaban postrado y entumecido durante días. Las angustias vanas, los temores infundados, los miedos absurdos o las agonías injustificadas no desaparecían, y con

frecuencia me despertaba, sudoroso y aterrorizado, en medio de horribles pesadillas, y con un feroz dolor de tímpanos; con el tiempo comprobé que el único remedio era que los temores, los miedos, las angustias y las agonías fueran pudriéndose en el cerebro hasta que quedaran como cenizas...

Y las cenizas se habían ido acumulando durante años en la base de mi cráneo, eso lo daba por seguro. Y como tenía ya cierta experiencia, sabía que al cabo de algunos días la preocupación disminuiría y la amargura se desvanecería.

Era casi indecente pensar en angustias metido en aquella cama regia del Negresco. Sin embargo, toda la parte de la cama que yo no ocupaba estaba llena de ese alquitrán negro del miedo, la agonía y la vergüenza. Y la razón era que uno de aquellos días recibí una nueva carta de Doug. En primer lugar me decía que no llamara en adelante a casa de la joven estudiante vietnamita, sino al domicilio de una estudiante guyanesa de nombre Ainara o Yanira o Naraya, no estoy seguro. Después decía que se había ocupado de comprobar que el sabueso Samuel Buckheader no se había movido de la comisaría local y que seguía deambulando con su miopía y su ridícula estatura entre los *colleges*, sin mayor interés por el destino de mi Laurine y la tía Mildred... o esa era la impresión que daba. Esto no me consolaba, porque en el fondo de mi plexo solar yo sabía que Buckheader estaba investigando y que acabaría por darme caza, porque era inevitable y, además, seguramente era justo. (Cuando esa idea se apoderaba de mi cerebro, me ardía el rostro, y luego se sucedían todos los síntomas que ya he descrito y otros muy singulares, como la acidez pulmonar y unas fuertes contracciones en los tendones de la espalda). Sobre todo, Doug me advertía que mi situación podría empeorar mucho porque en la India se habían fumigado varios campos de una aldea con los pesticidas Blint y las autoridades locales atribuían a esa fumigación el hecho de que a buena parte de la población se le hubiera caído el pelo y las uñas; otros se habían quedado ciegos o habían tenido graves problemas gástricos y cutáneos; muchas cabras habían muerto y dos vacas sagradas a las que los aldeanos tenían en especial consideración habían fallecido repentinamente. Todas estas desgracias las achacaban a los pesticidas Blint. El presidente de la cooperativa de la India, que era también gurú, o como se denominen los sacerdotes brahmines en esa parte del mundo, había elevado

su queja al gobernador de Karnataka, que había ignorado la denuncia tras varios regalos procedentes de Inglaterra con el remite de Fertilizantes Blint. Doug se quejaba de la poca formalidad de las autoridades indias y me señalaba que aquel gobernador de Karnataka no se cansaba nunca de pedir dinero y caros regalos londinenses a cambio de seguir manteniendo la denuncia en un cajón. Al final, y después de más de 100.000 libras, el gobernador había llevado el caso al Parlamento y a la judicatura del país. Toda la maquinaria burocrática de la India había sido operativa y eficaz —la única ocasión que se recuerda en la historia de ese país—, de modo que al cabo de unos días había llegado a la empresa la citación con la correspondiente denuncia internacional. Doug creía que Inglaterra defendería a la empresa de los ataques injustificados de un país lejano y, sobre todo, desagradecido..., pero no estaba seguro. Puede que el caso se alargara indefinidamente o se resolviera en cuestión de días: la empresa ya se había gastado una enorme cantidad de dinero en abogados y sobornos para intentar detener la amenaza hindú y era posible que no pudiera resistir un combate contra toda una nación si el gobierno del señor Harold Wilson permanecía indiferente. Desde luego, si el caso prosperaba y Fertilizantes Blint se veía obligada a pagar una multa y resarcir económicamente a los aldeanos (y a los gobernantes) de Karnataka, sería muy difícil el sostenimiento económico de la factoría. Los representantes de Karnataka en el Parlamento hindú habían solicitado unas cantidades de dinero fuera de toda lógica europea, decía Doug. Por otra parte, sostenía que mi seguridad no corría peligro, porque —aparte del hecho cierto de que nadie conocía mi paradero— había conseguido que un par de campesinos de Essex asumieran los costes penales —probablemente 16 años de cárcel— registrándose como gerentes responsables de las acciones de Fertilizantes Blint. Jamie y Pete Brown pudieron salir así de la ruina a la que se veían abocados tras varios años de malas cosechas y una peste porcina que había acabado con toda su cabaña; ahora solo les restaba esperar: si tenían suerte, el caso se resolvería con una multa a la empresa; si no la tenían, les tocaría ir a la cárcel por el tiempo que los jueces considerasen oportuno. Pero eran jóvenes, y si les imponían una pena de dieciséis años, saldrían de prisión con cincuenta o cincuenta y cinco años, con lo cual aún podrían disfrutar un poco de la vida...

Para finalizar, Doug me hablaba largo y tendido de su nueva adquisición guyanesa, Naraya o Yanira o Ainara, cuyas características cárnicas describía con gran —e innecesaria— precisión.

104. Intrigas monegascas. Una historia de Mylène Demongeot en la piscina del Club Capri Soleil Private de Niza

Mylène Demongeot —ya lo he dicho— era una de las mujeres más hermosas y encantadoras de la Côte d’Azur y, al decir de los que conocen otras partes del mundo, también podía contarse entre las más bellas de Europa y de América. Ella solía burlarse de estas exageraciones periodísticas —aunque era una estrella fabulosa—, y recuperaba el papel de Milady que había interpretado en *Los tres mosqueteros* para fingir un desprecio por el mundo y sus vanidades. A veces, por el contrario, recordaba sus actuaciones en películas «grecolatinas» y decía que era la mejor actriz de la Antigüedad, por encima de la Anne Baxter de *Los diez mandamientos*. Por lo que a mí respecta, estaba convencido de que Mylène podía competir en belleza grecorromana con la Cleopatra de Liz Taylor que había fascinado al mundo un par de años atrás. (También es cierto que yo veía a Mylène casi todos los días y podía certificar todos sus encantos, o al menos algunos). En aquella época causaba furor por encarnar a la Hélène de *Fantômas*, y recuerdo haber oído a Celeste y a Mylène hablar sobre la exuberante belleza de Brasil, donde la actriz debía de haber protagonizado una película de espías, con malos muy malos, muchos puñetazos falsos y una imitación de Sean Connery a la francesa.

A mediodía, o quizá un poco más tarde, Mylène salía por la puerta de Le Relais, donde un botones le había aparcado su *berlinette* amarilla, y se detuvo un instante al verme sumido en mis cavilaciones frente a un periódico que la angustia me impedía leer.

«*Ciao, caro!*», dijo imitando una lengua italiana que en Niza era tan común como el nizardo y el francés.

Levanté la mano para saludarla y, tras algunas dudas, se acercó al rincón donde me encontraba. «*Qu' faites-vous ici tout seul?*». Le dije que no hacía nada en particular, salvo leer el periódico.

Tuve que prestar bastante atención para entender, al final, que había decidido ir a comer y a pasar la tarde a un lugar llamado Capri Soleil Private Club, del que yo había oído hablar, pero que no me había atrevido a visitar porque era necesario pertenecer a la exclusiva nómina de sus socios o contar con una invitación personal de algún miembro.

«*Allez, allez!* Ven conmigo, no te quedes aquí solo con esa cara de... de...», dudó de la palabra correcta y lo dijo en francés, «¡con esa cara de *laitue!*!». En general, no era capaz de negarme a nada que me propusieran, porque mi cerebro catalogaba las sugerencias como órdenes, pero la idea de ir con Mylène al CSPC se me presentó de inmediato como la solución a las angustias, indecisiones y dudas que me acosaban.

El CSPC se encontraba colina arriba, más allá de Gairaut, y había que pasar por una zona donde las villas tenían nombres exclusivos, ostentosos y sospechosos, como *L'Âge d'Or*, *Luxure de Luxe*, *La Summerienne*, *Le Paradis* y cosas semejantes. Estoy seguro de que algunas de esas villas se utilizaban para lo mismo que *Bougain Ville*: habría que cambiar el mobiliario de las habitaciones cada vez que alguien lo ocupaba, habría que hacer un filtrado exhaustivo y riguroso del agua de la piscina y habría que limpiar con alcohol cualquier lugar al que pudiera encaramarse una persona.

La *berlinette* de Mylène recorrió veloz las calles de Niza. El autorradio emitía coros angelicales hasta que Neil empezó a cantar con sus clásicos lamentos; luego se animaba él solo y expresaba a voz en grito que jamás habría otra mujer como Carol y que siempre sería su amor verdadero; al final, con una fe digna de un devoto fanático, aseguraba que no importaba lo que Carol pudiera hacerle, porque seguiría enamorado de ella. Mylène, cuya pasión por la música popular igualaba a la de Celeste o a la de Brigitte, cantaba y bailaba como una furia al volante de la *berlinette*. Y a mí me parecía maravilloso. (Tanto Neil Sedaka como mi amiga Mylène estaban convencidos de que no había nadie en el mundo como Carol.) Como tenía el pelo corto —por el último *Fantômas*—, no llevaba ni pañuelo ni diadema; lucía una blusa roja con nudos decorativos en los hombros y una falda blanca

de vuelo con grandes círculos rojos, azules, verdes y amarillos, pero no pude distinguir si blusa y falda componían un vestido o cada prenda iba por su cuenta... y mientras duró la canción de Neil y observaba a mi piloto, estuve planteándome tan angustiosa pregunta.

El CSPC se encontraba en una lujosísima zona residencial de Saint-Sébastien, y el edificio recordaba las construcciones antiguas de los años veinte. Mylène también estaba de acuerdo en que probablemente se había construido pensando en la piscina Molitor de París, por su estilo *art déco*; sin embargo, como dijo mi anfitriona, la piscina del CSPC tenía la ventaja de estar abierta al limpio cielo de Niza, y el sol bañaba el césped y las palmeras que adornaban aquel espacio de lujo y esplendor. En la comparación con la Molitor de París, yo no podía aportar nada.

Estuve sentado en una de las tumbonas que rodeaban la piscina, esperando a Mylène, que tenía que ponerse el bañador. Cuando apareció, con aquel albornoz verde y aquel traje de baño a rayas azules verticales y asimétricas, creí que el agua de la piscina se desbordaría por la derecha, porque en mi cabeza se estaba inclinando peligrosamente hacia ese lado; después, cuando volví a detenerme en las fabulosas piernas de mi amiga, la piscina se volvió a tambalear, amenazando con verterse y provocar una ola gigante que inundaría las instalaciones del club. Lo peor vino cuando Mylène dejó caer el albornoz, se dio media vuelta y se lanzó con un salto olímpico a la piscina. Me resultaba sorprendente que las personas que me rodeaban se mantuvieran en pie con sus copas de cristal en la mano y sus cigarrillos, conversando tranquilamente, o dormitando en sus tumbonas, cuando todo el establecimiento estaba girando desbocado y a punto del colapso.

Mylène nadaba de un lado a otro de la piscina y yo aproveché para encargar a la amable camarera dos Byrrhs, que vinieron con una generosa profusión de elegancias. También procuré ingerir tres tranquilizantes, porque intuí que no eran la piscina y el establecimiento los que se movían, sino mi cerebro, que se conmocionaba con la *rutillante* belleza de mi amiga.

«Ah», dijo al salir, escurriéndose el pelo y secándoselo luego con una toalla como solo pueden hacerlo las jóvenes francesas nacidas en Niza que se llaman Mylène Demongeot. «*L'eau est phénom'nal, Nigel, vou' devriez prendre'un bain*», exclamó con aquel maravilloso acento meridional.

Durante unos minutos, mientras disfrutábamos de nuestros Byrrhs, de la brisa marina y del espectáculo que se podía admirar desde la lujosa balaustrada que miraba al sur, con Niza a nuestros pies y, más allá, el mar, estuvimos debatiendo mi incapacidad para la actividad natatoria: aunque en ningún caso podía negar que me gustaba sentir el frescor del agua en la piel, bien con las furiosas olas en el mar, bien con el gélido temblor de las aguas de los ríos o los sensuales destellos en las aguas cerradas, era muy cierto que mi incompetencia rítmica en el agua me había acarreado ya algún disgusto y había ingerido más salitre del necesario en varias ocasiones. Simplemente, le dije a Mylène, era incapaz de coordinar los brazos, los pies, el movimiento de la cabeza, la mirada, la curvatura de la espalda, la posición de la pelvis, la inclinación de las cervicales, la respiración y...

«Bahbahbah, Nigel, qué tonto eres», dijo entre risas y a punto de derramar su Byrrh.

Poco después, cuando su cuerpo tendido se calentaba al sol y las gotas de sus brazos, de su espalda y de sus piernas comenzaban a evaporarse entre destellos y temblorosas dudas, se me ocurrió murmurar: «He visto a la condesa de Polignac...».

Mylène, que casi se había adormilado con el *vermouth* y el sol de mediodía, se incorporó un poco.

«¿Qué está haciendo *ahora* esa mujer?».

«No estoy seguro...», murmuré oculto tras mi copa de Byrrh.

«La condesa de Polignac siempre ha estado conspirando», dijo Mylène.

Al parecer, Antoinette de Mónaco era conocida en la Riviera por su vida turbulenta. La historia de las cuitas del pobre Winter —el amante nazi de la princesa— había recorrido de este a oeste la costa de la Riviera, en varias ocasiones, pero todo se había olvidado cuando el joven Winter desapareció y surgió repentinamente el amor entre ella y un tenista. Tuvieron tres o cuatro hijos, aventuraba Mylène, aunque no estaban casados: una circunstancia peliaguda en el cristianísimo Principado de Mónaco. Así que finalmente contrajeron matrimonio y, para que se vea lo ponzoñosa y nociva que es la institución matrimonial, resultó que la pareja que había sido feliz y prolífica durante varios años de concubinato acabó divorciándose al cabo de solo un par de años de relación avalada por Dios.

«La condesa nunca ha tolerado bien que fuera su hermano el heredero...», me dijo Mylène casi en un susurro, como si estuviera convencida de que Antoinette de Mónaco tenía ojos y oídos en toda la Riviera. Si la primogénita del conde de Polignac y la duquesa de Valentinois no hubiera tenido un hermano varón, ella sería la princesa de Mónaco y no una segundona exiliada.

¿Exiliada?

«Un exilio... sssh... un exilio fingido, Nigel».

Desde que su hermano Rainiero ascendiera al trono, Antoinette no había hecho más que encizañar el ambiente en el principado... o eso era lo que se decía en algunos círculos, porque la condesa también tenía sus partidarios. Ella —y otras muchas personas de importancia, tanto en Mónaco, como en Niza o en París— creía que Rainiero no tenía ni voluntad ni espíritu para gobernar un país, por muy pequeño que fuera. Todo el mundo pensaba que Mónaco era un principado «de opereta», ridiculizado hasta el extremo en todas las embajadas, las cortes y los parlamentos de Europa, como un menor de edad al que Francia le daba papillas y le cambiaba los pañales. La condesa decía que Rainiero solo quería tener un país para jugar. Acosaba a su hermano, diciéndole que era incapaz de tener hijos y procurando malograr la relación que tenía con aquella Gisèle Pascal...

La impresión general a principios de los cincuenta era que el principado estaba derrumbándose, y cuando parecía que ya no cabían más desgracias en ese pequeño territorio, estalló el escándalo de la Société Monégasque de Banques et de Métaux Précieux en 1955, un sumidero por el que se escapó más de la mitad del Tesoro monegasco. «*Aux chevaux maigres vont les mouches*». Lo que se decía era que Rainiero lo apostó todo a una sociedad dedicada a promover las novedosas tecnologías de la radio y la televisión (Image et Son, propiedad de un dudoso irlandés), y la Société Monégasque, dirigida por los amigos del príncipe, hizo otro tanto; cuando Francia le negó los derechos exclusivos a la sociedad Image et Son, todo colapsó y las empresas fueron cayendo como piezas de un dominó, hasta hacer tambalear los mismísimos cimientos del Principado. Mylène decía que eso era lo que se decía, pero que resultaba imposible saber, de verdad, dónde habían ido a parar los cientos de millones de francos que se habían evaporado en aquella

operación... Entonces la condesa volvió al campo de batalla, convencida de la debilidad de su hermano, y tras la dimisión del gobierno, se alió con un dudoso personaje llamado Jean-Charles Rey, que era por aquel entonces presidente del Parlamento monegasco. «Yo no sé hasta dónde llegaron y qué hicieron», decía Mylène, mirando a un lado y a otro como los espías de sus películas, pero el caso es que «la condesa fingió un exilio» y desde entonces tenía una casa en Èze-sur-Mer, que era la fabulosa mansión que habíamos visto desde un mirador en la carretera. Desde su castillo, Antoinette insistía en que Gisèle era más *improductiva* que un guijarro de la playa y que Rainiero acabaría vendiendo el Principado a Aristóteles Onasis o a algún mafioso de Chicago.

«*Il était désespéré-désespéré-désespéré*», repetía Mylène, cubriéndose las piernas para no quemarse con el sol o para que yo me concentrara en la historia de Rainiero y su pequeño principado.

Solo había un modo de resistir al cataclismo monegasco: consiguiendo dinero.

«Esto no se puede decir, *mon cher* Nigel», susurraba Mylène, acercándose peligrosamente a mi nariz, «pero aquello fue un *mariage américain*... un matrimonio americano: uno pone el título nobiliario y el otro el dinero. *Tu me comprends?*».

Y el dinero, claro, lo puso el padre de Grace Kelly y sus amigos americanos. Se aseguraba que cuando la condesa supo que su hermano se iba a casar con la famosa actriz, estampó un jarrón japonés de 30.000 francos contra una pared, hiriendo a una criada en la ceja. Pero, bueno, esos detalles apenas cuentan... Le dije a Mylène que en alguna ocasión, aunque no recuerdo a quién ni dónde, había oído decir que la condesa estudiaba quiromancia y otras artes adivinatorias, que acogía en su casa a médicos de dudosa reputación y que tenía una obsesión casi enfermiza por acoger animales de todo tipo en su casa, incluido un avestruz. Mylène me confirmó que todas aquellas cosas se decían, efectivamente, y otras muchas más de todo punto inverosímiles, como aquella extravagante solicitud de la condesa para que se asegurara que la futura esposa de Rainiero era virgen — quienquiera que fuera la escogida— y podía tener descendencia; en los

círculos políticos que agitaron semejante cuestión estaba enfangado su amante de entonces, Jean-Charles Rey, el presidente de la Cámara de Representantes.

«Pero el príncipe pudo salvar la bancarrota... después de todo», le dije a Mylène mientras pasábamos al restaurante del club, La Nappe d'Or: los aromas de las ensaladas provenzales eran embriagadores.

«*Oh, mais oui!* Y no fue fácil conseguir el matrimonio americano: se dice que como Mónaco estaba bajo tutela francesa, ¡el embajador francés era el encargado de dar el consentimiento al matrimonio con Grace Kelly!».

«¡No puede ser!».

«*Ah, bon! Bien sûr, mon cher!*».

Y así fue como Mónaco pasó de ser un pequeño país tutelado por Francia a ser un protegido de Estados Unidos, dijo Mylène, dando una palmada. Los bancos aportaron créditos, el gobierno rebajó los impuestos a las sociedades y empresas financieras, se organizó una sociedad estatal para la explotación de la antigua Société des Bains, con los casinos, los puertos, los hoteles y otros establecimientos de recreo, y se hicieron negocios privados con Onassis y otros magnates... Mylène decía que aquello fue un escándalo y que el general De Gaulle le dijo a Rainiero que los monegascos tenían que pagar impuestos como todos los franceses, pero a Rainiero no le venía bien. Así que Francia llegó a imponer un bloqueo a Mónaco y envió a unos guardias de aduanas para cobrar impuestos... (Y esto había ocurrido solo tres años atrás).

«Sí, pero la condesa...».

«*Ah, madame la comtesse!*». Resulta que *madame la comtesse* iba y venía a Mónaco continuamente, y entraba y salía de palacio, sin olvidar ni un solo momento que *ella* creía ser la verdadera soberana del principado: la oyeron asegurar que su país se estaba convirtiendo en una cueva de ladrones —y a nadie le parecía que estuviera muy desencaminada, en esa opinión, al menos—, regentada por un hombre débil y una *raccrocheuse* de cabaret americana.

Aunque los médicos de Rainiero consiguieron demostrar que Grace Kelly era virgen y que podía tener hijos, la condesa de Polignac no se dio por vencida, e insistió en que ella tenía derecho al trono, y que la solución

política pasaba por la abdicación de su hermano, una regencia que recaería sobre su cabeza lacada y condal y la coronación final de su hijo Christian Louis, uno de los que tuvo con el tenista. Naturalmente, todas aquellas cizañas las cultivaba en su mansión de Èze y luego las sembraba en Mónaco, si alguna vez la invitaban a alguna celebración importante o a alguna fiesta de gala.

Mylène, con un toque de drama romántico del siglo XIX y con un cogollo de lechuga en el tenedor, a modo de espada justiciera, me aseguró que se aseguraba que en el palacio monegasco se daba por seguro que era cierto, aunque con algunas dudas, que *madame la comtesse* había llegado a insultar a la princesa Grace cuando esta estaba embarazada de Caroline, diciendo que el impotente de su hermano jamás sería capaz de engendrar un hijo y que ella no era más que una buscona, y una cabaretera, y que se había amancebado con la nómina completa de los actores de Hollyw... Y cosas así. No se sabe si llegaron a las manos, porque nadie se imagina a Grace Kelly tirándose de los pelos con otra mujer, aunque esta fuera una condesa de la polvorienta rama de los Grimaldi. Sin embargo, se asegura —y esto es cierto, porque se convirtió en una frase común en la Riviera— que la princesa Grace la expulsó del palacio como el ángel flamígero y contestó a las ofensas de la condesa con la frase bíblica: «Acostúmbrate a no ser nadie».

Yo había escuchado mil veces sentencias parecidas dirigidas a mí, así que al principio no me pareció que fuera una contestación tan grave. Sin embargo, pensándolo bien, «es posible que semejante desplante haya escocido mucho a una noble que ostenta tantos títulos y tantas coronas», le dije a Mylène.

Mi amiga se encogió de hombros y se sirvió más faisán, mientras me dejaba escoger nuestra segunda botella de vino.

En opinión de Mylène, la señora condesa jamás renunciaría a horadar los cimientos del trono de Mónaco: la conspiración era su estado de ánimo y la cizaña, su ensalada favorita.

«¿Hasta dónde crees que puede llegar la condesa si...?», pregunté.

Mylène sonrió, se encogió de hombros y exclamó: «*Je ne sais pas!*».

105. El coronel Du Picq y los monolitos

Resultaba encantador ver a dos viejos caballeros como el coronel Du Picq y el anticuario Artjoms Levv departiendo amigablemente en la Prom, sentados en un banco, y dejando pasar las horas con total dedicación. Se distingue a los viejos caballeros por algunos rasgos peculiares: hablan a los niños con la seriedad y la dignidad que corresponde, escuchan a los jóvenes con atención y se guardan muy mucho de darles consejos —porque ni los quieren ni los necesitan—, tratan respetuosamente a las muchachas, critican su descaro por fuera y lo alaban por dentro, tratan a las mujeres de su edad como compañeras de un viaje delicioso y, en general, consideran que los hombres de mediana edad no tienen nada importante que aportar al mundo, salvo molestias y engorros.

Así que cuando me senté a su lado en el banco del paseo, el coronel y el anticuario apenas me prestaron atención, embebidos como estaban en una conversación apasionante.

En términos generales, y como era de esperar, la cuestión era que el coronel Du Picq intentaba convencer al anticuario Levv de que la mayoría de los grandes monumentos que despiertan la admiración del mundo no habían podido ser construidos por los hombres. Según el coronel, era «imposible de toda imposibilidad» que los griegos hubieran construido solos el Partenón y otros prodigios helenísticos; del mismo modo, era «imposible de toda imposibilidad» que los pueblos primitivos de América hubieran podido construir sin ayuda complejos ceremoniales fastuosos como Chichén Itzá o ciudades sagradas como Machu Picchu; por no hablar de las pirámides de Egipto: el coronel estaba seguro de que los egipcios, un pueblo que apenas ha progresado nada en cuatro mil años, *no* habían podido construir semejantes monumentos. Sin necesidad de entrar en otras consideraciones, dijo el coronel, bastaba con pensar que la Gran Pirámide tiene varios millones de

bloques de piedra, cuyo peso va de las veinte a las sesenta toneladas, y que aquel pueblo primitivo que no conocía los rudimentos de la ingeniería tendría que haber colocado un bloque cada medio minuto, o menos, para que la pirámide... El anticuario no estaba seguro de que las cifras y los tiempos que desgranaba el coronel fueran los correctos. Por supuesto, el problema radicaba en una cuestión de sujetos: si los griegos no habían concebido la Acrópolis, si los mayas no habían levantado Chichén Itzá y los egipcios no habían construido las pirámides, ¿quién lo había hecho?

El señor Levv, aunque muy educadamente, le dijo al coronel que le costaba mucho imaginar que los extraterrestres hubieran tenido el humor necesario para visitar la Tierra hace casi cinco mil años, levantar esos monumentos extraordinarios y volver por donde habían venido. El coronel, por su parte, replicó argumentando que los extraterrestres *no* habían construido las pirámides, la Acrópolis o el Machu Picchu, sino que habían *ayudado* a los hombres a levantarlas.

«¿Usted qué piensa, Nigel?», me preguntó el señor Levv, seguramente para intentar despabilar mi semblante meditabundo y preocupado.

«En estos momentos», les dije, «preferiría que los extraterrestres no...».

El coronel defendía su postura con argumentos sólidos, según él, y acudiendo a disciplinas científicas, como las matemáticas y la ingeniería. Comenzó entonces a hablar de una piedra gigantesca que habían encontrado en un lugar lejano, llamado Baalbek, que probablemente está en el Líbano o en Siria, o en algún lugar con camellos. Según el coronel, en un templo dedicado al dios Helios habían descubierto bloques de piedra de dieciocho o veinte metros de largo, con un peso de ochocientas o novecientas toneladas; y había una piedra cuyo peso superaba las mil doscientas toneladas, y estaban todas tan bien cortadas y pulidas que a nadie con sentido común se le podía pasar por la imaginación que las hubieran trabajado civilizaciones que tenían dificultades para contar y sumar... Y lo mismo decía de otros pueblos de la Antigüedad que tuvieron como costumbre o manía levantar enormes monolitos, como los que hay en Stonehenge, el famoso menhir de Bretaña o el obelisco inacabado de Asuán. Etcétera.

Artjoms Levv dijo que era una suerte dedicarse a las antigüedades pequeñas, porque sería muy *incómodo* tener que negociar la adquisición de monolitos de mil toneladas, obeliscos monumentales, pirámides o las colosales piedras de las ciudades de los incas.

Y, mientras me alejaba, los oí reírse de buena gana.

106. Inocencia

Celeste había abierto las puertas correderas, había cogido el periódico y se había metido en mi cama con una especie de pijama blanco con corazones, como el de Doris Day en... bueno, eso bah.

«Ny. No te lo vas a creer...».

Podía sentir su calor y su perfume a mi lado, mientras me daba golpecitos en el hombro para que me despertara; la tarea probablemente requeriría algún esfuerzo, porque la cantidad de tranquilizantes y somníferos que había ingerido la noche anterior —para superar unos miedos que me habían asaltado repentinamente— fue considerable.

«Ny. No te lo vas a creer», repitió Celeste, mientras incrementaba la rapidez y la fuerza de sus palmaditas en el hombro.

«¿Qué...? ¿Qué ocurr...? ¿Qué haces metida en mi cama?».

«No seas tonto, Nigel. Esta también es mi cama».

Dobló con una ferocidad innecesaria el *Nouveautés* y me exigió que pusiera atención y escuchara.

«Atiende. Escucha».

Y comenzó a leer una noticia en francés. Su pronunciación había mejorado bastante en los últimos días y, dado que era una joven brillante en todos los sentidos, era comprensible que no tardara mucho en encontrar el tono característico de la fonética francesa. Decía que la antigüedad de su lengua letona, «que deriva directamente de la familia indoeuropea», le permitía aprender lenguas con más rapidez que cualquiera. No sé si era verdad, porque yo apenas supe que dijera más que unas palabras en francés, otras en italiano, algunas en hebreo —cuando se enfadaba con su tío— y una frase en alemán que había oído cuando era niña y que no había olvidado jamás: «*Sie werden sterben, jüdin*». Creo que Celeste había atesorado el dialecto letón que se hablaba en el reducto judío de su país natal: decía que

era una de las lenguas más antiguas del mundo. A veces me enseñaba palabras en su idioma; cuando estuvimos en Grasse me enseñó el nombre de algunas flores, como «rosa», «margarita» o «pensamiento», que se decían *sarts*, *margrietina* y *atraitnitem*, o algo parecido, y en otras ocasiones me enseñó cómo se decía «mar» (*jura*) o «sandía» (*arbuzs*) o «fresa» (*zemene*). «Helado» era *saldejums*. «Estrella», *zvaigzne*, y «espacios siderales», *zvaigznes telpa*. Según Celeste, «amor» en letón se decía *milestiba*. Yo creo que algunas palabras se las inventaba.

Celeste seguía leyendo en francés, cada vez más deprisa, y de tanto en tanto me preguntaba: «¿Qué te parece?». A mí me parecía bastante poco, porque no estaba entendiendo nada de lo que decía, en parte porque mi dominio del francés era muy limitado, en parte porque los somníferos y los ansiolíticos aún me estaban haciendo efecto y en parte porque podía sentir la piel cálida y desnuda de su pierna junto a mi espalda.

«¿Pero qué...? ¿Qué dices...?».

«¡Completamente equivocados! ¡Completamente equivocados!», exclamaba Celeste. Y luego añadía: «Y la culpa es tuya».

«¿Mía? ¿Yo? ¿Pero qué...?».

Celeste arrojó el periódico a un lado de la cama y saltó por encima de mí para meterse en el baño, protestando y diciendo que habíamos sido completamente injustos y malvados, y que era intolerable comportarse así con las personas, porque luego resulta lo que resulta y ya ves...

Procuré despabilarme y me arrastré hasta el otro lado de la cama para intentar recoger las hojas sueltas del *Nouveautés*. Por más que miraba y remiraba, no conseguía encontrar la noticia que tanto había escandalizado a Celeste. Me incorporé, con unas cuantas hojas de periódico en la mano, como una bandada de gaviotas muertas, y rodeé la cama. Celeste seguía hablando bajo el agua de la ducha. Sin darme cuenta, acusando seguramente el nocivo efecto de las drogas somníferas, abrí la puerta del baño. Me senté en la silla luisalgo que había frente a los lavabos y los espejos: mi cara parecía doblada y desfigurada, como un dalí lisérgico o un picasso alcoholizado.

«... por eso son tan nocivas las habladurías, Ny. Algo tendríamos que haber aprendido de Tirpitz *el Asqueroso*: no se pueden sacar conclusiones sin tener pruebas ni se puede juzgar a las personas a la ligera...».

A pesar de mi indiscreción, Celeste no pareció molesta por mi presencia en el baño y siguió protestando contra la injusticia de los rumores, las murmuraciones y los chismorreos. Adivinaba su figura tras un cristal esmerilado con las enes floridas y cortesanas del Negresco, y creí ver que se había puesto uno de aquellos gorritos decimonónicos para no mojarse el pelo. Las vendas de los pies colgaban como tímidas lianas blancas en un extremo de la mampara.

«Es muy fácil hablar, Nigel. Pero cuánto daño podemos hacer...», decía, con la ingenuidad y la bondad de una joven que ignora que el mundo parece concebido en realidad para hablar mal de los demás y, sobre todo, para intentar hacer daño con las habladurías. Mi amigo Doug decía que el lenguaje no se inventó para poder reunir a la tribu y explicar cómo había que matar a un mamut, sino para poder encizañar a un joven ambicioso contra el jefe envejecido, para enemistar a la mujer con la amante, para acusar de vil y miserable al enemigo o para difundir la especie de que su presencia ahuyentaba la caza... Pero, bueno, Doug no tenía confianza en el ser humano; solo le importaban las estudiantes nepalíes, filipinas o hawaianas.

Observando la figura borrosa de Celeste tras la mampara esmerilada de la ducha, sospechando los ríos de espuma de rosas recorriendo su espalda y sus caderas, imaginando las gotas de agua burbujeando en su piel y vaporizándose a su contacto, volví a revisar con desgana las hojas desordenadas y arrugadas del *Nouveautés*. Me resultaba imposible averiguar cuál era la razón por la que Celeste clamaba al cielo contra la injusticia moral de las habladurías.

«Pero... Celeste... ¿Dónde...?».

«¡Qué fácil es inventar una historia y vestir a alguien con los ropajes de la delincuencia y la miseria, solo para atribuirle al final un crimen espantoso...! Ay. Qué caliente sale el agua aquí. Me quemo».

Por fin, en una de aquellas páginas repletas de anuncios vi una palabra que me sobresaltó: «Tirpitz».

«¿Pero qué...?».

Mientras Celeste continuaba recriminando a toda la clientela del hotel, y también a sus empleados, para ser ciertos, la mala costumbre del chismorreos y las habladurías, intenté concentrarme en la noticia. La palabra «*Innocent*»,

seguida de varios signos de admiración, reflejaba bien la sorpresa y el estupor del periodista, y avanzaba seguramente la incredulidad y la estupefacción del lector. El periodista (un Edgard o Edouard Imbroglio) declaraba en el primer y segundo renglón que «*incompréhensiblement*» el juez había dejado en libertad al ciudadano americano Patrick Hooker con el informe favorable de la fiscalía, y «libre de cargos», salvo una pequeña multa por hacerse llamar Patrick cuando en su pasaporte americano se especificaba claramente que se llamaba Martin. El juez había dictado también una providencia particular condenando a doscientos francos de multa a la gendarmería de Francia por molestar a un ciudadano extranjero inocente y, sobre todo, por dejarse llevar por las habladurías de los clientes de un hotel de la ciudad. Se daba por hecho que los gendarmes se habían presentado ante el juez con el reo maniatado, y con la única prueba de unas meras suposiciones, según las cuales Patrick era un fanático seguidor de la actriz retirada —y actual princesa de Mónaco— Grace Kelly y se había sentido furiosamente irritado ante ciertos artículos del periodista Fabien Tirpitz, llamado *el Asqueroso* (*le Dégoûtant*, en francés). Según el reportero Imbroglio, tanto el fiscal asignado como el juez ante el que se celebraron las vistas preliminares de rigor tuvieron la tentación de dar por sentado todo lo que contaban los gendarmes, porque algunos detalles eran ciertos, como que Patrick había nacido en Filadelfia, que había trabajado siendo niño en los colegios donde estudiaba la joven que luego sería actriz y princesa, que muy probablemente la había conocido —aunque no era seguro y él no quiso declararlo—, que había viajado a Europa tras un percance en Nueva York y que había sido púgil fraudulento en peleas amañadas en París. Pero respecto a su pasión desbordada por la princesa Grace de Mónaco y los supuestos amores que los gendarmes le atribuían..., sobre eso no había ninguna prueba en absoluto. Y cuando se le preguntó dónde había estado la noche en que asesinaron al periodista asqueroso, pudo demostrar sin la más mínima duda, y con los testimonios adecuados, que estuvo en su casa, con su mujer Dianne y sus hijos, Martin y George, escuchando un programa de radio en el que se trataban ciertas dolencias renales y, después, leyendo una novela policíaca sobre una juguetería que desaparecía, y que después había salido a pasear al perro, *Tartufe*, por el parque, donde solía encontrarse con varios amigos (de los que pudo dar nombres y que certificaron que todo era cierto),

y que ese día, porque hacía mucho calor, estuvieron departiendo hasta muy tarde, quizá las tres de la madrugada, hora a la que regresó a casa, donde se hizo un sándwich de...

El periodista estaba tan asombrado por la inocencia de Patrick como por la incompetencia de los gendarmes. Después de varios días de declaraciones y de pesquisas, quedó probado que Patrick odiaba con toda su alma al periodista Fabien Tirpitz, pero que era de todo punto imposible que hubiera sido él quien hubiera acabado con la vida del reportero asqueroso.

Pero si no había sido Patrick...

«¡No decíais más que embustes del pobre Patrick!», exclamó Celeste, ¡como si ella no hubiera participado activamente en la recreación de la vida del camarero de Filadelfia!

Vi cómo extendía un brazo para coger las toallas diminutas con las que habitualmente me dispensaba sus danzas matutinas, pero no salió de la ducha. Comprendí entonces que era el momento sagrado de los vendajes y, recogiendo algunas páginas del periódico que se habían caído, salí del baño.

Acudieron a mi pensamiento embotado varias reflexiones filosóficas, como el tremendo error de pensar que podía entender lo que sucedía a mi alrededor, la idea de que alguna vez se pudiera ordenar el caos del universo o la convicción absoluta de que el té ya se había quedado frío.

107. El señor Vrilllette-Grandcroix viene con asombrosas noticias

En la *suite* que el señor Levv había dispuesto para los trabajos de negociación con la casa de subastas y los dueños o representantes de las antigüedades, estaba a punto de concluir una reunión del propietario del despacho, el señor Levv, su sobrina Celeste Levv, los dos abogados judíos (probablemente Esther y Ezequiel), y dos enviados de sendos bancos británicos, uno de ellos radicado en un lugar lejanísimo seguramente lleno de chinos, Singapur, Hong-Kong o Tokio. Bastaba que los hermanos Gerhard y Werner Weerden, de MBW Antiques, presentaran una documentación fiable para que la familia Levv pusiera una imponente cantidad de libras sobre la mesa el día de la subasta, de modo que nadie pudiera competir en la adquisición del Bevis.

Celeste y yo teníamos previsto acudir a una fiesta privada. Violette, convertida en una estrella —aún no se sabía de qué disciplina, aunque con alguna probabilidad estaría relacionada con la industria cárnica—, nos había invitado a una velada particular en las estancias del Château de l'Anglais, una suntuosa villa conocida en Niza por su color rosa y su aspecto de tarta nupcial.

Mientras concluía la reunión de los anticuarios, yo me entretenía en un rincón, mirando por la ventana a los turistas desocupados que paseaban por la Prom y hojeando de mala gana varias revistas anodinas sobre «*tourisme à la Côte d'Azur et la Provence*».

«Siéntate por ahí y espérame, Nigel», me había dicho Celeste. «No serán más de cinco minutos, te lo prometo. En esa mesa hay muchas revistas, así que seguramente encontrarás alguna de insectos o peces...». Lo más parecido a algo relacionado con el mundo natural era un *Lui*, *Le Magazine de l'homme moderne* bastante deteriorado que...

Una llamada interrumpió la toma de decisiones de última hora, cuando el señor Artjoms Levv casi había convencido a uno de los representantes bancarios de conceder un préstamo a bajo interés si finalmente se conseguían las piezas deseadas en la subasta. Según transmitió telefónicamente la recepcionista del hotel, el director de Babylone Enchères, la empresa encargada de la subasta, tenía algo importantísimo que comunicar: el señor Vrilllette-Grandcroix se encontraba en el vestíbulo del hotel y «esperaba» que el señor y la señorita Levv tuvieran la amabilidad, si ello no causaba ningún inconveniente, por supuesto, de concederle unos minutos para... Yo me limité a mirar la hora de mi reloj y a pensar en la fiesta que Violette ofrecía en la tarta de fresa; si no acudíamos, pensé, el gremio de la repostería jamás nos perdonaría semejante desplante.

Algunos de los reunidos se ocuparon de guardar los documentos privados más comprometidos y aguardaron sentados en torno a la mesa. Celeste y uno de los banqueros encendieron sendos cigarrillos. Finalmente, un edecán del Negresco, ataviado como coronel general del ejército hostelero, hizo pasar al señor Vrilllette-Grandcroix, que venía enrojecido y congestionado como si acabara de conocer de primera mano la muerte de Napoleón o la invasión alemana de París.

«... como director de Babylone Enchères... Buenas tardes, como director de Babylone Enchères... ¿Puedo beber un poco de agua?».

El señor Artjoms Levv le pidió que se tranquilizara y que tomara asiento, o de lo contrario se corría el riesgo de un colapso inminente, con los inconvenientes y molestias que se derivarían de semejante contratiempo.

«Babylone Enchères es una casa de subastas con más de muchos años de antigüedad, señores, y jamás nos había sucedido una cosa parecida...».

Para no interrumpir el discurso agónico del señor Vrilllette-Grandcroix, todos permanecieron en silencio y con la intención de escuchar atentamente lo que el director de la casa subastera tuviera que decir. El buen hombre, armado con un pañuelo blanco, intentó secarse la calva y los belfos amoratados, y me pareció que tenía lágrimas en los ojos.

«Por supuesto..., por supuesto», tartamudeó el señor Vrilllette-Grandcroix, «por supuesto, el camafeo ruso, el tratado de geometría, la diadema otomana, los bocetos de Lovati-Hercolani y la mano de la Victoria

Katerini *siguen* estando en...».

«¿Qué?», preguntó Celeste, enfurecida. «Saben que vamos a pujar por esas piezas, señor Vrillotte-Grandcroix, ¿a qué viene...?».

Celeste me había dicho que, aunque había alguien interesado en la diadema otomana de esmeraldas —se trataba de una persona residente en Mónaco, según todos los indicios—, el resto de las piezas probablemente no atraería la atención de los subasteros y Levv Antiques podría conseguirlas al precio de salida, o poco más.

El director de la casa de subastas volvió a beber agua y a secarse el sudor de la frente, y entonces pareció haber reunido las fuerzas suficientes para exponer lo que efectivamente había venido a exponer:

«Señores: ¡los hermanos Weerden de MBW Antiques han decidido retirar de la subasta la *Uranographia* de Bevis!».

Se hizo un silencio profundo y sombrío. Todos los presentes permanecieron con la mirada clavada en el director de Babylone Enchères, un tanto aliviado ya después de haberse librado de aquella carga. «Por supuesto, el camafeo ruso, el tratado de geometría, la diadema otomana, los bocetos de Lovati-Hercolani y...», murmuró, intentando calmar la tormenta que se avecinaba con los paraguas de aquellos objetos menores y baratos.

Todos los presentes habían empleado mucho esfuerzo, tiempo y dinero en los trabajos previos para asegurar la adquisición del Bevis —los precios de piezas relevantes se negociaban antes de la *mise aux enchères*, curiosamente, de modo que había piezas que *realmente* no se subastaban—. El señor Vrillotte-Grandcroix no podía pretender que aquello se solventara con un apretón de manos y una copa de champán.

«Tienen que detenerlos», dijo el señor Levv, con una voz que sorprendentemente me resultó aterradora.

«¿Qu... qué?», titubeó el director de Babylone Enchères.

«La procedencia del Bevis es criminal».

«Pero... pero...».

«¡Maldito estúpido!», murmuró Celeste, encendiendo otro cigarrillo y arrojando de mala manera la cajetilla sobre los documentos esparcidos sobre la mesa. «¡Ese Bevis es una pieza expoliada, idiota! ¿Es que nunca se le ocurre pedir documentos acreditativos, señor Vrillotte-Grandcroix?».

«Pero aún pueden adquirir el camafeo ruso y la diadema otomana...».

Los abogados resoplaron y se miraron unos a otros como una manada de lobos que está decidiendo cómo, dónde y en qué momento atacar al reno herido.

«Búsqese un abogado», dijo el señor Artjoms Levv en un tono que yo desconocía.

Inmediatamente, los letrados comenzaron a hacer llamadas desde los dos teléfonos de la *suite*. Uno de ellos estaba —sin duda— hablando con las autoridades policiales, denunciando el intento de vender un mapa expoliado por los nazis en una subasta pública en Francia y declarando, aunque quizá no había fundamento jurídico, que eso estaba completamente prohibido por la legislación de etcétera y etcétera, y que ellos mismos etcétera si no se cumplía con la ley etcétera hasta las últimas consecuencias etcétera. También pusieron una conferencia a Londres y, en lengua hebrea, o algo parecido, comunicaron a sus interlocutores el grave problema que... No es que yo entendiera lo que estaban diciendo, pero por el tono y los ademanes era fácil concluir que los abogados estaban disgustados con la *desaparición* repentina de la *Uranographia* y parecían estar disculpándose ante otras personas, tal vez posibles compradores ajustados ya con anterioridad o...

Celeste, vestida para la fiesta en el Château repostero de l'Anglais, se levantó, furiosa, cogió su bolso y una especie de *foulard* azul, y se acercó al director subastero. Le preguntó si los hermanos Gerhard y Werner Weerden seguían en las dependencias del Excelsior Hôtel Regina.

«*Oui, madame*».

También le preguntó si el atlas de Bevis aún seguía expuesto en el salón.

«*Oui, madame*».

Celeste quiso saber, además, si los hermanos Gerhard y Werner Weerden aún seguían en Niza y si...

«*Oui, madame*».

... y si permanecían en las dependencias que habían alquilado en el Excelsior.

«*Oui, madame*».

El hombre, aterrorizado y estupefacto, intentó recomponerse e incorporarse, entendiendo que aquel interrogatorio había concluido ya, pero Celeste le puso una mano en el hombro e impidió que se levantara. Seguramente iba a tener que dar muchas explicaciones a los abogados.

«Nos vamos, Nigel».

Yo creía que por fin podríamos disfrutar de una agradable velada en la fiesta de Violette. Había que felicitarla porque había conseguido alquilar unas dependencias en la villa Château de l'Anglais, uno de los lugares más característicos de Niza, y por teléfono nos había asegurado que tenía unas vistas maravillosas «del océano». Naturalmente, uno lamentaba que Celeste estuviera disgustada por el fiasco de la *Uranographia*, pero confiaba en su buen carácter y estaba casi seguro de que al cabo de un par de horas habría conseguido olvidarse del Bevis: una amable conversación y algunos cócteles de colores serían suficientes para que Celeste abandonara aquel gesto de enojo y volviera a brillar con su esplendor habitual...

108. Entrevaux

Celeste apagó el motor y los faros de nuestro Citroën DS azul cobalto. En la más completa oscuridad, frente a las escasas y débiles luces del hotel Pont-Levis, permanecimos en silencio. A mi derecha, como una sombra encorvada, podía verse el portazgo del puente sobre el río Var: al otro lado, recostado en la colina y serpenteando hacia la Citadelle, se arracimaba el pueblo de Entrevaux, que apenas si dejaba ver unas farolas amarillas en lo retorcido de sus callejas.

El corazón me palpitaba en el pecho con dolorosos latidos. En mi cerebro retumbaban como golpes de timbal ejecutados por un africano prodigioso. Si no hubiera temido tanto el sombrío gesto de Celeste, probablemente habría ingerido varias grageas tranquilizantes, pero el semblante de mi amiga me había aconsejado quedarme en mi sitio sin mover ni un músculo.

Cuando salimos del Negresco, varias horas antes, le había pedido a Celeste que olvidara durante unas horas la cuestión del atlas astronómico: desde luego, la canallada de los hermanos Weerden no tenía nombre y cualquiera podía comprender que estuviera furiosa, después de haber dedicado tanto tiempo al estudio y la probable adquisición de la *Uranographia*. Celeste ni siquiera me había contestado y, cuando fuimos a coger el Citroën, me dijo que *prefería* conducir ella.

Poco después recorríamos las calles y avenidas de Niza en dirección al Excelsior, y a una velocidad que espantaba a los viandantes y contradecía la supuesta limitación de potencia que tenía nuestro DS. Enfurecida tras sus gafas de sol, daba volantazos subiendo la colina de Niza hacia los apartamentos del antiguo hotel regio; en un giro, hacia el bulevar de Cimiez, una anciana perdió su bolsa de la compra, y los repollos, los puerros, los ajos y otras hortalizas salieron volando por encima de nuestro bólido; unas calles

antes, dos enamorados estuvieron a punto de perder la vida, en apasionada figura, cuando Celeste tomó la curva de la elegante Villa Paradiso como si fuera el mismísimo Graham Hill atiborrado de Methedrine.

Cuando llegamos a los apartamentos del Regina, Celeste salió del vehículo y cerró la puerta del Citroën con una violencia que lo hizo tambalearse. Un honrado agricultor, cargado con un enorme fardo de patatas, prefirió cambiar de acera ante la perspectiva de cruzarse con aquella joven rubia que amenazaba con organizar un cataclismo inmediato.

En aquella época, para acceder a las dependencias del Regina había que cruzar un parque con palmeras, y luego una elegante pasarela permitía entrar directamente al antiguo hotel victoriano. Celeste me había tomado la delantera, y su precioso vestido de fiesta —con millones de cuentas de cristal rosas y blancas— se agitaba con la ferocidad de sus zancadas, envueltas en aquellas botas blancas y altas que por aquel entonces llevaban todas las jóvenes. Su furor era tal que no me atrevía a llamarla, y la idea de pedirle que se tranquilizara ni siquiera se me pasó por la cabeza. Creo que a medida que avanzaba por el parque sus zancadas eran más violentas: el jardinero ni siquiera se atrevió a decirle nada cuando decidió acortar el camino por el césped para enfilear la pasarela.

En el interior del Regina estuve a punto de perderla dos veces de vista, y al final la encontré conversando con dos conserjes. Apenas llegué a tiempo para enterarme de que «los señores Weerden ya se han marchado».

En ese momento lamenté mucho que Celeste no pudiera endilgar una buena reprimenda a aquel par de sinvergüenzas, aunque, por otra parte, temía que la furia de mi amiga acabara con un ojo morado o una patada en la espinilla de un alemán, lo cual seguramente nos acarrearía muchas molestias judiciales.

«Vaya. Ya habrán cogido el avión. Lamento que no puedas...», le dije a Celeste mientras regresábamos al DS azul cobalto.

«Ja», me dijo con un puchero de furia que BB jamás podría imitar. «Se han ido en un furgón funerario».

«¿Qué?»

«En un Pontiac Bonneville negro, que es lo mismo».

Llegó diez pasos antes que yo a nuestro Citroën. Cuando me senté en el asiento del copiloto, vi a mi amiga aferrada al volante: los últimos rayos del atardecer iluminaban su melena rubia, y aquellos fuegos combinaban muy bien con su aspecto furioso. El vestido de fiesta, con miles o millones de cuentas blancas y rosas, resplandecía e iluminaba todos los encantos de Celeste, al tiempo que tintineaba cuando los diminutos cristales entrechocaban y resbalaban sobre su figura.

De repente, se volvió hacia mí y me lanzó una de aquellas sonrisas capaces de hacer tambalear mi decisión de no declararle jamás mi amor.

«Nos vamos de excursión, Ny», dijo, y las ruedas del Citroën giraron a tal velocidad que se formó una humareda a nuestro alrededor, y un olor a neumático quemado lo envolvió todo.

Con dos volantazos que hicieron temblar mis vísceras, consiguió acceder a La Provençale, que en muy poco tiempo nos dejó en la ribera del Var, donde giramos a la derecha para seguir corriente arriba por la Route de Grenoble, encajonados en un desfiladero tenebroso que iba adquiriendo tintes dramáticos a medida que caían las sombras de la noche.

Celeste se quitó las gafas de sol y las arrojó displicente al asiento de atrás: los faros de nuestro bólido parecían infundirle seguridad, y aceleró como si pudiera ver las curvas de aquella carretera mortal con la misma claridad que si estuviéramos en pleno día. Aunque confiaba totalmente en Celeste y su habilidad para desenvolverse en este mundo, no dejó de preocuparme que invadiera el carril izquierdo cada vez que había que girar hacia ese lado; sin embargo, no me atreví a mencionar ese pequeño detalle porque veía a Celeste muy concentrada en su labor automovilística. Desde luego, tampoco se me ocurrió poner el autorradio, porque me daba la impresión de que mi amiga no estaba de humor para las cancioncillas ligeras que solían programarse en el verano provenzal. En otro sentido, comenzaba a sufrir un espantoso mareo provocado por la velocidad, los volantazos de Celeste, el terror a los abismos que nos amenazaban por la izquierda y los espantosos roquedales que se cernían sobre nosotros por la derecha, aunque creo que la carretera cruzaba a veces el río, y entonces los abismos estaban a mi derecha, y las paredes graníticas, del lado de Celeste...

Llevábamos ya un buen trecho recorrido y la garganta del Var se había convertido en una boca de lobo cuando vislumbramos las tenues luces amarillentas de Entrevaux, la pequeña aldea colgada en la colina. No había manera de entrar en el pueblo con el coche, porque las puertas del viejo puente real impedían el acceso y, de todos modos, las dos hojas del puente levadizo seguramente no resistirían un tránsito habitual.

Después de apagar el motor y las luces del coche, Celeste dio unos golpecitos con la uña del índice en el parabrisas.

«Allí», dijo.

Allí estaba el Pontiac Bonneville negro que habíamos estado persiguiendo, en el pequeño aparcamiento del hotel Pont-Levis. En la oscuridad de la noche, apenas se distinguían sus brillos funerarios. Ojalá hubiera tenido agallas para preguntarle a Celeste qué pensaba hacer y si no sería preferible volver a Niza, porque la fiesta de Violette seguramente aún no habría terminado, y podríamos divertirnos con Mylène y con...

«Y allí», dijo Celeste, ignorando por completo mis pensamientos.

Esta vez señaló un poco más abajo, donde un lujoso vehículo rojo consiguió que un dolor ácido y punzante me presionara la tráquea y las arterias que rodean el corazón, o eso me pareció a mí. Aunque quisiera negarlo, era evidentísimo —porque se encontraba debajo de una de las escasas y mustias farolas del aparcamiento del hotel— que aquel era el deslumbrante Thunderbird rojo de Ø.

Celeste palpó su espalda con un gesto casi imperceptible, como si quisiera comprobar algo, y luego esperó en silencio con las manos aferradas al volante. En el exterior no había más que un mortecino resplandor, procedente de algunas ventanas abiertas del hotel, de ciertas viviendas cercanas y de algunas farolas envejecidas que no tardarían muchos días en morir. Aquel aparcamiento, al igual que el hotel, situado junto a la carretera, no auguraba nada bueno y carecía del encanto que seguramente respiraban las calles antiguas de Entrevaux, al otro lado del puente levadizo.

En mi opinión, aunque naturalmente me cuidé muy mucho de expresarla, lo mejor era regresar a Niza, acudir a la fiesta de Violette —si es que aún quedaba alguien en su apartamento de la villa pastelera del Château

de l'Anglais— o refugiarnos en las cálidas y entrañables paredes del Negresco, donde nada malo podría suceder...

Celeste abrió la portezuela del Citroën, pero no la cerró para no hacer ruido. Desde mi asiento vi cómo volvía a tocarse la espalda, comprobando que aún estaba allí lo que... Decidí salir también, aunque probablemente, y en caso de peligro, yo no supondría ninguna ayuda, sino más bien un engorro. Celeste levantó la mano para avisarme: no debía hacer ruido y debía dejar la puerta del coche abierta.

Fui tras sus pasos hacia la puerta del hotel. Un cartel en rojo y blanco, con las palabras «HÔTEL PONT-LEVIS», acompañadas de un dibujo francamente mejorable del puente antiguo de la población, daba la bienvenida con luces fluorescentes palpitantes, nerviosas y zumbadoras. Celeste empujó la puerta con una suavidad maligna, y los dos nos adentramos por un estrecho pasillo hasta la recepción. Un hombre de edad indefinida parecía dormido sobre el mostrador; solo cuando uno se acercaba podía ver dos orificios sanguinolentos en la coronilla y varios regueros de sangre espesa que recorrían las guedejas grisáceas de aquel desafortunado hasta desembocar en las oscuridades del mostrador. Di un paso atrás, espantado ante aquel espectáculo terrible, pero Celeste giró el libro de registro, lo observó durante un instante, y volvió a colocarlo como estaba.

«¡Celeste! ¡Vámonos!», exclamé lo más quedo que pude. «Esto es muy peligroso, Celeste. Vam...».

Celeste se volvió con el dedo sobre los labios, con un gesto tan imperativo que no pude sino cerrar el pico. Sin embargo, me parecía que la ingenuidad de Celeste estaba yendo demasiado lejos, que su curiosidad podía acarrearos algún peligro, que su vehemencia juvenil podría desembocar en una desgracia y que su afán aventurero tal vez podría depararnos más de un disgusto.

Celeste subió las escaleras procurando no hacer ruido y yo la seguí tan silenciosamente como pude. Al llegar a la habitación 16, comprobamos que la puerta estaba entreabierta, y una cinta de luz amarilla recorría la moqueta del pasillo y la pared de enfrente. Celeste volvió a comprobar el estado de sus vértebras lumbares con aquel extraño gesto, y empujó lentamente la puerta hacia dentro.

Celeste y yo quedamos entonces iluminados por la luz amarilla de la habitación. En el centro estaba sentada Lucille, con una caja negra de terciopelo sobre sus piernas. Llevaba un vestido blanco immaculado y en el modo de cruzar las piernas se parecía más que nunca a Vikki Dougan. Tras ella, con las manos en el interior de sus chaquetas americanas, como si estuvieran escuchando con devoción el himno de su país, estaban los tres Soldados de Goristsikhe, dispuestos a darnos el mismo recibimiento que al recepcionista a la menor indicación de Ø.

«Vaya, *nokemet* Levv: esta vez has llegado tarde», dijo Ø, ignorando por completo mi presencia y utilizando una voz que correspondía sin lugar a dudas a Kira Kerashimova.

Celeste no contestó.

«Nos vamos a llevar la *Uranographia*», dijo Kira, acariciando con la yema de los dedos la caja negra de terciopelo que tenía en su regazo. «Forma parte del expolio de Berchtesgaden y debe volver a Alemania. Espero que lo comprendas».

No es que no se me ocurrieran precisiones al respecto; por ejemplo, la idea de que podía debatirse si la República Democrática de Alemania era más Alemania que la República Federal, y a cuál de las dos Alemanias debía pertenecer el atlas astronómico con más derecho. Sin embargo, y debido a que Kira parecía ignorar mi presencia, dos pasos por detrás de Celeste, preferí no hacer ningún comentario.

«Los chicos de Markus Buschwald-Weer están en esa habitación», dijo Ø, señalando una puerta entreabierta que había a la derecha. «Pero es un espectáculo desagradable...».

Celeste no hizo ademán de contestar ni pareció tener mucho interés en saber qué había en aquella habitación, aunque era fácil suponer que los hermanos Weerden no se encontraban en una posición muy cómoda y que Lucille no mentía cuando afirmaba que el espectáculo podía resultar desagradable.

«Mi trabajo termina aquí, *nokemet* Levv: no voy a ir más allá. Espero que tengas suerte y que termines el tuyo, pero no voy a entregarte el atlas astronómico».

Celeste pareció meditar durante un instante las palabras de Ø, pero al final dio media vuelta y, apartándose levemente de su camino, avanzó por el pasillo y se alejó. Durante unos minutos que me parecieron eternidades estuve allí plantado, en el vano de la puerta, frente a aquella mujer prodigiosa y maravillosa. Sus tres Gloriosos Soldados de Goristsikhe, furiosos ejemplares de los desiertos de Jordania o Irán, parecían dispuestos a abatirme con sumo gusto a la menor indicación de Lucille. Pero mi amiga finalmente solo me sonrió y, haciéndome unas mariposas con sus dedos nórdicos, me dijo: «Adiós, Linton».

No quise despedirme de aquella mujer. Mi amigo Doug siempre decía que despedirse de una mujer era vergonzoso y muy poco varonil. Así que asentí levemente con la cabeza para darle la razón y me dispuse a seguir de inmediato los pasos de Celeste.

De regreso a Niza tuve algunas ideas; por ejemplo, que tal vez el estado alemán de la RDA tenía intención de pujar legalmente por la *Uranographia*, pero que en ningún caso estaban dispuestos a perderla, porque la consideraban parte de su patrimonio. Tal vez se asustaron al entender que la casa de antigüedades Levv, con el apoyo de bancos capitalistas, estaba dispuesta a hacer un desembolso que sería muy gravoso incluso para el Ministerio de Propaganda de la Alemania comunista..., y Lucille Øorund muy posiblemente filtró la idea de que el origen del atlas era muy dudoso, e incluso criminal, consiguiendo de ese modo que la legislación y la moralidad occidentales empezaran a dudar y a sentirse incómodas con la adquisición de un objeto expoliado por el Tercer Reich. «Los chicos de Markus Buschwald-Weer», como los había llamado Lucille, al final se habían asustado y habían decidido regresar a Zúrich con la *Uranographia*, bien para esperar un momento más adecuado para la venta, bien para intentar *colocarla* con métodos menos visibles y legales... Bueno, por fin conocíamos el nombre del verdadero propietario del Bevis: aquel Markus Buschwald-Weer. Tenía algunas opiniones al respecto, pero permanecí en silencio porque pocas cosas hay más repugnantes que una persona que da su opinión sin que nadie se la pida.

Celeste condujo nuestro Citroën DS azul cobalto con mucho más sosiego en el camino de regreso a Niza. Aunque se mostró taciturna y excesivamente seria para su carácter habitual, se parecía más a la Celeste que yo conocía. En mi opinión, había sido muy desafortunado (y peligroso) que una joven como ella hubiera tenido que ver las terribles escenas que nos habíamos visto obligados a presenciar, con el recepcionista del hotel *silenciado* para evitar cualquier indiscreción y con los amenazantes Soldados de Goristsikhe dispuestos a vaciar los cargadores de sus armas a la menor ocasión. No es que hubiera comprendido en todos sus extremos la *conversación* que Lucille había mantenido con Celeste (suponiendo que aquello fuera una conversación, porque Celeste no había despegado los labios), pero creí que sería más prudente dejar las dudas para más adelante. Era preocupante, por ejemplo, que Lucille se dirigiera a Celeste como *nokemet* Levv; también era muy curioso que Lucille se hubiera referido a aquel Markus Buschwald-Weer como si ambas lo conocieran; y más intrigante aún era que Lucille le hubiera deseado suerte en un trabajo que —si yo había entendido bien— Celeste tenía que concluir.

«Es aburrido viajar sin música», dijo entonces mi amiga, y en la oscuridad interior del vehículo creí que me miraba y me sonreía.

Giré el interruptor del autorradio y el locutor francés anunció una balada de un tal Ben E. King. Yo no conocía aquella canción, pero Celeste —que verdaderamente parecía propietaria de una tienda de vinilos— comenzó a cantar, afirmando alegremente que aunque se hiciera de noche y no se viera más que la luna, no iba a tener miedo porque yo iba a estar a su lado; y luego me cogió la mano y dijo que aunque el cielo se quebrara y cayera sobre nuestras cabezas, y aunque las montañas se derrumbaran en el mar, ella no iba a llorar, porque yo iba a estar a su lado. Y luego añadió varias veces que quería que me quedara con ella.

A pesar de la ayuda del cantante, Celeste desafinó bastante al pedirme a voz en grito que me quedara con ella. Pero no me importó.

Por supuesto: jamás la abandonaría.

109. El regreso de Patrick

A pocos días de la celebración del Catorce de Julio, en el Negresco se aceleraron las operaciones destinadas a la organización y decoración de la fiesta. Sin duda a *Dixhuitième* le resultaba incómodo que algunos salones permanecieran cerrados, que hubiera planchas de madera y telas apiladas en algunos corredores y que los pasillos estuvieran ocupados por operarios que, a diferencia de los huéspedes, no le prestaban la menor atención. Y como *Dix-huitième*, muchos clientes del hotel sentían que su espacio de lujo y tranquilidad se había visto invadido, a pesar de los notables esfuerzos de los gerentes del establecimiento, que colocaban aquí y allí distintos carteles donde advertían de la Gran Celebración del Catorce de Julio, *Fête Nationale*, pidiendo disculpas por las incomodidades a cambio de la perspectiva de una fiesta fabulosa.

Le Relais hacía honor a su nombre y constituía un agradable refugio frente a los enfados de la gobernanta, las irritaciones de los gerentes, los malos humores de los obreros y los gritillos absurdos de los decoradores, siempre enojados por pliegues que no estaban correctamente plegados o iluminaciones que no estaban correctamente iluminadas.

Hundido en mi sillón solitario, al fondo del bar, vi aparecer de repente la figura grande y amable de Patrick, al que se le habían devuelto, con todos los honores, los galones de la Muy Leal Orden de la Coctelería. Cerré mi biblia astronómica y me acerqué a la barra, donde mi camarero favorito me recibió con una amable sonrisa. Lo saludé cordialmente y le dije que me alegraba de que aquella enojosa detención hubiera sido un triste malentendido. Dado que todo se había resuelto como una broma pesada, convenía olvidarlo cuanto antes, me contestó, encogiéndose de hombros.

«Créeme, Patrick», le dije, animado por un whisky especial con el que yo estaba celebrando su regreso: «Últimamente tengo buenas razones para pensar que los mejores amigos pueden ser también espantosos asesinos, pero si tuviera que elegir, preferiría que no lo fueran. Y me alegra que tú no lo seas».

«Gracias, señor. Yo también me alegro».

«¿Sabes que tienes un nuevo compañero...? Se llama Armand. Es amigo de la condesa de Polignac».

«¿Ah, sí?».

«Sí».

110. Confesiones, preocupaciones y suposiciones

«Conocer la parte que te agrada de una persona ya es suficiente, y en ningún libro de la Biblia se dice que haya que conocer a las personas en su integridad», le dije, a propósito de Celeste. «Por otro lado», añadí, «nunca he tenido ese sentimiento de... bueno, nunca he tenido un sentimiento de posesión... En realidad, mi psiquiatra decía que no tenía sentimientos de ningún tipo».

«*Vraiment curieux*», dijo, con la barbilla apoyada en la mano y dándose golpecitos con el índice en sus famosos labios. «¿Eso le dijo su psiquiatra?», añadió con verdadero y genuino interés.

«Sí. Era psiquiatra psicoanalítica».

«Oh».

Aquella noche hacía un calor casi insoportable y la humedad era pegajosa como babas de medusa. A las tres de la madrugada, en un banco de la Prom, delante del Negresco y frente al mar, daba la impresión de que el sofoco podía sobrellevarse algo mejor. No es que la brisa marina fuera refrescante, pero cualquier cosa era mejor que estar empapado en la cama del hotel, dando vueltas sin poder conciliar el sueño. Los pocos transeúntes del paseo y yo nos mirábamos con gesto compasivo y lamentábamos nuestra mala suerte insomne.

«*Bonsoir*», me había dicho unos minutos antes, cuando llegó. Y agitó un abanico español para compadecerse y compadecerme en tan asfixiantes circunstancias. Luego se sentó a mi lado y me dijo que tenía una casa en Saint-Tropez y que allí nunca hacía tanto calor, aunque el año pasado también había sido espantoso... De todos modos, no era el calor lo que le impedía conciliar el sueño: me confesó que a veces el insomnio se apoderaba de ella, sobre todo cuando estaba pendiente de un rodaje o de un estreno. Si la entendí bien, había estado rodando en México entre enero y mayo, y en otoño

todo el mundo podría ver aquella comedia de revoluciones circenses. En su opinión, la película no había quedado tan divertida como se pretendía. Según mi acompañante noctámbula, las angustias de un estreno son insoportables: una nunca podía saber a ciencia cierta cuál iba a ser el resultado de una película... Indiferencias, burlas, elogios, desprecios, asombros, espantos, éxitos, fracasos horribles...

Por lo que me tocaba, yo solo había conocido estos últimos, aunque también era cierto que nunca se me había pasado por la imaginación hacer algo que pudiera merecer el aplauso o el elogio de los demás.

«Eso tiene su parte buena», me dijo, al tiempo que me ofrecía un cigarrillo. «Yo estoy aquí por insomnio y angustia; usted, solo para oír el mar y ver las estrellas».

Supongo que fui demasiado expresivo con mi mueca de disgusto o de duda...

«¿Qué?», preguntó con un insobornable acento francés. «¿Qué le ocurre, Nigel?».

Iba a contestarle con mi habitual «Tengo muchas preocupaciones», pero como siempre se habían burlado de mí cuando pronunciaba esas palabras, en los últimos años me había acostumbrado a callar. Mi Laurine y la tía Mildred solían contestarme: «¿Preocupaciones? ¿Qué preocupaciones tienes tú? ¿Que se te muera uno de esos piojos? ¿O que se escape una de esas polillas asquerosas?». Así que acabé convencido de que mis preocupaciones, cualesquiera que fuesen, no debían de tener mucha importancia para los demás, y que, en todo caso, siempre era conveniente guardar silencio. (Y si se las confesaba a la doctora Simonette Val era por mi sentido del deber, porque mi Laurine decía que eso era lo que tenía que hacer, y que para eso le pagábamos).

«¿Qué le ocurre, Nigel? ¿Es por esa joven... Céline?».

«Celeste».

«Ah, *ouiouioui*, Celeste».

Celeste no era la mayor de mis preocupaciones. «¿Ah, no?». «No». Desde luego, como compañera de queso y cerezas, lamentaba muchísimo que el negocio de la *Uranographia Britannica* se hubiera ido al traste; temía, por otro lado, que su tío Artjoms Levv, que había invertido mucho tiempo y

dinero en la adquisición de aquella obra, culpara a Celeste de lo ocurrido, cuando toda la responsabilidad debería recaer en las malas prácticas de los hermanos Weerden y el propietario, quienquiera que fuese aquel Markus Buschwald-Weer. Precisamente por esas malas prácticas, le dije a mi acompañante nocturna, Celeste había tenido que presenciar situaciones desagradabilísimas, y aunque no quise entrar a comentar los dos orificios que lucía el recepcionista del Pont-Levis, añadí que el atlas astronómico tenía un origen tan dudoso que hasta los servicios secretos de la Alemania Democrática habían decidido involucrarse en...

«¿Los comunistas?».

Efectivamente, los comunistas alemanes, le dije. Y añadí que mi joven amiga Celeste era tan encantadora y tan ingenua que se había quedado petrificada al ver a Lucille (o a Kira, ¿quién sabe?), deslizándose amenazas si intentaba arrebatarse la *Uranographia*. Ø la había llamado *nokemet* (que sería su modo de llamarla «judía», o algo parecido) y parecía conocerla de algo, pero eso...

«¿Quién es Ø?».

«Lucille Øorund», le dije. Era amiga mía: la conocí en el avión que nos trajo a Niza. A mí no me gusta volar y... pero, bueno, eso bah. Matt Mattison la llamaba Kira Kerashimova, porque cuando él estuvo en Berlín...

«¿Quién es Matt?».

«Un hombre de la Agencia, de Langley», le dije. «Ya sé que Mylène dice que debería esforzarme más con Celeste y que si sigo comportándome como un tonto, Celeste acabará abandonándome por Matt, pero en ese asunto hay mucho que decir, porque yo prácticamente no estoy enamorado de Celeste, y como Celeste en ningún caso se enamoraría de mí, no veo por qué iba yo a interponerme en cualquier relación o amistad que pudiera trabar Celeste con quien más le apeteciera».

Soy hombre de buen conformar, y me conformaba con lo que Celeste quisiera ofrecerme; por otro lado, nunca tuve ni un sentimiento de posesión respecto a Celeste ni de animadversión respecto a Mattison. Comprendía, por otro lado, que tanto él como Agnes Du...

«¿Quién es Agnes Du?».

«Es la representante de la SDECE», le dije. Y siempre me tuvo ojeriza porque yo visitaba mucho a Ø, e incluso amenazó con enviarme a Varsovia o a Budapest si seguía viéndola. Pero, en el fondo, Celeste y yo estábamos convencidos de que Agnes Du estaba más preocupada por los crímenes del *Carnicero* que por mis pequeñas indiscreciones con...

«¿Quién es *el Carnicero*?».

«Boumedah *el Argelino*», le dije. «Lo llaman también *el Carnicero*, por la costumbre de degollar a sus víctimas que...». La cuestión era que *el Argelino Carnicero* había cometido dos o tres carnicerías en los alrededores de Niza, y Agnes Du estaba aterrorizada ante la posibilidad de que volviera a aparecer con motivo de la fiesta nacional del Catorce de Julio. Por lo que sabíamos, tanto Agnes Du como Mattison (y todos los agentes que no conocíamos, pero que seguramente estaban alojados en el Negresco o en los hoteles circundantes para proteger a los invitados a la fiesta del Catorce de Julio) habían recibido una información confusa respecto a una estrella moribunda, a una estrella que debía morir, a una estrella que iba a morir o a una estrella muerta. Como nadie parecía saber quién y cómo se había interceptado esa comunicación, la gendarmería francesa y todos los servicios secretos estaban en alerta.

Mi compañera nocturna y yo encendimos sendos cigarrillos y, al observar su mirada atónita ante la turbulenta sucesión de revelaciones a la que estaba asistiendo, me pareció que debía concluir mi relato con una verdadera confesión.

«La cuestión es que *yo sé* quién es la estrella que va a morir».

Tras una pausa dramática —debida más a mi inseguridad que a la voluntad de crear expectación—, le dije que estaba completamente seguro de que la condesa de Polignac, haciendo uso de uno o varios de sus secuaces, había acabado con la vida de Tirpitz *el Asqueroso*. El periodista no había muerto por insultar a la princesa Grace, como todos habíamos creído al principio, acusando sin motivos a Patrick, sino por dejar entrever que se iba a atentar contra la princesa: el muy estúpido, gracias a su habilidad a la hora de hojar en los estercoleros humanos, debía de haber oído o intuido algo, y cuando tuvo que escribir, no supo contenerse, y habló de los nefastos augurios que se cernían sobre la fiesta del Negresco. Podría casi jurar que

Tirpitz *el Asqueroso* murió a manos de un tal doctor Armand, un miserable gusano que trabajaba para Antoinette, la condesa de Polignac. Su cometido es acabar con una estrella. Y podría apostar mi imperio pestífero...

«¿Qué es un imperio pestífero?».

«... podría apostar toda mi fortuna a que la *estrella que debe morir es Grace de Mónaco*».

«*Oh. N'est pas possible!*».

Le conté a mi acompañante que Mylène me había puesto al tanto de la historia, los rumores y las habladurías del principado, y de las envidias, los resentimientos y los odios del palacio; luego, con algún ornamento épico, narré mis aventuras de días pasados, y cómo había descubierto primero que el doctor Armand era el mismo personaje infame y rastrero que ocupaba la habitación contigua en el Hôtel Soleil Méditerranéen cuando yo llegué a Niza y... bueno, eso bah. Y cómo lo perseguí por las calles vacías de la ciudad hasta acorralarlo en el hotel, y cómo supe, allí mismo, que era médico (y por tanto, conocedor de todos los venenos y ponzoñas imaginables); y cómo, por fin, entendí que la hermana del príncipe Rainiero, exiliada, furiosa y resentida con la princesa, tenía intención de utilizar al infame Armand para acabar con la vida de Grace de Mónaco.

«*Oh. N'est pas possible!*», repitió ella. «¿Y qué va a hacer ahora, Nigel?».

Era difícil tomar una decisión. Eso me parecía. En realidad, le dije, cuando alguien tiene el empeño y la voluntad enloquecida de acabar con la vida de una persona, es imposible que no termine cumpliendo con su objetivo. Poco importaba si, en el momento decisivo, yo conseguía arrebatarse a la princesa su copa de vino envenenada, o si un agente de la gendarmería lograba interponerse entre la princesa y una daga asesina, o si un fallo mecánico impedía que explotara la bomba que Armand pudiera esconder en un jarrón chino... Si no lo lograba entonces, esperaría hasta tener otra ocasión mejor. El resentimiento y el rencor pueden mantener vivos los rescoldos del odio durante años, y durante décadas, hasta que el humillado logra aprovechar la oportunidad para vengarse. Eso era lo que yo creía y lo que podía decir respecto al asunto de la princesa y su enemiga Antoinette, la condesa de Polignac.

Mi acompañante nocturna me dijo que tenía una vida apasionante, aunque tal vez algo peligrosa, y que deseaba que encontrara una solución para las amenazas que se cernían sobre Grace Kelly. Respecto al resto de los conflictos, no sabía qué pensar: solo rezaba por que *el Carnicero* no se acercara a Niza el día de la fiesta nacional. También, al despedirse, me dijo que se alegraría mucho si finalmente me decidía a contarle *la verdad* a Celeste, pero como expresó sus deseos en francés no estoy seguro de haber comprendido bien sus palabras.

La conversación nos había llevado hasta las cinco de la madrugada. Se levantó, se desperezó como solo ella podía desperezarse, y me dio las buenas noches.

—*Bonne nuit*, Nigel.

—Buenas noches, Brigitte.

111. Experiencias deportivas matutinas

Algunas mañanas, poco antes del martini o del cinzano, nos reuníamos un grupo de huéspedes en la escalera del Negresco, y, si reinaba un cierto espíritu deportivo, emprendíamos una caminata hasta la punta Rauba-Capeù.

En la ocasión a la que quiero referirme, los miembros del equipo deportivo componíamos casi una muchedumbre. Venían Mylène y un amigo suyo llamado Marc, hijo del famoso escritor Georges Simenon, el coronel Du Picq y su esposa Angélique, Celeste y su tío Artjoms Levv, Brigitte y su hijo Nico —amigo y ya acompañante incondicional de Georgina—, la novelista Beatrix Villequeau (con su antigua sombrilla de los años veinte) y su esposo, y buena parte de la *troupe* de los Brainbridge, con la señora Brainbridge, Annemarie y Alexandra, el marido de esta última, el matemático Tom Wescott, y sus dos hijos (la citada Georgina y el joven Mark). También iba yo.

La actividad deportiva no era competitiva, ni mucho menos. En realidad, solía ocurrir que muchos de los que comenzaban la andadura ni siquiera llegaban a la punta Rauba-Capeù, y se quedaban en los jardines de Alberto I, esperando al resto del contingente que, con valor y osadía, continuaba la marcha por la marina, hasta su objetivo, y luego regresaba por el mismo camino.

Los jardines, precisamente, dieron pie a interesantísimas conversaciones, porque Marc Simenon —que era nacido en Bélgica— dijo a los caminantes ignorantes que ese Alberto I no era otro que el rey de los belgas. Y la señora Villequeau, que había viajado por toda Europa en los años veinte antes de su escandaloso divorcio y la posterior fuga neoyorquina con su actual marido, dijo que había conocido esos jardines en su juventud, y que ese lugar siempre se llamó el Jardin Paradis.

Otro motivo de interesante conversación fue el origen del monumento que se encuentra en Rauba-Capeù: el coronel Du Picq nos informó con todo detalle al respecto y nos dijo que, «tal y como puede verse ahí mismo», el lugar conmemora y honra la muerte de los 3.665 nicensés que perecieron en la Primera Guerra Mundial. Lo que nadie sabía, salvo Mylène, nacida en Niza, era que el lugar se llamaba Rauba-Capeù porque en esa punta suele soplar el viento desafortadamente y los sombreros suelen volar con bastante frecuencia —como tuvo ocasión de comprobar el joven Mark, que perdió el suyo en las aguas del mar—. «*Rauba capeù*» es una expresión nizarda que significa «roba sombreros», dijo Mylène.

Al señor Artjoms Levv y a su sobrina, siempre dispuestos a escuchar relatos antiguos y curiosidades, les encantó la historia de los sombreros que roba el viento. El viejo Levv lamentó que, por desgracia, con tanto trabajo, no había podido visitar el cementerio judío de la Colina del Castillo. Celeste se resopló el flequillo, como siempre que su tío se ponía «excesivamente hebreo» y, por su parte, el señor Artjoms Levv le recriminó que ella fuera en su indumentaria «excesivamente ligera». Mylène dijo que había visitado en alguna ocasión el recinto, y que le parecía «muy antiguo y muy medieval»; según el señor Levv, los judíos de la Provenza —huidos de diferentes lugares de Inglaterra y Francia— fueron expulsados de Niza en el año 1430 y dejaron atrás a sus antepasados, piadosamente enterrados en las viejas colinas del castillo.

«Señora Brainbridge, ¿cree usted que su esposo querrá acompañarme a visitar el cementerio judío cuando se reponga de su indisposición?», preguntó Artjoms Levv.

Helen Brainbridge observó al viejo judío letón con una sonrisa congelada, pero enseguida se recobró y dijo que no creía que su marido tuviera ningún inconveniente en... John Brainbridge no había podido acompañarnos en esa ocasión por una leve indisposición que Alexandra describió como un incómodo dolor de estómago y, privadamente, Annemarie —en su concienzuda indiscreción— catalogó como un furioso enfado. En aquel entonces era imposible saber qué tipo de dolencia afectaba al profesor Brainbridge, pero en opinión de Annemarie, «seguro que Matt lo va a arreglar todo».

«Tu padre y Matt Mattison son muy buenos amigos», le dije a Annemarie, que sonrió y se encogió de hombros como si no fuera esa la conversación que le importara mantener conmigo. En aquel momento empecé a considerar la casualidad de que Matt Mattison siempre hubiera estado junto al profesor Brainbridge cada vez que... ¿Por qué estaba Mattison en la sala de exposiciones de la *Uranographia* si su labor era proteger la visita del embajador Bohlen? ¿De qué tenían que hablar el profesor Brainbridge y Mattison a altas horas de la noche en uno de los restaurantes del Negresco? ¿Por qué estaba Mattison en el cumpleaños de la pequeña Georgina? ¿Por qué Mattison se permitía el lujo de salir con Celeste solo cuando los Brainbridge estaban en sus habitaciones? ¿Por qué Mattison se había quedado *cuidando* el dolor de estómago del profesor Brainbridge en vez de acompañarnos en nuestra actividad deportiva?

«Papá estaba muy enfadado: si le duele el estómago, será por eso», me dijo Annemarie casi al oído. Pero no me explicó cuál era la razón de aquel enfado.

Los grupos de caminantes variaban y se mezclaban con armoniosa facilidad. Y aunque al principio solían establecerse formaciones relacionadas con la lengua nativa (con Mylène, Marc, el señor Villequeau y Brigitte por un lado, frente a los Levv, los Brainbridge, la señora Beatrix Villequeau y yo, por otro), no tardábamos en mezclarnos dependiendo de los intereses, las conversaciones o las afinidades personales.

Cuando llegamos al lugar donde se decía que volaban los sombreros —y donde efectivamente voló el del joven Mark—, hubo una disputa interesante sobre el alcance de la visión de las personas. Alexandra, que gozaba de una vista prodigiosa, dijo que era capaz de ver sin mayores dificultades el nombre de un velero que en ese momento cruzaba el cabo: *Souverain*. Todos los presentes admiramos la aguda visión de la mayor de los Brainbridge. Celeste dijo que, en realidad, todos tenemos muy buena vista, porque somos capaces de distinguir con bastante precisión la orografía lunar; y, teniendo en cuenta que la Luna se encuentra a unos 400.000 kilómetros de la Tierra, puede considerarse que tenemos una vista excelente. «La mancha blanca del cráter Tycho se puede distinguir sin necesidad de telescopios», dijo Celeste. La señora Beatrix Villequeau confirmó que todo era tal y como lo aseguraba

Celeste, y que aunque ella ya necesitaba gafas, podía ver sin mucho esfuerzo la estrella Polar, que está a más de 430 años luz de la Tierra. Todos celebramos el ingenio de la famosa señora Villequeau. BB dijo que ella aún tenía más mérito, porque podía ver la Luna y todas las estrellas del cielo solo con el ojo izquierdo, porque sufría de ambliopía. Como en cuestión de defectos y dolencias yo tenía mucho que decir, tomé tímidamente la palabra para decir que yo también sufría de ambliopía del ojo derecho y que, sin embargo, podía ver bastantes estrellas. A todos les pareció muy curioso que BB y yo fuéramos casi ciegos del ojo derecho sin haber sufrido ningún accidente ni lesión que justificara ese defecto. Los integrantes del grupo — sobre todo los de más edad— enseguida aprovecharon la oportunidad para declarar sus respectivas dolencias y competir por ver quién tenía la más grave. El señor Levv se hizo con el campeonato, sin ninguna duda, gracias a su habilidad para exagerar su lumbalgia.

Por lo que me tocaba, la feliz coincidencia de nuestro defecto visual sirvió para que pudiera disfrutar todo el camino de regreso de la compañía de mi visitante nocturna, BB, y de su hijo Nico, que a veces se colgaba de mi brazo y me preguntaba el nombre latino de algún insecto.

112. *Modus operandi*

Celeste la había comparado con el conejo blanco que angustia a Alicia con sus prisas y sus constantes idas y venidas. Agnes *Lapin Blanc* Du deambulaba por el Negresco con la seguridad de quien ostenta la autoridad, pero bien a las claras se veía que no sabía a quién interrogar, a quién acusar o a quién apresar. El reloj que constantemente llevaba en la mano, haciéndolo pasar entre los dedos, enrollando la cadena y desenrollándola, convirtiéndolo en péndulo o en satélite veloz, no parecía indicar otra cosa más que se le acababa el tiempo. También ella había recibido la noticia de que una estrella se iba a apagar, o una estrella iba a morir, o una estrella moribunda iba a desvanecerse, o... También ella sospechaba que —fuera lo que fuera que ocurriese— iba a suceder el Catorce de Julio en la popular fiesta del Negresco. Desde mi silla en la terraza, oculto tras las gafas de sol, el sombrero y mi libro de Moullet de Riveranque, podía observar a Agnes Du serena por fuera y desesperada por dentro. Conocía bien esos gestos de nerviosismo atenuado, porque eran los míos cuando pensaba en la previsible y silenciosa persecución del sabueso Samuel Buckheadder, la amenaza de un juicio por crímenes contra la salud de campesinos pobres de países lejanos, exóticos y con palmeras, o la espada de Damocles de una deportación forzosa a países gélidos y comunistas.

Tal vez, pensé, podría acercarme a ella y decirle que yo *sabía* qué iba a ocurrir el Catorce de Julio en el hotel Negresco: que efectivamente alguien iba a intentar apagar una estrella y que yo sabía quién era la estrella y quién iba a intentar apagarla, y con qué medios y procedimientos. Sin embargo, ¿cómo podría explicar mi profundo conocimiento del asunto sin recurrir a la información que me había dado Mylène, o las sugerencias de Violette o las suposiciones de Celeste, o sin hablar de mis investigaciones privadas nocturnas, o mi conocimiento de la vida secreta del doctor Armand *el Vil*?

Fue por sensatez y razonamiento, y no por cobardía, por lo que decidí mantenerme al margen y concentrarme en el *Nouveautés* de aquel día, con sus apacibles informaciones estivales, sus recomendaciones culturales, sus artículos políticos incomprensibles —y, por eso, benéficos y saludables—, los horarios de los servicios religiosos y los crímenes... ¡*Los crímenes!*

El diario se hacía eco de la espantosa carnicería del hotel Pont-Levis de Entrevaux. Decía que el servicio de limpieza del hotel, al comenzar su turno de trabajo a las 7:30 de la mañana, había descubierto, «con espanto y conmiseración», los cadáveres de cinco personas «acribilladas a balazos». ¿Cinco...? El periodista, que había hablado «personalmente» con los miembros de la gendarmería que habían acudido al escenario mortal, afirmaba que una de las empleadas se había desmayado tres veces consecutivas, y que tuvo que ser trasladada al hospital de Niza, donde permanecía «en observación». Según los informes policiales —y otras pesquisas del periodista—, los fallecidos eran Bernard Carême (repcionista y socio del hotel Pont-Levis en Entrevaux), los hermanos Gerhard y Werner Weerden (representantes de la casa anticuaria MBW Antiques, de Zúrich) y Jean-Paul y Marie-Claire Chambard, naturales de un pueblo de Bretaña. Era difícil imaginar por qué habían acabado muertos y «con nueve y doce balazos respectivamente» aquellos dos jóvenes de Bretaña, aunque unos renglones más abajo el periodista apuntaba que los Chambard se acababan de casar y estaban en su luna de miel: su destino era Venecia, adonde se dirigían cuando les sorprendió la muerte en ese pequeño hotel de la Provenza. Me resultaba más que evidente que los Chambard habían tenido la mala suerte de toparse con los siervos de Ø cuando estos abandonaban el hotel y que, en su ferocidad comunista, habían preferido que nadie pudiera siquiera comentar que los habían visto salir del establecimiento.

Cuando el periodista llegó al quinto párrafo —tras una descripción excesivamente realista de lo que se encontró la gendarmería en el hotel Pont-Levis—, creyó llegado el momento de elaborar hipótesis y suposiciones. Aunque las autoridades —como siempre aquel verano— atribuyeron el espantoso asesinato múltiple a la inhumana personalidad de Boumedah *el Argelino*, el periodista se encargó de recalcar las notables diferencias en el *modus operandi* (tecnicismo que debía de haber aprendido esa misma

mañana, por la insólita frecuencia con la que lo empleaba: al menos en seis ocasiones). Decía que el *modus operandi* de los crímenes cometidos en Fréjus, Grasse, Vence y Le Cannet era completamente distinto al *modus operandi* de los asesinatos de Entrevaux. En las localidades citadas, el asesino había empleado un *modus operandi* sanguinario, relacionado con cuchillos o dagas de gran tamaño: había perseguido a sus víctimas por las distintas estancias de sus domicilios, acorralándolas en las cocinas o en las despensas, donde luego les seccionaba el cuello o les infligía numerosas puñaladas en el corazón. Entre las características del *modus operandi* de Boumedah *el Argelino*, según el periodista, se encontraba el hecho de haber decapitado a alguna de sus víctimas, aunque este detalle no parecía firmemente contrastado. Por el contrario, decía, el *modus operandi* del criminal o los criminales que asaltaron el Hôtel Pont-Levis era bien distinto: utilizaron armas de fuego y, aunque su crueldad podía asemejarse en todo a los otros crímenes, parecía que al menos cabía poner en duda que la mano homicida hubiera sido la misma. El periodista concluía ese párrafo diciendo: «Y esto es todo lo que se puede adelantar por lo que se refiere al *modus operandi*».

Cuando doblé el periódico para no tener delante la noticia y procurar que me dejaran de temblar las manos, mis pensamientos se agitaron en una confusión de imágenes terribles y suposiciones aún más terribles.

Para empezar, pensé mientras le pedía un Jock Collins bien cargado a Patrick, yo sabía que la matanza del Pont-Levis no había sido obra del *Carnicero* argelino, sino de los siervos turcos, armenios o azerbaiyanos de mi amiga Lucille Øorund: la visión de Agnes Du deambulando por el Negresco me aterrorizaba, porque ella conocía mi relación con Ø, y si decidía sentarse frente a mí y preguntarme qué sabía de todo aquel asunto, no estaba seguro de poder elaborar una mentira convincente; y además, ¿cómo iba a explicar mi presencia en Entrevaux si no confesaba que fue Celeste quien me llevó? ¿Y cómo podía involucrar a Celeste en una situación semejante, cuando lo único que pretendía la pobre era afear la conducta a aquellos hermanos Weerden por su informalidad en la ejecución de la subasta de la *Uranographia*?

Las dos pastillas de BZD que me suministré no consiguieron desenredar la madeja de suposiciones y fabulaciones que mi mente perturbada tejía a cada paso. Y las miradas ocasionales de Agnes Du o su ayudante no propiciaban precisamente que mi cerebro pudiera pensar con claridad.

¿Y si alguien nos había visto en Entrevaux, por muy oscura que fuera la noche y muy desierto que estuviera el aparcamiento? ¿Y si alguien vio nuestro Citroën azul cobalto volando por la carretera y consideró que la actitud de los conductores podía entenderse como «sospechosa»? ¿Y si algún huésped del Pont-Levi nos vio entrar y salir del hotel? ¿Y si perdí una nota manuscrita o un papel comprometido en el aparcamiento o en la recepción? ¿Y si los conserjes del Regina decidían acudir a la gendarmería aduciendo que Celeste y yo estuvimos preguntando por los dos hermanos asesinados esa misma noche? ¿Y si Agnes Du me preguntaba dónde había estado esas cuatro horas, desde que salí del hotel con Celeste y volví al hotel con ella?

Sentí entonces un dolor ácido en la tráquea y la característica punzada detrás del esternón cuando vi que Agnes Du, después de observarme detenidamente, decidió acercarse a la mesa en la que me encontraba. Venía jugando con su reloj y, en vez de sentarse frente a mí, se colocó a mi lado. Su gélida compostura no cuadraba bien con el calor perfumado que desprendía su cuerpo.

Empujó levemente el periódico y me dijo: «¿Ha visto las noticias, señor Balquhiddler-Kinloch?».

«¿Qué? ¿Eh? ¿Las noticias?».

Yo sabía que Agnes Du no me tenía por un hombre especialmente avisado y, en esos momentos, creí que era lo que más me convenía. También era muy cierto que, precisamente por no ser muy avisado, podía verme en las próximas horas viajando a Budapest, Praga o Sofía, o, aún peor, a un presidio francés, acusado de haber matado a tiros a un recepcionista, a dos hermanos anticuarios y a una pareja de recién casados.

«Sí, las noticias», dijo, y creí que aquella manera de mirarme a los ojos serviría seguramente para que viera con toda claridad el confuso panorama de dudas y temores que me angustiaba.

«Oh, sí, la plaga de medusas en Saint-Raphaël... ¡Qué terrible inconveniente!», murmuré entre titubeos.

La representante de la SDECE chasqueó la lengua, con el inconfundible significado de «Estoy perdiendo el tiempo con este necio», y desplegó el periódico justamente por la página en la que el periodista del *Nouveautés* narraba con todo lujo de detalles la matanza de Entrevaux y explicaba el *modus operandi* de los distintos asesinatos. Después, con el fin de despertarme o aterrorizarme, dio una fuerte palmada en el periódico y lo aplastó para que pudiera leer bien la noticia...

«Oh, es...».

«¿Hace mucho que no ve a su amiga Kira Kerashimova, señor Balquhidder-Kinloch?».

No derramé el Jock Collins por nerviosismo, sino porque iba a repasar un poco la noticia del *Nouveautés*.

«Hace... hace... oh, perdón..., ha sido sin querer...».

«Eso espero. ¡No me toque la pierna! Ya lo seco yo... ¡No me toque!».

Patrick no tardó en llegar con un paño limpio y unos polvos mágicos: en el bote decía que podían eliminar cualquier mancha de inmediato, con un sencillo procedimiento, que consistía en... bueno, no importa.

«No sé qué pensará usted, señor Balquhidder-Kinloch», me dijo Agnes Du, mientras echaba aquellos polvos blancos en su funcionarial falda azul marino. «Yo apostaría a que en breve veremos a algún alto representante de la República Democrática de Alemania presumiendo de haber recuperado una pieza artística importantísima... No me toque la pierna: puedo hacerlo yo sola perfectamente. Me encantaría preguntarle a su amiga Kira Kerashimova qué opinión tiene al respecto, pero por desgracia ha dejado Bougain Ville y se ha ido sin despedirse». La agente del SDECE observó la mancha blanca de los polvos blancos en su falda e hizo una mueca que revelaba su poca confianza en los progresos de la ciencia en lo tocante a la limpieza en seco. «Ha estado jugando con fuego, señor Balquhidder-Kinloch. Aún no sé cómo ha conseguido salir indemne..., aunque supongo que es usted lo suficientemente estúpido como para que una mujer como Kira Kerashimova se permita el lujo de dejarlo vivo».

«Seguramente...», admití, observando las pequeñas vaporizaciones que se producían en la falda de Agnes Du, aunque en esos momentos no estuve seguro si se debían a los efectos mágicos de la limpieza en seco o al calor

perfumado que desprendía la agente.

«Será difícil apresarla y... en realidad, creo que no lo conseguiremos. Es probable que haya que ir a Berlín y solucionarlo allí... diplomáticamente, ya me entiende: cada vez nos resulta más difícil aceptar que esos perros de la Stasi actúen impunemente en el Mundo Libre. Y Kira Kerashimova y sus hombres fueron más allá de lo tolerable en Entrevaux».

«Pero... en el periódico dice que fue Boumedah *el Argelino*... Aunque, claro, el *modus operandi*... Las autoridades dicen que fue *el Carnicero* argelino el que...», murmuré, intentando alejar de mí lo ocurrido en Entrevaux.

Agnes Du me observó durante unos segundos, con un gesto cuyo significado no pude precisar, aunque seguramente oscilaba entre la lástima y la irritación. Después utilizó el paño para limpiar los polvos blancos de su falda. Una mancha con la forma de África y su correspondiente Madagascar adornaba la falda funcional de la agente; la ciencia de la limpieza en seco efectivamente no alcanzaba para eliminar los restos de un Jock Collins bien cargado, y probablemente el perfume natural de Agnes Du se mezclaría a lo largo del día con el aroma de whisky escocés.

«Créame, señor Balquhiddel-Kinloch, tengo razones para estar completamente segura de que Boumedah *el Argelino* no es el responsable de los crímenes de Entrevaux. Boumedah *el Argelino* no es responsable ni de esos crímenes... ni de ningún otro».

Creo que llegué a decir «pero...» o «pero entonces...», aunque no podría asegurarlo. No es que mi cerebro diera para extraer consecuencias verosímiles de la declaración de la agente Du, pero en todo caso las pastillas y la sucesión de Jock Collins impedían que pudiera discernir con claridad cuáles eran las implicaciones de lo que acababa de oír.

«A veces tenemos que ser imaginativos, señor Balquhiddel-Kinloch», dijo Agnes Du, jugando con su reloj y sacudiéndose inútilmente la mancha africana de su falda. «Cuando no tenemos a un culpable, lo inventamos, confiando en que la vanidad del verdadero asesino lo obligue a jactarse de sus crímenes. Y esperamos que lo haga antes del Catorce de Julio».

Al menos durante unos minutos comprendí la angustia y la desesperación de aquella mujer: se abría ante ella —y ahora ante mí— el vacío de no poder poner ni nombre ni rostro al asesino de Fréjus, Grasse, Vence y Le Cannet. Al menos, cuando leíamos que todas aquellas personas habían sido sanguinariamente asesinadas por un Boumedah *el Argelino*, teníamos a quién culpar y condenar, y confiábamos en que las autoridades lo prendieran y librarán a la Provenza del terror carnicero. Pero aquel Boumedah se había convertido en humo de repente, como un genio del desierto, y el rostro que habíamos visto tantas veces en los periódicos y en la televisión se desvanecía y desaparecía para siempre: ¿quién sería en realidad aquel hombre que miraba con gesto iracundo y desafiante desde las páginas del *Nouveautés* o desde los noticieros televisivos? Puede que fuera un panadero tunecino, o un camellero egipcio, o un vendedor de alfombras sirio, o un barquero turco. Puede que ese hombre viviera felizmente en su país, ignorante de que los servicios secretos franceses vinculaban su fotografía a un nombre ficticio, Boumedah *el Argelino*, y de que, en esa invención fatídica, se le consideraba un asesino peligroso e implacable, arbitrario, diestro en el degüello y eficaz en la matanza.

113. El fin del universo

Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque me había proporcionado momentos de gran placer intelectual y me había llevado de la mano por el Sistema Solar, por nuestra pequeña galaxia, por otras mucho mayores, por cúmulos y vacíos estelares, y habíamos recorrido juntos inmensas zonas de polvo radiactivo, nebulosas ardientes, pedregosos sistemas congelados y constelaciones.

Ya estaba llegando al final de la *Astronómica*.

En el calor de la tarde nicense, Celeste se había derrumbado en *mi* cama y yo la veía tendida boca abajo, apenas cubierta con una punta de la sábana. Las cortinas se mecían con la brisa mediterránea y el murmullo de la música de la radio casi nos adormecía en la penumbra de nuestras habitaciones comunicadas.

Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque decía que el lector podía elegir entre varias muertes posibles del universo: en una primera, la gran expansión del universo se detendría y las ignotas fuerzas que lo sostienen forzarían su retracción (así lo llamaba el autor), de modo que se produciría un gran colapso o una implosión general en la que todas las galaxias, estrellas y planetas, con toda su materia y energía, se fundirían en un solo punto y ¡flap!, desaparecería (o tal vez volvería a estallar en otro *big bang*: eso no se sabía). Una segunda forma de morir afectaría a la manera en que se comportan los cuerpos astronómicos: decía Moullet de Riveranque que, en este caso, toda la materia se desgarraría y se desintegraría hasta que el universo todo fuera «una gran explanada de átomos» sin ninguna relación entre ellos; mi maestro decía que el tiempo se detendría, aunque yo no llegué a comprender por qué. En tercer lugar, el universo también podría morir de frío. La expansión no se detendría jamás, tal vez se aceleraría, o se iría deteniendo poco a poco, durante los próximos diez billones de años, o durante los próximos diez mil billones de años, o durante los próximos novecientos mil billones de años, y

así los astros consumirían su energía y serían como esferas tibias o heladas que giran en torno a sí mismas y a la nada, en medio de la oscuridad más absoluta y el frío más desolador...

Me levanté del sillón y fui a cubrir a Celeste con una sábana, porque, a pesar del calor estival, imaginé que tendría frío.

114. *Shoah*

Creo que tuvimos que detenernos al menos seis veces. La subida de la colina del castillo es empinada e incómoda, y aunque a tramos puede uno refugiarse en la sombra de los árboles, el sol estival acaba por agotar al peatón. El parque, querido sobre todo por los niños de Niza —porque sus ruinas, bosquecillos, repisas, caminos y prados permiten mil y una aventuras—, se cobra una venganza por anticipado, porque para disfrutar de su tranquilidad y su verdura, hay que sufrir primero las angustias de un empinado peregrinaje.

A primera hora de la mañana, cuando me topé con el señor Artjoms Levv en el ascensor, yo llevaba mi bandeja de queso para disfrutarla con su sobrina en la cama, antes de desayunar. Casi me costó reconocerlo, porque parecía más encorvado y apesadumbrado que nunca, ataviado con ropas negras muy austeras, y lucía una kipá negra de observancia rigurosa.

«Buenos días, señor Levv».

«Buenos días, Nigel... Espere. Me preguntaba si querría venir conmigo al cementerio judío de...».

Cuando entré en mi habitación, Celeste se había trasladado por arte de teletransportación —no me quedaba más remedio que admitirlo— desde su cama a la mía, y seguía durmiendo profundamente.

«Celeste. Emmental de Saboya».

«Mmm».

No sabía que Celeste me hubiera robado una de mis camisas favoritas para utilizarla como pijama. Pero, en fin, supongo que no sabía tantísimas cosas de Celeste...

«He visto a tu tío en el ascensor».

«Mmm».

Se cubrió la cabeza con la almohada y me dio la impresión de que tenía tanto sueño que ni siquiera un delicioso Emmental de Saboya, entre otras delicias lácteas, podría arrebatarla de su narcótico placer.

«Me ha pedido que vaya con él al cementerio judío».

«Mmm».

Celeste pensaba que su tío arruinaba las relaciones sociales al mezclar amistad y negocios con cuestiones religiosas. Hasta cierto punto podía comprenderse en términos históricos, cuando los miembros de las comunidades hebreas se veían obligados a relacionarse exclusivamente entre sí debido a las leyes segregacionistas, racistas o religiosas que los mantenían confinados en guetos. Pero después de la guerra de Alemania la mayoría de esas leyes habían desaparecido, y los judíos podían negociar casi libremente en todo el mundo, sin las antiguas restricciones. De modo que, en opinión de Celeste, era un engorro mezclar la Torá, el candelabro de siete brazos o *menorá*, la estrella de David, la kipá o el *talit* en las relaciones comerciales e incluso en las relaciones sociales convencionales. Desde luego, el amor que Celeste dispensaba a su tío la obligaba a comprender que los tiempos habían cambiado mucho y que no podía exigirle que a su edad se comportara con la relajación religiosa de los jóvenes, pero de todos modos los arrebatos piadosos de su tío le resultaban un engorro.

«¿Al cementerio judío?», dijo mientras escogía un formidable trozo de queso. Y luego resopló, derrumbándose perezosamente. «Cuando vuelvas, iremos a la playa», dijo, y creo que se quedó dormida inmediatamente.

Le dije al señor Levv que había llamado a Celeste por teléfono y que me había dicho que se encontraba indispuesta; en fin, que prefería descansar y que luego nos vería, tal vez... (Creo yo que estuve muy hábil a la hora de ocultar la peculiar relación que manteníamos su sobrina y yo, y que en pocas palabras solventé con verosimilitud un grave problema aportando una excusa adecuada).

Tras el largo peregrinaje por la Prom, y después de perdernos dos veces en la vieja Niza para encontrar el camino de subida a la colina del castillo, al fin conseguimos encontrar el sendero adecuado que conducía al cementerio judío.

«Los jóvenes ya no quieren saber nada de la religión de sus padres», dijo el señor Levv, secándose el sudor con un pañuelo y sentándose en uno de los bancos verdes que jalonan la ascensión al castillo.

Los nicenses tienen en la colina del castillo un cementerio muy aseado, con algunas tumbas notables y algunos panteones ilustres. Para acceder al cementerio judío hay que ir hasta el final, y luego bajar unas escaleras. A la entrada hay un monumento conmemorativo, con los nombres de «los justos entre las naciones», y dos urnas en las que —según reza una inscripción— hay cenizas traídas del campo de concentración de Auschwitz y jabón elaborado con la grasa de los prisioneros hebreos. Sin embargo, la mayoría de los judíos de Niza no fueron trasladados directamente a Auschwitz, por lo que el señor Levv dijo, sino a otro llamado Drancy, cerca de París. De Niza, según las informaciones del señor Levv, se llevaron a Drancy a más de tres mil judíos, de los cuales medio millar eran niños. En el campo de Drancy se reunieron hasta 65.000 personas, entre judíos, gitanos, españoles, yugoslavos y otros. El campo de internamiento de Drancy, dijo el señor Levv, apoyándose en una tumba muy antigua para recuperar el aliento, estuvo en manos de tres hombres: Theodor Dannecker, Heinz Rothke y Aloïs Brunner. «Dannecker se suicidó al acabar la guerra, cuando lo cogieron los americanos». Rothke, que se había encargado de llevar a miles y miles de judíos a Auschwitz, vivía ahora tranquilamente en Alemania, ejerciendo como abogado. Respecto al responsable de la deportación de los judíos de Niza, Aloïs Brunner, el señor Levv dijo que vivía en Damasco. Y añadió: «Le enviamos un regalo hace unos años, en 1961». No sé por qué podía estar agradecido el señor Levv a ese hombre criminal, que tanto sufrimiento había infligido a sus hermanos, pero eso fue lo que dijo: que le habían enviado un regalo a Damasco.

En el cementerio judío (o *israelita*, como dicen los nicenses) había tumbas antiquísimas: uno no sabe si estaban allí desde el siglo xv, o se habían trasladado desde algún otro lugar. El señor Levv tocaba las lápidas con las manos temblorosas y envejecidas, y hacía gestos y ademanes que yo suponía ritos judíos, porque no los entendía.

A pesar de mi devoción por Celeste, no pude dejar de considerar un tanto egoísta su decisión de abandonar a su tío en estas dolorosas conmemoraciones. Desde luego, era encantador —y seguramente inevitable— que mi joven amiga disfrutara del tiempo que le había tocado vivir sin amargarse en el recuerdo de lo acontecido veinte o veinticinco años antes, pero en mi opinión no se perdía nada por tener alguna consideración para con los mayores que habían sufrido semejante tragedia.

«Le he contado... ¿Le he contado, Nigel, cómo escapamos de Letonia...?».

Me senté junto al viejo anticuario en uno de los bancos pintados de verde, junto a dos cipreses gemelos.

«Sí, señor Levv», contesté. «Pero puede contármelo otra vez, si quiere».

«No. Celeste se enfadará conmigo si sabe que le molestó con mis historias...».

Desde donde nos encontrábamos se podía disfrutar de un hermoso panorama de la mañana estival; y si no hubiéramos estado rodeados de tumbas, bien podría decirse que era uno de los lugares más amenos, agradables y vivificantes de la Côte d'Azur. Se veían los tejados de la ciudad amarilla a nuestros pies y, un poco más allá, comenzaba la hermosa parábola de la playa de guijarros grises, perfilada por la espuma de un mar prodigioso. La ciudad nueva se extendía a la derecha, e iba ascendiendo lentamente por las colinas hacia el interior de la deliciosa Provenza.

Saqué mi paquete de cigarrillos, encendí uno y me dispuse a escuchar por segunda vez la historia de la huida del señor Levv y su sobrina Celeste por «el infierno blanco» de los territorios bálticos. Aunque...

«Yo conocí a la familia de Herberts».

Busqué entre las lápidas cercanas el nombre de Herberts, por si se estaba refiriendo a alguno de los espíritus que nos rodeaban.

«Herberts Cukurs», dijo. «Un tío suyo también tenía una librería en Riga, como yo, y nos veíamos con frecuencia en las reuniones del gremio... En Letonia todo el mundo admiraba al joven Cukurs: construía sus propios aviones y volaba a países lejanos, como Japón o Indochina».

El señor Levv lamentaba la espantosa violencia de aquellos años y cómo en los periódicos y en las tabernas, en los palacios y en los parlamentos, se alentaba el odio hacia los judíos, o los gitanos, o los vagabundos, o los enfermos mentales o los tullidos. El gran éxito antisionista fue, según el anticuario, una especie de documento secreto que presuntamente habían redactado los judíos y que constituía un plan conspiratorio para adueñarse del mundo... o destruirlo.

«En mi despacho de Londres tengo varios ejemplares distintos de ese documento: *Los protocolos de los sabios de Sión*». El señor Levv dejó caer las manos sobre sus rodillas. «Ese documento tiene una historia curiosa, pero... en fin, lo inventó la policía secreta del zar de Rusia para justificar las deportaciones y los asesinatos masivos de principios de siglo en su imperio... como la masacre de sesenta mil judíos en Bielorrusia».

Así que el odio a esa raza de revolucionarios y conspiradores era común en Europa: se les acusaba de usureros si eran ricos y de piojosos vagabundos si eran pobres, de comunistas y de fascistas, de revolucionarios y de reaccionarios, de falsificar la historia, de promover el vicio, el juego y la prostitución entre los gentiles, de paralizar los parlamentos y las instituciones políticas, de las sociedades secretas, de la subversión en la literatura y las artes, y de la corrupción en general. Todo esto se decía también en Inglaterra y yo lo había leído en los periódicos; mi amigo Doug estaba convencido de que el veneno seguía corriendo por las venas de Europa, y lo constataba cuando leíamos esos arrebatos antisemitas en la prensa londinense.

Por eso, me decía el señor Levv, cuando los alemanes entraron en Letonia en 1941, y ocuparon Riga, a nadie le extrañó que muchos compatriotas se unieran a los comandos de las SS y de la Wehrmacht en su voluntad de extirpar la infección judía. «Herberts Cukurs se unió a los hombres de Viktors Arajs, que era un oficial de las SS... y se organizaron en un... Se hacían llamar Sonderkommando Arajs, y se reunían en los despachos del servicio de la inteligencia nazi en Riga».

En julio, los alemanes y los nacionalistas letones, como los hombres de Arajs y Cukurs, comenzaron a quemar las sinagogas de Riga. El señor Levv se llevó tres veces las manos al rostro y, como en una letanía, memorizada y repetida durante siglos, dijo: «El día primero de julio llegaron los hombres de

Arajs y Cukurs a la Gran Sinagoga de Riga, y cercaron el recinto, donde se habían refugiado muchos judíos; y entraron y destrozaron todos los candelabros, y los rollos, y las túnicas sagradas, y todo cuanto les parecía ofensivo. Y luego se ordenó que todos los refugiados se reunieran en la sala central, separados hombres y mujeres, como era costumbre, y Herberts Cukurs ordenó luego que se cerraran bien todas las puertas. Él mismo dijo que se ocuparía de rociar la sinagoga con gasolina y de prenderle fuego, y después él y los hombres de Arajs lanzaron granadas por las ventanas. Y allí murieron trescientos judíos, y muchos eran niños».

Poco después los alemanes ordenaron que se estableciera el gueto de Riga, en el que se apiñaban más de treinta mil judíos, con la orden de que no se les entregara alimento para que murieran de hambre. También se ordenó que se formara el Consejo Judío del Gueto de Riga, al cual, según dijo el señor Levv, él mismo pertenecía como segundo secretario.

«Mi hermana Vita y su esposo, Saule, con la pequeña Celeste, estaban en el gueto». Los agentes de la policía de Arajs y Cukurs se divertían por la noche, disparando a las ventanas o a los viandantes del gueto, «y de ese modo espantoso murieron muchos judíos, porque en aquellos años la vida de los judíos no valía nada».

Aquel mismo invierno ocurrió «lo del bosque de Rumbula». Y, en fin, «lo del bosque de Rumbula» consistió en que los alemanes y los hombres de Viktors Arajs sacaron a veinticinco mil judíos del gueto de Riga y los llevaron por un camino cercano hasta los bosques, donde habían excavado grandes fosas, y allí los fueron matando en una orgía sanguinaria que duró ocho días seguidos, a primeros de diciembre de 1941. «A unos les decían que los iban a trasladar a campos de trabajo, o que iban a llevarlos a fábricas, o que iban a trabajar para la Wehrmacht en Rusia, o cualquier otra cosa, y luego los asesinaban a tiros por los caminos y en los bosques y los pantanos, aunque muchos fueron enterrados vivos o quedaron heridos en el campo y allí acabaron pudriéndose. Saule murió en Rumbula, cerca del río. Un día llegaron más de mil judíos alemanes a Riga, pero ni siquiera entraron en el gueto: los llevaron a Rumbula o Bikernieki y allí los mataron sin más».

«No tenía esperanza de sobrevivir muchas semanas en el gueto de Riga», me dijo el señor Levv. «Sin embargo, conseguí proteger a mi hermana y a mi sobrina durante bastantes meses. Casi todos los miembros del Consejo fueron ejecutados y sufrimos varios traslados, hasta que el gueto quedó reducido a “unas cuantas calles pequeñas”». El señor Levv me aseguraba que todas las noches se oían gritos y disparos, y que las calles del gueto aparecían sembradas de cadáveres por la mañana, o había mujeres llorando a sus maridos o sus hijos desaparecidos o maridos enloquecidos porque les habían arrebatado a sus esposas. Además, todo era hambre, miseria, suciedad y agonía. Muchos judíos se quitaban la vida, aun sabiendo que eso era una grave ofensa a Yahvéh.

«A finales de octubre de 1943», dijo el señor Levv, «se empezó a hablar en el gueto de la inminente deportación. Desesperados por el curso de la guerra en Rusia y en el oeste de Europa, los alemanes se entregaron a una crueldad espantosa. Se decía que Eduard Roschmann tenía intención de llevar a todos los judíos al campo de Kaiserwald, aunque otros aseguraban que ya había empezado a trasladar a muchos judíos a Auschwitz».

Seguramente fue entonces cuando el señor Levv decidió arriesgarse a una huida desesperada, con su hermana Vita y con la pequeña Celeste.

«Ya había conseguido sobornar a un policía letón, al que conocía por ser impresor en los tiempos de paz y que, compadecido de mi mala fortuna, dijo que abandonaría la alambrada del norte el día 15 de diciembre a las tres de la madrugada, y que dejaría una cancela abierta en el muro de cierta calle, por la que podríamos huir mi hermana, mi sobrina y yo. Pero pocos días antes de que eso sucediera, Roschmann, Cukurs, Arajs, Buschwald-Weer, Eggers y otros...».

«¿Ha dicho Buschwald-Weer?».

«... decidieron divertirse a costa de los judíos del gueto. Algunas veces nos castigaban rapándonos la mitad de la cabeza, o nos embadurnaban con pintura si hacíamos algo que no les agradaba, o se llevaban a las mujeres y las niñas con intenciones que prefiero...».

«¿Ha dicho Buschwald-Weer?», repetí, acometido por una especie de desvanecimiento, pero el señor Levv estaba narrando su historia para sí mismo, y no parecía percatarse de que yo estaba allí.

«... no imaginar siquiera. El caso es que... el caso es que el 5 de diciembre un grupo de soldados entró en el gueto y por la noche reunieron a cuarenta o cincuenta mujeres, aunque puede que no fueran más de treinta, pero había también seis o siete niñas, en un antiguo aserradero que, como casi todos los edificios del gueto, no era más que un patíbulo de ejecución. Un vecino vino a avisarme y me dijo que el comando de Arajs se había llevado a Vita y a mi sobrina. Corrimos hasta el aserradero, y desde una carbonera vimos cómo...».

«¿Pero ha dicho Buschwald-Weer?», exclamé desesperado.

«... vimos que ordenaban a las mujeres que se desnudaran y una de ellas fue apilando en un rincón los harapos con que se vestían. Un soldado roció aquellos pobres andrajos con gasolina y les prendió fuego. A la carbonera donde nos escondíamos vinieron luego algunos maridos y algunos parientes de las mujeres y se unieron a nosotros para ver qué ocurría. Roschmann, Buschwald-Weer, Eggers y los demás estaban bebiendo y fumando, y...».

«¡Ha vuelto a decirlo! ¡Ha vuelto a decir Buschwald-Weer!», exclamé.

«Roschmann y los otros se tambaleaban, borrachos y amargados, gritando insultos contra los rusos y los judíos, y exclamando “*Tanzt, tanzt!*”. Las mujeres intentaban arracimarse, ateridas de frío y avergonzadas, y procuraban proteger a las niñas, aunque sabían que nada podría librarlas ya de la muerte. “*Tanzt, tanzt! Sie werden sterben, jüdin!*”, gritaba Roschmann, arrojándoles el vaso de cristal en el que había bebido, y luego sacó la pistola de su cartuchera y comenzó a disparar a los pies de las mujeres, que gritaban y retrocedían y saltaban enloquecidas. Arajs y los otros se reían, y Eggers tuvo que sentarse en unas cajas porque la risa estaba a punto de hacerle vomitar. “*Tanzt, tanzt!*”, “Bailad, bailad”, gritaban todos, y al final todos los oficiales sacaron sus pistolas y dispararon a los pies de las mujeres y las niñas; algunas cayeron heridas, y otras muertas, hasta que los hombres se cansaron del juego y ordenaron a los soldados que acabaran con aquella...».

«¿Y qué hizo Buschwald-Weer?», pregunté, aunque sin mucha esperanza de recibir contestación.

«Cuando se alejaron, los hombres y mujeres que estábamos escondidos en la carbonera corrimos en la oscuridad hacia la montonera de cuerpos marchitos, helados y esqueléticos que se apilaba junto a los tablones del

aserradero. Creíamos que todas estaban muertas, pero el panadero Samuel Kluenz se empeñó en buscar a su hija Natalja desesperadamente, y la encontró aún con aliento, aunque no sé si consiguió sobrevivir muchos días más, o si la llevaron a otro campo o murió de alguna otra forma. Y un viejo soldado al que llamábamos Tikkas encontró a su nieta Dace con graves heridas en las piernas y enseguida se la llevó para curarla. Yo encontré a Celeste debajo de su madre. Mi hermana estaba muerta, porque había recibido seis disparos en el pecho y en la cabeza, pero Celeste estaba aún con vida, aunque tenía los pies destrozados por las balas».

«¡Celeste!», murmuré, y tuve la intención de levantarme y correr colina abajo, y desesperadamente por la Promenade des Anglais hasta el Negresco, y subir a toda prisa por las escaleras hasta mi habitación y abrazarla y protegerla y...

«Abandoné a mi hermana en aquel montón de cadáveres, incumpliendo con mis obligaciones como fiel devoto, y corrí con mi sobrina en brazos hasta nuestra casa. Creí que Celeste moriría desangrada o víctima de la septicemia, porque no teníamos en el gueto ni medicinas ni nada con lo que curar aquellas espantosas heridas. Pero el veterinario Levi Fürst consiguió hacer un unguento con sales y barro, y no tuvimos más remedio que encomendarnos a su sabiduría y a la misericordia de Yahvéh. Cuando llegó el momento de partir, Celeste tenía mucha fiebre, algunas de sus heridas se habían infectado y, desde luego, no podía caminar. Levi Fürst me aseguró que si salía del gueto con la niña de cinco años, y conseguía sortear los disparos de los alemanes y no acababa en una incineradora o en una fosa de los bosques, tendría la desgracia de ver morir a mi sobrina Celeste en mis brazos, porque era imposible que pudiera sobrevivir en las condiciones en las que pretendía llevar a cabo la huida. En realidad, pensé, ya estábamos muertos y no había mucha diferencia entre morir en el gueto, en una cámara de gas en Auschwitz, en Treblinka, en Kaiserwald o en Bikernieki. Así que, muertos los dos, cargué con mi sobrina Celeste una noche de diciembre y huimos de Riga hacia el norte».

El primer día durmieron en una pocilga abandonada, y, aunque el hedor de los cerdos muertos no resultaba agradable, el vapor del estiércol en descomposición ofrecía calor y refugio en medio de las inmensas llanuras

heladas de Letonia. El señor Levv dijo que la niebla de aquellas jornadas había sido un milagro protector, hasta que llegaron a la escuela abandonada de Neuwelke, donde permanecieron escondidos tres días, y donde la fiebre provocó que Celeste viera fantasmas y, aterrorizada ante aquella mujer que se le aparecía en sueños, quisiera salir de allí cuanto antes. «Yahvéh obró el milagro por el que tanto rogamos, y Celeste pudo caminar poco después, aunque con mucho dolor: las vendas que encontramos en la escuela apenas mitigaban su sufrimiento y no caminábamos más de media hora antes de que la niña necesitara descansar».

Luego, el señor Levv insistió en su historia del «infierno blanco» que tanto incomodaba a mi amiga, y me relató con más detenimiento cómo estuvieron escondidos en una carbonera de Tallin, donde no tuvieron más remedio que comer periódicos. También me dijo que Celeste aprendió muy pronto a vendarse los pies y, aunque las heridas finalmente fueron curando y sanando adecuadamente, ella jamás dejó de vendárselos, y se las arreglaba para encontrar tejidos o materiales con los que ocultar las espantosas cicatrices que las balas habían dejado en sus jóvenes pies. El anticuario Levv me aseguró que para cuando llegaron a Inglaterra, bastante tiempo después, los pies de Celeste estaban completamente curados, pero ella seguía vendándose los, «y no me pareció que aquello fuera una mala manera de honrar la memoria de su madre», dijo.

Aterrorizado y con el alma en vilo por lo que sospechaba que significaba aquel relato, me levanté del banco y, encendiendo un cigarrillo, di varias zancadas de un lado a otro, delante del anticuario Levv.

«Ha dicho Buschwald-Weer, ¿no es cierto, señor Levv? Ha dicho que en el gueto de Riga estaba Buschwald-Weer, ¿verdad? ¿Ese Buschwald-Weer es Markus Buschwald-Weer?».

El viejo anticuario estaba con la mirada perdida, abismado en sus ensoñaciones antiguas, en su antiguo sufrimiento y en su antigua desesperación, rodeado de tumbas judías, honrando la memoria de los seres queridos que murieron, miserables y abandonados, en los guetos, en las fosas comunes, en las tapias de los pueblos, en las sinagogas incendiadas, en las escuelas judías, en los campos de prisioneros, en los caminos y en las fábricas... El señor Levv parecía haber envejecido varios siglos en el

cementerio israelita de Niza, y ni siquiera el sol del alegre verano del 65 parecía insuflarle vida y calor. Y me habría dado casi lástima si no hubiera visto cómo se dibujaba en su rostro una sonrisa que en aquel momento me pareció siniestra y maléfica.

«Cukurs... Herberts Cukurs ha estado viviendo en Sudamérica», dijo.
«El pasado febrero unos amigos nuestros fueron a visitarlo».

115. *Happy Families*

De regreso al hotel pasé por el castillo de la princesa Deline. La encontré conversando con varias damas de la corte y discutiendo en la antigua lengua nizarda algunas cuestiones de alta política, como el escandaloso precio del pescado en el puesto de Antoine le Pagel o la ligereza casquivana de la florista Mimi la Rose, «aunque cuando llegó a Niza ya sabíamos que no era *frema* de fiar, y quienes decían que había tenido una vida agitada como bailarina en París no andaban muy desencaminados y...». La princesa Deline, como era habitual, permanecía en silencio y solo al final emitía un veredicto que, por lo general, destilaba sensatez y cordura. En aquel caso, su respuesta se ciñó a un ecuánime «Me voy, que tengo gente en el puesto», y enseguida recorrió con pasitos breves su majestuoso palacio, se coló hábilmente por la portezuela de su castillo y me preguntó si quería cerezas, como siempre.

«*Voulez-vousdes cerises, monsieur, comme d’habitude?*», dijo con su palaciega sonrisa.

Recorrí la Prom con prisa, angustiado por el espeluznante relato del señor Levv en el cementerio israelita, y acosado por las mil preguntas que me rondaban la cabeza. Creí que con las maravillosas cerezas de la princesa Deline en una bolsa de papel, ofreciéndoselas a Celeste como un regalo, podría hacer acopio del valor necesario para preguntarle lo que deseaba preguntarle.

Por otra parte, la idea de volver a ver sus pies vendados me angustiaba: yo jamás me habría atrevido a indagar la razón de semejante costumbre — gracias al Cielo no soy tan indiscreto—. ¿O acaso me debía importar a mí que Celeste llevara los pies vendados o no? ¿Tenía yo algún derecho a interrogarla sobre aquella peculiaridad suya? ¿Cambiaría algo mi aprecio por Celeste el hecho de conocer o no las razones de semejante curiosidad? No soy un fisgón de vidas ajenas: puedo pasarme muy bien sin saber por qué o

por qué no tal o cual persona hace, dice o piensa esto o lo otro. Así es como mi desinterés por el mundo se había convertido también en un modelo de cortesía, educación y discreción... Sin embargo, ahora lo sabía, y ello confirmaba mi idea de que el conocimiento de las personas no puede sino causar dolor y sufrimiento en unos y en otros.

Como suponía, Celeste estaba ya en la playa.

Busqué a un camarero del Negresco para que se llevara las cerezas, las lavara y las colocara en una cesta o en una bandeja adecuada, pero cuando mi mirada se cruzó con la de Armand, pensé que las cerezas tampoco tendrían gran necesidad de lavarse, sobre todo teniendo en cuenta que las había recolectado la mismísima princesa Deline en sus huertos floridos. (En mi mente, Armand era ya Armand *el Envenenador*, el encargado de acabar con la vida de la princesa Grace emponzoñándola con arsénico o con cicuta, y no estaba dispuesto a proporcionarle una ocasión para eliminar a aquellos que sabían de sus infames intenciones).

Celeste estaba jugando a los naipes de las *Happy Families* con la pequeña Georgina. La niña se empeñaba en jugar porque le gustaban los dibujos de colores, pero, debido a su corta edad, cometía divertidos errores constantemente.

«Oh, mira, Georgina, ¡Nigel nos trae cerezas!».

La pequeña se giró hacia mí con una sonrisa encantadora, pero enseguida se concentró de nuevo en las familias de naipes, aunque su grupo de cartas se dividía entre las que podía abarcar con las dos manos y otras que mantenía a su lado, en reserva, y que consultaba con el ceño fruncido, como si tuviera dudas, aunque Celeste procuraba que las reglas fueran extraordinariamente sencillas y flexibles...

Unas cuantas tumbonas más allá se encontraba Helen Brainbridge, leyendo una revista bajo la elegante sombrilla del Negresco; Alexandra y Annemarie, las dos hermanas, fumaban y conversaban a su lado animadamente; y Tom Wescott vigilaba el baño de Mark, a quien no había manera de sacar del agua. Al parecer el profesor Brainbridge no se había recobrado de su inconveniente indisposición.

«¿Esta va con esta?», preguntó Georgina a Celeste mostrándole las dos cartas en duda y quebrantando claramente las leyes del juego.

«No, cariño», contestó Celeste al tiempo que me arrebatava la bolsa de las cerezas. «Mira: este es el policía y este es el médico...».

«Ah. Es verdad».

Pensé entonces que todo conspiraba contra mí: tenía delante a la maravillosa Celeste, jugando entre risas a los naipes con la pequeña Georgina... Georgina acababa de cumplir cinco años: a esa misma edad, o poco más, Celeste se vio desnuda en las naves desangeladas de un aserradero de Riga, en medio del frío invierno, junto a otras niñas y otras mujeres, y fue obligada a saltar y bailar mientras unos hombres crueles y borrachos se divertían disparándoles a los pies.

Celeste había conocido todos los horrores a la edad de Georgina: la presencia de la pequeña de los Brainbridge, concentrada en distinguir al frutero del policía o del médico, impidió que yo pudiera plantearle a mi amiga las dudas y los temores que me asaltaban.

116. Meditaciones sombrías en torno a una polilla

La *Tineola bisselliella* revoloteó junto a la lámpara y, al aletear, soltó un polvillo mágico como ese del que se habla en los cuentos de hadas. «Los hombres son menos interesantes que las polillas», murmuré.

Celeste se había quedado dormida leyendo a una autora con graves problemas psicológicos; como mi amiga no tenía vocación de psicoterapeuta, a las pocas páginas se le habían cerrado los ojos y el libro había caído humillado entre la mesilla de noche y la cama, donde seguramente permanecería hasta que algún miembro del servicio de limpieza lo encontrara y lo tirara a la basura. La puerta corredera había quedado abierta, así que me levanté, apagué las luces de su *suite* y cerré sin hacer mucho ruido.

En la penumbra de mi habitación, la polilla se agitaba furiosa en torno a la única lámpara que quedaba encendida. «Las polillas...», me dije, acercando los dedos al leve cosquilleo de aquel insecto enloquecido.

A lo largo de las últimas semanas había llegado a creer que mis dolencias sociales habían desaparecido: Celeste, Violette, Ø, los Brainbridge, Patrick, el matrimonio Du Picq, BB o Mylène me habían tratado con una amabilidad que casi me resultaba perturbadora..., e incluso las personas que me habían visto únicamente como un engorro inevitable —Matt Mattison o Agnes Du— habían mostrado una desacostumbrada consideración para conmigo.

Sin embargo, a veces recaía en mis terrores y me parecía que nada bueno podía surgir de la relación con otros seres humanos. En esas ocasiones, me aterrorizaba mantener una relación con ellos, me angustiaba la perspectiva de una conversación o de un paseo, me faltaba el aire si pensaba en sentarme a la mesa con otra persona y, en general, pensaba que no entendía lo que me decían, por más que me concentrara en cada palabra. A veces solo conseguía retener una o dos frases, de las cuales procuraba extraer

una secuencia lógica, pero con frecuencia me equivocaba. En otros casos no podía dejar de mirar los labios o las manos de la persona con la que me encontraba, y eso desviaba toda mi atención del discurso, de modo que las conversaciones acababan sin que yo hubiera logrado entender nada de lo que se me había dicho. Mis aturdimientos sociales se resolvían muy a menudo con taquicardias y temblores, a los que intentaba poner remedio con distintos medicamentos, pero apenas si lograba un estupor nocivo, deprimente también por lo que tenía de irracional y...

«Las polillas...».

Las polillas depositan entre 60 y 160 huevos en superficies especialmente escogidas por su valor nutritivo; los huevos eclosionan antes de los cinco días —aunque hay variaciones dependiendo de las condiciones térmicas—, y de los mismos salen unas microscópicas orugas cuyo único objetivo es ocultarse durante las horas de luz y alimentarse en la oscuridad. Con el tiempo desarrollan una especie de exoesqueleto, del que se desprenderán en sucesivas fases, hasta que comiencen a elaborar el capullo, en el que permanecerán aproximadamente quince o veinte días —tal vez más, o menos, dependiendo de las condiciones de luz, temperatura y humedad—, devorándose a sí mismos y consumiéndose hasta convertirse en crisálidas. Todo el mundo piensa que son las mariposas las que se comen las telas; sin embargo, las mariposas de la polilla no tienen boca, o la tienen deforme e inutilizada: la única función de la mariposa de la polilla es la reproducción, y muere al cabo de pocos días, haya conseguido o no pareja para la fecundación.

La polilla carga también con una maldición trágica, ante la cual no queda más remedio que sentir compasión. Su mundo es la oscuridad y en la oscuridad es donde se alimenta y donde puede sobrevivir; sin embargo, una fuerza incontenible e irresistible la empuja hacia la luz, donde muchas veces encuentra la muerte, en los colmillos de los murciélagos y otros depredadores, o donde —con harta frecuencia— se abrasa las alas y pierde la protección de sus escamas, cayendo derrotada e inválida, expuesta a todos los peligros.

Como las polillas, mi voluntad y mi naturaleza era permanecer en la oscuridad, alimentarme de mí mismo y devorarme hasta morir o desaparecer, pero una maldición o un embrujo me arrastraba hacia el calor y el sol. Y la luz que desprendía Celeste me atraía sin remedio hacia el mundo, y ella me convencía, con su ingenuidad, su alegría y su preciosa juventud de mi obligación de gozar de la vida y sus placeres..., aunque yo sabía que la luz celeste bien podía acabar conmigo, y lo notaba en esa piedra que pesaba seis o siete libras, detrás del esternón.

Apagué la lámpara de mi habitación y aún tuve tiempo para oír los breves y torpes aleteos de mi polilla en la tulipa. Al cabo, mientras me metía en la cama, un susurro y un levísimo tamborileo, como de dedos de niño tocando el piano en el techo, me confirmaron que la polilla estaba intentando buscar algún lugar donde guarecerse. A pesar de su vocación nocturna, no podía evitar dirigirse hacia las luces que iluminaban el Negresco y el paseo de la Prom. Y si había luna, probablemente volara enloquecida hacia la brillante luz de la noche estival, hasta que reventara por el esfuerzo o una corriente de aire estratosférico le congelara las alas.

117. Perspicacia oriental

Tan cercano el Catorce de Julio, el Gran Hôtel Negresco había decidido que el establecimiento estaba COMPLETO. (En realidad, siempre quedaban libres algunas habitaciones interiores: el último recurso ante conflictos con las agencias o compromisos ineludibles). Uno de los innumerables empleados de la recepción, con su indumentaria clásica del Alto Estado Mayor de la Hostelería, colocó en la escalera de entrada el orgulloso cartel, con marco dorado, en el que se anunciaba la buena nueva: «*Nous avons le plaisir d'informer notre aimable clientèle que l'hôtel est complet, etc., etc.*». Y como el hotel estaba completo, la mayoría de las mesas del Chantecler también lo estaban.

Cuando Celeste y yo aparecimos en la puerta del restaurante, Patrick nos miró con gesto de angustia, y dedujimos que sería improbable encontrar un lugar libre donde sentarnos.

El señor Levv y sus abogados habían conseguido —es de suponer que sin muchos ruegos— que el coronel Du Picq y su señora los aceptaran como comensales. Al fondo, la *troupe* de los Brainbridge ocupaba una gran mesa redonda; Georgina abandonó su plato cuando vio a Celeste y corrió veloz a darle un beso, aunque enseguida regresó con su familia. Matt levantó la barbilla al vernos esperando; estaba sentado en la barra del bar, pero muy cerca de los Brainbridge. Mylène ocupaba una gran mesa redonda con algunos amigos: nos hizo unas mariposas con los dedos y levantó las cejas para disculparse ante la imposibilidad de hacernos un sitio entre sus acompañantes. Mi amiga nocturna BB no parecía estar en el restaurante; Celeste dijo haber visto a Senta Berger, aunque probablemente no era ella; y Dorothy McGowan, la famosa modelo de quien se decía que iba a rodar una película en Francia, también ocupaba una de las mesas principales con su corte de aduladores del *Vogue*.

El *directeur de salle* era un hombre de edad indefinida con graves problemas cervicales que le impedían bajar la barbilla, lo cual le daba un aire de presunción seguramente injusto. Cuando pasó a mi lado le pregunté si cabría la posibilidad de que mi amiga y yo...

«*C'est impossible, monsieur! Impossible! Impossible!*».

Así pues, estaba decidido que Celeste y yo tendríamos que sufrir el engorro de salir del hotel y buscar en la ciudad o en alguna otra parte un lugar donde comer.

«Vamos, vamos, *monsieur le directeur*, seguro que no es tan imposible...», le dijo Celeste con su sonrisa más arrebatadora.

«Ah, perdón, *mademoiselle Levv*, no la había visto. Por supuesto, *mademoiselle Levv*, creo que me queda una mesa libre, inmediatamente, junto a la palmera grande. Le ruego que me disculpe, *mademoiselle Levv*. A su servicio, *mademoiselle Levv*».

Cuando nos dirigíamos a nuestra mesa, y aunque el señor Artjoms Levv no estaba muy lejos, Celeste se colgó de mi brazo, me dio un beso en la mejilla y me agradeció el esfuerzo de haber encontrado una mesa en el Chantecler. «Siempre consigues todo lo que te propones, Nigel. No sé qué habría sido de mí en esta ciudad tan meridional sin ti. ¡Gracias!».

Celeste tenía razón en eso: los lugares meridionales son conocidos por no tener reglas fijas en el trato comercial y oscilar entre el orgullo impertinente y la servidumbre más vil, dependiendo de intereses no muy bien definidos...

Se me heló la sangre cuando a mi espalda oí la servil voz de Armand, que nos ofrecía alguna bebida antes de que decidiéramos qué íbamos a almorzar.

«¡Quiero un *spritz!*», dijo Celeste alegremente, feliz con la mesa que nos había correspondido, y saludando con una sonrisa al impecable matrimonio de la novelista Beatrix Villequeau y su marido, que ocupaban una mesa cercana, con sus encantadores modales de los años veinte.

Armand estaba un poco encorvado detrás de mí, y podía sentir su aliento criminal a mi espalda, mientras esperaba mi decisión.

«Yo... yo... ¡yo no quiero nada!».

Cuando Armand se retiró babeando su habitual «*À votre service, madame! À votre service, monsieur, à votre service...!*», Celeste me miró con gesto asombrado y me preguntó si me encontraba bien, y por qué no había pedido un martini o un outin o un Noilly Prat, como era mi costumbre.

Con las manos temblorosas y bajando el tono de voz lo suficiente como para que casi ni la propia Celeste pudiera oírme, le dije: «¡Es el doctor Armand! ¡Es el envenenador!».

«¿Qué?».

Me vi obligado a levantar un poco la voz.

«¡Es Armand! ¡Es el doctor Armand! ¡El envenenador!».

La señora Beatrix Villequeau tenía buen oído y me miró con gesto divertido.

«¡Oh, qué novelesco, querido!».

Armand no tardó mucho en traer el *spritz*, con su color vespertino de naranjas, y lo colocó con tanta delicadeza delante de Celeste que, por un instante, estuve persuadido de que aquella copa tenía tanto *prosecco* como cianuro. Celeste no tardó ni un segundo en coger la bebida y...

«¡Déjalo! ¡No lo bebas! ¡No lo toques!».

La copa estaba a punto de rozar los labios de Celeste.

«¿Por qué?».

«¿Es que no me escuchas? ¡Es el doctor Armand! ¡Es el envenenador!».

Celeste observó su helado y aromatizado *spritz*. Estaba deseando bebérselo.

«Creo que me voy a arriesgar, Nigel».

«¡Que lo pruebe *Dix-huitième!*».

La señora novelista, en la mesa de al lado, me miró con gesto reprobatorio.

«¡Pobre gato! ¡Qué crueldad!».

«¡No quiero dárselo al gato! ¡Es mío!»., dijo Celeste, apartando el *spritz* como si yo fuera a arrebatárselo, y lo habría hecho si lo hubiera tenido a mano.

«¡Es el doctor Armand!»., repetí.

Retorciendo la servilleta de hilo con mis manos nerviosas, me pregunté por dónde empezar: era el momento de compartir con Celeste la constancia de una formidable conspiración que probablemente acabaría con la vida de la princesa Grace de Mónaco. Con seguridad, ni los servicios secretos de Francia ni los mercenarios de Mónaco estaban al tanto de la confabulación, y por supuesto ni siquiera podrían imaginar que la mismísima hermana del príncipe era la principal intrigante en el caso. Nadie sabía, al parecer, que las comunicaciones que se habían interceptado y en las que se hablaba de acabar con la estrella, o apagar para siempre la estrella, o cosa semejante, se referían precisamente a la estrella más rutilante de la Côte d'Azur: Grace Kelly.

Una sucesión de casualidades, coincidencias, accidentes, contingencias o concomitancias, frutos ridículos del caos en el que gira el mundo, como decía el maestro Moullet de Riveranque, habían propiciado que yo, y solo yo, estuviera al tanto del magnicidio que seguramente se cometería el Catorce de Julio en la recepción y fiesta de gala del Hôtel Le Negresco de Niza.

Por fortuna, ahora podía contar con el aviso y consejo de Celeste, y ella sabría qué hacer para impedir que la nefasta condesa de Polignac cometiera su infame crimen.

Le expliqué a mi amiga —boquiabierta ante las revelaciones que iba desgranando— que yo había sido testigo de una parte de la conspiración en un hotel miserable donde me había hospedado cuando llegué a Niza, y que luego Mylène me había puesto al corriente, en sucesivas conversaciones, de los conflictos que hervían en el palacio monegasco, y cómo supe, por las indiscreciones de Tirpitz *el Asqueroso* —indiscreciones que lo llevaron al infierno—, que se preparaba un acontecimiento nefasto y que esas informaciones coincidían con las especulaciones de los servicios secretos, y que así me lo habían hecho saber tanto Matt Mattison como Agnes Du como Kira Kerashimova, los cuales no tenían ni la más remota idea de que uno de los camareros estaba al servicio de la condesa de Polignac, cosa que yo sabía casi con certeza y que tuve ocasión de certificar una noche terrible, cuando seguí a Armand hasta el Hôtel Soleil Méditerranéen: entonces, además de asegurar que tal relación existía, supe que Armand era en realidad *le docteur* Armand Heelé. Y, aunque soy consciente de que mi inteligencia tiene

limitaciones, tampoco es necesario ser un prodigio para deducir que un médico disfrazado de camarero merece la consideración inevitable de sospechoso de envenenamiento.

«Oh», dijo Celeste, depositando cautelosamente su copa sobre el mantel.

«Pero... disculpe, ¿cómo se llama usted?», me preguntó la novelista, con una libreta abierta sobre la mesa, repleta de anotaciones: ¡había estado escuchando toda mi explicación!

«Lin... Ni... Nigel Balquhiddel-Kinloch», dije, a punto de declarar mi verdadero nombre.

«Lin Ni... Bonito nombre. De origen chino, supongo», comentó alegremente. «Dígame, Lin Ni, ¿no sería más lógico que la condesa quisiera atentar contra su hermano, a quien según usted considera usurpador del trono, en vez de hacerlo contra la princesa consorte?».

Eso era imposible, porque el príncipe Rainiero ya había modificado la ley de sucesión del Principado: ni la condesa ni ninguno de sus hijos tenían ya ninguna posibilidad de acceder a la corona de los Grimaldi. Por otro lado, el odio de la condesa se había acabado transfiriendo a la princesa, que había burlado todas las trabas que ella le había puesto y que, finalmente, la había expulsado de palacio, condenándola a un humillante retiro en Èze.

«Oh. Y dígame, Lin Ni, ¿tiene razones para abogar por un envenenamiento o es solo una suposición?».

«Creo que un médico siempre optaría por ese procedimiento, señora Villequeau. Las mujeres, los mayordomos y los médicos cometen siempre los crímenes mediante el envenenamiento. En este caso, una mujer y un camarero-médico difícilmente podrían recurrir a otro método, aparte de que el envenenamiento les concedería unos minutos o unas horas para poder huir, si es lo que desean... Incluso las razones de la muerte podrían quedar sin esclarecer, como ocurre en muchos casos ponzoñosos».

«Su perspicacia oriental me asombra, Lin Ni».

Luego le expliqué a Celeste que, del mismo modo que yo había preguntado aquí y allá, y en el Hôtel Soleil Méditerranéen, quién era el camarero fingido y con quién se reunía, lo mismo podrían haber hecho ellos,

descubriéndome de algún modo; y al igual que habían eliminado a Tirpitz *el Asqueroso* cuando estaba a punto de destapar la conspiración, del mismo modo podrían acabar con mi vida o con la de alguno de mis amigos.

Mientras la novelista apuntaba todo en su libreta, con minuciosa dedicación, Celeste me miraba con los ojos desorbitados, sin pestañear, y con la mano en el pecho, aterrorizada seguramente ante lo que acababa de escuchar.

«¿Qué podemos hacer?», le pregunté.

Supongo que la idea de un magnicidio de semejante calibre le pareció una enormidad tal que apenas era capaz de articular palabra. Sin darse cuenta y probablemente con la idea de recobrar el ánimo, se bebió de un trago el *spritz*.

Cuando nos percatamos del descuido y durante unos segundos, Celeste y yo permanecemos inmóviles, al igual que nuestros vecinos, los Villequeau. Transcurridos un par de minutos, entendimos que al menos el *spritz* con naranja no contenía un veneno de efectos inmediatos y...

«¡Qué joven tan formidable!», dijo el señor Villequeau, prendado de los encantos de Celeste.

«Señor Lin Ni», dijo su esposa, la famosa Beatrix Villequeau, «¿le importaría que pusiera su nombre a un perspicaz detective chino en mi próxima novela?».

118. *Help me, Rhonda*

«Matt es un buen chico», le dije. «Ha estado muy ocupado los últimos días. Para empezar, ha tenido que dedicar horas y horas a la burocracia, porque necesitaba infinidad de permisos de la gendarmería y del ministerio para revisar las habitaciones que van a ocupar el embajador americano Charles Bohlen, su familia y su séquito: secretarios, ayudantes, servicio personal y seguridad».

«¿Es policía?».

«Oh, no. Es de la Agencia. Langley».

«Ah».

«La Agencia lo abandonó en Berlín Oriental. No lo pasó bien. Tuvo algún pequeño desencuentro con la Stasi. No es que los comunistas sean malas personas, pero hay que saberlos tratar... Tienen sus peculiaridades, como todo el mundo. Yo conocí a una mujer llamada Lucille Øorund que era comunista: una persona maravillosa. Era contorsionista. Su nombre artístico era Kira Kerashimova».

«¿Trabajaba en el circo?».

«Sí, con tres hermanos turcos... creo. Aunque tal vez eran armenios. Pero Matt tuvo una mala experiencia con los comunistas, por eso habla mal de ellos y se ha vuelto desconfiado. Pero es una persona de gran corazón: últimamente nuestro querido profesor Brainbridge parece un poco indispuerto, y Matt siempre está con él».

«Oh. Pues no ha venido a verme ningún profesor Brainbridge».

«Quizá no sea nada preocupante», contesté. «Ocurren tantas cosas en el mundo... que los nervios nos atenazan a todos. Los peligros atómicos, los misiles, Cuba, la Unión Soviética, los meteoritos, los asteroides, los platillos volantes, las dictaduras meridionales, los crímenes de Boumedah *el Argelino*... aunque... bueno, ya se enterará, Mao Tse-tung, Vietnam, los

astronautas perdidos en el espacio exterior, la condesa de Polignac, los servicios secretos de la Alemania Democrática, los expolios nazis, la muerte de Churchill, las revueltas de los negros en América, la invasión de la República... bueno, de esa república de las Antillas, los crímenes en los hoteles... no en este, claro, digo en otros hoteles baratos, los camareros envenenadores, *las estrellas que deben morir*... Este mundo en el que vivimos es tan peligroso y azaroso que todos tenemos los nervios... Por cierto, ¿no podría usted...?».

«Señor Balquhiddel-Kinloch», me dijo con un tono de benevolente reprimenda, «aquel día que llegó tan tarde al hotel me convenció de la necesidad de que le suministrara morfina, y lo hice, cometiendo una grave infracción, pero lo hice porque venía usted en un estado lastimoso y febril, y deliraba diciendo que había una conspiración para acabar con la vida de la princesa de Mónaco. Le puse morfina y se tranquilizó. Pero no voy a volver a hacerlo, señor Balquhiddel-Kinloch».

«Desde luego, lo comprendo, lo comprendo... Aunque por un poco de...».

Rhonda —no recuerdo si su apellido era Senault o Venault— era una joven muy responsable y de una moral profesional intachable, como fácilmente puede deducirse de la conversación que estaba manteniendo con ella. Desde que restañara las heridas que me infligió *Dix-huitième*, mi relación con ella había sido habitual, y muchas veces bajaba al botiquín —en realidad un pequeño despacho con todas las comodidades de una enfermería completa—, que estaba en la planta baja, para darle cuenta de mis múltiples dolencias: los dolores ácidos en el esternón y la rodilla derecha, la sinusitis nerviosa, los zumbidos y acúfenos, las artritis ocasionales, las fisuras más que probables en la C7 y en la L2, etcétera. Solía quedarme con ella si no había daneses con insolación o franceses con indigestión que requirieran tratamientos urgentes. Salvo en ocasiones especiales, como aquella vez que perseguí al camarero envenenador Armand hasta su hura en el Hôtel Soleil Méditerranéen, Rhonda se negaba a suministrarme sustancias que calmaran mi angustia y mi ansiedad; yo tenía grageas variadas en mi habitación, pero

con frecuencia me provocaban vómitos y ardores estomacales que resultaban especialmente molestos al día siguiente, y por eso prefería contar con el asesoramiento profesional de mi amiga Rhonda.

«¿Qué tal está su amiga, la señorita Levv?», dijo mientras ordenaba ciertos frascos en un armario y se encargaba de que yo viera perfectamente que los guardaba bajo llave.

«Oh. Celeste. Bien, bien...».

«Las amistades estivales son muy hermosas, señor Balquhidder-Kinloch. Lo peor es que suelen quedar en nada cuando se acaba el verano. Por suerte, ustedes se podrán ver a menudo en Inglaterra».

«En Inglaterra... No sé si yo podré volv...».

«Creo que fue el martes pasado...», dijo Rhonda con aire pensativo. «Creo que fue el martes pasado: su amiga vino a pedirme vendas, pero no parecía que necesitara asistencia médica».

«Se venda los pies».

Rhonda dio un pequeño salto para sentarse en la camilla de la enfermería y cruzó las piernas muy discretamente. Me observó entonces con aquella mirada escrutadora que solo poseen los profesionales de las ciencias médicas. Su mirada penetrante me recordó las candentes observaciones de la doctora Simonette Val, la de freudianos labios y rodillas francesas.

«¿Se venda los pies?».

«Sí. La quiero mucho porque se venda los pies».

119. Incertidumbres

A medida que se acercaba el Catorce de Julio, aumentaba visiblemente el nerviosismo de Matt Mattison, Agnes Du, el servicio de seguridad del hotel, la gendarmería y —con mucha probabilidad— los miembros de otras organizaciones que merodeaban por el establecimiento. Les parecía evidente, supongo, que si alguien tenía la intención de cometer un crimen en Niza —*un crimen estelar*, pues de eso se trataba—, seguramente aprovecharía la gran ocasión de la fiesta del Negresco.

Ver a Mattison angustiado, siempre al lado del profesor Brainbridge, mordiéndose las uñas ante la incertidumbre de que alguien pudiera atentar contra el embajador y su familia, y que de ello se derivara un conflicto diplomático, o incluso una guerra, me producía cierta compasión. El hombre de Langley, con su indumentaria polvorienta de la Agencia, miraba apasionadamente a Celeste cuando nos lo cruzábamos, y aunque en alguna otra ocasión reservaron unas horas para una comida o un martini en algún establecimiento cercano, le había resultado imposible dedicarle el tiempo que sin duda su corazón exigía. (Por su parte, Celeste lo trataba con la mayor consideración, pero no parecía importarle en exceso que el hombre de Langley no pudiera dispensarle más atenciones). Las tareas de Mattison en el hotel y en los alrededores estaban destinadas a impedir milimétricamente cualquier riesgo de que el embajador Charles Bohlen o su séquito pudiera sufrir un desafortunado *contratiempo*. Desde luego, Matt llevaba hasta el extremo su implacable dedicación al servicio de la protección de los ciudadanos estadounidenses: siempre preguntaba en la recepción por el estado y las actividades de sus compatriotas, pero su existencia parecía consagrada al bienestar del profesor Brainbridge y su familia. En breve podría contar con nuevos compañeros de la Agencia —pertenecientes al séquito del embajador— y eso seguramente aliviaría sus preocupaciones.

Y respecto a la mujer que tenía las horas contadas, Agnes Du, creo que sus angustias eran aún más extraordinarias. Seguramente aún no sabía quién y por qué había cometido las matanzas de Fréjus, Grasse, Vence y Le Cannet, y, si lo sabía, desde luego no había podido encontrarlo y detenerlo, así que temía que el Catorce de Julio el sanguinario asesino volviera a actuar. A veces, cuando me cruzaba con ella en el restaurante o en el vestíbulo del hotel, Agnes Du y su compañero Vincent Warsama me observaban como si yo fuera el *verdadero* Boumedah *el Argelino*, y escrutaban mis movimientos como si quisieran descubrir en ellos el más mínimo error o el más leve indicio de criminalidad, un detalle que les serviría de excusa para descerrajarme veinte o treinta disparos en el cráneo antes de que pudiera pedir auxilio a la divinidad. (Matt Mattison quizá también habría querido tener esa oportunidad, aunque por otras razones).

Es muy probable que las sospechas de un espantoso crimen hubieran llegado hasta el despacho (o la peluquería) de la señora Augier, porque había decidido incrementar notablemente el número de vigilantes del servicio de seguridad del hotel. (Tal vez había recibido una carta de la embajada americana en París en la que se le recomendaba cierta cautela, e incluso puede que el mismo Matt Mattison hubiera hecho constar su preocupación por los rumores a propósito de «la muerte de una estrella», o algo parecido. O puede que fuera Agnes Du quien alertara de esas mismas sospechas. O tal vez había intuido los peligros que se cernían sobre su precioso hotel al leer la amenazante crónica de Tirpitz *el Asqueroso*, fallecido ya, afortunadamente). Sea como fuere, el caso es que Jeanne Augier había decidido contratar al famoso Oreste Opilion, el detective que había descubierto años atrás las ominosas prácticas de un grupo de monjes en el monasterio de Coudes, cerca de Clermont-Ferrand; siempre se dijo que los clérigos se habían comido a buena parte de los niños huérfanos que acogieron durante la invasión nazi y que Oreste Opilion había encontrado los huesos mondos y lironchos de los críos emparedados en la bodega; los monjes dijeron que aquellos niños que llegaban a las puertas del monasterio, hambrientos, enfermos y tuberculosos, solían morir al cabo de pocos días, por falta de alimento y de medicinas, aunque algunos pudieron sobrevivir con los caldos de las patatas y las berzas que... En fin, se contaban historias muy patéticas al respecto. Oreste Opilion

había empleado su fama en comer y beber, y ahora era un hombre gordo, congestionado y tambaleante que necesitaba apoyarse en un ayudante, en las paredes, en las sillas o en las mesas para poder avanzar. Venía con otros dos hombres, delgados y macilentos, en los cuales era imposible confiar para llevar a cabo una acción decisiva. En opinión de la mayoría de los clientes, el servicio de seguridad del hotel, con su señor Saboter al frente y su escuadrón de seis jóvenes implacables, habría sido más que suficiente para mantener la paz y el sosiego durante las celebraciones del Catorce de Julio. Era muy cierto, sin embargo, que el servicio de seguridad del hotel no estaba acostumbrado a grandes conspiraciones: generalmente se dedicaba a acompañar a sus habitaciones a algún cliente al que le hubieran sentado mal los refrigerios nocturnos, a despachar a algún caradura cuya elegancia, sin embargo, no le habría permitido pagar la cuenta del hotel, o a poner en la calle a algún indeseable que se colaba en las habitaciones ajenas para robar joyas o dinero con el que pagar su estancia en Niza.

También comenzaron a aparecer más gendarmes de los habituales: juraría que su presencia se debía a las insinuaciones de Agnes Du, pero puede que la Gendarmería tuviera sus propias sospechas y preocupaciones. A veces se apostaban unas calles más abajo, o escondían sus vehículos en la parte trasera del hotel, y en ocasiones paseaban de dos en dos por el vestíbulo, como si no estuvieran ocupados en nada especial, saludando a unos y a otros, suponiendo que su sola presencia intimidaría a los amenazadores criminales. Pertrechados con sus preceptivos bigotes franceses, los gendarmes también adornaban con su presencia el establecimiento de la señora Augier y proporcionaban al Negresco una atmósfera indiscutiblemente francesa.

Asistir a semejante ostentación de seguridad me provocaba arenisca en la tráquea. Unos y otros —esto casi podría asegurarlo— temblaban ante un ataque virulento contra el embajador y tal vez temían que un crimen semejante podría tener los mismos efectos que el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo. Las angustias de Agnes Du tenían como protagonista al asesino sanguinario que había sembrado el terror y la muerte en varias poblaciones cercanas, y aunque sus crímenes habían gozado de la impunidad

que proporciona la sorpresa, la agente de la SDECE no descartaba que aquel malnacido quisiera aparecer triunfante delante del mundo durante la celebración del Catorce de Julio.

¿Cómo explicar a todas esas personas que el escenario, en realidad, parecía dispuesto para que fuera un camarero quien perpetrara un espantoso magnicidio? ¿Cómo explicar que era la princesa Grace de Mónaco, y no otra, la víctima de una conspiración urdida por la condesa de Polignac? ¿Cómo explicar que un «vigilante de pulgas y piojos» como un servidor había conseguido averiguar la existencia de semejante trama criminal? ¿Cómo explicar que, por azares y por coincidencias, el estúpido cliente de la 503 había sido capaz de desenredar la intrincada madeja de una espeluznante confabulación? ¿Cómo explicar que nada había que temer por el embajador? ¿Cómo explicar que Boumedah *el Argelino* no existía, si hasta la persona que me lo había confesado declarararía todo lo contrario?

Incluso Celeste me había mirado con asombro, incredulidad y estupefacción cuando se lo confié todo, y a la escritora Beatrix Villequeau le pareció el argumento de una novela barata protagonizada por un detective chino.

120. ¿Qué hacen las hadas por la noche?

«Es espantoso», dijo Mylène.

Y lo era. Celeste, Mylène y yo estábamos sentados en un banco de la Prom, saboreando un helado, disfrutando el apacible atardecer y recreándonos en el singular colorido de los cielos de Niza, cuando una silueta negra se interpuso entre nosotros y las gradaciones de azules, malvas, rosas y naranjas de la cúpula celeste.

«¡Ja!», exclamó la sombra: «¡La prueba definitiva!».

El coronel Du Picq parecía nervioso y excitado, incapaz de controlar su irritación, su asombro o su incredulidad ante los terribles hechos que, a su juicio, estaban teniendo lugar en el mundo.

«¿Qué ha ocurrido, coronel Du Picq?», preguntó Celeste, relamiéndose juguetona el helado de vainilla.

El coronel Du Picq miró a este y oeste, y su bigote pareció incapaz de comprender por qué los turistas paseaban tranquilamente por el paseo marítimo cuando el mundo afrontaba tan serios peligros. Creo que estuvo a punto de empezar a gritar y —como militar— a ordenar que la gente corriera a refugiarse en sus casas, que hicieran acopio de víveres, que cerraran las persianas y que se escondieran bajo las camas hasta que...

«¿Es que no han oído la radio?».

Celeste dijo que sí, y bromeó diciendo que en verdad era preocupante: aquella tarde habían programado una música espantosa.

El coronel Du Picq no entendió la broma, pero tampoco le importó: nos contó que había estado sintonizando un programa americano en la onda corta y que no podía dar crédito a lo que había escuchado.

«Seguramente nosotros tampoco», pensé.

El coronel Du Picq volvió a mirar con suspicacia y desconfianza a un lado y a otro, retorciéndose los dedos de las manos y, finalmente, como quien declara la esperada segunda venida del Mesías, exclamó: «¡Ya están aquí!».

Ante nuestro desconcertado silencio, el coronel Du Picq explicó que en el programa *Unexplained Mysteries of the World Explained*, uno de los mejores de la radio mundial, a su juicio, que se difundía para todo el universo desde un lugar «desconocido» en Minnesota, habían emitido un fabuloso y revelador reportaje. El presentador, junto a un grupo de valientes reporteros, había pasado varios meses investigando por su cuenta los círculos de las cosechas después de que un tal sir Patrick Moore hubiera descubierto en 1963 varios círculos y formaciones geométricas en un campo de patatas de Wiltshire, en Inglaterra. Y en sus investigaciones había descubierto que, desde muy antiguo, quizá desde tiempos homéricos e incluso bíblicos, se habían conocido esos círculos y geometrías en las cosechas. En un periódico del siglo XVII se decía que el diablo había hecho varios círculos en una cosecha de Hertfordshire, pero nadie lo creyó porque, tal y como se decía en otro lugar, «todo el mundo sabe que son las hadas quienes hacen esos círculos», y no el demonio. Y, efectivamente —decía el coronel Du Picq—, siempre se dio por seguro que eran las hadas quienes hacían esos círculos por la noche, y nadie les prestaba atención porque era cosa conocida y que no tenía la mayor importancia. En el programa se explicó que Shakespeare hablaba con frecuencia de los círculos que hacen las hadas en las cosechas y que a nadie le había extrañado, precisamente porque eran cosa común. En Staffordshire y en Normandía también eran muy comunes las geometrías cerealísticas, igual que en muchos campos de América, Europa y Australia.

«Ahora bien», dijo el coronel, «nuestro mundo ya no puede creer en las hadas, porque conocemos el átomo».

Se hizo un incómodo silencio, porque todos intuíamos el camino por el que iba a discurrir la conversación.

«Bueno», dijo Mylène finalmente, «y si no han sido las hadas, ¿quién ha sido?».

El coronel Du Picq dijo que le resultaba enternecedora la candidez y la ingenuidad de nuestra amiga Mylène y que, ay, Dios mío, ojalá viviera toda la vida en ese estado de beatitud. Mylène puso cara de gustarle más su helado

de fresa que la beatitud, aunque no dijo nada. El coronel nos contó, aunque esta vez de forma resumida, su experiencia con los *feu fighters*, e hizo un repaso minucioso, aunque breve, de los episodios en los que naves alienígenas habían interferido en los asuntos humanos, desde los avistamientos de Mount Rainer, las investigaciones del presidente Truman, el caso de Nuevo México, las abducciones de los señores Hill, etcétera.

«Yo no necesito ninguna demostración, porque los he visto con mis propios ojos desde la carlinga de mi avión», añadió el coronel, «pero los gobiernos y esos científicos sobornados cada vez tendrán más dificultades a la hora de buscar excusas para negar tal cantidad de evidencias. ¡Ya están aquí! Hacen círculos y geometrías en los cultivos de cereales y de patatas, sobrevuelan las ciudades y los campos, persiguen a nuestros aviones, secuestran a nuestras mujeres, se llevan vacas, caballos y ovejas a sus naves, crean nubes gaseosas en las que desaparecen flotas enteras de aviones y de barcos...».

El coronel Du Picq, como si no hubiera estado hablando con nosotros, se fue alejando por la Promenade des Anglais, murmurando su retahíla de avistamientos, abducciones, naves, desapariciones, teletransportaciones...

Apenas quedaba en el horizonte una franja de indefinibles colores malvas y rosas, y el cielo nocturno se iba poblando de estrellas sobre un azul eléctrico prodigioso.

«No creo que esos círculos sean obra de los extraterrestres», dijo Celeste. «Yo creo que son las hadas».

121. Conectamos con Berlín

Mi maestro, Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque, concluía su magnífico trabajo dedicando unas hermosas palabras a Matilde. Matilde es un asteroide del llamado Cinturón Principal y los astrónomos lo descubrieron el 11 o el 12 de noviembre de 1885; está a cuatrocientos millones de kilómetros del Sol y «su período orbital dura casi cinco años». Moullet de Riveranque hablaba con mucha ternura de Matilde, y ello se explica porque Matilde era también el nombre de su querida esposa, que había fallecido mientras él concluía la redacción de la *Guía Astronómica y Celeste*. A veces, por su afán metafórico con las estrellas y los cuerpos astronómicos, resultaba difícil distinguir si se estaba refiriendo al asteroide rocoso o a su esposa, pero en general puede decirse que era un cariñoso epitafio, tanto para el libro como para su mujer.

Cuando cerré el manual, y dejé a Matilde «vagando, en triste soledad, por los espacios siderales», me di cuenta de que Celeste estaba de pie en su habitación, inmóvil y con la mirada clavada en el aparato de televisión. (En mi *suite* no había televisión, pero en la de Celeste sí, y aunque no conozco las razones de tal discriminación, puedo suponerlas).

Yo no podía ver el aparato, que se encontraba en una esquina, pero debían de estar emitiendo algo verdaderamente terrible, a juzgar por la seriedad con que Celeste atendía las palabras del locutor o presentador. En un francés casi incomprensible para mí, aquel caballero anunciaba un descubrimiento o un hallazgo importante, aunque mi conocimiento de la lengua francesa no alcanzaba para adivinar exactamente de qué se trataba.

Pasé a la habitación de Celeste y me quedé junto a ella mirando la imagen en blanco y negro, casi difuminada, que a veces se distorsionaba o se congestionaba en brillos y sombras imposibles. Un hombre hablaba con

molesta rapidez: le habría preguntado a Celeste cuál era el motivo de su interés si su rostro hubiera reflejado la más mínima amabilidad, pero no me atreví.

De repente, el hombre dijo claramente: «¡Conectamos con Berlín!», y al cabo de unos segundos apareció una imagen con fecha del día anterior, con lo cual se ponía claramente de manifiesto que no era una conexión, sino una grabación realizada varias horas antes. En cualquier caso, la imagen borrosa dejaba entrever a un grupo de personas encaramadas a un escenario y muchísima gente, muy bien ordenada, aplaudiendo a rabiar. Una voz sin rostro, también francesa aunque más comprensible, decía que «el acto» había tenido lugar en la sede del Ministerio de Cultura, y se veía a un hombre lanzando un discurso apasionado y virulento. Un cartel sobreimpresionado decía que era Hans Bentzien. Después, un par de jóvenes azafatas vestidas con un sensual atuendo militar transportaban algo muy valioso y lo colocaban en un atril. Era la *Uranographia Britannica* de John Bevis, abierta por la constelación del León. El señor alemán se acercó al libro, lo señaló como si fuera una estrella de cine y después aplaudió con entusiasmo. El locutor francés dijo que miembros de los cuerpos de seguridad de la República Democrática Alemana habían encontrado aquel maravilloso atlas celeste gracias a la pericia de etcétera, y explicaba que el libro había formado parte del expolio que los nazis llevaron a cabo en toda Europa, apropiándose de etcétera y que por fortuna la *Uranographia* regresaba, como patrimonio invaluable, al pueblo alemán, que etcétera gracias al comunismo y etcétera... Tras el incontinente ministro alemán y las dos bellas azafatas militarizadas había varios individuos de porte amenazador. Entre ellos distinguí, claramente, la belleza nórdica de Ø, con su impecable traje del Ministerium für Staatssicherheit, con sus galones, sus abundantes condecoraciones y su gorra de plato. Casi me parecía imposible que aquella mujer fuera la misma que disfrutaba tanto con nuestras actividades deportivas. Su imagen aparecía al fondo, y solo cuando el ministro hablador se movía hacia la izquierda. Ella permanecía firme y seria, y aunque todos los asistentes celebraban la recuperación del atlas celeste de John Bevis, ella no perdió ni por un solo momento la compostura y ni siquiera quiso aplaudir.

Cuando terminó la supuesta conexión con Berlín, el locutor francés también celebró que poco a poco se fueran recuperando las obras de arte que «los alemanes» (así, en general) habían expoliado a los particulares durante los años que duró su tiranía. Se preguntó cuántos libros, cuántas pinturas, cuántas esculturas y obras de arte permanecerían en manos ilícitas, y luego, casi sin detenerse, pasó a señalar la fantástica actuación de *les canaris* del Football Club de Nantes, que aún celebraban su primer título de liga, conseguido a finales de mayo, cuando ganaron al Mónaco...

Aunque a Celeste no le interesaban especialmente los avatares del fútbol francés —de eso estaba completamente seguro—, mi amiga permaneció allí clavada, observando con gesto feroz la televisión. Y si aquel hombre de aspecto cordial que hablaba de fútbol hubiera tenido la posibilidad de ver la mirada de Celeste, seguramente no se habría comportado con tanta franqueza y naturalidad.

122. Oreste Opilion, detective profesional

Una de las grandes habilidades de mi Laurine era no dejarme hablar. Como mi querida esposa siempre se tomaba la molestia de recordarme que todo lo que yo decía era «una bobada», al final adquirí la buena costumbre de mantener el pico cerrado, con lo cual evitaba decir «bobadas» y mi reputación no se veía más dañada de lo habitual. (La doctora Simonette Val, de freudianos labios, también me recordaba que el silencio era un indicio de prudencia y, en mi caso, casi una necesidad). La recomendación clínica y de mis seres queridos de guardar silencio, salvo cuando fuera estrictamente necesario (un incendio o un infarto, por ejemplo), me causó algunas incomodidades, porque rara vez me atrevía a protestar o discutir lo que otras personas considerarían flagrantes injusticias —como cuando un camarero me servía té frío o como cuando mi dentista me extrajo una muela sana—; pero, en general, el silencio siempre me había favorecido. Así, me había acostumbrado a rumiar mis preocupaciones sin comunicárselas a nadie: de este modo no caería en el ridículo de que nadie las considerara tonterías sin importancia. Y aunque en Niza *las preocupaciones* conseguían revolverme el estómago y embotarme la cabeza, no me atrevía a tomar una resolución y se enraizaba en mí la tentación de dejar que el curso del universo siguiera su camino, como recomendaba en el epílogo de la *Astronómica* mi maestro Moullet de Riveranque.

Porque... si Ø había conseguido arrebatarse a los Levv la *Uranographia Britannica*, ¿podría haber hecho yo algo para estorbarlo? Y si algún camarero envenenador decidía acabar con la vida de la princesa Grace, ¿podría impedirlo yo? Y si un argelino enloquecido (e inexistente) pretendía cometer una carnicería en el Negresco, ¿cómo podría evitarlo yo? Y si un comando comunista rumano o búlgaro o checoslovaco tendía una emboscada al embajador americano durante las celebraciones del Catorce de Julio, ¿tenía

yo alguna posibilidad de desbaratarla? Y si los operarios de CompostIng decidían ir a la explotación porcina de los Grant y vaciar la piscina de purines, ¿acaso estaba en mi mano detenerlos? Y si los pesticidas de Fertilizantes Blint envenenaban los campos de países remotos y pudrían los cuerpos de sus habitantes, ¿por ventura podría yo...?

Con el calor cada vez más sofocante de julio en la Riviera, las angustias y las preocupaciones se acrecentaban, porque no estaba seguro de que, pudiendo o no hacer algo, no *debiera* intentarlo.

«... y entonces el profesor y su hijo venían a Francia a conocerme. Era muy gracioso».

Refugiados en un oasis de verdor, en uno de los rincones de Le Relais, BB estaba contando a un grupo de amigos la extraña experiencia de interpretarse a sí misma en una película americana. La famosísima actriz —cuyos encantos habían enloquecido al mundo durante la última década— nos explicaba que la historia contaba las aventuras de un profesor americano (James Stewart) cuyo hijo, llamado Erasmus, era un genio de las matemáticas. Después de algunas peripecias, el profesor se enteraba de que su pequeño estaba enamorado de Brigitte Bardot y que le escribía cartas de amor. La actriz le contestaba y lo invitaba a visitar Francia...

«¿Usted hacía de usted misma?», preguntó Annemarie Brainbridge. «¡Qué extravagante!».

«¡Oh, no!», protestó Celeste. «La función del arte es sembrar el caos y el desconcierto. ¿No crees, Ny?».

«¿Eh? ¿Qué?».

Podía haber dado una buena respuesta a la pregunta de Celeste, porque había estudiado el mundo del caos en profundidad con mi maestro astrónomo, pero en ese momento estaba ocupado observando a un individuo que...

«¡El arte debe imitar a la naturaleza!», dijo el señor Levv y, añadiendo algunos nombres romanos, expresó su malestar ante las nuevas películas que causaban tanta confusión entre la realidad y la invención.

... a un individuo que estaba tambaleándose en un taburete, junto a la barra del bar. Patrick le servía un whisky tras otro, aunque con desgana y mal humor. A esas alturas ya todos sabíamos quién era Oreste Opilion, un hombre

que daba la impresión de haber malgastado toda su buena fortuna en comida de mala calidad. Embutido en un traje marrón digno de conmiseración, que se abría por todas partes y amenazaba con estallar por las costuras, el detective Opilion hacía esfuerzos ímprobos por mantenerse encaramado a su taburete, mientras ingería los sucesivos whiskies que le servía Patrick.

El profesor Brainbridge y Matt eran los únicos que no participaban en aquella conversación sobre las funciones y los objetivos del arte. El primero, porque aún parecía indispuerto, aunque Mylène era de la opinión de que estaba más enfadado que enfermo, y que su rostro reflejaba más ira que indigestión. De Matt tampoco se podía decir que estuviera muy interesado en disputas horacianas: permanecía sentado en una mesa aún más esquinada, con el mismo gesto aburrido y turbio que tenía cuando lo vi por primera vez en la sala de subastas del Excelsior, observando a unos y a otros, y deteniéndose más de la cuenta en Celeste.

«Es imposible saber lo que puede depararnos el arte», dijo la señora Brainbridge, con una sensatez digna de elogio. «Pero el arte tiene que ser inesperado y...».

Abandoné el hilo de la conversación porque Oreste Opilion estuvo a punto de derrumbarse, con todas sus grasientas toneladas de detective, sobre la *Chamaedorea elegans*, una palmera decorativa enorme... en la que, por cierto, suele anidar una especie de pulgón, un hemíptero de origen asiático que... pero, bueno, eso bah. Enderezándose a duras penas, Opilion nos miró con su rostro lunar y congestionado, y farfulló un «Merde!» tan audible como desagradable.

El detective se aferró a su vaso de whisky y, apoyado en una de las barandillas decorativas de Le Relais, se fue acercando a nuestro grupo. Brigitte Bardot, que ocupaba un extremo del círculo de amigos, fue la primera en mostrar su incomodidad y me lanzó una mirada cuyo significado no pude descifrar, aunque seguramente quería decir: «Por favor, que no se me acerque ese borracho asqueroso». Opilion no consiguió reunir las fuerzas suficientes como para llegar a la altura de la desesperada Brigitte, y se quedó, tambaleante y sudoroso, junto a un busto marmóreo de Pan o de un fauno o de un genio del bosque o de algo así.

«Bonsoueeer ta-at le moundaaa!».

Ninguno de los presentes se atrevió a contestar.

«Basta ya, Oreste. Lárgate», dijo Matt, casi oculto en las sombras.

El detective entrecerró los ojos y así fue como pudo descubrir que entre las sombras se encontraba Matt.

«*Ah, mon ami l'américain Matt Mattison!*», dijo, avanzando unos pasos.

«¡A mí no se acerque!», dijo Brigitte, arrojándose un poco más a su amiga Mylène y cogiéndole la mano como si eso pudiera protegerla del grasiento sudor del detective.

«*Matt Mattison est un professionnel! Es un profesional, mais oui! Eh, bien. Ya lo creo, un verdadero profesional. À votre santé! Salut!*».

Solo se veía un hilo de humo azul en el rincón oscuro donde se encontraba Matt.

«Ya es suficiente, Oreste», se le oyó decir.

El detective tuvo entonces uno de esos espantosos cambios de humor de los borrachos, y lo que era alegría y buen humor un segundo antes se tornó enfado y enojo de repente. Su rostro porcino se retorció en una mueca congestionada y, queriendo gritar más de lo que podían sus grasientas cuerdas vocales, exclamó:

«¡Eh, tú! ¿Quién te has creído que eres? *Je suis aussi un professionnel!* ¿O es que crees que yo voy contando todo lo que sé? *Eh, bien!* Soy un profesional, *monsieur!* Yo sé guardar el secreto profesional, *monsieur!*». Y luego, animado por el silencio de su auditorio, exclamó: «*Quel toupet il a!* *Ah, bien.* Vergüenza debería darle: dedicarse a...» y dijo algo en francés que no pude comprender.

«Profesor Brainbridge, nos vamos», dijo Matt.

Y, asombrado todo el auditorio, el profesor John Brainbridge, su esposa Helen, Annemarie y Alexandra (su marido había ido con la pequeña Georgina y con Mark a comprar helados) se levantaron todos a una y, en un orden prusiano, se encaminaron hacia la salida. El sudoroso detective se apartó tambaleante y, dando algunos tropezones y arrastrando sus zapatos abollados, acabó a mi lado, apoyando sus toneladas de grasa en mi hombro.

Cuando Matt salió de la oscuridad para seguir a los Brainbridge, se acercó un poco al detective y pude oír que le decía claramente: «Cierra el pico, maldito cerdo, si no quieres que llene de plomo ese fardo de grasa».

«¡Nosotras tenemos que irnos también!», dijo Mylène, y, como dos gotas de agua, preciosas y encantadoras, ella y Brigitte se levantaron, dieron media vuelta y enfilaron la puerta por donde desaparecieron, aliviadas, supongo.

«*Eh, bien*», murmuró la tonelada cárnica que tenía a mi lado mientras observaba cómo desfilaba también el encantador matrimonio Du Picq: la coronela aseguró que tenían la costumbre de cenar temprano y que incomprensiblemente se les había pasado la hora, aunque había que comprenderlo, porque la compañía era maravillosa, en fin, buenas tardes tengan ustedes, adiós.

«*Eh, bien*. Yo no iba a decir nada...», dijo el detective, como si alguien le hubiera pedido explicaciones.

El señor Levv lo miró con gesto severo y le dijo: «Esa sería una decisión muy inteligente, señor Opilion».

«Vamos, tío. Te acompaño a tu habitación», dijo Celeste.

El detective Oreste Opilion se derrumbó en una silla, desparramando toda su repugnante y sudorosa corpulencia por los lados. Depositó con tembloroso cuidado su vaso de whisky en la mesa de mármol y me miró con gesto asombrado.

«Yo no iba a decir nada...».

123. El detective discreto

A las tres de la madrugada, Patrick apagó casi todas las luces de Le Relais, pero nos dijo que podíamos seguir allí sentados, en la penumbra, si eso era lo que deseábamos. Me advirtió, de todos modos, que él se iba a casa y que si queríamos beber más, tendríamos que servirnos nosotros mismos. Nos dejó una botella entera de ese whisky ahumado que llaman Laphroaig. Al final de la botella, Oreste Opilion se había quedado dormido sobre la barra y la enorme cantidad de su grasa corporal se había distribuido con tanta fortuna entre el taburete, una columna cercana y el mármol del mostrador que parecía una masa inamovible, y probablemente moriría allí si el departamento de bomberos de Niza no llevaba a cabo una labor de evacuación.

«*Eh, bien*», me había dicho unas horas antes, cuando todos mis amigos se despidieron y tuve la mala fortuna de quedarme a solas con él.

Estuvo hablándome al menos un cuarto de hora en francés, hasta que se percató de que yo no estaba comprendiendo nada. Pero mi Laurine —como todas las personas que me quisieron bien en mi vida *anterior*— siempre me recomendó que no interrumpiera a los que hablan y que atendiera y procurara sacar algún provecho de lo que se me decía, aunque tal provecho fuera improbable. Cuando Opilion se dio cuenta de que mi mirada revelaba una total estupidez, me golpeó en el hombro con el envés de la mano.

«*Eh, bien. No está usted entendiendo nada. Idiot...*».

Aunque Oreste Opilion me repitió tres veces que no tenía intención de ser indiscreto, también me aseguró que la señora Augier, propietaria de Le Negresco, había reunido aquella misma mañana a un grupo de personas en su despacho particular de la planta primera. Los comentarios, los rumores y las habladurías sobre los malos augurios que se cernían sobre la inminente celebración del Catorce de Julio habían propiciado aquella solución de urgencia: la agente Agnes Du, del departamento criminal de la SDECE, había

llevado la voz cantante y, según el detective discreto, había exigido la máxima colaboración a todos los asistentes: para empezar, ella misma había declarado que Boumedah *el Argelino* no era más que una invención de su departamento para...

«Sí, ya lo sabía», le dije.

«¿Lo sabía?».

«Sí».

... no era más que una invención de su departamento para tener una figura a la que culpar de los espantosos crímenes de Grasse, Fréjus, Vence y Le Cannet; también sospechaban que dos personas acuchilladas cerca de La Trinité y otra persona que había aparecido degollada en un pozo de Cagnes-sur-Mer pertenecían a la nómina de víctimas del criminal al que provisionalmente habían llamado Boumedah *el Argelino* o *el Carnicero*.

Oreste Opilion no pensaba decir ni una palabra más sobre lo que se había hablado en la reunión de seguridad del hotel, porque se había comprometido a guardar el secreto, pero desde luego no se podía ignorar que la gendarmería estaba sufriendo presiones desde distintos estamentos políticos, tanto locales como provinciales y regionales; y era más que cierto que la institución policial no sabía a qué atenerse, porque había sido incapaz de resolver el asesinato del periodista que sembró de malos augurios la prensa de cara al Catorce de Julio y, además, tenían varios cadáveres en una población cercana, aunque habían conseguido ocultar que una pieza de anticuarios, cuya subasta estaba prevista para el día festivo y que había aparecido sorpresivamente en el Ministerio de Cultura de la RDA, estaba relacionada —cosa segura— con aquellos crímenes del hotel de Entrevaux.

El detective Oreste Opilion, que había resuelto el famoso caso de «los monjes caníbales» de Clermont-Ferrand, se tenía a sí mismo por un hombre gordo pero discreto y *professionnel*. Enseguida intuyó, me dijo, que los dos jóvenes agentes del SIM habían solicitado los informes de rigor y los permisos habituales para desplegar su propio plan de seguridad ante la visita de los príncipes de Mónaco. Según el detective profesional, los príncipes, la condesa de Polignac y el presidente de la cámara monegasca, entre otras altas personalidades del principado, se presentarían a una hora determinada, asistirían a la recepción oficial —por mera cortesía diplomática— y

regresarían sin más dilación a Mónaco. Para mi propia colección de angustias, ¡aquellos dos estúpidos del Servicio de Inteligencia de Mónaco no habían hecho más preguntas ni se habían interesado por los envenenadores que pudieran estar trabajando en el servicio de camareros del Negresco!

Para estar tan completamente ebrio, el detective Opilion era capaz de recordar detalles sorprendentes de la reunión de seguridad en el despacho de la señora Augier: después de un breve discurso sobre la importancia de la seguridad en la recepción oficial del Negresco, el responsable del hotel en esta materia informó sobre los distintos espacios que se habían habilitado para cada «grupo» de invitados. Las autoridades, desde luego, iban a estar en el Salón Versailles; ninguna persona ajena a los poderes públicos y autoridades locales, regionales, nacionales o internacionales podría acceder a dicha estancia. (Me preguntaba si la condesa de Polignac se consideraría autoridad y si tendría acceso al Salón Versailles, aunque el peligro, en todo caso, no era la condesa, sino su vil secuaz, el doctor Armand). Según Opilion, el resto de los invitados se distribuiría por otros salones y la gran rotonda.

«Eh, bien», dijo, olvidando que yo apenas entendía su lengua, «*l'américain ne voulait pas parler...*».

Y aunque iba de una lengua a otra, y a veces a ninguna, o al italiano, o al dialecto de su patria, si es que la tenía, acabé comprendiendo que Matt Mattison se había mostrado muy reacio a compartir información de seguridad o inteligencia con el resto de los asistentes a la reunión.

Gracias a la discreción de Opilion pude saber que tanto Agnes Du como el resto de los policías y agentes habían exigido a Matt que pusiera a disposición de todos la información con que contaba. Y era muy razonable. (Esto lo deduje por mi cuenta, porque Opilion no estaba en condiciones de considerar razonable nada de lo que ocurriera en el mundo).

Al final, por lo que pude entender, *l'américain* exigió que se firmara un documento por el que todos los presentes se comprometían a guardar el secreto de lo que iba a decir. Hubo entonces algunas protestas, porque todos y cada uno de los asistentes a la reunión se consideraban muy profesionales y, desde luego, discretísimos, sobre todo Oreste Opilion.

Tambaleándose ante el enésimo vaso de Laphroaig y violando de modo flagrante lo que había firmado unas horas antes, el detective discreto me dijo que, *eh, bien*, Matt aseguró a unos y a otros que el embajador americano, Charles Eustis *Chip* Bohlen, no iba a estar presente en ningún caso en Niza durante la festividad del Catorce de Julio; el embajador había enviado «señuelos» a tres ciudades: Niza, Lyon y Biarritz, y también había enviado una nota al Elíseo donde afirmaba que se quedaría en París. Y eso era lo que iba a hacer: asistir a la fiesta organizada por el señor presidente de la República, Charles de Gaulle, en la capital francesa.

Pero si el embajador no había tenido en ningún momento la intención de viajar a Niza, ¿qué hacía Matt Mattison en la ciudad?

«*He, he, he... bien, bien*». Opilion se reía poco y mal; es de suponer que temía caer asfixiado si los espasmos de la risa congestionaban su mole sebosa.

El detective discreto me dijo que los americanos se habían comprometido, por contrato, a asegurar la protección de *los científicos* y sus familias al completo. No tuve necesidad de hacérselo repetir, porque lo había oído con toda claridad: los americanos se habían comprometido, por contrato, a asegurar la protección de *los científicos* y sus familias.

124. *Paperclip!*

Cuando Oreste Opilion regresó del baño, con unos sospechosos cercos húmedos en la entrepierna de su pantalón *beige*, farfulló unas cuantas blasfemias en francés y luego, intentando secarse de mala manera aquellos cercos con el pañuelo, murmuró: «Si usted hubiera encontrado los cadáveres roídos de treinta críos en la bodega de un monasterio, también estaría siempre borracho y se mearía encima». Y añadió: «*Eh, bien*».

Sobre aquel espanto se había hablado mucho, especialmente en Inglaterra, donde los crímenes siempre llaman la atención, sobre todo si los cometen los católicos. Algunos periódicos británicos habían entrevistado al popular detective cuando aún era un individuo respetable; todavía conservaba la fama, pero no la respetabilidad...

«El americano tiene que *encargarse* de Buschwald-Weer», dijo Oreste Opilion.

Un fogonazo de calor ardió de repente detrás de mi esternón. El nombre de Buschwald-Weer me había quemado los tímpanos en dos ocasiones antes: la primera, cuando Ø le había dicho a Celeste que «los chicos de Buschwald-Weer» eran quienes habían intentado vender en Niza el atlas astronómico expoliado —y que seguramente habían acabado de mala manera en una habitación del hotel de Entrevaux—; y la segunda, cuando el señor Levv había nombrado a los criminales que habían asesinado a un grupo de mujeres en Riga, incluida la madre de Celeste.

«¿Cuándo va a venir? ¿Dónde se va a hospedar?», pregunté casi enloquecido al detective ebrio, agarrándolo por las solapas y zarandeándolo.

«*Eh, bien, fiche-moi la paix!*», protestó. «Yo no sé nada. No puedo decir nada: he firmado un contrato de confinden... de confnf... *confidentialité*».

La sola idea de que aquel Markus Buschwald-Weer pudiera presentarse en el hotel, o incluso en la sala de subastas, me causaba náuseas..., aunque ese detalle también podía deberse a un problema derivado de la cantidad de whisky que... bueno, eso bah. Lo importante, me dije, metiendo la mano en la cubitera y pasándomela por la frente, era evitar a toda costa que Celeste y el señor Levv se cruzaran con aquel hombre: por azares del destino, el individuo que seguramente había expoliado el atlas astronómico de Bevis y el hombre que había asesinado cruelmente a los padres de Celeste estaba a punto de presentarse en Le Negresco, y si eso ocurría, mi amiga y su anciano tío seguramente revivirían los espantosos momentos del gueto de Riga y los sufrimientos que tuvieron que sobrellevar hasta que consiguieron poner a salvo sus vidas. Era como si aquel Markus Buschwald-Weer persiguiera a los Levv, como una condena interminable, a lo largo de los años, las décadas y los siglos.

Yo sabía, como sabe todo el mundo, que muchos criminales nazis habían conseguido huir tras la derrota de Alemania en la guerra: la mayoría habían encontrado una vía de escape por Roma o por Marsella, y otros habían ido a Madrid o Lisboa. Los más afortunados se habían quedado en la costa española, al calor pobre y polvoriento del dictador Franco, y otros habían viajado a Argentina, o a Chile, o a Brasil... También había algunos en el sur de Francia, y en Inglaterra, incluso en Estados Unidos, y otros vivían en Rusia, donde acogieron a muchos científicos.

Antes de derrumbarse sobre la barra, como una ballena vieja, varada y alcoholizada, Oreste Opilion apostó que Markus Buschwald-Weer era con toda seguridad «uno de los científicos de la Paperclip», y que por eso se permitía el lujo de viajar a los mejores hoteles de Europa y podía contar con la protección de un agente de Langley.

Como todos los borrachos, el detective profesional se dejaba llevar por las imaginaciones y las habladurías cuando el alcohol le disolvía el cerebro. Y en aquella época, en fin, corría un rumor sobre una formidable conspiración llamada Operación Paperclip. Naturalmente, ningún periódico serio podía creer semejante trama rocambolesca, y la mayoría de la gente sensata la consideraba una completa fabulación.

Para empezar, se decía que, antes de que estallara la guerra, los judíos que habían huido de la persecución nazi y que habían llegado a Estados Unidos alertaban de que un científico llamado Werner Heisenberg estaba estudiando la construcción de una bomba atómica. También se aseguraba que los alemanes tenían una ciudad secreta escondida bajo tierra en la que fabricaban las bombas V1 y V2. Se contaban muchas historias de ese tipo, y de aviones que parecían cohetes, y de bombas con giroscopios que podían ir donde los nazis quisieran y caer donde quisieran... pero yo creo que todo era fruto del miedo que a los británicos nos inspiraban los alemanes y las bombas que caían al azar en Inglaterra.

Durante la guerra se había hecho famoso —sobre todo entre los niños que leíamos aventuras bélicas— el comando 30AU de la Royal Navy, que había descubierto el secreto de la máquina Enigma y que había recibido la orden de encontrar aquella ciudad secreta donde se construían las bombas volantes y donde supuestamente se escondía el profesor Werhner von Braun, famoso por sus conocimientos en el ámbito de la propulsión y por su decidida intención de llevar al hombre al espacio exterior.

Si el detective indiscreto Oreste Opilion estaba en lo cierto, *eh, bien*, Markus Buschwald-Weer habría abandonado el frente oriental para regresar a Alemania, porque cuando Hitler se vio perdido, sobre todo tras el fracaso de la Operación Barbarroja en Rusia, ordenó que todos los científicos que se encontraran en el frente regresaran a Alemania y comenzaran a trabajar en los laboratorios y las fábricas de la *Heimat*. La idea, según los periódicos y la radio, era que los científicos inventaran armas tan poderosas y destructivas que pudieran poner fin al conflicto de un modo «decisivo», como se decía entonces.

¿En qué grupo de científicos se habría integrado aquel Markus Buschwald-Weer? Si estaba en el grupo de Heisenberg, intentando construir una bomba atómica en las cuevas de Haigerloch, o con Von Braun en la ciudad subterránea de Mittelwerk, o con los aviadores de Helmut Walter en Kiel, o con los médicos de Hubertus Strughold, haciendo experimentos con los judíos de Dachau, eso era difícil saberlo.

Mientras me servía uno de los últimos tragos de Laphroaig, me aposté veinte libras conmigo mismo a que Markus Buschwald-Weer pertenecía al grupo de Von Braun. Desde luego, si aquel Buschwald-Weer se había interesado tanto en el atlas de John Bevis como para robarlo, indudablemente compartía con el profesor Von Braun unos mismos intereses astronómicos.

La ciudad subterránea de Mittelwerk, dirigida por el profesor Von Braun, fue el asombro y la pesadilla de los niños y los adolescentes británicos durante la guerra. Se decía que el fabuloso laberinto de túneles y galerías que construyeron los nazis en el pueblo de Nordhausen, en la montaña de Kohnstein, constituía una gran fábrica donde los esclavos del campo de concentración de Dora-Mittelbau iban a montar los 10.000 misiles V2 destinados a acabar con los enemigos de Alemania... Se contaron muchas historias, y todas horribles, sobre lo que acontecía en Mittelwerk: decían que los judíos morían por docenas todos los días, víctimas del hambre y del frío, y cualquier error o negligencia se consideraba sabotaje, un delito que se penalizaba con la horca o con el fusilamiento inmediato. En los periódicos — al menos en los que se vendían en Inglaterra— se anunció con gran lujo de detalles el descubrimiento de la fábrica de Mittelwerk, y con gran espanto, el hallazgo de los montones de cadáveres de Dora-Mittelbau: se decía que por allí habían pasado más de cincuenta mil presos, ¡y que casi la mitad había muerto! Yo no sé cuánto de verdad y de mentira había en todo aquello, aunque siempre me ha parecido que seguramente nadie podía tener una imaginación tan cruel.

También se decía que el profesor Von Braun *sabía* qué ocurría en su fábrica subterránea, y que estaba al corriente de los crímenes que se cometían allí y en el campo de concentración de Mittelbau. Se llegó a decir, incluso, que el profesor Wernher von Braun había ostentado el grado de comandante de las SS. (Eran fabulaciones imposibles, porque los gobernantes de Estados Unidos jamás habrían consentido que un nazi dirigiera los importantes trabajos aeroespaciales americanos. Caía por su propio peso que el profesor Von Braun se habría visto obligado a trabajar para los nazis, bien a su pesar, y que en cuanto tuvo oportunidad de colaborar con los americanos, lo hizo, naturalmente).

La historia de la Operación Paperclip continuaba con otras tramas más aventureras y sombrías, cercanas a la conspiración fabulosa y las fantásticas novelas de espías... Yo no puedo aclarar mucho al respecto: uno sabía lo que todo el mundo sabía. Y lo que todo el mundo sabía, fuera verdad o mentira, es que antes de que los aliados llegaran a la gran ciudad subterránea de Nordhausen, el profesor Von Braun y sus compañeros científicos huyeron a las montañas de Baviera. Yo no recuerdo todos los nombres, pero se citaba a un Werner o Walter Dornberger, a un Arthur Rudolph, a un Georg Rickney y muchos otros —seguramente entre ellos estaba Markus Buschwald-Weer también—. Se difundió el rumor de que todos o casi todos habían pertenecido a los cuadros de las SS o de la Wehrmacht o del Partido Nacionalsocialista, pero eso es improbable, me parece a mí. Los periódicos decían que se habían reunido en las montañas hasta cuarenta científicos especialistas en cohetes a reacción, físicos, químicos e ingenieros aeronáuticos, y que habían considerado la posibilidad de entregarse a los rusos; pero como muchos de aquellos científicos habían conocido la vengativa violencia de los soviéticos durante la frustrada Operación Barbarroja, al final optaron por entregarse a los americanos. Apenas habían transcurrido uno o dos días tras la noticia de la muerte de Hitler cuando el profesor Von Braun se entregó de buena gana a los americanos y presentó a su cohorte de camaradas científicos. A principios de mayo sería. Cuando Von Braun y sus compañeros se entregaron en Oberammergau —o algo parecido—, los americanos se llevaron una gran alegría, porque el profesor Von Braun encabezaba junto a Walter Werner la Lista Negra... Bueno, la Lista Negra era otra de aquellas invenciones fabulosas y novelescas: los periodistas más imaginativos aseguraban que se había elaborado una nómina de científicos alemanes a los que había que reclutar, detener o apresar, con el fin de impedir los avances técnicos de los alemanes y conseguir que trabajaran para los aliados. ¡Si sería mentira toda aquella trama que se decía que el escritor de novelas baratas de espías Ian Fleming había sido uno de los encargados de hacer la Lista Negra!

La leyenda de la Operación Paperclip giraba entonces hacia una novela de conspiración y confabulación: por ejemplo, mi amigo Doug decía que tanto los británicos como los americanos y los soviéticos habían procurado confiscar toda la información científica y habían tenido mucho cuidado de

que no se perdieran los documentos y los informes. Los rusos también consiguieron apropiarse de algunos científicos, pero fueron muchos menos que los que tuvieron la fortuna de volar a Estados Unidos.

Las habladurías decían que los americanos habían recibido con los brazos abiertos a todos los científicos, sin importarles que hubieran sido miembros de las SS, de la Wehrmacht o del Partido Nacionalsocialista. Pero, a poco que uno lea los periódicos, descubrirá que semejante traición era completamente imposible, porque el mismísimo presidente Truman dijo que en América no había sitio para los nazis y criminales de guerra.

La historia de la Operación Paperclip era el tipo de fabulaciones que se narraban en los programas de radio que seguramente le encantaban al coronel Du Picq, porque nadie podía creerse que los militares americanos no hubieran acatado las órdenes de su presidente, y era impensable que verdaderos criminales de guerra estuvieran ahora gozando de fama y una vida regalada en Estados Unidos.

En un programa de la BBC dijeron que al menos seiscientos científicos se habían trasladado a Estados Unidos al acabar la guerra; algunos fueron a Fort Strong, otros a Fort Bliss, o a White Sands, Luisiana, Wright Field, y otros lugares. Y como eran científicos fabulosos, a muchos de ellos se les ofrecieron buenos contratos, con el Pentágono, con las administraciones, en grandes empresas o en las universidades, y muchos de aquellos contratos eran verdaderamente generosos, porque favorecían la reunión con las familias y la protección ante ciertos grupos vengativos de judíos que al parecer recorrían el mundo asesinando a los alemanes expatriados, considerándolos criminales huidos de la justicia. Sobre esto también había historias tremendas, aunque supongo que la mayoría serían inventadas.

La fabulación novelesca insistía en que el profesor Von Braun había sido comandante de las SS y que todos o la mayoría de sus colegas científicos habían participado en las terribles masacres perpetradas por los nazis. Y para dar más verosimilitud a la historia, se inventaron a un conspirador llamado Walter o Carter Rozamus —un nombre inventado, desde luego— que supuestamente había enviado a varios comandos militares y de inteligencia a Alemania para que peinaran el país de norte a sur y de este a oeste con el fin de encontrar toda la documentación posible de los científicos acogidos en

Estados Unidos: esa documentación —dicen los fabuladores— tenía que destruirse o remitirse directamente al Pentágono. También había que rehacer informes y documentos de los archivos de Berlín, y allí donde se decía que Von Braun era un nazi declarado, debía borrarse y, por el contrario, apuntar que el famoso científico jamás estuvo de acuerdo con el Führer. Y donde se decía que tal o cual científico había pertenecido a las SS, debía decir otra cosa o nada en absoluto; y donde se apuntaban experimentos con humanos, o ejecuciones masivas en cámaras de gas, o se hablaba de grandes fosas comunes, u otros crímenes, debía utilizarse la tijera y el jabón, para que no quedara rastro de... bueno, y todas esas cosas que se cuentan en las novelas. De todos los informes relativos a los nazis, se decía, aquellos que tuvieran un *clip* en un lateral, esos debían «corregirse» y «limpiarse». Y por esa tontería se llamó Operación Paperclip. Como decía mi amigo Doug, ¡la gente nunca se cansa de inventar novelas!

A mí me parecía que el gobierno estadounidense no podía haber cometido semejante ignominia, dando cobijo, buenos trabajos y fama a los criminales nazis. Nadie podía creer que un gobierno que había entregado a miles de jóvenes en las playas de Normandía fuera a recibir con los brazos abiertos a los criminales contra los que lucharon aquellos pobres muchachos. Y si Von Braun, Strughold, Dornberger o Rudolph habían alcanzado fama y prestigio en Estados Unidos, sería porque lo merecían, y no porque el gobierno o los militares americanos hubieran urdido una conspiración, me parecía a mí.

Otra cosa bien distinta era que algunos criminales, como Markus Buschwald-Weer, se las hubieran arreglado para sortear la justicia internacional y siguieran cometiendo tropelías, desde sus escondrijos en países tropicales y montañosos.

Llegué por tanto a la conclusión de que Matt Mattison no estaba en Niza para *proteger* a Buschwald-Weer, sino probablemente para *detenerlo*, si es que llegaba a aparecer. La Agencia, con toda seguridad, tendría jugosos informes sobre ese criminal, aficionado a las antigüedades científicas y a asesinar a mujeres indefensas en países bálticos.

Cuando quedó probado que la botella de Laphroaig ya no tenía nada que ofrecer, me levanté tambaleante, apoyándome en la masa inerte del detective Opilion, y me pareció que las ideas y conexiones que se establecían en mi cerebro guardaban una lógica aplastante. Animado por el alcohol, me pregunté con cierta irritación por qué Laurine no me dejaba hablar en las reuniones sociales, cuando parecía evidente que yo también tenía alguna capacidad para la deducción, el juicio sensato y la meditada consideración...

En el ascensor que me transportaría hasta la quinta planta del Negresco, volví a reparar en la atroz circunstancia de que Markus Buschwald-Weer pudiera encontrarse cara a cara con el señor Levv o con Celeste; era improbable que el criminal los reconociera (él permaneció escondido durante la humillante ejecución de mujeres en el aserradero y mi amiga no era más que una niña en 1943), pero no era descartable que ellos sí lo reconocieran a él. Con un poco de fortuna, Matt Mattison conseguiría detener al indeseable nazi antes de que semejante desgracia ocurriera.

Ahora, mientras observaba mi rostro distorsionado en el espejo del ascensor, llegué a sospechar que la relación amistosa y cariñosa de Matt con Celeste podía guardar más relación con el deseo de *proteger* a una víctima del Holocausto que con una vulgar afición amorosa. Y lamenté haber pensado alguna vez con cierto egoísmo a propósito del bueno de Matt Mattison.

Antes de meterme en la cama, el maravilloso whisky ahumado de Laphroaig me abrió los ojos a una nueva y fascinante revelación.

«Vaya... Markus Buschwald-Weer: MBW Antiques. Qué poca imaginación». Y sonreí cuando pensé que... «ji, ji, ji...», mi amiga Ø le había birlado la *Uranographia Britannica* a aquel nazi criminal y lo había dejado con dos palmos de narices y sin los miles de libras que, además, pensaba esquilmar a la familia Levv.

«Eh, bien», me dije entre dientes, atacado por una risa estúpida e incontenible, cuando me derrumbé en la cama.

125. Alguien baila sobre tus vértebras lumbares

Con la cabeza a punto de estallar, hundida en las acogedoras almohadas de mi cama, me desperté sintiendo un notable peso en las vértebras lumbares. Al principio creí que me había quedado paralizado, porque aquel peso al final de la espalda apenas me permitía realizar ningún movimiento. Sentía también una gélida sensación más arriba, entre los omóplatos, como un escalofrío circular. El sabor ahumado del whisky Laphroaig se disolvía como gelatina en mi paladar y un terror pánico se adueñó de mí, incapaz de abrir los ojos, por si la luz diurna me hacía estallar el cerebro, o por si aquella parálisis que sentía en las vértebras lumbares y a lo largo de mis costados se verificaba hasta el punto de verme obligado a vivir en una cama de hospital o en una silla de ruedas lo que me quedaba de vida.

Me sorprendía, sin embargo, que aquel peso no fuera férreo ni rocoso, sino tiernamente blando y caliente, como si...

Cuando empezó a sonar la música del *tourne-disque* y los latidos de las sienes se acompasaron con los ritmos de aquella canción, entendí que Celeste se había subido a horcajadas sobre mi espalda y había puesto una bandeja cerámica con queso entre mis omóplatos. Respecto al queso, podría apostar —por su suave perfume— que era uno de aquellos perfumados quesos *comté* que enloquecían a Celeste, porque podía comerlo con galletas o tostadas. Y respecto a la canción... bueno, creo que era una de aquellas canciones de... un muchacho de Saint Louis, creo, al que habían detenido por un asunto feo de... bueno, no sé. El caso es que unas chirriantes pulsaciones de guitarra eléctrica daban paso a un sensual *twist* que Celeste se encargaba de ejecutar sobre mi espalda. Chick o Chuck o Check... o como se llamara aquel muchacho, hablaba de una pareja de jóvenes que se casan en el sur de Estados Unidos. Con Celeste encima comiendo queso y moviendo su trasero sobre mis vértebras lumbares al ritmo de un piano de club nocturno, no me quedó más

remedio que asistir a la historia de Pierre y su joven *mademoiselle*, que apenas tenían nada cuando comenzaron a vivir juntos y, al final, pudieron hacer un viaje a Nueva Orleans, donde se habían casado.

Celeste cantaba a voz en grito la peripecia sureña de Pierre y su *mademoiselle* (¡qué encanto!), ejercitándose en el movimiento de caderas y en la lengua francesa al mismo tiempo. Desde luego, el joven cantante tenía mucha razón: uno nunca sabe lo que va a suceder y el universo todo parecía girar en un caos impredecible: aquel muchacho de Saint Louis y Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque estaban en perfecta sintonía, aunque cada cual lo decía a su manera. Por ejemplo, yo jamás podría haber imaginado que una joven como Celeste pudiera disfrutar tanto bailando una canción en mi espalda y comiendo queso *comté*. (Según el cantante, cuando tuvieron un poco de dinero, Pierre y su *mademoiselle* se compraron un tocadiscos de alta fidelidad donde ponían a todo volumen discos de *rock, rhythm and jazz*, pero cuando se hacía de noche, el ritmo de las canciones se relajaba un tanto, y, bueno, según Celeste y aquel cantante, había que aceptar las cosas tal y como vinieran porque nunca se sabe: *c'est la vie!*)

Sí, eso dicen los viejos: que nunca se sabe.

126. Nudos gordianos

Celeste me dijo que el señor Vrillotte-Grandcroix, director de Babylone Enchères, se había presentado en la sala congestionado y con lágrimas en los ojos, y que, después de varios circunloquios, bienvenidas, disculpas, agradecimientos, excusas, permisos y reverencias, había confirmado que, efectivamente, tal y como se había anunciado en los medios de comunicación, no se subastaría la obra número 3, la *Uranographia Britannica* de John Bevis, que aparecía en el catálogo en la página 32. Según Celeste, dio algunas explicaciones que no convencieron a ninguno de los presentes, pero eso aparentemente tampoco incomodó a nadie, porque todos los entendidos sabían que tanto la casa de subastas como los propietarios habían estado negociando en privado y que la obra estaba destinada a una casa anticuaria de Londres por una notable cantidad de libras o francos suizos. Antes de dar comienzo a la subasta, el señor Vrillotte-Grandcroix elogió las piezas que se ponían a la venta y, a punto de llorar, volvió a disculparse durante otros diez minutos.

Aquel miércoles festivo la ciudad se desperezó soñolienta junto a un Mediterráneo tan apacible como azul. Los nicenses habían estado disfrutando la noche anterior en los restaurantes, las heladerías y las terrazas, y parecía que a esas horas de la mañana les costaba abandonar la cama. El Catorce de Julio había amanecido espléndido y, aunque la mayoría de los clientes del Negresco iban a bajar a desayunar muy tarde, los Levv y los empleados de Levv Antiques ya estaban en pie a las ocho, dispuestos a estudiar por última vez las piezas y a despejar las últimas dudas sobre las cantidades que iban a poner sobre la mesa por los diferentes lotes. Levv Antiques, desde luego, había mostrado su interés especialísimo por la *Uranographia*, pero los acontecimientos habían impedido que se llevara a cabo la adquisición, de modo que Celeste y su tío no tenían más remedio que conformarse con la

puja por un tratado de geometría antigua y los bocetos de Lovati-Hercolani; ambas piezas venían en lote con otros libros, algunas cartas, varias colecciones de dibujos del siglo XVIII, un manuscrito de poesía romántica y otras piezas, todas de un interés bastante relativo y de una calidad menor. Como Levv Antiques solo se dedicaba a las antigüedades en papel, era evidente que si pujaban por el camafeo ruso, la diadema otomana de esmeraldas o la mano helénica de una Victoria Katerini, ello se debía a encargos de anticuarios londinenses, con los cuales Levv tendría tratos, acuerdos, negocios o lo que fuera.

La subasta iba a comenzar a las diez de la mañana, pero los Levv y sus ayudantes abandonaron el hotel con mucha antelación. Después de ducharse en mi baño, muy temprano, Celeste pasó a vestirse a su habitación y me dijo que esperaba estar de regreso para cuando comenzara la recepción festiva del Catorce de Julio en el Negresco. Me habría gustado ver cómo era ese tipo de espectáculos, pero Celeste me convenció de que me quedara en el hotel porque iba a ser una subasta muy aburrida: lo único interesante era saber si podrían conseguir la diadema otomana de esmeraldas para un amigo del señor Levv y si alguien más pujaría por el tratado de geometría antigua.

«La geometría antigua puede tener interés», le dije sin mucha convicción.

Cuando volvió a pasar por mi habitación para marcharse —bueno, tenía la costumbre de salir por la puerta de mi *suite*, y a mí no me parecía que eso fuera raro—, Celeste iba vestida exactamente como una funcionaria del servicio administrativo del colegio de notarios y albaceas del Temple. Su traje azul marino, elegante, pero discretísimo, combinaba especialmente bien con un pañuelo anudado al cuello y el pelo recogido en una pulquérrima coleta.

«¿Estoy bien?», me preguntó al salir.

Luego, sin esperar una respuesta que conocía perfectamente, me sonrió como solo Celeste sabía sonreír y se fue.

En los periódicos del día, que llegaron con el té, los zumos, las tartas, los *croissants*, la mantequilla y las mermeladas preceptivas, se hacía previsión exhaustiva de la fiesta que iba a tener lugar en los diversos salones del Negresco y que se denominaba Recepción Oficial con mayúsculas y gran

boato. Los periodistas especializados hacían recuento de las personalidades que iban a asistir al *cocktail* matutino (que se servirá a las 13:00 horas): en letra negrita identifiqué de inmediato a mis amigas Mylène Demongeot y Brigitte Bardot. Se aseguraba que las hermanas Dorléac estarían presentes, y también se esperaba la asistencia de Tuesday Weld o Julie Christie, que estaban disfrutando de unas breves vacaciones en «nuestra querida Niza».

Naturalmente se citaba al señor alcalde, el verdadero rey de la Côte d'Azur, pero también a los representantes provinciales y regionales; y aunque estaba prevista la presencia de un ministro del gabinete de Georges Pompidou y varios diputados y senadores, además de algunos embajadores y cónsules costeros —incluidas las dos siamesas de Bangkok—, las grandes estrellas de la jornada serían el príncipe Rainiero y la adorada princesa Grace de Mónaco. En el diario, uno de los periodistas se había exaltado en sus elogios hasta tal punto que declaraba que si Grace Kelly era la princesa de Mónaco, también era la reina de Francia, lo cual resultaba un poco incoherente cuando se estaba celebrando la gran fiesta de la República. También se señalaban las ausencias, entre las que destacaban las de John y Cynthia, «dos jóvenes muy apreciados en la Riviera», la de Françoise Hardy y la de France Gall; Françoise Hardy se había convertido en el rostro de la República y fotógrafos, cineastas y modistos estaban rendidos a sus pies; France Gall, por su parte, había sido la última ganadora del prestigioso festival de Eurovisión, con una canción muy rítmica y moderna. Estas ausencias, según el periodista, eran más dolorosas que la del señor embajador de los Estados Unidos y la del cónsul indonesio en Marsella, porque estos diplomáticos no resultaban muy interesantes, mientras que al joven Lennon y a las estrellas de la música francesa, *mademoiselle* Hardy y *mademoiselle* Gall, se les idolatraba. Los diarios también hacían referencia a la decoración, al menú y al cuarteto de música de cámara que iba a acompañar a la diva italiana Marina Togliani, que declaró estar dispuesta a cantar varias arias operísticas.

Las celebraciones del Catorce de Julio, como fácilmente puede entenderse, no se concentraban solo en Le Negresco. También había un acto oficial en la Mairie, dos reivindicaciones políticas con sus correspondientes manifestaciones (una cerca del Jardín de Alsacia Lorena y otra en la Promenade du Paillon), un concierto público de la banda municipal de Niza

en el parque de Alberto I, una demostración de bailes y canciones regionales (el periodista había olvidado decir dónde y a qué hora, pero era previsible que el certamen tuviera lugar en el Palais des Expositions) y fuegos artificiales en la bahía a las once de la noche.

Cuando regresó Celeste —y eso sería tal vez a las doce del mediodía— yo estaba enfrascado en la titánica tarea de anudar la corbata de mi chaqué («Para la noche, frac; para el día, chaqué, querido», me había advertido Annemarie Brainbridge, dándome unos golpecitos con la mano en el hombro. Empezaba a creer que la visión de aquella blanca mano germánica me perseguiría hasta el fin de mis días). Celeste había devuelto a la tienda el chaqué negro que me había comprado y había encargado uno igual, pero gris. Tuve intención de preguntarle por qué lo había hecho, pero al final otras preocupaciones me lo impidieron. El encargado de la tienda me había enviado también una chistera, aunque yo no tenía ninguna intención de llevarla.

En una conversación ocasional, varios días antes, la menor de los Brainbridge había dicho que a nadie distinguido se le ocurriría llevar una corbata con un nudo Four in Hand en una ocasión como la recepción del Catorce de Julio. Y como no tenía ni la más mínima idea de cómo podían componerse otros nudos, había bajado a la biblioteca del Negresco y había buscado un libro de etiqueta donde se describieran otros nudos de corbata diferentes. (En la biblioteca no había nadie, a pesar de que en el hotel se hospedaban varios escritores e intelectuales de prestigio). Encontré al fin un libro, y cuando Celeste entró por la puerta, yo estaba en el baño debatiéndome entre la vida y la muerte con el imposible nudo Balthus, aunque previamente había intentado ya el nudo Christensen y el...

«Hola, Ny», dijo. «¿Dónde estás?».

Y oí cómo sus zapatos funcionariales rebotaban en el suelo de mi habitación tras un probable vuelo acrobático con varias piruetas mortales.

Intenté contestar, pero en esos momentos casi me encontraba sin respiración, y tuve que deshacer el maldito nudo para poder entablar una conversación racional con mi amiga.

«Aquí, Celeste...», pude farfullar, apenas sin aire.

«Ha sido una subasta espantosa», dijo.

Su voz se fue perdiendo a medida que se internaba en su propia habitación y comenzaba a desvestirse. Las angustias del señor Vrillotte-Grandcroix, director de Babylone Enchères, eran dignas de lástima, decía Celeste.

«Se me hace tarde, Nigel», dijo. «¿Me vas a dejar utilizar tu baño o no?».

«Sí, por supuesto...», y salí, casi asfixiado, para que Celeste pudiera utilizarlo.

Según mi amiga, la subasta había deprimido enormemente a su tío, y la adquisición del tratado de geometría y los bocetos de Lovati-Hercolani no había servido más que para recordarle que lo que verdaderamente quería era el atlas astronómico de John Bevis. Mientras me contaba las frustraciones de su tío y yo intentaba por enésima vez componer el maldito nudo de mi corbata, pensé que tal vez podría contarle al señor Levv lo que había averiguado por mi cuenta: que el propietario del mapa era en realidad Markus Buschwald-Weer, cuyas iniciales formaban el anagrama de su empresa de antigüedades (seguramente) robadas, MBW Antiques, y que una amiga mía perteneciente a la cúpula comunista de... bueno, eso se podía omitir... El caso es que yo sabía que el atlas de Bevis había sido robado y que ya no estaba en manos de Buschwald-Weer, y que ya nunca podría aprovecharse de la venta de objetos expoliados para enriquecerse... Si tenía que contarle a alguien mis averiguaciones...

«Todo ha sido un poco desangelado, después de lo que ocurrió con el Bevis...», dijo Celeste desde la ducha.

Si tenía que contarle a alguien mis averiguaciones, desde luego se las contaría al señor Artjoms Levv, y en ningún caso a Celeste: no me imaginaba con fuerzas y entrañas suficientes para explicarle a mi amiga cómo se había establecido aquella espantosa relación triangular existente entre el atlas astronómico *Uranographia Britannica*, el gueto de Riga y el criminal Markus Buschwald-Weer. Mientras oía la deliciosa voz de Celeste hablando en el baño, consideré que lo único que debía hacer era evitar que Artjoms Levv y Celeste se cruzaran con aquel hombre en el hotel. A juzgar por la actitud de Matt Mattison y las informaciones de Oreste Opilion, aquel indeseable seguramente se presentaría en el hotel muy pronto, tal vez ese mismo día...

Mi idea —y creo que era muy buena, para ser mía— era hablar cuanto antes con Matt —sin duda él lo sabía todo— y rogarle que detuviera al criminal nazi antes de que mis amigos se toparan con él o descubrieran su presencia en Niza. Lo que más temía era que el astrónomo hitleriano decidiera presentarse en el *cocktail*: eso sería...

«Celeste», dije, «¿tú sabes hacer el nudo Hanover?».

127. Elegancias negrescas

Cuando Celeste y yo bajamos al vestíbulo y, de acuerdo con las instrucciones de los ujieres y lacayos, se nos hubo asignado un salón, descubrimos que «reinaba en el ambiente la emoción de las grandes ocasiones». El cuarteto de música barroca del que hablaba el periódico se había convertido en toda una orquesta —prácticamente sinfónica, en mi opinión— que estaba animando la velada con una delicadeza y una sutileza singulares. Todas las estancias estaban decoradas con guirnaldas de laurel y con banderas y escarapelas y divisas tricolores. La señora Augier también había encargado grandes centros de flores, que embriagaban el escenario con aromas estivales, y todo estaba dispuesto con la mayor pulcritud y distinción.

Algunos minutos antes, en mi *suite*, Celeste y yo descubrimos que mi corbata se había doblado y redoblado tanto que al final se había roto. El señor Levv había tenido la amabilidad de prestarme una, aunque la combinación de colores anaranjados y amarillos con el tono de mi chaqué era más bien discutible. Por el contrario, Celeste estaba preciosa, con un vestido corto de un azul imposible, delicado y marítimo. ¡Me alegraba tanto ir a su lado, propiciando de este modo que su belleza y sus encantos resplandecieran aún más!

Cuando nos reunimos con nuestros amigos —algunos de ellos ya tenían una copa de champán en la mano—, las damas estuvieron varios minutos dedicándose elogios. No puede sorprender a nadie que Brigitte y Mylène fueran el centro de todas las atenciones; el vestido blanco de BB, con rosas plateadas en la espalda, estuvo a punto de causar una grave conmoción entre los representantes políticos locales, incapaces de apartar la mirada de aquellas caderas vertiginosas; Mylène, por su parte, llevaba un conjunto turquesa con unos lazos y unas puntillas que provocaron taquicardias en los hijos adolescentes de un cónsul oriental, seguramente de Birmania, Camboya,

Malasia o algún lugar de esas latitudes. Alexandra (Wescott) Brainbridge fue la encargada de halagar convenientemente a la señora Du Picq, y esta hizo lo propio con la señora Brainbridge. El pequeño Mark se entretenía con un álbum de cromos en las escaleras y Georgina no dejó de hacer monerías hasta que Celeste le hizo caso, le dio un abrazo y varios besos, y se asombró de lo preciosa que estaba con aquel vestido, etcétera. Annemarie, como era su costumbre, se había colgado de mi brazo apenas entré en el salón, y no pareció importarle mucho mi desastrosa resolución del asunto de la corbata. En el grupo de los caballeros, el coronel Du Picq parecía especialmente animado y, aunque el señor Levv revelaba las huellas de la gran decepción de la subasta matutina, no me cabía duda de que estaba dispuesto a disfrutar del maravilloso *cocktail* que Le Negresco nos tenía reservado. El profesor Brainbridge daba la impresión de estar totalmente restablecido de sus pasadas molestias y me saludó con su afabilidad habitual cuando me acerqué arrastrando conmigo a su hija menor.

Creí ver a Matt Mattison tras una columna: era evidente que no iba vestido para la ocasión, por mucho que se hubiera esforzado en adecentar un traje funcional bastante desastrado. Habría querido acercarme a él y, tras disculparme por las muchas dudas que su comportamiento había despertado en mí, agradecerle de todo corazón lo que estaba haciendo para proteger a Celeste de un repugnante encuentro con el miserable Markus Buschwald-Weer. Pensé que, con un poco de suerte, aquel indeseable llegaría a Niza después de que los Levv abandonaran la Riviera, a la mañana siguiente. Desde luego, yo no podía saberlo, pero seguramente Mattison sí tenía información al respecto y pensé que ya no debería preocuparme por ello. Al cabo de unos minutos, Matt volvió a su posición tras la columna y me resultó especialmente grato saludarlo con un gesto de complicidad; nunca fue muy alegre, así que comprendí que solo me devolviera un gesto con la barbilla. Si uno lee a escritores existencialistas, acaba por no disfrutar de la vida.

Se formó una pequeña algarabía en recepción y algunos de nosotros estiramos el cuello con la curiosidad de quien no está haciendo nada más importante. La causa de aquella ligera conmoción era la presencia de Violette, que regresaba al Negresco, ahora en calidad de «estrella rutilante». Venía con un vestido que anunciaba a los cuatro vientos su procedencia

parisina y su exorbitado precio. Se dijo que tenía el aspecto de rosa damascena llena de gotas de rocío, y en nuestro propio círculo se repitieron metáforas igualmente desafortunadas.

«Oh. Está bellísima...», dijo la señora Du Picq.

«Sí. Pero lo que hizo fue muy desagradable», replicó Annemarie. «¿No te parece, Mylène?».

«No lo recuerdo», contestó la actriz con una luminosa sonrisa.

En las distintas entradas del hotel estaban apostados los diversos miembros de la seguridad; sin embargo, Agnes Du y su reloj deambulaban casi distraídamente entre los invitados y en alguna ocasión la sorprendí con la mirada clavada en nuestro grupo de amigos.

Los miembros más discretos de la seguridad del hotel y de los servicios secretos de Mónaco —casi se presentía— se encontraban entre nosotros, pero el detective Oreste Opilion no parecía especialmente interesado en pasar desapercibido. Su cetácea figura se había desplomado en uno de los sillones del vestíbulo y a esas horas de la mañana ya estaba aferrado a un vaso de whisky, con el rostro congestionado y con la historia de los niños cocinados de Clermont-Ferrand hirviendo en su interior, a punto de reventar como una de esas *cocotte minute* capaces de cocer los alimentos en un suspiro.

Resultó extraño que las autoridades —perfectamente reconocibles por sus sonrisas de marionetas— salieran del Salón Versailles para dirigirse a la puerta, cuando apenas había comenzado el *cocktail*. La razón era, por supuesto, que se disponían a recibir a los príncipes de Mónaco. Algunos miembros de la seguridad se encargaron de apartarnos discretamente del camino que iban a emprender los soberanos, y al cabo de poco un rumor de admiración y veneración recorrió los salones del Negresco.

La pequeña comitiva monegasca —«¡Oooh!»— cruzó el vestíbulo despacio y majestuosamente. Con la polvorienta distinción de los Grimaldi, el príncipe Rainiero lucía un traje de apariencia militar, aunque no lo era en absoluto, y tanto sus medallas como la banda roja y blanca que le cruzaba el torso parecían un poco infantiles. Sin embargo, su bigote era sincero y su sonrisa, afable y confiada: era evidente que participaba en los

acontecimientos del Catorce de Julio porque quería obtener más prebendas para su pequeño principado y le convenía estar en buenas relaciones con los poderosos vecinos de Niza.

Por su parte, la princesa Grace ya no tenía el encanto y aquella distante y arrebatadora belleza que conocimos antaño. Había tenido tres hijos y su figura se había vuelto más matriarcal y menos cinematográfica; de todos modos, brillaba como la verdadera estrella que era y... la estrella... ¡La estrella...!

¡Tras sus pasos venía, amenazante, aquella espantosa mujer! ¡La condesa de Polignac! ¡Con su estrafalario cardado rubio y su marido conspirador! Cuando pasó a nuestro lado, Mylène me lanzó una mirada de complicidad.

La subasta frustrada, la historia de Celeste, la corbata, los expolios de obras de arte, la Operación Paperclip, los crímenes de la Alemania nazi y el temor de ver aparecer en el *cocktail* al mismísimo Markus Buschwald-Weer, impecablemente vestido con el traje que Hugo Boss diseñó para las SS, casi me habían hecho olvidar que aquella Antoinette de Polignac podía estar fraguando en aquellos instantes un crimen horrible. Como en un torbellino de imágenes sombrías, volví a recordar mi épica persecución por la ciudad, cuando seguí —con gran peligro de mi vida— los pasos de Armand *el Envenenador*. Con el transcurso de los días, y a pesar del escepticismo de...

«Oh, aquí está nuestro querido Lin Ni», dijo la señora Beatrix Villequeau, saludándome efusivamente. «Tengo una idea fabulosa para nuestro sagaz detective oriental...».

Con el transcurso de los días, y a pesar del escepticismo de Celeste, había echado raíces en mi cerebro la idea de que Armand *el Envenenador* sería el responsable de *acabar con la vida de la estrella* en los elegantes salones de Le Negresco y ante la mirada de toda la sociedad de la Riviera. Por supuesto, no podía saber si Agnes Du o los servicios secretos de Mónaco estaban al tanto de la conspiración, pero si tuviera que apostar, diría que ninguno de los presentes tenía la menor sospecha de que era Grace de Mónaco la víctima propiciatoria: la estrella que iba a apagarse en medio del lujo y el esplendor de la fiesta negresca del Catorce de Julio.

128. Una acción heroica y desesperada

En el Salón Versailles la orquesta interpretaba ligeras obras de pompa y circunstancia mientras las autoridades se presentaban, se saludaban, se reverenciaban, se halagaban y se agasajaban. Era previsible que aún transcurrieran unos minutos hasta que comenzaran los discursos, aunque en el programa solo se advertía de las palabras que iba a pronunciar una joven llamada Christine Affres, de la que se decía encarnaba la voluntad del pueblo nizardo tras haber sido elegida por su «belleza y distinción» en un concurso provincial; y después hablaría el señor alcalde, *le roi Jean*, que era el apelativo con el que se conocía al anciano Jean Médécin.

Por todas partes se veía el despliegue de las huestes de Patrick, portando bandejas de cócteles y bebidas refrescantes, copas de champán y delicadas y divertidas *brochettes* de frutas exóticas que hicieron las delicias de los niños y de algunas jóvenes que no toleraban bien los sofocos de la aglomeración social. Para hacer justicia a la señora Augier, hay que admitir que todo estaba resultando a las mil maravillas y, salvo cierta incomodidad debida a la gran cantidad de invitados, no había nada que objetar.

Poco antes de que comenzaran los discursos y los brindis vi a mi buen Patrick, vestido con la librea del Negresco y con todo lujo de galones y escarapelas, portando una lujosísima bandeja con siete copas; se acercó al grupo de personalidades y entregó la primera a la princesa Grace, con toda la solemnidad y elegancia que requiere semejante acto. Creo que nadie, salvo Mylène y yo, estuvo atento a ese detalle. El príncipe departía con el alcalde, y el alcalde con el ministro, el ministro con el cónsul, y el cónsul con el prefecto del departamento, y el prefecto con el agregado cultural de un país ártico, así que no pudieron verlo. Pero Mylène y yo sí lo vimos, y cruzamos una mirada de inteligencia, porque tal vez habíamos estado en lo cierto. Lo que ocurrió fue de una sutileza principesca: Grace de Mónaco cogió la copa

que le entregaba Patrick, depositada en una encantadora patena real, y le dedicó al camarero una pícara sonrisa apenas esbozada, pero nosotros vimos un brillo antiguo en su mirada; no podíamos vislumbrar el rostro de nuestro Patrick, al que observamos cuidadosamente mientras hacía una reverencia. Grace de Mónaco permaneció mirando a Patrick más de lo que convenía, desde luego, y después sus labios pronunciaron un *merci, monsieur* que, en opinión de mi amiga, podía significar cosas bien distintas.

«No sé qué pensar, *mon cher*», dijo Mylène.

«¿El qué? ¿El qué?», preguntó Annemarie, empeñada en no soltarme durante todo el *cocktail*.

«No es nada, querida», le contestó Mylène. «No sabemos si la pieza que está tocando la orquesta es de Strauss padre o Strauss hijo».

«Oh, mi papá seguro que lo sabe...», y milagrosamente se apartó de mí para buscar aquella información. Era difícil saber el porqué de aquellas urgencias, salvo que, como me susurró Celeste con un guiño burlón, la pobre Annemarie se estuviera desviviendo por complacer a un «domador de pulgas».

La reina de la belleza local, Christine Affres, a la que los periódicos calificaban como «la Marianne de los Alpes Marítimos», comenzó su discurso un poco titubeante. Lo leía en una hoja de cuaderno cuadrículada y tuvo dificultades para pronunciar de seguido algunas palabras, como *représentativité, départementalisation, machinalement* o *philanthropique*, pero en general su voz resultaba agradable y su brindis a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad fue saludado con vivas y hurras. La muchacha se sonrojó y luego fue a ocupar un lugar más discreto en la sala.

A continuación le correspondió el turno a *le roi Jean*, cuya salud parecía bastante deteriorada; se apoyaba en uno de los ediles y saludó a todas las autoridades con la solvencia que da toda una vida dedicada al servicio público. Si yo le entendí bien, dijo que la vida lo había sometido a durísimas pruebas a lo largo del siglo, y que había visto tanto dolor y tanto sufrimiento que ahora, a sus setenta y cinco años, se emocionaba al ver a los jóvenes disfrutando de una vida de paz y prosperidad como Europa no había conocido jamás. Entre otros argumentos que no llegué a comprender, distinguí su afirmación de que Niza era la ciudad más bella de Francia y algo sobre unas

berenjenas (*aubergines*), aunque seguramente entendí mal y se refería a otro asunto. Finalmente, dio las gracias a todos los asistentes, con especial cariño y dedicación a los príncipes de Mónaco, y luego brindó por Francia, exclamando tres veces «*Vive la France!*». Los vítores tuvieron un eco unánime en los distintos salones y todo el mundo puso cara de solemnidad cuando la orquesta empezó a tocar *La Marseillaise*. Entonces apareció en el estrado de nuevo la joven Christine Affres, ahora envuelta en una bandera tricolor, y comenzó a entonar de mala manera el himno, con un gallo estremecedor cuando exclamó «*Aux armes, citoyens!*»; por suerte, en la recepción había mayoría francesa y los ciudadanos formaron los batallones y marcharon, marcharon con la venerable intención de que la sangre impura regara los surcos de la noble Francia.

Todos aplaudimos generosamente la interpretación de la joven y de la orquesta, y hubo nuevos y sentidos vivas a Francia, a los Alpes Marítimos, a Niza, e incluso al Hôtel Le Negresco.

Nuevas formaciones castrenses de camareros recorrieron con eficacia los salones, ofreciendo más bebidas y refrigerios, copas de champán, martinis y nuevas y vistosas *brochettes* de frutas deliciosas. En las mesas se dispusieron abundantes bandejas con *macarons* especiales de brie, mousse de foie, tartaletas de manzana, quesos variadísimos y gustosísimos, unos bivalvos de nombre estafalario, hojaldres y hojaldritos, volovanes, *carpacci*, *kolokizokftedes*, crocantis y...

Entonces lo vi. Llevaba una «bandeja real» y parecía que estaba rodeando a un grupo de mujeres de mediana edad: cuando una de ellas quiso una copa de champán, él le indicó —eso creí entender— que no podía dársela, porque era champán especial para las autoridades. Pasó sin dificultad el portazgo de los hombres de seguridad que vigilaban la entrada al Salón Versalles, y lo vi avanzar con decisión criminal hacia su objetivo, que sonreía inocente en el pequeño estrado de autoridades, junto a su marido y el alcalde, entre otros.

Armand el Envenenador.

Armand el Envenenador, dispuesto a acabar con la vida de Grace de Mónaco ante la atenta mirada de la condesa de Polignac, cuyo cardado extraordinario lucía más maquiavélico que nunca. Incluso me pareció ver que

observaba de reojo a su servil mercenario mientras se acercaba, apartando a los invitados, directamente hacia su objetivo.

Detrás de mi esternón, y enredándose en mi esófago, la sangre me ardía, y mis manos comenzaron a temblar. Busqué a Celeste con la mirada, desesperadamente, pero ella, Mylène y Brigitte se estaban divirtiendo y riendo a carcajadas con dos caballeros con aspecto de Marcello Mastroianni; los Brainbridge conversaban con Artjoms Levv, y los Du Picq habían encontrado en los Villequeau unas víctimas muy generosas. La desesperación estaba empezando a abrir los poros de mi frente, que comenzaba a sudar copiosamente. Estaba tan seguro de que aquel envenenador iba a acabar con la vida de Grace de Mónaco que la escena festiva de aquel Catorce de Julio tenía para mí un aire de pesadilla; y en mi pesadilla, Grace de Mónaco caía herida de muerte por la ingestión de un veneno formidable, mientras todos mirábamos impotentes y aterrados.

«Dice mi papá que *la canción* era de Strauss hijo», me dijo Annemarie, que regresaba con la intención de aferrarse de nuevo a mi brazo.

«Oh. Claro, Annemarie. Discúlpame. Tengo algo que hacer...», le dije, apartándome de allí.

Me abrí paso, tan rápidamente como pude, hasta encontrar a Oreste Opilion, que se encontraba en una esquina del vestíbulo, varado como una morsa, resoplando sudoroso y, a esas alturas de la mañana, incapaz ya de sujetar su vaso de whisky.

«¡Oreste! ¡Oreste!», le susurré a gritos, «¡necesito entrar en el Salón Versalles!».

«Eeeeeeh, bien», farfulló. «*Tu me fais chier...!*».

«¡Oreste! ¡Tengo que entrar en el Salón Versalles! ¡Por favor!».

«Eh, bien...», masculló, dejando caer un hilillo de babas en su camisa. Luego le hizo una señal a uno de sus sicarios, y el joven me mostró con la mano el camino.

«Venga conmigo», dijo el escuálido muchacho, y cuando llegamos al portazgo indicó a los miembros de seguridad apostados a la entrada del salón que debían dejarme pasar.

«¿Quién lo ha dicho?», preguntó una voz conocida. Era Agnes Du, que jugueteaba con su reloj y me observaba con la convicción de que yo era su argelino inventado. «¿Para qué quiere entrar ahí, señor Balquhiddel-Kinloch?».

«Tengo que... Tengo que...».

Pero ya había perdido demasiado tiempo: Armand *el Envenenador* se acercaba irremisiblemente a su objetivo, impidiendo que nadie tocara sus copas de champán. Así que no me detuve a darle explicaciones a Agnes Du: simplemente avancé con decisión hacia el interior de la sala y me fui abriendo paso, casi a codazos, entre las personalidades que ocupaban la estancia de elegancia dieciochesca. Y como ocurre en las peores pesadillas, me percaté de que por más deprisa que caminara, no llegaría a tiempo. Armand *el Envenenador* estaba a punto de llegar al pequeño estrado donde se encontraba su víctima. En un extremo, la condesa de Polignac conversaba con un hombre ataviado como un córvido funesto, y pude distinguir cómo seguía con la mirada la copa de champán letal. La princesa, por su parte, conversaba con el prefecto, en quien se podía ver la devoción del cinéfilo que había visto una y mil veces las películas de Alfred Hitchcock en las que Grace Kelly intervino.

Armand no estaba más que a unos pasos de la princesa, así que tuve que correr. Y lo siento por aquella joven a la que le arranqué sin querer la rosa de tela que adornaba el final de su espalda, pero no podía detenerme: estaba en juego la vida de Grace de Mónaco.

«¡Detengan a ese hombre!», gritó Agnes Du desde la puerta, pero nadie sabía a quién se podía referir.

El miserable envenenador se dirigió sin más a la princesa y, utilizando la preceptiva patena del Negresco, le ofreció con servil reverencia la copa de champán. Ya la tenía en la mano la princesa cuando pude abalanzarme sobre el infame doctor Armand y, con un movimiento de agilidad lepidóptera, arrebatarse la copa a Su Alteza Serenísima. En medio de un grito generalizado, Grace de Mónaco soltó la copa y dio un paso atrás, junto con el prefecto, aún más asustado; yo caí sobre el envenenador, que derribó toda la bandeja con espantoso estrépito...

«¡Detengan a ese hombre! ¡Maldito idiota!», oí decir a Agnes Du.

129. Reflexiones particulares con gritos de fondo

La gendarmería de Niza tenía unas celdas provisionales en el sótano que, como puede suponerse, no ofrecían grandes comodidades. Apenas había cuatro pasos de un lado a otro y se podían contar seis hasta el murete que protegía la dudosa intimidad de un retrete, al fondo de la celda. Un banco de obra recorría ambos laterales y, frente al reo, una barrera de rejillas le recordaba lo triste de su estado. Había una colchoneta bastante sucia en el suelo y una manta gris que en ningún caso alcanzaría a cubrir siquiera el cuerpo de un niño.

«¡Mauditz anculés, relâch'z-moi!».

La mujer que ocupaba la celda de mi derecha no estaba de buen humor. No lo estuvo durante las veinticuatro horas que yo permanecí en la gendarmería: a medida que fue transcurriendo la tarde, la mujer se empeñó en dedicar a los gendarmes todo tipo de apelativos, en los que con frecuencia se hacía referencia a la profesión de sus madres y padres, y a sus prácticas y costumbres sexuales, y otras circunstancias parecidas. En otra celda estaba encerrado un joven que probablemente había bebido demasiado la víspera festiva y al que habían encontrado encaramado a una farola; seguramente estaba durmiendo la borrachera. Por algunas voces y gritos supe que también había ingresado en la gendarmería un hombre que había empujado a su mujer por unas escaleras y a una mujer argelina que había hecho una hoguera con todas las pertenencias de su marido cuando supo que este tenía uno o varios amantes.

«Salopes, enfoirés! Conne, lai'ez-moi travail'ah!».

Me dolía bastante el hombro izquierdo. Al empujar al doctor Armand, no pude apoyar la mano como hubiera deseado, y caí de mala manera sobre el hombro; era probable que la contusión me hubiera provocado un siniestro cardenal en la parte posterior, pero no podía verlo, aunque sentía un dolor

espeso y grueso en esa zona. La copa de champán que le arrebaté a la princesa Grace se quebró en mil pedazos cuando la estampé contra la pared, y aunque no eran muy profundos, tenía dos cortes en la mano que uno de los gendarmes, a su pesar y con desgana, me había vendado cuando llegamos a la comisaría. También me dolía bastante la cabeza, porque no pude evitar golpearme con el reposabrazos de un sillón luisalgo al caer.

«Merde, merde, merde em'merdant!».

Recuerdo perfectamente la mirada estupefacta de la princesa cuando me vio tendido en el suelo, enredado con un camarero, y con un fabuloso estropicio a nuestro alrededor. Su precioso vestido de encaje de color salmón tenía una gran salpicadura a la altura de la cadera. Varios guardaespaldas se la llevaron inmediatamente de allí, sacándola por una puerta trasera, y otro tanto hicieron con el príncipe Rainiero y otras autoridades. Hubo gritos y algunos empujones, pero Agnes Du comenzó a dirigir de inmediato las operaciones, y en menos de dos minutos me vi en un cuarto de limpieza, con las manos esposadas a la espalda y la cara aplastada contra la pared. Agnes Du me dijo cosas horribles y me preguntó varias veces qué se suponía que estaba haciendo.

«Putain, mais qu'est-ce que connard».

Mi elegante chaqué no cuadraba muy bien en aquella celda; y la iluminación de una triste bombilla protegida por una reja en la pared tampoco favorecía mucho mi estado. Durante la refriega había perdido un zapato y los gendarmes me habían obligado a quitarme la corbata, aduciendo que muchos desesperados intentaban quitarse la vida con las prendas de vestir... y que yo debía de estar muy desesperado si había intentado agredir a la princesa de Mónaco.

«Je vous emmerde!».

Pero yo no había intentado agredir a la princesa de Mónaco. Bien al contrario, estaba seguro de que había impedido que un médico criminal la envenenara. Aún me temblaban las manos cuando pensaba en la terrible escena que había protagonizado; me asombraba —como me asombré aquella noche en la explotación porcina de los Grant— haber podido hacer acopio de

tanta determinación y haber actuado con semejante virulencia. Un hombre que mata también puede salvar una vida, decía el poeta irlandés, aunque no sé si la cita es exacta.

«*Va vous faire enculer!*», gritaba desesperada la mujer, ya muy tarde.

A la una de la madrugada los gendarmes trajeron a un hombre y lo encerraron en la celda del fondo. Era un hombre común, vestido con ropa común, con un rostro común y un gesto común. Era imposible averiguar, por aquel aspecto común, qué delito común había cometido. Probablemente tenía una vida común, pero en la celda del final del pasillo tendría ocasión de rememorar su actuación delictiva, y quién sabe si se acordaría de su vida común y se arrepentiría de lo que hubiera hecho. Como yo.

130. En la cárcel siempre hace frío

A juzgar por los temblores que me atenazaban en aquella celda, habría jurado que el tiempo había cambiado de un modo dramático en las últimas horas y que el 15 de julio de 1965 amenazaba con una sorprendente e inesperada glaciación.

La noche transcurrió con infinita lentitud y en más de una ocasión me vi obligado a comprobar que mi reloj efectivamente funcionaba, porque después de consultarlo a las tres y veinte de la madrugada, cuando lo volví a mirar, casi dos horas después a mi entender, seguían siendo las tres y veinte de la madrugada.

La mujer que se había empeñado en difundir durante toda la tarde sus opiniones sobre los gendarmes y el cuerpo de la gendarmería en su totalidad estuvo durmiendo tres o cuatro horas, pero cuando se despertó, a las seis de la mañana, lo primero que hizo fue acordarse de unas hipotéticas prácticas sexuales de los gendarmes y sus progenitores.

Al muchacho que se había encaramado a una farola lo vinieron a buscar a primera hora; los efectos de lo que hubiera ingerido ya se le habían pasado y, con cara de estar diciendo la verdad, le aseguró al gendarme que no había mentado y que se subió a la farola porque todo el suelo de Niza estaba cubierto de serpientes rosas y azules, y que, además, en el campanario sonaba una bonita canción de... Las aventuras lisérgicas del muchacho no agradaron al hombre que había despeñado a su mujer por unas escaleras, y lo insultó desde su celda, como si haber ingerido LSD fuera un crimen más grave que el suyo. Respecto a los otros, la mujer argelina rezó en varias ocasiones: cuando yo entré, a media tarde, cuando el reloj indicaba que estaba anocheciendo, a media noche y a las seis de la mañana; cuando acababa sus oraciones —en

una lengua arábica o eso me parecía a mí—, lloraba un poco y luego llamaba «*cochon dégoûtant*» a su marido con bastante rencor; del hombre común no supe nada, salvo que tosió dos o tres veces, y de muy mala gana.

A las siete de la mañana, con las manos enrojecidas por el frío, con mis huesos recordando con precisión todos los dolores del hexaclorobenceno y convertido en larva sobre aquel escalón de ladrillo, lo único que deseaba era poder salir y comprarme varios abrigos, guantes y botas con forro para sobrellevar la glaciación que se estaba cerniendo sobre la Riviera francesa. Sin embargo, era difícil saber cuándo podría abandonar aquella mazmorra.

Los gendarmes que me sacaron del furgón policial, la tarde anterior, me aseguraron que nadie en Francia iba a trabajar «para mí» aquella tarde del Catorce de Julio, así que todo lo que hubiera que hacer se haría al día siguiente.

Y así fue. A las diez de la mañana del día 15 y en unas condiciones sanitarias e higiénicas deplorables, dos gendarmes me condujeron a la planta superior y me abandonaron, sin quitarme las esposas, en una sala pintada de blanco en la que no había más que una mesa y una silla; solo el zumbido de una lámpara fluorescente casi quemada rompía el silencio absoluto. «Podrían matarme aquí», pensé. Al cabo de diez o quince minutos, aunque puede que fueran dos o cuarenta y cinco, se abrió la puerta y entraron cinco personas. Uno de los gendarmes parecía decidido a interrogarme: se sentó frente a mí, sacó una libreta y comenzó a apuntar algo, aunque aún no me había preguntado nada. El otro gendarme se quedó custodiando la puerta. Las otras tres personas eran un miembro de la seguridad del Principado de Mónaco, como proclamaba claramente una especie de placa o documento brillante que le colgaba de su cinturón; un secretario de la Fiscalía, como anunciaba una acreditación excesiva que llevaba colgando sobre el pecho; y Agnes Du, del Service de Documentation Extérieure et de Contre-Espionnage (SDECE). Agnes Du y su compañero de Mónaco se colocaron a mi espalda, seguramente con la intención de hacerle señas al gendarme que me interrogaba. El ayudante del fiscal se apostó tras el interrogador.

«¿Cómo se llama usted?».

«Nigel Balquhider-Kinloch», contesté sinceramente, con toda la intención de colaborar con la policía y la justicia.

Todos los presentes intercambiaron miradas de desconfianza y el «capitán Tufier» —eso decía una pequeña identificación prendida en el bolsillo de su camisa azul— escribió algo en su cuaderno.

«Se lo voy a volver a preguntar. Procure decirme la verdad esta vez. ¿Cuál es su nombre?».

Entonces recordé que no me llamaba Nigel, que nunca me había llamado Nigel: solo era Nigel para Celeste, para Mylène, para Ø, para Brigitte, para los Brainbridge, para el coronel Du Picq y para el resto de personas que había conocido en Niza. Pero ese no era mi nombre. Ese Nigel ni siquiera era *realmente* yo.

«Linton Blint, señor», contesté.

«Bien. Eso está mejor. ¿De dónde es usted?».

«Soy inglés, señor. Vivo cerca de Oxford».

«¿Dónde está su esposa, señor Blint?».

«En Adís Abeba, señor. Tiene fuertes convicciones...».

«¿Con su tía?».

«Sí, señor. Su tía también tiene fuertes convicciones...».

«¿Qué tipo de convicciones?».

«Evangelizadoras».

«¿Y han ido a Adís Abeba?».

«Sí, señor. A evangelizar».

El capitán Tufier miró a sus acompañantes sin hacer ningún gesto concreto, y luego volvió a escribir algo en su cuaderno.

«Bien, señor Blint. Ese asunto de su esposa no es cosa nuestra, tendrá que aclararlo con el inspector Samuel Buckheader en Inglaterra. Están muy interesados en saber dónde se encuentra su esposa».

«Está en...».

«Ya, ya... En Adís Abeba, ya me lo ha dicho. Ahora, señor Blint, dígame qué pretendía atentando contra la princesa Grace de Mónaco».

«¡Pero yo no...! ¡Pero yo no...!»; con las manos esposadas a la espalda, apenas tenía capacidad pulmonar para indignarme. Intenté explicarles que Armand *el Envenenador* era el miserable sicario de la condesa de Polignac, cuyo mayor deseo, desde siempre, había sido apartar a la princesa Grac...

«¿Está acusando a Antoinette Grimaldi de intento de asesinato, señor?», dijo el representante de la seguridad monegasca, a mi espalda.

Me preguntaba, como me había ocurrido en otras tantas ocasiones, por qué lo que me parecía evidente e indiscutible en un momento de mi vida se tornaba ridículo al día siguiente. Las siluetas amenazadoras que nos aterrorizan por la noche no son más que la camisa y el pantalón abandonados sobre la silla, y los temores, angustias y sufrimientos de un día no son más que recuerdos vacíos al cabo de los años.

«¿Está acusando a Antoinette Grimaldi de intento de asesinato, señor?», repitió el representante monegasco.

«No, yo solo digo...».

Procuré explicarles bien todo lo que había ocurrido, y cómo el miserable Armand *el Envenenador* lo tenía todo dispuesto para acabar con la vida de *la estrella*. También les dije que los servicios secretos habían interceptado comunicaciones en las que se decía que había que acabar con *la estrella...* y que Agnes Du lo sabía perfectamente...

El capitán Tufier resopló y se recostó en la silla.

«¿Habló de esto con alguien?».

«No, señor».

Lo último que haría sería involucrar a Mylène o a Celeste en aquel asunto; y, de todos modos, ninguna de las dos sabía que mi intención era evitar el magnicidio del Negresco. En realidad, ni yo mismo lo sabía hasta que aquel arrebató me impulsó a cruzar el Salón Versailles y derribar al infame Armand.

«¿Kira Kerashimova no lo sabía?».

«No, señor».

«¿Y Sarah Weissberg?».

«¿Quién?».

El bolígrafo del capitán Tufier era de aquellos que tenían un pivote que permitía sacar y esconder la punta: el nerviosismo del gendarme se revelaba claramente en su manera de apretar el pivote una y otra vez, haciendo un ruido molesto, como el crotojar lejano de una cigüeña metálica en un campanario.

«El inspector Samuel Buckheadder nos ha dicho por teléfono que está usted recibiendo tratamiento psicológico, ¿es cierto?».

«Sí, señor. Con la doctora Val».

«¿Qué le ocurre?», preguntó el ayudante del fiscal.

«No entiendo bien... Tengo dificultades, señor».

«¿Es usted retrasado?», me preguntó el capitán Tufier.

El tubo fluorescente parpadeó y zumbó como un califórido común.

«Creo que sí, señor».

Supe que en aquel momento estaban evaluando mi situación, durante unos segundos, en silencio.

«Señor Blint, espere aquí», dijo el ayudante del fiscal, olvidando seguramente que estaba esposado y en una gendarmería, y que de ningún modo estaba en mi mano quedarme o marcharme. «Haré unas consultas y volveré para informarle».

Durante más de una hora estuve allí sentado, y aunque tenía mucha sed, no me atreví a pedir agua al gendarme que me vigilaba. Me preguntaba si Celeste vendría a buscarme, o si habría preguntado por mí. Era probable que, después de la frustración por no haber podido adquirir el atlas y la vergüenza de verme haciendo el ridículo tras un camarero envenenador, hubiera decidido evitar un encuentro... o una despedida que seguramente le resultaría muy incómoda. Y era aún más probable que el bueno de Matt Mattison le hubiera dicho al señor Levv que se esperaba la inmediata llegada de Markus Buschwald-Weer y que convenía sacar a Celeste del hotel cuanto antes. Así era: ya no tenían nada que hacer en Le Negresco; bastaba con que subieran a un avión, evitaran cruzarse en el vestíbulo con el nazi que había amargado sus existencias y olvidaran el fiasco de la *Uranographia Britannica* en Niza. Y eso era todo.

Puede que en esos momentos me sintiera un poco abandonado, pero ello se debía a los malos hábitos de las últimas semanas: los Du Picq, los Brainbridge, Mylène, Violette, Celeste y todos los demás habían sido tan amables conmigo que notaba agudamente su ausencia; eran sentimientos muy desagradables y a los que no estaba acostumbrado: como nunca se me había tenido en cuenta, jamás había lamentado que se dejara de contar conmigo, y ese me parecía mi estado natural, en el que me encontraba cómodo y

felizmente apático. Todas aquellas personas —conforme a los usos habituales — habían procurado excitar en mí los sentimientos de amistad, amor, cariño, simpatía y comprensión, pero cuando llegó el momento apropiado, confirmaron lo que siempre había sospechado de esas repugnantes emociones que...

«Muy bien, señor Blint», dijo el ayudante del fiscal, que entró de nuevo en la sala, esta vez solo con Agnes Du. Luego se sentó y me presentó unos papeles que debía firmar. «Dada su... bueno, dado su... Teniendo en cuenta su condición intelectual..., digamos, el principado renuncia a interponer una demanda. Esa ha sido nuestra recomendación: es una mala publicidad demandar a una persona con... a una persona como usted. Naturalmente... en fin, nosotros no podemos pasar por alto una agresión de este tipo. El juez dice que si firma esta declaración y paga una multa de 3.000 francos, por un delito de lesiones contra el señor Armand Heelé, puede marcharse; si no puede pagar la multa, ingresará en prisión preventiva, se le asignará un abogado de oficio si no puede pagarse uno y habrá vista oral en su momento; luego se tomará la resolución que se considere oportuna. De tres meses a tres años».

«Creo que sí podré...», dije titubeando, aunque sabía que en mi cuenta de la Société Générale había dinero para pagar mil veces esa cantidad.

«Muy bien», dijo el ayudante del fiscal, feliz y contento de haber resuelto con tanta celeridad el incómodo asunto de la agresión a la princesa Grace de Mónaco. Seguramente aquella misma noche, cuando le explicara el caso a su novia o a su esposa, le diría que afortunadamente el agresor no era un terrorista ni un psicópata, sino un pobre majadero que creía en conspiraciones absurdas y envenenamientos. Siempre es fantástico que las personas que causan incomodidades sean pobres majaderos; de lo contrario, las incomodidades revelarían verdaderos problemas que habría que solucionar. «Yo ya he acabado aquí. Suerte, señor Blint».

«Aún hay algo más», dijo entonces Agnes Du.

Se sentó frente a mí y comenzó a jugar con su reloj, en silencio, hasta que el ayudante del fiscal hubo abandonado la sala. Me asombraba la habilidad que tenía con los dedos y cómo era capaz de conseguir que el diminuto reloj recorriera todos los recovecos de sus manos con la agilidad de

un pequeño ratón; la cadena era como una sensual serpiente de oro, deslizándose con elegancia viperina entre las falanges de los dedos y anudándose en su muñeca.

«Señor Blint... Yo también creo que es usted un estúpido», dijo, como si fuera una opinión consultada y consensuada con el resto del mundo. «Pero no sé si es tan estúpido como para colaborar con Kira Kerashimova en el robo de un atlas astronómico o cooperar de algún modo en los crímenes de Sarah Weissberg. No me extrañaría que una y otra le hubieran utilizado, señor Blint. Pero tampoco me parecería raro que, en su estupidez, hubiera participado de buena gana en sus delitos».

Agnes Du se inclinó hacia delante, clavándome la mirada como quien advierte de una amenaza implacable.

«Señor Blint: si paga la multa y queda en libertad, tiene veinticuatro horas para abandonar Francia. Digamos que se trata de una *recomendación extrajudicial*».

Puso en pie su hermosa figura parisina y guardó el reloj. Creo que me observó con la mirada de un herpetólogo, dudando si debía considerarme una rana inofensiva o una peligrosa cobra venenosa.

De repente, como impulsado por una terrible sospecha, le pregunté:

«¿Quién es Sarah Weissberg, señorita Du?».

La agente del Service de Documentation Extérieure se quedó petrificada, de pie, delante de mí, al otro lado de la mesa. Y entonces, con una habilidad singular y una fuerza inconcebible, me despachó una bofetada colosal. Mi oído izquierdo comenzó a hacer ruidos extraños y un pitido agudísimo amenazó con perforarme el cerebro. Luego sentí un ardiente calor desde la sien a la comisura de los labios y un leve desvanecimiento, como cuando caían las bombas del *blitz* en Londres.

131. Tragedias inesperadas

Tuve que apoyarme en la pared del pasillo, acosado por los mareos y los desvanecimientos, y por esa razón no me dio tiempo siquiera a llegar a un baño, y vomité junto a la escalera.

Oreste Opilion estaba a mi lado, y me tendió su vaso de whisky. «Toma, bébete esto, muchacho, *eh, bien*».

«Dios mío, Dios mío...».

«Bébetelo whisky, *gosse*, o no podrás resistirlo. Hazme caso».

Oreste Opilion había visto los huesos de niños cocidos en un monasterio y sabía cuál era la medicina para poder olvidar los espantos de su profesión.

«Dios mío, pero ¿cómo es posible...? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Quién...?». No pude terminar de expresar mis asombradas preguntas, porque una náusea espantosa me revolvió el estómago al recordar lo que había visto.

Curiosamente, cuando salí de la gendarmería —y no serían más de las doce del mediodía— me sorprendió una mañana radiante y luminosa. Era extraño, porque ya me había hecho a la idea de que las lenguas de los glaciares árticos avanzarían por las calles de Niza y en el Mediterráneo flotarían grandes icebergs. Seguramente eso era lo que me ocurría a menudo: que mi cerebro destartado acababa dando por ciertas mis imaginaciones, por muy necias y absurdas que pudieran ser. Bajé directamente hasta el paseo y me senté en un banco, al sol, para que se calentaran mis huesos y mis manos, para sentir el aire salado en los pulmones y para que mis ojos se llenaran de los resplandores de aquel mar. Era el momento de disfrutar del aire limpio y perfecto de Niza, del suave trazo de su costa, del verdor de la colina del castillo, y de la ciudad vieja y amarilla que dormitaba recostada en sus laderas.

¡Celeste!

¡Puede que aún no hubiera abandonado el hotel! ¡Si me apuraba, aún podría encontrarla haciendo las maletas! ¡Le pediría perdón por el bochorno que seguramente habría pasado por mi culpa! ¡Tal vez en el hotel podrían conseguirme una plaza en su mismo avión! ¡Volaríamos juntos a Londres! ¡Pasaríamos juntos las angustias de la estratosfera! ¡Y recordaríamos nuestras vacaciones astronómicas de Niza! ¡Nada me importaba, excepto estar con ella para siempre...! Si me apuraba...

Cuando llegué a las inmediaciones del Negresco me sorprendió la cantidad de gendarmes que montaban guardia en las esquinas; además, dos furgones policiales impedían el paso por las calles Rivoli y Cronstadt. Había varios vehículos más, todos pertenecientes a la policía, dos ambulancias y tres coches fúnebres. Aquel espectáculo resultaba sobrecogedor, pero me parecía excesivo que mi estúpido ataque del día anterior a un camarero (por muy envenenador que fuera) pudiera alertar a las autoridades hasta semejante extremo.

«Me hospedo aquí». Tuve que repetírselo tres veces al gendarme de la puerta, cuyas sospechas se centraban sobre todo en mi desastrado aspecto: un chaqué arrugado y sucio, una mano herida, un golpe en la cabeza, un pie descalzo, la tremenda huella de un bofetón en la cara... Una de las empleadas del hotel, desde la recepción, advirtió al gendarme que efectivamente yo residía en el hotel, aunque al entregarme la llave de la *suite* me miró con gran desaprobación, recriminándome con la mirada que hubiera estropeado la bonita recepción principesca abordando a un camarero y derribándolo como si el Salón Versalles fuera el Stade des Arboras y yo uno de los fornidos defensas de Les Aigles.

Dos gendarmes más protegían los ascensores y me rogaron que subiera por las escaleras.

«Lamentamos que se hospede en la quinta planta, señor. Pero hoy no se pueden utilizar los ascensores».

Cuando llegué, exhausto, a la tercera planta, vi la cetácea figura de Oreste Opilion, sudorosa y apoyada en la pared. El devastado detective ya había comenzado su infatigable *gymkhana* alcohólica y tenía en la mano uno de aquellos vasos largos, tan de moda entonces, repleto de líquido ambarino.

Había otros seis o siete gendarmes, y desde luego no pude dejar de ver la implacable figura de Warsama, el ayudante de Agnes Du, a quien las chicas —entre la desvergüenza y el pudor— llamaban «el Nubio Imponente». Warsama se había plantado en el quicio de una puerta y su formidable figura impedía el paso; dentro había bastante revuelo, con algunos miembros de la gendarmería, policías forenses y varios médicos y enfermeras.

«¿Qué ocurre ahí...?», le pregunté a Oreste.

El detective se encogió de hombros.

Me fijé en el número de la *suite*, la 312, pero no sabía quién la ocupaba... Entre el formidable cuerpo del agente Warsama y la jamba de la doble puerta pude ver una delicada mano blanca tendida sobre la moqueta de la habitación. Una oleada de sangre helada me congestionó las sienes, porque yo conocía perfectamente aquella mano, pálida y muerta: era la mano que tantas veces, tantas indiscretas veces, se había aferrado a mi brazo, o me había dado golpecitos de advertencia y consejo, o se había posado en mi antebrazo con amistosa confianza... Era la mano de la joven Annemarie Brainbridge.

No acertaba a imaginar qué podría haber ocurrido para que Annemarie estuviera allí tendida, probablemente desfallecida o...

«No puede pasar, señor», me dijo Warsama cuando intenté asomarme.

«¿Pero qué...?».

«Es mejor que no lo vea, señor».

«Pero... esa joven era mi amiga...», dije, esquivando la mole del agente para intentar descubrir qué...

¡Qué horror! Annemarie estaba tendida junto a un sillón, con los ojos abiertos y una espantosa herida en el cuello; su cuerpo yacía en un charco de sangre negra. El rostro de estupefacción de Annemarie me conmocionó: era como si no pudiera creer que la muerte ya había llegado para ella y que el final de su vida era ese preciso momento.

«¿Pero cómo es posible...? ¿Quién ha podido...?».

Pero al apoyarme en la otra jamba, casi desvanecido, y aturdido, pude ver a Matt Mattison recostado en un sillón, con las piernas estiradas, las manos inertes a ambos lados y la cabeza tendida hacia atrás, y con varias manchas negras en su funcional camisa blanca de Langley.

«¡Dios mío! ¡Es Matt!», exclamé. «¡Déjeme ayudarlo! ¡Está malherido!».

En ese momento Warsama tuvo que apartarse para dejar salir a dos agentes forenses que venían con los guantes empapados en sangre, y aproveché para dar dos pasos en el interior de la *suite*.

«Señor, le he dicho que no puede pasar...».

La habitación comenzó a oscilar de un lado a otro, pero sin ceñirse a ningún patrón ni modelo; conseguí apoyarme en el poderoso brazo de Warsama, y solo su compasión y su fortaleza me permitieron mantener el equilibrio ante aquel horror.

Junto a la ventana francesa de la gran terraza estaban los cadáveres ensangrentados de Alexandra (Brainbridge) y su marido, Tom Wescott; dos forenses y una joven con indumentaria hospitalaria se encontraban arrodillados junto a la joven pareja. Alexandra había perdido uno de los zapatos. Desde donde me encontraba no podía distinguir cómo habían sido asesinados. En uno de los sofás del saloncito estaba la señora Brainbridge: cualquiera podría haber dicho que estaba descansando plácidamente, si no fuera porque tenía una feroz cuchillada en el cuello que la convertía en una marioneta abandonada. El espanto se convirtió en náusea cuando vi al joven Mark, arrojado de cualquier manera junto al paragüero, con la cabeza descoyuntada, y con un fuerte golpe en la sien; la sábana que algún sanitario caritativo y descuidado le había tendido por encima no impedía verlo claramente; Rhonda, la enfermera del hotel, estaba arrodillada a su lado. Un poco más allá se veían los pies de Georgina, con sus zapatos de charol rojo y sus calcetines blancos. El resto del cuerpo estaba en el baño y, gracias a Dios, no podía verlo desde donde me encontraba. En ese momento salió del baño un hombre con una bolsa y preferí no imaginar qué llevaba dentro.

Finalmente, al fondo de la estancia, tras unas puertas correderas que permanecían abiertas, colgaba de la lámpara el cadáver del profesor Brainbridge; tenía espantosas heridas negras en el cuello, y en el pecho, y en las piernas. Estaba desnudo y sobre la cama había un horroroso charco de sangre seca. Encaramados a una escalera, dos gendarmes intentaban desatar el nudo de la soga en la que estaba colgado.

«Señor», me dijo Warsama casi como una súplica, «le advertí que era mejor que no pasara...».

Salí tambaleándome de la *suite* y fui a apoyarme en la pared del pasillo; fue entonces cuando hubiera querido llegar a un baño, pero las náuseas me atenazaron el estómago y vomité junto a la escalera. El detective Oreste Opilion me tendió su vaso de alcohol, pero en esos momentos habría preferido beber cicuta.

«¡Han decapitado a Georgina, por Dios...! ¿Cómo...?».

Me senté en las escaleras, junto a mi propio vómito, y entonces comenzó a perforar mis tímpanos un sonido uniforme y agudo, la visión se me enturbió y ya no supe más.

132. Todos estuvimos enamorados de Sarah

Cuando desperté, en mi propia habitación, Oreste Opilion estaba dando buena cuenta de los suministros alcohólicos de mi mueble bar. Me incorporé a duras penas en la cama e instintivamente me llevé la mano a la cabeza, porque un dolor sordo y grumoso parecía colgarme de la sien derecha.

«*Eh, bien. Se cayó por las escaleras, Nigel*».

Quise farfullar que ya no me llamaba Nigel, sino Linton, pero consideré que a aquel borracho no le podía importar demasiado ese detalle.

Me habría gustado poder levantarme para ir al baño y refrescarme la cara, e incluso meterme en la ducha para quitarme de encima toda una noche de calabozos árticos, sudores helados, bofetadas humillantes, la espantosa visión de la carnicería de los Brainbridge y el dolor de cabeza que amenazaba con volarme el cráneo.

Oreste Opilion se derrumbó en uno de los sillones, junto a la falsa chimenea, y agitó su vaso largo lleno de hielo y whisky. Pero no me importaba mucho lo que aquel monstruo marino pudiera hacer... Apenas le agradecía que me hubiera rescatado y me hubiera trasladado a mi habitación, aunque dudo que lo hubiera hecho por sí mismo. Apoyándome en la cama, las sillas, los sofás y las mesas conseguí llegar hasta la doble puerta corredera que separaba mi habitación de la de Celeste. Intenté abrirla, pero fue imposible.

«*Mon petit oiseau a pris sa volée, mon petit oiseau a pris sa volée!*», canturreó Oreste con voz cavernosa.

¿Qué quería decir aquel estúpido al entonar esa cancioncilla infantil? ¿Qué derecho tenía, me pregunté, a inmiscuirse de ese modo grosero en la relación personal y privada que yo mantenía con Celeste? Y, de todos modos, ¿qué hacía aquel hombre en mi habitación, bebiéndose mi whisky y burlándose de mí con tonadas de niños? Tal vez podría darle las gracias por

haberme subido a mi habitación, o más bien por ordenar a *alguien* que me subiera a la habitación, pero ¿no sería mejor que se largara y me dejara a solas con la locura y el caos que ahora reinaban en mi cabeza?

«Así que... bueno... resulta que finalmente Boumedah *el Carnicero* sí existía... ¡Qué horror!», murmuré para mi camisa mientras me dejaba caer en un sillón, en lo más oscuro de la estancia.

Oí el tintinear de los hielos en el vaso de Oreste y su risa arenosa, apenas esbozada, seguramente por temor a la congestión y la asfixia.

«No, *mon ami...* he he he... Boumedah *el Argelino* nunca existió... he he he...».

Claro que existió, pensé. Los Brainbridge habían muerto del mismo modo espantoso que aquellas buenas gentes de Grasse, Fréjus, Vence y Le Cannet. Durante todo el verano había estado leyendo cómo se habían cometido esas carnicerías, y lo que había podido presenciar dos plantas más abajo era exactamente lo mismo que describían los periódicos: una carnicería cruel y espantosa.

«Me pregunto por qué ese asesino eligió a los Brainbridge...».

Cuando vi que el detective cetáceo se levantaba y depositaba con desgana su vaso en una mesita baja, imaginé que por fin me libraría de él. Así podría quedarme con mis pensamientos y decidir qué era lo que había ocurrido y por qué..., pero Oreste Opilion enderezó sus enormes pantalones, se sacudió de migas y caspa la chaqueta del traje y se adelantó unos pasos hasta colocarse delante de mí.

«Mr. BSG», dijo.

«¿Qué?»

«Lo sabían. Lo sabían, pero no hicieron nada...», dijo Oreste, apartando las solapas de su chaqueta marrón, enlazando sus salchichescos pulgares en los tirantes y dejando ver dos enormes cercos de sudor en torno a sus axilas. «Habían interceptado la conversación adecuada: alguien intentaría acabar con la estrella BSG, la estrella supergigante azul. ¿No es un fabuloso nombre en clave para un astrónomo al que hay que proteger? *He, he, he...* Bueno, en la Agencia no se estrujan el cerebro para esas cosas... Mattison debería habérselo contado a todo el mundo, pero... *eh, bien*, tenía buenas razones para

no hacerlo. Le encomendaron *proteger* a Mr. Blue SuperGiant Star y eso era lo que hacía. Un hombre importante, un hombre importante. ¿Conoce usted el programa Corona? Ah, los satélites de la Agencia. *Eh, bien*, la Agencia, bah».

«¿Ese Mr. Star era... el profesor Brainbridge?».

«¿Qué profesor Brainbridge?», preguntó extrañado. «¡Ah...! ¡El profesor Brainbridge! Bueno, él tampoco fue muy imaginativo en su momento. Cuando al astrónomo y oficial de las SS Markus Buschwald-Weer le ofrecieron cambiar de nombre en Estados Unidos, no se le ocurrió otra cosa que adoptar el nombre de un astrónomo del siglo XVII. *Eh, bien!* No soy experto en astronomía, pero creo que el verdadero Brainbridge descubrió un cometa o algo parecido...».

Era imposible.

Era mentira.

Era falso.

Si ese John Brainbridge hubiera existido realmente y hubiera sido el nombre de un astrónomo famoso, mi maestro Bénédicte-Antoine Moullet de Riveranque lo habría citado en algún momento... En ese momento me confesé que había seguido un método peculiar en la lectura de la *Astronómica*: algunos párrafos eran tan amenos y curiosos que me había detenido en ellos y había remoloneado en sus páginas, e incluso los había leído y releído mil veces, como aquel de los días inexistentes; en cambio, otras narraciones eran prolijas y farragosas, y las había dejado por imposibles, sin que ello me causara mayores remordimientos. Pero si John Brainbridge había sido un personaje real, por fuerza aparecería en el índice onomástico de la *Astronómica*. A duras penas conseguí levantarme y llegar hasta la mesa donde solía dejar mi guía espiritual de aquel verano...

Busqué en el índice... «BRAINBRIDGE, John (15821643) – Autor de *Una descripción astronómica del último cometa* (1619)». Aturdido y espantado, avergonzado de mi propia estupidez, de mi ignorancia y de mi torpeza, estuve a punto de caer al suelo... No podía creer que aquel detective alcoholizado me estuviera desvelando que había vivido en un teatrillo de marionetas durante todo el verano.

«El profesor Buschwald-Weer, *oh, bien*, el profesor Brainbridge, era una persona muy culta y muy intelectual... eso ya lo sabe, ¿verdad?, *monsieur le directeur* del programa Corona de satélites espía de la Agencia, y por eso le gustaba tener tesoros como la *Uranographia Britannica* en su casa de anticuarios de Zúrich, MBW Antiques...».

En ese momento tenía dolores ácidos en la tráquea, en la columna vertebral y también en la garganta y el esófago, y aunque no podía suplicar un vaso de agua, sabía que mi vida corría peligro si no ingería pronto algún líquido. Me dolía mucho el golpe de la cabeza, la mano me había empezado a sangrar de nuevo y tenía prácticamente paralizada la pierna izquierda...

«Cuando comenzaron las denuncias contra el expolio nazi de obras de arte, hace unos años, Buschwald-Weer decidió vender algunos de sus tesoros. O los vendía o se los arrebataban de nuevo los jueces y los judíos. *He, he, he...* El año pasado vendió en París un pequeño cuadro de un Axentowicz (o Atenxowicz, no recuerdo) por más de cincuenta mil francos, *bien sûr*. También subastó otras obras en Ginebra hace dos o tres años, y este mismo invierno... Bueno, *n'importe pas*. Su joya era la *Uranographia*. *He he he...* Y estaba seguro de que conseguiría tantos francos suizos que podría llenar varias piscinas olímpicas con lo que... *Eh, bien, l'avarice perd tout en voulant tout gagner, mon ami*. Pero usted ya sabe qué ocurrió con la *Uranographia*, ¿verdad? ¿Sabía usted todo esto y lo compartió con Kira Kerashimova? La señorita Agnes Du cree que sí. A mí me trae sin cuidado. En realidad, me alegra que esa zorra comunista le birlara el atlas a Buschwald-Weer...».

En ese momento comenzó a temblarme la mano izquierda. Fue entonces, estoy seguro, y desde ese instante he tenido ese incómodo temblor que apenas me permite... pero eso no importa ahora. A medida que el detective Oreste Opilion iba retirando los decorados de cartón piedra de mi vida en Niza, también se iban derrumbando todos los pilares que sustentaban mi pura existencia.

«Pensándolo bien, ¿en manos de quién debería estar esa magnífica obra, *mon ami*? ¿En manos de un criminal nazi, en manos de los comunistas de Berlín, o en manos de los *nokmim*?».

«El señor Levv iba a comprarla...».

El detective comenzó a reírse, esta vez a carcajadas y sin ninguna precaución, y pensé que aquellos espasmos seguramente acabarían por matarlo.

«*He he he... Bien, bien, bien. Tu es né le 1^{er} avril. Mon cher...* Mi querido muchacho: el señor Artjoms Levv, Lucille Øorund, el profesor John Brainbridge y Nigel Balquhidder-Kinloch están tomando un martini en las terrazas del casino. ¡Ho ho ho...!».

«¿Pero qué...?»

¿Pero qué clase de farsa era aquella? Parecía uno de aquellos dramas románticos que programaban en la BBC y que tanto le gustaban a mi pobre Laurine: en aquellas obras nadie era quien decía ser y todo se resolvía con un giro estúpido del destino y una sucesión de absurdas anagnórisis. Mi vida estaba llena de gusanos que se transformaban en polillas moribundas y polillas moribundas que ponían huevos para nuevos y famélicos gusanos.

«*Eh, bien,* el profesor Brainbridge estaba haciendo un trabajo maravilloso con Von Braun y no debería haber venido. Lo sabían, lo sabían. Un hombre importante: ¿entonces no sabe usted nada de los satélites KH Corona? Están volando por ahí arriba, espionando a los rusos. La Agencia lo sabía, y se lo advirtieron, *mais oui, eh bien,* se lo advirtieron: “Los soldados de Abba Kovner están actuando en Francia, están en Francia...”. El SDECE se inventó a Boumedah *el Argelino*, pero las matanzas de Le Cannet, Fréjus, Vence y Grasse fueron muy reales, y Agnes Du sabía que habían sido obra de los soldados de Abba Kovner: Agnes Du lo sabía. *Mais oui!!! C’est l’évidence même!* Solo había que husmear en unos cuantos registros para saber que todas esas personas asesinadas habían sido miembros de la administración de Hitler, o habían pertenecido al Partido, o habían sido oficiales de las SS o del SD o de la Gestapo, o habían trabajado en los campos de exterminio o...».

Intenté que mi mano izquierda temblara menos y la sujeté con la derecha, al tiempo que me volvía hacia la terraza para impedir que aquel bufón desvelador de verdades pudiera burlarse impunemente de mi ignorancia y mi perfecta estupidez.

En aquella época todo el mundo sabía quién había sido Abba Kovner y qué había hecho y cuál era su herencia. Su nombre se había convertido en leyenda porque, después de combatir como partisano a los alemanes en los países bálticos, se le consideraba un héroe de la resistencia. Él y sus amigos eran expertos en el sabotaje y el asesinato, pero todos sus actos habían hervido en el fuego de la venganza contra los nazis. Cuando terminó la guerra —esto era lo que se decía en los periódicos—, Kovner había organizado una especie de comando terrorista llamado Nakam, que es «venganza» en la lengua hebrea. Muchos hombres y mujeres se unieron a él: intentaron emponzoñar las aguas de muchas ciudades alemanas para acabar con una población que había cerrado los ojos ante tanto crimen, envenenaron con arsénico el pan de la cárcel de Langwasser en Núremberg para acabar con la vida de los encausados, atacaron y asesinaron a muchos nazis que habían conseguido sortear las garras de la justicia y... No todos los judíos eran partidarios de este modo de actuar, y el propio Kovner, al final, o eso se ha dado a entender, ha abandonado su lucha, se ha refugiado en el nuevo país de Israel y se ha entregado a la poesía. Sin embargo, todo el mundo sabía que, aparte de los propios servicios secretos de Israel, dedicados a buscar criminales nazis huidos, había grupos de judíos combatientes que se habían negado a abandonar la lucha armada, convencidos de que la venganza era necesaria porque la justicia había sido violada. Y esos herederos de Kovner eran, según mi ángel anunciador, gordo y ebrio, quienes habían perpetrado las matanzas de Le Cannet, Fréjus, Vence y Grasse, y posiblemente otras también.

«¡Se lo dijeron! ¡Se lo dijeron!», protestó Oreste, que regresó a su vaso de whisky, incapaz de permanecer alejado de él más de diez minutos. «*En verité, en verité*, Mattison lo sabía: *eh, bien!* ¡Qué estúpido! ¡No quería contárnoslo en la reunión de seguridad del Catorce de Julio pero se lo había confirmado todo *a ella!* *Idiot stupide...* ¡Ah, *ha ha ha...*! ¡SE LO CONTÓ TODO A ELLA! Seguro que babeaba por la *nokemet* Weissberg».

Las angustias y los vértigos apenas me dejaban pensar con claridad, pero aquel nombre, que había escuchado en varias ocasiones aquella misma mañana, se unió al recuerdo de aquella noche en Entrevaux, cuando Lucille...

cuando Ø... cuando Kira Kerashim... cuando aquella mujer, poco importaba ya su nombre, se dirigió a Celeste llamándola *nokemet*... Creí que no podría soportarlo...

«La *nokemet* Weissberg...», dijo Oreste Opilion, señalándome con el dedo meñique de la mano que sujetaba su whisky: «La *nokemet* Weissberg debía de andar tras los pasos de Markus Buschwald-Weer desde hacía algún tiempo, y seguramente lo sabía todo de su empresa de antigüedades MBW Antiques, la de Zúrich... *Eh, bien*, solo estaba esperando la ocasión propicia, y la confirmación y la seguridad de que el profesor Brainbridge no era sino el oficial de las SS Markus Buschwald-Weer. Por desgracia, la *nokemet* Weissberg no limita su venganza a los criminales nazis... *Eh, bien*... Creo que se toma al pie de la letra la condena a las siete generaciones, o algo así. Nadie ha podido atraparla, pero sus métodos son... muy crueles, *bien sûr*».

Luego volvió a vaciar su vaso largo, dijo dos o tres veces «*Eh, bien!*», y ya no pudo aguantar más tiempo de pie. Se derrumbó en un sofá, expandiéndose como una morsa temblorosa y varada. Y luego me preguntó:

«¿Usted también se enamoró de la *nokemet*, muchacho?».

«¿Qué...?».

«*He he he*... ¿También perdió usted la cabeza por Sarah Weissberg, señor Blint?».

Tenía perfecta conciencia de que todo se estaba acabando para mí. El guiñol de títeres, con sus decorados de cartón piedra, se estaba derrumbando, conmigo dentro, y yo mismo no era más que una marioneta desvencijada, con el rostro pintado con colores ridículos, con los miembros descoyuntados, y adoptando una postura simiesca y absurda. El artificioso entarimado, con sus bambalinas y su *attrezzo*, con sus tramoyas y sus trajes fingidos, estaba viniéndose abajo, y no había modo de evitarlo.

Quise levantarme entonces, a pesar de mi estado, porque notaba que la única manera de no desvanecerme era intentar mantenerme activo. Y, apoyado en los muebles y las paredes, y a veces en el propio Oreste Opilion, avancé como un ciego, a tientas, por toda la habitación, recorriéndola de un extremo a otro, respirando con dificultad y con ansia, pero sin conseguir que

el aire entrara en mis pulmones, encogido por los nervios contraídos de mi espalda, con varias libras de tierra sucia en el estómago y en la tráquea, y con la garganta llena de babas de medusa.

«*Eh, bien, c'est tout!*», dijo, levantándose de mala gana y con mucho esfuerzo, y buscando con la mirada vidriosa la puerta de la *suite*. «Nadie creía que Mathias Fürst fuera tan viejo», dijo, antes de salir. «*Quel salop!* En sus tiempos fue escritor y, al parecer, su novela se sigue vendiendo bien, una historia muy melodramática sobre la huida de un hombre y su sobrina del gueto de Riga y sus aventuras hasta llegar a Inglaterra. Antes nadie sabía qué aspecto tenía... *he he he...* su querido señor Artjoms Levv... Ahora ya lo sabemos, pero me temo que son muy hábiles y escurridizos... No los cazarán».

Oreste Opilion cerró la puerta con una fuerza innecesaria, y el aire de la habitación hizo volar la gasa de las cortinas.

Aferrado a la repisa de la falsa chimenea, por fin pude inspirar dos veces profundamente, y el aire me inundó de tal modo que probablemente se rompió alguna estructura necesaria para el sostenimiento de la conciencia, y me derrumbé.

133. Imitación de la vida

Me desperté tendido en el suelo de la habitación. Había dormido diecinueve horas seguidas, pero cuando recobré la consciencia aún seguía tan perturbado y aterrorizado como antes de caer desvanecido. Lo primero que recordó mi cerebro fue la bolsa, con aquel sospechoso contenido esférico, que un sanitario sacó del baño en el que estaba tendida Georgina. Después, mientras me incorporaba, apestando a vómitos y sudor, en la caverna de mi cráneo se sucedieron decenas, centenares, miles de imágenes espantosas: algunas las había presenciado, como la que me presentaba al pobre Matt tumbado en un sofá con la cabeza tendida hacia atrás, como un muñeco de trapo, o la siniestra visita al hotel de Entrevaux; otras eran producto de mi imaginación conmocionada, como la huida de un hombre y su sobrina por las llanuras nevadas de Letonia o el ahorcamiento de una mujer en coma en un jardín de Berlín. Todo era tan confuso que me costaba distinguir las secuencias de lo real y lo imaginario, y las fábricas de Mittelwerk se mezclaban con las calles de Niza, y la *Uranographia* de Bevis con las novelas baratas de Mathias Fürst. La princesa Grace de Mónaco comía queso en la cama con su amado Patrick, Bénédict-Antoine Moullet de Riveranque escribía relatos existencialistas que acababan en el cubo de la basura, con las raspas de las sardinas, los extraterrestres y el coronel Du Picq bailaban al ritmo de los Shadows en la gran *rotonde* del Negresco, Lucille hacía el amor con los tres Soldados de Goristsikhe en el cementerio judío de la colina, la condesa de Polignac desvestía a Violette, Audrey Hepburn cantaba con Mylène en Covent Garden, una gran plaga de polillas, pulgas y piojos invadía Berlín, *Dixhuitième* ronroneaba en el regazo de Rhonda, la *nokemet* Weissberg comía helados con Celeste, Agnes Du lloraba encerrada en una celda y la

generosa alsaciana bailaba en el estrado del Catorce de Julio y se desnudaba delante del alcalde, del príncipe Rainiero y de Armand *el Envenenador*, que tenía la cara de Armand y el cuerpo cetáceo de Oreste Opilion...

Ni siquiera la ducha de agua fría consiguió despejarme lo suficiente. Desnudo y aterido, sentado en el borde de la cama, intenté aceptar que la vida de Nigel Balquhiddler-Kinloch había sido una farsa de guiñol: aquel Nigel no era más que una marioneta, sucia y deshilachada, como Celeste y Artjoms Levv, igual que Ø o que Patrick, o Armand, o Grace o la condesa de Polignac; no era más que un extra en las cinematográficas vidas de Mylène y BB, y mi historia era tan falsa como la de John Brainbridge y su familia, como la de Matt Mattison en Berlín, como la existencia del embajador, como la misma existencia ficticia de Mónaco...

Y, sin embargo, pensé con la cabeza hundida entre las manos, todo se había parecido tanto a la vida... Desde luego, no era la vida, pero se le había parecido mucho. Supongo que debería haber desconfiado de los helados de vainilla, de las alcachofas a la judía y del queso matutino; debería haber sospechado que había algo incongruente en las caderas de Celeste, en la sensualidad de Ø o en la embriaguez de la alsaciana generosa; desde luego, podría haber dudado de la belleza de Mylène, de las conversaciones con Brigitte o de la gélida soberanía de Grace Kelly; incluso los sonidos deberían haber despertado mis suspicacias, porque ni las canciones de The Beatles, ni el crepitar del mar en la playa pedregosa ni la alegre algarabía estival de la Vieja Niza cuadraban bien con lo que Linton Blint llamaba «vida». Y, sin embargo, se había parecido tanto a la vida...

134. Esticomancia

Celeste decía que, por encima de los horóscopos, la quiromancia y la numerología, la mejor entre las artes adivinatorias era la esticomancia. Y, en su opinión, me dijo una vez con los labios tintados de rojo de cerezas, de todas las modalidades de esticomancia que se conocían, la más fiable era la esticomancia bíblica. Semejante procedimiento adivinatorio consistía en abrir la Biblia por una página al azar y señalar, con los ojos cerrados, un versículo del libro sagrado. El «resultado» debía ser, en palabras de Celeste, motivo de reflexión y meditación.

Un día me desperté y la vi, sentada y metida en mi cama, con su pijama de corazones rojos, y con la Biblia en la mano; tenía los ojos cerrados y, después de abrir el libro por una página cualquiera, hizo varios círculos con el dedo en el aire y al final fue a posarlo en un versículo. Y dijo: «Mira, Nigel: salmo 89. “Yo puedo decir que tu amor es eterno y afirmada en el cielo está tu lealtad”».

Y cuando le pregunté, algunos días atrás, si creía que podríamos volver a vernos, porque no era aconsejable que yo regresara a Inglaterra y ella forzosamente debía partir con su tío, me dijo que deberíamos consultarlo por arte esticomántico, y abrió la Biblia y señaló un versículo: «Isaías 10, 22: “Aniquilación decretada, desbordante de justicia...”. Bah. No sé qué significa. ¡Claro que nos volveremos a ver, querido!».

Casi a oscuras en la *suite*, con la maleta nueva en la mano y sujetando una bolsa de papel en la que había metido algunos objetos que no quería abandonar, observé por última vez la estancia en la que había vivido un simulacro de vida en las últimas semanas. Las cortinas, cerradas ya, solo permitían la entrada de una cuchillada de luz violenta y azul, impregnada de sal mediterránea y perfumada con las lavandas y las flores de la Provenza marítima. Silenciosas e impenetrables, las dos hojas de la puerta corredera

que daban a la habitación de Celeste permanecían ferozmente cerradas, como si desearan impedir para siempre la posibilidad de que la Vida pudiera volver a aparecer por allí, cruzara de parte a parte mi habitación, se metiera en mi ducha y saliera bailando divertidas canciones juveniles. La Vida, envuelta en las toallas del Negresco, había disimulado con su alegría todas las miserias y las angustias de una existencia condenada a la podredumbre, aunque finalmente...

Llamó mi atención aquel libro negro y amenazador. Allí estaba la Biblia, sobre un aparador, implacable y terrible, el libro que condena y salva, el libro de los juicios, el Libro de los libros... Dejé la maleta y la bolsa de papel en el suelo y me acerqué. Celeste lo había tenido en sus manos muchas veces, y acaricié sus tapas negras como si estuviera acariciando los pies vendados de mi amiga.

Lo abrí al azar.

Y señalé un versículo al azar.

Éxodo 9, 16.

Te he dejado con vida para darte a conocer mi poder.

Luego lo cerré, y con vergonzosas lágrimas en los ojos, cogí mis cosas y salí para siempre de la *suite* 503 del Hôtel Le Negresco de Niza.

Regreso a Vinegary House

135. La tienda de antigüedades de King's Rd y «Souvenir de Nice»

Aunque eran ya las tres de la madrugada, hacía calor en Londres. Me había sentado en un banco, con mi maleta y mi bolsa de papel, delante del establecimiento del número 308 de King's Rd, en Chelsea. Uno habría esperado tener delante el famoso despacho de Levv Antiques, y el escaparate repleto de grabados antiguos, libros viejos y amarillentos, atlas, cartas, títulos de propiedad, bocetos, planos, etcétera. Por lo que sabía, el despacho del señor Artjoms Levv ofrecería un aspecto dickensiano, tal vez con una lámpara encendida al fondo, sobre el mostrador, o con una tenue luz ambarina procedente de una oficina escondida que iluminaría el pasillo.

Sin embargo, en el 308 de King's Rd no había ninguna tienda de antigüedades, sino una lavandería. Loly Laundry tenía ofertas estupendas para trajes, vestidos de fiesta, vestidos de novia y disfraces. Un cartel con dudosa caligrafía anunciaba que era la lavandería más rápida de King's Rd y, desde luego, la más eficaz. Había un retrato de una joven semidesnuda agitando una sábana blanquísima, pero, a juzgar por su extraordinaria juventud y desinhibición, resultaba improbable que la joven fuera Loly.

Los viajes en avión siempre me producían una sensación de irrealidad, y la extraordinaria operación de transportarse de un lugar a otro de aquel modo antinatural me hacía dudar de lo vivido. Por eso Niza ahora adquiriría también una consistencia nebulosa y vaporosa, y me resultaba difícil saber si lo que había vivido en la Riviera había sido verd... Bueno, no lo había sido en ningún caso, y era mejor no recalentarme el cerebro en esa especie de laberinto de la verdad, la mentira, la ficción, la realidad, la invención, la imaginación o la suposición, porque es necedad pararse en asuntos que cualquiera que está vivo conoce y distingue.

Tal vez con la idea de reafirmarme en lo vivido, saqué una postal que había guardado entre las páginas de la *Astronómica* de Moullet de Riveranque. La postal, que se declaraba a sí misma como «Souvenir de Nice», mostraba cuatro fotografías en su pequeño cuadrángulo brillante: la primera (en el extremo superior izquierda) era una vista casi inidentificable de la Promenade des Anglais, con una pérgola sobrecargada de flores, y cualquiera habría jurado que era una fotografía hecha desde la colina del castillo; la segunda (a su derecha) reproducía un cesto de naranjas, también con abundantes flores; en la tercera se veía el casino con un ramillete de palmeras; y la última (en la parte inferior derecha) era una fotografía de una pareja con el traje regional de la comarca. Observándola a la luz de una farola nocturna de Londres, me pregunté si sería eso todo lo que me quedara de la vida imaginada de aquel verano de 1965 en Niza.

Habían dejado la postal en recepción, y cuando fui a cumplimentar todos los trámites para abandonar el establecimiento, la recepcionista me la entregó, metida en un sobre «*Pour Mr. Balquhiddier-Kinloch*»: «Han dejado esto para usted, señor».

En el envés de la postal, una mano femenina, casi infantil, había escrito una cariñosa despedida con letra redondeada y alegre (y con abundantes corazones y estrellas en vez de los puntos de las íes); en una lengua difícilmente comprensible, en la que abundaban las variaciones del nizardo, la autora me decía que había sido un placer (¡un placer!) conocerme, que lamentaba mucho no haberse podido despedir de mí y oh-qué-espanto lo que había hecho el Carnicero argelino con la familia Brainbridge. Como suponía que había regresado «a casa» con Celeste y su tío, me encargaba que le diera muchos besos a «*ta petite amie Celeste*» y deseaba que fuéramos felices ahora y siempre. Firmaba «*Mylène D.*»; en un extremo, y escrito en vertical, por falta de espacio, una letra preciosa decía: «*Gros bisous, BB*».

Volví a guardar la postal y, cogiendo mis cosas, me acerqué al bordillo de la acera. A lo lejos venía un taxi, elegante y afable, como todos los taxis londinenses. Al cabo de unas horas saldría de la Estación Victoria el tren que me devolvería a la ciudad universitaria, gris y lluviosa incluso en verano, donde me esperaban los recuerdos de una existencia apolillada.

136. Insectos y notificaciones judiciales

Los libros —incluidos los manuales de Powell, Rhinus y la doctora Vellet— dan por seguro que los insectos evolucionaron a partir de una variante enana o atrofiada de crustáceos hace más de quinientos millones de años. Algunos millones de años después, en el período Devónico —si hemos de creer al citado profesor Powell—, aparecieron los primeros insectos voladores, que evolucionaron desde las variedades rastreras. Los insectos, por tanto, son los seres vivos más longevos de la Tierra y su estructura biológica no ha variado mucho desde aquellos lejanos y sombríos tiempos, a pesar de las grandes extinciones y las dramáticas convulsiones que ha sufrido el planeta.

Por tanto, si esta clase de animales —ridículamente resistentes a todos los embates de la historia y pertinaces en la vida a través de los eones— ha sobrevivido a tantas calamidades y avatares, era razonable que también se las hubieran arreglado solos aunque yo no estuviera en casa para cuidarlos.

Mis polillas, mis moscas, mis mariposas nocturnas, mis piojos y mis pulgas, mis grillos y mis escarabajos y mis cucarachas habían sobrevivido maravillosamente y, de algún modo, habían conseguido abrir los insectarios, desperdigándose por toda la casa. Ya habían acabado con buena parte de los tejidos y en apenas unas semanas los insectos rastreros, como los escarabajos no voladores y las cucarachas, habían horadado las paredes y las maderas, buscando tal vez cobijo en zonas recónditas —¡qué inteligencia!— donde nadie pudiera verlos. Las mantas y las camas estaban llenas de piojos, y había incluso insectos nuevos y muy activos, de donde deduje que hay alguna especie de comunicación entre estos seres, que advierten a otros de la existencia de alimentos nuevos y jugosos. Por ejemplo, aunque yo no «cultivaba» *Anthrenus verbasci*, mi biblioteca estaba plagada de esos bonitos

escarabajos diminutos, y se habían comido buena parte de mi principal tesoro, los cuatro volúmenes de la *Introduction to Entomology* de Kirby y Spence en una edición de finales del siglo XIX.

Vinegary House, de todos modos y a pesar de tanta vida, estaba fría y desolada.

Una colonia de *Nicobium castaneum* había establecido su hogar junto a la puerta, en un lateral, justo debajo de la ranura por la que el cartero dejaba su mensajería. En las pocas semanas que la casa había estado vacía, esa bonita especie de piojo papelerero se había asentado entre las docenas de cartas, facturas, revistas y libros que el cartero había ido introduciendo en el buzón. El cartero había cometido algunas irregularidades, o eso me parecía a mí: por ejemplo, viendo que un bonito ejemplar de la sexta serie de los *Souvenirs Entomologiques* del señor Fabre era demasiado grueso para poderlo colar por la ranura, rasgó el sobre, abrió por la mitad el libro y así pudo cumplir con su trabajo; el libro había caído sobre un montón de publicidad, recibos bancarios y notificaciones judiciales. La humedad y la falta de luz habían sido el reclamo turístico del *Nicobium*, que había hecho de aquel montón de papel nuevo y viejo su particular campamento.

Entre los gruesos y aburridos informes que semanalmente había enviado el gerente de Fertilizantes Blint, con las cuentas, las importaciones, los productos, las ofertas, las exportaciones, los gastos, los ingresos, la publicidad, las relaciones institucionales y miles de farragosos asuntos más, había también mucha publicidad de lavanderías, papelerías, charcuterías, mercerías, *colleges*, despachos de adivinación y quiromancia, etcétera. Había también bastantes cartas de los bancos, y de la suministradora eléctrica, y de la compañía telefónica, pero las arrojé todas al cubo de la leña, porque esas empresas componen cartas que yo nunca entendí.

Había otras cartas curiosas, pero el cartero, al arrojar los sobres por la ranura, había provocado un caos cronológico, de modo que era imposible saber qué cartas habían llegado antes y cuáles después salvo que se hiciera un cuidadoso y particular cotejo. Yo no tenía ninguna intención de hacer un cuidadoso y particular cotejo, así que fui abriendo las cartas tal y como se me venían a la mano.

La primera la enviaba un abogado de Fertilizantes Blint, que me advertía de las consecuencias de no presentarme en la vista oral preliminar que se celebraría en una sala de un tribunal de Londres si... Era tan farragoso que abandoné la carta junto a la enciclopedia del *petit point* de mi querida Laurine, aunque puede que la dejara en otro lugar. Había muchas notificaciones de ese estilo, y en todas se hablaba de las exigencias de Karnataka, y de remuneraciones, compensaciones y condonaciones. Otro grupo de cartas, emitidas por un tribunal, hacía referencia al procesamiento y posible encarcelamiento de Jamie y Pete Brown, a los que se había nombrado gerentes provisionales de Fertilizantes Blint... De estos Jamie y Pete Brown había una carta manuscrita, y muy mal manuscrita, casi ilegible, en la que me agradecían personalmente el favor que les hacía, y en la que consentían de buen grado pasar quince años en la cárcel a cambio del dinero que mi «representante» Douglas Cmikiewicz, al que llamaban amigablemente *Doug*, les había entregado para el sostenimiento de su familia, sobre todo teniendo en cuenta que Lizzie, la mujer de Pete Brown, acababa de parir y había tenido gemelos, porque esa debía de ser la costumbre reproductiva familiar, y habría sido imposible sobrevivir con lo poco que daba el huerto y... bueno, eso bah. Los trámites y los procesos judiciales seguían en marcha, y había muchas notificaciones, despachos, certificados, comunicaciones, diligencias, pongoenconocimientos, consignas y obligaciones, pero las tiré todas a la basura porque no era capaz de entender nada de lo que decían. Unas venían remitidas desde unos juzgados, y otras desde un tribunal, y otras desde un ayuntamiento, y otras desde el Ministerio de Industria.

Entre todas las cartas, había una manuscrita, pero con el membrete de la Clínica de Enfermedades Venéreas Richard Byles. Era la clínica de Dick, el hermano de Laurine. En la misiva decía que no se creía, «en absoluto», la historia de un viaje alrededor del mundo que había difundido «ese amigo tuyo», y que estaba seguro de que yo, «un maldito hijo de puta», había cometido alguna fechoría, por la que iba a pagar «hasta que se te despellejen los huesos». Me enviaba esa carta, «por si se te ocurre volver», y me advertía que había puesto en conocimiento de la policía sus sospechas, para que me buscaran en Londres o en cualquier lugar donde pudiera esconderme, «rata

asquerosa». Para finalizar, antes de su acibarada despedida, me advertía que mi estupidez no me libraría de la horca si me había atrevido a cometer un crimen.

Relacionada con esta carta había otras notificaciones, firmadas por algún funcionario de la comisaría de Oxford, y varias más remitidas por el inspector Samuel Buckheader, en las que me instaba formalmente a pasar por las oficinas de la policía para conversar y cumplimentar unas «formalidades rutinarias». Lo que más me asombró fue que el teniente Samuel Buckheader hubiera ascendido en el plazo de pocas semanas de teniente a inspector.

Cerré las ventanas y corrí las cortinas, para que los insectos pudieran devorar la casa con toda la tranquilidad y sosiego que merecían. Y cerré también la puerta de la calle con todas las cerraduras y candados que tenía. Tumbado en el sofá de mi alcoba particular, sumido en una oscuridad fría y húmeda, y rodeado por polillas, escarabajos, grillos y piojos, estuve durmiendo varios días seguidos.

137. Última sesión con la doctora Simonette Val

«Vaya, señor Blint, ¡qué sorpresa!», me había dicho la doctora Simonette Val, de freudianos labios, cuando levantó la mirada y me vio plantado delante de su mesa terapéutica.

Después de muchos días encerrado, había ido a buscar a mi amigo Doug al pub Laeti Mustelae, con el fin de darle un abrazo y agradecerle lo mucho que había hecho por mí al ocuparse de Fertilizantes Blint y de enviarme a Niza más dinero del que jamás podría gastar. El camarero del Laeti Mustelae dijo que hacía varios días que no se le había visto y el borracho oficial de la ciudad, John Krauzmiller, dijo estar seguro de que Doug se había ido con dos jóvenes afganas a Jalalabad, donde seguramente pensaban consumir grandes cantidades de opio, y, teniendo en cuenta las extraordinarias habilidades sexuales de las afganas, probablemente no volvería, y luego añadió que iba a contarme con todo detalle en qué consistían dichas habilidades sexuales... Por fortuna, mi cerveza se terminó antes y no pude asistir a la prolija y ficticia conferencia sobre los recursos eróticos de las mujeres afganas.

Pregunté en casa de la joven vietnamita a la que había enviado alguna carta durante mi estancia en Niza, pero me dijeron que allí ya no vivía, ni él ni la vietnamita, y me indicaron otra casa, en Park Town, donde supe por una guatemalteca muy melancólica que hacía varias semanas que habían roto su relación, y que ahora vivía con varias nepalíes en Lye Valley, al oeste de la ciudad. Sin embargo, tampoco lo encontré allí. Arriesgándome a que las autoridades del *college* se acordaran de mi descuido con las carcomas y llamaran a la policía, acudí a St Christopher y pregunté al conserje: me recordó que el calendario certificaba que era 29 de julio, y que, por tanto, las clases habían concluido y la mayoría de los profesores estaban disfrutando ya de sus vacaciones o de sus investigaciones estivales, dependiendo de la laboriosidad de cada cual. Respecto al profesor Cmikiewicz, su discreción no

le permitía decirme dónde había ido ni con quién, aunque desde luego no había viajado a Jalalabad, como había proclamado el ebrio Krauzmiller. «Comprenderá que no puedo inmiscuirme en la privacidad de los profesores, señor Blint... aunque debo decir que últimamente parecía muy interesado en la cultura *dayak* de la isla de Borneo. Aun teniendo tantas ocupaciones como tienen los profesores, estuvo ayudando generosamente a una joven llamada Samarinda a completar su tesis sobre las lenguas indíg...».

Borneo estaba demasiado lejos.

Así que fui a ver a la doctora Simonette Val.

«Tendrá muchas cosas que contarme...», me había dicho mientras buscaba en su oficina una libreta en la que apuntar las grandes novedades que esperaba de mí.

Cuando por fin encontró lo que buscaba y se sentó a mi lado para comenzar la sesión, dejó escapar un extraño suspiro, como aquellos que proferían algunas personas a las que mi presencia desagradaba especialmente. La doctora Val siempre se sentaba a mi derecha, y mientras yo permanecía tumbado en el sofá clínico, ella mantenía muy cerca de mi nariz sus rodillas francesas.

«¿Qué piensa usted del queso, doctora Val?», le pregunté.

«No tengo una opinión formada, señor Blint. ¿Qué piensa usted?».

Conocía bien ese tipo de estrategias psicologistas: los doctores se negaban a dar su opinión sobre nada y siempre contestaban con más preguntas, para sonsacarte hasta los pensamientos más recónditos, incluso los que uno ignoraba que tenía. Sin embargo, a esas alturas ya me importaba poco que alguien escarbara en el fondo del pozo: nunca había habido nada en ese sumidero de sentimientos y emociones, y nunca habría nada. Puede que mis debilidades intelectuales y mi incapacidad para comprender lo que sucedía a mi alrededor hubieran provocado que en las paredes del pozo comenzara a manar algún mínimo caudal, y que con el sol de Niza se hubieran excitado las semillas del musgo y de algunas plantas trepadoras, pero el pozo siempre estuvo seco y siempre lo estaría.

«¿Conoce usted a la princesa Grace de Mónaco?», le pregunté a la doctora.

«No tengo ese placer».

«Es una mujer encantadora».

«Ah, ¿sí?».

«Sí. Querían envenenarla. Con arsénico o con cianuro, seguramente. Su cuñada, la condesa de Polignac, que tiene una casa en Èze, con muchos perros y gatos, le tiene una inquina espantosa, porque la expulsó del palacio. En realidad, la condesa había conspirado para apartar al príncipe del trono muchos años atrás y se había enamorado del joven Werther, y luego de un tenista...».

Aunque la doctora Simonette Val era una experta taquígrafa, como me había demostrado en otras ocasiones, esta vez parecía tener dificultades en anotar todo cuanto le contaba, y con frecuencia me pedía que le deletrease un nombre o una ciudad si no estaba segura de cómo debía transcribirlo.

«¿Pero Deline es Adeline o el nombre correcto es Deline?».

«Yo la llamaba Deline. Creo que me dijo que había nacido en Cracovia, pero ya sabrá usted que los comunistas no son muy partidarios de la nobleza ni de la realeza, así que había emigrado a Italia y había adquirido unas fincas de cerezos...».

La doctora Val solía poner en su fabuloso Philips discos de Haydn, de Händel, Hoffmann y otros compositores, casi todos con apellidos que comenzaban con una hache. Ya se había levantado a dar la vuelta dos veces a la sinfonía número 100 de Haydn cuando me dijo que no le había quedado muy claro quién era el responsable de la muerte de Tirpitz *el Asqueroso*.

«Seguramente, Armand *el Envenenador*».

«¿Armand... *el Envenenador*?».

«Sí. Lo perseguí yo mismo hasta el hotel del hombre que olía a puerros: el Hôtel Soleil Méditerranéen. No se lo recomiendo».

Después de dos horas de sesión, la doctora me pidió que la disculpara durante unos minutos para ir al baño y refrescarse, y para lavarse las manos, pues la taquigrafía y el verano habían conseguido que el bolígrafo resbalara con el sudor y no lograba transcribir correctamente todo lo que le estaba contando. Cuando regresó se sintió un poco confusa, porque no entendía que en el destartalado Hôtel Soleil Méditerranéen pudiera haber una lámpara con 16.800 cristales de Baccarat y tampoco comprendía muy bien la historia del...

«Entonces, ¿quién bailaba el *Chattanooga Choo Choo*: su amiga Celeste o su amiga Lucille?».

«Celeste. Lucille era comunista. No bailaba mucho. A los comunistas no les gusta bailar».

«¿Ah, no?».

La doctora Val parecía especialmente interesada en los modelos de represión sociosexual de los países del Telón de Acero. Y le interesaba porque había hecho la tesis doctoral sobre las actividades sexuales en una zona concreta de Ucrania donde la implantación del comunismo y sus formas de represión y propaganda se habían resuelto en graves conflictos sociales. La doctora Val se había basado para su investigación en dos libros de un inmigrante ucraniano, porque ella jamás había estado en esa parte de la Unión Soviética... pero eso bah.

«Espere, espere, señor Blint: ¿me está diciendo que la *Uranographia* al final acabó en manos de la Stasi?».

«El detective Opilion decía que se alegraba de que Kira Kerashimova...».

«¿Pero quiénes son esas personas?».

«El detective Oreste Opilion fue el que descubrió los cadáveres de los niños hervidos en Clermont-Ferrand. Está gordísimo».

«¿Qué?».

«Kira Kerashimova es Ø: ya se lo he dicho antes».

La doctora no se podía creer que el pobre Matt Mattison lo hubiera pasado tan mal en Berlín, e incluso pareció conmocionada por el hecho de que los comunistas ahorcaran a Gretta, y se tapó las admiraciones cuando le conté los embustes de Kira Kerashimova para cazar occidentales en un túnel falso. Le sorprendía que, después de lo ocurrido, Mattison no hubiera cometido una locura con Kira, pero entonces yo le hablé de los Soldados de Goristsikhe, que no eran turcos, realmente, sino mercenarios egipcios probablemente, o tal vez griegos o albaneses.

«Uno no se puede hacer a la idea del frío que hace en el infierno blanco», le dije.

«¿Ah, no?».

Mientras le contaba la historia de la épica huida de Artjoms Levv y su sobrina Celeste del gueto de Riga, la doctora me interrumpió varias veces diciendo que ella creía haber leído un libro con una historia parecida y quería saber si lo que le estaba contando era verdad o un relato literario, pero yo le dije que todo era cierto y bien cierto, y que por eso Celeste llevaba vendados los pies, aunque no tenía heridas.

«Eso parece un trauma», dijo, aprovechando la ocasión para descubrir dolencias mentales incluso en personas a las que no conocía.

«No, no era un trauma», le contesté indignado. «Usted también los llevaría si hubiera vivido aquella escena en el aserradero de Riga».

«¿El aserradero? ¿Qué aserradero?».

La doctora Simonette Val, de freudianos labios y rodillas francesas, era muy eficiente en casi todo lo que hacía, pero tenía algunas dificultades con la lengua alemana. (Incluso el apellido de su dios Freud se le atragantaba penosamente, así que había acabado por llamarlo Sigmund, como si fuera un familiar). Estas dificultades lingüísticas estuvieron a pique de volverla loca cuando le quise explicar cómo algunos científicos alemanes...

«¿Hiesenburg?».

«No: Heisenberg. Pero también estaban Strughold, Dornberger y el mismísimo Buschwald-Weer».

«Buchswl...».

«Buschwald-Weer. Las condiciones en Mittelwerk eran horribles. El campo anejo de Dora-Mittelbau, como sabrá usted, estaba cerca de Nordhausen, y Mittelwerk estaba en la montaña de Kohnstein...».

«Künst...».

Y siempre me pareció muy extraño que a los psicólogos psicólogos, que por profesión y vocación están acostumbrados a hurgar en los recónditos espacios de las mentes humanas, les sea tan difícil comprender el caos del mundo y que toda su vocación sea ordenarlo como una de esas vitrinas que hay en los museos, donde se disponen en perfecto y riguroso orden los escarabajos, las mariposas y las libélulas, clavados con un alfiler. Los entomólogos, los numismáticos, los arqueólogos y los filólogos ordenan los objetos en vitrinas y estanterías por la necesidad de encontrar fácilmente lo que buscan, no porque crean que los insectos, las monedas, las vasijas o los

libros tienen por naturaleza un orden y un sistema. Mi maestro y guía astronómico, Bénédicct-Antoine Moullet de Riveranque, decía que todo era caos en el univ...

«Espere, espere... ¿Bénédicct-Antoine Moullet de qué?».

«De Riveranque».

«¿Residía también en Le Negresco o...?».

En opinión de Celeste, la formulación del universo como caos tenía implicaciones extraordinarias, como las que afectaban a la responsabilidad individual, a la moralidad y la ética, al dolor y el sufrimiento, a la convivencia y el amor, a la educación y el conocimiento, al arte y las letras, y a la concepción de la vida y la muerte, en general; pero estas ideas de Celeste, que solo se pueden entender con queso a primera hora de la mañana y en la cama, no quise comentarlas en la consulta de la doctora Val, porque me pareció que los psicólogos no pueden comprender el desorden del mundo.

«... y no puedo estar seguro, porque estaba conmocionado y aturdido, pero yo creo que el enfermero llevaba la cabeza de Georgina metida en aquella bolsa».

«Georgina era...».

«La nieta del señor Brainbridge, que era el nombre americano de...».

«¿Moullet de Riveranque?».

«No, de Markus Buschwald-Weer».

A las ocho o las nueve de la noche, la doctora Val se empeñó en dar por concluida nuestra sesión de terapia de «autoconocimiento y autoestima»; aún tenía que contarle cómo eran Mylène y Brigitte, y las apasionantes vidas que tenían, yendo de un país a otro, y rodando películas interesantísimas, como aquella en la que Brigitte hacía de sí misma o aquella en la que Mylène hacía de la Milady frente a los tres mosqueteros... De todos modos, no le habría hablado del asunto de los *feu fighters*, los monolitos y los círculos de las cosechas del coronel Du Picq, no fuera a pensar que estaba trastornado.

Cuando guardé silencio, tras la orden rigurosísima de la doctora Val, el disco de Hammerschmidt quedó girando en silencio en el Philips, repitiendo un agradable chisporroteo como de gotas de lluvia crepitando en el fuego.

Después, la doctora suspiró profundamente, como cuando uno se quita un gran peso de encima, y cerró su libreta de apuntes, repleta con la historia desordenada y caótica de Nigel Balquhiddier-Kinloch en Niza.

«Señor Blint», musitó con su tono de voz más francés, «debo decirle que tiene graves problemas mentales: podría ser usted novelista, pero no es más que un fabulador. Seguramente le hace feliz creer que ha pasado una noche conversando con Brigitte Bardot, o que ha salvado de una muerte segura a Grace Kelly, o que ha asistido con una joven bonita a un concierto de The Beatles en la Riviera... pero, créame, sus vivencias no son más que *imaginación desiderativa*».

«Entonces, doctora... ¿nada de lo que he...?».

«Le daré unas pastillas fabulosas y se tranquilizará».

«Gracias, doctora».

138. Extracción

A finales de agosto, cuando ya llevaba medio mes lloviendo, me despertó un zumbido lejano, como de abejorros con sistema de propulsión diésel. Aquel motor se atragantaba de tanto en tanto, y entonces carraspeaba y parecía vomitar bolas de pelo, como hacen los gatos.

Aunque sospechaba cuál era el verdadero origen de aquel ronroneo metálico y aceitoso, subí a la habitación de la tía Mildred, aparté su mecedora, y miré por la ventana. No me había equivocado: allí estaba, un poco oculto por los chopos negros, el camión cisterna de CompostIng. Estaba bombeando los purines de la granja porcina de los Grant.

La cancela pequeña de Vinegary House estaba abierta, como siempre, y emprendí el camino hacia la explotación porcina de los Grant por el pequeño y tortuoso sendero, ya embarrado, y cada vez más incómodo, debido a las zarzas, las ramas salvajes de los abedules y los tejos, y otros arbustos y malezas.

Junto al camión cisterna, que aprovechaba la potencia de su motor para activar una bomba de aspiración, había dos operarios —con sus reglamentarios monos verdes de CompostIng— fumando y conversando despreocupadamente. Llevaban unas pequeñas máscaras de algodón que con mucha dificultad impedirían que las pestilentes y nauseabundas vaharadas de estiércol y purines calientes inundaran sus fosas nasales, su tráquea y sus pulmones.

El motor ronroneaba y la bomba aspiraba con dificultad aquella cantidad ingente de detritos. Me acerqué al borde de la piscina para observar el proceso y no tardé en entender que aquel trabajo les llevaría toda la mañana, porque la bomba no parecía ser muy eficiente; los operarios se tomaban el trabajo con parsimonia y no le dedicaban más atención que la que se requería

cuando la gruesa manguera amarilla que llenaba la cisterna parecía atascarse: entonces le daban una patada o la movían un poco para que el angustiado monstruo diésel pudiera seguir aspirando excrementos y heces porcinas.

«Buenos días, señor Blint», dijo una voz anfibia a mi lado.

Era el inspector Samuel Buckheader, con sus gafas como lupas y una gabardina marrón de colegial, lo suficientemente pequeña como para que el policía no se perdiera en su interior, pero lo suficientemente infantil como para que su aspecto resultara ridículo.

«La mayor Agnes Du me comunicó que había embarcado usted en un avión con destino Londres, pero siempre que he pasado por Vinegary House la casa parecía cerrada... ¿Se encuentra bien? Ah, me alegro. ¿Por qué se cambió el nombre? ¿Quería ir *de incógnito*? Ah, es lo que yo digo: que no hay nada como unas buenas vacaciones, ¿verdad?».

Permaneció a mi lado, observando la operación extractora de purines y fumando unos cigarrillos asquerosos cuya peste vieja no rebajaba en nada las náuseas que provocaban aquellas toneladas de orines y excrementos porcinos.

«Quería hablar con usted...», añadió, «porque su vecino, el señor Cowley, de Pidgeon Ville, se ha quejado de una presencia excesiva y molesta de pulgas y piojos y cucarachas. Dice que proceden de Vinegary House... Y, bueno, como aquí todo el mundo sabe lo que ocurrió en St Christopher y lo de las polillas, ya imaginaré que... Pero es lo que yo digo, que eso se soluciona con un insecticida, ¿verdad?».

El motor del camión cisterna se ahogó, y uno de los operarios tuvo que ponerse en marcha de mala gana: subió a la cabina, encendió el motor de nuevo, y luego bajó para revisar la bomba y comprobar que funcionaba correctamente. Le dio varias patadas a la gruesa manguera amarilla para asegurar un tránsito de excrementos hacia la cisterna.

«Bueno, pues ya me voy», concluyó el inspector Buckheader, con su voz anfibiamente molesta. «Ah, casi lo olvidaba: el doctor Richard Byles estaba muy preocupado por su hermana Laurine y su tía Mildred. Dice el doctor Byles que se fueron de vacaciones ustedes sin despedirse. Pero es lo que yo digo: ahora la gente no cuida esas formalidades, ¿verdad?».

La bomba de extracción de estiércol volvió a atascarse.

Fin

Celeste 65
José C. Vales

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José C. Vales, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Canciones citadas en el interior: *Poetry in Motion*, © herederos de Paul Kaufman, y Mike Anthony (Warner Chapell Music); *Il mondo*, © herederos de Enrico Sbriccoli (Universal Music). El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights* de las canciones citadas en esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© de la imagen de la cubierta, GAB Archive / Redferns / Getty Images

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5279-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



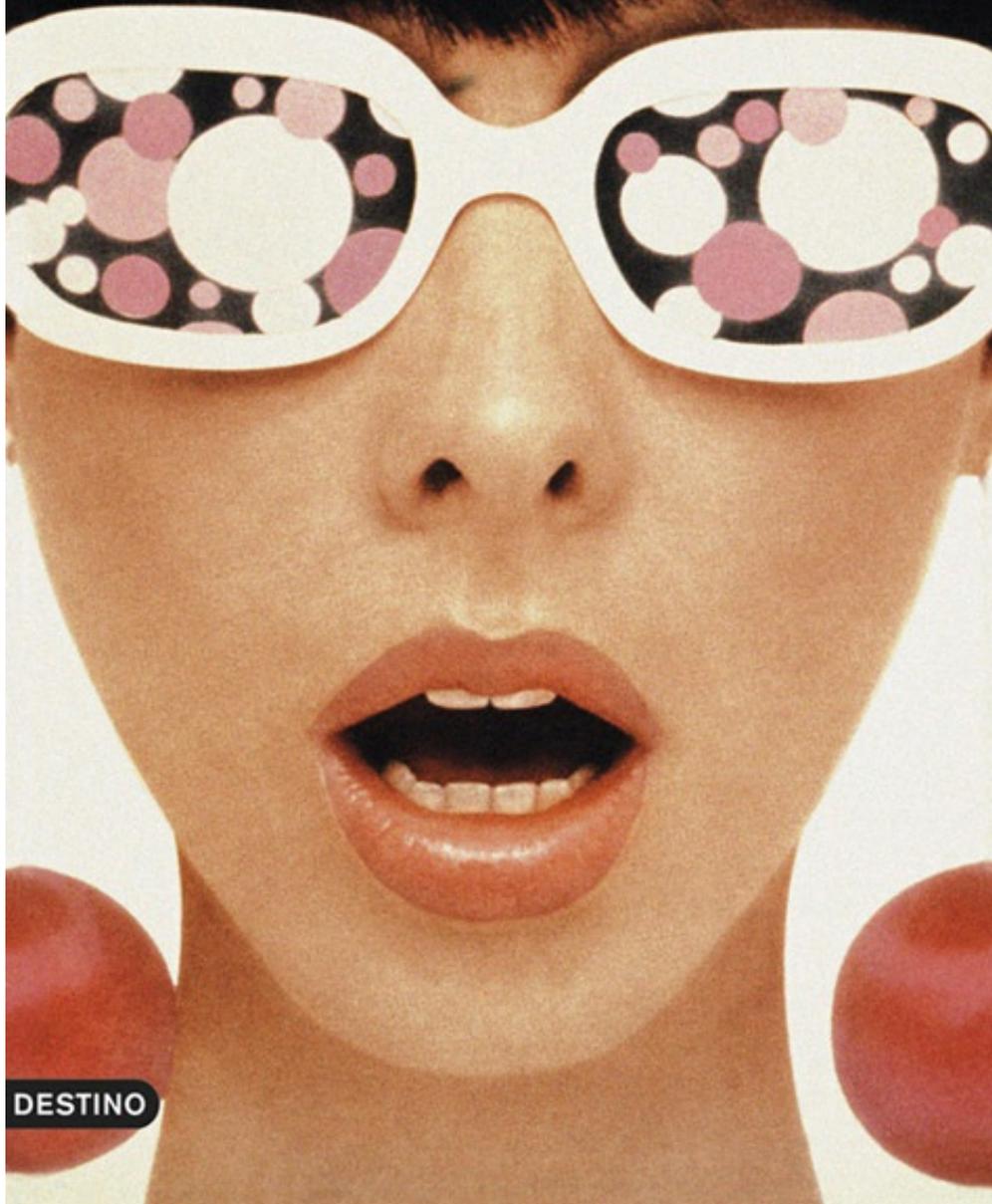
¡Síguenos en redes sociales!





Celeste 65

José C. Vales



DESTINO